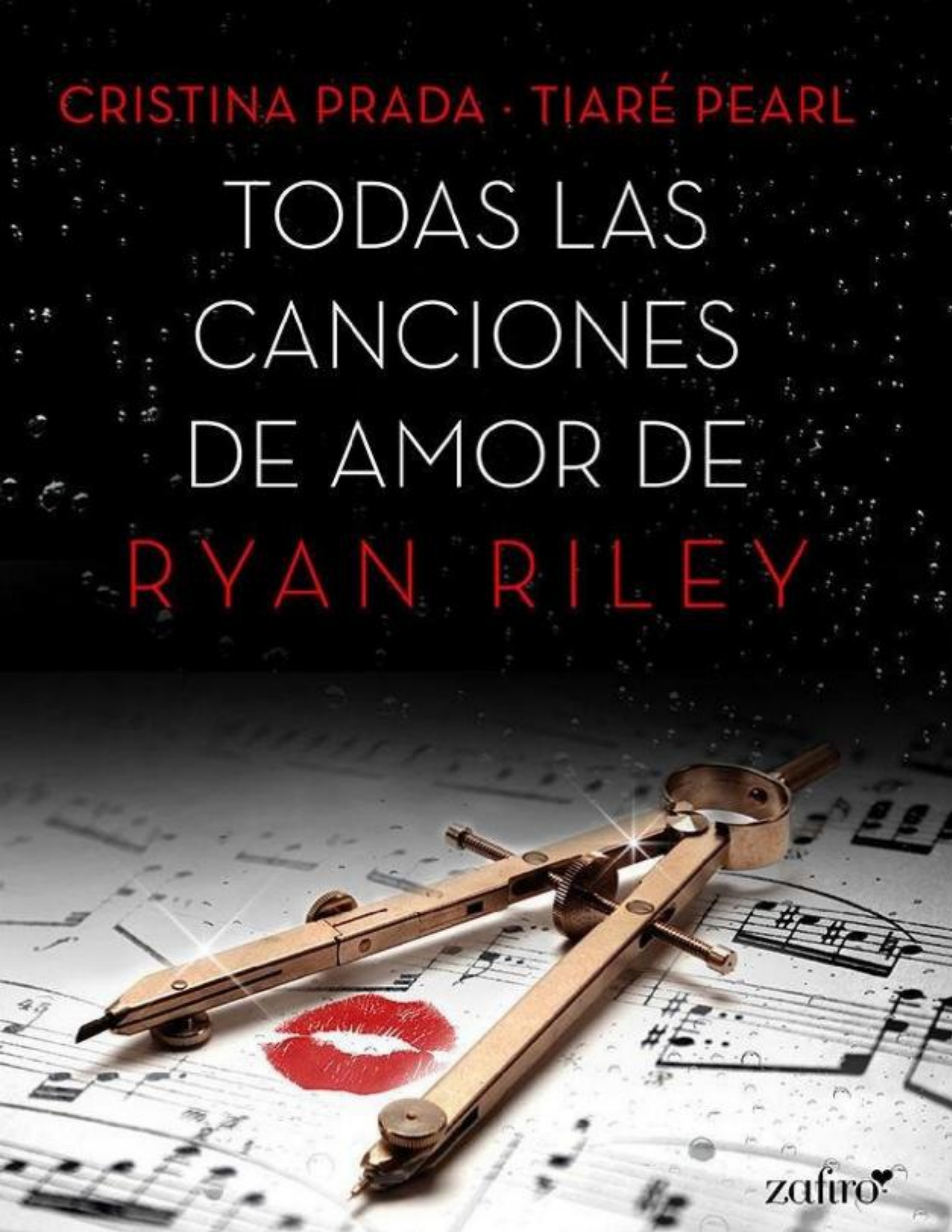
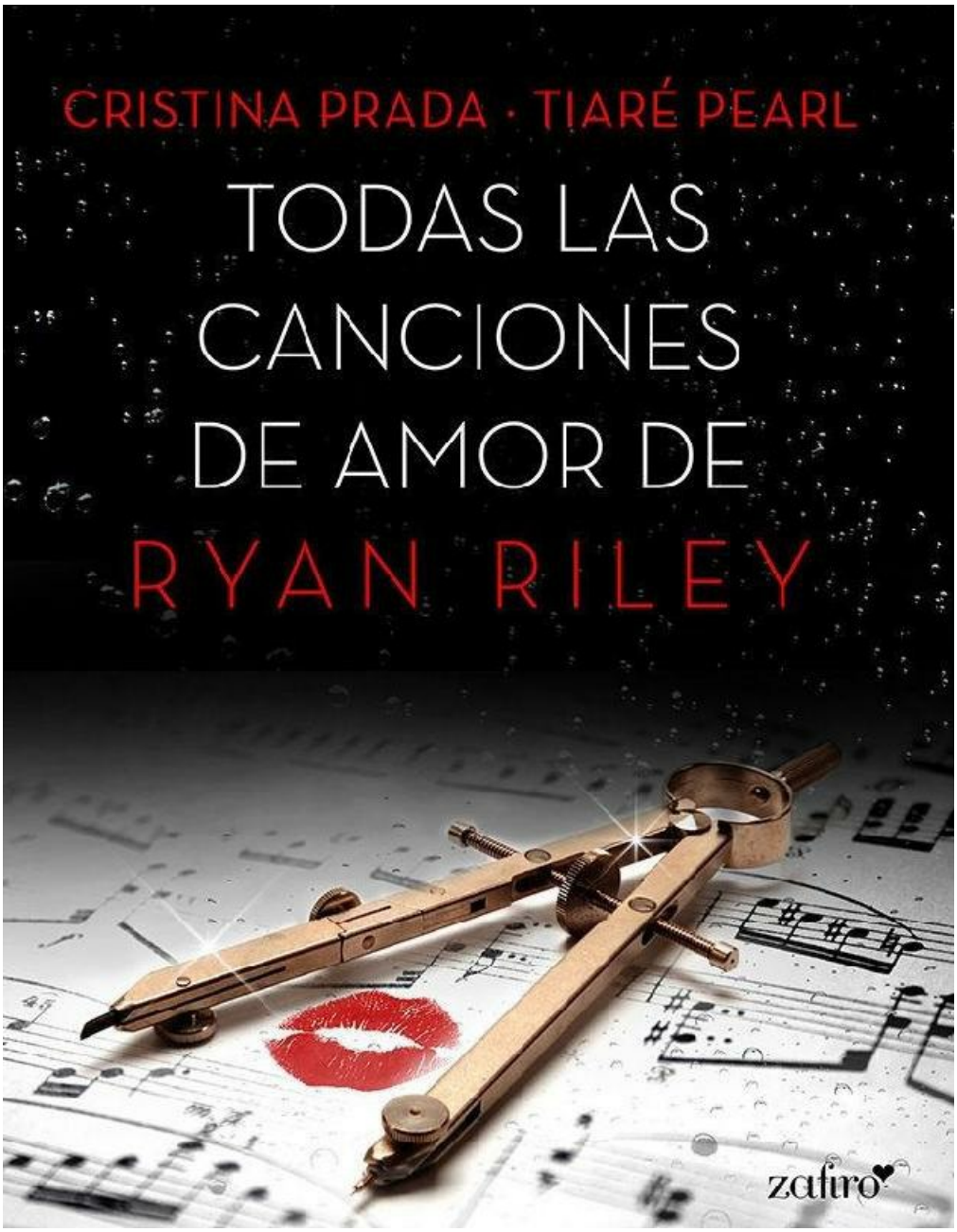
CRISTINA PRADA · TIARÉ PEARL

TODAS LAS CANCIONES DE AMOR DE RYAN RILEY



zafiro



Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

En un viejo apartamento del West Side

Agradecimientos

Notas

Sobre las autoras

Créditos

PlanetadeLibros.com

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión e n la ficha de l libro

y e n nue stras re de s sociale s:

Explora Descubre Comparte



1

Maddie acaba de hacer el último examen de su máster en Gestión de

publicación impresa y lo ha celebrado con sus amigos en The Vitamin.

Por culpa de una huelga de metro, llega tarde a su entrevista de trabajo para ayudante del editor en la revista *Spaces*. El trabajo no le hace especial ilusión, pero tiene demasiadas facturas por pagar. Sin embargo, la

ejecutiva de Recursos Humanos del gran *holding* empresarial Riley

Enterprises Group ha sido implacable y le ha cerrado la puerta en las

narices.

Ryan Riley, CEO de la compañía, está terminando el día con una

reunión de lo más aburrida y, lo que le pone de un humor de perros, de lo

más inútil.

La reunión está siendo increíblemente larga y tediosa. No entiendo

por qué no los despido a todos y termino de una vez con esta puta tortura.

Son una pandilla de inútiles.

—Y, aprovechando las sinergias procedentes de los astilleros y de las constructoras de Astoria, conseguiremos…

—Reducir los costes un diecisiete por ciento y ampliar el margen de beneficios un quince —lo interrumpo displicente— , y de paso provocar que, sin hacer absolutamente nada, su departamento se anote dos tantos al final del trimestre —sentencio.

El imbécil de Samuelson me mira con los ojos como platos. Si cree que soy otro niño rico que no sabe qué hace sentado a una mesa de ejecutivo, no me conoce en absoluto.

—Si esto es todo lo que es capaz de idear para conseguir las subcontratas, piense algo mejor o no me haga perder el tiempo —le advierto levantándome—. La reunión se ha acabado.

Estoy harto de estos grandes ejecutivos que en realidad no tienen ninguna idea original desde 1985. Apenas he cruzado la puerta de la sala de reuniones cuando mi iPhone comienza a sonar. Miro la pantalla y automáticamente resoplo. Es Marisa. No tendría que habérmela tirado ayer. Cada vez que lo hago, da por hecho que vamos a convertirnos en novios, y eso no va a suceder jamás. Da igual que mi padre también lo dé por hecho. No me interesan las novias. Si quiero sexo, lo tengo. Todo lo demás que conlleva una relación, me sobra.

Finn me espera a unos pasos. Asiento casi imperceptiblemente para indicarle que se acerque y él lo hace rápido y profesional.

—¿Mi padre se ha marchado ya a Glenn Cove?

—Sí, señor Riley. Me pidió que le dijera que le espera para comer allí el domingo.

Resoplo de nuevo. Otra comida familiar con mi madre insistiéndome en que siente la cabeza y mi padre repitiéndome que lo haga con Marisa.

No, gracias.

—¿Y mi hermano?

Está reunido en el departamento de Recursos Humanos.

—¿Ya han seleccionado al nuevo ayudante del editor?

—No, señor, pero el proceso de entrevistas ya ha concluido.

Asiento de nuevo. Quiero dejar este tema zanjado ya. Bentley necesita un ayudante. *Spaces* está creciendo a un ritmo asombroso y no quiero que se despiste de sus obligaciones porque no pueda abarcar todo el trabajo.

Miro a mi alrededor mientras mentalmente repaso todos los asuntos que quiero que queden cerrados hoy. Después, un vaso de bourbon y quizá cogerle el teléfono a Marisa y follármela en la parte de atrás del Audi. No pienso llevármela a Chelsea. Si lo hago, mañana mismo se pondrá a organizar nuestra maldita boda. ¿Por qué no es capaz de entender qué es lo único que me interesa de ella? A veces es un puto fastidio.

Entonces algo llama mi atención. Al fondo de la desierta planta de Recursos Humanos hay una chica. Deja caer la frente sobre la puerta de cristal que separa los despachos de los ejecutivos del resto de los empleados.

¿De dónde ha salido?

No trabaja para mí, de eso estoy seguro.

—Tess me ha pedido que le recuerde que mañana tiene dos reuniones en la parte alta —continúa Finn.

Me obligo a dejar de mirar a la chica y prestar atención. Un móvil

comienza a sonar y vuelvo a distraerme. Es el suyo. Mira la pantalla, se muerde el labio inferior y rechaza la llamada. ¿Cuántos años tendrá?

¿Veinte? ¿Veintidós?

Camina unos pasos y se sienta sobre uno de los escritorios. Con el

movimiento, la falda de lunares que lleva se levanta lo suficiente como

para que no pueda mirar ninguna otra cosa. Frunzo el ceño

imperceptiblemente y comienzo a andar hacia ella. Sin embargo, no he

avanzado más de un puñado de metros cuando me freno en seco. ¿Qué

estoy pensado hacer? Por Dios, esa cría no es para mí.

Me giro de nuevo hacia Finn algo confuso. He estado a punto de

perder el control. Nunca me había pasado. Yo no hago las cosas así.

Controlo todo lo que ocurre a mi alrededor. Nada sucede si no es

exactamente lo que quiero.

Pero, antes de que me dé cuenta, vuelvo a mirarla. Ella me estaba

observando y al cruzar nuestras miradas aparta rápidamente la suya e

incluso se ruboriza un poco. Una corriente eléctrica me sacude.

¿Qué coño ha sido eso?

No es nada del otro mundo. No es llamativa. No es espectacular. Y no

es para mí.

¡Compórtate, joder!

Continúo hablando con Finn, pero, en realidad, estoy pensando en

ella, en cómo se ha ruborizado, en cómo ha apartado la mirada. Me paso

la mano por el pelo y la dejo en mi nunca. Yo no me voy a la cama con

crías. Las crías no follan. Las crías te miran con ojos embelesados e

imaginan los nombres de los niños en cuanto se corren. No me interesan las crías. Joder, pero esta cría tiene unas piernas increíbles.

Vuelvo a llevar mi vista hacia ella y vuelvo a pillarla contemplándome embobada. Otra vez aparta la mirada, tímida. Otra vez se ruboriza.

El león se despierta.

Alzo la mano imperceptiblemente despidiéndome de Finn, tampoco me interesaba nada de lo que me estaba contando, y me dirijo hacia ella.

Se da cuenta de que me estoy acercando y clava su vista en la pared. Está sobrepasada y lo está por mí. Así es exactamente como tiene que ser.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunto deteniéndome a unos pasos de ella.

—No, muchas gracias —murmura nerviosa.

—¿Está segura? Por la manera en la que se dejaba caer sobre el cristal hace un segundo, parecía necesitar ayuda.

Sueno algo socarrón, pero no me importa. Quiero que se sienta aún más intimidada. Me gusta que esté nerviosa. Quiero que esté nerviosa.

—Tenía una entrevista de trabajo, pero he llegado tarde por culpa de la huelga de metro.

—Parece muy contrariada. ¿Le hacía mucha ilusión trabajar aquí?

Antes de que me dé cuenta, me apoyo en la mesa frente a ella a la vez que me cruzo de brazos. No tengo ni la más remota idea de por qué, pero realmente quiero escucharla.

—No, no especialmente, pero necesitaba el trabajo.

Su móvil comienza a sonar de nuevo. Ella lo saca de su bolso,

rechaza la llamada y vuelve a guardarlo. Parece disgustada. Frunzo el ceño imperceptiblemente. ¿Quién demonios la está llamando? ¿Y por qué coño me siento así?

—¿Para qué puesto era la entrevista?

Reconduzco la conversación.

—Ayudante del editor.

—¿Quiere ser editora?

—Algún día, sí.

—¿Y qué tal se le da la arquitectura?

—Si le soy sincera, no sé mucho de arquitectura.

Frunce el ceño de nuevo. ¿Y por qué demonios quiere trabajar en *Spaces?* No soporto a los inútiles y tampoco a los que no entienden dónde están y lo que se espera de ellos. Ella me observa un segundo y cuadra los hombros inmediatamente.

—He estudiado periodismo en Columbia y tengo un máster en Gestión de publicación impresa por la Universidad de Nueva York —me informa sin titubear—. Aprendo rápido y, aunque no sé mucho de arquitectura, sí del mundo de las revistas.

Vaya. Sabe marcar su territorio. No tengo claro si eso me gusta, pero debo reconocer que ha sabido echarle valor. Sonrío satisfecho y algo en su mirada cambia. Parece que, sin saberlo, estaba buscando mi aprobación.

El león se relame. Quiero que la busque. Quiero que haga todo lo que estoy pensando para conseguirla.

—¿Así que la Universidad de Nueva York?

—Sí, hoy he hecho mi último examen.

Universidad, máster... así que veintitrés años, puede que veinticuatro.

Parece más joven, más inocente. Me pregunto si será igual de inocente en

todos los aspectos. Podría follármela aquí mismo para descubrirlo.

—Enhorabuena.

Tumbarla sobre la mesa, remangar esa maldita faldita que me está

volviendo loco.

—Gracias —musita.

Duro, muy duro. Hacer que se derrita entre mis brazos, que grite, que

le falte el aliento, que me desee hasta que el placer no le haga pensar en otra cosa que no sea mi nombre.

Su móvil comienza a sonar otra vez. ¿Quién coño es? Sea quien sea,

no pienso dejar que me estropee los planes. Resoplo mentalmente. ¿Qué

planes, gilipollas? No puedes tirártela. Es una cría, por el amor de Dios.

No te duraría ni diez minutos.

—Parece que hay alguien muy interesado en contactar con usted.

Tengo que controlarme para que mi voz suene serena. Me resulta más

difícil que la mayoría de las veces.

Nunca dejo que nadie sepa cómo me siento. Mostrar las emociones es

como enseñar las cartas. No me lo puedo permitir. Nunca.

—Es mi casero.

Esas tres simples palabras cambian mi expresión por completo. Calla

un segundo, pero yo la miro esperando a que continúe. Quiero saber qué

pasa y ella va a contármelo.

—Le debo tres semanas de alquiler. Si no le pago, me quedaré sin

casa. —Hace una pequeña pausa. Se ha sentido extraña explicándomelo, pero no incómoda—. No sé por qué le estoy contando esto. Supongo que debe de estar preguntándose lo mismo.

Yo guardo silencio y una sensación que no sé muy bien cómo gestionar se instala bajo mis costillas. Nunca me había sentido así. Ni siquiera sé qué coño es.

—No, me gusta escucharla. —Es la verdad.

—Gracias.

Se ruboriza y, aunque el gesto tiene un eco en mi cuerpo, aún estoy incómodo con la idea de ser plenamente consciente de cuánto odio que tenga problemas de dinero, de que necesite algo y no pueda conseguirlo, de que vaya a acabar debajo de un maldito puente.

«Riley, olvídalo. No es tu puto problema.»

—¿Ha probado a hablar con el director ejecutivo de la empresa?

Quizá si le explica lo ocurrido...

Jugar mejor que pensar.

—No creo que a alguien como Ryan Riley le interese mi situación.

—Dicen que es un tipo bastante corriente.

—Corriente no creo que sea la palabra que mejor lo define.

Sonríe suavemente y, sin quererlo, yo también lo hago.

¿Qué es lo que realmente piensas de mí, nena?

—¿Y cuál sería?

—No lo sé, pero, si tuviera que imaginármelo, diría que es un multimillonario presuntuoso que mira el mundo desde su castillo en la parte más alta del barrio de Chelsea, rodeado de mujeres guapísimas que

pronuncian su nombre en diversos idiomas.

No puedo evitarlo. Mi sonrisa se ensancha.

—Pero me gusta lo que hace con su empresa —se apresura a continuar y está siendo sincera—. Dedica mucho dinero a fundaciones benéficas, ayuda a mucha gente y lleva a cabo todos esos programas de reconversión ecológica. Me gusta que intente cambiar el mundo. Supongo que, al final, es un buen tío.

Hay aprobación en sus ojos verdes y la corriente eléctrica vuelve. No soy un buen tío, pero me gusta que me mire como si lo creyese.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero lo del harén multicultural seguro que también es verdad.

Sonrío de nuevo. Es fresca, es un puto soplo de aire fresco, y algo me dice que es exactamente así, como parece que es.

Noto a Finn detenerse a unos pasos de mí, pero no me giro.

—El coche le espera, señor Riley.

Se levanta de un salto en cuanto racionaliza mi nombre. Está todavía más nerviosa que antes y yo sonrío a la vez que me incorporo despacio, tomándome mi tiempo, torturándola un poco más.

Sí, ése soy yo, nena, y te puedo asegurar que lo del harem multicultural se queda corto.

—En seguida voy —comento.

Está realmente sorprendida. Apuesto a que se ha mentalizado para no abrir la boca de par en par.

Finn echa andar, pero, desoyendo mi sentido común, lo llamo.

—Finn, avisa a Bentley Sandford y dile que la señorita...

La miro invitándola a decirme su nombre.

—Maddie, Maddison Parker —susurra sin poder creer nada de lo que

está pasado.

—Maddison Parker es su nueva ayudante. Empezará mañana. Yo

mismo le he hecho la entrevista.

Estoy obviando mi primera regla: no contratar a alguien a quien

quiera tirarme, y, lo que es peor, no sé si lo estoy haciendo para poder llevármela a mi cama o para asegurarme de que estará bien. No puedo

permitirme ninguna de las dos opciones... mucho menos, la segunda.

Finn asiente y se retira.

Sigue perpleja y yo empiezo a impacientarme. Las manos me arden.

Quiero tocarla.

—Señorita Parker, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, claro.

Está a punto de tartamudear y eso me hace volver a sonreír. Joder,

¿cómo puede quedar una chica así de inocente en esta ciudad?

—Espero que se haya divertido a mi costa, señor Riley —sisea

furiosa.

¿A qué coño ha venido eso? Yo no me he divertido a su costa.

Todavía.

De pronto parece estar enfadadísima. Gira sobre sus talones y

comienza a caminar, casi a correr. Antes de que el pensamiento cristalice

en mi mente, salgo tras ella, la cojo por la muñeca y la obligo a girarse.

La corriente eléctrica, el león y una sensación de puro vacío que no

había sentido nunca se despiertan de golpe dentro de mí y, por un puto

momento, lo arrollan todo a su paso.

La suelto y algo en su mirada me dice que ella también ha sentido toda esa electricidad cuando mis dedos rodeaban su muñeca.

—Espere un momento. Creo que me ha malinterpretado.

—¿Qué había que malinterpretar? —me espeta—. Me ha mentido y ha dejado que dijera todas esas tonterías sobre usted.

Me gusta que sea sincera, pero, sobre todo, acabo de descubrir cuánto me gusta enfadarla.

—Lo de cambiar el mundo ha estado bien —replico socarrón y soy plenamente consciente de que acabo de enfurecerla un poco más.

—No sabía que usted era Ryan Riley —se defiende aún más ofendida si cabe.

—¿No lo habría dicho de haberlo sabido?

No me decepciones, señorita Parker. Demuéstrame que eres como parece que eres.

—Probablemente sí, porque realmente lo pienso —responde malhumorada como si una parte de ella no quisiese darme la satisfacción de oírselo decir.

Joder, estoy a punto de abalanzarme sobre ella.

—Pero ése no es el caso. Me ha engañado —sentencia.

Esto ha dejado de tener gracia. Uno, no he engañado a nadie. Dos, no pienso abalanzarme sobre ella. Yo decido cómo pasan las cosas. Yo tengo el control. Y ella no es para mí. Más me vale entenderlo de una jodida vez.

—Yo no la engañé —le dejo claro. Endurezco mi voz. Quiero que lo

entienda y quiero que lo entienda ya—. No tengo la culpa si se muestra tan receptiva con los desconocidos.

—¿Qué?

Lo que oyes, nena.

—Y si se tranquiliza, podemos ir a tomar un café y podrá seguir contándome todas sus penas.

Una carcajada escandalizada se escapa de sus labios.

—Por supuesto que no. Ahora mismo no me cae nada bien, ¿sabe?

Frunzo el ceño. Nunca me habían dicho algo sí. Nunca me habían dicho que no, en realidad.

—Nunca me habían dicho eso.

—Para todo hay una primera vez, señor Riley —replica con sorna.

Ella no es como todas las chicas con pinta de supermodelo que revolotean a mi alrededor buscando mi atención. Ninguna me interesa más allá de lo que duran en mi cama, pero ella es diferente. Yo me siento diferente.

¿En qué maldito lío me estoy metiendo?

—¿Aceptará el trabajo?

—No lo sé. No lo creo.

—¿Cómo que no lo sabe?

Su respuesta me enfada como no lo ha hecho nada en todo el maldito día. Es una cría. Las cosas son simples. ¿Por qué no puede entenderlo? Está claro que necesita que cuiden de ella.

—No parece que su casero sea un hombre muy paciente y no creo que aguantase mucho viviendo en la calle.

Soy plenamente consciente de que sueno prepotente y arrogante, pero no pienso dejar que otro tío sea el que se ocupe de ella.

Vuelvo a resoplar mentalmente. ¿Por qué coño me siento así? Es frustrante.

—Me gustaría marcharme —murmura con la vista clavada en el suelo.

No puedes imaginarte lo poco que me importa, nena. No pienso dejar que salgas de aquí.

Alza la cabeza y nuestras miradas se entrelazan automáticamente. Me mira de una manera que me deja completamente fulminado.

—Por favor —susurra.

Es la cosa más sexy e inocente que he visto en toda mi maldita vida.

A regañadientes, aunque no lo demuestro, me separo un simple paso.

Ella lo aprovecha para salir andando y llegar a los ascensores. Pulsa el botón y a los pocos segundos el quedo pitido anuncia que las puertas van a abrirse.

No quiero que se vaya, pero nunca había tenido tan claro que es lo mejor.

—Adiós, Maddison.

—Adiós, señor Riley.

No se gira y da el paso definitivo para entrar en el ascensor. Yo podría entrar, tomarla por la cadera, estrecharla contra mi cuerpo y follármela, y de paso convencerla para que aceptara el puto empleo.

Aprieto los puños con fuerza.

No es para mí.

Las puertas se cierran.

Es jodidamente dulce y jodidamente sexy y yo tengo que mantenerme

alejado de ella.



2

Maddie finalmente acepta el trabajo. El primer día, Ryan pierde el control

y le reprocha su actitud en el Marchisio’s. No soporta que despierte la

atención de otros hombres y tampoco sabe cómo gestionarlo.

Al día siguiente trabajan toda la tarde juntos e, instintivamente, una

atmósfera llena de deseo, sensualidad y tensión va creándose entre ellos.

Maddie, celosa al escuchar que tiene una cita para cenar, acaba llamándolo

imbécil y saliendo de su despacho dando un portazo. Ryan, duro e

intimidante, le recuerda que, aunque le permita ciertas licencias, él sigue siendo el jefe. Sin embargo, nunca ha tenido tantas ganas como en ese

instante de llevarla contra la pared y perderse en cada centímetro de su

cuerpo.

El tercer día en su nuevo trabajo promete ser aún más interesante

para Maddie. Vuelve a discutir con Ryan cuando demasiadas cosas

implícitas pasan en la reunión con Harry Mills y otras más explícitas en el

reservado del restaurante francés de moda en Manhattan.

Maddie está más confusa que nunca, pero todo adquiere una nueva

perspectiva cuando se entera de que Ryan ha saldado su deuda con el señor

Stabros, su casero. Enfadadísima, se va a dormir con un plan claro en la

cabeza: irá a Contabilidad, pedirá un adelanto y le devolverá hasta el

último centavo.

La llamada de Contabilidad que acabo de recibir no sólo me ha

puesto de mal humor, si no que ha conseguido que no pueda pensar en otra

cosa. ¿Por qué ha pedido un maldito adelanto de setecientos dólares? Es su

nómina de dos semanas. Obviamente he dado luz verde a la operación.

No es que Contabilidad tenga que pedirme permiso para operaciones

tan nimias, pero dejé bien claro a Recursos Humanos que cualquier cosa

que tuviese que ver con cualquier trabajador de *Spaces* debía pasar antes por mí. En realidad el resto de empleados me importa una mierda, pero no

quería tener que aguantar la mirada de uno de los perros de presa de

Spencer cuando especificara que sólo me interesa la señorita Maddie

Parker.

¿Por qué ha tenido que hacerlo, joder?

Ya me ocupé de las deudas con su casero. ¿Acaso ni siquiera tiene

para comer? Exhalo todo el aire con fuerza de mis pulmones, lentamente,

tratando de calmar la bocanada de pura rabia que me está arrollando por

dentro. La idea de que simplemente lo esté pasando mal, deseando cosas

que no puede tener, me enfada como lo he estado pocas veces en mi vida.

Resoplo de nuevo y me dejo caer en mi sillón. Ni siquiera entiendo por qué me siento así. Estoy dejando que todo esto se me escape de las

manos. Todo el día de ayer fue una puta tortura. Debí darme cuenta en

cuanto la vi aparecer con aquella gabardina. Ni siquiera todo lo inquieto y

acelerado que me encontraba por ver a Harry Mills eclipsó mínimamente

el huracán que me arrolló, al león despertándose, cuando la vi detenerse

junto a Bentley con el pelo ligeramente alborotado, la piel encendida por

la carrera desde el ascensor y los labios entreabiertos para intentar recuperar el aliento. Joder, esos labios. Esos labios son mi puta pesadilla.

En el coche la cosa no mejoró. Nunca he agradecido tanto la presencia de Bentley. Si él no hubiese estado, me la habría follado de diez maneras diferentes antes de cruzar la Séptima.

Esa mezcla de inocencia y sensualidad, como si no supiese muy bien lo que despierta pero deseosa de despertarlo, me está volviendo completamente loco.

Centrada en los documentos que Bentley le mostraba, sacó de su pequeño bolso una barra de labios. Era un rojo decadente, de *pin-up*. Primero se pasó la lengua lenta y discretamente para humedecerlos y, tras pintárselos, se llevó uno sobre otro y los chasqueó, sólo una vez.

Joder.

En ese puto momento decidí que quería follármela con sus labios pintados exactamente de ese color, la quería de rodillas delante de mí, quería correrme sobre ellos. Sin quererlo, esa idea se ha convertido en la jodida meta de mi vida.

Una llamada de Malcom Miller, el director de Contabilidad y probablemente el hombre más insulso de toda la tierra, me hizo recuperar la cordura… momentáneamente, porque cometí el error de mirarla de nuevo y, casi en ese mismo instante, me imaginé a mí mismo abriendo su gabardina y descubriendo el vestido con el que me torturaría aquella mañana o, lo que fue peor, mi imaginación perversa me ofreció la posibilidad de que no llevase nada bajo el abrigo, sólo un provocativo conjunto de lencería de La Perla.

Joder. Quiero follármela.

Para colmo de mis males, se puso a hablar de Harry Mills, la persona junto a mi padre y mi abuelo que más admiro, aunque las cosas han cambiado en ese aspecto. Me entraron ganas de gritar frustrado. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Que aparezca en mi despacho en lencería y con una botella de mi marca de bourbon? O, quizá, con mi plato favorito... o tal vez ya lo hizo cuando me dio la chocolatina Hershey's y yo tuve que controlarme para no saltar por encima de mi escritorio y besarla y tumbarla en el suelo y desnudarla y morderla y follármela.

¡Contrólate, Riley!

Fueron los putos veinte minutos más largos de mi vida.

En el *hall* del hotel St. Regis, sólo necesité un maldito segundo con ella para que todo mi mundo se viniese un poco más abajo. Maddie caminaba embobada, con sus increíbles ojos verdes perdidos en cada detalle. Joder, estaba sencillamente preciosa. Yo ya había visto esa mirada de adoración absoluta otras veces. Es la misma con la que Thea mira a Spencer, con esa mezcla de amor y admiración. Él y yo somos muy diferentes. Nuestras vidas lo son. Desde que éramos unos críos, nuestro abuelo y nuestro padre decidieron que yo me encargaría de la empresa. Mi hermano llevaría la contabilidad, los recursos humanos... pero las decisiones las tomaría yo.

Me gusta mi trabajo y lo hago jodidamente bien. He nacido para esto.

Hasta ese momento nunca me importó la responsabilidad que conlleva, el no tener a nadie esperándome. Tengo mis necesidades bien cubiertas y no me aburro; es más, me divierto muchísimo. Pero en ese preciso instante

me di cuenta de que todo era diferente. Todo es jodidamente diferente. De pronto la manera en la que Thea mira a Spencer ya no me parece algo a lo que quiera renunciar si es Maddie quien me mira, si me mira con la misma admiración con la que miraba aquel vestíbulo.

Voy a volverme completamente loco.

Resoplo malhumorado una vez más. Me niego a recordar el resto del día de ayer. Me niego a revivir cómo me sentí cuando el imbécil de Mills trato de ligar con ella, cómo se la comía con los ojos. Puede que sea el arquitecto más importante del mundo, pero juro por Dios que, si le hubiese puesto un puto dedo encima, habría acabado en un maldito hospital.

Cuando ya nos marchábamos y él la llamó para darle su tarjeta, yo también me detuve. Todavía saboreo la amarga sensación en la garganta, todo mi cuerpo tensándose, llenándose de rabia, poniéndose en guardia.

La interrumpí y la hice venir hasta mí. No me gustó tener que hacerlo, pero la otra opción era caminar hasta ellos, tomarla de la cadera y besarla hasta que, con los ojos cerrados, suplicara más.

Maddie es mía.

Resoplo por enésima vez y cabeceo.

Ella no es nada mío, pero hacía dos putos segundos acaba de defenderme diciéndole a todos que creía en mí, en lo que hago con esta empresa, demostrándome que todavía ve en mí lo que yo ya no veo. Y, aunque odio la idea de que crea que soy una persona mejor, en cada hueso de mi cuerpo quedó grabada a fuego la euforia que sentí sólo por el hecho de saber que, en cierta manera, ella no sólo estaba orgullosa de mí, sino

que no le importaba gritárselo en la cara a quien fuese para defenderme.

Me echo hacia delante y reviso distraído las carpetas que tengo sobre el escritorio. Maddie no es para mí. Maddie me hace sentir cosas que ni siquiera debería permitirme sentir. Lo que ella piense de mí me importa. Decepcionarla me importa. Por primera vez me afectan los sentimientos de una mujer y no tengo la más mínima idea de cómo gestionarlo, lo que sólo puede significar que es un maldito error.

—Buenos días, señora Simons.

Alzo la mirada. Su voz me despierta como un maldito ciclón.

—Buenos días, Maddie —contesta mi secretaria.

Está preciosa, como cada maldito día. ¿No tiene unos putos vaqueros? Podría hacer que Tess enviara una circular: «Prohibido llevar vestidos de niña buena los días que el CEO tiene reuniones importantes. Hacen que sólo pueda pensar con la polla y eso no es bueno para el Riley Enterprises Group». Este día va a ser largo y tortuoso. Joder. Tres malditas reuniones por delante y yo sólo puedo pensar en follármela. ¿Por qué no se viste como una oficinista más? Eso sería el fin de mis putos problemas. Así es, un soplo de aire fresco, como si quisiese gritarme «soy exactamente lo que quieres, Riley, absolutamente todo lo que quieres».

—Necesito ver al señor Riley.

—Me temo que no va a ser posible —responde profesional.

—Está bien, Tess —la interrumpo antes de pensarlo con claridad.

Es ese jodido vestido blanco.

Maddie recorre la pequeña distancia entre la mesa de Tess y la puerta de mi despacho. Me esfuerzo en no mirarla y concentrar toda mi atención

en la pantalla de mi Mac, pero ella no entra. Está quieta bajo el umbral, observándome. Me obligo a contenerme. A veces es tan tímida, tan dulce,

puede llegar a parecer tan perdida sólo por el hecho de estar mirándome,

que eso me coloca en lo alto del edificio más alto.

Respiro hondo imperceptiblemente.

—¿Qué quería, señorita Parker?

Ella necesita un segundo. Es mi voz. Mi ojos azules sobre los suyos

verdes.

Estoy en la terraza del Empire State, calibrando el terreno, mirando

hacia abajo.

—Quería devolverle esto —responde caminando con paso firme

hacia el centro de mi despacho.

—Cierre la puerta —la interrumpo en un golpe de voz con el tono

enronquecido.

El aire frío me golpea en la cara.

Desconcertada, vuelve tras sus pasos y la cierra. Yo me levanto y

rodeo mi mesa.

Cada paso sobre el parqué es un paso sobre la terraza.

Me apoyo en el escritorio sin llegar a sentarme. Estoy en guardia.

Estoy demasiado alto.

—¿Qué es lo que quiere devolverme?

Otra vez mi voz parece sacarla de un sueño y vuelve a clavar su

mirada en el suelo.

—Esto es suyo.

Me ofrece un trozo de papel. Yo frunzo el ceño y, curioso, me inclino

para observarlo. No necesito más de un segundo para saber lo que es y automáticamente una media sonrisa se dibuja en mis labios. Por eso quería el adelanto. Cualquier otra persona, siendo lo capullo que he sido con ella, se habría quedado esos setecientos dólares, pero ella no. Está dispuesta a alimentarse con sopa de sobre tres semanas seguidas antes de deberme nada. La idea me llena de rabia, de adrenalina, pero también consigue que me atraiga más, que se merezca mi respeto.

—No pienso aceptarlo —respondo sin asomo de duda.

—¿Cómo que no piensa aceptarlo? —replica arrugando ese adorable ceño—. Además, soy yo quien no lo acepta. No debió pagar la deuda con mi casero. Eso forma parte de mi vida privada, señor Riley.

—Debería agradecérmelo. Su casero no parecía estar muy dispuesto a esperar.

Sueno condescendiente y arrogante. Lo sé. No me importa. Soy así. Y Maddie tiene que empezar a entender que voy a cuidar de ella. Siempre voy a cuidar de ella.

Camino hacia atrás y pierdo mi vista en el cielo abierto. El edificio es alto. La altura es alta.

—No es asunto suyo —sisea.

—No lo entiendo. ¿Preferiría estar debajo de un puente? Porque es donde habría acabado de no ser por mí.

Quiero que sea por mí. Que siempre sea por mí.

Cierro los ojos. El edificio es alto. La altura es alta.

—¿Qué? ¿Cómo puede hablar así? El señor Stabros nunca me habría dejado en la calle y, de todas formas, ésa no es la cuestión.

—¿Y cuál es?

—No debió hacerlo, ésa es. Y ahora acepte el cheque.

—No.

—¿Acaso cree que dejo que todos los multimillonarios que conozco paguen mis facturas?

Me humedezco el labio inferior breve y fugazmente. La mera idea hace que ese sentimiento que no entiendo se acomode bajo mis costillas.

—Doy por sentado que soy el único.

Nunca había sentido una punzada de celos hasta que la conocí, hasta que me miró por primera vez y me di cuenta de que quería que sólo me mirara así a mí.

—Yo…

Duda. Otra vez todas esas dudas, esa timidez, ese nerviosismo. Otra vez sintiéndose abrumada, sobrepasada.

Un puto sueño.

Abro los ojos. Respiro hondo.

—… no quiero su dinero.

Nerviosamente, estira de nuevo la mano con el cheque doblado en ella, tratando de demostrarme que va absolutamente en serio.

Yo sonrío, sonrío arrogante. Acaba de demostrarme sin palabras lo que ya sé, que soy el único.

—¿Sabe cuánto dinero tengo?

Y no lo estoy diciendo para presumir.

—No lo sé. Supongo que una cantidad ridículamente desorbitada.

Mi sonrisa se ensancha sincera. Adoro que me diga exactamente lo

que piensa de mí.

—Entonces entenderá que setecientos dólares no son nada para mí.

—Pero lo son para mí.

Paseo mi mirada por cada centímetro de su cara. Es preciosa.

Aunque, en realidad, es algo más que eso. Es cómo me hace sentir. Es todo lo que recuerdo que quería ser.

Respiro hondo una última vez y me preparo para salir corriendo.

Sin embargo, una vocecilla en el fondo de mi cerebro no para de repetirme que no es una buena idea, que ella no es para mí.

Finalmente me llevo las manos a la cara y me froto los ojos con fuerza a la vez que exhalo todo el aire de mis pulmones.

—Señorita Parker, es usted exasperante.

Y no me refiero al cheque. Me refiero a ella, a cómo ha conseguido, sin ni siquiera saberlo, poner patas arriba todo mi mundo.

—¿Yo? ¿Y qué hay de usted? —resopla.

—Explíqueme cómo piensa vivir habiendo pedido la nómina de las próximas dos semanas por adelantado.

—Lo tengo todo controlado.

—¿Tan controlado como lo tenía con su casero? ¿Piensa vivir de adelantos? Además, no sé si es consciente de que, al final, ese adelanto también se lo he dado yo.

Esa acuciante verdad la frena en seco. Sabe que tengo razón y no me extrañaría que ahora mismo me estuviese llamando bastardo mentalmente.

Puede que lo sea, pero, por suerte para mí, eso no cambia las cosas.

—Acepte el maldito cheque —replica exasperada.

¿Cómo es posible que sea así de adorable?

—¿Por qué te molesta tanto que pagara esa factura?

Soy consciente de cómo mi mirada se oscurece. El león se despierta.

—Porque no quiero deberte nada —murmura clavando su mirada en el suelo—. No sé qué pensar de ti. Haces que me sienta confusa y tímida y abrumada.

Quiero hacerlo.

Necesito hacerlo.

Echo a correr.

Alzo la mano y la anclo en su cadera. El calor de su piel burbujea en mis dedos y en mi palma. Maddie alza la mirada. Se pierde en mis ojos, pero no se aparta y lentamente el mundo a nuestro alrededor va volviéndose borroso.

—¿Hago todo eso? —susurro.

Una dura media sonrisa se dibuja en mis labios. Su respiración se acelera y asiente nerviosa.

—Por favor, acepta el cheque —musita.

Despacio, subo mi otra mano por su espalda hasta llegar a su nunca.

—Ni hablar —replico.

Su cuerpo lo desea.

Ella lo desea.

El león ruge.

Salto al vacío.

La beso con fuerza, exigente, lleno de deseo. Exactamente como me

hace sentir.

Caigo desde el Empire State a cien kilómetros por hora.

La estrecho contra mi cuerpo dejando que mis dedos se agarren posesivos a su cadera, fantaseando con la idea de esos mismos centímetros de piel desnudos bajo mis manos, marcándola, demostrándole que me pertenece.

Es un beso salvaje, indomable. Son mis dedos enredados en su pelo.

Mi mano perdiéndose bajo su vestido. Es la piel más delicada del mundo.

Sus suaves gemidos. Mi respiración acelerada. El deseo. El placer. Todo lo que tiene que ser.

—Señor Riley.

La voz de Tess a través del intercomunicador nos separa de golpe. La miro directamente a los ojos y los suyos verdes están confusos, vulnerables.

¿Qué he hecho, joder?

—Señor Riley —repite mi secretaria.

Me paso las manos por el pelo tratando de recuperar la cordura.

Maddie, Maddie, Maddie. No puedo pensar en otra puta cosa. Rodeo una vez más mi escritorio y pulso el botón del intercomunicador digital mientras me estiro la corbata.

—¿Sí, Tess?

—Le esperan en la sala de juntas de la planta veintiuno para la reunión con el departamento Inmobiliario.

Vuelvo a mirarla. Es preciosa, joder. Nuestras respiraciones aún están

aceleradas. No sé qué decir. Por primera vez en treinta años no se trata de que no quiera hablar, es que no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—De acuerdo, Tess.

Maddie aparta su mirada de la mía y, antes de que pueda reaccionar, sale disparada de mi despacho.

¿Qué he hecho? ¿Qué demonios he hecho?

Es la primera vez que he saltado al vacío.



3

Maddie y Ryan no han vuelto a verse desde que él la besó en su despacho.

Ella no sabe qué hacer ni qué pensar, pero tiene claro que no quiere quedarse llorando en pijama, su plan inicial. Ryan, por su parte, no para de repetirse que no puede perder el control como lo perdió en su oficina. Fue un error y no puede volver a repetirse.

Es sábado por la noche y los dos están a punto de encontrarse en el club de moda en pleno Gramercy Park.

No sé qué hago aquí. Joder, no tengo ni la más remota idea. Este club es un asco. No entiendo cómo dejé que Bentley me convenciera para venir.

Atravieso el local de vuelta a la barra y en la pista me cruzo con un grupo de chicas. Una rubia con pinta de «haré todo lo que quieras si me llamas cariño» me sonríe, pero no me interesa. No me llama la atención. Joder, creo que, si estoy tan cabreado, es precisamente porque últimamente todas las chicas me parecen iguales. Todas menos una. Desde que la besé, no he podido quitármela de la cabeza.

—No sé cómo he dejado que me convencieses para venir aquí —mascullo malhumorado mientras me apoyo en la barra junto a Bentley y busco al camarero con la mirada.

Es un maldito antro.

—Ryan, saluda —me replica—. Que no se diga que no te he educado bien.

¿De qué coño está hablando?

Me giro hacia él y lo observo hablando con Stevens. La sangre se vuelve adrenalina caliente en mis venas cuando la veo a ella, a Maddie Parker. Joder, cómo reacciona cuando la miro, esa actitud tan inocente, sintiéndose abrumada porque estoy cerca, hace que se me ponga dura de golpe.

«Riley, contrólate.»

A veces me siento como si tuviera quince putos años.

—Señorita Stevens, señorita Parker —las saludo displicente volviéndome de nuevo en busca del camarero.

¿Dónde coño está?

—Señor Riley —responden casi al unísono.

Trago saliva. Su voz es tan solícita que las ganas de abalanzarme sobre ella son casi insoportables.

—Por el amor de Dios, Ryan —se queja Bentley—. No estamos en la oficina.

Finjo que no le oigo. No estoy de humor.

A pesar de que no la estoy mirando, todo mi cuerpo es consciente de ella, de cada gesto que hace, de cómo suspira. Al notar sus ojos sobre mí,

por un momento me gustaría que fuera como las otras chicas, poder tratarla como a las demás. Siempre me ha resultado muy fácil, joder. Las miro, sonrío, a veces ni eso, y ya sé que van a darme todo lo que quiera, pero con ella todo es diferente. Me hace perder el control y no me gusta.

—El local tiene una pinta estupenda —comenta Lauren.

—Sí. Creo que está muy de moda —responde Bentley.

De reojo, veo cómo se miran sin saber muy bien qué más decir y pongo los ojos en blanco. Debe tener unas ganas locas de meterse en sus bragas. Cada vez que le pasa eso con una chica, se vuelve un gilipollas incapaz de decir dos frases mínimamente inteligentes seguidas.

—¿Y habéis venido solas? —pregunta Bentley.

—No, con unos amigos.

Instintivamente la respuesta de Stevens me gira hacia ellas y capta toda mi atención. De pronto me siento increíblemente celoso de que otro tío pueda estar cerca de ella, tocarla. La adrenalina se vuelve aún más densa en mis venas.

Esto es una locura.

«¡Cálmate, joder!»

Aparto la mirada.

El camarero, al fin, decide hacer acto de presencia.

—Jack Daniel’s solo —le pido aún más malhumorado que cuando llegué a la barra.

Que se joda. Debería haberme atendido antes.

—Y un Martini Royale —añado cuando ya se había retirado unos

pasos.

Asiente y yo suspiro adusto mientras prepara el dichoso cóctel. ¿Por qué le he pedido algo de beber? Todo esto es un sinsentido absurdo. Ella no es para mí. Si lo pienso fríamente, ni siquiera es mi tipo.

Resoplo de nuevo.

El camarero va a colocar el cóctel frente a mí, pero le hago un leve gesto con la cabeza para que se lo lleve a ella. Maddie alza la vista sorprendida cuando ve la copa e inmediatamente lleva sus ojos verdes hasta mí. Acabo de descubrir por qué, aun sin saberlo, le he pedido la copa. Quería que me mirara exactamente así.

—Gracias —musita e interrumpe nuestras miradas.

La observo suspirar nerviosa y no puedo evitar sonreír.

Ella no es para ti, Riley. Así que para, joder.

Stevens se despide de Bentley y las dos se marchan. La observo alejarse y todo mi cuerpo protesta llamándome gilipollas y esperando a que corra tras ella para llevármela a los lavabos y follármela.

Follármela, ¿por qué no puedo pensar en otra puta cosa?

—Es guapa, ¿verdad? —me pregunta Bentley hipnotizado por el culo de Stevens.

Suena *The nights*,[1] de Avicii.

—No está mal —respondo girándome para apoyarme de nuevo en la barra y dar un largo trago de bourbon.

—¿Por qué estás de tan mal humor, joder? —se queja.

—Porque me has traído a un antro de mierda y, visto lo visto, lo has hecho para poder coincidir con esa chica. ¿Por qué no vas a tirártela y me

dejas en paz?

—Porque no me da la gana —me espeta—. Claro que quiero tirármela, pero también me gusta, joder. Quiero que sea mi novia.

—Qué tierno —replico socarrón escondiendo una burlona sonrisa en un nuevo trago de mi copa.

—Que te jodan.

Ambos sonreímos y yo consigo relajarme un poco. Hablar con este gilipollas, inexplicablemente, tiene ese efecto.

Me giro de nuevo y me dejo caer ligeramente sobre la barra. Sin embargo, antes de que pueda darme cuenta, mis ojos la buscan. Está al otro lado de la pista, riéndose con Stevens y otros chicos. No es espectacular. Creo que, si fuera despampanante, con las tetas en la boca, no me gustaría tanto. Ella es bonita, joder. Es cómo se ríe, cómo me mira.

Resoplo y alzo la cabeza hasta clavar mi mirada en el techo. ¿Qué me está pasando? Tengo que tirarme a otra. Eso es. Desintoxicarme de Maddie.

—Capullo, ¿estás bien? —me pregunta Bentley.

Estoy a punto de contestar un sincero «yo qué sé, joder», cuando la misma rubia con la que me crucé en la pista se acerca a nosotros.

—Hola —nos saluda con una sonrisa mientras agita la mano.

La miro. No está mal.

—Hola —responde Bentley.

—Me llamo Kirsten —continúa nerviosa.

Sé que, si dijera algo, como, por ejemplo, «hola», se relejaría, pero me apetece más ver hasta dónde es capaz de llegar.

—Estaba allí con unas amigas —dice señalando vagamente el otro lado de la barra— y me han empujado a venir a hablar con vosotros.

Se ríe aún más nerviosa. Bentley sonríe y yo vuelvo a girarme para buscar al camarero. Le pido otro Jack Daniel's y rápidamente lo tengo frente a mí.

La chica sigue hablando y Bentley la mira muy atento, fingiendo que todo lo que dice le resulta fascinante. Es un capullo y le encanta ver cuánto tiempo pueden disimular que no quieren hablar con los dos. En la universidad, Spencer y él tenían un puto *ranking*. Ganó una chica de Brooklyn que estuvo hablando con Spencer durante hora y media antes de preguntarle si podía darle mi teléfono. Mi hermano le respondió «acaba de salir de la cárcel. Yo te doy su número, pero lo mismo, de un polvo, te destroza», y como debió presentir que a la chica le quedaba alguna duda, añadió: «en prisión lo ha pasado muy mal. Rubito y con esos ojos, imagínate, se lo rifaban. Está muy traumatizado. No sé por dónde te va a salir». Al final el muy capullo acabó tirándosela en el baño.

—Por cierto, él es Ryan —la interrumpe el muy soplapollas con su mejor sonrisa.

Yo cabeceo e intento disimular una sonrisa mientras miro hacia otro lado. Es un cabronazo.

—Hola, Ryan —se atreve a decir por fin.

Me giro displicente y finjo prestarle atención. Ella es todo sonrisas y conversación, pero no me interesa lo más mínimo. Vuelvo a mirar al fondo de la pista y veo a Maddie. ¿Por qué no acabo ya con todo esto?

Cruzo la pista, la agarro por la cadera, la acerco hasta que nuestros

cuerpos se toquen y nos encerramos en mi apartamento una semana. Haría que se corriera tantas veces que necesitaría otra semana más para recuperarse. Además, tengo como un millón de fantasías y perversiones con ella. Quiero atarla, amordazarla, follármela muy duro y por todas partes, tenerla de rodillas delante de mí.

«¡Riley, joder!»

Sacudo la cabeza discretamente y me centro en Kirsten. Decidido, tengo que follármela porque se acabó pensar en Maddie. Bentley dice una estupidez y ella se ríe. Perfecto. No siento nada. Está buenísima y es muy guapa, pero tampoco siento nada. De pronto, no sé por qué, se acerca a mí y me susurra algo al oído, una gilipollez sobre que soy muy mono, pero lo más importante es que su voz, ni siquiera a esa distancia, no me hace sentir nada. Es justo lo que necesito.

Pero no es lo que quiero, joder.

Esa incómoda y acuciante verdad cae como un jarro de agua fría sobre mí.

Le doy un trago a mi bourbon y, sin despedirme de Bentley o de la chica, cruzo la pista dispuesto a salir de aquí. Ambos me miran confusos, pero francamente me importa una mierda. Estoy frustrado, furioso. ¿Qué demonios me pasa?

Me separan unos pasos de la puerta cuando veo entrar a Maddie.

Parece contrariada. Suspira hondo e inmediata e involuntariamente sonrío.

Me apoyo en la pared y continúo observándola. Pasa junto a mí, pero van tan concentrada en lo que quiera que le haya pasado que no repara en mi presencia. Debe de ser algo muy grave. A lo mejor acaba de enterarse de que se han extinguido los ponis o de que ya no habrá más arco iris.

—Señorita Parker —la llamo.

Ella se detiene en seco y gira sobre sus talones despacio. Está

enfadada, lo sé, y está enfadada conmigo, eso también lo sé.

—¿Ahora no me hablas? —pregunto socarrón.

Maddie suspira lentamente intentando que no se note que lo hace.

—La verdad es que no —responde muy digna.

—No sé cómo tomarme eso —replico divertido.

—Yo tampoco sé cómo tomarme que me besen y después pasen de

mí.

¿Así es cómo se siente? Yo no he pasado de ella, joder. Si pudiera

pasar de ella, mi vida sería infinitamente más fácil.

—Maddie, yo no he pasado de ti — y no sé por qué la llamo por su

nombre.

—Vaya, ya no soy la señorita Parker —me replica impertinente.

Frunzo el ceño molesto. A veces es de lo más insolente. Además, fue

ella la que se largó de mi despacho. ¿Por qué coño está tan enfadada? ¿Y

por qué tiene que enfurecerme que lo esté conmigo? Son esos malditos

ojos verdes, joder.

—Precisamente por este motivo lo que pasó fue un error —sentencio.

Y por ese mismo motivo, que yo siga aquí, también lo es.

Sin dar más explicaciones, no tengo por qué hacerlo, paso junto a

ella en dirección a la pista de baile. Por un segundo su olor me atrapa y todo mi cuerpo vuelve a protestar.

—¿Y lo que yo tenga que decir no cuenta? —grita exasperada para

hacerse oír por encima de la música.

—¿Y qué tienes que decir después de salir huyendo de mi despacho?

—replico enfadado a la vez que me giro y desando mis pasos.

—Yo no salí huyendo —se defiende—. Simplemente no iba a quedarme allí esperando a que me echara.

¿A qué coño ha venido eso?

—¿Y qué te hace pensar que te hubiera echado?

—Es lo que hace siempre. Diez segundos encantador y, después, el capullo insoportable.

Suspiro exasperado.

La culpa es suya por no dejarme pensar con claridad cuando está cerca.

—¿Y qué hay de ti? Te pasas poniéndome ojitos la mitad del tiempo y llamándome gilipollas la otra mitad.

—Porque se lo merece —musita igual de digna.

Otra vez diciendo exactamente lo que piensa de mí e instintivamente me despierta por dentro.

—¿Los ojitos o llamarme gilipollas? —No puedo evitar que mi tono suene relajado, casi divertido.

—Señor Riley —resopla.

Mi sonrisa se ensancha. Es adorable, joder, y ahora mismo todo en lo que puedo pensar es en follármela.

—Me hace gracia que sigas llamándome señor Riley —confieso acercándome a ella.

Quiero tocarla.

—No quiero tomarme más licencias —murmura.

Otra vez está abrumada y el león dentro de mí se relame por eso.

—No deberías —susurro.

Mi aliento inunda sus labios. Es perfecta, es jodidamente perfecta, y

yo sólo quiero hundirme en ella para comprobar cómo tiene que ser estar

en el lugar más cálido sobre la faz de la tierra.

—Lo recordaré la próxima vez que me bese —replica ahogando un

suspiro en sus palabras.

Una lucecita se instala en el fondo de mi cerebro. Si me acuesto con

ella, no va a haber vuelta atrás.

«No es para ti, Riley. No rompas todas tus normas.»

—No habrá próxima vez —sentencio recuperando el control—,

aunque me muera de ganas.

Giro sobre mis talones y me marcho rezando para que no me llame.

Esa voz es como mi canto de sirena particular y, si vuelvo a escucharla, caeré de lleno y lo de encerrarnos en mi apartamento va a dejar de ser una

opción para ser una puta realidad.

Regreso con Bentley. Afortunadamente la rubia se ha marchado de

vuelta con sus amigas. Mejor así.

Comienza a sonar una canción horrible que, si el oído no me falla, es

en ruso. Joder, esto mejora por momentos. Miro a Bentley dispuesto a

llamarle de todo por haberme traído aquí, pero me doy cuenta de que está

absolutamente ensimismado mirando la pista baile. Busco lo que le tiene

hipnotizado, aunque ya imagino qué es.

Sin embargo, el universo debe querer que termine de volverme loco

o que se me ponga tan dura que me dé un ataque por falta de sangre en el

resto del cuerpo, porque Stevens no está bailando sola, Maddie lo está haciendo con ella. Lo hacen en el centro de la pista y yo no puedo dejar de mirarla. Se está riendo y cantado. Es preciosa, joder. La cosa más sexy que he visto en toda mi vida.

Sonrío como un idiota y me permito observarla. Sé que Bentley está embobado con Stevens, así que no me preocupa que me descubra. Mejor. No iba a dejar que nadie me estropeara el espectáculo.

Pero entonces un tío se acerca a ella. De golpe una inyección de rabia me llena los pulmones. ¿Quién coño es? La coge de la muñeca y la acerca hasta él, pero ella se zafa de su mano.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, me abro paso hasta el centro de la pista de baile. Él intenta agarrarla de la cintura y ella lo empuja. La sangre se vuelve adrenalina en mis venas otra vez.

—Lárgate, gilipollas —le grita Maddie.

De un paso, me coloco a su espalda. Ahora mismo sólo quiero tumbarlo de un puñetazo.

—¿Y si no quiero? —le espeta con chulería.

—La señorita te ha pedido amablemente que te largues. —Mi voz suena calmada, pero muy amenazante.

El muy imbécil no sabe en el lío en el que acaba de meterse.

Los dos se vuelven. Ella me observa con esos enormes ojos verdes y parece aliviada y agradecida. Me mira como si creyese que soy mejor de lo que soy, como lo hizo cuando nos conocimos, y esa mirada hace que la misma electricidad pura, sin edulcorar, me recorra la columna.

—Coño, Riley, ¿qué haces aquí? —me pregunta el gilipollas

sacándome de mi ensoñación y consiguiendo que aparte mi mirada de Maddie.

Otro capullo con pinta de ejecutivo de saldo que me conoce y del que yo no sé ni su maldito nombre. Es la puta historia de mi vida.

—Evitar que sigas haciendo el gilipollas —contesto como si fuera obvio.

—Que esta chica trabaje para ti no significa que sea tuya.

—No podrías estar más equivocado.

Mi respuesta es instintiva. Maddie vuelve a mirarme y ese sentimiento que no sé gestionar reaparece.

—Y ahora lárgate —continúo—. No pienso repetirlo.

Aunque casi mejor si no te larges y me alegras la puta noche.

—¿Y si no quiero?

Bingo.

Lo único en lo que pienso antes de tumbarlo en el suelo de un puñetazo es en sus asquerosas manos intentando tocarla.

Instantáneamente todas las personas que bailaban a nuestro alrededor se giran y se apartan alarmadas. Miro a Maddie. Está quieta, asustada, aunque manteniendo el tipo, y yo no entiendo por qué me siento así. ¿Por qué necesito protegerla? No es nada mío, joder, o sí, o lo es todo.

Alza la mirada e inmediatamente se encuentra con la mía. Odio sentirme así y también la odio a ella por hacerme sentir así.

La cojo de la mano y tiro de ella. Estoy furioso, cabreado. La rabia, el enfado, los celos y todo este maldito deseo que no puedo controlar me

están arrollando por dentro.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—Fuera —mascullo.

—No quiero ir fuera —replica enfadada.

Acelero el paso. No sé de qué quiero escapar, ¿de ella?, ¿de que es la

única chica que me hace sentir algo?, ¿o de que acabo de pegarle a un

gilipollas porque la ha rozado con sus putos dedos?

—Vas a hacer que me caiga —se queja.

En cuanto pongo un pie fuera del local, le suelto la mano a la vez que resoplo. Dios, nunca había estado tan cabreado en toda mi vida. Ella se

gira y, sin mediar palabra, me abofetea. Pero ¿qué coño? ¿Acaba de darme

una puta bofetada? Sencillamente no puedo creerlo. Me llevo la mano

lentamente a la mejilla y la miro aún más furioso.

—¿Me has abofeteado? —inquiero con mis ojos clavados en los

suyos y la voz endurecida.

—Sí —musita—, porque no puedes hacer esto —continúa con la voz

tímida pero firme—. No puedes comportarte como si estuvieras celoso,

besarme, pasar de mí y después aparecer de la nada y salvarme.

¿Está enfadada? No me lo puedo creer, joder. Ahora mismo debería

estar dándome las gracias. Además, soy el primero que sabe que es una

puta locura, no necesito que ella me lo recuerde, pero no pienso dejar que

ningún otro tío la toque.

—No voy a dejar que ningún imbécil te ponga las manos encima y no

puedes imaginar lo poco que me importa que te guste o no. No pienso

disculparme por ello.

—Claro que no. Tú jamás te disculparías por nada.

Está aún más enfadada, pero me importa una mierda. Tengo razón. Es mía.

—No tengo por qué hacerlo.

—Pues yo tampoco. Además, ningún imbécil puede tocarme a mí, pero a ti sí puede susurrarte cosas la primera rubia estúpida que lo intente.

—¿Qué? —pregunto confuso.

¿De qué coño habla?

—Te vi en la barra con esa chica.

¿Está celosa? Sonrío victorioso, pero sólo dura un segundo en mis labios. Sigo muy cabreado.

—Esa chica no era nadie. Por el amor de Dios, sólo fui amable. No le hice el más mínimo caso.

Es la pura verdad. Sólo podía mirarla a ella. Sólo puedo mirarla a ella. No he tenido nada más claro en toda mi maldita vida.

—Por mí puedes revolcarte con medio club —me espeta furiosa—, me da exactamente igual, pero deja de hacer esto, porque esta misma noche acabas de decirme que no volverás a besarme nunca.

—Sé lo que he dicho —replico alzando la voz.

Lo sé perfectamente porque es exactamente lo opuesto a lo que me muero de ganas de hacer.

—Pues entonces…

—Entonces —la interrumpo—, está claro que estás volviéndome loco.

Ya no puedo más. La deseo.

Atravieso la distancia que nos separa y la beso con fuerza, como llevo queriendo hacer desde hace dos putos días, desde que la besé en mi despacho.

Me separo, cojo de nuevo su mano y me la llevo al primer callejón oscuro, a unos metros del club. La dejo caer contra la pared y la cubro con mi cuerpo justo antes de besarla acelerado, desbocado, exactamente como me siento, como quiero que se sienta ella.

Sus labios tienen algo que me hace imposible apartarme de ella, como si hubiera descubierto la puta panacea que va a hacer que mi maldita vida tenga por fin sentido. No el trabajo, ni la empresa, mi vida.

Ella suspira contra mis labios y todo mi cuerpo vibra por ese pequeño sonido. Mis manos vuelan bajo su vestido y al fin toco su piel. Es mejor de lo que los recuerdos y mi imaginación me hacían creer.

—Maddie.

Es la voz de Stevens.

Nos separamos al instante. Por un momento nos miramos directamente a los ojos antes de intentar recolocarnos la ropa todo lo rápido que podemos.

Sus ojos verdes están llenos de deseo y consiguen que casi esté a punto de olvidarme de todo y llevármela de aquí, pero tengo que agarrarme a este último resquicio de cordura.

Stevens la mira como si estuviera cometiendo el mayor error de su vida; no la culpo, y, tras balbucear una pobre excusa, se larga.

Me llevo las manos a la cintura y resoplo furioso. No puedo estar

aquí un solo segundo más. Estoy a punto de abalanzarme otra vez sobre ella, joder. Las manos me arden y soy plenamente consciente de que sólo tocar su piel podría calmarlas.

La deseo tanto.

—Vuelve dentro, Maddie —le ordeno.

—No —protesta.

No me lo pongas más difícil, joder. Lo estoy haciendo por ti, por los dos.

—Maldita sea. Vuelve dentro.

Cometo la mayor estupidez de todas y la miro directamente a los ojos. La mirada que me devuelve me fulmina. Está decepcionada, dolida. Finalmente asiente nerviosa y algo intimidada y se marcha.

¿Por qué me duele que se sienta así? No debería importarme. No quiero que me importe. Me descubro a mí mismo dando el primer paso para salir tras ella y tengo ganas de darme la paliza de mi vida.

«No te la vas a tirar, Riley, y esta estupidez se acabó.»

Tengo que comportarme como un hombre y alejarme de ella. Maddie no es como las demás y, aunque ahora mismo sólo quiera meterme en sus bragas, eso lo tengo claro, como también sé que, si le destrozo la vida, no me lo voy a perdonar.



4

La vida ha continuado en la oficina. Ryan necesita controlarse lo indecible para mantenerse alejado de Maddie. Está enfadado con el mundo y con todos los pobres mortales que viven en él, incluyendo a su objeto de deseo.

Llevo todo el día repitiéndome que no puede ser, diciéndome una y otra vez que no puedo perder el control así, pero, cuando las puertas del ascensor se han abierto y la he visto, todo el maldito mundo a mi alrededor se ha esfumado. Estaba hablando con Stevens y la he oído reír. Por un momento ese sonido me ha atravesado el cuerpo y me ha hecho vibrar.

Odio que me vuelva así de loco. Odio que, sin ni siquiera saberlo, tenga ese control sobre mí.

Desde que la besé en el club, no puedo pensar en otra cosa. Estoy cabreado todo el puto día porque lo único en lo que puedo concentrarme, pensar, sentir, es ella. Me paso las horas fantaseando con la idea de follármela, de hacerla gritar. Joder, eso me pone mucho. Levantar uno de sus vestiditos hasta sus caderas, romperle las bragas y clavarme tan profundo dentro de ella que le cueste trabajo respirar.

«¡Basta ya, Riley!»

Me revuelvo en la silla, me llevo el reverso de los dedos a los labios y asiento a la estupidez que sea que Mackenzie me esté diciendo. No para de repetirme que Julian Dimes está muy disgustado con la compra de acciones que ha realizado el Riley Group hace unos días. Me importa una mierda lo que Dimes tenga que decir al respecto. Se comporta como si esta ciudad le perteneciese, y se equivoca. Sólo es un dinosaurio anquilosado en ideas de mil dólares. Nueva York tiene dueño y, si no lo entiende, es su puto problema.

Mackenzie se despide y sale del despacho con un montón de carpetas, dejándome solo, por fin. Antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a

pensar en ella. Maddie, Maddie, Maddie. La manera en la que sonríe, cómo se ruboriza cuando se da cuenta de que la miro. Me vuelve loco cómo su cuerpo reacciona al mío. Sé que la pongo nerviosa y la descoloco cuando estoy cerca, y esa sensación me hace sentir más poderoso que comprar diez empresas.

—Señor Riley —me llama Tess por el intercomunicador—. El señor Sandford está aquí.

—Me permites, Tess —le oigo decir al soplapollas con su voz de yerno de tus sueños—. ¡Capullo, deja de fingir que trabajas! —me grita.

No puedo evitar sonreír.

A los pocos segundos, entra. Va vestido como si aún fuéramos a la universidad: vaqueros y camisa de cuadros.

—Te pago mucho por juntar cuatro letras. Podrías dejar de vestirte como un indigente.

Me enseña el dedo corazón y se deja caer en la silla frente a mí.

Obviamente es una manera de hablar. Bentley es uno de esos esnobs reconvertidos. Va en vaqueros pero siempre son de Ralph Lauren.

Yo recorro mi escritorio con la mirada y abro la primera carpeta que veo para fingir que estaba trabajando y no fantaseando.

—¿Comemos juntos? —pregunta.

—No voy a comer contigo. Ya te soporto todo el puto día —contesto con una media sonrisa.

—¿Tienes plan? ¿A quién te estás tirando ahora?

—No me estoy tirando a nadie.

Y no es por falta de ganas, joder.

—¿Ah, no? —pregunta perspicaz.

—No.

—¿No?

Es desesperante.

—Bentley —replico exasperado—, si tuviera una pistola, te juro por Dios que te dispararía.

—Vale, pues entonces oficialmente tengo que ponerme serio contigo.

—¿Con qué?

—No puedes tirártela; a ella, no.

Alzo la mirada y la clavo en la de él con una pizca de sorpresa pero claramente parándole los pies. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

—¿De quién estás hablando?

—De la chica que te está volviendo loco —contesta como si fuera obvio—. Ryan, no soy imbécil. A todos estos gilipollas quizá los engañes, pero a mí no.

—Yo no tengo que engañarte ni a ti ni a nadie —contraataco arisco —, y puedo tirarme a quien me dé la gana. No necesito tu permiso.

La sangre me hierve. No me molesta que Bentley me diga lo que piensa o me aconseje, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, pero acabo de darme cuenta de que, sin ni siquiera saber por qué, me enfurece que lo haga si hablamos de Maddie.

Ella es mía.

Sacudo la cabeza discretamente. ¿De dónde ha salido esa pésima idea, joder?

—Y, entonces, ¿por qué no lo has hecho ya? —inquiere volviendo a la carga.

—Porque no quiero hacerlo, joder. No sé qué crees que sabes, pero, como siempre, te equivocas, capullo.

Bentley sonríe dándome a entender que, si quiero seguir sumido en el autoengaño, por él, bien, y se levanta de un salto. Yo vuelvo a sentirme incómodo y abro otra carpeta.

—Nos vemos. Tengo una reunión en el West Side —me informa—. A algún gilipollas se le ha ocurrido que es una buena idea demoler el Alexander Maritiman.

—No lo van a demoler —respondo sin levantar la vista de los documentos que trato de revisar inútilmente—. Es uno de los edificios más representativos de Nueva York, y de uno de sus mejores arquitectos. Alexander Maritiman revolucionó el *skyline* de esta ciudad en los años cincuenta.

—Eso espero. Intentaré llegar a tiempo, pero, si no, diviértete en la reunión de grupo.

Lo miro mal y Bentley sale del despacho con una sonrisa que se hace más grande al despedirse de Tess. Al muy cabronazo le encanta que todas las mujeres piensen que es adorable.

Me paso casi una hora fingiendo que trabajo, pero finalmente cierro la carpeta malhumorado y me levanto como un resorte. Que Bentley se haya dado cuenta de lo que me pasa con Maddie es la última señal que necesito para entender de una jodida vez que tengo que parar y tengo que hacerlo ya. No puedo permitir que esto se me vaya de las manos por muchas ganas que tenga y por muchas cosas que haya imaginado hacerle.

—Señor Riley —vuelve a llamarme Tess por el intercomunicador al cabo de un rato—. Le esperan para la reunión de grupo en la sala de conferencias.

Resoplo. Sé que ella estará allí, así que más me vale dejar de comportarme como un crío de quince putos años.

Vuelvo a echar un vistazo al reloj. No puedo dejar de pensar en la manera en la que me miró cuando le pedí que se marchase. Me revuelvo incómodo y resoplo. No me interesa nada de lo que me están contando, joder. Si hubiese hecho lo que realmente quería, la habría tumbado sobre la mesa y le habría echado el polvo de su vida. Defendió la revista. Defendió la única manera en la que deberían hacerse las cosas. Joder, por un momento tuve la sensación de que me estaba defendiendo a mí, aunque yo me haya rendido hace seis putos años.

No puedo más. Doy la reunión de grupo por acabada, me levanto de un salto y salgo de la sala de conferencias. Uno de los gilipollas a los que pago un sueldo que no es capaz de ganarse se acerca a decirme cualquier estupidez, pero lo fulmino con la mirada. No estoy de humor. Ahora no.

Está enfadada y, extrañamente, creo que, desde el primer momento que la vi, no soporto que esté enfadada conmigo. Otra prueba más de que tengo que mantenerme alejado de ella, joder.

Aun así, me dirijo al despacho de Bentley. Lo hago instintivamente, desoyendo mi sentido común.

Stevens está en la puerta, imagino que hablando con Maddie, pero, en cuanto me ve, sale disparada.

A cada paso que doy, la adrenalina corre más caliente por mis venas,

como si todo mi cuerpo ya supiese que voy a verla y se preparara para abalanzarse sobre ella.

Me apoyo en el marco y la observo un segundo. Sigue enfadada, pero también es la sensualidad personificada.

—Señorita Parker, quisiera ver las fotografías del…

—Bentley —me interrumpe—, el señor Riley quiere hablar contigo.

Me temo que, como soy una simple asistente, no podría atenderle adecuadamente.

Pero ¿qué coño? Frunzo el ceño y la miro mitad sorprendido, mitad confuso. ¿A qué ha venido eso?

Antes de que pueda reaccionar, sale del despacho con el paso acelerado, prácticamente corriendo. Bentley lo hace de su oficina, pero ni siquiera me molesto en darle una explicación y salgo tras ella. Entra en el ascensor y yo estoy a punto de perderlo, pero entonces el inútil de Mason Cooper por fin me sirve de algo y mantiene la puerta abierta.

Maddie está al fondo, casi escondida. Me escabullo hasta ella y, cuando ni siquiera me mira, tengo que contenerme para no gritarle que es una cría y que no debería enfadarse, y después follármela para que se olvidase de su estúpido enfado. Joder, esto es de lo más frustrante, pero ahora mismo la deseo más que nuca.

El ascensor comienza a bajar. Se detiene y arranca de nuevo en cada planta. Sube más gente que baja y poco a poco va llenándose, acercándonos el uno al otro. Su respiración se acelera y algo dentro de mí sonríe satisfecho.

Eres mía, nena. Sólo mía.

Necesito tocarla. Aprovecho el movimiento de ejecutivos entrando y

saliendo cuando el ascensor se detiene en la planta quince y, de un paso, me coloco tras ella. Maddie intenta alejarse, pero llevo mi mano hasta su

cadera y la atraigo hasta mí. Nuestros cuerpos chocan. Ella gime bajito y

siento cómo se me pone más dura que en toda mi vida.

Me inclino despacio sobre ella. Su olor me vuelve loco. Son flores y

algo fresco, muy fresco, exactamente como ella. Dios, es jodidamente

perfecta. Bajo hasta su cuello y, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano,

me contengo para no chuparla y morderla.

—Al ver cómo has defendido la revista, he querido abalanzarme

sobre ti y follarte en la mesa de reuniones, pero soy el jefe y no puedo dejar que te comportes así, aunque eso me vuelva loco.

Mis palabras la estremecen y todo su cuerpo se enciende contra el

mío. La deseo. Me importa una mierda que el ascensor esté atestado de

gente. Despacio, deslizo mi mano hasta el centro de su vientre. La calidez

de su piel atraviesa su ropa y mis propios dedos y llena de electricidad cada hueso de mi cuerpo.

—No quiero que te enfades conmigo —susurro.

Bajo mi mano, alcanzo el final de su vestido y al fin toco su piel. Ella

se lleva el dorso de sus dedos a la boca y ahoga un nuevo gemido contra

ellos. El león ruge. Ni siquiera puedo pensar.

Llego hasta sus bragas y la acaricio por encima de la tela. No es

encaje y me gusta. Me gusta que su inocencia no sea una pose. En realidad,

es algo más que gustarme, me pone como una puta moto que sea así.

Mi respiración se desordena.

Quiero follarte tantas veces que, cuando termine, no seas capaz de

mantenerte en pie, nena.

Paso mis dedos al otro lado de sus bragas y los pierdo entre sus

muslos. Está muy húmeda. Cálida y caliente.

Joder. Joder. Joder.

Vuelve a ahogar un gemido y yo vuelvo a tener que hacer lo

indecible para controlarme. La sangre cada vez me recorre más rápido.

Todas mis fantasías tienen su maldita cara. Miro a mi alrededor y nadie

repara en nosotros. Soy capaz de despedirlos a todos si alguno me arruina

el momento.

Muevo los dedos y ella suspira. Se está deshaciendo en mis manos y

es lo mejor de todo el maldito mundo. Me inclino otra vez y la beso justo

debajo de la oreja a la vez que la embisto con dos dedos. Su interior se contrae alrededor de mi mano. Imagino mi polla justo ahí y ese

pensamiento me vuelve loco.

—Ssssh —le ordeno al oído—. Ellos no pueden oírte, sólo yo.

Y si te oyen o te miran, joder, se las van a tener que ver conmigo,

porque en este preciso instante acabo de decidir que esos gemidos son

sólo para mí.

Se revuelve contra mi cuerpo. Ella también quiere más. La sostengo

por la cadera con la mano libre y la estrecho aún más contra mí. Quiero

que sienta lo dura que está, cuánto la deseo, todo lo que pienso hacerle.

Joder, voy a destrozarla.

Quiero que se corra. Quiero ver ese espectáculo. Poso el pulgar

sobre su clítoris y lo acaricio acompasándolo con los otros dedos,

aumentando el ritmo. Me la imagino en mi cama, con las muñecas atadas.

Me la imagino haciéndole suplicar más y más, consiguiendo que se

retuerza de placer, dejándome, pidiéndome, que me corra en su boca, entregándose absolutamente a mí.

—Dios… —susurra en un tono de voz casi inaudible a la vez que cierra los ojos.

Vuelve a revolverse, acomodando su trasero contra mi polla. Alza el culo y busca la fricción con ella. Gruño y aprieto aún más la mano alrededor de su cadera.

El león lo domina todo.

Se agarra a mi brazo. Mi cuerpo se tensa. Está perdiendo el control. Sonrío excitado y la torturo girando mis dedos en su interior más húmedo. Su cuerpo se subleva y algo dentro de mí me dice que está recordándose que no puede gritar. Mi sonrisa se ensancha.

No me equivoqué cuando imaginé que verla correrse sería lo mejor de todo. Apoyo la palma contra su clítoris, introduzco un tercer dedo y, tras varias estocadas, repito el mismo círculo, más largo, más profundo. Quiero que el placer la arrolle por dentro.

Se aprieta contra mi cuerpo, contra mi polla, y se agarra con fuerza a mi antebrazo mientras todo su cuerpo estalla y lucha por no gemir y gritar. Joder, yo también tengo que contenerme por no darle la vuelta, acorralarla contra la pared y embestirla salvaje. Es una puta locura.

Retiro mis dedos y automáticamente Maddie los sigue hipnotizada.

Me los llevo a la boca y los chupo, saboreando lo restos de su placer. Sabe de maravilla, a deseo puro, a placer y a ella. Joder, sabe a algo adictivo. Mejor que el mejor *champagne*. Mejor que el mejor polvo. Cinco minutos con ella en un puto ascensor saben mejor que follarme a cualquier otra

mujer durante horas.

Las puertas se abren en la planta baja. Va a salir, pero yo la cojo discretamente del brazo y la retengo junto a mí.

Esto no se ha acabado, nena.

Aún falta lo mejor.

Su respiración vuelve a acelerarse y, tímida, alza su mirada buscando la mía. Tiene los ojos más increíbles que he visto nunca, aunque lo que hace que no pueda pensar en otra cosa que no sea follármela es la manera en la que me mira, con esa dulzura y sumisión que responde a mi instinto más animal.

Las puertas vuelven a cerrarse y se abren en el parking. Cuando las pocas personas que aún quedan en el ascensor se bajan, la conduzco por una puerta lateral hasta llegar a las desiertas escaleras.

Por fin estamos solos y esta vez no voy a dejarla escapar. La empujo suavemente contra la pared y me tomo un segundo para observarla mientras el sonido de nuestras respiraciones va ocupándolo todo. Estoy olvidándome de todas mis putas reglas: no te folles a alguien del trabajo, no te la folles en el trabajo y, la más importante, no te la folles si no sabes lo que sientes por ella. Sin embargo, es esa última idea la que hace que me abalance sobre ella. Sencillamente ella es diferente.

La beso salvaje, acelerado, apremiante, brusco. Sus labios contra los míos me hacen perder el control.

Vuelvo a deslizar mis manos desde sus rodillas hasta sus caderas, remangando su vestido a mi paso.

No puedo más.

Se acabaron los putos preliminares.

Rompo sus bragas de un acertado tirón. Sus manos vuelan hasta mi cinturón y, torpe, lo desabrocha junto a los pantalones, bajándolo todo lo

suficiente para liberar mi polla.

Quiero follármela. No puedo pensar en otra cosa.

La levanto por las caderas y con un único movimiento la embisto con

fuerza.

Maddie está a punto de gritar, pero inmediatamente la beso para

acallar cualquier sonido, y es esa puta combinación perfecta de estar

hundido en lo más profundo de su cuerpo y nuestros labios jadeantes

separados apenas unos milímetros la que hace que, cuando la miro a los

ojos, me dé cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Estoy perdido. Nunca,

jamás, me había sentido así.

Comienzo a moverme rápido, duro, implacable. Su cuerpo es como

una droga. Me muevo más porque busco más, porque quiero más, porque

necesito más, joder. Pura electricidad, puro placer.

Enrosca sus piernas a mi cintura, gime y, no sé cómo, consigue que

se me ponga aún más dura.

—Joder, Maddie —rujo.

Acelero el ritmo. Cada embestida no me calma, me subleva todavía

más, y algo dentro de mí me susurra «ey, estás bien jodido porque nunca

vas a tener bastante de esto», y, maldita sea, es la pura verdad.

Sus caderas se activan y salen en busca de mis embestidas. Me acogen

y me despiden impacientes.

—Maddie —gruño de nuevo.

Es una locura, una maldita locura, pero sabe demasiado bien.

Me pierdo en su cuello, lamo su piel cálida y suave. La muerdo. El placer y el dolor se funden y se agarra desesperada a mis hombros.

Aprieto un poco más. Gime. Pero, en lugar de detenerme, echa la cabeza hacia atrás invitándome por puro instinto a que vuelva a hacerlo, dándome todo el control o pidiéndome que lo pierda, qué sé yo.

Hace mucho tiempo que, con respecto a Maddie, el león simplemente lleva el mando.

Todo su cuerpo se tensa y un segundo orgasmo aún más intenso que el anterior la sacude. Si pensé que era un espectáculo verlo, sentirlo desde dentro, con su cuerpo vibrando contra el mío, es mejor que ganar la puta Super Bowl.

La embisto más fuerte. Quiero ver hasta dónde llega. Grita contra mis labios. Se corre. Se pierde en todo su placer hasta que comienza a temblar.

Joder, daría todo lo que tengo por poder ver esto cada puto segundo de cada día el resto de mi vida.

Mi respiración se acelera. Mis brazos se tensan. Pierdo el control por completo. Cada estocada no me calma. Me empujan una a una, haciéndome subir cada vez más alto hasta que me corro con su nombre en los labios.

Sin embargo, no estoy saciado. He subido y, cuando he bajado, no ha acabado. Tengo la sensación de que esto es sólo el principio.

Instintivamente, desoyendo una vez más mi sentido común, busco su cara con la mirada y simplemente la contemplo. Luce acalorada, con la piel enrojecida por el tacto de la mía. Está preciosa. Parece un puto sueño.

¿En qué lío me estoy metiendo?

Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya. Su cálido aliento se entremezcla con el mío. Siento su olor… Joder, no puede ser. No puede ser y, por primera vez en treinta años, sólo quiero olvidarme de todo.

Me separo de ella y, despacio, salgo de su cuerpo. Con cuidado, la bajo hasta que sus pies vuelven a tocar el suelo.

Sé que tendrá un montón de preguntas, pero no puedo quedarme aquí a responderlas porque no puedo decir lo que ella quiere escuchar, ni siquiera lo que quiero escuchar yo. Esto no puede ser. Ha sido, es, un error. No puede volver a repetirse y menos ahora que sé que estar con ella es completamente diferente a estar con cualquier otra chica.

Me abrocho los pantalones y, antes de que me dé cuenta, vuelvo a mirarla directamente a los ojos. Está confusa y, joder, parece aún más vulnerable, más dulce. No puedo arruinarle la vida. No puedo permitirlo.

Alzo la mano y acaricio suavemente su mejilla, alargando unos segundos de más el contacto antes de marcharme. Salgo de nuevo al parking e inspiro con fuerza. Nunca imaginé que sería así. Nunca imaginé que me sentiría así. Ella es tan dulce, tan inocente. Joder, es un puto regalo. Algo que proteger del mundo.

Resoplo malhumorado. Nunca había sentido algo parecido, pero acabo de comprender que es lo único que deseo.



5

Ryan, aunque lo ha intentado con todas sus fuerzas, no ha sido capaz de

mantenerse alejado de Maddie. Y ella, aunque ha pretendido ser fuerte y resistirse, ha caído en sus brazos una y otra vez. No puede entender por qué él nunca puede quedarse, por qué no puede hablar con ella; en realidad, ni siquiera entiende qué es lo que quiere de ella, y la fiesta en la mansión de los Hannigan fue un claro ejemplo cuando, después de dejarla en su apartamento, volvió con la chica que le esperaba.

Aún no sé muy bien qué hago en la sección de mujeres de la tienda Tommy Hilfiger en la Quinta Avenida. Podría haber mandado a Finn a comprar el regalo de Thea, pero, en vista de que no he sido capaz de concentrarme más de diez minutos seguidos en el despacho, he decido dejar de fingir que no perdía el tiempo y he venido a perderlo de verdad. Aunque lo cierto es que ni siquiera aquí puedo dejar de pensar en su olor, en su piel, en su voz susurrando mi nombre mientras se corría debajo de mí. Joder, no creo que haya un sonido mejor. Otra vez la tengo dura. Qué infierno de mañana. ¿Qué me has hecho, Maddie?

Mientras paso distraído y desganado camisetas de un gigantesco perchero, me doy cuenta de que una de las dependientas no para de mirarme. Por un momento valoro seriamente la posibilidad de llevármela al almacén y follármela. No está mal. La típica dependienta llamativa. Muy delgada, pero con tetas de veinte mil dólares.

Le sonrío y ella me sonríe.

«¿A quién pretendes engañar, Riley? Estar con ella no te servirá de nada. No es la que te vuelve loco.»

Me paso las manos por el pelo a la vez que suspiro exasperado y cojo una de las perchas sin mirar siquiera si es la talla de Thea. Francamente me importa una mierda.

Me encamino hasta la caja y, de pronto, tomándome absolutamente

por sorpresa, haciéndome volar muy alto y llevándome en picado al vacío

de nuevo, la veo, a la señorita Maddie Parker. Lleva varias prendas en la

mano. ¿Así que de aquí es de donde saca todos esos vestidos con los que

me tortura?

No se da cuenta de que la miro. Se para frente a un espejo y se pone

uno de los vestidos delante, imaginando cómo le quedaría. Repite la

misma operación con tres y yo estoy allí, hipnotizado, mirándola. Sonríe

al verse con el último y, al comprobar la etiqueta, se muerde el labio.

Parece que se sale de su presupuesto. Sonrío como un idiota por su gesto.

Vuelve a mirarse en el espejo y, muy decidida, coge todos los vestidos y se encamina a los probadores.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, la sigo. Soy consciente de

que esto roza el acoso, pero ahora sólo puedo pensar en follármela

encima de todos esos vestidos que no se puede permitir.

Afortunadamente no hay ninguna dependienta que me impida el paso

y sólo uno de los probadores está cerrado.

Camino hasta la puerta color *champagne* y giro el pomo. Está abierta.

Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que hubiera cerrado con

llave. Entro rápido y cierro tras de mí. Ella se gira y está a punto de gritar,

pero le tapo la boca con la palma de mi mano.

«¿A qué jodido punto estás llegando, Riley?»

Me he convertido en un puto acosador, un pervertido que ha seguido

a una chica hasta los probadores.

Joder. ¡Joder!

Es tan frustrante pero a la vez la deseo tanto.

Noto cómo su respiración se va acelerando y, sin dudarlo, clavo mi mirada en esos espectaculares ojos verdes. Están abiertos como platos y brillan, casi resplandecen, pero no está asustada. Joder, no está para nada asustada. Ella también quiere esto.

Lentamente llevo mi mano de su boca a su mejilla sin liberar su mirada.

—¿Qué haces aquí? —murmura.

—No lo sé —miento.

—Deberías marcharte —me pide, pero no se separa ni un ápice.

Su precioso cuerpo se estremece al sentir el mío tan cerca.

—¿Quieres que lo haga?

Ya sé la respuesta a esa pregunta y automáticamente noto un huracán arrasándome por dentro, de pies a cabeza, haciendo que la sangre me corra aún más caliente y el corazón me martillee con fuerza bajo las costillas. Vuelvo a transformarme en pura adrenalina y sólo tocarla, sentir su piel desnuda bajo mis manos, puede calmarme.

—Sí —musita.

Suspira, casi gime, con la respiración convertida ya en un auténtico caos. Ésa es su verdadera respuesta.

—Pues yo creo que no —sentencio.

No le doy tiempo a pensar, tampoco me lo concedo a mí, y la beso con fuerza. Inmediatamente busco la pared e inmediatamente la llevo contra ella.

El león está hambriento.

—Así que de aquí es de donde sacas todos esos vestidos con los que

me torturas —digo contra sus labios, devorándola y sonriendo al mismo tiempo.

—Eres un acosador.

—Probablemente, pero te encanta volverme así de loco.

No me reconozco, pero no me importa. Ahora mismo sólo puedo pensar en estar dentro de ella.

Mis manos vuelan hacia sus piernas y se cuelan bajo su vestido sin ningún remordimiento. He echado de menos cada centímetro de su piel de una forma casi absurda. Puedo tener a la mujer que quiera cuando quiera sin ni siquiera molestarme en ser mínimamente amable; joder, ni siquiera necesito decirles mi nombre, pero todo en lo que puedo pensar es en Maddie, en su cuerpo, en sus ojos, en su boca, en su voz.

Comienza a desnudarme con manos aceleradas y yo pierdo un poco más el control. Hundo mi boca en la suave y cálida piel de su cuello. Huele como siempre y ya ahora sé que su olor se quedará impregnado en mi ropa y en mi piel y tendré que vivir con esa puta tortura, recordándola durante horas.

Desato el cordón de su vestido y sonrío cuando veo su sujetador azul de algodón. Si hace menos de un mes alguien me hubiese dicho que el algodón me la pondría más dura que en todos los días de mi vida, le habría llamado gilipollas. Ahora sólo puedo pensar en comprar una puta plantación en Alabama.

Aparto su sujetador brusco. No sé ser delicado con ella y tampoco lo deseo. Quiero que todo sea instintivo. Hacer lo que quiera con ella.

Acariciarla como quiera. Follármela como quiera. Y que, en el camino, se lo pase tan jodidamente bien que no pueda pensar en otra maldita cosa.

Tomo su pezón entre mis dientes. Lo chupo y lo muerdo hasta hacerla gemir mientras mis dedos se encargan del otro. Su pecho encaja a la perfección en mi mano. Su cuerpo está hecho exactamente para el mío.

Maddie gime, suspira y se retuerce bajo mis manos. Decido que es hora de torturarla un poco más y, bruscamente, me separo de ella. Cojo su mano, la llevo hasta el pequeño sillón blanco junto a una de las paredes del probador y la dejo caer en él.

Me quedo de pie e inmediata e instintivamente capto toda su atención.

Sus ojos hambrientos siguen mis dedos mientras me desabotono la camisa despacio, muy despacio. No entiendo cómo ahora me parece más inocente y fresca que en ningún otro momento. Cualquier otra chica trataría de hacerse la interesante, de resultarme sexy a mí también de la manera que sea, pero ella está completamente entregada. En este instante me pertenece por completo sin asomo de duda y no es algo que la asuste ni contra lo que luche. Es mía, y nada, jamás, me había parecido tan sensual y sexy al mismo tiempo.

Maddie no puede evitar sonreír cuando la carísima tela se desliza por mis hombros y cae al suelo. Su reacción consigue que mis labios imiten su gesto. La tengo donde quiero. Ella lo sabe y yo lo tengo jodidamente claro.

Me inclino sobre su precioso cuerpo, clavando mis ojos azules en los suyos. No quiero que pueda pensar. Joder, lo que quiero en realidad es que arda por puta combustión espontánea.

Pierdo mis manos otra vez bajo su vestido y las subo arañando suavemente su piel, consiguiendo que se vuelva hiperconsciente de lo que va a pasar.

Sin embargo, sorprendiéndome, se echa hacia delante y me obliga a incorporarme. Levanta la cabeza y me mira a través de sus largas pestañas. Sus ojos verdes se llenan de una dulce sumisión.

El león ruge y el sonido lo inunda todo.

Alza las manos nerviosa, pero llena de seguridad, y me desabrocha el cinturón. Mi polla palpita con fuerza bajo mis bóxers suizos de doscientos dólares.

Maddie sonríe con un punto de avaricia en su mirada, como si estuviese conteniéndose para relamerse, y deja escapar mi erección. Joder, creo que nunca me he excitado tanto como con esa mirada con la que parecía pronunciar un nítido «soy suya, señor».

Toma mi polla entre sus suaves manos y sonríe antes de darme un beso corto y húmedo justo en el centro.

La reacción eléctrica que desata en mi cuerpo me recorre de pies a cabeza. Apenas ha sido un segundo y el eco reverbera en cada uno de mis huesos.

La aprieta con fuerza y, sin desunir nuestras miradas, desliza su lengua lentamente, volviendo a dejar un beso en el mismo punto cuando termina.

Joder.

Cierro los puños con fuerza. Vuelve a lamerme. Su lengua húmeda me despierta, me enciende y, sin más, la deja entrar hasta el fondo de su garganta.

—Joder, sí.

El sonido se escapa indomable de mi boca mientras ella sigue subiendo y bajando, continuando con sus manos la estela húmeda de sus labios.

Enredo mis manos en su pelo y comienzo a guiar sus movimientos.

No quiero pensar en otra maldita cosa.

La obligo a acelerar el ritmo y gime encantada con mi brusquedad.

Me hace entrar de nuevo hasta el fondo y es todo lo que necesito para perder el puto control.

Tiro suavemente de su pelo y muevo mis caderas con fuerza. Un simple gruñido le hace entender que no quiero sus manos, sólo su perfecta boca. Mis embestidas son bruscas, profundas, mientras la yema de mis dedos se pierde en sus mejillas y acarician la comisura de sus labios. Otra vez todo lo que me despierta Maddie se apodera de mí. Lo brusco y lo suave. El control y el saltar al vacío. Todo lo que me permito sentir por ella y todo lo que no.

Mis músculos se tensan al instante.

—Dios, Maddie.

No aparta sus ojos verdes de mí. La sumisión no se va de ellos. Ella también está disfrutando con todo esto. Obviamente no es la primera vez que me hacen una mamada, ni siquiera es la mejor técnica ni tampoco la primera vez que me miran diciéndome sin palabras que van a darme todo lo que yo quiera coger, pero con Maddie es jodidamente diferente y jodidamente mejor.

Lanzo un largo gruñido desde el fondo de mi garganta que es casi un

aullido. Quiero estar dentro de ella. Quiero sentir cómo se corre estando dentro de ella. Y después, joder, después quiero ser tan salvaje que se acaben cayendo las cuatro putas paredes.

La cojo de los brazos, la giro entre mis manos y la estrecho contra mi cuerpo. Mi polla se acomoda contra su trasero más dura que el acero más duro. Mi imaginación vuela libre. Hay muchas cosas con las que quiero hacerla disfrutar y pienso hacer que pruebe todas y cada una. El menú de fantasías con Maddie Parker sólo acaba de empezar.

Coloco mi mano en su cuello y la obligo a echar la cabeza hacia atrás. Nuestro reflejo nace en los espejos frente a nosotros. Sé que voy a acabar perdiendo el control o quizá ya lo he perdido, o tal vez es exactamente lo que quiero, lo que necesito, lo que deseo, lo que respiro.

Bajo mis manos por sus pechos, sus caderas y, al fin, llego al lugar más cálido sobre la faz de la tierra.

Maddie gime encantada, pero mi caricia es corta, casi efímera. Ella suspira desesperada y yo sonrío satisfecho. Sólo hay una maldita cosa mejor que follármela, y es follármela después de haberla torturado hasta casi hacerle perder la razón.

—Me vuelve loco que estés tan entregada —gruño acariciándola de nuevo.

Su cuerpo se tensa deliciosamente y se hace aún más consciente de cada porción de piel donde la toco.

La hago partícipe de la diversión de vernos en el enorme espejo. Su respiración se acelera todavía más y sus ojos se centran inmediatamente en mis manos. Entreabre los labios absolutamente rendida a la

abrumadora visión. Le excita. Le gusta.

—¿Qué quieres que te haga, Maddie? —pregunto contra la cálida piel de su cuello, mordiéndola suavemente.

—Lo que desees —responde con su suave voz transformada en un gemido aún más suave. Sin dudar.

El león crece, se expande y todos mis putos instintos se desbocan.

Despacio, alzo la mirada disfrutando del control que tengo sobre ella, dejando que todo lo salvaje y lo indomable se mezclen por mi torrente sanguíneo uniéndose a la adrenalina más pura y al placer más puro. Joder, todo esto es más que sexo. Es follar, jugar, disfrutar. Es dejar que el león y el placer nos llenen por completo.

La giro entre mis brazos y la beso con fuerza. Me deshago de su vestido y de su lencería y la obligo a sentarse de nuevo en el sillón.

Ya no hay nada que pensar. Es hora de follar.

—Pon las piernas sobre el sillón —le ordeno.

Me obedece ante mi atenta mirada. Me acaricio la polla dura. Una pasada larga de la base hasta la punta. Palpita contra la palma de mi mano y una vez más soy consciente de cuánto la deseo.

Me inclino sobre ella y la embisto lentamente, haciéndole sentir placer centímetro a centímetro. Maddie cierra los ojos y suspira con fuerza.

Es grande, nena, lo sé, y está así de dura por ti.

Salgo igual de despacio y, cuando está fuera casi por completo, entro rápido, tosco. Sonrío disfrutando de todas las sensaciones que me recorren, pero sobre todo del espectáculo de ver a Maddie morderse el

labio inferior con fuerza para no gritar.

—Dios mío… —jadea extasiada.

Y no necesito nada más.

Cada vez más brusco.

Cada vez más rápido.

Me agarro a la espalda del sillón. Ella pierde inmediatamente la mirada en mis brazos, que se tensan con cada embestida.

Gime. Fuerte. Cualquier persona con sentido común bajaría el ritmo para calmarla, pero cualquier persona con sentido común no habría seguido a una chica hasta los probadores y no se la estaría follando sabiendo que cada vez que lo hace sólo le recuerda que es jodidamente perfecta. No soy una persona con sentido común cuando hablamos de Maddie. Esa jodida verdad la asumí la primera vez que decidí romperle las bragas.

La beso exigente y robo cada sonido que emite su preciosa boca. Mi brusquedad aumenta y nuestras respiraciones aceleradas tratan de separar nuestros labios, convirtiéndolo todo en algo primario, indomable, una puta locura echa de placer y sexo.

Me recoloco para tomar mejor impulso y mi siguiente estocada le hace alzar el culo del sillón.

Joder, eso ha sido un puto espectáculo.

—Ryan… —susurra—. Ryan… —repite inconexa.

Lo está pasando realmente bien.

Su cuerpo se tensa, va a dejarse llevar, pero entonces decido que todavía no, que no se lo ha ganado. Quiero que gima más, que sude más,

que sienta que va a romperse en dos.

Salgo de ella, me siento en el reposa pies y la miro impaciente, exigiéndole con mis ojos azules que venga aquí y que venga ya. Maddie lo entiende automáticamente. Se levanta, camina los pocos pasos que nos separan y se sienta a horcajadas sobre mí.

La levanto y la dejo caer insertándola en mi polla. Maddie gime. Mi mandíbula se tensa. Nunca lo habíamos hecho en esta postura y la sensación es delirante. Mis dedos se anclan a su cadera. Un gruñido atraviesa mi garganta y se escapa de mi boca cuando siento esa parte concreta de su cuerpo. Puedo follármela de mil maneras diferentes, pero tocar esos pocos centímetros marcan la diferencia para mí. Soy adicto a ella y soy adicto a su piel.

En silencio me pide un minuto, pero no se lo concedo. Muevo mis caderas y la obligo a mover las suyas. Sube y baja, pero son mis manos en su cintura las que marcan el ritmo embestida a embestida.

Gime aún más fuerte.

Deja caer su frente sobre la mía, rindiéndose a todo lo que está sintiendo, dejándose llevar a donde yo quiera llevarla. La postura y esa idea de que otra vez me demuestra sin palabras que me pertenece lo vuelven todo extrañamente íntimo. Su pelo suave y con olor a flores cae sobre mi cara y yo me permito sonreír por la sensación de estar tan cerca de ella en todos los putos sentidos.

Soy plenamente consciente de que, cuanto más alto suba, más dura será la caída, pero ahora mismo me importa francamente poco.

Nos movemos cada vez más fuerte, más rápido. La beso y muerdo su

labio inferior. Maddie sofoca un grito y acelera el ritmo en mi regazo. Está a punto. Lo sé. Rodeo su cintura con las dos manos estrechándola con fuerza, deteniéndola, y entonces me muevo muy rápido y muy brusco. Ella cierra los ojos. Acaba de subir otro escalón y yo acabo de hacerlo con ella.

—Dios… joder… Ryan.

Deja caer su cuerpo conmocionado por todo el placer y hunde su cara en mi hombro. No me detengo. Va a correrse y yo quiero disfrutarlo. Su cuerpo vuelve a tensarse, su abrazo se hace más posesivo, más pesado, y sus dedos se clavan en mi espalda cuando un atronador orgasmo la recorre de pies a cabeza. Su interior húmedo y caliente palpita con cada nueva embestida mientras sus músculos se electrifican llenos de placer, adrenalina y deseo.

Su cuerpo se relaja y se mueve por inercia sobre mí mientras yo ralentizo el ritmo decidiendo qué voy a hacer con ella. No tardo ni un segundo en tenerlo perfectamente claro. Ha sido un espectáculo y quiero volver a verlo.

Puede que sea un bastardo egoísta, pero eso también me importa francamente poco.

Subo la mano por su costado, tomo su delicioso pezón entre los dedos y lo retuerzo a la vez que la embisto con fuerza. Maddie gime, casi grita. Su cuerpo se enciende de nuevo. Me mira a los ojos y yo le dejo ver mi presuntuosa sonrisa justo antes de que una segunda embestida aún más fuerte que la anterior la haga volver a cerrarlos presa del pacer más infinito. Con la cuarta estocada, arde de nuevo, su espalda se arquea

violentamente y gime. Gime una y otra vez hasta quedarse sin aliento.

Todos mis músculos se tensan. Quiero morirme dentro de ella, joder.

No hay un lugar mejor en todo el maldito universo. En mi maldito universo. En mi vida. ¡Joder! Hundo la cara en el hueco de su clavícula y siento cómo un orgasmo indomable me sacude cruzando mi columna vertebral, mis piernas, y explota en la parte baja de mi espalda, en mi polla, llenándome de un placer demasiado intenso.

Espectacular.

Durante unos minutos nos quedamos abrazados, con mis manos rodeando su cuerpo y su preciosa cara escondida en mi hombro. Siento su respiración acelerada calmándose despacio y, sin quererlo, sonrío. Jamás me permitiría reconocerlo, pero adoro estos minutos, cuando todo está en silencio y mi cuerpo rodea por completo el suyo de la manera que sea, cuando lo protege.

Pero nunca me concedo más de unos minutos. Si lo hiciera, acabaría descubriendo, o confirmando, cosas como que no quiero dejar de tocarla y definitivamente eso sí que es algo que no me puedo permitir.

Maddie alza la cabeza poco a poco y parece darse cuenta de la marca que me ha dejado en el hombro. La acaricia suavemente con los dedos y, tras apenas unos segundos, se levanta casi de un salto. La conozco lo suficiente como para saber que ha recordado de golpe dónde estamos.

La observo buscar de prisa su ropa y ponérsela aún más rápido.

Vuelve a sentirse tímida y eso, aunque tampoco me permitiría admitirlo, me rompe por dentro.

Joder, lo estoy haciendo todo demasiado mal.

Me levanto malhumorado, recojo mi ropa y comienzo a vestirme.

Lo hacemos en el más absoluto silencio, sin ni siquiera rozarnos en

nuestros movimientos.

La busco con la mirada una vez más y, antes de que pueda

controlarlo, mis ojos se pierden en ella. Una parte de mí quiere llevarla

contra la pared y explicarle cómo me hace sentir, pedirle, suplicarle, que me eche a patadas cada vez que intente acercarme, que no soy bueno para

ella. Pero sólo necesito un segundo para entender que alejarla de mí,

aunque sea la elección correcta, es lo último que deseo. Dejar de tocarla es

lo último que quiero.

Maddie se da cuenta de que la miro y sus dedos se mueven aún más

nerviosos tratando de abrocharse el cordón de su vestido.

Me acerco hasta ella y con dulzura aparto sus manos y ato el suave

cordón rojo. No sé qué estoy haciendo. Nuestros ojos vuelven a

encontrarse a través del espejo y me siento aún más confundido, más

perdido, más frustrado.

«Riley, por el amor de Dios, márchate. Márchate de aquí de una

jodida vez.»

Sin decir nada más, salgo del probador. En cuanto la puerta se cierra

a mi espalda, todo mi mundo se vuelve en blanco y negro de un puto

golpe. Odio todo esto. Odio estar perdiendo el maldito control.

Regreso a la sala principal e inmediatamente una de las dependientas

se acerca a mí. Yo la ignoro por completo y sigo andando en dirección a

la salida. No quiero perder el tiempo con una sonrisa y unos ojos que no

van a despertarme absolutamente nada.

Joder, ni siquiera me reconozco.

—Disculpe —me llama con voz solícita saliendo tras de mí—.

Disculpe.

A regañadientes me freno y, aún más malhumorado, me giro. ¿Qué

coño quiere?

Mi mirada la intimida, lo sé, pero no la suavizo lo más mínimo.

—¿Va a llevarse la camiseta que estaba mirando? —Sonríe

ofreciéndome la prenda y, de paso, ofreciéndose a sí misma.

Ni me interesa ni francamente recuerdo a qué se refiere. Además,

estoy demasiado cabreado con el mundo para aguantar estupideces de

nadie, así que simplemente me giro y salgo de la tienda dejándola con la

palabra en la boca.

Sólo he puesto un pie en la acera cuando una idea cruza mi mente

como un ciclón. Miro a Finn e inmediatamente él entiende que quiero que

se acerque. Le doy instrucciones precisas y entra en la tienda. Ni siquiera

sé por qué lo hago. Mientras me siento en el Audi y espero a que regrese,

estoy en una especie de limbo. No entiendo por qué me comporto así. No

entiendo por qué no puedo dejar de pensar en ella.

Quince minutos después estoy en Chelsea. No vuelvo a la oficina. No

quiero seguir perdiendo el tiempo. Ahora mismo sólo necesito bourbon.

Entro en el estudio, dejo el vaso sobre la elegante madera y comienzo

a mirar las carpetas apiladas en una esquina. Lo hago sin ton ni son, sin ningún sentido. Maddie. Maddie. Maddie. Joder, no puedo pensar en otra

maldita cosa.

La primera vez que nos acostamos me marché porque tuve la

dolorosa revelación de que, si le hacía daño, no me lo perdonaría. Esa

idea no sólo no ha cambiado, sino que se ha grabado a fuego en cada

hueso de mi cuerpo. Entonces, ¿por qué no puedo mantenerme alejado de

ella?

Apoyo las palmas de mis manos en la mesa y, con una nueva

bocanada de oxígeno, también llega su olor impregnado en mi ropa, en

mí. Sin querer, cierro los ojos y todo lo que sentí estando con ella en el probador, cada vez que he estado con ella en realidad, me atraviesa por

dentro.

«Precisamente por eso, Riley.»

Aprieto la mandíbula y abro lo ojos con la mirada endurecida. Yo no

soy así. No soy así, joder. Y ella no es para mí.

—Se acabó —me digo a la vez que me separo y, con el paso

acelerado, subo al piso de arriba.

Abro la ducha, me desnudo de prisa, como si la ropa me quemara, y

me meto bajo el chorro de agua. Sólo necesito poder dejar de pensar en

ella un puto minuto.

Ya ahora sé que no va a funcionar. Como sé que no va a funcionar el

bourbon o follarme a cualquier otra chica. No debería ser tan jodidamente

difícil, pero lo es, y aquí estoy con todo mi maldito mundo patas arriba, sin ser capaz de hacer lo que sé que tengo que hacer.

¿En qué me estoy convirtiendo?

Salgo de la ducha y, aún con la toalla envolviendo mi cintura

absolutamente empapado, me tomo otra copa. No va a funcionar, pero el

efecto placebo calmará las ansias que tengo de volver a tocarla al menos un par de segundos. Otra jodida cosa que no entiendo. ¿Cómo es posible que me muera por tocarla de nuevo? ¿Que ya la eche de menos?

Esto es una locura y un sinsentido y tiene que acabar ya.

Me pongo unos vaqueros y la primera camiseta que saco del cajón y, mientras me seco el pelo, bajo las escaleras. Tengo que trabajar. Enterrarme en una montaña de papeles y, sin ninguna puta excusa de adolescente, concentrarme exclusivamente en eso.

No llevo ni dos minutos en mi estudio cuando Finn aparece deteniéndose bajo el umbral. Lo miro arisco diciéndole sin palabras que diga lo que tenga que decir y se largue.

—La señorita Parker está aquí.

Tiene que ser una maldita broma.

Mi cuerpo se tensa al instante. Esa sensación tan familiar llena de puro vértigo y adrenalina me recorre entero.

Mándala a casa, Riley.

Cierro los puños con fuerza.

No cometas ese error.

—Que suba —respondo lacónico.

Hace quince días perdí el control de mi propia vida en la planta de Recursos Humanos y no he vuelto a recuperarlo.

Finn asiente y se retira. Yo me quedo un segundo muy quieto, tratando de domar al león, de llegar de alguna manera al ojo del huracán y respirar hondo. Maddie es el caos respecto a todo lo que creía saber sobre mí y no puedo permitir que vuelva a arrollarlo todo una vez más.

Déjala odiarte, Riley. Será más sencillo para ella que aguantar lo poco que tú puedas darle.

—¿Desea algo de beber?

El ofrecimiento de Finn en el salón me distrae.

—No, gracias.

Esas dos palabras, su voz en realidad, lo intensifican todo. Dejo escapar brusco todo el aire de mis pulmones y salgo al salón. Tiro la toalla húmeda sobre el sofá y me echo el pelo hacia atrás con la mano.

—Finn, puedes retirarte —comento con la voz endurecida.

Asiente y desaparece.

No me puedo permitir bajar la guardia con ella un solo segundo o caeré de nuevo.

—¿Qué querías, Maddie?

Necesito que diga lo que tiene que decir y que se marche. No sé cuánto tiempo podré contenerme.

—No puedes hacer esto —masculla furiosa tirándome la bolsa de ropa que llevaba en las manos.

No necesito mirarla para reconocer el logo de Tommy Hilfiger.

Estoy empezando a cansarme de que siempre reaccione así, de que sea tan cría, tan digna y tan orgullosa. Para mí no significa nada. Aprieto la mandíbula. Debería dejar de mentirme en algún momento, pero ahora mismo no puedo pararme a pensar en lo que he hecho ni por qué lo he hecho.

—Por el amor de Dios, Maddie, sólo es ropa —me quejo exasperado,

dejando caer la bolsa de papel sobre el sofá.

—Para mí es más que eso.

Se acabó. No pienso consentir que nadie la vea de esa forma, ni siquiera ella misma.

—¿Sabes? Estoy cansado de que me veas como a alguien acostumbrado a pagar por sexo. No lo he hecho en mi vida y no pienso empezar contigo. Follamos y quise hacerte un regalo. No lo pensé. Puedes aceptarlo o quemarlo, francamente me importa una mierda, pero no vuelvas a insinuar que te veo como a una puta. Vales mucho más que eso y yo también.

Maddie traga saliva y por un momento aparta su mirada de la mía.

Ahora mismo estoy muy cabreado. Tiene una visión completamente distorsionada de cómo la veo. Joder, para mí no es una chica más, es mejor que todas y cada una de las mujeres del maldito mundo.

—Y si valgo más que eso, ¿por qué siempre te largas?

—¿Y qué querías que hiciera?

Sé de sobra lo que quería. Es lo mismo que no me permito admitir que también quiero yo. Exactamente lo que no puedo darle.

—Quería que te quedaras.

—Sabes que eso no puede ser.

Y no te haces una jodida idea de cuánto me duele.

—No, no lo sé porque tú nunca te has molestado en explicarme nada.

Dios, esto es ridículo.

Suspira bruscamente y gira sobre sus pasos. Está cansada de todo esto, pero, por mucho que eso también me cabree y me duela, no puedo

hacer nada. Una parte de mí incluso tiene clarísimo que es lo mejor.

Déjala odiarte, Riley. Será más sencillo para ella que aguantar lo poco que tú puedas darle.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

Aprieto los puños con fuerza. Tenso la mandíbula.

No puedo hacerlo. ¡Maldita sea! ¡No puedo hacerlo!

—Joder —rujo.

En ese preciso microsegundo camino hasta ella, la obligo a girarse y la beso con fuerza tratando de demostrarle todo lo que me hace sentir, lo loco que me vuelve, cuánto me importa, el porqué compré esos malditos vestidos, porque quiero darle todo lo que necesite, todo lo que quiera, porque quiero cuidar de ella, protegerla.

Necesito que esté a salvo. Lo necesito más que nada.

La cojo en brazos y estrecho su precioso cuerpo contra el mío.

—Ryan, no —se queja e incluso forcejea, pero los dos sabemos que está donde quiere estar y eso es lo que hace que no pueda dejar de pensar en ella un solo segundo.

—Querías que estuviera contigo, pues aquí estoy —sentencio.

Cruzo el salón y subo las escaleras. Su olor vuelve a rodearme tan seductor e inocente como en los probadores.

Entramos en mi habitación y la dejo caer sobre mi cama. Llevo fantaseando con la idea de tenerla aquí desde la primera vez que la vi.

No dejo de besarla un solo segundo. No quiero. Me vuelve demasiado

loco. Me hace sentir demasiadas cosas, demasiado bien.

Le quito las sandalias y el sonido al caer sobre el impoluto parqué resuena por toda la habitación.

—Tengo que irme —murmura contra mis labios y la voz llena de una respiración acelerada.

No. No. No. Eso ni siquiera es una opción.

Deslizo mi boca por su mandíbula hasta la suave piel de su cuello.

—Ni hablar. —La muerdo con fuerza y ella gime. Sé perfectamente cómo hacer que se olvide del mundo—. No vas a moverte de aquí.

—Tengo que irme —repite aún menos convencida.

Finjo no oírla y la beso de nuevo. No voy a permitir que se mueva de aquí.

—Ryan, necesito irme, por favor —suplica.

Alzo la cabeza buscando sus increíbles ojos verdes, pero ella rehúye mi mirada. No ha sido lo que ha dicho, ha sido cómo lo ha dicho, sin juegos, sin dudas. Está asustada y no me refiero a algo físico. Tiene miedo de que esta locura nos acabe consumiendo a los dos y, para cuando todo termine, quede tan poco de ella que ni siquiera se reconozca. Sé identificar perfectamente ese miedo, porque es el mismo que tengo yo.

—No quiero que te vayas —susurro.

Ya la estoy echando de menos, joder.

—Tengo que irme. Cuando estoy cerca de ti, no puedo pensar, y eso no es bueno para mí.

Por fin se atreve a mirarme y todo lo que ya sospechaba se confirma en sus preciosos ojos y en la manera en la que me mira. ¿Por qué tiene que

ser tan jodidamente difícil dejar de tocarla?

Sin decir nada, me echo a un lado. Maddie se levanta de prisa, recoge sus zapatos y sale de la habitación. Yo me quedo sentado en el borde de la cama. ¿Qué estoy haciendo? ¿A qué estoy jugando? Apoyo los codos en mis piernas entreabiertas y suspiro con fuerza mientras albergo mis sienes entre las manos. He entrado en una especie de paz que aborrezco. La he dejado marchar, pero no es lo que quiero. Necesito que entienda lo que significa para mí, aunque ni siquiera yo mismo me permita reconocerlo. Ahora sí que necesito un vaso de bourbon.

Bajo las escaleras y mi corazón cae otra vez fulminado cuando la veo. Aún lleva los zapatos en la mano y observa ensimismada las dos fotos que tengo sobre la chimenea; en realidad, las dos únicas que hay en toda la casa. En una estamos Spencer y yo y en la otra, Bentley y yo. Ambas de críos. Hace mucho tiempo que dejé de preguntarme por qué las tengo colgadas y con el paso de los años simplemente se han convertido en otra pieza de decoración más. Sin embargo, ella las está mirando como si fueran piezas de un puzle y a través de ellas consiguiese entenderme un poco mejor. ¿Por qué no me da por imposible? ¿Por qué no se marcha sin mirar atrás? Sólo le hago daño. ¿Por qué es capaz de ver en mí cosas que incluso yo he dejado de creer que existen?

Se vuelve despacio, consciente de que estoy aquí. Cuando al fin me mira, sus ojos inocentes me recorren por completo y suspira bruscamente. Yo no necesito nada más y comienzo a caminar hacia ella. Es jodidamente perfecta.

Coloco mi mano en su mejilla y, al sentirla, Maddie ladea suavemente la cabeza prologando mi caricia.

—No te has marchado —susurro, y mi voz se agrava llena del deseo que su simple presencia despierta dentro de mí—. ¿Por qué?

—No lo sé —musita

—Sí lo sabes. Dímelo.

Sé que es injusto, pero quiero oírselo decir.

—Ryan…

Bajo mi mano por su mandíbula y su voz se evapora. La deslizo por su costado hasta llegar a su cadera. Mis dedos rodean con fuerza esa porción de su cuerpo y sencillamente ocurre que todo vuelve a estar exactamente donde tiene que estar.

Maddie suspira. Joder, la deseo tanto.

—… porque quiero estar contigo —susurra.

Y yo quiero estar contigo hasta que se acabe el maldito mundo.

La atraigo hacia mí. Tengo que controlarme para no abalanzarme sobre ella. Mi aliento ya baña sus cálidos labios. Empieza a temblar llena de deseo y yo me hago jodidamente invencible.

—Pero quiero que te quedes —añade en un nuevo murmuro.

Esas cinco palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí, porque es exactamente lo que no puedo darle.

—Maddie —la reprendo o la llamo, ni siquiera lo sé.

—Entonces, me marcho —sentencia.

La observo y soy plenamente consciente de que mis ojos se están llenando de todo lo que no soy capaz de expresar con palabras. Podría

prometerle que me quedaré, incluso quedarme, pero, después, ¿qué? Yo no puedo permitirme una novia y, sobre todo, no puedo permitirme que una chica maravillosa como ella pierda su esencia porque yo no tenga nada que ofrecerle.

Maddie se alza sobre sus pies todavía descalzos y me da un beso en la mejilla. De repente todo se vuelve aún más difícil.

Se aleja de mí y mi mano se desliza sobre su cadera hasta que la distancia rompe el contacto por completo. Cuando estamos oficialmente separados, Maddie parece reunir el valor necesario y sale de mi casa sin mirar atrás.

No quiero que se vaya.

Quiero que se quede.

Joder, quiero que seamos felices.



6

Tras marcharse de casa de Ryan después de que él le regalase los vestido de Tommy Hilfiger y del «no quiero que dejes de intentarlo» que le susurró acompañado de una chocolatina, Maddie está más confusa que nunca. Sencillamente no sabe qué hacer. A veces, ni siquiera qué decir.

Ryan, a pesar de su aplastante seguridad y todo su autocontrol, se siente exactamente igual, entre la espada y la pared de lo que siente y de lo que se permite sentir.

Ni siquiera podría explicar por qué aceptó la invitación al cumpleaños de Maddie.

—¿Estás muy callado? —comenta Bentley con una sonrisa mientras

toquetea los botones de la radio hasta que suena *Arabella,* [2] de los Arctic Monkeys.

—No estoy callado —me defiendo y giro en la 48 Oeste.

La sonrisa de Bentley se ensancha.

—Entonces, explícame otra vez por qué has decidido venir a la fiesta.

—Lo hago por ti, capullo —replico con la mirada fija en la calzada,

fingiendo que su comentario no me incomoda—, para que puedas tirarte a

Stevens en los lavabos.

Bentley se queda en silencio un segundo, seguro que fantaseando con

la idea, y finalmente sonríe escondiendo su mirada en la ventanilla.

—Qué tierno —bromeo.

—Que te den —protesta.

—Stevens es demasiado lista para ti —continúo socarrón.

Adoro meterme con él. Debería ser deporte nacional.

—Puede —replica imitando mi tono—, pero ¿qué me dices de ti?

El semáforo en la Séptima está en rojo. Nos detenemos. Tengo que

esforzarme muchísimo en demostrar que no me afecta.

—No sé de qué estás hablando —digo displicente y fijo mi atención

en el disco rojo.

—Claro que lo sabes —apunta.

El capullo no va a rendirse.

—Maddie te gusta... y te gusta mucho —sentencia como si de repente

yo le hubiese dado permiso para hacerme terapia.

Involuntariamente todo mi cuerpo se tensa y aprieto la mandíbula.

—Es una cría —replico arisco.

No quiero hablar de esto, joder.

—Una cría que te trae loco desde que la conociste.

Lo asesino con la mirada. El semáforo cambia y acelero concentrando toda mi atención en la calzada.

—Y ahora no quieres hablar —protesta irónico—. ¿Por qué será que no me sorprende?

Resoplo y me agarro con fuerza al volante.

—A veces eres una puta tortura, joder —me quejo malhumorado.

—Ser tu amigo tampoco es ningún premio.

—Eres un capullo.

—Y tú, un gilipollas —replica—. ¿Crees que no tengo ojos en la cara? ¿O es que piensas que puedes engañarme?

¿Por qué coño está tan enfadado? La sangre me hierve. Con quien me vaya a la cama es asunto mío, no suyo. Maddie es asunto mío. Y nadie va a decirme lo que tengo que hacer y mucho menos si hablamos de ella.

—Maddie Parker tiene poco más de veinte años y es una cría, joder —sentencio sin asomo de duda. Quiero dejar de hablar de esto ya—. No es una chica para mí.

—Claro, porque Ryan Riley nunca ha hecho nada que no sea para él —responde otra vez mordaz.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —pregunto con el tono de voz endurecido. Estoy empezando a cansarme—. ¿Por qué parece que te enfade que quiera tirármela si ese fuera el caso? No me ponías tantas pegas cuando con quien me iba a la cama era con tu hermana, joder.

—Porque ni de lejos mirabas a Savannah como miras a Maddie.

Por un momento esa frase me deja sin palabras. El capullo de mi mejor amigo parece haberse aliado con esa parte de mí que no para de gritarme que jamás encontraré a una chica como Maddie. Resoplo de nuevo. No quiero pensar en todo esto ahora.

—Basta ya, joder.

—Como quieras. —Guarda silencio apenas un segundo—. Pero, tal y como yo lo veo, tienes dos opciones: puedes seguir comportándote como un niñato malcriado incapaz de reconocer lo que quiere, o puedes echarle valor, ser un hombre y admitir que lo que quieres es estar con ella.

Lo miro de nuevo y otra vez lo hago francamente mal. Sé lo que quiero, pero también sé por qué no puedo quererlo. No necesito lecciones.

Aunque no puedo obviar el hecho de que en algo tiene razón: me estoy comportando como un niñato. Debería entender que no puede ser de una puta vez y alejarme de ella. Ni siquiera tendría que haber venido.

Aparco el coche a un par de calles de la 39 y caminamos hasta The Vitamim. Bentley vuelve con la misma gilipollez de que estoy muy callado y no se equivoca. Ahora mismo la cabeza me va a mil kilómetros por hora. Por mucho que me queje y proteste, sé que en el fondo tiene razón, pero llevo todo el día diciéndome que simplemente podría dejarme llevar, ver qué pasa. Quizá funcione, quizá pueda estar con ella. Por eso estoy aquí.

Entramos en el local. Es un antro. El típico sitio que se cree mejor de lo que es y, por tanto, el típico sitio lleno de universitarios y veinteañeros en general. Avanzo con el paso decidido. Quiero verla. Incluso estoy impaciente. La busco con la mirada y casi al mismo tiempo me pongo los

ojos en blanco. Otra vez parece que tengo quince putos años, pero la verdad es que me importa una mierda. Ahora mismo sólo puedo pensar en tocarla.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa cuando la descubro en el centro del local. Está cantando y bailando con Stevens y otra chica, la misma que le regaló el perro esta mañana. Es un puto sueño y automáticamente la conversación del coche, todo los impedimentos, se desvanecen.

Nuestras miradas se encuentran y ella sonríe. A pesar de la distancia, puedo notar todo su cuerpo sincronizándose con el mío. Es una locura, algo que me arrolla por dentro y ni siquiera sé cómo gestionar.

Aparta la mirada como si ella también sintiese lo mismo y le da un sorbo a su copa. La canción sigue sonando y ella comienza a bailar de nuevo. Su vestido rojo se levanta suavemente cada vez que se mueve al ritmo de la música. Canta totalmente descompasada, pero no deja de sonreír y, antes de que me dé cuenta, yo también lo hago. Es un soplo de aire fresco, joder.

Lleva su mano despacio hasta una de sus caderas y ese simple gesto consolida la idea de que está bailando para mí. El león fabricado de instinto y puro deseo que llevo dentro se despierta rugiendo y las manos me arden. Maldita sea, ¿cómo es posible que siempre me sienta hambriento de ella?

Bentley me hace un gesto para que lo siga y me saca de mi ensoñación. Reacciono rápido, pero me cuesta. Maddie consigue que todo a mi alrededor simplemente desaparezca. Por un momento pienso en marcharme, como si mi autocontrol intentase mandarme un último

mensaje desesperado, pero hoy no pienso escuchar nada ni a nadie. Hoy sólo quiero estar con ella.

—Feliz cumpleaños —la saluda Bentley, sonriente.

Le da un beso en la mejilla y todo mi cuerpo se tensa. Resoplo mentalmente. No puedo estar celoso de Bentley, es algo completamente irracional, y entonces me doy cuenta que de lo que estoy celoso es de que él pueda tener ese simple gesto con ella y yo no.

—Gracias.

—Esto es para ti.

Le entrega un paquetito perfectamente envuelto y Maddie lo abre rompiendo el papel con manos nerviosas.

—Muchas gracias. Es genial —responde con una sonrisa de oreja a oreja y una caja de colección de cedés de Franz Ferdinand en la mano.

La miro y el corazón me late de prisa bajo las costillas. Joder, quiero que todos se larguen. Todos me sobran. Quiero llevármela a mi apartamento, a mi cama. No dejarla salir en una semana. Que celebre su cumpleaños sólo conmigo. Todos sus putos cumpleaños. Es un sentimiento que me asusta y al mismo tiempo me libera poder tener.

Dios… Todo es tan confuso que a veces creo que voy a volverme loco.

Por suerte, Bentley se acerca a la barra con Stevens. Estoy convencido de que el buen chico va a pedirle que le deje follársela en el baño, y los amigos que le regalaron el perro se marchan a la pista de baile. Por fin estoy a solas con ella.

Maddie me mira de esa manera tímida y abrumada y por un segundo tengo ganas de gritar al universo que me lo está poniendo demasiado complicado, joder. Despierta mi cuerpo en contra de mi voluntad. No quiero desearla, pero sus ojos, sus labios, su cuerpo, todo juega en mi contra. De alguna manera que no soy capaz de comprender, es justo lo quiero, como cuando alguien te ofrece una botella de agua helada y, sólo al verla, te das cuenta de la sed que tenías.

Me inclino sobre ella. Huele exactamente como sabría que olería. Son flores y algo fresco. Es el olor que se queda impregnado en mis camisas, el que después no me permite dejar de pensar en ella.

—Feliz cumpleaños —susurro.

Su cuerpo se tensa por la proximidad del mío y sonrío satisfecho. De pronto me siento jodidamente fuerte, casi invencible, otra vez. Ella es mi tortura y mi alimento. La beso en la mejilla, pero decido jugar un poco y me quedo muy cerca de sus labios, alargando el beso apenas un segundo más de lo necesario. Algo imperceptible para cualquiera que nos observe, pero sé que no lo ha sido para ella. Me gusta que su cuerpo esté conectado al mío de esa manera que sólo nos incumbe a ella y a mí. Sin embargo, antes siquiera de que pueda verlo venir, la situación me revoluciona por dentro y tengo que controlarme lo indecible para no abalanzarme sobre ella.

—Yo también tengo un regalo para ti —pronuncio tentado de besarla con cada palabra.

Veo a Stevens acercarse y, a regañadientes, me separo de Maddie.

Quiero estar con ella, quiero tocarla, follármela. No aguanto más.

Aprovechando el bullicio de una nueva ronda de bebidas, le señalo imperceptiblemente la calle con la cabeza. De inmediato ella asiente discreta.

—Si me perdonáis —me disculpo, aunque francamente no sé por qué lo hago, me importa una mierda lo que piensen—, tengo que hacer una llamada.

Salgo del bar y me alejo unos metros. Las luces del escaparate de un bazar chino me detienen en seco y me apoyo contra el cristal. Estoy impaciente. Joder, estoy muy impaciente. Nunca me había sentido así. Debería olvidarme de todo. Meterme en cualquier bar a beber Jack Daniel's hasta que no pueda pensar y tirarme a la primera mujer que me sonría. Olvidarme de Maddie a base de sexo indiscriminado.

Giro la cabeza sin ninguna razón en especial y la veo salir del bar. Es jodidamente perfecta y yo soy un gilipollas, un imbécil que cree que todavía tiene alguna posibilidad de escapar.

—Estás preciosa —digo separándome de la pared y dando un paso en su dirección.

Sonríe y yo también lo hago.

Quiero llevármela de aquí. La recuerdo sobre mi cama el día que vino a traerme la ropa que le compré en Tommy Hilfiger. La recuerdo suspirar agitada a punto de dejarse llevar.

—Tú tampoco estás mal —responde socarrona.

Mi sonrisa se ensancha. Maddie tiene ese efecto. En mitad de todo lo que despierta en mí, también consigue relajarme instantáneamente, como

si me dejara en el ojo del huracán.

—¿Un halago, señorita Parker? —Mi voz suena divertida.

—Puede ser —contesta sin dejar de sonreír—. Estás tan encantador que te mereces un cumplido.

—Es tu cumpleaños. Pensé que podría saltarme las normas.

—¿Las normas? —inquiere confusa.

Decido ignorar su pregunta. No quiero hablar de eso. Para cambiar

de tema, saco su regalo del bolsillo interno de mi chaqueta y se lo tiendo.

Sonríe una vez más cogiéndolo con cuidado y yo estoy impaciente por ver

la cara que pondrá cuando lo abra.

Está nerviosa. Me gusta. Y se pone aún más cuando retira el papel y

ve la palabra Cartier escrita en el estuche. Abre la caja y, boquiabierta, contempla la pulsera.

—¿Te gusta?

Y me doy cuenta de que estoy deseando que diga que sí.

—Me encanta —se apresura a contestar—, pero no puedo aceptarla.

—¿Qué? —pregunto, y automáticamente mi tono de voz se ha

endurecido. Estoy muy cabreado—. ¿Por qué?

—Porque debe haberte costado muchísimo dinero.

¿Y qué coño importa?

—¿Y qué?

—Pues que no puedo aceptarlo —sentencia cerrando el estuche de un

golpe entre sus manos y tendiéndomelo.

Ahora mismo tengo ganas de gritarle que se está comportando otra

vez como una maldita cría.

—Ya sé que vas a decirme que tienes mucho dinero —añade— y que

para ti no es nada, pero ésa no es la cuestión.

Joder, no me lo puedo creer. ¿Por qué no puede aceptarlo y ya está? ¿Por qué siempre tiene que poner las cosas tan complicadas? No quiero darle vueltas. No quiero pensar por qué he ido esta mañana a la joyería a elegir su regalo cuando siempre envío a Finn a hacer este tipo de cosas. Ni tampoco por qué me he pasado más de una puta hora mirando vitrinas hasta que el dependiente me ha enseñado esta pulsera y he pensado que es tan sencilla y preciosa como ella.

—¿Entonces todos pueden hacerte regalos menos yo? —argumento arisco.

Maddie resopla.

—Esto no es un cedé o un libro —trata de explicarse—. Es una pulsera de diamantes.

—Quiero regalarte una pulsera. ¿Cuál es el problema?

—¿Quieres regalarme una pulsera? —pregunta perdiendo la vista en el bazar a mi espalda.

Claro que quiero. Si no, no la habría comprado, joder.

—Sí —contesto hosco.

Sin decir nada más, me toma de la mano y me lleva hasta el interior del bazar. Por un momento me quedo paralizado. Nunca me había tocado por iniciativa propia y el contacto me sorprende y me gusta.

Me deja en el centro de la tienda y todo mi cuerpo protesta cuando nuestras manos se separan. Resoplo malhumorado. Es como si de pronto mi vida se hubiese convertido en una puta novela romántica.

Inmediatamente la sigo con la mirada. Se acerca al mostrador y

saluda con una sonrisa al dependiente. Apoya las manos en la vitrina y se inclina sobre ella con la mirada fija en lo que sea que hay dentro. Suspiro de nuevo, pero esta vez dejando que mis pulmones se llenen de esta sensación que no sé asimilar, de ella. Es adorable, joder.

—¿Podría enseñarnos esas pulseras de ahí? —pregunta señalando un punto de la vitrina.

—Por el amor de Dios —me quejo fingidamente exasperado, aunque lo cierto es que ahora mismo no podría desearla más.

El dependiente pone sobre el mostrador un tubo de fieltro negro sobre el que hay al menos una decena de pulseras y Maddie las observa con detenimiento.

—¿Cuál te gusta? —me pregunta girándose.

Con el movimiento, el vestido se alza un poco y puedo ver el encaje del inicio de sus medias. Inocencia y sensualidad pura. Otra vez esa mezcla que lleva torturándome desde que la conocí.

—La que ya te he comprado —protesto de nuevo. La elegí para ella. Quiero que la tenga. Y también necesito ser un poco arisco, porque ahora mismo estoy a punto de perder la poca cordura que me queda y tirármela sobre el mostrador.

—Nos llevaremos ésta —le dice al dependiente muy convencida, señalando una pulsera plateada con florecitas.

Doy un paso hacia ella y observo la pulsera. Tiene que estar de broma. No vale nada. Ni siquiera podría considerarse bisutería. Probablemente sea plástico lacado con espray plateado.

—Maddie, sólo vale seis dólares —protesto.

Y hay algo en la familiaridad con la que su nombre atraviesa mi garganta que me hace callar un segundo y mirarla de nuevo.

—Si tienes problemas para pagarla, puedo hablar con Lauren para

que el departamento de Contabilidad te dé un adelanto —comenta

socarrona.

Su sonrisa me pilla fuera de juego y, antes de que me dé cuenta, estoy

devolviéndosela entremezclada con un mohín. La suya se ensancha y ese

sentimiento vuelve a acomodarse bajo mis costillas. Exhalo todo el aire de

mis pulmones en un suspiro, despacio, fingiendo que no hay nada en estos

momentos que me esté descolocando por dentro, y pago al dependiente

con un billete de diez.

—¿Llevas billetes tan pequeños en la cartera? —bromea divertida.

—Muy graciosilla.

Coge la pulsera con una sonrisa de oreja a oreja y, sin dudarlo, me la

tiende mirándome directamente a los ojos.

—¿Me la pones?

Tiene los ojos más increíbles que he visto en mi vida.

Asiento y cojo la baratija. Aún no puedo creerme que haya rechazo

una pulsera de diamantes, me haya metido en esta tienducha y me haya

obligado a comprarle una de seis dólares. La miro y su sonrisa me deja

casi sin respiración. Joder, lo ha hecho porque es la chica más increíble que he conocido en mi vida, porque por primera vez la inocencia que veo

no es una pose, porque realmente es así, como parece que es. Por eso me

resulta tan fresca, tan dulce, tan sexy, tan todo.

—Cualquier persona diría que estás loca por rechazar una pulsera de

treinta mil dólares —susurro sin separar mis ojos de los suyos.

Baja su mirada hacia su mano entrelazada con la mía y vuelve a sonreír de esa forma tan tímida y preciosa.

—Para mí, la pulsera que tengo ahora mismo vale un millón.

Va a volverme completamente loco. Lo sé.

—Ojalá te hubiera conocido hace seis años.

La frase sale de mi boca antes de que pueda controlarlo. Es de lo último que quiero hablar y ella es con la última persona con la que quiero hacerlo.

Maddie me sonríe con ternura, pero a los segundos frunce el ceño recapacitando sobre mis palabras y su sonrisa se apaga.

—¿A qué te refieres? —musita cautelosa, como si no se atreviese a hacerlo.

Joder, no quiero esto. Es lo último que necesito. La rabia me recorre cada hueso, cada músculo. Finalmente cierro los ojos un instante y cabeceo intentando recuperar el preciado autocontrol. No voy a hablar con ella de lo que me impide estar con ella.

Se acabó, Riley. Es hora de volver al mundo real.

—Será mejor que volvamos a la fiesta. Eres la chica del cumpleaños.

Salimos de la tienda y regresamos a The Vitamin. En cuanto nos mezclamos con la gente, giro sobre mis pasos y vuelvo a la calle. Ella no se da cuenta y continúa hacia la barra, donde están Bentley y los demás.

En la acera, me apoyo de nuevo contra la pared. No sé qué esperaba que pasase. La situación es la misma. Ella es la misma. Y, sobre todo, yo soy el mismo. Nada de eso va a cambiar porque sea su cumpleaños o

porque yo quiera que cambie.

No tendría que haber venido, joder.

Si la hubiera conocido hace seis años, todo habría sido diferente. Nos habríamos pasado los días encerrados en mi viejo apartamento del West Side. Sonrío fugaz. Seguro que Maddie nunca me habría dejado venderlo.

Resoplo y tenso la mandíbula. Esto es una gilipollez. Hace seis años quizá ni siquiera me hubiera fijado en ella y probablemente, si lo hubiera hecho, también habría acabado haciéndole daño, porque no habría renunciado a la empresa... o quizá sí, y ahora sería un arquitecto con un pequeño estudio y ella me esperaría en casa todas las noches para revolcarnos hasta que saliera el sol. Tal vez, tener un crío. Sonrío, pero la sonrisa me dura poco en los labios. Me llevo las palmas de las manos a los ojos y me los froto con fuerza a la vez que resoplo exasperado por millonésima vez. Joder, nunca, en toda mi maldita vida, había pensado en tener un crío.

Basta ya, Riley. Es una estupidez darle vueltas a algo que no va a pasar.

La misma estupidez que ha sido venir aquí. No sé qué pretendía demostrar, ¿que puedo ser diferente?, ¿que podemos tener una oportunidad? Tengo claro cómo va a acabar esto y no soy el único.

Bentley también lo sabe. Por eso quiere mantenerme alejado de ella. Creo que la única que no se ha dado cuenta de cómo va a acabar es Maddie y ni siquiera lo entiendo. ¿No tiene un mínimo instinto de supervivencia? Lo peor es que hay momentos en los que me mira como si de verdad creyera que soy mejor de lo que soy, y eso no hace sino confirmarme la idea tan equivocada que tiene de

mí. Se está tirando a la piscina a ciegas. Por eso

tengo que ser yo quien eche el freno, protegerla, y, joder, nada me había

costado más en toda mi vida.

Me ajusto los gemelos y me conciencio de mi decisión, de lo que sé

que tengo que hacer.

Con el primer pie que pongo en el local, en contra de mi voluntad, la

busco con la mirada. Los pulmones me arden de rabia y la sangre me

corre más rápido. Un gilipollas la está cogiendo en volandas mientras la

felicita y ella sonríe.

La deja en el suelo y le da un regalo. Maddie lo abre y su sonrisa se

transforma en una absolutamente perpleja. Es un maldito libro de estilo

del *New York Times*. Nadie le regala algo así a una chica por la que no siente nada. Ella se lo agradece sorprendidísima y él sonríe orgulloso. Ese

tío quiere tirársela. Las manos me arden. Cierro los puños con fuerza.

Ahora mismo sólo quiero estrecharla con fuerza contra mi cuerpo y

follármela encima de la barra para dejarle claro a ese capullo que Maddie

es mía.

Echo a andar con esa única idea, pero me detengo en seco. ¿Qué

estoy haciendo, joder?

La observo feliz, rodeada de sus amigos, y me doy cuenta de que lo

que pienso hacer es una cabronada demasiado grande incluso tratándose

de mí. Sin embargo, ese tío vuelve a decir algo y ella sonríe encantada con

el maldito libro entre las manos. La rabia y los celos me sacuden y todo lo

demás deja de importarme. No pienso dejar que vuelva a tocarla.

Maddie le da el libro a uno de sus amigos y se dirige hacia los baños.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, la sigo.

Me estoy comportando como un niñato que no sabe lo que quiere.

Bentley tiene razón, joder.

Pero, que no pueda tener lo que quiero, no significa que no me vuelva loco pensar que no puedo hacerlo, que otro vaya a tenerlo, maldita sea. Un impulso eléctrico duro y frío me recorre la columna. Soy plenamente consciente de que soy un egoísta de mierda, pero no pienso permitir que otro tío la toque.

Suena *I need your love*,[3] de Calvin Harris y Ellie Goulding, a todo volumen.

Necesito tocarla, olerla.

Entro en el baño con el paso decidido. Ni siquiera contemplo la posibilidad de que no esté sola.

Ahora mismo no puedo pensar.

Al verla, mi cuerpo ruge. Es la condenada adicción de mi vida.

Cierro la puerta y echo el pestillo. Camino despacio, tratando de controlarme, pero otra vez tengo esa sensación en la punta de los dedos, otra vez las manos me arden.

Su respiración se entrecorta y me hago más fuerte. Me sonríe tímida y me hago más fuerte. Alza sus maravillosos ojos verdes y me mira a través de sus largas pestañas, dulce, entregada, abrumada, y me hago invencible.

Joder, sólo la necesito a ella.

Cojo su cara entre mis manos y la beso desbocado. Las deslizo por sus costados hasta llegar a sus caderas, mi parte favorita de su cuerpo, y la estrecho contra mí. La sangre me arde en las venas. No quiero que nadie la toque, que nadie la acaricie. Mis besos se llenan de fuerza, de deseo y

también de rabia. No quiero que ningún imbécil sienta lo que yo estoy sintiendo ahora mismo.

Sin delicadeza, la obligo a girarse. Gime bajito y mi polla se despierta durísima.

Quiero que se vea en el espejo, que vea todo lo que voy a hacerle, que comprenda que yo soy el único que puede hacérselo. Le muerdo el cuello y Maddie gime de nuevo, pero no cierra los ojos y yo sonrío satisfecho. Me vuelve loco que siempre esté dispuesta a llegar a donde yo quiera llevarla.

—Inclínate —le ordeno en un susurro.

Obedece sin dudar. El león se relame.

Me dejo caer sobre ella. Pierdo mi nariz en su nuca y su olor me atrapa. Joder. Mis manos vuelan debajo de su vestido y disfruto del suave tacto de su lencería entre mis dedos. Quiero morderla, chuparla, saborear la piel de todo su cuerpo bajo mis labios y después follármela tan fuerte que pierda el puto conocimiento, y hacerlo una y otra vez hasta que se acabe el mundo. Ése sería mi maldito plan de vida.

Me deshago de sus bragas. Ágil, me desabrocho los pantalones. Y, con todo mi cuerpo gritando por ella, la embisto duro, salvaje, sin piedad. Maddie gime con fuerza y endurece aún más mi polla. Consigue que en este puto instante todo lo que no seamos nosotros deje de existir para mí.

Me muevo rápido, duro. Sé que quiere gritar. Cada vez que salgo de ella se recuerda que no puede hacerlo y cada vez que la embisto está a

punto de sucumbir.

Sus ojos siguen fijos en el espejo, en nosotros.

Quiero que pierda el control.

Llevo mis dedos a su nuca y lentamente bajo por su columna vertebral despertando cada terminación nerviosa de su cuerpo a mi paso, haciéndole arquear la espalda.

—Ryan —susurra.

Su voz me fulmina. No quiero que pronuncie ningún otro nombre que no sea el mío. Nunca había estado tan furioso, joder. Nunca había sentido la sangre corriéndome tan de prisa. Quiero que me prometa que nunca va a estar con otro tío. Sé que soy un auténtico hijo de puta, pero no me importa, maldita sea. La rabia me está ahogando.

Su cuerpo no me calma. Sólo me recuerda lo maravillosa que es. La jodida suerte que tengo de que me deje tocarla.

Clavo mis dedos en sus caderas y me hundo con más fuerza.

Vuelve a gemir y coloca una de sus manos sobre la mía. Se está deshaciendo entre mis brazos y el puto espectáculo vale millones. Es tan sexy, tan dulce, tan sensual. Una condenada locura que va a acabar conmigo, porque ya no quiero vivir sin esto. Creo que no sé vivir sin esto. Nunca me había sentido así.

Exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Necesito calmarme.

No puedo perder el control. Pero instintivamente mi mano ya está volando de nuevo por su cuerpo hasta perderse entre sus piernas. La deseo, la deseo más que a nada, y ni siquiera ahora, estando dentro de ella, ese deseo se apaga. Quiero todo lo que Maddie pueda darme y quiero que sólo

me lo dé a mí. Hundirme en ella, perderme en ella cada día durante el resto de mi vida.

Se estremece contra mi mano y el león que llevo dentro y tiene su nombre grabado a fuego ruge. La embisto con fuerza una y otra vez sin descanso. Maddie gime, suspira, jadea y se muerde el labio para no gritar. Ese último gesto me incendia aún más. Enredo la mano en su pelo, tiro de él con fuerza y la beso brusco, casi desesperado.

Maddie grita contra mis labios y se corre apretándose contra mi cuerpo. Siento su orgasmo en cada hueso y es mil veces mejor que la mejor sensación revivida mil veces más.

Joder, es espectacular.

Salgo de ella, la giro y la siento en el lavabo. La miro y, por un segundo, me deja paralizado. Tiene la piel sonrosada y el pelo revuelto. Sonríe feliz con los ojos cerrados, gimiendo bajito, suavemente, sin ser consciente de que lo está haciendo. Cuando al fin abre los ojos y se encuentra con los míos, su sonrisa se ensancha. ¿Cómo coño puedo escapar de ella?

La beso. La devoro. Maddie pierde sus manos en mi pelo y yo la muevo hasta el borde del lavabo anclando mis manos en su culo.

Ahoga un nuevo suspiro embargado de placer y deseo en una sonrisa cuando nota la punta de mi polla. Está aún más excitada y yo quiero torturarla. Sonrío y jugueteo en su entrada. Maddie gime y mi cuerpo vibra. Podría pasarme toda la vida así.

Sin embargo, parece que ella tiene otros planes. Baja su mano entre

los dos y toma mi polla. La aprieta con suavidad y yo tengo que contenerme para no gemir. Me hace entrar lentamente. Cierra los ojos saboreándolo y yo me quedo hipnotizado por su expresión llena de placer hasta que no puedo más. Las sensaciones se solapan. Su interior cálido y húmedo me vuelve definitivamente loco y todo el puto placer de este maldito universo se concentra en cada hueso de mi cuerpo.

Joder.

Vuelvo a tomarla por las caderas. Vuelvo a moverme con fuerza.

Suspira. Gime. Casi grita. Cada sonido que pronuncia me arrolla por dentro.

El sexo nunca había sido así. Nunca me había encontrado tan jodidamente bien como estando dentro de ella. Nunca había sentido que tenía algo perfecto entre mis dedos. Juntos somos perfectos. Su piel bajo mis manos, mis caderas hundiéndose entre sus muslos. No necesito nada más. Acabo de descubrir el puto motor de mi existencia.

—Eres mía —susurro contra sus labios.

Maddie asiente débilmente, absolutamente extasiada, pero yo no quiero que sea algo que olvide o algo que crea que he dicho sólo porque estamos follando.

Me detengo en seco y ella abre los ojos de golpe. Todo ese sentimiento que no sé gestionar vuelve y me aprisiona las costillas. No quiero pensar por qué, pero necesito que lo entienda.

—Tú eres mía, Maddie —repito recalcando cada palabra con la voz ronca y endurecida.

Su mirada se intensifica sobre la mía.

—Soy tuya.

Esas dos palabras me llenan por dentro de una manera que ni siquiera comprendo.

Sin desatar nuestras miradas, vuelvo a moverme lentamente, hundiéndome en ella, olvidándome del mundo. Coloco mis manos sobre las suyas, que están apoyadas en el mármol, y entrelazo nuestros dedos.

Maddie envuelve mis caderas con sus piernas y me acerca aún más, haciéndome llegar todavía más profundo.

De repente se ha convertido en algo íntimo, joder, en algo nuestro, y yo estoy a punto de perder el control y decirle todo lo que me hace sentir.

Maddie gime de nuevo. Se agarra a las solapas de mi chaqueta y con mi nombre en sus labios vuelve a correrse. Su cuerpo se sacude contra el mío y todos mis músculos se tensan.

Subo una mano hasta su nuca y apoyo mi frente en la suya. Entro y salgo de ella y nuestros jadeos se solapan. Se ha mordido el labio con tanta fuerza para no gritar que se ha hecho una pequeña herida. Se lo acaricio con el pulgar y me llevo un fugaz rastro de sangre de él, pero Maddie no me deja retirar el dedo y lo atrapa, chupándolo. No dejo de mirarla. No quiero. Acaricio suavemente su mejilla con la punta de mis dedos y me dejo envolver por todo lo que ella me hace sentir. Es mía. Sólo mía.

Me muevo más fuerte, pero también más lento. Quiero sentirla todo el tiempo que pueda. Joder, en realidad, lo que quiero es que no se acabe nunca.

Ella se aprieta aún más contra mi cuerpo. Noto la electricidad

concentrándose en mi espalda, en mis caderas.

—Maddie —susurro.

La embisto llegando aún más lejos. Su cuerpo responde, se

sincroniza con el mío, y me dejo llevar sintiéndola a ella como ya sé que

nunca podré sentir a ninguna otra mujer en toda mi vida.

Nos quedamos así unos minutos, con nuestros alientos

entremezclándose en los labios del otro hasta que nuestras respiraciones

van tranquilizándose. ¿Qué he hecho, joder? Soy un hijo de puta y hoy

tengo más claro que nunca que no me la merezco. Sólo me la he follado

porque estaba muerto de celos, porque necesitaba que me sintiese bajo la piel, exactamente como yo la siento a ella.

Me separo despacio y retiro la mano de su mejilla. La miro a los ojos

y ella me devuelve una mirada tan cálida, tan entregada, que me hace sentir

aún peor.

Voy a acabar destrozándole la vida, joder.

La ayudo a bajarse y me alejo unos pasos. Necesito volver a pensar.

—Tengo que marcharme.

—¿De verdad vas a irte?

Su tono de voz suena decepcionado y me sacude por dentro. Odio

cuando me habla así. Es la última persona a la que querría defraudar, pero

esto lo estoy haciendo por los dos. Nunca va a funcionar. Con ella no soy

capaz de mantener el control.

—Tengo que hacerlo, Maddie.

Me mira un segundo suplicándome en silencio que no le haga esto

otra vez, pero no puedo. Dentro de diez años, cuando esté casada con un

buen hombre y tenga un par de críos y una casita con jardín y una valla blanca, me lo agradecerá.

La misma corriente eléctrica fría y aterradora que sentí cuando la vi

con el gilipollas del libro de estilo vuelve a recorrerme la columna.

«Ella no es para ti, Riley, aunque lo desees con todas tus fuerzas.»

Maddie resopla dolida y se aleja de mí.

—Por supuesto —contesta agachándose para recoger sus bragas—.

Ya me has echado un polvo, ¿qué sentido tiene quedarse? Soy una imbécil.

Cierro los puños con fuerza contra los costados. Las cosas no son así.

¿Por qué siempre tiene que dar por hecho que lo único que quiero de ella

es un polvo, joder? Yo quiero mucho más. La quiero a ella todos los

malditos días.

—Maddie…

Intento agarrarla del brazo, pero ella se aparta antes. Otra vez ese

sentimiento que no sé gestionar vuelve entremezclado con toda la rabia

que me sacude cada vez que no me deja tocarla.

—No se te ocurra tocarme —masculla con la voz entrecortada.

Estoy enfadado con la puta situación en la que estamos, en la que nos

he colocado yo. Estoy enfadado con ella por haber aparecido en mi vida y,

sobre todo, estoy enfadado conmigo porque Bentley tiene razón y me

estoy comportando como un niñato. Sé lo que quiero y también que no

puedo tenerlo. Tengo que alejarme de Maddie, joder, y, si no soy capaz de hacerlo por mí, porque es lo que tengo que hacer, tengo que hacerlo por

ella.

—Esta vez voy a ponerte las cosas más fáciles. Me marcho yo.

No digo nada, me lo merezco, y ella merece algo mejor de lo que yo

podría darle.

Camina hasta la puerta y la abre con rabia.

—Que soy tuya lo sé hace mucho tiempo —me espeta furiosa, con los ojos llenos de lágrimas que no se permite llorar delante de mí— pero, ¿sabes qué?, no he odiado nada tanto en toda mi vida.

Se arranca la pulsera y la tira contra el suelo del baño. Resuena contra las losas y se rompe en pedazos.

Maddie se marcha dando un portazo.

Yo me quedo durante unos segundos observando la puerta. Soy un gilipollas. Soy un maldito gilipollas. Y nunca voy a perdonarme todo el daño que le estoy haciendo.



7

Ryan se siente como una auténtica basura por cómo se comportó con Maddie en su cumpleaños. Se presenta en su casa con la intención de explicarse y, antes de que pueda controlarlo, la pasión se desata entre ellos y acaban enredados una vez más.

Cuando todo acaba, sabe que debe marcharse, que quedarse sólo le dará esperanzas sobre una vida que él no puede permitirse tener, pero la rabia nunca le había recorrido tan de prisa como cuando la oye llorar al otro lado de la puerta del baño.

Entro en el avión y me dejo caer sobre uno de los sillones color crema a la vez que me desabotono la chaqueta.

Quedarte a dormir. Joder, Riley. Quedarte a dormir. ¿Cómo pudiste tener una idea tan pésima?

Marie se acerca tan eficiente como siempre dispuesta a ofrecerme un café o el periódico, pero la fulmino con la mirada y, a mitad de pasillo, se da la vuelta. No quiero tener a nadie remotamente cerca.

¿Qué demonios estoy haciendo? No puedo estar con ella. Maddie merece algo mejor, un tipo bueno y amable que pueda dedicarle todo su tiempo, que sepa hacerla feliz, y yo no soy ese tipo. Tengo que asumirlo de una maldita vez. Quise fingir que podría funcionar en su cumpleaños y casi acabo dándole una paliza al idiota que le regaló el libro de estilo. Después conseguí hacerle daño una vez más. Soy un gilipollas que no puede dejar la polla dentro de los pantalones y mantenerse alejado de ella.

Suelto todo el aire de mis pulmones despacio, intentando tranquilizarme, y me concentro en sentir cómo el avión despega suavemente. Quiero dejar la mente en blanco un puto minuto, pero, antes de que me dé cuenta, estoy pensando en ella, en cómo me sentí cuando me desperté en mitad de la noche y estaba acurrucada contra mi pecho, en lo bien que olía su pelo, en su cuerpo. Las manos me arden e involuntariamente rozo unos dedos contra otros como si pudiera tocarla.

¡Joder!

Me echo hacia delante, me llevo las palmas de las manos a los ojos y me los froto con fuerza. No puedes estar con Maddie, así que deja de pensar en ella. Resoplo otra vez.

«De todas las estupideces que has hecho a lo largo de tu vida, Riley, con ésta te has cubierto de gloria.»

Me paso el resto del vuelo de un humor insoportable y me alegro infinitamente de que decidiera venir solo, sin Spencer u otro ejecutivo.

Para cuando aterrizamos, ya me he bebido dos vasos de bourbon.

A los pies de la escalerilla me espera Simon Smith, el hombre de confianza de la empresa en Londres. Me sonríe como un gilipollas porque no sabe que vengo expresamente a despedirlo, a arreglar todo lo que haya estropeado y a poner en su lugar a alguien más competente y menos dado a tirarse a mujeres casadas. No seré yo quien se meta en a quién puede follarse, pero, que les cuente secretos de mi empresa para impresionarlas y conseguir que se la chupen, me molesta.

Apenas he bajado un par de escalones cuando resoplo y me abrocho de nuevo el botón de la chaqueta. Tres personas más se acercan. Son dos ejecutivos júnior y su secretaria.

—Señor Riley —me saluda solícito y tengo que contenerme para no poner los ojos en blanco.

Hoy estoy de muy mal humor.

Declino su saludo y termino de bajar las escalerillas.

—Despedido —le informo en cuanto mis pies tocan el suelo.

Smith se queda al borde del desmayo. Todos los demás me miran boquiabiertos. Me giro despacio hacia él.

—La próxima vez que decida que es una buena idea contarle a la mujer que se tira una estrategia empresarial de veintiséis millones de dólares, piénselo mejor. —Mi voz suena amenazante. Este gilipollas va a pagar las siete horas de frustración, rabia y sermones autoinfligidos que acabo de pasar—, y más le vale que todo este lío no perjudique en lo más mínimo a la empresa o me encargaré personalmente de que lo más

emocionante que haga en su vida profesional a partir de ahora sea empujar un carrito de correo.

Traga saliva y me mira tratando de decir algo, pero no tengo ni tiempo ni ganas de escucharlo. Joder, por lo menos podría haberle echado valor y comportarse como un hombre.

—Usted es la señora Westhouse, ¿verdad? —pregunto mirando a su secretaria.

La mujer asiente diligente. Me recuerda a Tess, aunque es algo mayor. Parece competente y el hecho de que no disimulara una incipiente sonrisa mientras despedía al inútil de su jefe ha hecho que me caiga realmente bien. Me gusta la gente que no se esconde.

Le hago un gesto para que se monte en el coche que nos espera. Los otros dos ejecutivos me miran con una expresión completamente atónita, pero sencillamente los ignoro. No soy la niñera de nadie. Ellos saben perfectamente lo que tienen que hacer y, si no lo saben, no sé qué coño hacen aquí.

Me paso todo el día en las oficinas del Riley Group en Londres. A pesar de que tenemos otra sede en Múnich, es desde aquí desde donde controlamos todas nuestras operaciones en Europa. Reviso todo lo que Smith hizo o deshizo. Como imaginaba, su secretaria es muy eficiente y me pone al día de todo sin esfuerzo.

Me presenta a los dos colaboradores más estrechos de Smith. Uno es un absoluto inútil, pero el otro parece inteligente. Una de las primeras cosas que mi abuelo y mi padre me enseñaron fue que, si quería saber cómo era alguien trabajando, no se lo preguntara a su jefe, sino a su secretaria, porque ellas son las que saben de verdad cómo funcionan las

cosas. Eso hago. No me sorprende escuchar que debería despedir al primero y poner al frente de la oficina al segundo.

Ya en el hotel, intento relajarme un poco. Me sirvo una copa y me doy una ducha, pero sigo tenso, incómodo. Casi sin darme cuenta, me encuentro con el móvil en la mano dispuesto a llamarla. Sólo oír su voz. Esa simple idea hace que cabecee y esté a punto de tirar el iPhone por la ventana.

¿Sólo oír su voz? ¿Y después qué, Riley, te sientas a leer una puta novela romántica?

Odio todo esto. Todas estas dudas. Me siento débil y yo no soy así, joder.

Me sirvo otra copa y salgo a la terraza. Desde aquí se ve todo Londres. El Big Ben y el Parlamento se levantan a un lado del río; al fondo, la catedral de Saint Paul y, al otro lado del Támesis, el London Eye.

Y sencillamente sucede que, por un momento, otro de locura transitoria, me permito pensar en Maddie, pensar en cuánto me gusta su sonrisa, en la corriente eléctrica que me recorre las costillas cada vez que la escucho pronunciar mi nombre, en que, cuando estoy hundido en ella, por primera vez en treinta años, no necesito nada más.

El problema es que me está empezando a importar demasiado.

Cuando esta mañana esa bola de pelo chocó contra mis piernas y ella sonrió, me sentí como si ya estuviéramos juntos, como si me estuviera despidiendo en la puerta antes de irme a trabajar. Por el amor de Dios, sólo faltaba un crío. Por eso volví a perder el control y la besé de esa manera, porque, por un momento, me hizo sentir como si tuviera un hogar. Maddie es mi hogar.

Dios, estoy bien jodido.

Me apoyo en la barandilla y me inclino ligeramente sobre ella.

—Se acabó, Riley —me digo con la vista clavada en la ciudad que se extiende a mis pies—. Se acabó. Tú no podrías hacerla feliz y ella merece serlo.

Intento dormir, pero apenas lo consigo. Al menos el insomnio me da el tiempo suficiente para revisar el trimestre económico de la empresa en Europa. Cuando me llaman de recepción avisándome de que son las seis, ya estoy duchado y vestido y también me he bebido ya un vaso de Jack Daniel's.

Lo primero que hago al llegar al edificio del Riley Group en el centro de la City es despedir a uno de los colaboradores de Smith y darle su puesto y su secretaria al otro. Termino todos los flecos que quedan pendientes y el coche me deja en la Covent Garden Piazza, donde tengo un almuerzo de negocios.

Cierro algunos tratos muy interesantes, que normalmente me habrían puesto de muy buen humor, pero sigo insoportable. Sólo quiero volver a Nueva York. Volver a Nueva York y… la segunda parte ni siquiera me permito pensarla.

Decido regresar al hotel dando un paseo. Londres me gusta. Siempre lo ha hecho.

Estoy caminando por una calle cualquiera y, sin darme cuenta, me fijo en un escaparate. Parece una tienda de recuerdos, pero de esas clásicas donde todo está hecho a mano y lleva tantos años abierta que se asemeja

más a un anticuario que a una tienda de *souvenirs*.

Hay una bola de nieve, pequeña pero muy bonita. Tiene un Big Ben y también los otros edificios que se ven desde la terraza del hotel. Sobre su base roja hay un cartelito blanco donde simplemente se lee «Londres».

Sonrío porque automáticamente me recuerda a ella. Sencilla, dulce, preciosa. Antes siquiera de que pueda pensarlo con claridad, entro en la tienda y la compro.

Salgo con una sonrisa de oreja a oreja pensando en la cara que pondrá cuando se la dé. Seguro que sonríe de esa forma que me deja fulminado y después se pone muy nerviosa y dice algo como «señor Riley, no tendría que haberse molestado», haciendo hincapié en lo de señor.

Pero, a unos pasos, me detengo en seco y resoplo frustrado. ¿Qué estoy haciendo? Me presento en su casa, le doy el regalo, follamos como locos y, después, ¿qué? No quiero una relación. No necesito una relación. No puedo permitirme una relación.

Empieza a llover, pero no me importa. No quiero un taxi. Me paso las manos por el pelo y continúo andando.

Joder, odio sentirme así.

Llego al hotel absolutamente empapado. Me quito la ropa mojada, la tiro al suelo del kilométrico baño de malos modos y me meto en la ducha.

Sé lo que tengo que hacer.

Me visto de nuevo y bajo al bar. Echo un rápido vistazo y me acerco a la barra.

—Jack Daniel’s, solo —le digo al camarero.

Me apoyo ligeramente sobre la madera y lo observo servirme la copa. A mi lado, una morena con la piel aceitunada se sienta. La observo de arriba abajo sin ningún disimulo. Me importa bastante poco resultar descarado. Sé que quiere que la mire. Es muy guapa y tiene un cuerpo de infarto. Lleva un sofisticado y ajustado vestido negro y unos tacones de aguja. Es exactamente lo que necesito, lo opuesto a Maddie.

Me mira y me sonríe, pero de pronto me siento muy incómodo, casi violento. Clavo mi vista en el vaso y, absolutamente en contra de mi voluntad, sólo puedo pensar en Maddie. Maddie temblando porque mi mano está sobre su cadera. Maddie deshaciéndose entre mis brazos. Maddie frunciendo el ceño muy enfadada por alguna estupidez que le he dicho sólo para hacerla rabiar. Le doy un trago a mi vaso de bourbon y sonrío fugaz. Joder, ahora mismo la echo tanto de menos que se está convirtiendo en algo físico. Puedo notarlo quemándome bajo las putas costillas.

—Hola —dice la mujer acercándose a mí.

Yo le dedico mi sonrisa ensayada de cortesía, sólo un segundo. Lanzo un par de billetes de veinte libras sobre la barra, le hago un gesto al camarero para que se cobre también su copa y salgo de allí. Ahora mismo estoy aún más furioso, frustrado y enfadado que cuando me monté en el avión ayer. ¿Qué me has hecho, Maddie?

Obviamente no logro dormir y a las cuatro de la mañana, cansado de todo y con un humor de perros, llamo al capitán y le digo que saldremos de vuelta a Nueva York en una hora.

En el asiento del jet, apoyo el codo en el brazo del sillón y me llevo

los dedos índice y corazón a los labios. Observo la bolsa con la bola de nieve en el asiento frente al mío. Sé que le encantaría, pero también le daría una impresión equivocada de lo que hay entre nosotros o, quizá, le

daría la impresión correcta, que sé yo.

Joder, me estoy volviendo loco.

¿Por qué tuve que fijarme en ella?

Me asomo por la ventanilla y veo el sol saliendo despacio, bañando

poco a poco la costa. Es un espectáculo increíble y, como me pasó

asomado a la terraza de la *suite*, la visión me tranquiliza. No voy a cometer otra vez el error de permitirme pensar en lo que quiero. Sé lo que

quiero. Joder, lo tengo clarísimo, pero no puede ser. Si sigo con esto, voy

a hacerle daño y jamás podría perdonarme que ella dejara de ser quien es

por mi culpa.

Al salir del avión voy directamente a la oficina. Tengo mucho que

hacer. Finn me pregunta si se lleva mi equipaje. Por un momento miro la

bolsa con la bola de nieve y dudo, pero finalmente la cojo y me dirijo

malhumorado a la puerta del Riley Group.

—Llévate lo demás a Chelsea —le ordeno tras unos segundos.

Hace mucho tiempo que no me reconozco.

En el ascensor me encuentro con algunos ejecutivos y comienzo a

trabajar. La empresa es lo primero. Enterrarme en el trabajo es lo mejor

que puedo hacer ahora mismo.

Las puertas se abren en la planta veinte. Salgo con el paso ligero

advirtiendo a cada ejecutivo lo que quiero que se haga y cómo quiero que

lo haga. Sé que estoy siendo un bastardo exigente, pero me importa una

mierda.

Me detengo junto a la sala de reuniones y escucho las explicaciones de uno de los ejecutivos. A veces da la extraña casualidad de que no todo lo que dicen es una gilipollez.

Tess se acerca. Le digo todo lo que tengo previsto para hoy. Sabe que significa que se queda sin almuerzo y probablemente un par de horas más después de las cinco, pero no se achanta. Debería subirle el sueldo.

Estoy acelerado. Más de lo habitual. Vengo con las pilas cargadas, pero sé que es algo más. Mi cuerpo lo sabe. Sin ningún motivo en especial, echo un vistazo a mi alrededor y entonces la veo. Está sentada sobre el escritorio de una de las redactoras. Está preciosa. Más de lo que llevo imaginándome estos tres malditos días. Sonríe e instintivamente yo también lo hago. De pronto todo lo que llevo diciéndome desde que me monté en el avión se esfuma. Joder, ni siquiera soy capaz de levantar mis ojos de ella.

Mi secretaria me tiende varias carpetas y el iPad y me saca de mi ensoñación. Miro a los ejecutivos que me rodean y me doy cuenta de que todo lo que me están diciendo me importa una mierda. Sólo quiero estar con ella, tocarla, follármela.

—Quiero todos los archivos preparados para dentro de una hora.

Todos asienten como putos perritos y se dispersan. Me vuelvo hacia Tess y le digo que quiero el borrador del artículo principal de *Spaces*. Ella asiente y me observa de esa manera en la que lo hace últimamente, un poco perspicaz y un poco insolente. A veces creo que es demasiado lista, pero se me olvida cuando los dos miramos hacia Maddie. No puedo evitar

volver a sonreír cuando ella se baja de un salto de la mesa y se coloca bien el vestido. Está nerviosa y algo dentro de mí está más que satisfecho por eso.

Entro en mi despacho y voy hasta mi mesa. Dejo un par de carpetas sobre el escritorio y comienzo a revisarlas, pero soy incapaz de

concentrarme. No paro de mirar la puerta, impaciente, cada quince putos segundos.

Llaman y sé que es ella. Todo mi cuerpo lo sabe. El león lo sabe.

Exhalo con fuerza y saboreo el momento justo antes de encaminarme hacia la puerta. Estoy ansioso, acelerado, el corazón me martillea con fuerza bajo las costillas, las manos me arden otra vez. Necesito tocarla.

—Adelante —le doy paso.

Abre la puerta, la cierra tras de sí y, cuando sólo ha dado un paso, tiro de su brazo, la acorralo entre mi cuerpo y la propia madera y la beso con fuerza.

Su tacto, su olor, su calor.

Joder, acabo de llegar a casa.

Nuestras respiraciones aún están aceleradas, un suave caos que mece el ambiente mientras tratamos de recuperar todo el oxígeno perdido.

—Parece que me has echado de menos —bromea aún debajo de mí.

Algo en mi interior se colapsa y sencillamente me muero de miedo.

No puedo permitirme estar con nadie. No puedo permitirme que nadie dependa de mí. No puedo permitirme que alguien como ella dependa de mí.

«Has llegado demasiado lejos, gilipollas, y ahora ella te conoce mejor que nadie.»

Me siento en el borde del sofá, me abrocho los pantalones y comienzo a hacer lo mismo con mi camisa. Ella se incorpora en silencio y me mira avergonzada. Sé que ahora mismo se siente fuera de lugar, pero

no puedo permitirme consolarla, ni siquiera mirarla. Si lo hago, no seré capaz de decir lo que tengo que decir. Lo que debo de decir. Lo que tengo que hacer por los dos.

—Follamos cuando necesito distraerme. No creas que después me paso las horas sonriendo como un idiota y pensando en ti.

No he terminado de pronunciar la última palabra y un dolor cristalino me recorre por dentro. Nunca me lo voy a perdonar.

Maddie tarda un segundo, pero rápidamente se levanta y comienza a recoger los papeles que hace algo más de media hora le quite de las manos y esparcí por el suelo de mi despacho porque no podía pensar en otra cosa que no fuera tocarla. Puedo ver cómo le tiemblan las manos. ¿Por qué he tenido que ser tan gilipollas? Nervioso, me llevo el puño a los labios. Voy a acabar destrozándole la vida, joder. Ese sentimiento bajo las costillas vuelve y me las agujerea despacio.

Recoge el último papel y sale disparada del despacho. Cuando oigo la puerta cerrarse, me siento como un verdadero hijo de puta. Resoplo y me levanto de un salto. ¿Qué he hecho? ¿Qué demonios he hecho? Cuando ha bromeado sobre que la echaba de menos, me he muerto de miedo. Joder, estaba aterrado con la idea de que ella pudiese saber cómo me siento, que descubriese que la he echado tanto de menos que empezaba a costarme trabajo respirar.

Salgo de mi despacho sin querer pensar por qué lo estoy haciendo y cruzo la redacción. Mackenzie sale a mi encuentro dispuesto a decirme algo, pero lo fulmino con la mirada. Ahora no. No puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

La puerta de la oficina de Bentley está cerrada. Nunca lo está y ese simple detalle hace que los pulmones se me llenen de rabia. Abro brusco y cierro de un portazo. Maddie no está. Maldita sea, ¿dónde está?

En ese instante la puerta de la oficina de Bentley se abre y él sale con cara de pocos amigos.

—¿Está en tu despacho? —pregunto acelerado—. Quiero verla.

—Ryan...

—Bentley, joder —lo interrumpo arisco casi en un grito—. ¿Está en tu despacho?

Ahora mismo no necesito sus sermones. Lo único que necesito es que me diga si está en su puto despacho.

Bentley no responde y yo estoy empezando a cansarme. Doy un paso hacia su despacho, pero él se coloca delante de mí cortándome el paso.

—Ryan, déjala en paz —me pide con la voz pausada.

Entorno la mirada. No pienso permitir que nadie se interponga entre Maddie y yo, ni siquiera Bentley.

—Quiero verla —mascullo furioso.

—No —replica malhumorado—. Lleva llorando desde que volvió de tu despacho. ¿Qué le has hecho, tío?

Cierro los puños con rabia. Si no fuera Bentley, ya estaría tumbado en el suelo de un puñetazo.

—No es asunto tuyo —siseo sin suavizar lo más mínimo mi tono de voz.

—No vas a pasar.

Doy un peligroso paso hacia él. Voy a verla y él no me lo va a

impedir. No pienso dejar que Maddie siga pensando que lo que dije en mi despacho es lo que verdaderamente siento por ella. Pero en ese momento la puerta del despacho se abre de nuevo y Maddie sale con el paso titubeante. Busco su mirada, pero ella la aparta rápidamente. Ha estado llorando, joder. Ha estado llorando y todo es por mi culpa. Ahora mismo sólo quiero follármela hasta que entienda que significa mucho más para mí de lo que me empeño en demostrar.

Maddie alza la cabeza y al fin me deja atar nuestras miradas. El corazón se me para de golpe. Son los ojos más tristes que he visto en mi vida.

—Bentley, déjanos solos —le pido.

Estoy nervioso, inquieto, acelerado.

—Ni lo sueñes.

—Bentley, joder.

Necesito que se largue. Sé por qué la protege. Soy plenamente consciente. Pero, si alguien tiene que cuidar de ella, ése soy yo.

Bentley sigue sin moverse y yo lo fulmino con la mirada. Si no se larga, soy capaz de darle la paliza de su vida.

—Estaré fuera, justo detrás de la puerta.

La mira a ella, pero la frase es para mí. Decido ignorarlo, quiero que se largue de una puta vez, pero esto no se quedará así. Maddie es mía y lo que pase entre los dos sólo nos incumbe a ella y a mí.

Apenas se ha alejado unos pasos cuando Maddie, nerviosa, echa andar hacia él.

—Bentley, espera —le pide.

¿Qué coño pasa?

La observo confuso acercarse a él y entregarle una hoja de papel.

—Quería darte esto y gracias por todo.

Trata de que su voz sea firme, pero no lo consigue. Suena rota, como

ella, y eso hace que la rabia me recorra el cuerpo aún más rápida y

caliente.

—¿Gracias por todo? ¿Pero qué es esto? —Bentley desdobla la hoja,

le echa un rápido vistazo y vuelve a mirarla, alarmado—. ¿Una carta de

dimisión?

—¿Una carta de dimisión? —repito.

No puede ser. Prácticamente le arranco el papel de las manos y lo

miro sin poder creer lo que estoy leyendo. Está escrita a mano con letra temblorosa y triste.
Joder, ¿tanto daño le he hecho? Ahora mismo no

puedo pensar en otra cosa.

La miro directamente a los ojos. Está destrozada porque yo soy un

hijo de puta que no ha sabido comportarse como un hombre y aceptar que

ella no es para mí.

«Estarás contento, Riley. Esto no vas a perdonártelo en la vida.»

—Sal de aquí, Bentley. —Él no se mueve—. Por favor —le pido

intentando que mi voz suene más suave, aunque dudo mucho que lo esté

logrando.

Bentley sale del despacho mascullando un «joder» entre dientes.

—Maddie, ¿por qué te marchas? —pregunto en cuanto se cierra la

puerta.

Sé que sueno casi desesperado, pero me importa una mierda.

Ella no dice nada. Sólo me mantiene la mirada.

—Maddie, ¿por qué te marchas? —repito.

Necesito saberlo. Una parte de mí está prácticamente rezando para que haya algo más, que no sea sólo culpa mía, porque ahora mismo

parece la chica más desvalida sobre la faz de la tierra.

Sigue callada. Sus ojos brillan vidriosos, llenos de lágrimas. Está

intentando no llorar.

—¡Contéstame! —alzo la voz exasperado.

Joder, contéstame, por favor.

—¿Y a ti que te importa, Ryan? —casi grita—. Al fin y al cabo, sólo

soy alguien a quien te follas cuando necesitas distraerte —me espeta

dolida.

Sus palabras me atraviesan por dentro. Cierro los ojos. ¿Cómo pude

ser tan gilipollas?

—Follamos y fui un estúpido, pero no pensaba nada de lo que dije.

Quiero que lo entienda. Necesito que lo entienda. Creo que no había

necesitado nada tanto en toda mi vida.

—El problema no es ése, Ryan. Si no me voy, esto nunca va a parar.

Me siento como el perro de Pávlov, chocando con un comportamiento

aprendido una y otra vez que me hace feliz un segundo y desgraciada el

resto del tiempo. Y sé que acabará conmigo. No sobreviviré. No soy tan

fuerte.

Coge su móvil de la mesa y su bolso del perchero. Va a marcharse,

joder, y yo no puedo permitirlo. Soy consciente de que debería dejarla ir,

que rehiciera su vida lejos de mí, pero no puedo, maldita sea, no puedo. La

mera idea de no volver a verla está haciendo que otra vez ese miedo sordo

y duro se instale bajo mis costillas. No puedo permitir que se aleje de mí.

—Maddie, no, espera —le pido pasándome las dos manos por el pelo.

Ella se gira y me observa. No puedo perderla, joder. A ella no.

—Y si prometo mantenerme alejado de ti.

—Ryan…

Se queda callada, como si no supiera cómo continuar, y en este

pequeño segundo la deseo todavía más.

—Te prometo que no volveré a tocarte, pero no te vayas.

Sigue callada y yo me revuelvo nervioso. No la tocaré, aunque sea mi

propia versión del infierno. No la tocaré porque al menos necesito saber

que podré verla, cuidar de ella, asegurarme de que está bien y tiene todo lo

que necesita.

—Maddie, por favor, no lo hagas por mí —le digo caminando hasta

ella. Su olor me envuelve una vez más y estoy a punto estrecharla entre mis brazos y besarla. Suspiro hondo y, haciendo un esfuerzo

sobrehumano, recupero el control. Eso se acabó. Ella es lo primero—.

Hazlo por Bentley, por mi padre.

La miro a los ojos. Ya la echo de menos.

—Está bien, Ryan, me quedaré.

Suspiro aliviado. Por lo menos sabré que está bien. Ya ha sufrido

demasiado.

—Está bien —susurro.

Me mira y por un instante no puedo evitar pensar que, que yo cumpla

esta promesa, también va a ser duro para ella.

—Adiós, Ryan —susurra.

—Adiós, Maddie —obligo a las palabras a atravesar mi garganta.

Nada en toda mi maldita vida me ha costado tanto.

La puerta se cierra y otra vez vuelvo a sentirme como el mayor hijo de puta sobre la faz de la tierra. Nunca he tenido tan claro como ahora que no me la merezco. Verla y no poder tocarla va a ser un infierno, pero, quizá, por fin entenderé de una puta vez que las cosas tienen que ser así.

Me lo he ganado a pulso.

Salgo del despacho malhumorado. Más vale que nadie me venga hoy con ninguna gilipollez, porque soy capaz de despedir a media empresa.

Bentley está sentado en una de las mesas de redacción. Me mira decepcionado. Está furioso conmigo.

Voy hasta mi oficina con el paso decidido. Cierro de un sonoro portazo, me sirvo un vaso de bourbon y me dejo caer sobre mi sillón de ejecutivo. Hace menos de una hora ella estaba entre mis brazos. Me quito la chaqueta pagando todo mi enfado con la prenda. Estaba llorando. Esos enormes ojos verdes estaban enrojecidos y demasiado tristes. Me quito la corbata de un tirón. La seda resuena contra la tela de mi camisa. Ha sufrido. Ha sufrido como cada puto día desde que me conoció. Me desabrocho los primeros botones. Ha llorado. Ha sufrido. Me quito los gemelos prácticamente de un golpe. ¡Y todo por mi culpa, joder! Tiro los gemelos contra la pared, furioso, y, antes de que me dé cuenta, la rabia pesa demasiado y lanzo también el vaso de bourbon.

Soy un hijo de puta. Voy a acabar destrozando todo lo bueno que hay en ella.

Involuntariamente pierdo mi vista en el sofá. Estaba preciosa y yo,

después de dos días de mierda, enfadado y arisco, sólo necesité sentirla un segundo para volver a estar bien, sencillamente bien. Resoplo con fuerza y

me llevo las palmas de las manos a los ojos. ¿Por qué no pude decir

simplemente «sí, joder, te he echado de menos y esta noche te voy a llevar

a mi cama y no vamos a salir de ahí en todo lo que nos queda de vida»?

Todo esto es culpa mía.

La puerta se abre y entra Bentley. Alzo la mirada y la clavo en la suya.

Le digo sin palabras que, si viene a echarme la charla, será mejor que se

largue.

Va a abrir la boca pero la pared manchada y el vaso hecho pedazos en

el suelo llaman su atención y guarda silencio unos segundos más.

—Todo esto es una gilipollez —dice sin más.

Resoplo con fuerza. No quiero hablar.

—Ryan, ¿me estás escuchando? —inquiere furioso.

—Bentley, lárgate —le pido haciendo uso de todo mi autocontrol.

Estoy a punto de estallar.

—Ryan —me reprende.

—¿Qué? —lo interrumpo arisco.

¿A qué coño está jugando? No necesito hablar. No necesito terapia.

No lo necesito a él. ¡Sólo a Maddie! Ella es lo único que necesito.

—Explícame en qué puto momento decidiste arruinarle la vida a esa

pobre chica —se queja enfadado.

—¿De qué coño estás hablando? —protesto entornando la mirada a la

vez que me levanto de un salto—. ¿Crees que para mí esto es una puta

diversión? ¿Que disfruto viéndola así? ¡Yo quiero estar con ella, joder!

Es lo único que quiero.

—Díselo —me apremia como si fuera obvio—. Eso es lo único que ella quiere escuchar.

—No puedo.

No puedo, joder, aunque me muera de ganas.

—Sí que puedes.

Suspiro de nuevo y de nuevo tengo que controlarme para no estallar. Nunca había estado tan furioso y decepcionado, frustrado, triste. ¿Por qué coño no entiende que no podemos estar juntos?

—¿Y después qué, joder? ¿Qué clase de vida de mierda iba a tener a mi lado? Maddie se merece algo mejor —sentencio.

—Y tú también, Ryan.

Sonrío fugaz y lleno de rabia.

—Ella no es la clase de chica que aguantaría estar sola en todos los putos sentidos —trato de explicarme e involuntariamente mis palabras se llenan de dolor—. Ella no es como Marisa.

—Tú no quieres estar con Marisa.

Qué lince. Es obvio, joder. No quiero estar con Marisa, con ninguna otra chica en realidad. ¿Por qué tuve que fijarme en Maddie? Quizá fue precisamente porque no es como ellas, porque es un maldito soplo de aire fresco, exactamente como parece que es, como adoro que sea. Y eso es justo lo que nos separa.

—A veces me mira de una manera... como si pensara que soy mejor

de lo que soy, que el mundo es mejor de lo que es. Si le quito eso, no me lo voy a perdonar.

Bentley sonríe triste apenas un segundo. Sabe que tengo razón.

—Yo no quiero estar con Marisa —continúo—, pero ella entendería que la empresa es lo primero y, francamente, si no lo entendiese, tampoco me supondría un gran problema. Pero Maddie… maldita sea, yo quiero que Maddie sea feliz.

—Pues déjala ser feliz, Ryan —vuelve a apremiarme y mi enfado regresa como un ciclón.

—¿Crees que no lo he intentado? —replico arisco.

—Pues inténtalo mejor.

—¡Cada vez que la toco me juro que va a ser la última vez! —grito exasperado y furioso por esta conversación y por la puta situación en general. No puedo más—. Pero después mi ropa huele a ella —recuerdo con rabia, frustrado y también dolido porque no va a volver a pasar— y no puedo sacármela de la cabeza... y entonces la veo y hace cualquier gesto, joder, a veces simplemente estar ahí, y me vuelve loco y pierdo el control.

Me paso las manos por el pelo. No quiero seguir con esta conversación. No quiero seguir hablando de lo que he perdido.

—Ryan —me pide con el tono más amable que es capaz de esgrimir en estos momentos—, tienes que tomar una decisión y escoger si quieres seguir con esto, de verdad —añade haciendo hincapié—, o no.

—Esto se ha acabado —respondo sin asomo de duda.

Aunque me esté matando por dentro.

—Porque ella está sufriendo y no se lo merece —añade.

—¡Te he dicho que se ha acabado!

Mis palabras nos silencian a los dos.

—Te vas a arrepentir —sentencia al rato, absolutamente convencido.

—Déjame en paz.

—¿Cómo crees que te vas a sentir si la ves con otro?

La rabia llena mis pulmones. ¿Qué coño le pasa? No necesito esto.

—¿Por qué no te largas de una puta vez?

Si la viese con otro, probablemente acabaría haciendo una estupidez.

Eso lo sabemos los dos, me conoce demasiado bien como para no tenerlo claro, así que tampoco entiendo por qué tiene que mencionarlo. Si la viese con otro, me volvería loco de celos, joder.

—Ryan…

—Bentley, maldita sea —lo interrumpo de malos modos—, quiero estar solo.

Resopla y me mira entornando los ojos. Sé que aún tiene muchas cosas que decir, pero ahora mismo me importa una mierda. Nunca voy a permitir que nadie, ni siquiera él, me diga lo que tengo que hacer y mucho menos si hablamos de Maddie.

Se marcha del despacho y yo vuelvo a dejarme caer sobre el sillón.

Odio sentirme así, pero, sobre todo, odio pensar que no podré volver a tocarla. Debí haber parado hace mucho tiempo. Antes de que se me metiera bajo la piel.

Me quedo trabajando hasta casi medianoche. Camino de Chelsea,

mientras observo Manhattan a través de la ventanilla del Audi A8, le ordeno Finn que me lleve al Village. Quiero hablar con Maddie, decirle que olvide lo que pasó, que lo intentemos, que me deje tocarla otra vez. Sin embargo, tras unos segundos no puedo evitar recordarme que todo lo que le dije a Bentley es verdad. No quiero volver a verla llorar. Es algo muy egoísta. No quiero volver a verla llorar porque me quema por dentro y, si le pido que sigamos, más tarde o más temprano volverá a pasarlo mal.

—A Chelsea —le ordeno a Finn un instante antes de que tome la 10 Oeste.

Prometí no volver a tocarla y lo voy a cumplir. Tengo que ser fuerte por ella, mantenerme alejado por ella. Maddie se merece ser feliz.

Ya en casa, me encierro en el estudio y son casi las cinco cuando subo a dormir algo. No quiero hacerlo, pero enterrarme en el trabajo tampoco está siendo la solución. No he podido concentrarme y dejar de pensar en Maddie ni un puto minuto.

Hay un atasco increíble en la Séptima. Miro el reloj. Llego tarde a una reunión. Voy a comprar una empresa al sur de la ciudad. Pierdo mi vista en la ventanilla. Estoy sólo a unas manzanas. Vuelvo a mirar el reloj. Odio llegar tarde.

—Finn, continuaré andando.

Me bajo del coche y voy a grandes zancadas hasta la acera. Detesto llegar tarde.

Tras poco más de cinco minutos, estoy en el cruce de la calle King con la Sexta. Sonrío fugaz. Ya veo el edificio de la Standard Deams

Corporated. Mi sonrisa se vuelve más dura y algo maliciosa. Mañana mismo en esa misma fachada pondrá Riley Enterprise Group.

Observo el semáforo. Sigue en rojo, así que saco el iPhone y aprovecho para comprobar el último correo de Mackenzie. De pronto noto que algo tira de mi pantalón a medida.

—Papá —me llama una vocecita.

Bajo la mirada extrañado y veo una manita pequeña y adorable agarrada a mi pantalón a la altura de la rodilla.

—Papá —repite.

No puedo evitar sonreír con ternura. Es una niña preciosa con el pelo castaño sujeto con dos coletitas. Tiene los ojos verdes más grandes que he visto en mi vida. Me recuerdan los ojos de ella.

—Cariño...

Oigo su voz y me giro por puro instinto. Maddie camina hacia mí con una sonrisa enorme. Está preciosa, joder. Todo mi cuerpo se relaja y se enciende a la vez pensando que voy a volver a tocarla. Está sólo a un par de pasos.

—Cariño —repite.

Y en ese triste y preciso instante comprendo que no se refiere a mí, sino a la niña.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta agachándose frente a ella—. No puedes marcharte sin decirle nada a mamá. Me habías preocupado —añade con una sonrisa.

Su voz suena aún más dulce. Una voz que querría pasarme oyendo el resto de mi vida.

—¿Papá? —pregunta la niña tirando de nuevo de mi pantalón.

Maddie alza la mirada. Me ve, pero ni siquiera me reconoce.

—No, cariño, te has confundido —le responde a la pequeña con una sonrisa—. Él no es papá.

Se levanta, toma a la niña de la mano y, sin más, comienza a caminar tirando de la pequeña, alejándose de mí.

El semáforo se pone en verde, pero no me muevo. No puedo. Sigo a Maddie con la mirada y todo mi cuerpo se tensa cuando veo a un hombre salir de una cafetería cualquiera. Ella le sonríe de la misma manera que me sonreía a mí. El hombre la estrecha con fuerza y la besa. Los pulmones se me llenan de rabia y las costillas me presionan hasta casi impedirme respirar. Maddie le mira como me miraba a mí y yo nunca había odiado tanto mi vida, a ella, a mí.

Me despierto sobresaltado, incorporándome de un golpe. Tengo la respiración acelerada, estoy sudando y el corazón me martillea con fuerza en el pecho.

Joder. Joder. Joder.

No me lo puedo creer.

Me dejo caer de nuevo en la cama, furioso y absolutamente desconcertado. Nunca, jamás, en treinta años, me había sentido así.

8

Nada le había costado tanto a Ryan. Nada le había dolido más.

El deseo no deja de crecer y, para los dos, cada vez va tomando más centímetros de cada uno de sus cuerpos. Ya no es sólo sexo. Empiezan a entender que nunca fue sólo sexo. No podía serlo si ahora la posibilidad

de verse y no poder tocarse duele tanto.

El agua está caliente, casi hirviendo. Me gusta así. Necesito dejar de pensar un puto segundo. Sólo uno.

No puedo más.

Apoyo la palma de la mano en la pared de azulejos y bajo la cabeza.

El chorro de agua me cae directamente en la nuca y las gotas resbalan por mi mejilla y me acarician tímidamente los labios.

La echo de menos, joder.

Tengo los ojos clavados en el suelo y, antes de que me dé cuenta, estoy pensando de nuevo en ella, en la manera en la que me sonreía después de besarla, una sonrisa tímida y pequeña... pero llena de tanta sinceridad, de tanta fuerza.

Su mirada, su voz, su cuerpo, su olor.

«Déjalo ya, Riley.»

Golpeo la pared con la palma ya convertida en un puño y salgo de la ducha. Esto no me hace ningún bien.

Antes de empezar a vestirme, aún con la toalla rodeando mi cintura y el pelo húmedo, me sirvo otro bourbon. Es el segundo en lo que llevamos de mañana. El primero me lo bebí cuando salí de la cama espantado después de tener ese maldito sueño. Todo mi jodido cuerpo está en alerta desde entonces, sólo con imaginarla con otro.

Me visto y bajo las escaleras ajustándome los gemelos. Al ver a Finn dar un paso y quedarse bajo el umbral de la puerta del salón, tengo la tentación de decirle que hoy no iré a la oficina. Cogería la puta botella de bourbon y bebería hasta caer rendido. Resoplo y me paso la mano por el

pelo. Yo no soy así, joder. No soy así. No soy débil. No me hundo.

Asiento levemente y Finn capta el mensaje. Nos ponemos en marcha.

Llego a la oficina y lo primero que hago es decirle a Tess que quiero

a mi hermano y a Miller en mi oficina ya.

Spencer no tarda más de unos minutos en llegar.

—Hermanito —me saluda dejándose caer en la silla al otro lado de

mi mesa.

Entorno la mirada y le dejo claro que hoy no estoy de humor para

aguantar gilipolleces de nadie. Él frunce el ceño levemente, intentado estudiarme, y abre la boca dispuesto a decir algo.

—No se te ocurra preguntarme si estoy bien —lo interrumpo arisco.

En ese momento entra Miller.

—¿Por qué coño los números del asunto Sterson siguen en un

porcentaje del diecisiete por ciento?

Mi voz suena metálica, dura, y mis palabras lo pillan con la guardia

baja. Ni siquiera ha llegado a tomar asiento.

—Señor Riley —cuadra los hombros y se mantiene de pie tratando de

parecer profesional. No lo consigue—, las operaciones bursátiles

requieren su tiempo. No podemos contabilizar unas ventas que no...

—Estarán registradas en los mercados de valores hasta dentro de

quince días —termino la frase por él. Ahora mismo me levantaría y le

daría la paliza de su vida. Estoy rodeado de inútiles, joder—. ¿Alguna

gilipollez más? Los mercados de valores funcionan con una cosa que se

llaman demos —le aclaro mordaz—. Aplique las demos con las variantes

reintroducidas al porcentaje que necesitamos, trabaje con la diferencia con

respecto a lo que ya tenemos y sume.

Miller me mira boquiabierto.

Sí, soy así de inteligente, imbécil. Por eso soy quien te paga a ti un sueldo que no te ganas y no al revés.

Asiente un par de veces y se marcha balbuceando algo sobre que lo tendrá lo antes posible. Yo vuelvo a concentrarme en las carpetas que tengo delante.

—Ha sido divertido —comenta Spencer incorporándose mínimamente para colocarse bien la chaqueta—. Un día de estos vas a hacerlo llorar.

—Spencer, joder, lárgate de aquí.

No estoy de humor para aguantar a nadie.

Spencer resopla y se levanta. Sabe que, cuando estoy así, lo mejor es dejarme en paz. Desde críos lo ha tenido claro. Todavía recuerdo el día que me quitó uno de mis coches porque dijo que él era el mayor y quería jugar. Llovía y estábamos en el jardín sin permiso. No nos dejaban salir cuando llovía. Me abalance sobre él dispuesto a golpearlo, pero sólo necesitó empujarme con una mano para revolcarme por el césped. Tenía ocho años, él diez, y me sacaba más de una cabeza. Sin embargo, no me

rendí. Me levanté y me volví a lanzar sobre él. Aguanté un nuevo empujón,

así que Spencer, dispuesto a acabar con el problema, me dio un puñetazo en la cara que volvió a tumbarme en el suelo. Pero ese coche era mío,

joder, y él no iba a quitármelo aunque fuera mayor y más fuerte. Cuando

me vio, con la cara manchada de barro y sangre, incorporarme una vez

más con los ojos clavados en los suyos dispuesto a recuperar mi maldito

juguete, sorprendido, me lanzó el coche a los pies y se largó. Sólo cuando

me agache a recogerlo me di cuenta de que mi padre y mi abuelo estaban

en el porche. Habían visto toda la escena.

—Eres mi hermano y te quiero, cabronazo —dice con una sonrisa—,

aunque haya días en los que ni siquiera tú te soportes.

Lo miro hasta que sale de mi despacho cerrando tras él.

Estoy seguro de que va a ser un día horrible.

Me paso la mañana trabajando, solucionando asuntos y aguantando a

un montón de gilipollas de los que pienso que sólo se hicieron ejecutivos

para poder llevar trajes caros y que se las chuparan putas de lujo. Debería

despedirlos a todos.

He tenido que contenerme una docena de veces para no llamar a

Maddie. Quiero saber si está bien. Quiero verla, olerla, tocarla. Miro el

armario donde he guardado la maldita bola de nieve y la idea más estúpida

del mundo vuelve a abrirse paso en mi mente. Resoplo por millonésima

vez en lo que llevamos de mañana. Debería quemar el maldito mueble, la

puta pared entera.

A la hora del almuerzo, Bentley, Max y Spencer se presentan en mi

despacho. Oigo a través de la puerta cómo Tess intenta detenerlos; le he

dicho claramente que no quiero que me molesten, incluidos estos tres gilipollas, pero ha desistido porque sabe que son imposibles. Salgo antes de que entren en plan pandilla de Boy Scouts a convencerme de que baje a comer. Son una auténtica tortura cuando se lo proponen.

Vamos al Marchisio's. Entro sin prestar atención a mi alrededor, pero entonces algo en mi cuerpo vibra, algo que me dice que Maddie está aquí.

Me quito las Wayfarer y pierdo mi mirada en el local. Cuando la veo, creo que dejo de respirar, joder. Está sentada con Stevens en una de las mesas junto a la ventana. Deja que atrape sus preciosos ojos verdes con los míos y me mira de esa manera que me fulmina, dejándome ver que toda esa dulzura, esa calidez, siguen estando ahí para mí. Ahora mismo sólo quiero correr hasta ella y follármela. Compraría la puta cafetería con tal de que todos se marcharan y nos dejaran solos.

Maddie rompe el contacto. Yo cierro los puños con fuerza. Quiero estar con ella, joder. No puedo pensar en otra cosa.

Soy vagamente consciente de que Stephanie Martin se ha acercado a la barra. Me saluda o al menos eso creo. No me importa. Ni siquiera la miro. Sólo quiero estar con Maddie y es lo que nunca voy a poder volver a tener.

Me siento como cuando Spencer me quitó mi coche de críos.

Le devuelvo el saludo y salgo del local. Odio mi maldita vida y, por primea vez en treinta años, odio el maldito Riley Group. Odio todo lo que me aleja de ella.

Entro en el despacho con el paso decidido, cojo la bola de nieve y voy hasta la oficina de Maddie. No quiero pensar por qué lo hago. No

quiero volver a darle más vueltas a por qué la compré, a por qué me he comportado como me he comportado, a la sensación de que vuelvo a tener

ocho años y me estoy levantando del jardín embarrado para intentar

recuperar mi juguete.

Dejo la bola sobre su escritorio y salgo sin mirar atrás.

No quiero pensar más.

Ahora mismo sólo quiero una copa.

La tarde pasa exactamente igual que la mañana. Cuando me doy

cuenta, son más de las seis. Debería marcharme a casa, pero en lugar de

eso me sirvo otro bourbon. Oigo pasos acercarse a mi despacho y la

puerta se abre. Es Bentley.

—En lugar de beber solo como el capullo gruñón que eres, vámonos

a un bar —me dice y sé que intenta animarme.

—Lárgate.

—Soy tu compañero de borracheras. No me hagas el feo.

Pongo los ojos en blanco y resoplo con fuerza.

—Quiero estar solo —replico arisco.

¿Por qué no puede entenderlo? Es mi puta pesadilla.

—Como quieras, capullo —responde malhumorado.

Gira sobre sus pasos y regresa hasta la puerta. Cuando está a punto de

salir por ella, oigo sus estúpidamente impolutas zapatillas Adidas rechinar

contra el parqué al darse la vuelta de nuevo.

—Ella tampoco lo está pasando bien, ¿sabes? —comenta sosteniendo

la puerta.

Sus palabras me hacen alzar la cabeza de inmediato. No digo nada.

Acabo de caer de nuevo al barro.

—Ha llorado y se ha marchado pronto a casa.

Trago saliva y le doy un sorbo a mi vaso de bourbon.

—Lárgate, Bentley —le digo con la voz endurecida y la mandíbula tensa.

No sé por qué me cuenta esto, ni qué pretende que le conteste. La imagino llorando y los pulmones se me llenan de rabia. Lo único que quiero es que Maddie sea feliz.

Atravieso Manhattan en la parte de atrás del Audi A8. Son más de las doce. He vuelto a casa por inercia, no porque necesitara hacerlo. Tengo la sensación de que, a partir de ahora, todos los putos días van a ser así.

Subo a mi habitación. Me estoy quitando la chaqueta cuando suena mi móvil. Lo saco del bolsillo de mis pantalones y miro la pantalla. Aunque no lo tengo grabado, reconozco el número al instante. Es Maddie. Otra vez estoy tenso, con el león que llevo dentro rugiendo, como, si ver su número de teléfono, implicara verla a ella.

—Hola.

—Hola —responde en un susurro.

Joder, su voz, incluso por teléfono, sigue siendo preciosa. El tono exacto para volverme completamente loco.

—Suenas cansado —murmura.

—Anoche no dormí bien.

Porque no podía dejar de pensar en ti y en lo jodidamente bien que me siento cuando mis manos tocan tu piel.

—Yo tampoco.

Suspiro profundamente.

No me digas eso, joder, porque consigues que en lo único en lo que pueda pensar es en presentarme en tu maldito apartamento y follarte hasta que se acabe el mundo.

—Gracias por la bola de nieve. Es preciosa.

—No tienes que dármelas. Estaba caminando por una calle del centro de Londres, ni siquiera recuerdo cuál, y la vi. Pensé que te gustaría.

Ahora la que suspira es ella. Me la imagino tumbada en la cama, con el mismo pijama que vi sobre la silla de su habitación la noche que dormimos juntos. Estará preciosa, joder. Parecerá un maldito sueño, como cada día.

Sólo quiero tocarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Odio hablar, pero tampoco quiero decirle que no y que la conversación se acabe.

—¿Qué quieres saber?

Duda.

—¿Por qué querías que me quedara en la empresa?

La pregunta me coloca al borde de un puto precipicio. Debería mentir, decirle que lo hice exclusivamente por pena o por Bentley. Algo que la aleje definitivamente, que haga que me odie y que sea capaz de empezar una nueva vida. La cabeza me va a mil kilómetros por hora y el corazón me martillea con tanta fuerza que creo que va a romperme las putas costillas. Eso es lo último que quiero, joder.

—Porque necesitaba saber que por lo menos podría verte.

Soy un hijo de puta egoísta. Lo sé. No he tenido nada tan claro en toda mi maldita vida.

—Ryan… —murmura.

Tengo que terminar con esto. Si seguimos hablando, voy a acabar diciendo algo de lo que después me arrepentiré o, lo que es aún peor, acabaré diciéndole que quiero verla, viéndola, tocándola y otra vez volverá a sufrir.

«Sé un hombre, Riley, y aléjate de ella. Se lo debes.»

—Maddie, es tarde. Deberías intentar descansar.

Ella calla un segundo y finalmente se despide.

—Buenas noches, Ryan.

Trata de sonar calmada, pero no lo consigue.

—Buenas noches, Maddie.

Spencer acaba de golpearme de nuevo.

Apenas duermo. A las cinco, salgo a correr. Aún es de noche. Intento dejar de darle vueltas a todo, pero no lo consigo. Normalmente correr me sirve para evadirme, pero hoy es inútil. Sólo puedo pensar en Maddie.

Acelero el ritmo.

Quiero alejarme de ella, del recuerdo de cómo sentía su cuerpo bajo el mío, de verla dormirse en mis brazos, de sus labios, de su boca, de su voz.

Corro más de prisa que ningún otro día.

Un bocinazo me frena en seco. Estoy en mitad de la calzada y un taxi está detenido a menos de un metro de mí.

—¿Está loco o qué? —farfulla el conductor.

Cierro los puños con fuerza hasta casi clavarme mis propias uñas en las palmas de las manos y miro con rabia al tipo tras el volante. Inmediatamente aparta su mirada y, girando el coche para esquivarme, se aleja calle arriba. Echo un vistazo a mi alrededor y me oriento rápidamente. He corrido más de lo que pensaba y no ha servido para nada. Ella sigue bajo mi piel.

En la oficina, Mackenzie me pone al día sobre la reunión de grupo.

Mi padre me llama para decirme que también acudirá. No me supone un problema, pero espero que sólo haya venido por eso y no para volver a sacar el maldito tema de siempre. Eso sí sería un jodido problema.

Mientras me dirijo a la sala de reuniones con mi padre y mi hermano, estoy inquieto, acelerado. Es la adrenalina que me provoca el saber que veré a Maddie. He estado a punto de llamar a Bentley para pedirle que no la trajera, pero quiero verla.

Nada más entrar en la sala, la busco con la mirada. El puto universo debe odiarme muchísimo, porque está aún más guapa que ayer. Sacudo la cabeza rápidamente y me centro en la reunión. No me puedo permitir distraerme con ella por mucho que recuerde que tocándola me sentía en el condenado paraíso.

Tomo asiento y comenzamos. Uno a uno los ejecutivos van explicando lo que sus departamentos han estado haciendo. A la mayoría de ellos tengo que ponerlos en su sitio. Se están volviendo unos putos perezosos que sólo quieren perder su tiempo y mi dinero, y eso no lo voy

a consentir.

Llega el turno de Miller, un licenciado en Harvard de cincuenta y un años que podría dormir a todos los pacientes de una clínica de insomnio con la explicación de uno de sus putos balances de beneficios. Aunque, siendo sinceros, ahora mismo lo agradezco. Maddie está sentada a mi lado. Su olor comienza a envolverme y todo lo que me trasmite sin saberlo, a pesar de la distancia, de que no pueda tocarla, hace que me ardan las manos.

El sonido rítmico de unos golpecitos me distrae. Miro a mi derecha y, desoyendo mi sentido común, me permito observarla. Está muy concentrada leyendo unos documentos que imagino que le habrá pasado Bentley. Lee moviendo los labios y se golpea la pierna con el bolígrafo. Toques pequeños y acelerados justo donde termina su vestido.

No puedo evitar sonreír. Es preciosa.

Maddie se da cuenta de que la miro, alza la cabeza y yo atrapo su mirada sin dudarlo. Por un momento tengo la sensación de que sólo estamos ella y yo. Me da igual cada uno de los gilipollas que están en esta sala. La echo de menos, joder.

Miller dice algo de la conjunción estadística de Wall Street y, odiándolo como nunca, me obligo a prestarle atención. Sin embargo, todo mi cuerpo sigue clamando por ella. Es el león que llevo dentro y que sólo se sacia con el placer que provoca en ella.

Gracias a Dios, la reunión termina relativamente pronto. No habría aguantado mucho más. Todos los ejecutivos se levantan y poco a poco van abandonando la sala. Miro a Maddie recoger los documentos y las

carpetas que Bentley ha esparcido por la mesa y por un segundo tengo la tentación de cogerla por las caderas, sentarla sobre la mesa, abrirme paso entre sus rodillas y besarla con fuerza. Me da igual que Bentley, Spencer o mi padre estén aquí. La deseo.

—Ryan, tenemos un problema —comenta Bentley devolviéndome al mundo real.

—¿Un problema? —contesto haciendo uso de todo mi autocontrol—. ¿Y por qué antes me has dicho «todo bien»? —bromeo.

Sentir a Maddie cerca me ha puesto de buen humor. Además, me gusta torturarlo.

Me levanto y me ajusto los gemelos.

—Esos ejecutivos ya me odian porque vengo a trabajar en vaqueros y no corro a esconderme con el rabo entre las piernas cada vez que tú pronuncias mi nombre, así que, como comprenderás, no iba a darles la satisfacción de escucharme decir que algo iba mal.

—Qué maduro —le pincho.

—Que te jodan.

Está de mal humor. Así es aún más divertido.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto al fin.

—El artículo de Pessoa —me informa deteniendo sus frenéticos paseos y colocando los brazos en jarra—. Se ha caído.

Me mantiene la mirada.

—¿Qué?

No me lo puedo creer. Entorno la mirada y todo mi cuerpo se tensa.

Odio los imprevistos y odio a los inútiles que son incapaces de hacer su propio trabajo. Pessoa está en la calle.

—El gilipollas no se ve capaz de terminarlo.

—Joder, Bentley. Te pregunté si estabas seguro de que podría con

algo así y me respondiste que sí.

Bentley también tiene culpa de esto. No va a librarse por ser mi mejor

amigo. Su trabajo aquí es controlar que esos gilipollas funcionen como

deben.

—Ryan, confiaba en él. La idea era buena.

—Buena y también muy delicada. Es el memorial del 11S —respondo

alzando la voz.

Hay pocas, poquísimas cosas que sean sagradas en esta ciudad y ese

memorial es una de ellas. Demasiadas buenas personas y héroes anónimos

perdieron su vida allí. No pienso permitir que se les falte al respeto y mucho menos con algo que sale con el nombre de mi empresa en la

portada.

—Tenemos que buscar otro artículo para las páginas centrales y dejar

el de Pessoa para más adelante —continúa Bentley.

—Y para otro redactor —sentencio.

Sencillamente no me lo puedo creer, joder.

—No os debería costar tanto trabajo encontrar un tema para otro

artículo, ¿no? —comenta Spencer—. Cualquiera de vuestros redactores

tendrá mil ideas.

—Sí, pero el problema es que todo el número de este mes está

enfocado en cómo la arquitectura debe armonizarse con las ciudades

siguiendo las tesis que Harry Mills planteó en el número anterior —le explica Bentley casi desesperado—. Además del editorial sobre la reconversión de edificios en zonas deprimidas.

En mitad del discurso de Bentley, oigo cómo Maddie se aclara la garganta. Su cuerpo activándose, aunque sólo sea para dar un paso al frente y hablar, activa el mío.

—Yo tengo una idea —dice intentando sonar segura.

Bentley la mira. Yo ya lo hacía.

—Este número intenta explicar la importancia de una arquitectura en consonancia con la ciudad. Tenemos opiniones de expertos, de arquitectos importantes, pero en ningún momento le hemos preguntado a los neoyorquinos qué esperan de ella, de la arquitectura, quiero decir. —Está muy nerviosa—. Así que había pensando que podríamos buscar a una persona normal y corriente, por ejemplo una madre de Queens. Tiene cuatro hijos, una casa que se le está quedando pequeña y en la que en invierno se cuela el frío por culpa de la junta de la ventana del salón. Por otro lado, buscamos a un arquitecto de fama mundial, alguien como Frank Gehry, muy artístico y en cuyos trabajos el diseño es fundamental. Pues bien, la idea es llevar a Gehry a la casa de esta madre de Queens y que muestre cómo su ideal de arquitectura podría hacerle la vida más fácil.

Por supuesto, el Riley Group correría con todos los gastos que las mejoras de la casa supusieran, y podría escribirlo Lewis o Linda.

La observo y me doy cuenta de que ahora mismo no podría desearla más. No sólo es sexy, preciosa, divertida, es inteligente y mucho. No he necesitado escucharla decir eso para darme cuenta, pero no deja de

sorprenderme que sea jodidamente perfecta.

Nadie dice nada y Maddie se pone aún más nerviosa. No quiero ser el primero que abra la boca, porque, si lo hago, va a ser para decirle muchas más cosas además de que ha tenido una idea genial.

—Es una idea fantástica —dice Bentley al fin— y para nada pienso dejar que lo escriban Lewis o Linda, lo haré yo mismo.

Ella sonríe encantada y mi cuerpo se llena de un sentimiento cristalino que jamás había tenido por otra mujer. Estoy orgulloso, joder. Estoy muy orgulloso de ella.

—Lo mejor será que nos pongamos manos a la obra —continúa Bentley eufórico—. Spencer, mándanos a alguien de Contabilidad que nos ayude con los números y evalúe el gasto. Maddie, tú encárgate de buscar a la madre de Queens y yo me pondré en contacto con Gehry.

Mi amigo sigue hablando absolutamente entusiasmado. Es plenamente consciente de que le ha salvado el culo. No sé qué dice, porque no lo estoy escuchando. Sólo puedo concentrarme en ella. Nunca me había sentido así por nadie.

Maddie parece adivinar que la miro y vuelve a alzar la cabeza. Yo le sonrío y por primera vez quiero que vea sentimientos en mi gesto, que sea consciente del orgullo que siento.

—Buen trabajo, señorita Parker —pronuncio saboreando cada letra.

Sin dejar de mirarme, recoge el último papel y me devuelve una sonrisa fresca y preciosa, exactamente como es ella.

—Gracias, señor Riley.

Gira sobre sus pasos y sigue a Bentley fuera de la sala de

conferencias.

—Esa chica es realmente buena —comenta admirado mi padre.

—Lo es —susurro con la vista aún perdida en la puerta.

Me giro despacio con la sonrisa todavía en los labios. Spencer me mira de una manera que no me gusta nada. Algo satisfecho y algo perspicaz. Por su bien espero que no sospeche nada y comience a darme la charla sobre Maddie. Ya tengo suficiente con el entrometido de Bentley.

—Hijo, tenemos que hablar —me avisa mi padre.

Yo inspiro despacio. Sé lo que va a decirme y no quiero oírlo.

—Papá, tendremos que dejarlo para otro día —replico sin asomo de duda y algo brusco. No pienso ceder en esto—. Tengo mucho que hacer.

Mi padre entorna la mirada y yo se la mantengo. No quiero faltarle al respeto, pero nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

—Ahora tiene una reunión con el departamento Inmobiliario — miente Spencer.

Sus palabras me hacen apartar la mirada de mi padre y clavarla en él. No necesito que interceda por mí como si fuera el puto pacificador de esta familia. Mi padre también lo mira y después nuestros ojos vuelven a encontrarse.

No quiero discutir. Mi paciencia está bajo mínimos y sigue siendo mi padre. Si fuera cualquier otro, estaría deseando que cruzara cualquier línea imaginaria para pegarle una paliza y así desahogarme un poco.

—Tengo una reunión —digo justo antes de salir.

Opto por lo más sensato. Si últimamente lo hubiese hecho, mi vida

habría resultado mucho más fácil. Sin embargo, olvido rápidamente esa premisa y, en vez de dirigirme a mi despacho, voy al de Bentley. Necesito verla.

Entro en su oficina y nuestras miradas se cruzan inmediatamente. Está sentada a su mesa y Stevens lo está al otro lado. En el último instante mi sentido común me grita a pleno pulmón que piense las cosas por una jodida vez y me aleje de ella. Suspiro hondo. No puedo volver a perder el control.

Me meto en el despacho de Bentley y dejo que me ponga al día.

Asiento y participo mínimamente de la conversación porque sólo puedo recordar cómo dejó que me la follara en esta misma mesa. La recuerdo gemir mi nombre, la recuerdo correrse con fuerza, entregándose a mí, haciéndome sentir que todo empezaba a valer la pena.

Sacudo la cabeza.

«Esto no te lleva a ninguna parte, Riley. Olvídate de ella.»

Finalmente Bentley se levanta y salimos de la oficina. Maddie se pone tensa en seguida y el león se relame. Eso lo provoco yo. Es como una puta victoria de más de cien millones de dólares.

—Chicas, tenemos que repartir más trabajo —dice Bentley para llamar su atención—. La secretaria de Gehry me ha prometido que esta tarde me llamará él en persona. De todas formas, para asegurarnos un plan B, contactaré con otros arquitectos. ¿Cómo va lo de la madre de Queens? —le pregunta a Maddie.

—Genial. Mañana tenemos las entrevistas.

—Perfecto —responde—. Lo siguiente que debemos hacer es

organizar el personal que tendrá que venir de la constructora, sobre todo, cuántos empleados y qué obras nos los cederán. Las reformas en la casa de esa mujer deberán estar listas en dos semanas.

—Yo me encargo —lo interrumpo. Miro a Maddie durante un segundo e inspiro despacio antes de llevar mi vista a su amiga—. Señorita Stevens, acompáñeme, por favor.

Me pongo de un humor de perros al instante. Más que eso. Ahora mismo sólo puedo pensar en que algún gilipollas diga algo que me dé la oportunidad de abalanzarme sobre él y poder descargar toda esta rabia. Quería llevarme a Maddie. Si las cosas fueran diferentes, o, por lo menos, estuvieran en el punto donde estaban antes, podríamos haber pasado la tarde juntos. La habría tenido encerrada en mi despacho. Sólo para mí. Me la habría follado una decena de veces, me habría hecho sonreír y probablemente yo habría acabado jodiéndola otra vez.

Me lo merezco por ser un maldito gilipollas y está claro que ella se merece algo mejor.

El resto del día es un maldito infierno. Stevens es rápida y eficiente, pero no es Maddie, y, cada vez que la miro o me llama para consultarme cualquier tema, estoy a punto de perder los papeles. Ella no tiene la culpa y es la novia de Bentley y la mejor amiga de Maddie, así que intento no estallar. Pero, cuando Lifford, de las inmobiliarias, viene con la gilipollez número mil del día, simplemente estallo. Probablemente no se lo merecía, pero el imbécil está a punto de llorar, así que, sólo por eso, probablemente sí, se lo merecía.

Poco después de las tres dejo escapar a Stevens. No puedo seguir

viéndola sin pensar en a quién quiero ver en realidad. Lógicamente ella acepta incluso cuando le digo que tendrá que venir mañana para dejar cerrado todos los asuntos que hemos tratado hoy. Debe de estar deseando perderme de vista para no haber protestado. Spencer me contó que una vez estuvo a punto de montar un motín en el departamento porque tuvo que recuperar un par de horas en domingo hace unos meses.

No sé qué hora es cuando regreso a casa. Subo las escaleras y cruzo el salón como una exhalación. La señora Aldrin me espera junto a la isla de la cocina. Al verme, sale a mi encuentro.

—Ryan —me llama con su melodioso acento francés.

Me detengo al borde de las escaleras con la mano ya en la baranda.

Le hago ver que la escucho pero no pronuncio palabra. No quiero alargar una posible conversación.

—No quiero molestarle —se excusa.

—Señora Aldrin —la interrumpo intentado acelerar las cosas—, no voy a cenar, así que puede retirarse ya.

Ella niega con la cabeza, parece preocupada, y todo mi cuerpo se tensa al instante. En la encimera, al fondo de la cocina, puedo ver la botella de Jack Daniel’s que me terminé anoche. Automáticamente comprendo qué es lo que quiere decirme. La veo tomar aire dispuesta a hablar, pero, sin darle oportunidad, comienzo a subir las escaleras.

—Buenas noches, señora Aldrin.

Ella hace el ademán de volver a llamarme, pero sabe que no es buena idea y comienza a farfullar algo en francés sobre que, si pienso que es

tonta, estoy muy equivocado; que me conoce desde los cinco años y sabe perfectamente lo que me ocurre. Suspiro con fuerza mientras entro en mi habitación. No lo sabe. No tiene ni puta idea de cómo me siento. Esto es sobrehumano, joder, y da igual que me conozca desde que era un crío.

Nunca había sentido nada remotamente parecido.

La ducha no me calma; el bourbon, el trabajo, tampoco. A media noche no puedo más. Quiero verla, meterme en su cama, follármela.

Salgo disparado de mi estudio y bajo las escaleras hasta la puerta principal. Necesito tocarla. Me pongo la cazadora. ¿A quién pretendo engañar? Me conformaría con que me dejara besarla, podría pasarme toda la jodida noche haciéndolo con tal de sentirla cerca.

Estoy cogiendo las llaves del mueble de la entrada y pensando lo que voy a decirle cuando me freno en seco. ¿Qué coño estoy haciendo? Si ahora me presento en su casa y vuelvo a perder el control, todo lo que ella ha sufrido estos días no valdrá de nada. Resoplo y me dejo caer hasta sentarme en los primeros peldaños de la escalera.

«Déjala en paz, Riley. Déjala que sea feliz.»

Tengo la sensación de que estoy renunciando a mi maldito coche de juguete y estoy muerto de miedo, joder, como si el golpe hubiese sido tan fuerte que no me dejara levantarme del césped embarrado.

Esa noche no duermo y, por mucho que corro a la mañana siguiente, no consigo dejar de tener la misma sensación bajo las costillas. Va a ser otro día de mierda.

Cuando llego a la oficina, apenas hay un par de personas. Me lleno de trabajo con la idea de no moverme de aquí hasta que se vaya el sol.

Necesito alejarme de ella, pensar.

Bentley aparece en mi despacho un par de horas después.

—Capullo —me saluda dejándose caer en la silla al otro lado de mi mesa.

—Lárgate, gilipollas —replico sin levantar mi vista de los papeles que reviso—. No estoy de humor.

—Y, tú, ¿cuándo lo estás últimamente? Da igual, yo lo estoy por los dos —se responde a sí mismo con una sonrisa.

—¿Por qué? —pregunto arisco—. ¿Stevens te ha dejado que te la tires sobre la encimera de la cocina?

Desde que éramos adolescentes le ha puesto eso.

—Claro que sí, joder —responde triunfal—. Thea dice que tengo un trauma residual.

Sé que ha dicho esa gilipollez sólo para hacerme reír. Lo consigue.

Pero no se lo dejo ver y disimulo mi sonrisa a tiempo.

—Porque me ponía una de las chicas del servicio de casa de mis padres. Esa que era de Rhode Island, rubísima y con un pequeño lunar encima del labio. Nunca conseguí cepillármela.

—Yo sí me la follé —respondo de nuevo sin levantar la vista—, en la encimera de casa de tus padres.

Al fin alzo la cabeza con un brillo divertido y malicioso en la mirada.

Bentley bufa y me tira un lápiz a la cabeza. Lo esquivo sin problemas.

—Cabronazo —se queja con una sonrisa.

—Lo hice por ti, joder. Ahora, cada vez que te tires a Stevens en tu cocina, será como la primera vez.

—Deja de llamarla Stevens. Relájate.

—Lárgate de mi puta oficina.

Lo estoy echando, pero en el fondo me alegro de tenerlo siempre

cerca. Es mi mejor amigo y ha conseguido que sonría dos veces en cinco

putos minutos. La última vez que sonreí fue ayer cuando me despedí de

Maddie en la sala de conferencias. Me paso las manos por el pelo y

suspiro brusco. No puedo permitirme ponerme a recordar cada centímetro

de su cuerpo otra vez.

Reconduzco la conversación hacia el trabajo. Eso es lo que necesito.

Concentrarme en la empresa y olvidarme de ella. Bentley me cuenta todo

lo que le dijo Gehry y cómo se están gestionando las cosas para que las reformas estén listas en menos de dos semanas. Este artículo va a ser

espectacular y todo gracias a ella.

Antes de que pueda controlarlo, Bentley descuelga el teléfono de mi

mesa y llama a Maddie para que le traiga no sé qué carpeta verde. Lo miro

y me gustaría pegarle un puto tiro. Él me sonríe de vuelta dejando el

auricular sobre el aparato. ¿Qué pretende? Sea lo que sea, se está pasando

de la raya.

—No te metas en esto —mascullo.

Va a contestarme, pero alguien llama a la puerta. Todo mi cuerpo se

tensa y sé que es ella.

—Adelante. —Le doy paso.

Abre la puerta y la cierra después de entrar. Lucho por no fijarme en

ella, pero hoy ha decidido ponérmelo más difícil que nunca. Lleva un

vestido de tirantes con florecitas de colores muy vivos. El típico vestido de una tarde de verano. El que vestiría si, por ejemplo, me la llevara a pasar la tarde a Central Park y la tumbara para revolcarnos sobre la

hierba. El que vestiría en mi casa de los Hamptons después de haber pasado todo el día en la playa. Joder, seguro que su piel se enrojecería por el sol, sólo un poco, y estaría preciosa.

Suspiro brusco y me obligo a apartar la mirada de ella. Le entrega una carpeta a Bentley y se dispone a marcharse. Mentalmente doy gracias porque lo haga, porque, si vuelve a mirarme o a suspirar como si todo esto la sobrepasara, como me pasa a mí, no voy a poder contenerme.

—Maddie, quédate —le pide Bentley justo cuando se disponía a abrir la puerta—. Quiero que tú también conozcas todos los detalles.

Ella asiente y yo cierro los puños con fuerza. Intento ignorarla, fingir que no está mientras escucho las explicaciones de Bentley, pero, joder, como si no fuera posible, diría que puedo sentir su respiración acelerándose.

Otra vez vuelvo a convertirme en un crío de quince putos años.

Mi amigo termina y yo sonrío satisfecho. A pesar de ser una auténtica pesadilla, es el mejor en su trabajo y eso nunca podría negárselo, ni siquiera para torturarlo. Miro a Maddie y ella también le sonríe. Una cavernícola punzada de celos me agujerea las costillas. El animal que llevo dentro sólo quiere que me sonría a mí.

El móvil de Bentley comienza a sonar y ella sacude la cabeza como si saliese de una ensoñación. Sé que también estaba perdida en algún pensamiento relacionado con nosotros, como llevo haciendo yo desde que la he visto entrar, y el animal ruge.

—Ryan —me llama Bentley mirando el nombre que aparece en la pantalla de su móvil—, es Spencer. ¿Subimos a su oficina?

Asiento y rodeo mi mesa.

—Maddie —continúa Bentley—, coge todos los documentos de Producción, hazles una copia y súbela a Recursos Humanos, al departamento de Spencer. Después ponte con lo de la madre de Queens.

—De acuerdo —responde ella.

Bentley sigue hablándome de Frank Gehry, de Stevens, qué sé yo.

Ahora mismo sólo puedo pensar en Maddie. Estoy tan distraído que no me doy cuenta de que he olvidado una carpeta importante sobre mi escritorio hasta que llegamos a los ascensores.

—Sube tú —le digo a Bentley justo cuando la puerta del elevador se abre frente a nosotros—. Me he dejado algo.

Él asiente, yo giro sobre mis pasos y vuelvo al despacho.

Camino aún más distraído. Intento recuperar un poco del sentido común que he ido olvidando cada uno de estos días. Sin embargo, nada, joder, nada. Da igual cuántas veces me haya dicho que no puede ser, cuántas haya conseguido mantener el control en el último segundo. Nada me ha preparado para esto. Maddie está arrodillada en el suelo de mi despacho. Está recogiendo unos papeles. Apoya una de sus manos en el suelo y se estira para coger uno más alejado. Su preciosa espalda se arquea perfecta y sexy. Un mechón de pelo le cae y le acaricia la mejilla.

Los rayos de sol que atraviesan la ventana y esquivan el escritorio inciden directamente en ella, en su rostro, en su pelo, en su vestido. Joder, contra esto es imposible luchar.

Maddie se da cuenta de que la miro y alza esos espectaculares ojos verdes. Por un momento simplemente nos miramos. Hay dulzura y una

absoluta entrega en su mirada. Toca algo dentro de mí que despierta mi instinto y que me quema por dentro. La deseo. La deseo más que a nada. Sentir su cuerpo aprisionado entre el mío y el parqué. Oírla suspirar sobrepasada, llena de amor y de placer, de expectación, de deseo, de mí. Acariciar su piel, perderme en ella, embestirla una y otra vez hasta que se acabe el mundo.

Me he levantado del césped embarrado. El coche es mío, joder.

Llego a Chelsea más furioso y malhumorado que ningún otro día.

Soy plenamente consciente de que lo nuestro jamás podría funcionar y, sin embargo, hace sólo un par de horas me he comportado como un gilipollas, he vuelto a perder el control y le he hecho daño otra vez.

Me paso las manos por el pelo y miro impaciente las puertas del ascensor esperando a que se abran.

No podía pensar. La vi sonriéndole a Bentley, demostrando toda esa complicidad con él, y me volví loco. No soporto que esté con Bentley, con Spencer, con ningún otro tío en realidad. No soporto que sea amable con ellos. No soporto que les sonría, que los mire. Y son más que estúpidos celos. Es la horrible sensación de que Maddie se me está escapando entre los dedos y, aunque no dejo de repetirme que es lo mejor para ella, no es lo que quiero. Me está matando por dentro.

Cierro de un portazo y subo las escaleras como un ciclón aflojándome la corbata. Hace seis años, hace seis putos años, ella tendría dieciocho años y yo veinticuatro. Sonrío al imaginarla deshaciéndose debajo de mí en mi desvencijada cama de mi viejo apartamento del West

Side. Habríamos sido jodidamente felices allí. La rabia me recorre hasta el último hueso de mi cuerpo y, antes de que me dé cuenta, doy otro portazo.

Lanzo las llaves del BMW con furia sobre la isla de la cocina y me sirvo un bourbon. Pienso en darle un sorbo, pero, cuando el líquido ambarino toca mis labios, me lo bebo de un trago.

La echo de menos, joder. La echo tanto de menos que duele.

Me estoy rellenando la copa cuando veo de reojo cómo Finn abre cauteloso pero seguro la puerta del salón. Sea lo que sea lo que venga a decirme, no quiero oírlo. Estoy harto de todo, joder. Lo miro con los ojos fríos y endurecidos. Soy plenamente consciente de que estoy siendo muy injusto, pero la verdad es que me importa una mierda. No puedo más.

—La señorita Borow está aquí —me anuncia.

No, joder.

Vuelvo a dar otro trago y por un momento dejo que una idea cale en mi mente. A lo mejor es justo lo que necesito para olvidarme de una maldita vez de Maddie. Una chica como Marisa, a la que ya me he tirado un centenar de veces, alguien que no significa absolutamente nada para mí. Sólo es sexo, algo mecánico, una jodida válvula de escape.

—Que pase —mascullo.

Finn asiente y se marcha. Yo rodeo la isla de la cocina y camino hasta el enorme ventanal. Por primera vez tengo la sensación de que voy a tener que mentalizarme para echar un polvo.

Joder, ¿qué me has hecho, Maddie?

—Ryan —me saluda Marisa, tan irritantemente solícita como siempre, desde el otro extremo del salón.

Cierro los ojos con fuerza y doy un nuevo trago. Ni siquiera puedo fingir que su voz me calma y me enciende como me calma y me enciende la voz de Maddie.

Me giro despacio y la miro por encima de mi vaso de Jack Daniel's.

Ella sonríe. Yo no lo hago. Ni siquiera digo nada. Marisa nunca me ha pedido más de lo que puedo darle, de lo que yo he querido darle. Antes me parecía algo cómodo. Ahora lo detesto.

—Estaba de compras por aquí —dice dejando su carísimo bolso sobre la isla de la cocina— y pensé en hacerte una visita.

Giro el vaso de bourbon entre mis dedos y dejo que mi mirada endurecida se pose sobre ella. Está mintiéndome. Ha venido aquí con una sola intención. Piensa que cada vez que follamos, aunque después de ella vengan una decena de mujeres, está más cerca de convertirse en algo más para mí y eso nunca va a pasar. Ni siquiera si nos casáramos.

Marisa sólo es un entretenimiento. No es como Maddie. Pero, sin embargo, fue a Maddie a quien se lo dije.

Los pulmones se me llenan de rabia, pero no dejo que mi rostro revele ninguna emoción.

Vuelve a las viejas costumbres, Riley. No dejes que nadie sea capaz de adivinar cómo te sientes. Es lo único que te devolverá el control y hará que este dolor pase.

La observo de arriba abajo. No me preocupa resultar descarado. Sé que es exactamente lo que ella quiere. Siempre me ha resultado transparente. Es guapa y tiene un cuerpo de infarto. Pienso en todas las veces que la he tenido en mi cama. Siempre ha dejado que me la follara como he querido. Nunca he tenido que pedirle nada ni decirle que confiara

en mí. Sin quererlo, los recuerdos de Maddie se abren paso en mi mente...

cómo temblaba entre mis brazos, cómo se sentía tímida, sobrepasada.

Recuerdo cuando pronuncié exactamente esas tres palabras, «confía en

mí», cómo ella me miró al hacerlo. En esos momentos necesitaba

desesperadamente que me dejara tenerla de la manera que mi cuerpo

gritaba. El animal que vive dentro de mí necesitaba sentir que ella era mía,

sólo mía.

La rabia se intensifica y otra vez tengo que controlarme para no

revelar nada.

Maddie es mía, joder. Y mirar a Marisa mientras recuerdo cómo era

estar con ella es como hablar de dos malditos mundos diferentes. Uno en

blanco y negro y otro fabricado de putos fuegos artificiales.

Aprieto los labios hasta formar una fina línea. Tengo que olvidarme

de Maddie. Tengo que dejar que ella se olvide de mí.

—Sé que has estado muy estresado últimamente. Esa revista tuya te

trae de cabeza.

Me inclino despacio y dejo el vaso sobre la mesita de cristal. Esa

revista me importa más de lo que ella me ha importado nunca, pero ni

siquiera me molesto en decírselo. Me importa una mierda lo que crea o

deje de creer.

Marisa sonríe y yo me obligo a caminar hasta ella. Me mira más que

satisfecha de lo que ve. No me la tiro desde el día antes de conocer a Maddie. Ese día todo mi maldito mundo se vino abajo.

Me detengo apenas a un paso de su cuerpo. Su olor me envuelve.

Huele a colonia cara de moda. Un olor frío e impersonal. No me atraviesa.

No me enciende. No me preocupa lo más mínimo que se quede

impregnado en mi ropa. Probablemente ni siquiera lo reconocería.

Esto es justo lo que necesito. Volver a recuperar el control en cada

puta parcela de mi vida. Volver a hacer del sexo un arma para disfrutar y

nada más. Sólo algo físico. Sin emociones. Sin sentir que es todo lo que quiero, exactamente lo que quiero.

Extiendo la mano y acaricio su cadera. No siento nada. Estoy vacío.

No es Maddie.

No es Maddie.

No es Maddie.

Mi mirada sigue el movimiento de mi mano y la atraigo hacia mí.

Involuntariamente recuerdo todas las veces que mis dedos han estado en

ese exacto punto en la piel de Maddie.

Una verdad fría y al mismo tiempo absolutamente ensordecedora

recorre mi columna vertebral y se asienta bajo mis putas costillas. Ya da todo igual. Da igual lo claro que creía tener que nunca podría tener una relación con una chica como Maddie, lo claro que tenía que sentir algo así

por alguien como ella era un error. Maddie se ha metido bajo mi piel. No

hay ninguna jodida válvula de escape posible.

Quiero los putos fuegos artificiales.

—Vete a casa, Marisa —le digo con la voz firme, alejándome de ella.

Maddie me hace sentir de verdad. Ella no. Es así de simple.

Recupero mi vaso de bourbon y subo las escaleras. Mientras lo hago,

me llama, pero no me detengo. Poco después oigo sus tacones repiquetear

contra el parqué y se marcha.

Ya en la habitación, voy directamente al baño. Me termino el bourbon

de un trago, dejo el vaso sobre el lavabo y me meto en la ducha. El agua hierve otra vez, pero no me calma.

Hace seis años, hace seis putos años.

Salgo de la ducha como un ciclón, malhumorado, furioso.

Hace seis años podríamos haber sido felices.

Sin ni siquiera secarme, me pongo unos pantalones cortos, una camiseta y salgo disparado hacia la calle. Correré hasta que ya no pueda pensar, aunque, incluso ahora, sé que no funcionará.

Quiero mis putos fuegos artificiales.

Me he levantado demasiado temprano. En realidad, creo que ni siquiera llegué a dormir más de una hora. Después de toda la mañana resolviendo asuntos en el despacho y peleándome con el mundo y cualquier gilipollas que se me pusiera a tiro, me he montado en el BMW y he salido de Manhattan en dirección a Glen Cove.

Sólo he venido porque necesito desconectar. Dejar de pensar en ella cinco putos minutos.

Aparco mi coche junto a las enormes puertas color crema del garaje.

Me bajo y, por inercia, centro mi atención en el Ferrari rojo de 1955 de mi padre. No lleva la lona de protección. Debe de haberse dado una vuelta con mi madre. Yo nunca podré tener eso con Maddie.

Cierro mi coche de un portazo y comienzo a caminar hacia la puerta mientras me paso las manos por el pelo. Estoy cansado de toda esta mierda, de pensar en ella, de echarla de menos, de querer tocarla.

No puedo más, joder.

Rodeo la casa por el camino de piedra y llego a la puerta principal.

Nada más cruzarla, oigo una par de piececitos venir corriendo hacia mí y sonrío sincero. Adoro a esta cría.

—¡Tío Ryan! ¡Tío Ryan! —grita faltándole el aire por la carrera.

Me agacho para recibirla y me incorporo con ella en brazos cuando se lanza a mi regazo.

—Hola, enana.

Le doy un sonoro beso y sonríe encantada.

—¿Te gusta mi vestido? —pregunta.

La observo unos segundos. Imagino que va vestida de princesa, pero, si pretende que adivine de cuál, lo lleva claro. Sólo veo tul y rosa chicle.

—Soy Rapunzel —me aclara a la vez que resopla resignada.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —respondo y comienzo a hacerle cosquillas.

Olivia rompe a reír y por primera vez me siento un poco mejor desde hace cuatro días. Le doy otro beso asegurándome de babearle la mejilla y ella se queja sin dejar de reír.

—Mami, ha llegado el tío Ryan —pronuncia con cierta dificultad entre cosquillas.

Están todos en la enorme mesa bajo la aún más enorme pérgola del jardín.

—Qué bien que ya hayas llegado —comenta mi madre con una sonrisa—. Acabamos de sentarnos a la mesa.

—He venido lo antes que he podido.

Y en realidad sólo lo he hecho porque necesito desconectar de la

manera que sea. Dejo a Olivia en el suelo y la sigo hasta la mesa. Camino

hasta mi madre y la saludo con un beso. Echo un vistazo a la mesa sin ni siquiera saber por qué, son las mismas caras de cada domingo, pero

entonces una estela de pura electricidad me recorre de pies a cabeza

despertando mi cuerpo, al león, a mí.

Ella está aquí.

—Maddie —susurro por inercia.

Afortunadamente lo hago de una forma lo suficientemente discreta

como para que nadie pueda oírme.

¿Qué hace aquí? Joder, esto es lo último que necesito.

Mi madre me está hablando, ni siquiera sé de qué. Decido asentir y

dejar de mirar a Maddie. No quiero tener a toda mi familia haciéndome

preguntas sobre ella. Ya tengo más que suficiente con Bentley.

—Siéntate, cielo, en seguida te traerán un plato —me anuncia.

Camino hasta mi silla malhumorado. He venido hasta aquí para

intentar quitármela de la cabeza y ahora me la encuentro sentada a la mesa

de mis padres. Joder, y encima está preciosa. Ese vestido va a ser mi

maldita pesadilla. Una vez más, simplemente es todo lo que adoro que sea:

algo tímida, dulce, muy sexy sin pretenderlo, muy sensual sin

proponérselo. Parece hecha a medida para volverme loco.

Resoplo, dejo sin ningún cuidado la chaqueta sobre el respaldo de mi

silla y me ajusto el doblez de los puños de mi camisa blanca sobre el

antebrazo. Necesito un bourbon… y tocarla. Hostia, eso lo necesito cada

condenado segundo desde la primera vez que la vi.

Una de las chicas de servicio deja un plato delante de mí, pero no

tengo hambre. Recibo mucho mejor la copa de vino que Bentley me llena.

No puedo dejar de mirarla, porque no puedo dejar de preguntarme qué hace aquí. La veo sentada junto a Bentley y los celos más rabiosos y neandertales se apoderan de mí. Si no me hubiera comportado como un auténtico gilipollas, ahora estaría sentada a mi lado... o debería decir que no. Maddie no es para mí, joder. Sólo he sabido hacerle daño.

—Maddie, ¿por qué no nos hablas un poco de ti? —le pide mi madre —. ¿De dónde eres?

Ella suspira suavemente. Está nerviosa y eso hace que me guste todavía más, porque es por mí, por tenerme cerca.

—De Carolina del Sur. De un pequeño pueblo llamado Santa Helena, en el Sound.

Automáticamente recuerdo la foto que tengo de ella en mi ordenador.

Tiene el pelo revuelto por la brisa, la cara algo enrojecida por el sol y la expresión relajada y serena. Debo de haber mirado esa foto alrededor de un millón de veces. Diría que estoy a punto de hacer alguna estupidez como imprimirla, enmarcarla y colgarla en el techo de mi habitación. Ya puestos a parecer un protagonista de novela romántica, que sea hasta el final.

No me reconozco, joder.

—¿Y a qué se dedican tus padres, cielo? —continúa mi madre.

—Mi padre es ingeniero civil y mi madre, ama de casa.

—Deben estar muy orgullosos de ti.

—Lo normal, supongo —contesta tímida.

Lo normal, no. Es preciosa, divertida, dulce, generosa y muy

inteligente. Tienen que estar increíblemente orgullosos. Si yo fuera su padre, la habría metido en una urna de cristal y no dejaría que ningún gilipollas se le acercara a menos de diez kilómetros.

Y menos uno como tú, capullo.

Pongo los ojos en blanco. Es frustrante.

—Maddie estudió periodismo en la universidad de Nueva York, como tú, Thea —comenta Spencer.

Bentley le dice algo a Maddie y ella sonríe. Mi mirada se recrudece y otra vez los celos más irracionales se apoderan de mí. No quiero que ella le sonría. No quiero que él le hable. Ya puestos, ni siquiera quiero que Spencer hable de ella. Sólo quiero tocarla.

Maldita sea, este almuerzo está siendo una puta pesadilla.

—¿Sí? —le pregunta Thea dejando la servilleta que sostenía sobre la mesa—. ¿Y tuviste al profesor Cohen?

—Sí, claro que sí —responde Maddie.

Un mechón se suelta de su recogido y ella se lo mete tras la oreja dejando que sus dedos acaricien su suave mejilla en el movimiento. Sonríe tímida, tenue, y de pronto tengo la sensación de que mi mundo era en blanco y negro y acaba de llegar el color más brillante. Es jodidamente perfecta.

—Ese hombre era un auténtico hueso. Todos ustedes —sigue Thea imagino que imitando al profesor en cuestión— son perfectos herederos del perro de Pávlov.

Maddie susurra las últimas palabras a la vez que Thea las pronuncia.

Provocan la risa general y ella también lo hace, aunque no le llega a los ojos, justo antes de

mirarme despacio y nerviosa. Recuerdo perfectamente
la última vez que pronunció el nombre de ese chucho delante de mí. Fue
para decirme que no podía seguir con lo que teníamos porque acabaría
con ella. Esa sensación llena de rabia empuja mis costillas hasta casi
asfixiarme. Le he hecho demasiado daño. Soy un imbécil egoísta y un crío
que no ha sabido guardarse la polla dentro de los pantalones y hacer lo
que tenía que hacer. Nunca debí permitirme tocarla, besarla. Nunca debí
ser tan estúpido de pensar que podría olvidarme de ella.
Maddie aparta su mirada de la mía y sonríe por inercia a lo que sea
que Thea ha seguido diciendo.
—¿Tienes hermanos? —vuelve a preguntar mi madre.
La adora. No la culpo.
—Déjala probar bocado, Meredith —se queja mi padre divertido—.
Parece que la estés interrogando.
—No se preocupe, no me importa.
Otra vez ese mechón y otra vez sus dedos en su mejilla.
Va a volverme loco, joder.
—Mi hermana Leah vive en Boston y trabaja como abogada —se
explica—. El mayor, Robert, es ebanista, hace muebles de diseño en
Charleston.
—¿Eres la pequeña? —pregunta mi madre entrelazando las dedos a la
altura de su barbilla.
Maddie asiente.
—Sí, señor, una bonita familia. A mí me hubiera gustado tener una
hija, pero tuve que conformarme con estos dos trastos. —Todos sonríen

—. Afortunadamente, Spencer me trajo a Thea y algún día espero que Ryan me traiga a una chica maravillosa.

Joder, no es el puto momento.

—Mamá —protesto malhumorado.

—Hijo, algún día tendrás que sentar la cabeza. Sé que ahora estás muy ocupado siendo un mujeriego.

Ya he tenido suficiente.

—Mamá, por Dios.

Me levanto arisco. Voy hasta la pequeña barra junto a la entrada y me sirvo un vaso de bourbon.

—Lo entiendo, lo entiendo —continúa—, pero algún día conocerás a una chica que te haga perder la cabeza y seré feliz.

Siempre había escapado a las preguntas de mi madre con una sonrisa. Ninguna chica me hizo siquiera empezar a plantearme algo diferente, así que era un tema del que me parecía una estupidez hablar. Ahora las cosas han cambiado. Ya hay una chica que me hace perder la cabeza, con la que quiero estar aquí. Joder, con ella quiero estar aquí y en cualquier sitio. Casarme con Maddie. Tener críos con Maddie. Ser feliz con Maddie.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo. Es preciosa. Cometo la mayor estupidez de todas y me pregunto cómo hubiesen sido las cosas si nos hubiésemos conocido seis años antes. Últimamente cometo mucho esta estupidez. Ayer me dormí imaginándola en mi viejo apartamento del West Side. La veía tarareando una canción en la cocina, descalza, embarazada, como en aquella gilipollez de frase de Arthur E. Hertzler,

pero que para mí adquiere un sentido completamente diferente. Maddie estaba feliz y yo lo estaba simplemente por saber que podría alzar la mirada y encontrarme con la suya el resto de mi vida.

«Basta ya, Riley.»

Cabeceo, le doy un trago a mi bourbon y me encamino de nuevo hacia la mesa.

Se acabó soñar con lo que nunca voy a poder tener.

Paso tras Spencer, mi sobrino Chase, Bentley y, cuando lo hago tras ella, su cuerpo llama al mío. Mi canto de sirena particular. No puedo evitar alzar la mano, colocarla en el respaldo de su silla y acariciar la piel de su nuca con la punta de mis dedos. Ni siquiera me importa que puedan vernos. Necesito tocarla. La echo demasiado de menos.

Finalmente me siento y suspiro frustrado. Bebo un nuevo trago de bourbon y me paso la mano por el pelo hasta dejarla en mi nuca. Sólo quiero poder olvidarme de ella, dejar de sentirme tan desesperado, tan perdido, deseándola más a cada segundo que pasa. Nunca he sentido nada remotamente parecido, y lo detesto.

Atrapo sus ojos verdes con los míos y lo que leo en ellos me hunde un poco más. Maddie también me echa de menos. Ahora mismo sólo puedo pensar en levantarme, cogerla de la mano y llevármela de aquí.

Cierro los puños con rabia. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirme que eso no puede ser?

Desato nuestras miradas y me llevo de nuevo el vaso a los labios.

—Tengo mucha curiosidad por leer ese artículo —le comenta mi padre a Bentley en clara referencia al reportaje de Frank Gehry y la madre de Queens.

—Va a ser genial —responde— y tenemos que agradecérselo a Maddie. Ella tuvo la idea.

—No fue nada. Sólo hice mi trabajo —se apresura a añadir.

—Me gusta esta chica —continúa mi padre, y ella se ruboriza. El universo debe odiarme muchísimo—. No busca que la feliciten, sólo quiere hacer su trabajo. No estaba de acuerdo con la jefa de contratación por la que habías apostado, Spencer, pero parece que tiene buen ojo.

—No la contrató Recursos Humanos, lo hizo Ryan personalmente.

Instantáneamente todas las miradas se vuelven hacia mí. Sé que ninguno se atreve a pensar que la contraté porque me la estaba follando. Me conocen demasiado bien como para saber que jamás me tiraría a alguien que trabaja para mí. Resoplo furioso mentalmente. Joder, si hubiese seguido mis putas reglas, ahora mismo las cosas no serían así.

—No habría tenido que hacerle la entrevista si Spencer no contratara a perros de presa como personal de Recursos Humanos —replico malhumorado, removiendo desganado el pescado de mi plato—. Llegó cinco minutos tarde y le cerraron la puerta en la cara. Se quedó allí, hundida, sin saber qué hacer. Parecía un perrito abandonado y me dio pena. Su teléfono no paraba de sonar. Seguro que su casero estaba a punto de ponerla en busca y captura.

Me dio pena, pero ése no fue el motivo por el que me acerqué a hablar con ella. Me pareció la cosa más adorable del mundo desde que vi esa cabecita chocar contra el cristal de Recursos Humanos, y desde ese preciso instante quise follármela. El resto de las cosas vinieron sin pensar.

Le ofrecí un trabajo porque quise ayudarla, porque, aunque no la conocía, inexplicablemente, no soportaba la idea de que acabara en la calle; pero, sobre todo, le di el puesto porque me volvía loco la idea de no volver a verla.

Al alzar la cabeza, me doy cuenta de que todos en la mesa me miran llenos de desaprobación y a ella como al perrito abandonado que acabo de describir. Odio que la miren así. Maddie tiene la vista clavada en el plato. Apenas puedo verle la cara, pero parece estar a punto de romper a llorar.

Suavemente desliza su silla hacia atrás y se levanta.

—Si me perdonáis, tengo que ir un momento al baño.

Señala torpemente la casa mientras las palabras salen prácticamente en balbuceos de sus labios.

Estoy a punto de levantarme y salir tras ella cuando el ruido de otra silla arrastrándose por el brillante enlosado me distrae.

—Te acompaño —dice Thea a la vez que se incorpora rápidamente.

Las observo hasta que desaparecen de la casa.

—Ryan —se queja Bentley.

—Ryan, ¿qué?

No necesito otro puto sermón, joder.

—¿Por qué siempre tienes que comportarte así con ella?

—Así, ¿cómo?

Vuelvo a darle la oportunidad de que termine con la conversación.

—Como un auténtico cabronazo —protesta exasperado—. Maddie es la chica más dulce que he conocido en toda mi vida y tú siempre la tratas como si quisieras echarla a patadas.

Las palabras de Bentley me sacuden por dentro. Apartarla de mí es lo

último que quiero.

—Si te parece tan dulce, tíratela, joder, pero déjame en paz.

Me arrepiento de esa frase incluso antes de que salga de mis labios. Si otro tío le rozase un solo dedo, me volvería loco.

—Ryan —me reprende mi padre.

Mi madre me mira y lo hace de una forma que me descoloca. No es sólo que esté disgustada con mi comportamiento, hay algo más.

No sé por qué todos tienen que meterse en esto. Son una puta pesadilla. Me levanto malhumorado y Bentley resopla.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Adonde a ti no te importa. Deja de comportarte como si fueras mi puta niñera. No lo necesito, joder.

Con un humor de perros, entro en la casa. Imagino que Thea la habrá llevado al baño de invitados que hay al fondo del pasillo. Camino hasta allí y, cuando estoy a punto de alcanzar el pomo, me detengo en seco.

¿Qué coño estoy haciendo? Entro, echo a Thea, le digo que lo siento y ¿qué? ¿Me la tiro en el baño? ¿Dejo que vuelva a creer que las cosas van a ser diferentes?

Exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones y la presión bajo mis costillas crece. Dejo mi mano caer junto a mi costado y giro sobre mis talones.

Al volver a pasar junto a la salida al patio, me cruzo con Spencer.

Abre la boca dispuesto a decir algo y sé que va a pedirme que hablemos, pero ahora no estoy de humor. Paso por su lado sin detenerme y tomo las escaleras camino de la habitación desoyendo todas las veces que me llama.

Sólo lamento no haber cogido la botella de bourbon.

Me encierro en mi dormitorio y apuro mi vaso. Lo dejo sobre la cómoda, me apoyo en el mueble con las dos manos y me inclino sobre él. Echo un vistazo a mi habitación tratando de tranquilizarme. Todo está exactamente igual que cuando tenía veinte años y me fui a vivir al West Side. Creo que mi padre estuvo de acuerdo sólo porque sabía a todo lo que me haría renunciar después.

A ella desnuda, embarazada y en la cocina.

Mi cuerpo se tensa. Suspiro con fuerza.

Ahora mismo sólo puedo pensar en que está enfadada conmigo. No soporto que esté enfadada conmigo.

Con esa idea en la cabeza, regreso al patio. Maddie está a unos metros de la puerta, en la pequeña barra, con Thea y Spencer. Me tomo un momento para observarla. Seguro que olerá tan jodidamente bien como siempre y seguro que sabrá aún mejor.

—¿Qué te pongo? —le pregunta Spencer jugando a los camareros.

Ella sonríe y, antes de que me dé cuenta, yo también lo hago.

—Toma Martini blanco con espumoso italiano y zumo de limón. Para mí, bourbon, Jack Daniel’s, solo —contesto a su espalda.

Spencer me observa sorprendido y se pone a ello.

Maddie no me mira, pero sé que su cuerpo reacciona al mío. El león lo sabe.

—He sido un gilipollas —susurro—. No tendría que haberme comportado así.

Antes de que pueda evitarlo, su olor me envuelve y todo lo que había imaginado se hace realidad. Alzo la mano dispuesto a anclarla en su cadera, a obligarla a girarse, a besarla, a llevármela a mi habitación y follármela como llevo queriendo hacer cuatro putos días.

—Mentiría si dijera que no me sorprende, pero no me sorprende — replica impertinente.

Va a volverme loco. Es una maldita cría. ¿Qué es lo que quiere?

—Me he disculpado —gruño.

—Y yo he aceptado tus disculpas.

Por fin se vuelve y sus ojos verdes retan los míos.

Sonríe a Spencer, coge su copa y sale disparada. Mi hermano me mira con el ceño fruncido, pero ni quiero ni tengo tiempo de darle explicaciones. Cojo la copa que me tiende y salgo tras Maddie. Cuando al fin la atrapo, la cojo del codo y la conduzco por las enormes puertas de cristal hasta la cocina.

Me importa bastante poco quién haya podido vernos.

Sonrío impaciente a dos chicas del servicio hasta que salen de la estancia. No la suelto. No pienso dejar que se aleje de mí, pero, en cuanto nos quedamos solos, es ella quien se zafa de mi mano y se coloca al otro lado de la isla de la cocina, dejando el carísimo mueble entre los dos.

La miro y otra vez sólo puedo pensar en cargarla sobre mi hombro y llevármela arriba.

Maddie me hace perder el control y a veces la odio por eso.

Nos quedamos en silencio, observándonos como si el tiempo, el mundo entero en realidad, se hubiese detenido. El deseo va inundándolo todo. Ése es mi puto castigo. Sentir cómo nuestros cuerpos están atados el

uno al otro y no poder hundirme en ella sobre esta maldita encimera como estoy deseando hacer.

Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibuja en mis labios. Creo que es el efecto de tenerla tan cerca de mí.

—No entiendo cómo puedo echarte tanto de menos —susurro.

Ella también sonríe, pero algo dentro de mí me dice que también le duele.

—Yo también te echo de menos.

Quiero tocarla. No he deseado nada tanto en toda mi maldita vida.

Todo esto es una locura y, si le afecta como me afecta a mí, va a acabar destrozándola.

—Maddie, será mejor que vuelvas al jardín.

—¿Otra vez estás decidiendo por mí?

Estoy haciendo lo mejor para ti. No me lo pongas más difícil, porque ya no puedo más y sólo soy capaz de pensar en anclar mi mano a tu cadera y acercarte hasta que nuestros cuerpos se choquen.

—No hay nada que decidir. Hay cosas que simplemente no pueden ser.

—¿Por qué?

No puedo contestar a esa pregunta y en el fondo tampoco quiero. No puede ser por demasiadas cosas, porque ella es preciosa, adorable, perfecta, y yo no me la merezco, pero también por otras que ni siquiera elegí, como que una empresa en la que trabajan cuarenta y cinco mil personas dependa de mí.

Le doy un trago a mi Jack Daniel’s observándola por encima del vaso

y, sin más, salgo de la cocina por la puerta opuesta a la que entramos, para subir las escaleras de vuelta a mi habitación.

Déjala ser feliz de una maldita vez, Riley.

Llego al Riley Group y me encierro en mi despacho. Le digo a Tess que no quiero que nadie me moleste y le dejo clarísimo que ese *nadie* incluye a los gilipollas de mis amigos y a mi hermano. Verla ayer en casa de mis padres no ha mejorado las cosas. Ha provocado que me sienta más vacío y que me repita una decena de veces que fui un gilipollas por dejar que todo acabara como acabó. Nunca debí siquiera permitir que trabajara aquí, nunca debí fijarme en ella, nunca debí besarla. Suspiro con fuerza y me paso las manos por el pelo.

Las cosas son como son, Riley. Ya va siendo hora de que las aceptes.

Estoy cansado de todo. Yo no soy así. Últimamente parece que vivo en una puta novela romántica y simplemente no me reconozco. Maddie es diferente y no voy a ser tan estúpido de negarlo, pero se merece ser feliz y yo no soy el hombre con el que puede serlo.

La historia termina aquí. Basta de darle vueltas.

Desde que me he sentado a mi mesa esta mañana, me he jurado a mí mismo que no voy a llamarla ni voy a intentar verla. Me está costando un mundo mantener al león a raya y mi humor empeora por momentos, pero me contengo.

Comportarse como un puto crío de quince años también se acabó.

Bentley me llama para bajar a comer. Rechazo su invitación y, cuando insinúa que debería bajar porque necesito hablar, le cuelgo el teléfono. No quiero hablar con nadie. No quiero ver a nadie.

A media tarde Tess me avisa de que mi padre está en el edificio.

Resoplo aún más arisco y me dejo caer en mi sillón de ejecutivo. Por el bien de los dos espero que no quiera hablar de lo que últimamente siempre

quiere hablar. No es el puto momento.

Un par de minutos después entra en mi despacho seguido de Spencer.

Me levanto y rodeo mi escritorio para salir a su encuentro. Me tomo un

segundo para concienciarme. No quiero ver a nadie.

—Hola, hijo —me saluda deteniéndose a unos pasos de mi mesa.

—Hola, papá —le respondo cruzándome de brazos y apoyándome

ligeramente en el escritorio.

Mi hermano se queda a unos pasos de mi padre y me observa con

empatía. Me conoce demasiado y sabe que no lo estoy pasando bien. No

me gusta preocuparlo, pero hablar de ello tampoco va a solucionarlo.

Además, tiene que aprender de una condenada vez que no tiene que hacer

de hermanito mayor conmigo. No lo necesito.

—Hijo, tenemos que hablar —me anuncia—. Es por todo el asunto de

Dimes.

—No tengo nada qué decir sobre Dimes. El Riley Group se ha

quedado con esos negocios porque somos mejores que él.

Aunque trata de echarme un sermón sobre negocios, tiene que

disimular una sonrisa henchida de orgullo.

—Le debes cierta cortesía.

—Yo no le debo cortesía a nadie —replico—. Son negocios. Dimes

es un gilipollas por llamarte para ponerte al tanto. Que aprenda a jugar

mejor —continúo sin asomo de duda— o que se acostumbre a perder.

Me importa una mierda Julian Dimes y lo poderoso que es o fue.

Debería darme las gracias porque sólo le haya quitado un par de negocios y no haya decidido quedarme con todos.

—No voy a meterme en cómo llevas la empresa, pero no cometas el error de cobrarte tus problemas personales en ella.

Soy plenamente consciente de que mi mirada se endurece. No voy a hablar de lo que me pasa y mucho menos pienso permitir que insinúe que, cómo me siento, tiene algo que ver con cómo me comporto profesionalmente.

—Déjalo estar, papá —le pido tratando de no estallar—. No es asunto tuyo —continúo incorporándome y regresando al otro lado de la mesa.

Abro la primera carpeta que veo y tecleo algo en el Mac. La conversación se acaba aquí.

—Nunca te ha gustado hablar, Ryan, y lo entiendo, pero soy tu padre, te conozco y es obvio que te ocurre algo.

Alzo la cabeza y clavo mis ojos en los suyos. No quiero hablar, joder.

—No me pasa nada —replico con la voz endurecida.

Mi padre suspira dejándome claro que no me cree y da un paso hacia mí.

—Eso que no te pasa —continúa mordaz— se solucionaría si tomarás de una vez la decisión que tienes que tomar y te casaras con Marisa.

En el segundo en el que pronuncia su nombre, toda mi expresión cambia. No pienso seguir con esto.

—No voy a casarme con Marisa —sentencio sin asomo de duda—.

Nunca lo habría hecho, pero ahora menos que nunca.

—Ella es la chica adecuada para ti.

Sonrío fugaz y lleno de ironía. No tiene ni idea de lo que está hablando.

—Ryan, necesitas a una chica que entienda cuál es tu posición…

—No voy a volver a discutir este tema otra vez —lo interrumpo exigente—. Es mi vida y son mis decisiones.

Joder, no me puedo creer que estemos volviendo a tener la misma puta conversación.

—Hijo, ¿por qué no puedes entenderlo? —me apremia.

—¿Por qué no puedes entenderlo tú? —replico casi alzando la voz—. No quiero hablar de esto, joder, pero puedes estar tranquilo. Ha sido por las malas, pero he aprendido que no puedo permitirme estar con quien quiero estar. Tengo la maldita lección bien aprendida.

No era mi intención, pero mis palabras se han llenado de todo el desdén que siento, de toda la rabia, el dolor. Tengo claro que no puedo estar con Maddie. Lo tengo dolorosamente claro.

—Yo sólo quiero asegurarme de que seas feliz.

Vuelvo a sonreír de esa manera tan breve y mordaz. Yo ya no voy a poder ser feliz. Eso también lo tengo claro.

—La conversación termina aquí —mascullo armándome de paciencia.

Spencer me mira. Sabe que estoy a punto de perder los papeles.

—Papá —lo llama—, acompáñame a mi despacho. Quiero enseñarte los nuevos planes de contratación que hemos diseñado.

Resoplo pero no digo nada. Odio que tome esa postura. Es otra

manera de intentar cuidar de mí.

Mi padre lo mira. No es ningún estúpido y sabe perfectamente por

qué lo está haciendo.

—Te estás equivocando —me desafía justo antes de volverse para

salir de mi despacho.

Esas tres palabras me sacan de mis casillas. Quizá no me haya equivocado ahora, quizá me equivoqué hace seis años, quizá toda vida

habría sido más fácil si hubiese hecho lo que quería hacer en vez de

ocupar el lugar que él quiso que ocupase.

—No voy a permitir que nadie me diga lo que tengo que hacer, ni

siquiera tú, papá.

Y me he ganado a pulso cada maldita letra de esa frase.

Mis palabras lo hacen detenerse y girarse despacio. Sabe que tengo

razón.

—Intento hacer lo que es mejor para ti —replica en un tono más

sereno, más conciliador.

Lo que es mejor para mí está en esta misma planta y apuesto a que

llevará un vestido precioso.

Suspiro con fuerza.

Sólo quiero que se larguen.

Sólo quiero verla.

—Spencer te está esperando —le recuerdo a pesar de que es obvio, ya

que mi hermano está a unos pasos de él.

Mi padre me mira durante unos segundos que se me hacen eternos.

Sabe que acabo de pedirle que se vaya. Finalmente se gira, le hace un gesto a Spencer para que salga primero y se marcha dando un portazo.

Odio que todo tenga que ser así.

Camino hasta el mueble bajo el enorme ventanal y me sirvo un bourbon. Regreso a mi mesa y me dejo caer sobre el enorme sillón. Joder, no puedo creer que todo se esté complicando tanto, que todo se me esté haciendo tan cuesta arriba. Nunca había pensado casarme con Marisa, pero la sola idea no me molestaba tanto como me molesta ahora. No soy gilipollas. Sé que es porque una parte de mí todavía piensa que puedo estar con Maddie.

Me paso las dos manos por el pelo y continúo el movimiento hasta taparme los ojos con ellas.

Se acabo pensar en Maddie, Riley. Asúmelo de una puta vez.

En ese preciso instante llaman a la puerta. No estoy de humor para aguantar las estupideces de nadie, joder, pero, no sé por qué, antes de que la idea cristalice en mi mente, doy paso. Todo mi cuerpo se tensa y se relaja a la vez cuando la veo entrar.

Está preciosa, como ya sabía que estaría. Sólo me permito mirarla un maldito segundo. Si lo hago más, acabaré abalanzándome sobre ella.

Llevo cuatro putos días conteniéndome y ya no puedo más.

La oigo caminar lentamente hasta colocarse en el centro de mi despacho.

—¿Estás bien? —susurra.

Sonrío fugaz e irónico y doy otro trago. Que sea precisamente ella quien me lo pregunte es como llevar la soga a la casa del ahorcado.

—He visto salir a tu padre y a Spencer —continúa— y he pensado que quizá necesitabas hablar.

Su voz apenas es un hilo. Creo que tiene miedo de cómo pueda reaccionar. No me gusta, pero no la culpo. Soy plenamente consciente de que no siempre la he puesto en una posición fácil.

—No necesito hablar —respondo.

No la miro. Mirarla es lo último que necesito. Pero Maddie no se rinde y con el mismo paso titubeante y tímido camina hasta quedar frente a mí.

—Necesitas distraerte.

Sus palabras apenas han sido un murmuro, pero han salido llenas de fuerza de sus labios. Yo alzo la cabeza y una corriente de pura electricidad recorre cada puto centímetro de mi cuerpo. Ella es mía, joder, no he tenido nada tan claro en toda mi maldita vida.

Alza una mano despacio y, avisándome de lo que va a hacer, la lleva hacia mi vaso. Sus dedos se entremezclan dulcemente con los míos hasta que me arrebata el cristal y finalmente lo coloca sobre la mesa. El sonido seco del vidrio contra la madera resuena en toda la habitación.

Sin desatar nuestras miradas, da un último paso y se coloca a horcajadas sobre mí. Su cuerpo se acopla perfectamente al mío y no puedo evitar exhalar todo el aire de mis pulmones. Es la mejor sensación de todo el maldito mundo.

Es un puto sueño, pero todavía recuerdo su mirada cuando me comporté como un gilipollas en este mismo despacho. Prometí no volver

a tocarla para evitar que sufriera. Eso sigue en pie. Ella sigue mereciendo

algo que yo no puedo darle. Sigue mereciéndose ser feliz.

—Creí que no querías esto —susurro a escasos centímetros de sus

labios.

Su olor me envuelve y creo que voy a volverme loco.

—A lo mejor estaba equivocada.

Levanto mi mano y la llevo hasta su rodilla. Sólo lo dice porque cree que es lo que quiero oír. Voy a volver a hacerle daño. Apenas a un par de

milímetros de su suave piel, cierro la mano en un puño y la dejo caer.

Joder, creo que nada me ha costado tanto en mi maldita vida.

—Maddie, yo no puedo darte lo que tú quieres.

«Pídele que se marche, Riley. Joder, sé un hombre.»

—Ahora mismo lo único que quiero es hacer que te sientas mejor —

susurra.

La distancia entre nosotros es tan ínfima que puedo sentir su cálido

aliento.

Joder. Joder. Joder.

Despacio, se inclina un poco más y al fin me besa.

Es el maldito paraíso y el puto infierno en un mismo momento.

Quiero sentirla cerca. Quiero tocarla. Quiero follármela. Entreabro los

labios. La echo de menos. Me besa suavemente, dulcemente, como es ella,

pura calidez y sensualidad. La echo demasiado de menos.

Ya no puedo más.

Llevo mi mano hasta su nuca y la estrecho contra mí. Le devuelvo los

besos salvaje, lleno de fuerza.

Mi otra mano alcanza su rodilla y sigue subiendo por su muslo, levantado su vestido a su paso.

Maddie gime y todo mi cuerpo se tensa, se calma, se enciende. Ella es todo lo que necesito.

Deshace el nudo de mi corbata y la desliza por el cuello de mi camisa, que abre torpe pero rápidamente. Ya no quiero pensar. Llevo cuatro días echándola de menos, malhumorado, arisco. Ahora sólo quiero tocarla y follármela hasta que los dos estemos sin aliento.

Me levanto sosteniéndola en brazos sin separar un centímetro nuestros cuerpos y la dejo sobre la mesa.

Nuestras respiraciones convulsas lo inundan todo.

Desabrocha mis pantalones apremiante y me doy cuenta de lo nerviosa que está. Eso hace que se me ponga todavía más dura. Verla sobrepasada por todo lo que siente, por la puta situación, hace que la desee aún más.

Subo su vestido y mis manos vuelan hacia sus bragas. Algo dentro de mí se relame al comprobar que son de algodón. Toda esa inocencia va a volverme loco. Ella va a volverme loco. Se las quito saboreando la tela entre mis dedos y las dejo caer sobre el impoluto parqué de mi despacho.

Nos miramos directamente a los ojos, jadeantes, mientras doy el paso definitivo y con un solo movimiento entro en ella.

Llevo cuatro días echándola de menos, malhumorado y arisco, y ahora por fin estoy en el único sitio donde quiero estar. Por fin he llegado a casa.

Maddie contiene un grito milagrosamente y yo vuelvo a sentirme

vivo. Es mi puta luz, todo lo que quiero, todo lo que necesito, mi maldita vida. Ese sentimiento que no sé identificar se hace más fuerte que nunca. Ni siquiera entiendo del todo cómo me siento y eso me incomoda, hace que un temor frío y sordo me sacuda.

Me concentro sólo en ella. La abrazo con más fuerza y la beso con energía mientras me muevo rápido y duro, entrando y saliendo de ella, del calor más perfecto, una y otra vez.

Maddie levanta las piernas y me rodea por la cintura.

Cada vez me muevo con más fuerza. Su cuerpo se desliza a través del elegante escritorio de Philippe Starck y yo contemplo el espectáculo de verla derretirse entre mis manos y la carísima madera.

Joder, es una puta locura.

Tengo que recuperar el control. Necesito un maldito segundo. Me quedo dentro de ella y la observo palpitar contra mi cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás, pero yo subo mi mano hasta su nuca y la obligo a levantarla de nuevo uniendo nuestras frentes. Han sido cuatro putos días viéndola sin poder tocarla, deseándola, necesitándola, y esa sensación ha conseguido que me costase trabajo respirar porque jamás había necesitado a nadie en mi vida.

—Maddie —susurro.

Y en vez de decirle cómo me siento, muevo las caderas en íntimos y precisos círculos.

Disfruto de cada centímetro de su interior y de la suave piel de su cadera, mi parte favorita de su cuerpo.

Gime desesperada y yo sólo quiero pedirle que nos quedemos así hasta que se acabe el mundo.

—Maddie —repito.

Es jodidamente perfecta.

Todo su cuerpo se tensa. Está a punto de estallar.

Es mía. Es sólo mía.

Me agarro con fuerza a su cadera y la embisto. La beso brusco para acallar sus gritos, pero también para no pensar que estoy exactamente donde quiero, exactamente con quien quiero, y todo lo demás no me importa absolutamente nada.

El placer se extiende dentro de ella y un orgasmo la recorre serpenteante, lleno de placer, de fuerza, de vida, y yo vuelvo a sentirme jodidamente invencible. Es mi regalo. La puta suerte de mi vida.

El calor arde en cada rincón de mi cuerpo y con nuestras frentes aún unidas me pierdo dentro de ella siendo consciente de la verdad más dura y cruel de este maldito universo: todo lo que soy sólo tiene sentido si estoy con ella.

Nuestros alientos se entremezclan mientras nuestras respiraciones se relajan. Despacio, me incorporo y salgo de ella. Se estremece cuando lo hago y el león ruge más fuerte que nunca. La observo tratando de contenerme para no abalanzarme sobre ella otra vez.

Maddie no dice nada y se baja lentamente de la mesa. Nos vestimos en silencio entre miradas furtivas. Va a marcharse y yo no quiero que lo haga pensando que otra vez sólo quería sexo de ella. Es curioso, antes de conocerla, jamás me había importado lo que una chica pensara de mí o de

lo que teníamos.

—He discutido con mi padre.

Mi frase le hace alzar la mirada y buscar la mía.

—¿Por la empresa? —pregunta.

Hemos discutido porque, desde que prometí no volver a tocarte, vivo cabreado con el mundo y mi padre piensa que casarme con otra chica podría hacerme feliz. No tiene idea de lo equivocado que está. Tú eres mi vida.

—Por todo, en realidad —respondo, porque no puedo decirle todo lo demás.

Sonrío para intentar relativizar mis palabras, pero es un gesto fugaz y triste y sé que ella se ha dado cuenta. Joder, todo sería muy fácil si pudiese llevármela a cualquier sitio y simplemente olvidarnos del mundo.

Sin levantar mis ojos de los suyos, hundo mi mano en su pelo y la acerco más a mí.

—Maddie, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y no sabes cuánto me duele que todo tenga que ser así.

Ya la estoy echando de menos, joder.

—Lo sé —susurra justo antes de alzarse sobre la punta de sus preciosos pies aún descalzos y darme un suave beso en los labios.

Ese simple contacto me vuelve loco, porque otra vez está siendo exactamente lo que adoro que sea.

Sin decir nada más, sale de mi despacho. Maddie me vuelve loco, me descoloca, pero también consigue calmarme, hacerme sentir que mi maldita vida por fin tiene sentido. Es algo mío y de ella y de nadie más. No

permitiré que nadie la aparte de mí, aunque soy plenamente consciente de

que es lo último que debería hacer.

No puedo renunciar a esto, joder.

Ya no sé vivir sin esto.



9

Ryan llevó a Maddie a Santa Helena para que pudiera estar con su padre.

Allí fue capaz de dejar a un lado esa gigantesca batalla interna y consiguió

dar un paso adelante y admitir sus sentimientos.

Aunque Maddie insiste en que lo mantengan en secreto, están juntos.

Poder disfrutar el uno del otro es lo mejor que les ha pasado en sus vidas.

Sin embargo, las cosas no tardan en torcerse. La empresa, una vez más, se

interpone entre los dos y, cuando Maddie escucha que Ryan aceptó la

posibilidad de casarse con Marisa para poder ganar tiempo y salvar

Maverick Incorporated, su mundo se viene abajo.

Ryan reacciona a tiempo. Habla por primera vez con ella de verdad y

consigue recuperarla.

Le doy un par de billetes al botones y se retira con una sonrisa.

Sonrío y me humedezco el labio inferior fugazmente mientras camino de

vuelta a la estancia intermedia de la *suite*. Desde que hablé hace poco menos de una hora con los de Le Sensualité, no he parado de imaginar

cómo le quedará.

Paso los dedos entre las cadenas de oro que cuelgan del corsé e

inmediatamente pienso en la piel de Maddie, en las cadenas contoneándose

sobre sus caderas. Joder, se me pone dura sólo de imaginarlo.

La oigo moverse y me asomo a la habitación. Sigue profundamente dormida. Camino hasta la cama y me siento en el borde. Le aparto suavemente el pelo de la cara y ella ronronea y medio habla en sueños. No puedo evitar sonreír. Ahora mismo soy el gilipollas más feliz sobre la faz de la tierra.

Nunca había pensando que me sentiría así por alguien. Es agotador.

La mitad del tiempo estoy preocupado pensando que algo pueda pasarle.

La otra mitad estoy tan feliz que, casi sin darme cuenta, me pongo a sonreír como un idiota. Y siempre siempre siempre tengo ganas de tocarla, de sentirla de algún modo. Muchas veces resulta abrumador y no sé cómo gestionarlo, pero entonces hace alguna tontería, como uno de esos mohines, o simplemente sonríe y todo se esfuma. Bueno, todo no. Las ganas de tocarla se multiplican. Joder, ésas nunca se apagan.

Nunca me había sentido así.

Mi iPhone vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Tengo esa maldita reunión. Lo único que quiero hacer ahora mismo es meterme en la cama con ella y no salir en tres días.

Vuelvo a la estancia intermedia, le escribo una pequeña nota diciéndole que volveré sobre las nueve y la dejo junto al corsé.

Me monto en el coche y le hago un imperceptible gesto con la cabeza a Finn para que arranque. Ahora mismo estoy de un humor de perros. No quiero salir del maldito hotel, aunque, por otra parte, creo que también me vendrá bien. Soy un puto yonqui. No consigo mantenerme alejado de ella, tener una actitud fría, y eso me preocupa. No estoy acostumbrado a que alguien me remueva de esa manera y no me gusta. Pero, cuando ayer

discutimos y, sobre todo, cuando esta mañana se derrumbó en el suelo de mi despacho, una sensación extraña me llenó los pulmones. Estaba enfadado, frustrado, pero, sobre todo, estaba muerto de miedo. Estaba aterrado, joder, pensando que iba a perderla. Odié esa sensación, incluso creo que la odié un poco a ella. Hizo que me sintiera vulnerable.

Después todo se arregló y todas las sensaciones se transformaron.

Otra vez una puta montaña rusa. De cero a cien en un segundo. El corazón martilleándome con fuerza contra las costillas. La adrenalina húmeda y caliente recorriéndome el cuerpo. Todo es demasiado nuevo para mí.

En la reunión llevo un ritmo de locura. Quiero terminar cuando antes. Miro el reloj en intervalos de dos minutos y no dejo que ninguno de los directores de departamento diga una palabra. Normalmente me aburren soberanamente, pero hoy, además, me están molestando. El tiempo que estoy aquí con ellos es tiempo que no paso en el Carlyle con Maddie, y ahora mismo sólo puedo pensar en esa *suite* de hotel.

—Señor Riley —llama mi atención Malcom Miller—, el juego de acciones caerá un catorce por ciento con la revalorización.

¿Por qué sigo pagando a este gilipollas?

—Señor Miller —me armo de paciencia. Hoy no tengo tiempo de despedir a nadie —, la revalorización nos hará perder dinero del capital imponible, no del comercializado. El catorce por ciento no es nada si las sinergias nos aportan en torno a un veinte, más todos los beneficios de renta variable del acuerdo directo.

Lo miro mal. Él asiente y vuelve la vista a los papeles. No tendría por

qué explicarle esto. Estoy rodeado de inútiles.

La reunión se ha acabado.

Me levanto y todos lo hacen. Pongo los ojos en blanco mentalmente.

Son como putos perritos. Todos empiezan a salir y me doy cuenta de que Stevens sigue sentada en su silla. ¿Por qué no se larga? Normalmente sale disparada en cuanto puede, como si el maldito edificio estuviese en llamas.

Reviso los papeles de la compraventa mientras noto cómo me observa.

—¿Quiere algo, señorita Stevens? —pregunto sin mirarla.

Ella espera a que salga el último ejecutivo, se levanta y camina hasta colocarse frente a mí. Se cruza de brazos. Yo alzo la mirada. Está enfadada y quiere demostrármelo. Me aguanta la mirada, pero, tras un par de segundos, flaquea y traga saliva. Aun así, no se amilana. Me gusta esta chica. Sabe echarle valor. Llegará lejos.

—Ayer se pasó muchísimo —me dice sin más.

—¿A qué se refiere?

Sé de sobra a qué se refiere, pero quiero saber si es capaz de decírmelo.

—A la fiesta, a Maddie.

Cierro la carpeta de golpe y la miro dejándole claro que se está metiendo en terreno pantanoso.

—Señorita Stevens, no es asunto suyo.

La estoy dejando caminar por esa fina y peligrosa línea porque es la mejor amiga de Maddie, la novia de Bentley y, muy en el fondo, me cae bien.

—Sabe que le ha tocado la lotería con ella, ¿verdad?

—Y usted sabe que está tentando a la suerte, ¿verdad?

Ella asiente, da media vuelta y sale de la sala de conferencias con el paso seguro.

Resoplo y no puedo evitar sonreír sincero. Debería despedir a Miller y poner el departamento de Contabilidad en manos de Stevens. Desde luego es mucho más inteligente que él y acaba de demostrarme que se amilana menos. Resoplo de nuevo. Seguro que acabaría proponiéndome que los viernes los empleados vinieran a trabajar en ropa interior o algo por el estilo.

De camino al hotel me revuelvo en el asiento un par de veces. Estoy incómodo. Joder, estoy incómodo de la hostia. El trayecto es ínfimo, pero se me está haciendo eterno. Quiero verla, tocarla, follármela.

«Eres un yonqui, Riley. Eres un puto yonqui.»

A las nueve menos cuarto cruzo el vestíbulo del Carlyle intentando contener el paso para no salir corriendo. Abro la puerta de la *suite*. Me descalzo a toda prisa y me quito la chaqueta mientras la busco con la mirada. Otra vez todo mi cuerpo ruge como si estuviera hecho de adrenalina pura y sangre caliente.

Me aflojo la corbata. Suena la puerta del baño. Me desabrocho los primeros botones de la camisa. Y entonces la veo.

Joder.

Es un puto sueño.

Suelto brusco todo el aire tratando de controlarme para no abalanzarme sobre ella.

Lleva el corsé y las cadenas caen sobre su piel. Las hace brillar,

porque, si algo resplandece y da luz a lo demás, es ella. Las medias, los tacones, las pulseras. Está jodidamente preciosa.

Sé exactamente lo que quiero hacer con ella y sé que ella me va a

dejar hacerlo. Por eso funcionamos tan bien cuando estamos juntos. Es

como si mi cuerpo estuviera muerto de sed y el suyo estuviera hecho de

agua fresca.

Sonrío y mi gesto tiene un eco directo en ella. Camino hasta

colocarme bajo el umbral de la puerta del salón y me apoyo en el marco.

Estamos frente a frente, separados únicamente por la segunda estancia.

Me quito los gemelos y me los guardo en el bolsillo de los

pantalones.

—Estás perfecta. Aún mejor de lo que llevo imaginando toda la tarde.

Cubro la pequeña distancia que nos separa y me detengo frente a ella.

Alzo la mano y la sumerjo en su pelo sedoso hasta llegar a su nuca.

Maddie gime bajito y en sus ojos verdes puedo ver las ganas que tiene de

esto, de mí. Esa sensación me llena de poder y me vuelve loco al mismo

tiempo. Es mía. Sólo mía.

La beso con brusquedad, acelerado, porque el deseo me está

comiendo por dentro y ahora mismo sólo puedo hacer todo lo que esté en

mi mano por tenerla lo más cerca posible. Siempre me ha gustado follar,

ser brusco, ponerlas un poco al límite, jugar. Pero con ella a veces

sencillamente no puedo controlarme, y hundirme en su interior deja de ser

un juego para convertirse en una necesidad.

Me separo y la miro directamente a los ojos.

—Túmbate en la cama —le ordeno.

Necesito un puto segundo. Retomar el control.

Obedece y me mira. Es la cosa más sensual que he tenido nunca frente

a mí. Sonrío y automáticamente decido que esta noche voy a torturarla.

Quiero que se corra tan fuerte que pierda el conocimiento.

Maddie suspira esperando mi próximo movimiento. Me divierte que

sea tan receptiva. Le quito los tacones y después las medias arañando

suavemente su piel mientras las deslizo por sus increíbles piernas.

Gime bajito de nuevo.

Me tumbo sobre ella y nuestros cuerpos se acoplan perfectamente. El

agua y la sed. Joder, es una locura lo bien que te sienta. Y, antes de que pueda darme cuenta, vuelvo a besarla salvaje y brusco. Sus labios saben

dulce por el pintalabios. Maddie sonríe y el sonido me hace subir un

escalón más.

Su respiración se entrecorta, gime contra mis labios y yo estoy a

punto de volver a descontrolarme y simplemente devorarla.

Balanceo mis caderas perdiéndome entre sus muslos. Le muerdo el

labio. Aprieto hasta que vuelve a gemir y la suelto dejándola sacudida por

el pequeño dolor y todo ese placer.

Me coloco a horcajadas sobre ella, tiro de una de las cintas de cuero

del entramado sobre su estómago y la saco con suavidad.

—Une las muñecas por encima de la cabeza —ordeno.

Quiero atarla. Quiero que se sienta absolutamente entregada. Quiero

que sepa que el control lo tengo yo.

Tenso la atadura al cabecero de la cama, gime y tengo que volver a

concentrarme para mantener el autocontrol. Con ella el deseo lo nubla todo. La observo desde arriba y soy plenamente consciente de que la tentación perfecta se ha hecho carne hueso y está tumbada entre mis piernas. Maddie no levanta sus ojos verdes de mí. Toda su sumisión y su dulzura me traspasan. Stevens tiene razón. Me ha tocado la lotería, el premio gordo, y he ganado la jodida Super Bowl.

«Es lo mejor que te ha pasado en la vida, Riley.»

Le acaricio el labio inferior con el pulgar y continúo bajando mi mano hasta llegar a la tira central situada entre sus pechos. Sonrío.

Es hora de empezar a jugar, nena.

Sin previo aviso, tiro de la cinta y su cuerpo se arquea.

Gime y el sonido vibra en mi cuerpo.

Vuelvo a inclinarme y le beso cada pezón, sólo una vez, justo antes de dejarla caer lentamente de nuevo contra el colchón.

Saco otra de las cintas del entramado ante su atenta y expectante mirada. Me fascina que sea tan valiente, aunque, en realidad, lo que me vuelve loco es que confíe en mí de esa manera. Sé que nunca me diría que no a nada. Ya he tenido esa misma sensación con otras chicas, pero la diferencia es que con ellas era algo con lo que poder divertirme... y con Maddie es el mejor regalo del mundo.

Pongo la cinta sobre sus pechos y la deslizo por debajo de la tira central, dejando unos prendedores metálicos sobre sus pezones.

Su respiración es un absoluto caos. El deseo la está consumiendo.

Quiero que esté así, expectante, pensando en todo lo que voy a hacerle, imaginándolo.

Decido quitarme la camisa y tomarme mi tiempo para hacerlo. Por

dentro sonrío divertido. No puede más y es todo por mi culpa.

Bajo por su cuerpo. Huele a flores. Es ese olor en mi ropa el que hace que no pueda dar un solo paso sin querer volver a donde esté y follármela contra la primera pared que vea.

Jugueteo con las cadenas, las entrelazo en mis dedos. Maddie mueve las caderas inconexa suavemente, de un lado a otro. Me pone muchísimo, pero todavía no. Quiero torturarla un poco más.

Me inclino una vez más y le beso el estómago, bañando su piel con mi aliento, enseñando los dientes. Me deslizo por sus muslos pero, cuando estoy a punto de llegar a donde ella quiere que llegue, paso a la otra pierna e imito el mismo reguero de besos.

Maddie suspira frustrada y se revuelve debajo de mí. Sonrío. Es lo mejor de todo. Sentir que se deshace lentamente entre mis brazos. Podría pasarme días así.

—No te muevas o pararé.

Gime desesperada y se queda muy quieta. El león ruge invencible.

Tener el control en la cama me gusta. Tener el control sobre ella me vuelve loco.

—¿Lo has entendido? —la apremio.

Quiero ver su reacción.

Asiente despacio y otra vez tengo que controlarme para no follármela ahora mismo. Otra vez de cero a cien en un maldito segundo.

—Buena chica —respondo con una sonrisa dura en los labios.

Sigo besándola y me pierdo en su sexo. El puto centro de mi

universo.

Sus gemidos me llaman como si fueran cantos de sirena. Sin dejar de penetrarla con los dedos, avanzo por su cuerpo besando y mordiendo cada centímetro de piel que encuentro a mi paso.

Cierra los ojos.

Todo su cuerpo se mueve coordinado con sus gemidos, lleno de placer. Joder, es el mejor espectáculo del mundo. Me deshago de los putos pantalones y los bóxers y la embisto brusco, intentando serenarme.

Grita absolutamente extasiada.

Joder. Joder. Joder.

Yo soy la sed y ella es el agua más pura del mundo.

Apoyo los brazos a ambos lados de su cabeza y comienzo a moverme rápido, hosco.

—Ryan, oh, Dios mío, Ryan.

No lo ha gritado, lo ha susurrado, y no hay un sonido mejor en el mundo. Desde la primera vez que lo escuché, se ha convertido en el puto motor de mi existencia.

Tira inconscientemente de las muñecas olvidando que está atada. Sé que quiere tocarme. Sonrío y tiró de la cinta sobre sus pechos. Los prendedores se cierran y aprisionan sus pezones. Su cuerpo se arquea haciendo que sus brazos se estiren al máximo y puedo sentir su placer acariciando mi polla perdida en su interior húmedo y caliente.

Dios, es increíble.

La embisto con fuerza, sin piedad. Quiero hacerlo. Necesito hacerlo, joder.

—Por favor —suplica.

Continúo follándomela como el loco yonqui de su piel en el que me ha convertido. Hundo la cara en su cuello. Cada vez que la muerdo, aprieto un poco más, porque quiero llegar un poco más lejos, ponerla al límite, hacerle sentir todo este deseo insaciable que me arrolla por dentro.

Esta noche quiero que se quede grabada a fuego en su cabeza y cada letra lleve mi nombre y todo su placer.

La tomo por las caderas, le doy la vuelta y vuelvo a embestirla. El corsé me molesta. Quiero tocar su piel. Sólo quiero sentirla a ella. Suelto todos los broches y las tiras de cuero se deslizan por su cuerpo. Recorro su espalda, su nuca, y acabo agarrándome con fuerza a sus caderas. Sonrío satisfecho al saber que mis dedos se quedarán marcados en su piel. Sé que es posesivo e irracional, pero me importa una mierda.

—Nena, eres la cosa más sexy e increíble que he visto nunca —le susurro porque las palabra arden en mi garganta y casi no me dejan respirar.

Una de mis manos se pierde en su pecho. Se aprieta contra mí. ¡Joder!

—Ryan —grita—. ¡Dios mío, Ryan!

Y se corre gimiendo mi nombre, estrechando su sexo alrededor de mi polla, haciendo que mi deseo crezca más porque ahora mismo, para mí, sólo existe ella en todo el maldito universo.

Me aferro a sus caderas. Aumento el ritmo. La miro, joder, la contemplo. Es preciosa, perfecta, única, mía. Y el placer estalla, me recorre la columna vertebral, me llena los pulmones y me corro dentro de

ella gruñendo su nombre.

Me pertenece y yo le pertenezco a ella.

Le desato las muñecas y me dejo caer a su lado. Observo sus manos

para asegurarme de que no le he hecho daño y le acaricio la piel.

Maddie me observa, sonríe feliz y, cansadísima, cierra los ojos. Yo la

miro y también sonrío. Está preciosa y yo estoy loco por ella. Debería

empezar a asumirlo.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

No he estado más asustado en toda mi vida.



10

Después de dos días y una noche increíbles encerrados en la *suite* del Carlyle, Ryan y Maddie deciden volver al mundo real.

La veo alejarse hacia la entrada del Riley Group y sonrío como un idiota. Me hace feliz, joder. Me llena de una manera que ni siquiera

entiendo. Veo de reojo a Finn con una disimulada sonrisa en los labios y

me pregunto si no estaré volviéndome demasiado transparente. Entorno la

mirada y Finn ocupa su asiento rápidamente y nos incorporamos al

tráfico.

No puedo evitar pensar que, si Maddie estuviera aquí, me habría

dicho que me he comportado como el señor irascible y, antes de que me

dé cuenta, estoy sonriendo otra vez. Suspiro frustrado y me paso las

manos por el pelo. Joder, ya la echo de menos. ¿Cómo es posible? No

hace ni quince minutos que se ha bajado del maldito coche.

Todavía no tengo claro que me guste lo que siento, depender así de

alguien, dejarla que forme parte de mi vida de esta forma. Ha conseguido

que no pueda vivir sin sentirla de la manera que sea, de una manera en concreto, en realidad. No sé si es su piel, su olor, su voz, pero, después de estos días en el Carlyle, soy aún más consciente de que ella es todo lo que necesito. Maddie Parker es todo lo que necesito y ni siquiera entiendo cómo ha pasado. Es una situación que se escapa a mi control y no estoy acostumbrado a eso.

Mi teléfono suena sacándome de mi ensoñación. Saco el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y miro la pantalla. Es Mackenzie.

—Riley —respondo.

—Señor Riley, ha llamado nuestro hombre en la Oficina de Regulación del Ejercicio Bursátil. Borow Media ha comprado Bloomfield Industries.

Mi mente comienza a trabajar a mil kilómetros por hora.

—¿Cuándo ha sido?

Hace poco menos de una hora. Ha sido una compra compuesta. Se han hecho con casi el ochenta y seis por ciento del accionariado.

Cuelgo y me llevo el reverso del dedo índice a los labios. Mis planes empresariales acaban de irse al traste, pero tiene que haber un motivo. Siempre lo hay. Esto es oferta y demanda. Es algo más conciso que las putas matemáticas.

¿Por qué Marisa ha comprado esa empresa? Para ella no tiene el más mínimo interés. Una idea atraviesa mi mente como un rayo, pero me niego a creerla.

«Sigue pensando, Riley. Sigue pensando.»

El móvil de Finn suena. No lo oigo, pero le veo activar el botón del

mano libres tocándose el pecho. Habla discretamente con la mirada fija en la calzada.

Una desagradable sensación se está asentando bajo mis costillas.

No quiero creerlo. Me niego a creerlo.

¿Por qué Borow Media ha comprado Bloomfield Industries? No tiene ningún sentido. A ellos no les sirve de nada, a menos que…

Me interrumpo a mí mismo recuperando mi iPhone y llamo a Mackenzie.

—Señor…

—¿Revisa las operaciones bursátiles de esta mañana? —ordeno. No estoy para gilipolleces—. ¿Borow Media ha comprado algo más? Acciones sueltas, bonificaciones, participaciones, lo que sea.

Mi voz suena endurecida. Es un reflejo exacto de cómo me siento.

Mackenzie guarda silencio e imagino que revisa los datos. Miro impaciente la ciudad. Si tarda un minuto más, lo pongo en la calle antes de cruzar la 57.

—Todos sus movimientos después de la compra de Bloomfield Industries han estado orientados a intentar controlar la junta directiva de los Astilleros Landis.

Conozco esos putos astilleros. Es una empresa del corte de Maverick Incorporated.

Joder. Joder. Joder.

Cuelgo e inspiro con fuerza. No puede ser. Me revuelvo en el asiento.

No. No. No. Sólo mi padre y ella lo sabían.

¡Joder!

Finn llama mi atención y me dice que acaban de llamar del Carlyle

para avisar de que han encontrado un móvil en la *suite*. Debe de ser el teléfono de Maddie.

—Déjame en las oficinas y ve a buscarlo.

Tiene que haber otra explicación. Ninguno de los dos me traicionaría

de esa manera.

Cruzo el vestíbulo de las oficinas como un ciclón. Mackenzie, que me

esperaba junto a los ascensores, se suma a mi paso y en las veinte plantas

hasta mi despacho me pone al día. Borow Media no ha comprado esa

empresa por casualidad. Es la misma estrategia de mercado que pensaba usar yo, las mismas sinergias, los beneficios, las reentradas, todo. ¡Todo,

joder!

Y sólo lo sabían dos personas.

Me encierro en mi despacho. Necesito una solución pero, sobre todo,

necesito saber qué coño ha pasado.

De pie, tras la mesa de mi despacho, descuelgo el teléfono. Dudo

pero finalmente llamo a la única persona que puede aclararme todo esto.

Dos tonos después, contesta.

—¿Sí?

Resoplo.

—Marisa, soy Ryan.

Hay un segundo de silencio.

—¿En qué puedo ayudarte?

Sabe perfectamente en qué puede ayudarme. Su voz ha cambiado por

completo. Siempre me ha resultado transparente.

—Has comprado Bloomfield Industries —digo sin más—. ¿Por qué?

—Porque he tenido un buen soplo y he querido aprovecharlo.

Está mintiendo y yo estoy empezando a cansarme.

—Marisa, no estoy para gilipolleces. Hoy no y menos con esto. Has comprado esa empresa, dime por qué.

—Eres mi competencia directa. No tengo por qué compartir mis estrategias empresariales contigo, Ryan, y tú tampoco deberías hacerlo.

Resoplo aún más brusco. Tengo la sensación de que sólo respiro rabia.

—¿Quién? —pregunto.

—No lo sé. Newman, mi director ejecutivo, me lo dijo.

—Matthew Newman.

Ella cree que es una pregunta y contesta con un escueto «sí», pero no lo ha sido. Sé que he oído ese maldito nombre antes.

Cuelgo e intento ordenar mis ideas, pero no soy capaz. No quiero creérmelo. Me niego a creérmelo. Me paso las dos manos por el pelo y, antes de que me dé cuenta, estoy dando paseos cada vez más cortos e inconexos. La sensación bajo mis costillas se agudiza. Estoy acelerado, enfadado, nervioso. Tiene que haber algo que se me está escapando, algo que lo explique todo.

Tess me avisa por el intercomunicador de que Finn ha llegado. Le doy paso y, diligente, deja el iPhone de Maddie sobre mi escritorio.

—Me han dicho que no ha parado de sonar en toda la mañana —comenta y se retira cerrando la puerta tras de sí.

Miro el smartphone y, antes de que la idea cristalice en mi mente, lo desbloqueo. Chasqueo la lengua contra el paladar cuando veo el nombre

de ese maldito gilipollas escrito en la pantalla de su teléfono. Siete jodidas llamadas perdidas de Matthew Newman.

Dejo el móvil sobre la mesa y suspiro con fuerza a la vez que apoyo ambas manos en la carísima madera de mi escritorio. Quiero destrozarle la vida a ese cabronazo hijo de puta. Las manos me arden. Quiero darle la paliza de su vida. Cierro los puños con fuerza. Siento la rabia ahogándome, la furia, pero, sobre todo, la decepción más absoluta.

¿Cómo ha podido Maddie hacerme algo así?

Esto es lo que pasa cuando pierdes el control, Riley. Cuando dejas que alguien que te descoloca entre en tu vida. Cuando te olvidas de tus reglas. Cuando ni siquiera eres capaz de darte cuenta de que nadie puede ser tan inocente ni tan dulce.

Resoplo.

Cuando dejas que alguien te haga creer que puede darle sentido a tu vida.

Que esto te sirva para aprender.

Tengo que volver a pensar con claridad de una puta vez. Es más que obvio que llevo semanas sin hacerlo.

Me guardo el teléfono de Maddie en el bolsillo y la llamo para que venga a mi despacho. No tarda más de unos minutos. Llama a la puerta y yo no puedo evitar sonreír decepcionado. Joder, me ha engañado demasiado bien.

Le doy paso y ella entra y cierra tras de sí. Sigo con la mirada perdida en el cielo de Manhattan. Mi cuerpo reacciona al suyo de una

manera que ahora aborrezco. Ni siquiera quiero mirarla, pero una parte de mí no para de gritarme que es Maddie, la chica que estaba entre mis brazos en el Carlyle hace sólo un par de horas, la chica a la que regalé una bola de nieve, la chica que llevé a Carolina del Sur.

Trago saliva. Esto es demasiado complicado.

—¿Querías verme? —susurra.

—¿Quién es Matthew Newman? —pregunto ignorando sus palabras.

Lo mejor es terminar con esto cuanto antes. Sin embargo, por un momento me encuentro suplicando porque me diga algo, lo que sea, que lo explique todo.

—Es un compañero de facultad —responde.

Y entonces me doy cuenta de que, por mucho que yo quiera que las cosas sean diferentes, no lo son.

—El chico con el que te vi hablando en el restaurante —afirmo.

—Ryan, ¿qué está pasando?

Está empezando a ponerse nerviosa. Supongo que no esperaba quedarse al descubierto tan pronto. No puedo dejar de preguntarme cuánto le habrá pagado Matthew Newman por engatusarme y pasarle información. Un escalofrío helado de pura rabia me recorre la columna.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, ¿no crees?

—Ryan, no entiendo nada.

No, no, no. No puede seguir jugando.

—No se te ocurra hacerte la inocente, Maddie —le advierto furioso —. Eso se acabó.

—No me estoy haciendo la inocente —trata de convencerme—. De

verdad, no sé de qué estás hablando.

—Borow Media ha comprado Bloomfield Industries —la interrumpo casi en un grito— y qué casualidad que lo hace un día antes de lo que yo tenía pensando, con la misma idea de rediseño y subcontratas y menos de una semana después de que te encontraras con ese tío que casualmente es la mano derecha de Marisa.

Y tú me has traicionado. Creo que nada me ha dolido tanto en toda mi vida, aunque no voy a ser tan gilipollas de decirlo en voz alta y hacer más grande su triunfo.

—Te estás equivocando. No te dije nada de Matthew Newman porque me invitó a salir, pensé que te enfadarías y no quería que discutiésemos más. ¿Cómo puedes creer que yo te traicionaría así?

—Sólo lo sabíais mi padre y tú. No confié en nadie más.

Cabeceo. La rabia y la decepción lo inundan todo. Casi no puedo pensar.

—No sé cómo no pude darme cuenta antes —sentencio.

Soy un maldito gilipollas.

—Ryan, por Dios, tienes que creerme —suplica—.Yo no le dije nada a nadie.

Su voz suena tan apesadumbrada que consigue removerme por dentro, pero me recupero rápido. Ya no puede seguir engañándome.

—Llamaron del Carlyle. Olvidaste tu móvil en la habitación. —Me saco su iPhone del bolsillo del pantalón y lo tiro sobre la mesa—. Hay siete llamadas perdidas de Newman. Supongo que está deseando que le

cuentes cómo ha ido todo.

La miro. Duele. Duele mucho más de lo nunca imaginé que me dolería nada en la vida.

—Ryan, no sé de qué estás hablando. No veía a Matthew Newman desde la facultad. Jamás me había llamado antes. Por Dios, ni siquiera sabía que trabajaba en Borow Media.

¿Por qué no para ya con esta puta mentira?

—¡He hablado con Marisa! ¡Lo sé todo!

—No sé qué es lo que crees que sabes, pero yo no le he contado nada a nadie. Nunca te traicionaría así.

Se acabó, no puedo seguir más con esto. No quiero. Es una agonía absurda y un sinsentido. Rodeo mi mesa y centro mi atención en los papeles esparcidos sobre ella.

—Ryan —me llama.

Espero que el dinero que le haya dado Matthew Newman le sepa bien. Joder, ¿cómo ha podido engañarme así? Soy un maldito gilipollas.

—Ryan.

Se acerca, pero sigo sin mirarla. Esto se ha acabado.

—¡Ryan! —grita frente a mí.

Alzo la mirada y clavo mis ojos en los suyos. Ya no hay vuelta atrás.

—Sal de aquí. De la empresa y de mi vida. No quiero volver a verte nunca.

La presión bajo mis costillas crece. Hay rabia, hay decepción y, por primera vez en treinta años, hay tanto dolor que casi no puedo respirar.

Da un paso atrás y asiente. Joder, casi me creo que de verdad le duele

alejarse de mí. Aunque sólo por la mirada que era capaz de fingir cuando la besaba, se merece un puto Oscar.

Al fin se marcha.

Es la última vez que veré a Maddie. Resoplo con fuerza y me dejo caer en el sillón a la vez que me tapo los ojos con las palmas de las manos.

Joder, creí que era diferente, que con ella yo podía ser diferente.

Al rato, la puerta de mi despacho se abre de golpe y Bentley entra como un ciclón.

—¿Qué coño has hecho, Ryan? —casi me grita.

Me levanto de un salto y me pongo claramente en guardia. Esto es lo último que necesito.

—No tengo por qué darte explicaciones. He hecho lo que tenía que hacer, joder.

—Ayer mismo te la llevaste a un hotel y hoy la pones en la calle. Deja de jugar con ella, tío. No se lo merece —sentencia.

—¿Que no se lo merece? —repito ahogando una sonrisa nerviosa y mordaz en un fugaz suspiro. Estoy a punto de explotar.

—Es una buena chica.

—¡Me ha vendido, joder! —estallo.

Bentley me mira como si no pudiese creérselo.

—¿Crees que para mí es fácil? —le pregunto casi en un grito, pero rápidamente me recupero. No quiero hablar de cómo me siento. No lo necesito. Este dolor pasará. Tiene que pasar, joder.

—¿De qué coño estás hablando?

—Marisa Borow me ha copiado una estrategia empresarial de millones de dólares porque Maddie le pasó la información.

—Eso es una estupidez —me espeta sin asomo de duda.

—¡Yo mismo la vi hablando en el restaurante con Matthew Newman, el director ejecutivo de Borow Media! —recuerdo. Mi voz involuntariamente se llena de desdén.

No sé por qué tengo que darle tantas jodidas explicaciones.

Bentley sonríe sardónico y fugaz.

—No te contó nada de lo de Matthew Newman porque la invitó a salir y tenía miedo de que tú te enfadaras. Me lo dijo el mismo día en que ocurrió —me contesta sin levantar sus ojos de los míos.

Por un momento su respuesta me deja fuera de juego. Aun así, eso no cambia las cosas.

—¿Qué coño pasa contigo, Bentley? ¡¿Crees que me desharía de Maddie porque sí?!

Él vuelve a sonreír de esa manera tan mordaz y yo doy un paso hacia él. ¿A qué está jugando?

—Tú te desharías de cualquier cosa que te haga sentir de verdad.

Entorno la mirada. Joder, nunca había tendido tantas ganas de partirle la cara.

En ese momento Spencer y mi padre entran en mi despacho. Mi hermano se encarga de cerrar la puerta y se acerca a nosotros.

—¿Qué coño os pasa? —pregunta Spencer sorprendido—. Se os oye gritar desde la redacción.

Me separo unos pasos y me vuelvo a la vez que resoplo. No necesito

esto, joder.

—Se ha deshecho de Maddie porque cree que lo vendió —explica Bentley malhumorado.

Me giro hacia él. No puede hablar de esto como si hubiera sido un capricho. Yo quería estar con ella. Habría estado con ella hasta que se hubiese acabado el mundo.

Voy a dar otro paso más, pero Spencer se coloca frente a mí y me empuja de nuevo hacia atrás. Sabe lo que estoy pensando hacer. Cierro los puños con rabia.

—Eh, mírame —me llama mi hermano.

Yo quería estar con ella. Es lo único que quiero.

—¡Ryan, joder! —me grita.

Me obligo a mirarlo.

—¿Qué es eso de que Maddie te vendió?

—Borow Media ha conseguido mi estrategia de mercado.

—¿Y por qué estás tan seguro de que ha sido ella?

—¡Porque sólo confié en dos personas! —grito. No quiero seguir con esa puta agonía—. ¿Por qué no os largáis todos de aquí, joder? —mascullo alejándome de ellos.

Spencer y Bentley se miran. Mi hermano tampoco puede terminar de creerse que ella haya hecho algo así. Parece que no soy el único al que tenía bien engañado.

Aprieto los puños con más fuerza. Tengo que controlarme. Sólo quiero que se larguen de aquí. Sólo quiero que este dolor se vaya. Sólo quiero que ella vuelva.

De pronto mi padre da un paso al frente y con ese simple gesto capta la atención de los tres.

—Ryan —me llama—, yo hablé con Eric Borow.

Un silencio tenso y duro se apodera de la habitación.

—¿Qué? —susurro por inercia con la voz endurecida y la mandíbula apretada.

La rabia bajo las costillas se intensifica y las agujerea.

—No lo hice con la intención de pasarle información —me aclara—.

Sólo fue una charla con una amigo de hace más de veinte años.

No puedo creer lo que está diciendo.

—Y ahora, ¿qué? —me espeta Bentley lleno de desdén—. Eres un gilipollas que acaba de arruinar lo mejor que le había pasado en la vida.

Lo miro e inspiro despacio. Tiene razón y me lo merezco.

—No pensaba decirte esto —continúa—, pero ¿sabes qué?, a ella le has hecho un favor. Desde que la viste por primera vez has estado destrozándole la vida y ella está tan enamorada de ti que te lo ha estado permitiendo.

Sale del despacho y yo miro a mi alrededor. Tiene razón. Desde que la conocí sólo he conseguido hacerla sufrir. Ella no se lo merece. Yo no me la merezco. Pero es Maddie, la chica que estaba entre mis brazos en el Carlyle hace sólo un par de horas, la chica a la que regalé una bola de nieve, la chica que llevé a Carolina del Sur.

No puedo perder eso.

Salgo como una exhalación y cruzo la redacción. El ascensor no está en planta, así que corro hacia las escaleras y bajo los veinte pisos prácticamente en dos segundos.

No quiero perderla. No puedo perderla.

Atravieso el vestíbulo y salgo a la calle. La busco con la mirada. Está a punto de montarse en un taxi.

—¡Maddie! —grito.

Ella no se vuelve.

—Maddie —la llamo de nuevo, y esta vez la cojo del brazo para obligarla a girarse.

—¿Qué quieres?

No me grita. Es mucho peor. Está decepcionada, desencantada. La miro a los ojos y el dolor me recorre cada hueso de mi cuerpo cuando compruebo que ha estado llorando. Sus enormes ojos verdes están enrojecidos y tiene la mirada más triste del mundo.

Joder, soy un maldito gilipollas.

Se zafa de mi mano y da un paso atrás.

«Déjala marchar, Riley. A tu lado sólo va a sufrir.»

Pero no puedo. Sencillamente no puedo. Soy un auténtico hijo de puta, pero es que ya no sé vivir sin ella.

—Maddie, tienes que escucharme.

Sueno nervioso, acelerado, pero no me importa. Por primera vez no me importa parecer vulnerable delante de alguien.

—¿Como me has escuchado tú?

Sus palabras me atraviesan.

—No debí dudar de ti. Mi padre acaba de confesarme que fue él quien habló con Eric Borow.

Sonríe llena de tristeza y por un momento desune nuestras miradas.

Trago saliva. Tengo que dar el paso. Tengo que hablar, joder. Tengo que decirle cómo me sentí o voy a perderla.

—Maddie, me sentí tan dolido que creí que iba a volverme loco.

Confío en ti. Sólo fue un maldito segundo.

—¿Y cómo sé que no volverá a pasar? —me replica.

—Porque no volverá a pasar.

Jamás volveré a dudar de ti. El dolor ha sido sobrehumano.

Ella observa nerviosa sus manos y finalmente se atreve a mirarme a los ojos. Siempre me ha parecido tan dulce y tan inocente, algo tan fresco, y ahora simplemente está destrozada, como yo, y todo por mi culpa.

—Ryan, tú no confías en mí —se atreve a decirme—. Nunca lo has hecho. Yo quise convencerme de que era tu forma de ser, pero no es cierto.

Confío en ti, joder. Confío en ti.

—Maddie…

—Si tu padre no te hubiera contado la verdad, seguirías pensando que te vendí.

Ojalá pudiera decir que no, pero es la verdad. Suspiro. Ella no va a perdonarme.

—Entonces, ¿se acabó? —pregunto.

No contesta. Se gira para meterse en el coche. Va a marcharse.

«Riley, reacciona. ¡Reacciona, joder!»

La tomo por el brazo y la obligo a volverse una vez más.

—No quiero perderte.

Apoyo mi frente en la suya y la acerco a mi cuerpo. Sólo sintiéndola

entre mis brazos todo tiene sentido.

—No puedo perderte —susurro.

Sólo puedo ser yo si estoy con ella.

—Ryan, no —musita con la voz rota de dolor.

Se separa de mí, pero nuestras miradas siguen unidas. Despacio,

apoya las manos en mi pecho, se pone de puntillas y me besa en la mejilla.

Involuntariamente alarga su beso unos segundos de más. Dios, sólo quiero estrecharla contra mi cuerpo, tocarla. No puede marcharse. El dolor se

recrudece. Es mil veces peor que el que sentí en mi despacho. La estoy

perdiendo.

—Te quiero —susurra contra mi piel.

¿Qué?

Todo mi cuerpo se paraliza un instante. Creo que incluso el corazón

me deja de latir. Esas dos palabras me llenan de una manera que ni

siquiera pensé que sería posible.

—Lo siento —musita con la sonrisa más triste del mundo —. No

pude cumplir mi promesa.

No soy capaz de reaccionar. Ella me quiere y yo no me la merezco.

He dudado de ella porque soy un gilipollas incapaz de comprender que

Maddie sería la última persona que me traicionaría, y ahora va a

marcharse y sólo yo tengo la culpa.

—Adiós, Ryan —se despide metiéndose en el coche.

La observo a través del cristal y apoyo la punta de los dedos en la

ventanilla. Quiero hablar. Quiero decirle tantas cosas que las palabras se

agolpan en mi garganta y me ahogan. Quiero decirle que lo siento. Que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Que me alegra que no cumpliera su promesa. Que saber que me quiere me hace feliz. Pero no digo nada porque ella se merece ser feliz y está claro que conmigo no va a poder serlo.

—Arranque —musita.

El chófer asiente y el taxi se aleja. Lo observo hasta que toma la esquina.

No voy a volver a verla.

La rabia, la desesperación, el enfado, el dolor, todo sigue ahí, pero también ha quedado velado por una sensación de desahucio que me asola por dentro. Me siento como si el mundo hubiese dejado de girar o siguiese girando pero lo hiciese sin mí. Ya no voy a poder volver a tocarla, a verla dormir, a sentirla reír contra mi pecho. He perdido a la única chica que me hacía sentir como todas las canciones de amor que suenan en la radio. La única que me hacía sentir invencible.



11

La última vez que Ryan vio a Maddie ella estaba marchándose en un taxi.

Él la había echado de su vida creyendo que lo había traicionado y, aunque la verdad salió a la luz, ella decidió hacer por fin caso a su sentido común y alejarse de Ryan para siempre.

Pero para ninguno de los dos es posible volver al principio, a aquella huelga de metro, y simplemente ya no pueden respirar sin el otro.

La vida básicamente pasa a mi lado, me saluda con sorna y sigue su camino. Me paso el día en la cama o, en su defecto, en el sofá bebiendo bourbon. Mi padre ha

dejado varios mensajes en el contestador. En el primero me pide amablemente que vaya a casa a comer por mi cumpleaños; en el segundo, casi me lo exige, y en el tercero, me lo ordena. Después ha llamado mi madre diciéndome que no haga caso de mi padre y que, por favor, vaya a casa. No voy a ir. No quiero ir.

Lucky se ha contagiado de mi estado de ánimo y se pasa el día tumbado en el suelo junto a mí. No creo que a Maddie le gustara mucho. No sé por qué no se lo llevó con ella. Creo que es una manera de torturarme.

Cada vez que lo veo es como si viese el día que se lo regalaron, como sonreía. Recuerdo cuando la vi arrodillada echándole de comer la mañana después de nuestra primera noche juntos.

Me duele pensar en cómo lloró aquella noche porque yo fui tan gilipollas de decirle que no podía quedarme. ¿Por qué siempre tuve que comportarme así, fingiendo que no me importaba? Esa noche me dormí feliz teniéndola en mis brazos, aunque fui tan estúpido de no entenderlo.

Cuando me desperté en mitad de la noche, me pasé casi una hora viéndola dormir. Acariciándole suavemente la nariz para verla arrugarla. La besé dulcemente como no me permitía besarla despierta.

Diablos, ¡qué estúpido fui!

Me duermo llamándome gilipollas, y lo merezco.

Spencer me telefonea una docena de veces. Al final me amenaza con dejar a la pequeña Olivia en la puerta, tocar el timbre y salir corriendo.

Oigo la voz de Thea advirtiendo a lo lejos que, si va a torturarme, que lo haga bien y lleve también a Chase y el Bop it!, el horrible juguete que les

regalé por Navidad.

Les he dado vacaciones a Finn y a la señora Aldrin. Así me aseguro

de que nadie intentará convencerme de que coma o de que deje de beber.

En las noticias han anunciado la adquisición de Borow Media por el

Riley Enterprises Group. No han mencionado una palabra del despido de Marisa. Me gustaría llamar a Maddie y contárselo, por nada del mundo

quiero que piense que hay algo entre Marisa Borow y yo, pero es inútil,

no me coge el teléfono.

Lo peor, sin duda alguna, es no saber dónde está. Su apartamento

lleva días cerrado a cal y canto y tampoco parece haber mucho

movimiento en el de los Hannigan ni en el de Lauren. Sí, mi nivel de

acosador ya ha ascendido a modo experto.

Seguramente los Hannigan la habrán escondido. Odio a los Hannigan.

Odio a Sean Hannigan. En este momento debe de estar con ella, haciéndole

carantoñas y buscando la oportunidad de besarla o abrazarla. Tengo que

parar esta línea de pensamientos, porque lo siguiente que me imagino es

asesinándolo. Si le toca un solo pelo, yo… joder. Bourbon, necesito

bourbon.

El día de mi cumpleaños me lo paso en el sofá viendo *California*

Suite, otra vez. No me gusta, pero me recuerda a Maddie, sentada a horcajadas sobre mí en aquel hotel de Santa Helena, murmurando los

diálogos. Su pelo húmedo empapaba mi camiseta, pero no me importaba

lo más mínimo. Era feliz.

Imagino que toda mi familia me llamará para que vaya a comer, así

que apago el iPhone y desconecto el teléfono.

Por la tarde llaman a la puerta. No pienso abrir y la insistencia con la que lo hacen me hace gritar un sonoro «que te den». Oigo la cerradura y el sistema de seguridad desactivarse y, unos pocos segundos después, Bentley se planta frente a mí. Nos miramos un momento y se deja caer a mi lado en el sofá. Aún recuerdo cómo me miró cuando me dijo que había sido tan estúpido de perder a la única chica que me había importado. Me abrió los ojos de golpe y también me hizo ver lo cabreado que estaba conmigo.

—Te traigo estofado de ternera de parte de tu madre y una botella de Jack Daniel's Sinatra de tu padre.

—Bentley…

No sé cómo seguir.

—Cállate —continúa por mí—. Que eres un gilipollas está claro, pero no debí decírtelo.

—Yo creo que sí.

—Yo también, pero quería ser amable.

Ambos sonreímos.

—Joder, tienes una pinta horrible —se queja mirándome de reojo mientras abre la botella que me ha enviado mi padre y le da un trago.

—¿Sabes algo de ella?

Bentley niega con la cabeza.

—No sé nada.

—¿Dónde está, Bentley?

He sonado absolutamente desesperado, pero me importa una mierda.

—Te juro que no lo sé. Lauren no suelta prenda. —Bentley hace una

pequeña pausa—. Eric Borow estuvo en las oficinas y tu padre lo echó.

¿Qué?

—¿En serio?

Estoy sorprendido. No me lo esperaba.

—Se mostró educado, pero le dijo que su relación laboral y personal acababa en ese punto y apoyó tu OPA hostil sin resquicio de duda.

—Bien —musito pensativo.

Nunca imaginé que mi padre reaccionaría así. Cuando le pedí a Spencer que me ayudara con esto, no lo dudó, pero durante todos estos días he pensado que mi padre buscaba el momento adecuado para echarme un sermón sobre tomar decisiones laborales por motivos personales y cosas por el estilo.

Bentley se levanta de un salto y me saca de mi ensoñación. Va hasta la cocina, coge una caja y mete las botellas que encuentra todavía con algo de alcohol.

—Tómate ese estofado, dúchate y ven a mi casa. El bourbon y yo te esperaremos allí.

Frunzo el ceño y protesto con la mirada, pero Bentley no atiende a ninguna de mis quejas y, sin más, se dirige hacia la puerta.

—Y, por Dios, dale de comer —dice en referencia a *Lucky*—. No le mates al perro.

Bentley se marcha y yo sopeso la situación. El olor a estofado es sugerente, pero no tengo hambre. Finalmente se lo doy a *Lucky* y me meto en la ducha. No quiero ver a nadie, pero se ha llevado el bourbon. ¿Qué puedo hacer?

Cojo al perro y salgo de casa. El esnob reconvertido de mi mejor amigo no ha renunciado a su apartamento en el Upper East Side, así que cojo el coche.

Cuando Bentley abre la puerta, dejo en el suelo a *Lucky*, que entra corriendo, y le doy un trago a la botella que he comprado en la licorería.

—Le he dado el estofado al perro y me he comprado otra botella.

—Entiendo, entonces, que has venido por la compañía.

No me molesto ni siquiera en contestar y entro siguiendo al cachorro.

Ha anochecido. Ya nos hemos terminado todo el bourbon y no me siento mejor. Bentley está durmiendo bocabajo en el sofá, con la mano apoyada en el suelo y su BlackBerry aún entre los dedos. Está esperando a que lo llame Lauren. Yo también lo estoy esperando. Ella tiene que saber dónde está Maddie. Joder, ¿dónde está?

Me levanto del sillón y me paso las manos por el pelo. Miro un momento a mi alrededor y resoplo con fuerza. Odio esta puta situación.

Odio lo gilipollas que fui. Odio no saber dónde está.

No poder tocarla.

La echo de menos.

Probablemente es peligroso que conduzca así y esté siendo un imbécil irresponsable, pero necesito encontrarla. Me detengo delante de su edificio y bajo tambaleándome. No estoy muy seguro de cómo, pero consigo subir los escalones y llegar al rellano de la cuarta planta.

Arrastro los pies hasta su puerta y resoplo con fuerza. No lo pienso y simplemente comienzo a llamar.

—Maddie.

El timbre, los nudillos.

—Maddie, ábreme —repito y el bourbon hace que mi lengua se trabe

en la última sílaba.

Cada vez llamo más rápido, más fuerte.

—Ábreme.

Estoy desesperado, joder.

—¡Ábreme!

Golpeo la puerta por última vez y me dejo caer contra la madera.

—Nena —susurro.

El alcohol parece desaparecer de golpe y la sensación que durante

días no me deja respirar es más clara que nunca.

Nunca, jamás, me había sentido así.

Nada me había dolido tanto.

Regreso a Chelsea. En mitad del salón, con la mirada perdida en el inmenso ventanal, comienzo a pensar en todo lo que ha pasado desde

aquella jodida huelga de metro y por primera vez trato de hacerlo desde

un punto de vista objetivo, haciendo lo que hace mucho tiempo que parece

dejé de hacer: razonar. Maddie Parker me ha cambiado por dentro. Da

igual cuántas vueltas trate de darle o cuánto me empeñe en negarlo. Las

cosas son diferentes y no hay vuelta atrás. Sin embargo, una idea se abre

paso en mi mente. ¿Y si no la echo de menos a ella? ¿Y si lo que echo de

menos es todo lo que me hacía sentir, la sensación de haber dejado entrar

a alguien en mi vida?

La idea de que este dolor desaparezca eclipsa todo lo demás y cojo el

teléfono. Son más de las doce de la noche, pero no me importa, y sé que a

ella le importará mucho menos.

—Ryan —responde.

—Ven a Chelsea.

No me molesto en decir nada más, ni siquiera en escuchar lo que ella tenga que decir, y cuelgo. Sé que va a venir. Resoplo con fuerza y trato de tener esa parte indomable de mi cuerpo bajo control.

No tarda más de diez minutos en llegar. Se sorprende de que no sea Finn quien le abra la puerta, pero no me molesto en darle explicaciones. Subimos al salón y me sirvo un bourbon. Necesito un poco más de alcohol para realizar esta especie de experimento. Ella comienza a hablar. Me cuenta los nuevos negocios que piensa emprender, que sus padres se han marchado a Europa, que quizá ella haga lo mismo en septiembre. Yo me sirvo otro bourbon. Todavía no he dicho una palabra. Su voz me molesta. Adoraba oír hablar a Maddie. Me encantaba saber cosas sobre ella. De pronto la calidez del recuerdo de los dos tumbados en la cama del hotel de Santa Helena me envuelve y me traiciona. La idea de que no es Maddie sigue estando ahí, como esa lluvia de otoño que piensas que no te mojará porque es fina e insignificante.

—Quiero que te quedes a dormir —digo girándome hacia ella. Mi voz ni siquiera es amable.

Ella me mira tratando de disimular que acabo de darle la alegría de su vida.

—¿Y por qué iba a aceptar después de lo que hiciste con mi empresa?

Cuando el orgullo y la dignidad te sacuden, no se puede disimular. Maddie no lo podía disimular.

—Por lo mismo por lo que has tardado diez minutos en venir aquí en plena noche sin ni siquiera preguntar, Marisa, porque harías cualquier cosa porque te prestara un poco de atención.

Sueno arrogante y sueno como un auténtico hijo de puta, pero no me importa absolutamente nada.

—Sube al cuarto de invitados —sentencio.

No puedo meterla en mi cama. El olor de Maddie está impregnado en la almohada y en las sábanas. Es lo único que me queda de ella.

Marisa no dice nada más y se encamina hacia las escaleras. Yo la observo convenciéndome una vez más de que es algo puramente científico. Tengo que comprobar si lo que echo de menos es estar con alguien y no ese alguien en particular.

No sé cuánto tiempo paso en el comedor tratando de autoconvencerme. Si me siento bien sólo durmiendo con Marisa, estoy convencido de que este dolor se esfumará y podré volver a respirar.

—Va a funcionar —me repito con los dientes apretados y la rabia atenazando cada músculo de mi cuerpo.

Tiene que funcionar.

Sin embargo, cuando comienzo a subir las escaleras, ya han pasado unos diez minutos y la lluvia me ha calado hasta los huesos.

Está tumbada en un lado de la cama, mirándome, y yo no puedo más.

Mi cuerpo se niega a obedecer mi cerebro y sencillamente no puedo dar un paso en su dirección. No quiero. Ella no es Maddie y puedo hacer todos los experimentos que quiera, dormir con una docena de mujeres

diferentes, que jamás me sentiré como me sentía estando con ella.

Riley, no echas de menos estar con alguien, maldito gilipollas, echas de menos estar con ella, con la única chica que ha significado algo para ti.

Otra vez sin decir una palabra, giro sobre mis pasos, me voy a mi dormitorio, meto un poco de ropa en una mochila y me marcho.

Montado de nuevo en mi BMW, sólo puedo pensar en que necesito alejarme de todo. Necesito encontrarla. Necesito decirle que se está comportando como una cría, que me ha dejado hecho polvo, que no puedo vivir sin ella.

¡Joder!

Golpeo con rabia el volante.

Necesito volver a respirar.

Llamo con insistencia a la puerta de Bentley hasta que me abre. Tiene un aspecto horrible. Su dolor de cabeza prácticamente puede verse.

—¿Cuándo te has marchado? —pregunta confuso.

—Sólo vengo a buscar al perro.

El cachorro debe haber oído mi voz, porque sale disparado, se para frente a mí y comienza a mover la cola frenético de un lado a otro. Parece que ya nos hemos acostumbrado el uno al otro.

Comienzo a andar de vuelta al ascensor y *Lucky* me sigue.

—¿Adónde vas, Ryan? —vuelve a inquirir.

Quiero ir a un sitio donde pueda estar tranquilo y lamerme las putas heridas en paz. Un lugar donde poder poner un poco de distancia, porque me estoy volviendo loco.

Lo pienso un momento.

—A los Hamptons —digo en un golpe de voz.

A la playa, al surf, a aprender a respirar sin Maddie.

Los días pasan raros y extraños. Salgo a la playa cuando amanece y

me quedo allí hasta que, desde la orilla, con *Lucky* a mi lado, veo el sol caer en el mar. Ya han pasado cinco días. Cinco días de una rara calma, como si estuviera en una especie de limbo. La echo de menos, joder.

Cuando se marchó, se llevó toda la luz con ella.

Me echo el pelo mojado hacia atrás con la mano y miro a mi espalda.

El mar parece estar en calma, pero es mentira. Apoyo las dos manos en mi

tabla. Es como la tranquilidad en la que estoy sumido yo, por dentro todo

me sacude. Una ola comienza a levantarse a decenas de metros de mí.

Sonrío. Va a ser enorme. Me tumbo sobre la tabla y comienzo a nadar. La

ola me alcanza. Me levanto de un salto. La fuerza. El equilibrio. La

velocidad. Surco la ola durante varios metros hasta que me envuelve y me

tumba. He vuelto a ganar. Por eso me gusta surfear. Es luchar por el

control con el océano Atlántico y salir ganando.

Vuelvo a echarme el pelo hacia atrás y salgo del agua. Clavo la tabla

en la arena y me tomo un segundo para recuperar el aliento. *Lucky* ladea la

cabeza y me mira. Yo imito su gesto y sonrío. Este chucho me está

haciendo auténtica compañía. Creo que es porque, en el fondo, echa tanto

de menos a Maddie como yo y es el único que me entiende sin que tenga

que decir una palabra.

Cojo la tabla, le hago un gesto con la cabeza al perro a la vez que

silbo suavemente y echo a andar hacia la casa. Al cachorro le cuesta andar en la arena, pero no lo ayudo. Tiene que aprender. Vamos a pasar bastante

tiempo aquí.

Dejo la tabla en el porche de madera, me sacudo los pies y entro en la casa. Con un silbido apremio a *Lucky*, que sube los escalones tan de prisa como puede. Va a entrar, pero le chisto cortándole el paso. Él se echa hacia atrás, se pasa una pata por la otra con más tesón que efectividad y finalmente lo dejo pasar. Los dos estamos llenos de arena, ¿qué más da?

Voy hasta el frigorífico y cojo una botellita de San Pellegrino sin gas helada. Apenas le he dado un sorbo cuando mi iPhone comienza a sonar. Frunzo el ceño y me aparto el cristal de los labios mientras miro la zona del salón de la que proviene el sonido. ¿Quién coño es? Le dejé muy claro a Spencer que no quería una sola llamada de trabajo y he bloqueado las llamadas entrantes de los teléfonos de Glen Cove y de Bentley.

¿Y si es ella?

De pronto todo mi cuerpo se tensa. Dejo la botellita sobre la isla de la cocina y echo a andar con el paso acelerado. El teléfono sigue sonando. Es Maddie. Tiene que ser Maddie. Imagino su voz y el león se despierta.

Llego hasta la pequeña mesita de centro. Ya veo el móvil junto a una botella de Jack Daniel’s casi vacía. No reconozco el número.

—¿Diga? —Una simple palabra y no puedo evitar sonar tan esperanzado como si tuviera cinco años y fuera la mañana de Navidad.

—¿Ryan?

Es una voz de mujer, pero no es la voz de mujer que necesito escuchar.

—Ryan, soy Marisa.

Resoplo con fuerza y tiro el teléfono contra la pared.

Subí demasiado alto y la caída desde arriba puede conmigo.

Enfadado como lo he estado pocas veces en mi vida, echo a andar hacia el garaje. Ni siquiera sé adónde ir. Vine aquí para tratar de volver a estar bien, pero el dolor es sencillamente sobrehumano.

El perro me sigue.

Levanto la salida del garaje. De un par de zancadas abro la puerta del BMW y espero a que *Lucky* se suba, pero no lo hace y sale disparado hacia la calle. ¡Joder!

Corro tras él. ¿Adónde coño va?

— *¡Lucky!* —grito.

El perro corre calle abajo. Lo sigo con la mirada y automáticamente me detengo en seco. Ahora mismo el corazón me late con tanta fuerza que va a romperme las putas costillas.

Ella se arrodilla y recibe a su cachorro con una sonrisa sin dejar de acariciarlo un solo instante. Está preciosa, jodidamente preciosa, pero ahora no parece un puto sueño, es mi puto sueño hecho realidad.

—Nena —murmuro con la vista clavada en ella.

Comienzo a caminar. Lo hago despacio. Tengo demasiado miedo de que pueda volver a salir corriendo. Ella se levanta poco a poco. Al fin alza la mirada y, cuando me deja atrapar sus maravillosos ojos verdes, esa idea se vuelve aún más clara y cruda: está asustada, pero también me echa de menos incluso ahora que estamos frente a frente. Ella me necesita tanto como yo la necesito a ella.

—Hola —susurro.

—Hola —musita.

Hola a la mejor sensación del mundo. Hola a volver a sentirme vivo.

Hola, nena.

Todos nos quedamos en silencio. Stevens y Álex Hannigan nos miran si saber qué decir. Maddie vuelve a sentirse tímida, abrumada, y eso reactiva todo mi cuerpo, que simplemente se relame con la idea de volver a tenerla cerca.

No puedo dejarla escapar. Otra vez no.

—Maddie, nosotras regresamos a casa —comenta Hannigan—. Creo que, con las prisas, ni siquiera la dejamos bien cerrada.

Ella aparta inmediatamente la mirada de mí y ya presiento que no va a gustarme lo que va a decir.

—Sí, será mejor que nos vayamos —añade de nuevo en un hilo de voz.

No pienso permitir que se marche.

—Maddie —la llamo.

Mi voz suena dura, arrogante, y la forma en la que me mira a la vez que asiente nerviosa me dice que ha sabido interpretar su nombre como la orden instintiva que ha sido. La electricidad que siempre nos rodea vuelve y lo arrasa todo. Ella es mía y ninguno de los dos ha necesitado decir nada para recordarlo.

—Tenemos que hablar —sentencio.

No estoy siendo amable. No quiero serlo. Han sido cinco malditos días de infierno.

Vuelve a asentir. El león ruge. Estoy acelerado, inquieto, enfadado. La

adrenalina satura mis venas y la mente me va a mil kilómetros por hora. Ahora mismo sólo quiero llevarla contra la pared y follármela hasta que entienda cuánto la necesito, cuánto la he echado de menos, lo perdido, furioso, solo que me he sentido. Necesito que entienda todo lo que no sé decirle con palabras. La luz ha vuelto y no quiero perderla jamás.

Hago acopio de todo mi autocontrol y doy un paso más hasta ella. La cojo de la mano y la intensa sensación de nuestros dedos tocándose me sacude por dentro.

Tiro suavemente de ella y la guío hasta mi casa. Saco las llaves del bolsillo de mi bañador y abro la puerta. Ella suspira suavemente y entra despacio. La dejo en el centro del salón, me aseguro de que *Lucky* pasa y cierro la puerta. Maddie mira cada detalle de todo lo que me ha rodeado los últimos días y yo la miro a ella. Dejo escapar todo el aire de mis pulmones despacio, disfrutando de la sensación de que esté aquí, llenándome de ella.

Está inquieta. La conozco demasiado bien como para saber que no va a ponérmelo fácil. Camino despacio hacia ella. Su cuerpo reacciona al mío una vez más. Es mi mejor arma para conseguir que se deje llevar.

—Maddie —la llamo—, mírame.

Mi voz se escapa trasformada en un susurro indomable lleno de la exigencia y el deseo que me están recorriendo por dentro.

Ella se gira despacio.

—Te he echado de menos —murmuro.

Maddie aparta su mirada de la mía. Sé que está abrumada. La situación la está superando. Alzo la mano despacio. Quiero tocarla.

Necesito tocarla.

—Creí que querías hablar —musita con la respiración acelerada.

Al fin mis dedos acarician la suave piel de su cadera. Maddie gime bajito, entregada, diciéndome sin palabras que ella también me ha echado de menos.

—Sabes que no se me da muy bien hablar.

La atraigo hacia mí y despacio me inclino sobre ella sin desatar nuestras miradas. Ya puedo sentir sus labios cerca, muy cerca, de los míos. Su olor me vuelve completamente loco. No quiero hablar. Quiero demostrarle cuánto me importa, cuánto la necesito.

—Ryan —murmura.

Su voz. Sólo quiero oír su voz el resto de mi maldita vida.

—Ryan —repite—, no puedo.

Sí, sí puede. Sólo está asustada. Yo también lo estoy. La sensación de vértigo es dura y la altura, grande, pero sólo tenemos que saltar y volver a ser felices. Pero ella no me da opción. Da un paso hacia atrás y se dirige hacia la puerta.

Yo no levanto mis ojos de ella. Suspiro exasperado y me paso las manos por el pelo. ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil? Me dijo que

me quería. Sé que me echa de menos. La jodí, lo sé, pero tiene que

dejarme arreglarlo, no comportarse como una cría y salir huyendo.

Nerviosa, abre la puerta y sale a la calle.

No puede marcharse otra vez.

—Maddie, maldita sea —siseo—. ¿Adónde vas?

—Ryan, me voy. Es lo mejor.

No, no lo es.

—¿Lo mejor para quién? —inquiero furioso.

—Lo mejor para mí, para protegerme.

Esas palabras me detienen en seco. Sé que no las ha pronunciado con

la intención de detenerme, pero una vez que están puestas sobre la mesa

ninguno de los dos puede fingir que no las ha oído. Yo también quiero

protegerla. Es lo único que quiero en realidad. Lo que he querido desde

que la vi apoyar esa cabecita en el cristal de Recursos Humanos.

Maddie suspira con los ojos llenos de lágrimas y finge una sonrisa

que no le llega a los ojos. Ese simple gesto hace que esa sensación que nunca sé identificar se agudice y me destroce por dentro un poco más.

Sólo he sabido hacerle daño.

—Lo siento —musita justo antes de echar a andar.

Desaparece por la primera calle que le da la oportunidad bajo mi

atenta mirada. Jamás podré olvidarme de ella, porque jamás podré olvidar

lo que me hace sentir.



12

Ryan deja marchar a Maddie, pero eso no significa que acepte que todo se

haya acabado. Ella regresa a Nueva York y encuentra trabajo como

secretaria del arquitecto Roy Maritiman. Tras un ineludible viaje a Luxemburgo, Ryan regresa a Nueva York con una única meta.

Me levanto los cuellos de la impoluta camisa blanca y me coloco la

corbata. La seda roja se desliza entre mis dedos y no puedo ocultar una

media sonrisa. Voy a verla. En cuanto descubrí que había encontrado

trabajo, decidí acortar mi viaje y regresar a Nueva York. No pienso

rendirme hasta que vuelva conmigo y, sin saberlo, el inútil de Roy

Maritiman va a ayudarme a conseguirlo.

Me pongo la chaqueta gris y, con un golpe de hombros, me la coloco.

Tiro de las solapas y se ajusta a la perfección. No he escogido este traje por casualidad y sé que ella va a darse cuenta.

Sonrío con malicia.

No voy a rendirme.

Bajo las escaleras ajustándome los gemelos. Inexplicablemente estoy

de mucho mejor humor. ¿Quién tendrá la culpa?

Camino de mi estudio, Finn sale a mi encuentro.

—Señor Riley —me llama.

Me giro y lo miro esperando a que continúe.

—Hace unos minutos llegó el mensajero con la información que le

solicitó al señor Andrianelli. Las carpetas están sobre su mesa.

Asiento y camino los pocos pasos que me separan de mi despacho.

Voy hasta el escritorio y abro impaciente el dosier. Si voy a permitir que

Maddie trabaje allí, tengo que asegurarme de que no hay ningún pirado.

No voy a consentir que corra el más mínimo peligro.

Lo primero que veo es una foto del imbécil de Roy. ¿Cómo una persona tan inteligente y llena de talento como Alexander Maritiman pudo tener un nieto tan negado?

Repaso su expediente por si se me hubiese pasado algo, aunque francamente no lo creo. Gilipollas en instituto privado. Gilipollas en universidad privada. Gilipollas con estudio propio aprovechándose de su apellido. Gilipollas absolutamente inútil cuyo diseño más importante está en un barrio olvidado al sur de Jersey.

Resoplo y paso la página. De pronto me pone de un humor de perros pensar que Maddie va a desaprovechar su talento trabajando para alguien como él. Su sitio está en la revista, aprendiendo de Bentley. Me paso la mano por el pelo e intento calmarme. Sólo será algo temporal. Su lugar está en *Spaces*.

Sigo comprobando todos los nombres. Wendy Cooper, la secretaria.

Steve Porticelli y Dean Masterson, dos becarios con muy pocas luces si han acabado ahí. Y Sarah Nolam. Frunzo el ceño cuando leo su currículo. Es del sur de Boston y se graduó con honores en la escuela de arquitectura de Columbia tres años después de que lo hiciera yo. Trabajó en prácticas para arquitectos muy importantes antes de convertirse en la mano derecha de Roy Maritiman, el gilipollas con dos izquierdas. No puedo evitar que me resulte cuanto menos curioso que terminara trabajando para él.

Miro el reloj y cierro las carpetas de golpe.

Sentado en el Audi A8 estoy extrañamente nervioso. Todo mi cuerpo está acelerado, inquieto. La adrenalina va cargando poco a poco mis venas y las manos vuelven a arderme. Voy a verla, joder. Voy a verla después de tres días volviéndome loco. Cuando se fue de mi casa en los Hamptons,

tuve que mantener hasta el último puto gramo de todo mi autocontrol para no salir corriendo tras ella, cargarla sobre mi hombro y llevármela a mi cama para hacerla entrar en razón a base de polvos. Pero soy consciente de que fui yo quien lo estropeó, así que sé que tengo que darle su tiempo. Eso no significa que no pueda recordarle cuánto le gusta estar conmigo. Al fin y al cabo, nunca he sido un hombre paciente. No pienso empezar a serlo ahora, y mucho menos con ella.

El coche se detiene en mitad de Lexington Avenue. Espero a que Finn me abra la puerta y salgo abrochándome los botones de la chaqueta. Entro en el vestíbulo del simplón edificio de oficinas y el conserje me saluda con un movimiento de gorra. No me gusta. Aquí puede entrar cualquiera.

En el ascensor todas las sensaciones crecen y me inundan cada músculo del cuerpo. La adrenalina, el deseo, incluso una poderosa excitación. El león se relame.

Un ridículo cartel me recibe en la puerta. «Roy Maritiman, arquitecto.» Si precisas decirle al mundo lo que eres, es que no estás haciendo muy bien tu trabajo.

Sólo necesito un rápido vistazo para encontrarla sentada a su mesa.

Concentrada en la pantalla de su ordenador, se lleva el lápiz a la boca y, mientras que lo sujeta entre los dientes, se recoge el pelo con las manos,

lo enrolla en uno de sus dedos y se lo lleva a la coronilla. Se muerde el labio inferior y agudiza la vista echándose ligeramente hacia delante. Tras

un segundo, se suelta el pelo de golpe, recupera el lápiz y anota en un papel un par de líneas de lo que aparece en su ordenador. De pronto parece

enfadada, como si recordara algo que no le gusta, y yo automáticamente

sonrío.

Joder, es la cosa más adorable con la que me he encontrado jamás.

Me paso las manos por el pelo y suspiro dejando que esa sensación que Maddie despierta en mí poco a poco se acomode bajo mis costillas.

Es mía. No he tenido nada tan claro en toda mi vida.

Camino con el paso decidido hasta ella. Maddie alza la cabeza inocente y su mirada se encuentra con la mía. Noto cómo se tensa, cómo vuelve a sentirse abrumada, tímida, nerviosa, todo a la vez y todo por mí.

Mi cuerpo se enciende. Es toda mi excitación, mi deseo y mi fuerza bullendo por ella.

—Ryan —susurra nerviosa.

—Buenos días, señorita Parker.

Me recorre con la mirada con esa mezcla de inocente curiosidad y pura sensualidad. Automáticamente se fija en mi corbata y yo sonrío triunfal.

Es exactamente lo que estás pensando, nena.

En ese preciso instante la puerta del despacho de Maritiman se abre y el gilipollas sale ajustándose la corbata atropelladamente. Debe de haber recibido la llamada de Tess. Quería asegurarme de que supiese que venía.

Cuanto antes entienda quién controla la situación aquí, mejor.

—Señor Riley —me llama solicito, pero ni siquiera me molesto en mirarlo. Sólo quiero mirarla a ella—, acaban de avisarme de que vendría.

—Señor Maritiman.

Me obligo a girarme hacia él. De reojo puedo ver cómo Maddie se levanta todavía conmocionada.

Adoro que su cuerpo reaccione al mío de esa manera cuando estamos juntos.

—¿En qué puedo ayudarlo? —El gilipollas está pletórico—. ¿O sólo ha venido a visitar a una vieja empleada? —pregunta con una sonrisa intentando parecer gracioso. No lo consigue.

—¿Una vieja empleada? —inquiero fingiéndome despreocupado, conteniéndome porque no puede creer que la haya usado en su propio beneficio. La simple idea me pone hecho una furia, pero me recompongo rápido. Estoy aquí por un motivo, no pienso permitir que Roy Maritiman lo eche a perder.

—Maddison —continúa el muy imbécil señalándola como si fuera un objeto propiedad de su estudio— trabajaba para usted.

Decido ignorarlo, estoy a punto de darle la paliza de su vida, y me centro en ella.

—¿Trabajaba para mí? —La torturo un poco más—. ¿Contabilidad?

—Era la ayudante del señor Sandford —replica con una sonrisa fingidamente solícita.

Hacerla rabiar es lo más divertido del mundo. Podría pasarme horas viéndola fruncir el ceño o suspirando hondo para no soltarme lo primero que se le pasa por la cabeza.

Finalmente resopla exasperada y yo sonrío impertinente. Ahora mismo me está costando un mundo no follármela encima de la mesa.

—¿Ah, si? —comento al fin—. Ahora tiene otra —miento como si tal cosa.

Me mira indignadísima y mi sonrisa se ensancha. Aprovecho que Maritiman está ocupado con la otra secretaria y me inclino discretamente sobre ella.

—Pero no tiene esas piernas tan increíbles —susurro.

Estoy tan cerca que puedo sentir sus cálidos labios rozando los míos. Huele de maravilla, joder.

Maddie suspira pero reacciona veloz y entorna la mirada. Mi sonrisa brilla presuntuosa y sé que ahora le gustaría asesinarme con sus propias manos. Me lo estoy pasando de cine, joder.

Maritiman vuelve a prestarnos atención y yo elimino cualquier emoción de mi rostro.

—Será mejor que me acompañe a mi despacho —me propone—. Maddison, por favor, cancela todas mis citas para esta mañana.

Maddie asiente, pero es obvio que no le cae bien. No es capaz de disimular cuando algo no le gusta.

Maritiman me indica que lo siga y yo, a regañadientes, lo hago. No quiero separarme de ella. Por un momento una idea cruza mi mente como un ciclón. Podría cogerla de la mano ahora mismo, montarla en el jet y llevármela a París. Protestaría y seguramente me llamaría capullo o algo por el estilo, pero tendría ocho horas de vuelo para convencerla. También serían ocho horas perfectas para recuperar el tiempo perdido. Llevo nueve putos días sin tocarla y la hecho demasiado de menos.

Cuando estoy a punto de subir el primer escalón, me vuelvo y camino de nuevo hasta ella.

—Señorita Parker —la llamo a la vez que me inclino sobre ella para

que ninguna de las personas curiosas que nos observan puedan escuchar nada—, dijiste que me querías, no pienso rendirme.

Sus ojos verdes se abren preciosos y absolutamente abrumados por mis palabras. Por un momento vuelvo a sentirme invencible y simplemente quiero follármela hasta que comprenda que tenemos que estar juntos. Sin embargo, dejo que el control, poco a poco, se adueñe de mi cuerpo, me giro despacio y vuelvo con Maritiman. Soy plenamente consciente de que podría haberla besado en ese mismo instante, pero es más divertido ponerla al límite. Quiero que me desee tanto que se olvide de todo lo demás, que le cueste trabajo respirar.

Entro en el despacho con paso decidido y ocupo la silla al otro lado de su mesa. Tengo muy claro lo que quiero que Maritiman haga. El gilipollas es todo sonrisas. No lo soporto, pero me sirve para mis propósitos y pienso manipularlo hasta que los consiga.

—Y dígame, señor Riley, ¿en qué puedo ayudarlo? —me pregunta dándose mucha más importancia de la que tiene.

Joder, en nada si no fuera porque tienes la cosa más bonita sobre la faz de la tierra trabajando para ti.

—Estoy interesado en que su estudio diseñe unos edificios para mi empresa.

Sonríe encantado y yo me obligo a hacer lo mismo.

—¿Está al corriente de nuestros trabajos anteriores?

¿En serio? Este tío no es sólo un arquitecto pésimo, sino que encima es su peor publicista, porque, sí, conozco ese edificio horrendo, y no es algo de lo que sentirse orgulloso.

—Por supuesto. Nunca le ofrezco a alguien trabajar para mí si no

conozco a la perfección su trayectoria, señor Maritiman.

Mi tono se ha vuelto más intimidante. Me mira nervioso. Mejor.

—De todas formas —añade intentando buscar las palabras adecuadas.

Me tiene miedo y eso va a facilitarme mucho las cosas—, me gustaría, si

no tiene inconveniente, enseñarle el portafolios del estudio. Le pediré a

Maddison que lo traiga.

Asiento con la expresión fría. Así podré verla.

Pulsa el intercomunicador y le pide que venga. Apenas un minuto

después, llaman a la puerta. No puedo evitar que una media sonrisa se escape de mis labios. Él está a punto de darle paso, pero entonces ella abre

y cierra malhumorada, lo que hace que mi sonrisa se ensanche. Ese

pequeño detalle sólo me ha demostrado que pensaba exactamente en lo

mismo que yo cuando ha llamado a la puerta.

Maritiman está diciendo una estupidez acerca de lo apropiado que es

su estudio para el trabajo. No lo escucho, no me interesa, y mucho menos

ahora que ella está aquí. Su olor lo inunda todo.

Maddie avanza hasta colocarse frente a Maritiman. Está enfadada,

muy enfadada. Me barre de arriba abajo con esos ojos verdes, destilando

hostilidad. Sólo consigue que mi sonrisa se vuelva aún más arrogante.

Que esté tan enfadada sólo hace que quiera llevarla contra la pared y

subirle despacio el vestido, levantarla a pulso y dejar que esas preciosas piernas rodeen mi cintura, oírla susurrar mi nombre, joder, sentir cómo se

corre. Estoy deseando meterla en mi cama.

Suspira y yo me relamo.

—Maddison —la llama Maritiman.

Ella da un suave respingo, como si saliera de un sueño, y yo tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no levantarme y besarla. Es jodidamente perfecta. Nunca me cansaré de repetírmelo.

Se ruboriza pero aguanta el tipo. Entonces cuadra los hombros y recuerdo cuántas veces la he visto hacer ese simple gesto, su particular mensaje al mundo, como si con él quisiese decir que vuelve a la casilla de salida dispuesta a tirar de nuevo, que no va a rendirse. Creo que eso es lo que más me gusta de ella, por los motivos que me permito reconocer y por los que no.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Maritiman? —inquiere dispuesta a fingir que no existo.

Yo la observo divertido.

—Trae mi portafolio. Quiero que el señor Riley le eche un vistazo a nuestros últimos proyectos.

Asiente y va hasta el pequeño mueble junto a la puerta. Se agacha y comienza a buscar los documentos que le ha pedido. Con el movimiento, el vestido se le sube ligeramente y veo la piel suave de su muslo. Ella también se da cuenta y coloca bien la tela en un gesto lleno de perfección.

Me pierdo en su cuello, en su pelo, en toda la dulzura y sensualidad que desprende cada centímetro de su cuerpo.

Se me pone dura de golpe, joder.

—Como le decía, quiero que se encargue del rediseño de uno de los edificios de White Plains —comento intentando recuperar el control de la situación.

La deseo, pero ella también me desea a mí y pienso hacerla arder por combustión espontánea.

—Sin duda ha tomado la decisión acertada. Nuestro estudio realizará un trabajo impecable.

Una sonrisilla llena de malicia se escapa de los perfectos labios de Maddie y automáticamente el gesto se refleja en los míos. Sigue siendo mi preciosa niña impertinente. No quiero que pierda eso jamás, aunque a veces me vuelva completamente loco.

—Mañana podemos reunirnos en sus oficinas para que me dé las especificaciones y detalles del proyecto.

Muerto antes de pasar otros diez minutos con este gilipollas.

—De hecho, no es necesario —respondo—. No quiero que pierda el tiempo con algo que claramente no está a su altura.

Maritiman sonríe encantado. Manejarlo va a ser más fácil de lo que pensaba.

—Podría enviar a su secretaria —continúo—. ¿Maddison? —la llamo, volviéndome hacia ella otra vez con una insolente sonrisa en los labios.

Ella entorna la mirada y soy plenamente consciente de que ahora mismo se está mordiendo la lengua para no llamarme gilipollas.

—Maddie —me corrige finalmente con una fingida sonrisa.

—Ella podría ir a los edificios —sigo prestándole de nuevo mi atención a Maritiman—. Yo mandaré a alguien de mi oficina. Pondrán la información en común y recopilarán todas las especificaciones que sean necesarias.

Sonríe de nuevo. En estos instantes el gilipollas se siente alguien importante.

—Maddison —la llama—, vas a encargarte del proyecto del Riley Group —le informa—. Sólo de la primera fase, naturalmente.

Ensancha su sonrisa henchido de sí mismo. Es un auténtico imbécil con demasiada suerte en la vida. Maddie tiene muchísimo más talento de lo que él tendrá jamás. El sentimiento de aversión porque trabaje para alguien como él vuelve como un ciclón.

—¿Cuándo quiere la primera reunión? —le pregunta Maddie.

Su voz me saca de mis pensamientos.

—¿Qué tal mañana mismo? —respondo adelantándome—. Este proyecto me tiene algo impaciente.

Sueno más divertido de lo que pretendía, pero es que acabo de decidir dónde vamos a llevar a cabo esa reunión.

—Maddie, cancela todo lo que tengas para mañana —se apresura a decirle—. A primera hora tendrás que estar en el trescientos veintiuno de la calle White Plains.

Ella asiente y yo me levanto a la vez que golpeteo suavemente mis muslos con las palmas de las manos.

—Perfecto, entonces —sentencio.

Maritiman me tiende la mano y no tengo más remedio que estrechársela. Maddie aprovecha el pequeño revuelo para regresar a su mesa.

Me acompaña hasta la puerta. El gilipollas se deshace en sonrisas y

halagos prematuros a un trabajo que obviamente no pienso dejar que haga.
No voy a permitir que esos edificios carguen con un arquitecto tan inútil.
Si fuese necesario, le daría las especificaciones más detalladas y concisas del mundo, aunque espero no tener que llegar tan lejos.
No puedo negar que está siendo divertido, pero no pienso dejar que Maddie trabaje aquí ni un segundo más de lo estrictamente necesario. Este capullo ni siquiera merece respirar el mismo aire que ella.
Sin quererlo, he perdido la mirada en Maddie y sólo me doy cuenta de que lo he hecho cuando ella alza la cabeza y deja que mis ojos atrapen los suyos. Debí imaginar que esos ojos verdes serían mi perdición desde la primera vez que la vi.
Sonrío porque no puedo hacer otra cosa. Quiero tocarla, besarla, follármela, pero, sobre todo, quiero que vuelva a casa y continuemos donde lo dejamos. No he tenido nada tan claro en toda mi vida.
Roy Maritiman me dice cualquier estupidez y yo decido prestarle atención. Quiero que la señorita Maddie Parker se derrita un poco más.
Justo antes de salir del estudio, me giro y me dirijo hacia ella. Vamos a poner la deliciosa guinda al pastel.
—Señorita Parker —la llamo—, he pensado que la primera reunión mejor la llevaremos a cabo en la 76 Este, en el numero treinta y cinco.
Me mira confusa.
—Es el hotel Carlyle —comento con el mismo tono travieso—. ¿Ha estado alguna vez?
Maddie vuelve a asesinarme con la mirada y mi sonrisa vuelve a ensancharse arrogante. Ha reaccionado exactamente como quería.

—No, no he estado —responde a regañadientes.

—Le encantará. Se lo aseguro.

Su mente se evade en el recuerdo de la *suite.* Parece que oír el nombre de ese hotel tiene el mismo efecto para los dos.

—Señorita Parker —la llamo de nuevo.

Maddie regresa de su sueño con corsés y cadenas de oro de Cartier y

otra vez el animal que llevo dentro se relame. Pronto volverá a correrse

entre mis brazos exactamente en esa misma cama.

—Hotel Carlyle, a primera hora —contesta fingidamente mecánica y

fingidamente displicente.

Me acaba de demostrar que ella también se muere de ganas de que

vuelva a llevarla otra vez a esa *suite.*

—Eso es —respondo mientras golpeo rítmicamente la madera de su

mesa con mis dedos.

Le dedico la sonrisa que sé que hace que le tiemblen las rodillas y

salgo del despacho.

Voy a torturarla, señorita Parker.

Ya es hora de que le demuestre quién sigue siendo el jefe.



13

Maddie salió huyendo del encuentro con Ryan en el Carlyle; sin embargo,

él no se ha rendido. Da igual que la pillara cantando a pleno pulmón que

jamás volvería con él, porque, cada vez que han estado solos en su despacho, aunque sólo haya sido por un momento, Maddie ha bajado la

guardia y le ha dejado ver todo lo que sigue sintiendo por él.

Tras demasiados Martini Royale, Lauren le propone a Maddie buscar a Sting tirando piedrecitas a todas las ventanas del lujoso barrio de Chelsea. Todo va bien hasta que llegan a la 29 Oeste. Maddie reconoce la casa de Ryan, pero eso no es un impedimento para Lauren, quien considera que es una buena idea probar suerte también en esa ventana.

—¿Otro bourbon, capullo? —pregunta Bentley.

Asiento. Él me devuelve el gesto y se estira para coger la moneda de un cuarto de dólar del parqué y enseñármela entre los dedos índice y corazón. No sé en qué momento decidimos sentarnos en el suelo, pero fue una gran idea.

—Un solo intento —me advierte.

Asiento de nuevo. Un solo intento es suficiente. El capullo aún no se ha dado cuenta de que nunca va a ganar.

Coge la moneda y, tras asegurarme de que ha ideado un nuevo método infalible, apunta, la lanza, rebota contra el impoluto suelo y falla estrepitosamente cayendo a varios centímetros del vaso.

Sonrío con malicia. Bentley, enfurruñado, recupera el cuarto de dólar y me lo entrega sin ninguna amabilidad. Yo recoloco mi espalda en el sofá, miro el vaso, cierro los ojos y lanzo la moneda. Cuando la oigo tintinear contra el cristal, sonrío y los abro absolutamente encantado conmigo mismo y, sobre todo, con la cara de gilipollas que se le acaba de quedar a Bentley.

—Bastardo arrogante de mierda, ¿tenías que cerrar los ojos?

Sonrío de nuevo.

—Con el hielo justo, capullo.

Bentley se levanta a regañadientes del suelo. Trata de darme una patada, pero la esquivo sin problemas. Mi sonrisa se ensancha y él suelta algo a medio camino entre dos tacos sin mucho sentido. El jodido nunca ha tenido buen perder.

Lo observo alejarse camino de la cocina y echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el sofá. Cierro los ojos un segundo y, en cuanto los abro, los clavo en el techo y resoplo con fuerza. Hoy han pasado demasiadas cosas, estos últimos días en realidad. No tendría que haberla seguido hasta el ascensor después de que me oyera discutir con Spencer.

Sencillamente volví a perder el control, pero, cuando hice el dibujo del edificio de White Plains, ella me miró de esa manera, como si todavía creyese en mí, como me miraba en la *suite* del Carlyle, en Santa Helena, como me miraba en este mismo salón antes de que yo lo jodiese todo.

Me llevo las palmas de las manos a los ojos.

Quiero que entienda que tenemos que estar juntos. La jodí, lo sé, pero tiene que parar de ser tan cría y dejar que lo arregle. Resoplo. Voy a arreglarlo.

—Eh, tú —me llama Bentley sacándome de mi ensoñación—, cuando dejes de pensar en lo azul que es el cielo y en lo bonitas que son las flores, avísame.

Yo alzo la cabeza y lo fulmino con la mirada mientras él me tiende la copa y vuelve a sentarse a mi lado.

—Si alguien me hubiese dicho hace un par de meses que te vería así, le habría mandado de cabeza al psiquiatra.

—Estoy como siempre —me defiendo malhumorado.

¿En qué puto momento he accedido a hablar de cómo estoy?

—Es cierto, perdona. Estás como siempre —se apresura a repetir

burlón.

Me humedezco el labio inferior lentamente. No quiero hablar y él

sabe que no quiero hacerlo. Está empezando a agotar el mínimo margen

de maniobra que tiene por ser mi mejor amigo.

—Aunque, si estás como siempre —añade incombustible haciendo

hincapié en la última palabra—, ¿por qué ya nunca vienes a mi oficina?

—Bentley, joder —mascullo.

Esto ha dejado de tener gracia. No voy a su condenada oficina porque

odio ver la mesa de Maddie vacía.

—Contesta a una puta pregunta.

—¿Vas a estar incordiándome mucho rato? —replico.

Es una maldita tortura.

—Sólo quiero que me digas cómo estás.

—Estoy bien y tú no eres mi niñera. No necesito una, joder.

¿Qué pretende que le diga? ¿Que la echo tanto de menos que me

duele? ¿O que estoy a punto de volverme loco por no poder tocarla, verla

sonreír, dormir a su lado?

—Vi a Maddie salir de tu despacho el otro día, la vi cantando a pleno pulmón que jamás volvería contigo y sólo Dios sabe lo que pasó cuando

os visteis en el Carlyle, así que deja de ser tan cerrado, vamos a bebernos

estos dos vasos de bourbon y dime cómo coño estás, porque soy tu mejor

amigo y sé que, cada vez que la ves marcharse, te destroza un poco más.

Pierdo mi mirada al frente y tenso la mandíbula. Tiene razón, pero

eso no cambia las cosas y hablar de ellas tampoco va a hacerlo. Observo el vaso y jugueteo con él entre mis dedos. Le doy un trago, vuelvo a dejarlo en el suelo y, despacio, recupero la moneda de cuarto de dólar bajo su atenta mirada.

—¿Al mejor de tres? —pregunto.

Bentley me mira un instante, parece estar calibrando si darme cuerda o no. Finalmente sonríe y se incorpora.

—Al mejor de tres —sentencia.

Estoy a punto de hacer rebotar la moneda cuando Finn se detiene a unos metros de mí. Inmediatamente centro mi atención en él y en el iPad que lleva entre las manos.

—Señor Riley, alguien está tirando piedrecitas a la ventana de su dormitorio.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. ¿Que alguien qué? Vivo en Chelsea, no en Brooklyn en 1950. ¿Qué gilipollez es esa?

Finn trata de disimular una sonrisa y comienza a caminar hacia mí tendiéndome la tableta.

—Me temo que las responsables son la señorita Parker y la señorita Stevens.

Al oír sus palabras, los dos nos levantamos de un salto. Tomo el iPad e inmediatamente veo la imagen de la cámara exterior de la casa. Maddie y Stevens están en mitad de la acera hablando y riendo. Sonrío. ¿Qué hace aquí?

Le entrego la tableta de vuelta a Finn y con paso acelerado voy hasta

la puerta principal. Mi mano ya rodea el pomo cuando me freno en seco. Antes de salir ahí fuera, necesito controlar al crío de quince años en el que parezco convertirme cada vez que estoy cerca de ella.

Abro la puerta y doy un paso hacia el exterior. Todo mi cuerpo se revoluciona. Está preciosa, joder, riéndose, siendo la cría de veinticuatro años que, a pesar de que a veces me vuelva loco, me hace jodidamente feliz.

—Señorita Stevens, señorita Parker.

Me cruzo de brazos y me apoyo en el marco de la puerta. Disfruto de la dulce sensación de mi voz paralizando su cuerpo. Mi imaginación vuela libre y me dibujo bajando los siete escalones que me separan del suelo, caminando hasta ella, tomándola por la cadera, besándola, tocándola, follándomela.

Podría estar haciéndolo toda la maldita vida.

—¿No es un poco tarde para estar tirando piedras a una ventana? —pregunto y soy plenamente consciente de lo arrogante que suena mi voz. Quiero que ella también lo sienta.

—Supongo que eso depende de lo decente que sea la ventana —responde Maddie sin pensar y automáticamente se arrepiente de lo que ha dicho.

Stevens rompe a reír. Nuestras miradas se encuentran y, sin quererlo, una sincera sonrisa comienza a dibujarse en mis labios, aunque logro ocultarla a tiempo. Es sencillamente adorable y yo sólo quiero llevarla de vuelta a mi cama, a mi casa y a mi vida.

Bentley pasa tras de mí, me da una palmadita en la espalda y se reúne

con Lauren en la acera.

—Vámonos a casa —le dice.

Lauren asiente no sin cierta dificultad. Es obvio que las dos han bebido bastante. Aprieto la mandíbula. Si no se hubiese desinhibido por culpa del alcohol, no hubiese venido hasta aquí, pero no me hace la más mínima gracia imaginármelas borrachas y solas por cualquier calle.

Podrían haber acabado en manos de un pirado.

A veces puede ser una inconsciente, joder.

Me tenso hasta que todo mi cuerpo se agarrota. Puedo sentir la rabia llenándome los pulmones. Que esté protegida y a salvo es innegociable.

Stevens le susurra algo a Maddie antes de que Bentley la obligue a echar a andar. Ella asiente muy concentrada y la observa alejarse. Inocente, alza su mirada y deja que la mía la atrape por completo. Por un momento se queda absolutamente embelesada. Mi sonrisa se vuelve más dura.

Siempre he aprovechado lo que despierto en las mujeres a mi favor, pero con ella es diferente. Subo al siguiente peldaño, el león ruge y sólo puedo pensar en torturarla, en hacer que el deseo haga que le sea difícil incluso respirar.

Bajo las escaleras despacio, sin liberar su mirada. Me freno a unos centímetros de ella y todo mi cuerpo protesta. Nunca me cansaré de pensar que está hecha con la medida exacta para volverme completamente loco.

No digo nada. No quiero y ella no se lo ha ganado. Tomo su mano y tiro de ella. Subimos las escaleras en silencio.

—¿Estás enfadado? —pregunta tímida.

A lo nerviosa que está se le suma el alcohol y se traba al final de la

última palabra.

—¿Tú qué crees?

Si estuviésemos juntos, ahora mismo estaría atada al cabecero de mi cama recibiendo el correspondiente castigo por haber sido tan imprudente de andar borracha y de noche por la ciudad.

Saluda avergonzada a Finn y me sigue hasta la cocina sin decir una palabra.

Supongo que podría ponérselo un poco más fácil, explicarle por qué estoy molesto, pero eso tampoco quiero hacerlo, tampoco se lo ha ganado.

La llevo hasta la isla de la cocina y le suelto la mano, dejándola junto a uno de los taburetes. Voy hasta la nevera, cojo una botellita de San Pellegrino sin gas y le hago un mínimo gesto con la cabeza para que se siente. Todo mi cuerpo se ha despertado desde que está aquí, pero la idea de que se haya puesto en peligro me está carcomiendo por dentro.

Maddie no me obedece. Quiere demostrarme que puede mantenerse sublevada. Yo la observo y, sin quererlo, voy relajándome instantáneamente. Mi cocina, toda mi maldita casa, comienza a cobrar sentido porque ella está aquí.

Mira la botellita de agua como si se hubiese escapado de un desierto. Quiere cogerla, lo sé, pero también tengo claro que no quiere claudicar. Resopla, vuelve a mirar la botellita y finalmente la coge sin sentarse y le da un largo trago.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto.

Se le escapa una sonrisilla increíblemente impertinente.

Señorita Parker, está jugando con fuego.

—¿Una pregunta? —replica aún más insolente—. Qué interesante

viniendo de quien nunca quiere contestar ninguna.

—Maddie —la reprendo.

Puede que me haga gracia que intente defender su postura, pero no

pienso permitir que se tome más licencias de las que yo decida darle.

Además, soy plenamente consciente del efecto que, en contra de su voluntad, tiene ese tono de voz en particular.

—Si quieres preguntar, puedes hacerlo —me explica ceremoniosa—,

pero eso no significa que vaya a contestarte.

Su voz suena afectada por el alcohol, tiene las mejillas sonrosadas y,

aunque lucha contra ello, una tenue sonrisa no deja de dibujarse en sus

labios. Sin quererlo, acabo imitando su gesto.

—Además, no pienses que he venido hasta aquí por ti —continúa

tratando de sonar displicente—. Lauren buscaba a Sting. Yo sigo enfadada

contigo y te agradecería que me dejarás seguir estándolo.

Está tan convencida de que eso es lo que quiere que mi sonrisa se

ensancha y toda mi expresión acaba relajándose. Además, la imagen de la

loca de Stevens y su preciosa cómplice tirando piedrecitas a cada ventana

del barrio de Chelsea en busca de Sting es bastante adorable.

—Tienes que dejar de sonreírme y de tocarme y de susurrarme cosas,

por favor —me pide, casi me suplica, con la misma importancia que si

fuese la paz mundial.

Si no estuviese borracha y no me hubiese prometido darle tiempo, me

la follaría sobre la encimera de la cocina.

—¿Algo más?

Lo piensa un segundo.

—Sí —contesta muy convencida—. ¿Sería posible que dejarás de oler tan bien?

¿Qué? Mi sonrisa se ensancha hasta casi reír. Joder, quiero follármela y, de paso, tengo que emborracharla más a menudo. Es todavía más adorable y más sexy. Algo que pensé que jamás sería posible.

—Tengo la sensación de que todos mis problemas vienen porque eres demasiado guapo, demasiado bueno en la cama y hueles demasiado bien.

No le voy a negar ninguna de las tres cosas.

Vuelvo a sonreír arrogante.

—No puedo controlar que seas injustamente atractivo —continúa e incluso lo hace un poco enfadada. Me lo estoy pasando en grande—, pero sí puedo intentar mantenerme alejada de ti. Así que, si pudieras hacerme el favor de no oler tan deliciosamente bien, te lo agradecería.

Ya no puedo aguantar más y, despacio, rodeo la isla de la cocina para acercarme a ella con el paso amenazador, dejando que el león tome forma. Soy la fiera acorralando a su presa y sé que ella ahora mismo no puede prestar atención a otra cosa que no sea yo.

Se me ha puesto dura de golpe.

—¿Y puedo saber cómo piensas mantenerte alejada de mí? —susurro, deteniéndome a escasos centímetros de ella.

La miro a los ojos. La deseo.

—Lo estás haciendo otra vez —musita, casi tartamudea.

—No estoy haciendo nada. Ni siquiera te estoy tocando.

Por supuesto que lo estoy haciendo y por supuesto que soy plenamente consciente de ello.

Me perteneces, nena, y voy a asegurarme de que sientas ese torbellino arrasándote por dentro cada vez que esté cerca el resto de tu vida.

—Sí, pero sigues teniendo el control —murmura serena y convencida. Por un momento parece que la euforia y la insolencia provocadas por el alcohol se han evaporado—. ¿Cómo es posible que hayamos roto, que me haya marchado y que tú sigas teniendo el control?

Porque contigo es en lo único en lo que puedo pensar.

Porque me haces sentir invencible.

Alzo la mano y la llevo hasta su cadera. Gime bajito y el león ruge tan alto que lo eclipsa todo. La atraigo hasta mí. Su respiración se acelera y nuestros alientos se entremezclan. Necesitaba tocarla, joder, lo necesitaba tanto como necesito respirar.

—Porque algunas cosas, Maddie, sencillamente son así.

Hemos hablado el león, el deseo y yo.

Me inclino para besarla, pero en el último instante me detengo haciendo acopio de todo mi autocontrol. Ha bebido y yo no puedo aprovecharme de eso.

—Ryan, ¿por qué no me besas?, ¿es que ya no quieres hacerlo?

Su voz es tímida, apenas un susurro lleno de deseo. Otra vez esa combinación perfecta de dulzura e inocencia y una sensualidad arrolladora.

Joder, me lo está poniendo demasiado difícil.

—Quiero besarte, acariciarte, follarte, quiero hacerlo todo contigo,

Maddie.

Nunca he tenido nada tan claro en toda mi vida.

—Pero ahora estás borracha y cansada. Necesitas dormir —sentencio.

Maddie suspira decepcionada y yo vuelvo a sonreír tratando de

calmar todo el deseo y la adrenalina caliente que fluyen en mi interior.

Antes de que mi cuerpo me convenza de que estoy haciendo una estupidez, cojo su mano y la llevo hasta el dormitorio.

—Un caballero llamaría un taxi para que me llevara a casa —

comenta a unos metros de mi habitación.

—Los dos sabemos que yo no soy ningún caballero —replico

divertido—, y tú no quieres irte a casa.

Nos detenemos bajo el umbral con la misma sonrisa en los labios. Sé

que quiere que la bese, que la meta en mi cama, que la toque. Yo también

lo quiero, pero no así.

El ambiente, despacio, va llenándose de esa suave pero a la vez

intensa electricidad que nos ha rodeado desde la primera vez que la vi.

Maddie suspira bajito y, como siempre, tiene un eco directo en mi

cuerpo.

—Duérmete —le pido.

Mi voz se ha convertido en un susurro ronco y sensual.

Ninguno de los dos se mueve un mísero ápice.

Vuelvo a alzar la mano lentamente y acaricio efímero su cadera con

la punta de los dedos.

Joder. Joder. Joder.

Tengo que parar. Tengo que controlarme. Controlar al león. A ella.

—Ryan, por favor, bésame —susurra.

Sus palabras se han llenado de esa sumisión que sólo ella sabe crear.

No se trata de que de repente seamos amo y sumisa, es la forma en la que parece decirme sin palabras que está entregándose a mí por completo, que está dispuesta a darme todo lo que yo quiera coger, que es mía, que me quiere. Todavía recuerdo cuando me dijo que me quería. Lo recuerdo todos los putos días.

Posesivo, aprieto mis dedos en su cadera. Estoy a punto de mandarlo todo al diablo y simplemente hacer lo que llevo queriendo hacer desde que la vi alejarse en aquel taxi. Mi otra mano vuela hasta su nuca y se pierde en su pelo. Brusco, la atraigo hacia mí. Estamos demasiado cerca. La deseo demasiado.

¡Joder!

—Duérmete —repito apelando a todo mi autocontrol.

Me aparto y me dirijo hacia las escaleras a la vez que me paso las manos por el pelo. Si no me voy ahora, no seré capaz de irme nunca. Su suspiro decepcionado está a punto de hacerme volver sobre mis pasos y besarla con fuerza, follármela contra la puta pared.

Me encierro en mi estudio y me dejo caer en mi sillón de ejecutivo.

Tengo que enterrarme en trabajo y olvidarme de que ella está arriba.

Sonrío irónico. Menuda gilipollez. Es absolutamente imposible que olvide que Maddie está en mi cama. Tengo que esperar a que se duerma y después comportarme de una vez como se supone que debo comportarme y

dormir en la habitación de invitados. Apoyo los codos en la mesa, me

paso las manos por el pelo y dejo mis sienes escondidas entre ellas a la vez que resoplo. Ni siquiera debería pisar la planta de arriba. Debería

dormir en un puto hotel.

No sé cuándo decido subir y no sé cuándo decido entrar en mi

habitación simplemente a asegurarme de que todo está bien. Cuando se

trata de Maddie, decir que tengo fuerza de voluntad es ser jodidamente

amable.

Sin embargo, toda la batalla interna desaparece en cuanto la veo. Está

en el centro de mi cama. Ha cogido mi almohada y se ha acurrucado

contra ella. El pelo le cae indomable sobre la frente y sigue teniendo las mejillas sonrosadas, con los labios ligeramente entreabiertos. La cosa más

dulce del mundo vuelve a estar en mi cama y todo sencillamente es como

tiene que ser.

Ni siquiera se ha quitado los zapatos. Despacio, me inclino sobre ella

y me deshago de sus sandalias. No se despierta. La miro. Quiero que esté

cómoda. Si la dejo así, lo más seguro es que se despierte en plena noche y

se marche. Sonrío con malicia. Sé exactamente lo que tengo que hacer

para asegurarme de tenerla toda la noche en mi cama.

Voy hasta una de las cómodas, saco una camiseta cualquiera y la dejo

sobre el lecho. Avanzo por su cuerpo hasta que mis rodillas flanquean sus

caderas y vuelvo a inclinarme sobre ella. Agarro el bajo de su vestido y con las dos manos, despacio, voy remangándolo, recogiendo la prenda

entre mis dedos y, ¿por qué no?, disfrutando del tacto de la tela y de cada

centímetro de su piel que descubro.

«No vas a tocarla, Riley.»

Ése es mi puto mantra ahora mismo.

Trago saliva al descubrir sus bragas de algodón de color verde manzana. Por Dios, ¿eso son lacitos? Ahora mismo no sé si adoro mi vida o la odio por completo.

Continúo subiendo y finalmente le saco el vestido por la cabeza. Dejo caer la prenda sobre el colchón y la observo. Sólo quiero contemplarla un segundo… un maldito segundo, un jodido segundo. Alzo la mano y, lentamente, acaricio el borde de sus bragas. Mis dedos se pierden en uno de esos condenadamente sexis lacitos y jugueteo con él. Podría despertarla. Podría besarla hasta despertarla. Podría embestirla, que se despertase con un grito de placer en los labios.

Aparto la mano y cierro los puños con fuerza.

«No vas a tocarla, Riley.»

Me paso la mano por el pelo, cojo la camiseta y se la pongo con cuidado. Me echo a un lado y suavemente la deslizo por el colchón hasta acomodarla en la parte superior. Cuando ya me he mentalizado para separarme y salir de la habitación, puede que incluso del país, ella suspira en sueños y sonríe. Involuntariamente mis labios imitan su gesto. Sin darme cuenta, nuestras caras están a la misma altura y su perfecto cuerpo envuelto en mi camiseta de Columbia está debajo del mío. Tengo la sensación de que ella también está donde quiere estar. Le aparto el pelo de la cara y por otro segundo simplemente la contemplo. Vuelve a suspirar y murmura mi nombre. En ese momento caigo fulminado y automáticamente comprendo que nada conseguiría sacarme de esta cama.

Me tumbo a su lado e inmediatamente ella se acurruca junto a mí.

Todo mi cuerpo se tensa. Sé lo que quiero hacer y también que no puedo

hacerlo. La acomodo contra mi pecho y, despacio, deslizo la mano hasta

perderla en el bajo de mi camiseta. Maddie recibe con un gruñidito de

aprobación mis caricias en la parte baja de su espalda y yo poco a poco voy relajándome, dejando que el deseo indomable se traduzca en la paz

serena y llena de placer de tenerla entre mis brazos, en mi cama.

Mi móvil suena en el bolsillo de mis vaqueros. Lo saco rápidamente

y corto la llamada. De inmediato miro a Maddie imaginando la paliza que

pienso darle a quien quiera que haya llamado si ha llegado a despertarla.

Por suerte sigue durmiendo.

Sonrío como un idiota, feliz, y me inclino sobre ella. Llevo once días

sin besarla. Mis labios ya casi sienten los suyos, pero en el último instante

me separo y me levanto. Me alejo un paso de la cama aún observándola a

la vez que me paso las manos por el pelo. Llevo once días sin besarla y,

cuando lo haga de nuevo, quiero que todo le dé vueltas.

Me doy una ducha rápida y me visto con uno de mis trajes de corte italiano. Prescindo de la corbata. Hoy no pienso pasar por la oficina.

Tengo otros planes. Haciendo un titánico esfuerzo, vuelvo a alejarme de la

cama y de Maddie y bajo al estudio con la sonrisa en los labios y su

vestido en la mano. Tengo muchas cosas que preparar.

Lo primero que hago es llamar a Alain Prost, el director ejecutivo de

La Perla. Tras diez minutos de conversación, consigo lo que quiero.

La idea es hacerme un poco el duro, dejar que se despierte sola y baje

a buscarme. Torturarla un pelín. Pero no soy capaz de seguir mi propio

plan y, antes de darme cuenta, estoy subiendo las escaleras persiguiendo mi canto de sirena particular.

Entro en la habitación en el mismo instante en el que ella sale del vestidor. Aún lleva mi camiseta y está jodidamente sexy. Automáticamente me la imagino exactamente así en mi viejo apartamento del West Side. Ella aún en la universidad. Yo trabajando como arquitecto para mi propio estudio. Uno que habría abierto al margen de mi padre y su dinero.

Saboreo esa sensación y dejo que se extienda por todo mi cuerpo.

—Buenos días —digo siendo consciente de la sonrisa algo dura que está asomando en mis labios.

—Buenos días —responde y por un segundo su mirada ensimismada se pierde en mi boca.

En ese preciso instante las preciosas mejillas de Maddie se tiñen de rojo y tengo clarísimo que acaba de recordar que está medio desnuda en mi habitación. No puedo evitar que mi sonrisa se ensanche absolutamente encantado y ella me fulmina con la mirada.

—¿Dónde está mi ropa, Ryan? —inquiere cruzándose de brazos, tratando de demostrarme cuánto me odia ahora mismo.

Que esté enfadada sólo es una diversión extra.

—La señora Aldrin debe de estar haciendo la colada —contesto sin darle la mayor importancia.

—Ryan —protesta aún más indignada si cabe—, no puedo creerme que me quitaras la ropa.

Ese simple comentario me pone de mal humor. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

—Deberías agradecérmelo —replico, y soy plenamente consciente de lo arrogante que sueno. No me importa. Tengo razón—. Podría haberte dejado desnuda.

Ella abre la boca indignadísima, furiosa y exasperada. Son los resultados del encanto Riley.

—Eres un capullo —sisea.

De nuevo quiere parecer mínimamente intimidante y otra vez fracasa estrepitosamente. Cada vez que se enfada así conmigo, sólo puedo pensar en follármela.

—Yo no fui quien se presentó borracha tirando piedrecitas a mi ventana.

Otra vez sueno arrogante y otra vez me importa bastante poco.

—No fui yo. Fue Lauren —se defiende.

Stevens… voy a tener que subirle el sueldo por idear semejante estupidez y arrastrar a Maddie con ella.

—¿Y lo de suplicarme que te besara?

Su enfado acaba de recrudecerse. Si pudiera, ahora mismo recurriría a la violencia física conmigo.

—¿Sabes? —continúo acercándome a ella despacio, sin dejar de sonreír tan presuntuoso como soy capaz. Joder, me lo estoy pasando de cine—. Estabas adorable pidiéndome que no oliera tan bien.

—Eres odioso —masculla.

Sin dudarlo se dirige al vestidor.

Esto ha dejado de tener gracia. No pienso dejar que se marche de aquí.

—¿Adónde crees que vas? —rujo.

—Me marcho —responde impertinente.

—No vas a irte.

—Voy a irme, Ryan.

Joder, de eso nada.

Camino hasta ella y, justo antes de que se pierda en el interior del

vestidor, la cojo de la cintura y la llevo hacia la cama. Ella patalea con fuerza. No me supone ningún esfuerzo. No va a salir de mi maldita cama.

No he tenido nada más claro en toda mi vida.

—Y yo te he dicho que no vas a moverte de aquí —replico tirándola

contra el colchón.

Antes de que pueda escapar, sujeto las muñecas a ambos lados de su

cabeza y la inmovilizo. Una sonrisa de lo más impertinente se dibuja en

mis labios. Esta situación me trae muy buenos recuerdos.

—¿Sabes cuánto tuve que contenerme ayer para comportarme como

un buen chico?

—¿Buen chico? —pregunta socarrona, ahogando una sonrisa

nerviosa en un suspiro—. Tú ni siquiera sabes lo que significan esas dos

palabras.

Joder, la echo de menos. La echo de menos en todos los putos

sentidos.

—Pasa el día conmigo.

Lo digo sin pensar porque no necesito hacerlo para saber

exactamente lo que quiero hacer ni con quién quiero hacerlo.

—No pienso pasar el día contigo —masculla.

Está todavía más enfadada. Torturarla es una puta delicia.

—Me debes una y pienso cobrármela —sentencio—. Te vas a divertir, nena.

Abre los ojos como platos. Esta indignadísima, a punto del colapso me atrevería a decir.

—No me llames nena —se queja tratando de liberar sus manos.

—No sé por qué, ahora me están entrando muchas ganas de dejar de contenerme.

Me dejo caer un poco más sobre ella. Su respiración se corta de golpe y se queda muy quieta. El deseo la ha sacudido de golpe. Otra prueba más de que me echa tanto de menos como yo a ella. Sin embargo, no sigo. Todavía no.

Nena, pienso hacer que supliques.

Cuando se da cuenta de lo está pasando, entorna la mirada y trata de liberarse de nuevo.

—Eres un pervertido —protesta.

Sonrío una vez más.

Pienso salirme con la mía, Maddie Parker. Vas a pasar el día conmigo.

Despacio, me dejo caer sobre ella, abriéndome paso entre sus piernas. Su cuerpo vuelve a reaccionar. Quiere luchar, resistirse, pero no puede. Eso es lo mejor del jodido universo. La señorita Parker no es capaz de resistirse. No es capaz de decirme que no cuando estamos tan cerca, y eso juega claramente a mi favor.

—Está bien —se rinde malhumorada—. Pasaré el día contigo.

Sabe que está a punto de caer, a punto de volver a suplicar. Joder, se me acaba de poner dura de golpe.

—Dame tu palabra.

Quiero follármela. Quiero hacerla gritar. Quiero que no pueda

pensar en otra puta cosa.

—¿Qué? —inquiere, no porque no me haya oído, sino porque está

perdida en la sensual idea de mis caderas meciéndose entre las suyas.

—Eres una chica del sur —argumento socarrón—. Sé que esas cosas

son importantes para vosotros.

—Soy de Carolina.

Soy plenamente consciente de que mentalmente acaba de llamarme

gilipollas.

—Para mí, todo lo que esté debajo de la Segunda Avenida es sur

profundo —replico.

Sueno presuntuoso y divertido. Consigue que me relaje y me deje

llevar. Con Maddie lo paso verdaderamente bien y es algo más que lo

estrictamente sexual.

Ella ríe escandalizada y al final acaba luciendo una preciosa y sincera

sonrisa. Yo no pierdo un solo segundo y atrapo mi mirada con la suya.

Quiero disfrutar del mejor espectáculo del mundo.

—Te doy mi palabra —sentencia fingiéndose exasperada.

—Perfecto —replico con mi mirada atrapando aún la suya.

Maddie gime bajito y yo necesito controlarme para no besarla y

follármela hasta que los dos perdamos el maldito sentido.

Me levanto de un salto y me dirijo hacia la puerta. Tengo un plan.

Tengo el control sobre la situación. Y pienso disfrutarlo.

—Ponte uno de tus vestiditos —le ordeno girándome apenas a un

paso de la puerta.

Ella se incorpora y se queda sentada en la cama.

—¿Quieres que te torture? —pregunta burlona.

Me humedezco el labio inferior y saboreo la suave sensación de

todos mis huesos gritando su nombre.

—Lo estoy deseando.

En mitad del salón respiro hondo a la vez que me paso las manos por

el pelo. Miro hacia abajo y resoplo de nuevo al ver mi polla a punto de

reventar mis carísimos pantalones a medida y probablemente mis putos calzoncillos suizos de doscientos dólares. A veces me pregunto si

torturándola a ella no me estaré torturando a mí también.

No ha pasado mucho, pero ya estoy de los nervios cuando oigo sus

Oxford resonar contra cada escalón que baja. Estoy deseando que vea la

sorpresa que le tengo preparada, aunque, como con la tortura, no tengo

claro cuál de los dos va a disfrutar más.

En cuanto sus preciosos pies dejan atrás el último peldaño, me busca

con la mirada. En el instante en que nuestras miradas se encuentran,

sonrío. La miro de arriba abajo y no puedo evitar que mi sonrisa se vuelva

más satisfecha, casi orgullosa. Es preciosa.

Sé todo lo que está sintiendo ahora mismo y también sé que yo soy el

responsable. Por eso, cuando suspira fingidamente displicente y deja caer

los brazos junto a los costados, sólo consigue que tenga aún más ganas de

cargarla sobre mi hombro y encerrarnos en la *suite* del Carlyle dos malditas semanas.

—Ya estoy lista —comenta arisca—. ¿Adónde vamos?

Sonrío.

Ésa es una información que no pienso darte, todavía.

—No tienes porqué saberlo —replico insolente.

Maddie va a protestar, pero yo sonrío de la forma que sé que debo hacerlo y la cojo de la mano tirando de ella para que me siga. Soy plenamente consciente de lo que esa sonrisa provoca en las mujeres, aunque hace exactamente cincuenta y dos días que dejaron de interesarme. Cuando entramos en el ascensor, se zafa de mi mano y se separa unos pasos. Se centra en la puerta de acero fingiendo que ahora mismo ni siquiera compartimos continente. Yo me dedico a observarla y disfruto de cada centímetro de su cuerpo. Me pierdo en sus piernas, en su culo redondo y algo respingón. Recuerdo cuántas veces las palmas de mis manos se han anclado en él para levantarla a pulso y embestirla contra una pared. Sigo hacia arriba. Sus caderas, sus pechos de la medida exacta de mis manos, el hueco de su clavícula, su cuello. Decido ponerle las cosas un poco más difíciles y doy un paso hacia ella.

—¿No piensas hablarme? —pregunto socarrón.

—Tengo que pasar el día contigo. No dijiste nada sobre que debiese ser amable —responde sin apartar su mirada de las puertas.

Sonrío de nuevo. La señorita Parker me está poniendo las cosas difíciles y no podría desearla más.

Cubro la pequeña distancia que nos separa y suavemente me inclino sobre ella. Absolutamente a propósito, dejo que mis labios rocen su piel

justo bajo su oreja. Maddie se muerde el labio inferior para contener un gemido y lo que no puede controlar es cómo su piel comienza suavemente a temblar.

—Eso es cierto —digo dejando que mi voz ronca se impregne en su piel y la coloque un poco más al borde del abismo—, pero apuesto lo que quieras a que dentro de poco volverás a suplicarme para que te bese.

Maddie gime de nuevo. Despacio, bajo mi mano por su costado disfrutando de cómo su cuerpo va tensándose a mi paso hasta que llego al centro de su vientre y abro posesivo la palma, dejando que su calidez atraviese el vestido y caliente mi piel.

—Para que mis dedos se marquen en tu cadera, para que me sientas dentro. Otra vez dejándome que haga contigo lo que quiera. Muy bueno y muy duro, Maddie.

Las puertas se han abierto, pero Maddie está tan conmocionada por cada una de mis palabras que ni siquiera se da cuenta. Está a punto de dejarse llevar.

Sonrío.

Todavía no, nena. Aún falta lo mejor.

Sin decir una sola palabra más, salgo del ascensor. Maddie me mira boquiabierta.

Aquí mando yo, nena.

Nos acomodamos en la parte de atrás del Audi. El motor se enciende con un suave rugido y *Maps,* [4] de Maroon 5, comienza a sonar.

—¿Vas a decirme ya adónde vamos? —inquiere impaciente y malhumorada.

—No —respondo sin asomo de duda.

Esto está comenzando a molestarme. ¿Por qué no puede sonreír y disfrutar? No voy a llevarla a la guillotina y ella debería recordar que nunca la he obligado a hacer nada que no deseara. Me molesta cómo me ve en ocasiones.

—Antes no te costaba tanto dejarte llevar —añado arisco.

—Y así acabé —dice perdiendo la mirada en la ventanilla.

Se está comportando como una cría.

—Maddie —la reprendo.

—Maddie, ¿qué? —replica mirándome de nuevo.

Frunzo el ceño imperceptiblemente mientras me esfuerzo en leer en su mirada. Ya no estoy enfadado o por lo menos no lo estoy con ella. La jodí. Lo tengo cristalinamente claro. Me lo repito cada maldito día. Me arrepiento de cada palabra que dije, de cómo me comporté.

Resoplo con fuerza y, antes de que ella pueda siquiera verlo venir, la cojo de la cintura y la siento a horcajadas en mi regazo. Maddie suspira y sé que lo ha hecho por la sensación perfecta que acaba de arrollarnos por dentro a los dos. Está donde tiene que estar. Es la verdad más cruel y aplastante que he entendido en toda mi vida.

—Maddie —vuelvo a llamarla sumergiendo las manos en su pelo.

Mi voz ha cambiado, se ha llenado de deseo, de todo lo que siento por ella.

Ella me mira. Vuelve a sentirse tímida, abrumada, y algo dentro de mí vuelve a relamerse por ello.

Acabo de darme cuenta en este puto instante de que podría pasarme toda la vida con ella entre mis brazos, pero el coche se detiene sacándome de mi ensoñación.

La dejo de nuevo en su asiento sin separar nuestras miradas. Maddie también podría quedarse en mi regazo toda la vida. Lo sé.

Salgo del vehículo. Maddie me sigue y mira a su alrededor desconcertada hasta que la fachada de una de las tiendas de la 14 Oeste llama su atención.

—Ryan —musita atónita.

No sabe qué decir y ésa es justamente la reacción que quería.

—Hoy me perteneces —digo atrapando su mirada por completo—. Hoy eres mía.

No hay un solo atisbo de duda en mi voz. La necesito, joder. La necesito tanto...

Sus ojos verdes se clavan en los míos y en ellos tampoco hay ninguna duda, ningún remordimiento.

—De acuerdo —musita llena de seguridad.

Cojo su mano y cruzamos de prisa la calle. Está nerviosa. Quiero que lo esté. Quiero que lo desee, que lo imagine, que se impaciente pensando todo lo que pienso hacerle dentro de la *boutique* de La Perla.

—Espérame aquí —le pido dejándola en el centro de la tienda.

Me acerco a una de las dependientas bajo la atenta mirada de Maddie. Ella ya sabe quién soy y ya ha recibido la oportuna llamada de Alain Prost. Todo está saliendo exactamente como quiero.

Camino de nuevo hacia Maddie. Aún no he llegado hasta ella cuando

el sonido sordo del pestillo de la puerta principal cerrándose resuena en toda la tienda. Maddie abre la boca sorprendida y una sonrisa suave, perfecta y sincera se dibuja en sus labios.

—Ryan —susurra perpleja.

Sonrío. Sólo quiero darle el mundo entero y esta tienda me parece una forma fantástica de empezar.

—Quiero que te pruebes toda esta ropa para mí —le ordeno con mi voz impregnada de toda la sensualidad que ella misma me provoca.

Mis manos acarician suavemente sus caderas.

Dos dependientas se acercan hasta nosotros con las sonrisas más solícitas del mundo.

—¿Tiene una idea de lo que desea comprar? —le pregunta una de ellas.

Maddie suspira. No sabe qué contestar.

—No —responde al fin negando también con la cabeza.

La impaciencia empieza a recorrer cada centímetro de mi cuerpo.

Acaricio una vez más su cadera, dejando que mi pulgar se pierda perezoso en su piel, y, sin más, camino hacia un inmenso sofá blanco justo en el centro del vestíbulo al que dan los elegantes probadores. Todo en esta tienda, incluyendo una mesa redonda y dorada de estilo *vintage*, parece estar diseñado para sumergirte de lleno en uno de esos anuncios de La Perla en lo que todo son piernas larguísimas y carísima lencería italiana.

Las dependientas guían a Maddie por la tienda. Yo la sigo con la

mirada y ella camina para mí. Desde que pusimos un pie aquí, toda la sensualidad del ambiente se ha traducido en la manera en la que mis ojos dominan los suyos.

Un par de minutos después, pasa a mi lado camino de los probadores. Las dependientas le abren el paso. Cada una lleva al menos una decena de conjuntos.

Maddie se encierra en uno de los probadores. Las dependientas me sonríen, pero yo ni siquiera las miro. No me interesan lo más mínimo.

—¿Todo está a su gusto? —me pregunta una de ellas.

Asiento

—Si necesita cualquier cosa, estaré encantada de atenderle personalmente.

Me humedezco el labio inferior. Lo que yo necesito jamás podría encontrarlo en alguien como ella.

—Pierdes el tiempo y la clase. Lárgate. —Ni siquiera me molesto en mirarla.

Tengo a Maddie. Nunca necesitaré nada más.

La dependienta se marcha y yo me concentro en lo único que me interesa ahora mismo: una chica preciosa con más de una veintena de conjuntos de lencería. Me acomodo en el asiento y estiro uno de los brazos sobre la espalda del sofá. Quiero verla. Quiero verla ya.

Sale con el paso lento y tembloroso. No es consciente de lo jodidamente sexy que está con ese conjunto de lencería negro con encajes por todas partes que lleva. Por eso me gusta todavía más. Por eso no es como esa dependienta. Por eso me vuelve completamente loco.

Me llevo el reverso del índice a los labios y una sonrisa se apodera de ellos. La recorro de arriba abajo con la mirada. Un brusco suspiro atraviesa mi garganta. No podría ser más atractiva, más sensual. Levanto la mano y le hago un gesto para que se gire. Ella obedece inmediatamente.

—¿Te gusta? —pregunta en un susurro.

¿De verdad tiene que preguntármelo? ¿Acaso no es obvio?

Asiento despacio y mi mirada se oscurece.

Maddie regresa al probador. Solo de nuevo, respiro hondo y trato de controlar al león. Esto es sólo el principio y pienso saborear cada segundo.

La puerta vuelve a abrirse. Su pecho se mueve con fuerza, preso de su respiración acelerada, perfectamente envuelto en seda azul.

Sólo necesito un segundo. Mi respiración también se descontrola.

—Gírate —le ordeno.

Mi voz suena ronca por el deseo.

Obedece.

Me relamo.

—¿Te gusta? —inquiere de nuevo.

Cierro los puños con fuerza. Tengo que mantener el control.

—Sí.

No puedo levantar mis ojos de ella mientras camina de vuelta al probador. La puerta se cierra. El león ruge. Tocarla. Lamerla. Follármela.

No puedo pensar en otra cosa.

La elegante madera lacada en blanco se abre una vez más y se me pone dura de golpe. Sólo puedo ver encaje y seda de un perfecto color

rojo. No le demuestro cómo me siento. No le dejo que vea que estoy a punto de abalanzarme sobre ella, que el león y yo estamos bordeando un peligroso límite.

Maddie traga saliva. Está sobrepasada como yo. Lo desea como yo.

—Ven aquí —le ordeno.

Suspira y, despacio, camina hacia mí. Soy plenamente consciente de que me está suplicando sin palabras que haga con ella lo que quiera, que le recuerde que me pertenece y, joder, pienso hacerlo despacio, disfrutando de cada gemido, haciendo que se corra tantas veces que casi no pueda respirar.

Se detiene frente a mí y yo me levanto triunfal.

Es mía. Sólo mía.

—Gírate —le ordeno de nuevo.

Maddie obedece una vez más. Suspira. Me desea. Alzo la mano lentamente y coloco el dedo índice entre sus perfectos pechos. Lo bajo torturador, casi agónico, hacia su vientre. Su suave piel se llena de luz, brilla por donde mi mano avanza.

—Ryan —murmura.

No puede más. Yo tampoco puedo más. El león no puede más.

Recorro el camino a la inversa y llego hasta su mandíbula.

—¿Qué quieres?

Quiero oírselo decir. Quiero que me suplique.

La obligo a alzar la cabeza al tiempo que me inclino sobre ella.

Quiero que me sienta tan cerca que no pueda pensar.

—A ti —responde con la voz rota de deseo.

Sonrío fugaz, duro, salvaje.

—Te dije que suplicarías —susurro.

Gime bajito. Estaba luchando por no dejarse llevar, pero acaba de

perder la batalla.

—Así que dímelo otra vez. —No quiero que dude—. ¿Qué quieres,

Maddie?

Estrecho su cuerpo contra el mío. Gime de nuevo.

—Te necesito a ti, señor.

Sus palabras me llenan como me han llenado pocas cosas en mi vida.

Me dijo que me quería. No pienso olvidarlo. Estas palabras sólo son una traducción de aquellas otras. Mi mano se desliza por su cuello. Gime. Me

dijo que me quería. Me hizo más feliz que en toda mi vida.

La beso con fuerza, desbocado. El deseo nos consume a ambos. Me

muevo con dureza. Las fronteras entre el dolor y el placer se difuminan,

se entrelazan y todo, absolutamente todo, vale más la pena. Por eso ni

siquiera miré a la dependienta. Por eso nunca miraré a ninguna otra chica.

Ella es mi luz, mis fuegos artificiales, lo único que necesito, lo único que

quiero.

Una verdad me sacude, pero no soy capaz de atraparla o, quizá, no

quiero.

Ahora sólo quiero perderme en Maddie.



14

Maddie siente que no puede volver con Ryan, pero él no se lo pone nada

fácil, haciéndola caer en sus brazos una y otra vez. Sin embargo, ella

sigue sintiendo un cristalino temor que le impide dejarse llevar. Tampoco quiere retomar su trabajo en *Spaces.* Ryan decide hacerle ver a su manera

que su sitio está en su revista y consigue que Roy Maritiman la despida.

Mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Rechazo

la llamada y me guardo el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

Pierdo la mirada en la ventanilla. Estamos en un atasco en mitad de la

Quinta. El tráfico en Manhattan a esta hora es delirante, pero por primera

vez no estoy de un humor de perros por eso o, por lo menos, no sólo por

eso.

Roy Maritiman es un inútil. Cuando le he dicho que debía despedir a

Maddie, no lo ha dudado. Es lo que quería, pero ni siquiera me lo ha

discutido. El muy gilipollas no sabe la suerte que tenía de tener a alguien

como ella de secretaria. He estado a punto de partirle la cara allí mismo.

El coche arranca y vuelve a detenerse apenas unos metros después.

Suspiro hondo y me agarro las sienes con los dedos de la mano. Finn

cuadra los hombros y me mira fugaz por el espejo retrovisor. Cree que

estoy molesto por el tráfico. No tiene ni idea. Nadie tiene ni puta idea de

cómo se siento ahora mismo. La echo tanto de menos que me duele, joder,

y, cuando esta mañana se ha marchado enfadada y dolida de la sala de

reuniones, demasiadas emociones que no logro entender me sacudieron.

Odio decepcionarla. Odio la manera en la que me mira cuando lo hago y,

sobre todo, odio cómo eso me hace sentir. Antes de conocerla nunca me

había importado lo que nadie pensara de mí.

Llego a la oficina más tarde de lo que esperaba y demasiado

enfadado para aguantar gilipolleces de nadie. Cuando Moore y Straussman

se me acercan sonriendo como si tuvieran algo de lo que sentirse orgullosos, los fulmino con la mirada y se dan media vuelta. No son más que dos ejecutivos demasiados pagados a los que ni siquiera entiendo por qué no he despedido ya.

Me meto en mi despacho y doy orden a Tess de que nadie me moleste. Sin embargo, no han pasado ni quince minutos cuando la puerta se abre de golpe. Alzo la cabeza arisco y sorprendido lo justo para ver cómo Maddie, más furiosa de lo que la he visto nunca, agarra una pequeña escultura de cristal de Mel Bochner y, sin dudarlo, me la tira directamente a la cabeza. Reacciono a tiempo y me agacho protegiéndome con el antebrazo. La figura se estrella contra la pared y se hace añicos a mi espalda.

Pero, ¡¿qué coño?!

—¿Es que quieres matarme? —pregunto casi en un grito.

—¡Sí! —contesta llena de rabia.

Imagino qué le pasa, pero me da exactamente igual. No voy a permitir que entre aquí y se comporte de esa manera. Va a tener que darme muchas explicaciones.

Me levanto despacio, amenazante, y rodeo mi mesa hasta colocarme frente a ella. Me mantiene la mirada. Está nerviosa, furiosa.

—Has hecho que me despidan —se queja enfadadísima.

—Sí, joder, lo he hecho. —Volvería a hacerlo. ¡Lo he hecho por ti!—.

Tu sitio no está en ese estudio de mala muerte. Está aquí, en la revista.

—Ryan, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que no quiero tener nada que ver contigo ni con tu maldita revista?

Resoplo brusco. ¿Por qué coño no puede entender que es aquí donde

debe estar?

—¿Y qué quieres hacer? ¿Seguir trabajando toda tu vida para un

imbécil como Roy Maritiman?

La miro y una idea cruza mi mente como un ciclón. Me niego a

creerlo, joder.

—¿Acaso te gusta? —inquiero arisco.

Si me dice que sí, juro por Dios que volveré al despacho de ese

gilipollas y le daré la paliza de su vida.

Las manos me arden.

Maddie me mira y otra vez veo toda esa decepción en sus ojos verdes.

Suspiro despacio y toda la rabia se transforma en algo más profundo.

¿Cómo he podido ser tan capullo de ni siquiera pensarlo?

—No, claro que no.

Su voz se entrecorta y yo me siento como el mayor hijo de puta sobre

la faz de la tierra. Ella no se lo merece, joder. Yo no me la merezco.

—Por Dios, Ryan, basta ya. Basta ya de toda esta locura, porque no

puedo más. Rompimos. Tú —continúa haciendo especial hincapié en esa

palabra— me dejaste, así que tienes que dejar de hacer esto.

Tiene razón y yo nunca he tenido tan claro que debería mantenerme

alejado de ella.

Maddie suspira con fuerza. Está exasperada, cansada de todo esto.

Doy un paso hacia delante para hacer lo único que sé hacer para mantenerla a mi lado, pero ella rápidamente lo da hacia atrás.

—Demonios, Ryan, no se te ocurra tocarme —dice tratando de que su

voz suene lo más firme posible.

Odio que no me deje tocarla.

—Vuelve a la revista.

Sé que no he usado el tono más amable, pero no quiero serlo. Quiero que entienda de una jodida vez que su sitio está aquí.

—No puedes decidir por mí —me recuerda.

—Pues entonces empieza a tomar buenas decisiones.

¿Por qué tiene que ser tan testaruda? Es una maldita cría.

Ella ahoga una sonrisa nerviosa en un suspiro aún más nervioso y cabecea un par de veces.

—¿Y cuál se supone que sería una buena decisión? ¿Regresar aquí? ¿Volver a dejar que hagas conmigo lo que quieras cuando quieras?

¿Por qué siempre tiene que pensar que lo único que me interesa de ella es el sexo? Quiero que vuelva porque necesito que vuelva, joder. Necesito poder verla cada día, saber que está a salvo, que tiene todo lo que necesita. Por eso he comprado su maldito apartamento. Ya le he hecho demasiado daño.

Maddie me mira esperando a que diga algo, pero no pienso hacerlo. Cuidar de ella es algo que me concierne a mí, no es su problema, así que no hay nada de qué hablar.

—Te odio, Ryan. —Su voz vuelve a entrecortarse, pero no es de dolor, sino de rabia, y eso me mata por dentro—. Te juro que a veces en lo único en lo que puedo pensar es en irme al aeropuerto y montarme en el primer avión a cualquier parte sólo para alejarme de ti de una vez por todas.

Sale de mi despacho como un ciclón y yo dejo que lo haga.

Observo la puerta abierta y suspiro con fuerza. Ahora mismo no

puedo evitar recordar las palabras de Bentley: le estoy destrozando la

vida, joder.

Me dejo caer en mi sillón de ejecutivo y apoyo los codos en mis

piernas entreabiertas uniendo los dedos al final. Tengo que alejarme de

ella, eso es lo que debería hacer, pero es que sencillamente ya no puedo hacerlo. Veo el edificio Chrysler erguirse entre los otros edificios y

romper el cielo de Manhattan. Así es exactamente cómo me sentí cuando

me dijo que me quería. Me sentí invencible.

No puedo permitirme perder eso.

Bajo como una exhalación al parking y lo cruzo con el paso

decidido. George me sigue unos metros preguntándome si puede

ayudarme, pero ni siquiera le contesto.

El motor del BMW ruge y salgo a toda velocidad del garaje. Esquivo

a los coches sin bajar un ápice la velocidad. Tengo que verla. Sé que lo del

aeropuerto ha sido sólo una amenaza, pero la idea de que desaparezca

como cuando se escondió en los Hamptons me está volviendo loco.

Fueron los cinco peores días de toda mi maldita vida.

Una nube de taxis me corta el paso en los cuatro carriles de la

Séptima. Toco el claxon, pero es inútil.

Joder. Joder. Joder.

Valoro seriamente la posibilidad de dejar el coche tirado y seguir

andado, llegaría antes al Village. Un Honda a mi espalda comienza a

moverse dando marcha atrás. Miro por el espejo retrovisor y lo imito.

Enfilo la 21 y salgo disparado.

Aprieto el acelerador.

No voy a perderla.

Un Chevrolet sale de un garage. Lo esquivo. A pesar de la velocidad a la que voy, el coche me responde. El motor ruge. Los frenos. Luces. Las llantas rechinan contra el suelo. Un camión.

Te quiero, Maddie.

Abro los ojos y pestañeo un par de veces. Un hombre vestido con una chaqueta de FedEx no para de preguntarme si estoy bien, pero lo siento lejos, como si hablara envuelto en una neblina. ¿Dónde coño estoy? ¿Qué ha pasado? Aturdido, me llevo la mano a la frente y, al bajarla, tengo sangre en los dedos. El hombre comienza a gritar que no me mueva. Miro hacia delante. El morro de un camión de reparto está hundido en el frontal de mi coche.

Respiro hondo y un dolor sordo y agudo me atraviesa las costillas.

¡Joder!

Pestañeo.

La neblina se disipa.

—No se mueva, señor —me dice el repartidor—. La ambulancia está a punto de llegar.

—¿Dónde estoy? —pregunto, y mi voz suena ronca, como si acabara de salir de una gripe.

—En Manhattan, en la 21. Ha tenido mucha suerte. Podría haberse matado.

Asiento y abro la puerta empujándola con el hombro. El repartidor

está a punto de sufrir un infarto. No para de repetirme que podría tener una hemorragia interna. Saco el móvil y llamo a Finn. No pienso

quedarme aquí un segundo más de lo necesario. Tengo que verla.

Miro a mi alrededor para cerciórame de que no hay otro coche

implicado o de que nadie más está herido. Observo al repartidor. No tiene

ni un rasguño. Eso me alivia.

Me apoyo en la carrocería de mi coche y vuelvo a tocarme la frente.

Tengo una brecha que no para de sangrar. El hombre deja de repetirme

que no me mueva y, resignado, me ofrece un pañuelo al tiempo que me

dice que se llama Manuel.

Yo lo acepto y me lo llevo a la frente.

—¿Tendrá problemas con eso? —le pregunto señalando el camión

con un leve movimiento de cabeza.

Él lo mira y frunce el ceño.

—No se preocupe —responde tratando de hacerme creer que no hay

ningún problema—. Lo importante es que usted esté bien.

En ese momento un bocinazo dispersa a la gente que curiosa ha

rodeado el accidente y el imponente Audi A8 se abre paso hasta quedarse a

unos metros de nosotros. Finn se baja a toda velocidad y se acerca a mí.

—¿Está bien, señor? —pregunta; parece realmente preocupado.

—Sí —contesto monosilábico a la vez que me incorporo.

Finn puede encargarse de toda esta mierda. Tengo que llegar al

Village. Camino hasta mi chófer y le obligo a seguirme unos pasos.

—Encárgate de todo, Finn. Yo tengo que marcharme.

Estiro la mano pidiéndole las llaves del Audi.

—¿No va a ir al hospital, señor? —me interrumpe entregándomelas.

Entorno la mirada y Finn rápidamente capta el mensaje y cuadra los hombros. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer y mucho menos alguien a quien pago un sueldo.

—La culpa del accidente ha sido mía, así que correré con todos los gastos —le comunico dando el primer paso hacia el coche.

Automáticamente recuerdo el pañuelo y me detengo en seco a la vez que me lo separo de la frente y me giro hacia Finn.

—El repartidor —digo escueto. Él mira a su alrededor y asiente al divisarlo—… dile que se presente mañana en las oficinas del Riley Group y después llama a mi hermano Spencer. Quiero que trabaje con nosotros.

Finn asiente de nuevo. Yo observo a Manuel a unos metros, contemplando el camión. Parece realmente angustiado y, sin embargo, estaba más preocupado por mí que por él.

—Llama a Montgomery, de las inmobiliarias. Que le busquen una casa en un buen barrio. Tendrá un montón de críos —añado mordaz para no pensar en lo que estoy haciendo—, que sea grande.

—Me encargaré de todo —responde Finn profesional.

Ahora soy yo el que asiente y, al fin, camino decidido hasta el coche. Que por lo menos alguien salga ganando con todo esto.

Estoy a punto de montarme en el Audi cuando distingo la cegadora luz de una ambulancia y la multitud vuelve a abrirse para dejarla pasar además de a un coche de policía.

Joder.

Me obligan a ir al hospital a pesar de que estoy perfectamente. En cuanto el médico me reconoce, firmo el alta voluntaria y me largo de allí.

Mi móvil comienza a sonar. Es Bentley. Finn es un maldito bocazas.

Me llama unas diez veces y las diez veces rechazo la llamada. No quiero hablar con nadie. Sólo quiero verla.

Me monto en el Audi y está vez llego al Village rápido y sin muchas dificultades. Aparco frente a su portal y salgo disparado del vehículo. El costado me duele con el movimiento, pero, tras una pequeña mueca, me sobrepongo. Sin embargo, justo antes de subir el primer escalón, me detengo en seco.

¿Qué estoy haciendo? Ella está furiosa, dolida, decepcionada, y yo casi acabo bajo un maldito camión. Esto es una locura, joder. Yo no pierdo el control así. Yo no soy así.

Echo la cabeza hacia atrás intentando volver a encontrar mi autocontrol, a entender de una jodida vez cómo son las cosas, a volver a ser Ryan Riley y no esta especie de crío que parece salido de una puta novela romántica... pero lo último que pensé cuando me estrellé era que la quería. Joder, ¿cómo se supone que voy a luchar contra eso?

Cierro los puños con fuerza.

Se acabó, Riley.

Y es precisamente por eso, porque yo no puedo permitirme querer a nadie.

Una calma serena y fría se apodera de todo mi cuerpo y un dolor diferente al físico vuelve a acomodarse bajo mis costillas. Maddie se merece ser feliz y yo tengo que empezar a comportarme como un hombre

de una jodida vez.

Me monto en el coche y regreso a Chelsea.

Finn y la señora Aldrin salen a mi encuentro cuando atravieso la puerta principal, pero no me detengo. Estoy bien, joder. No necesito hablar con nadie.

Me encierro en el piso de arriba e inmediatamente me sirvo un vaso de bourbon. Me lo bebo de un trago y el líquido baja ardiente por mi garganta. No me calma, pero por un solo segundo me ayuda a dejar de pensar. Joder, sólo quiero poder olvidarme de Maddie, de lo bien que me siento simplemente teniéndola cerca, de que hundirme en ella es lo único que me ha hecho feliz en seis putos años. Quiero olvidar los malditos fuegos artificiales.

Me sirvo otro bourbon.

Me quito la chaqueta y termino de aflojarme la corbata. Me desabrocho un botón más del cuello y me remango las mangas. Toda mi ropa está salpicada de sangre.

Cojo el vaso de bourbon y me meto en mi estudio. Tiro chaqueta y corbata sobre mi escritorio y me dejo caer en el sillón. Cierro los ojos y doy un trago.

Todo esto es una locura, una maldita locura.

No me gusta sentir lo que siento.

No quiero sentir lo que siento.

Sólo quiero dejar de pensar.

La puerta del salón se abre y me sobresalta. Me levanto de un salto y mis costillas se resienten. Sea quien sea, pienso echarlo a patadas.

Salgo arisco, en guardia, pero todo se transforma cuando la veo a

ella. Está de pie junto a la isla de la cocina, acariciando las llaves de mi coche con la punta de los dedos. Parece preocupada de verdad y todo mi

cuerpo se enciende y la llama.

No quiero quererla, pero es algo que ya no puedo elegir.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con la voz fría e inexpresiva.

Necesito marcar las distancias.

Maddie se da la vuelta y me mira. Parece aliviada y yo sólo quiero

correr hasta ella y estrecharla contra mi cuerpo.

Se fija en mis heridas y en mi ropa manchada de sangre. También en

mi vaso de bourbon. Sé que le gustaría pedirme que dejara de beber. No

sería la primera persona que lo hace.

—Bentley está preocupado y me ha pedido que viniese —me explica

con voz neutra.

¿Sólo está aquí por eso? Joder, ¿en eso me he convertido? ¿En un

maldito favor que le hace a su jefe?

—Porque a ti no te importa lo más mínimo como esté —replico con

la voz endurecida.

Si sólo ha venido por eso, por mí puede largarse ahora mismo.

Ella entorna la mirada. Parece contrariada por mis palabras.

—Sólo le he hecho un favor a Bentley —se reafirma.

—Por supuesto —respondo e involuntariamente mi voz se llena de

cinismo—. Tú me odias y sólo quieres marcharte en el primer avión a

cualquier parte.

Sonríe fugaz, nerviosa y furiosa, pero al mismo tiempo parece caer

en la cuenta de algo.

—¿Por eso ibas conduciendo como un loco? —musita como si fuese incapaz de creerlo—. ¿Para poder llegar al aeropuerto porque pensabas que cogería un avión y no te diría dónde?

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea y me llevo el vaso a la boca. Me he comportado como un gilipollas. Lo sé perfectamente. No necesito que ella venga a recordármelo.

—Ryan, por Dios santo —protesta desesperada.

Ahora no sé si está preocupada o simplemente enfadada. De todas formas, ¿de qué coño se queja? ¡La culpa es sólo suya!

—¿Y qué querías que hiciera? Me dijiste que ibas a desaparecer —me quejo furioso.

—Podrías haberte matado —responde casi en un grito.

—¡Necesitaba saber dónde estabas!

Y me estaba volviendo loco la idea de perderte, joder.

Por un momento nos quedamos mirándonos a los ojos. Tiene la respiración acelerada. Está aún más furiosa, más dolida, que esta mañana.

Está sufriendo por mí. Por eso hice bien en no subir a su casa, pero al mismo tiempo necesito saber que todo tiene un sentido. Necesito volver a sentirme invencible.

—¿Por qué has venido? —pregunto con la voz endurecida y mi mirada atrapando por completo la suya.

Soy un hijo de puta egoísta.

—Ya te lo he dicho —responde automática.

—No, Maddie. Ése no es el motivo —la apremio.

Está abrumada, sobrepasada, y ese sentimiento que ahora sí sé identificar me remueve por dentro. Necesito estar con ella. Necesito que me deje tocarla, besarla, follármela. La necesito a ella, joder, de la manera que sea.

Doy un paso hacia Maddie. Suspira nerviosa, pero no se aparta.

—¿Por qué has venido? —repito.

Involuntariamente mi voz se ha agravado.

Toda la atmósfera se ha llenado de toda esa electricidad que siempre nos rodea. Maddie no aparta su mirada de la mía. Puedo sentir su respiración acelerada; joder, creo que podría sentir incluso el latir de su corazón, desbocado como el mío.

—Porque te quiero —responde con los ojos vidriosos, aún más furiosa—. ¿Es eso lo que querías oír? —inquiere llena de rabia.

Suspiro brusco. Un dolor duro, intenso, casi cortante, me atraviesa.

Es la chica más dulce del mundo y yo sólo sé hacerle daño. Nunca me lo voy a perdonar.

Suspira e intenta disimular cada uno de sus sollozos. No quiere llorar delante de mí.

—Maddie —la llamo intentando apaciguarla y algo en mi voz ha cambiado.

—Déjame en paz, Ryan.

Ojalá pudiera, joder.

Camino hacia ella, cojo su preciosa cara entre mis manos y la beso.

Ella me empuja y se zafa de mis brazos.

—No me toques. Hablo en serio —me espeta alejándose unos pasos.

Odio que no me deje tocarla. Es la única manera que tengo de demostrarle lo que significa para mí, cuánto la necesito, todo lo que la echo de menos, todo lo que la quiero. Joder, la quiero.

—¿Y qué es lo que quieres oír tú? —mascullo exasperado y arisco dejando caer los brazos contra mis costados—. ¿Que no soportaba la idea de no volver a verte? ¿Que me estaba volviendo loco?

No dice nada. Sus ojos verdes vuelven a llenarse de todo ese enfado, de esa rabia, pero también de ese dolor que me parte en dos. Todo sería infinitamente más fácil si no fuera tan dulce, si no despertara en mí esa necesidad de protegerla del mundo.

Agarra con fuerza la correa de su bolso y se vuelve sobre sus pasos.

—No voy a pedirte que te quedes, Maddie.

No voy a ponérselo tan fácil. No voy a besarla hasta que se olvide de todo. No soy ningún estúpido, sé que es lo que quiere oír, pero yo no puedo decírselo.

Mis palabras la frenan en seco y se gira despacio. Nuestros ojos se encuentran una vez más. Es jodidamente preciosa. La cosa más bonita que he visto en toda mi vida. Incluso ahora sé que jamás podría olvidarme de ella.

Sin decir nada más, giro sobre mis pasos y con el vaso de bourbon en la mano subo las escaleras, dejándola en el centro de mi salón.

Entro en mi habitación y, poco a poco, camino hasta la cómoda. Me detengo frente a ella, apoyo las dos manos sobre la madera de diseño y me inclino ligeramente. Todo mi cuerpo me está gritando que soy un auténtico gilipollas por no salir tras ella. Estoy haciendo el mayor esfuerzo de mi vida para no bajar las escaleras, cargarla sobre mi hombro

y traerla hasta aquí.

Hago más fuerza contra la madera. Todo mi cuerpo se tensa. La necesito, joder, y odio hacerlo.

En ese instante Maddie entra en el dormitorio y se detiene bajo el umbral de la puerta. Noto su mirada sobre mí. Me giro y rápidamente busco sus preciosos ojos verdes. Es mi vida. Es toda mi maldita vida.

Maddie baja la cabeza y desata nuestras miradas. Toda esa timidez que me vuelve loco reluce con fuerza.

Me despierta.

Me enciende.

—Ryan —murmura muy poco convencida—, no podemos seguir así.

Ahora que está aquí no pienso dejar que vuelva a apartarse de mí jamás.

—Lo sé —susurro acercándome a ella y tomando una vez más su cara entre mis manos—. Lo sé —repito justo antes de besarla.

La quiero, joder, nunca he tenido nada más claro en toda mi vida.

Son mis malditos fuegos artificiales.

Me despierto con ella entre mis brazos. Su espalda descansa contra mi pecho y nuestras piernas están enredadas. Hundo sus labios en mi pelo y la beso suavemente. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Todo lo que ha pasado hoy me ha dado demasiadas cosas en las que pensar. Me levanto con cuidado de no despertarla y me alejo unos pasos de mi propia cama. En otras circunstancias jamás me movería de aquí, pero sé que, cuando se levante, también necesitará un momento para pensar. Soy un egoísta de mierda, pero al menos le debo eso.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta cualquiera y bajo a mi estudio. No sé cuántas veces suspiro a lo largo de las escaleras.

Me dejo caer en mi sillón y comienzo a trabajar. Algo mecánico, aséptico, algo que me permita volver a tener una actitud objetiva. Necesito ser objetivo, conseguir serlo al margen de todo lo que ella me hace sentir.

Fracaso estrepitosamente.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo unos pasos tímidos acercarse a mi estudio. Llama suavemente a la puerta abierta.

—Hola —dice colocándose bajo el umbral.

—Hola —respondo permitiéndome perder mi mirada en ella.

Camina lentamente hasta situarse frente a mí. Recuerdo todas las veces que la he visto de pie en este mismo estudio, pidiéndome con una sonrisa que me fuese a dormir.

—Deberías ir al hospital a que te vieran las heridas.

—No es nada —respondo.

No quiero que te muevas. No quiero poder dejar de mirarte.

—Por lo menos deja que te cure ese corte.

Voy a decirle que no, pero, no sé por qué, cambio de opinión. Creo que es la manera en la que me mira.

Maddie sale con una suave sonrisa y regresa al instante comprobando los botes de un pequeño botiquín. El icono de correo electrónico vibra en la parte inferior de mi pantalla. Muevo el cursor. Maddie se sienta en mi mesa. Es un *email* de Mackenzie. Debe de ser la distribución de trabajo de los astilleros.

—Riley —me llama.

A regañadientes, dejo de mirar la pantalla y le presto atención a ella.

No me gustan nada los gráficos que acabo de ver. De pronto reparo en el bote que lleva en la mano.

—¿Qué haces con eso? —pregunto desconfiado.

—Es para curar la herida.

—No quiero que me cures la herida —gruño.

No pienso dejar que use eso conmigo.

Maddie pone los ojos en blanco divertida e, ignorando por completo

mis palabras, moja la gasa con la medicina. En cuanto noto la tela tocar la

herida sobre mi ceja, exhalo brusco y protesto. Joder, quema.

—Lo siento —susurra disimulando una sonrisa.

Se está cobrando venganza.

—Yo diría que estás disfrutando —replico contagiándome de su

sonrisa.

—Tanto se me nota —bromea.

De pronto, todo en lo que tenía que pensar cuando me levante,

sencillamente se esfuma. Alzo la mano y acaricio el bajo de su vestido. La

suave tela a cuadros se pierde entre mis dedos. Ella gime bajito y se

concentra aún más en mi herida. No quiere dejarme ver que le afecta.

—Te has vestido —pronuncio cada letra saboreando la atmósfera tan

íntima que se ha creado entre nosotros.

Me mira directamente a los ojos y, despacio, baja la mano con la

gasa.

—Sí —musita—. Voy a irme a casa.

No está convencida y yo no quiero que se vaya.

Me recuesto sobre el sillón y observo cómo, tímida, aparta su mirada de la mía, busca una tirita en el botiquín y me la pone. No puede evitarlo y vuelve a mirarme a los ojos. Sé que esto también le afecta. Sé que le gustaría ser más fuerte, como me gustaría serlo a mí, pero ninguno de los dos tiene escapatoria.



15

Harry Mills, el famoso arquitecto, le ofrece a Maddie un trabajo como secretaria.

Con motivo de la celebración de la buena acogida y todos los premios que está acaparando el artículo de Frank Gehry y la madre de Queens, *Spaces* organiza una fiesta nocturna en Central Park. Maddie acude con Lauren y los Hannigan, pero acaba coincidiendo con su nuevo jefe.

Cojo una nueva copa de *champagne* y le doy un trago. Sólo he accedido a venir a esta maldita fiesta para poder verla. Después de todo lo que pasó ayer, de que estampara mi coche contra aquella furgoneta de reparto, de que ella me dijese que me quería y volviéramos a acostarnos, estoy aún más nervioso, más acelerado. Sabía que tendría que volver a ganármela, pero, joder, me lo está poniendo muy complicado.

Es una maldita cría y yo la quiero y eso lo complica todo demasiado.

Uno de los concejales por Long Island y su mujer se acercan. Yo doy otro sorbo a mi copa y me contengo para no poner los ojos en blanco. No soporto a esta pandilla de gilipollas.

—Buenas noches, señor Riley —me saludan.

—Buenas noches.

Comienza a adularme para, dos frases después, hablarme de las necesidades que tiene su distrito y del dinero que eso implica. Deben de ser los únicos que aún no se han enterado de cómo funcionan las cosas conmigo y con mi empresa. Si su distrito, o cualquier otro distrito, necesita mi ayuda, la tendrá. Nueva York es mi ciudad y, como empresario, también es mi responsabilidad, pero el dinero irá a manos de quien deba ir, no a su bolsillo.

Un par de personas más se unen a la conversación. Esto es un maldito infierno. Sólo saben hablar de estupideces que no me interesan lo más mínimo. Lo único que quiero es ver a Maddie.

Pierdo mi vista en la inmensa carpa y no hay rastro de ella, pero entonces mi mirada se detiene en la pista de baile y creo que voy a volverme loco.

Maddie está allí. Está guapísima, joder. Los pulmones se me llenan de rabia. Está bailando con Harry Mills. Ella le sonríe. Es un maldito cabrón.

Sin ni siquiera despedirme, me alejo del grupo y dejo la copa sobre la bandeja del primer camarero que veo. Ahora mismo no puedo pensar y la verdad es que tampoco quiero.

Ella es mía. Maddie es mía.

Cuando llego a la tarima blanca, la rabia se hace aún más constante, más intensa, y todo mi cuerpo se tensa. No quiero que nadie la toque. Ningún gilipollas va a ponerle las manos encima. Me da exactamente igual quién sea.

—Maddie —la llamo.

Mi única palabra los detiene en seco. No digo nada más. No lo necesito, pero, juro por Dios que, si no se separa de ella, voy a golpearlo hasta que necesite una puta ambulancia.

Como si oyera lo que estoy pensando, Mills da un paso atrás. Yo clavo mis ojos azules más metálicos que nunca sobre los de ella. Mi cuerpo está en guardia. La adrenalina lo inunda todo. Ayer me dijo que me quería.

Tomo su mano y, con el paso firme y furioso, la guío entre las parejas que aún bailan. Acelero. Ni siquiera sé adónde vamos. Ahora mismo sólo quiero sacarla de aquí.

—Ryan —me llama, pero no me detengo—. Ryan, por favor.

Trata de zafarse de mi mano y yo me giro de inmediato.

La miro y vuelvo a darme la vuelta, a caminar tratando de recuperar el control. Ella consigue que se esfume, que desaparezca. Ayer casi me mato y, después todo el huracán, volver a sentirla otra vez. La puta montaña rusa. Bajar, subir, y otra vez caer en picado.

¡Va a volverme loco, joder!

Llegamos al césped. Maddie tira de su mano y definitivamente se suelta de mí, deteniéndose a mi espalda.

—Durante toda mi vida he mantenido el control, Maddie —pronuncio plenamente consciente de que mi voz suena endurecida—, pero tú vas a volverme completamente loco —sentencio furioso, girándome para que quedemos frente a frente. ¿Acaso no se da cuenta?—. ¿Qué hacías bailando con Mills?

—¿A ti qué te importa? —me espeta.

Y tiene el valor de parecer enfadada. Es una cría, una maldita cría, y

lo único en lo que puedo pensar es en cargarla sobre mi hombro,

llevármela a mi cama y follármela hasta que entienda que toda esta

estupidez de estar separados tiene que terminarse.

—Esto se acabó —rujo—. Te vienes a casa conmigo.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —sisea.

—Maddie —la reprendo.

—Ryan, tú me dejaste —replica alzando la voz—. Tú lo estropeaste.

Así que no puedes culparme por querer pensar las cosas ni puedes ponerte

celoso. Es un privilegio que ya no tienes.

La rabia crece, se expande, lo inunda todo. Fui un capullo y no voy a

perdonarme el daño que le hice, pero desde que la vi por primera vez supe que todo lo que me hacía sentir era diferente. La quiero, joder, puede que

haya sido tan estúpido de no entenderlo hasta ahora, pero no pienso

perderla.

—Eres mía, Maddie —contesto con una seguridad aplastante.

—No, no lo soy.

De eso nada. Va a serlo toda la vida. Igual que yo soy suyo. Ninguno

de los dos tiene elección.

—Claro que lo eres —doy un paso hacia ella y todo su cuerpo

reacciona al mío. No quiero que tenga asomo de dudas— y vas a venir a

Chelsea conmigo aunque tenga que llevarte a rastras.

Sonríe escandalizada.

—No te atreverás —me reta.

—Ponme a prueba. —Siento la arrogancia tomar por completo mi mirada y cada una de mis palabras—. Lo estoy deseando.

—No pienso ir.

Acabas de alegrarme el día, nena.

Antes de que pueda reaccionar, cubro la distancia que nos separa, la agarro por las caderas y la cargo sobre mi hombro.

—¡Ryan, estás loco! ¡Bájame!

Grita, patalea y me golpea con los puños, pero me da exactamente igual. No pienso soltarla.

Atravieso lo que queda de parque, salgo a la calle 65 y camino hasta el Audi A8. Finn está de pie junto al coche. Me observa boquiabierto un segundo y tarda otro más en reaccionar. Como se le ocurra insinuar que debería soltarla, lo despedido aquí mismo.

Le quito las llaves de la mano y rodeo el vehículo para llegar al asiento del copiloto. Maddie alza los brazos en indignadísima señal de protesta y yo me contengo para no darle un azote en el trasero, porque, si lo hago, sé que no va a ser sólo uno ni va a ser sólo eso y no pienso permitir que medio Central Park la vea correrse.

Abro la puerta del copiloto, la siento dentro sin ninguna delicadeza y cierro de un sonoro portazo.

¡Estoy muy cabreado, joder!

—No me lo puedo creer —farfulla.

Mientras vuelvo al asiento del piloto, la veo de reojo hacer el intento de abrir la puerta e inmediatamente echo los seguros. Cuando se da cuenta, resopla frustrada.

Me ajusto la chaqueta y al fin tomo asiento.

—¡Ryan, hablo en serio! —me grita en cuanto me monto—. ¡Déjame salir del maldito coche!

Suspiro hondo y arranco. No puede imaginarse lo poco que me importa que esté enfadada. Yo lo estoy mucho más.

La radio salta y suena *Crazy*, [5] de Gnarls Barkley.

Trato de tranquilizarme, de pensar en otra cosa, pero sencillamente no me puedo creer que se haya comportado como una maldita cría otra vez.

En menos de quince minutos llegamos a Chelsea. Antes de que detenga el coche del todo, tira de la manija y sale disparada. Yo freno de golpe y me bajo. ¿Dónde demonios se cree que va? La cojo de la muñeca y la llevo contra el lateral del Audi, acorralándola entre mi cuerpo y la carrocería.

Estoy furioso, a punto de estallar, y aun así el animal que llevo dentro se despierta y sólo puedo pensar en tocarla.

Odio que con ella todo sea así. Odio perder el puto control.

—Quiero marcharme —protesta furiosa—. No puedes retenerme aquí a la fuerza.

Sonrío fugaz y tosco y apoyo ambas manos en el techo del coche atrapándola aún más, acercándola aún más a mí, casi acariciando con la punta de los dedos todo lo que quiero, todo lo que deseo.

—¿Tengo pinta de que me importe? —susurro con la voz ronca, tratando de controlar todos los instintos que despierta en mí.

No levanto mis ojos azules de los suyos verdes. Su respiración convulsa se acelera todavía más y el león que llevo dentro ruge. La deseo,

joder, la deseo más que a nada.

—Ryan, esto es una locura —musita.

Que se sienta tan tímida, tan sobrepasada, es lo último que necesito

para dejarme llevar, para olvidarme de la pista de baile, de Mills, de mi enfado. Me calma y me enciende. Es mi infierno personal, porque ya no sé

vivir sin tocarla.

—¿El qué? —pregunto.

Mi voz ha cambiado porque ya sé, aunque ella todavía no lo haga,

que va a dejarme sentirla una vez más.

—Todo —se apresura a responder jadeante.

Es jodidamente perfecta.

Sonrío y la beso con fuerza, acelerado y salvaje. Le muerdo el labio

inferior sin ninguna delicadeza y ella gime en mi boca. El sonido vibra en

mi cuerpo, me atraviesa, me fulmina. La cojo en brazos y, con un

movimiento brusco, la levanto sosteniéndola contra el Audi, haciendo que

mi polla choque contra su sexo.

Nuestras respiraciones se entrecortan y separan nuestros labios.

Sumerjo mi mano en su recogido. Tiro de él para hacerle echar la

cabeza hacia atrás hasta casi apoyarla en el techo del coche y tener libre acceso a su cuerpo.

Gime. Rujo.

El deseo, el placer anticipado y su cuerpo están haciendo que el mío

arda.

La quiero.



16

Ryan y Maddie se acostaron en el parking de Chelsea. Él le pidió que se quedara a dormir, pero ella sólo necesitó un segundo en su dormitorio

para darse cuenta de que, a pesar de todo lo que habían discutido, de cuánto había luchado por mantenerse alejada de él, las cosas no habían

cambiado. Necesita que Ryan hable, que confíe en ella, así que, reuniendo

todo el valor que es capaz de esgrimir, Maddie se marcha a su

apartamento odiándose a sí misma por haberse quitado la posibilidad de

estar con Ryan una vez más.

Salgo de la ducha y me envuelvo una toalla blanca a la cintura.

Camino hasta el lavabo.

Afeitarme. Peinarme. Vestirme.

Seguir adelante con mi maldita vida.

Apoyo las dos manos en el mármol del lavabo y me inclino sobre él.

Afeitarme. Peinarme. Vestirme. Seguir adelante con mi vida.

¿Por qué tiene que ser tan difícil, joder? ¿Por qué tuvo que marcharse

ayer después de lo que pasó en Central Park? ¿Por qué no pude decirle que

la quería? Es lo único que ella quiere escuchar.

Resoplo y salgo como un ciclón.

La vi bailando con Mills y pensé que iba a volverme loco. La saqué

cargada en mi hombro porque la rabia ni siquiera me dejaba pensar. No

quiero que esté con otro hombre. No quiero que otro respire siquiera el

mismo aire que ella.

Atravieso la habitación y entro en el vestidor. Comienzo a pasar los

trajes.

Afeitarme. Peinarme. Vestirme.

Seguir adelante con mi vida.

Aprieto la mandíbula con rabia. Maddie quiere que hable, quiere que

le cuente cómo me siento, lo que ocurre a mi alrededor. Paso los trajes

cada vez con más fuerza. Sé exactamente lo que quiere y también sé que no

puedo dárselo. Jamás le contaría mi día a día, quién ha traicionado a quién

para ganar más dinero, a quién he tenido que pisotear, a quién he salvado y

por qué lo he hecho. Es un mundo sórdido, desencantado. Yo quiero

protegerla de todo eso.

¡Joder!

Lanzo el último traje contra los demás y me paso las manos por el

pelo. Yo sólo quiero que sea feliz. Apoyo la espalda en la pared y,

despacio, me dejo caer hasta llegar al suelo. Me llevo las palmas de las

manos a los ojos y acabo pasándomelas una vez más por el pelo. ¿Y si que la quiera no es suficiente para ella? ¿Y si se acaba marchando para

siempre? No puedo perderla.

Echo la cabeza hacia atrás y la choco contra la pared.

¿A qué has llegado, Riley? ¿A estar tirado en el suelo de un puto

vestidor?

Joder, yo no soy así. No soy así.

Me levanto de un salto.

Afeitarme. Peinarme. Vestirme.

Seguir adelante con mi vida. Sobre todo esa última jodida parte.

He intentado arreglarlo. He intentado tener paciencia. Casi acabo

debajo de un puto camión de reparto. Mi mundo está patas arriba y sólo

Maddie tiene la culpa.

Me ajusto los pantalones del traje gris marengo y deslizo mis brazos

en una impoluta camisa blanca. El trabajo. La empresa. Eso es de lo que

debo preocuparme. Se acabó toda esta locura. Me ajusto la corbata roja y

me pongo la chaqueta. Doy un paso hacia el inmenso espejo y todo mi

mundo y mi autocontrol se resquebrajan un poco más. Tenía que elegir

este maldito traje. Tenía que ponerme el traje con el que la conocí justo hoy.

Toda mi expresión se tensa. Se acabó, joder. Se acabó. Es sólo un

traje. Ella es sólo una chica. Y yo voy a volver a pensar las cosas y a comportarme como un hombre de una jodida vez. Me paso la mano por el

pelo y salgo del vestidor.

Maddie se acabó.

Finn me espera en el garaje. Hoy tengo varias reuniones. Resoplo

malhumorado al recordar que una de ellas es con Harry Mills.

Inmediatamente me reprocho esa actitud. He admirado a ese hombre desde

que leí por primera vez un artículo sobre él en la revista *Architect* con quince putos años. No puedo permitir que eso cambie por Maddie. Ésas

son las estupideces que tengo que dejar de hacer y de pensar. Mis reglas me sacarán de este maldito lío y harán que el dolor, el echarla de menos y

el quererla, pasen. Acabarán pasando.

La primera reunión transcurre rápido y acabo de descubrir que en la

segunda voy a divertirme muchísimo. Julian Dimes ha decidido hacerse el

interesante y mandar a su vicepresidente ejecutivo para convencer a

Sebastian Andersen de que le venda a él Dynamo Tecs, su pequeña pero

rentable empresa. Quiero Dynamo Tecs. Tengo grandes planes para ella.

De otra manera jamás me habría siquiera molestado en venir aquí.

Estamos en la sala de reuniones en la última planta de un edificio en

Park Avenue. Por un momento no recuerdo si el edificio es mío, pero entonces miro a mi alrededor, el horrible diseño, y me doy cuenta de que no, no es mío.

El vicepresidente de Dimes está dando un discurso absurdo que debería titularse «Todo lo que no decir en el mundo de los negocios».

Miro el reloj. No pienso perder más el tiempo. Normalmente tendría más paciencia, pero hoy no estoy de humor. Me levanto captando la atención de todos, incluso del imbécil que está hablando.

—No voy a perder más el tiempo, señor Andersen —comento cerrándome la chaqueta—. No necesito su empresa y su falta de experiencia en el mundo empresarial francamente empieza a resultarme algo molesta. Suerte.

Le dedico mi sonrisa de director ejecutivo y me dirijo hacia la inmensa puerta de madera maciza seguido de un conmocionado Mackenzie. No he avanzado más de un par de metros cuando oigo una silla arrastrarse de manera torpe.

Ya es mío.

—Señor Riley —me llama Sebastian Andersen.

Me giro despacio y, para qué negarlo, algo displicente. Es predecible, así que es jodidamente aburrido.

—¿Cuándo podríamos reunirnos para concretar el negocio?

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Yo no tengo nada que concretar —respondo—. Me vende su empresa o no. Doscientos setenta millones. Ni un centavo más.

—Es un diez por ciento menos de su valor actual en bolsa —replica

algo confuso.

—Y un siete y medio por ciento más de lo que probablemente valga la semana que viene.

Puede que me comporte como un arrogante de mierda, pero soy justo.

Sebastian Andersen guarda silencio, pensativo. La presión en este tipo de situaciones juega a mi favor. Siempre lo he tenido claro.

—Está bien —dice tendiéndome la mano con una sonrisa.

Se la estrecho. Debería estar más contento, joder. He conseguido lo que quería.

Miro a Mackenzie fugaz y él inmediatamente entiende que tiene que hacerse cargo de los detalles. No pienso estar discutiendo los flecos de un negocio concreto con alguien que no puede dejar de pensar en un cheque de nueve cifras.

El vicepresidente de Dimes sigue allí, inmóvil, como si lo hubiesen esculpido en mármol. Yo finjo haber olvidado algo y me acerco de nuevo a la mesa. Me inclino ligeramente sobre la madera y automáticamente capto su atención.

—Dígale a Dimes que así es como uno se hace el interesante.

Sin molestarme en esperar siquiera su respuesta, giro sobre mis pasos y salgo de la sala.

Mientras espero el ascensor, resoplo con fuerza. Estoy de un humor de perros, joder.

Mackenzie se reúne conmigo antes de que las puertas se abran y

juntos nos dirigimos a la última reunión. Es en el hotel St. Regis. Allí nos espera el jefe de Relaciones Públicas del Riley Group. No sé qué pinta en esto. Imagino que quiere recordarme que fue él quien consiguió esta entrevista hace más de cuatro meses y ganar puntos con ello.

Cruzo el vestíbulo del impresionante hotel obviando el hecho de que fue precisamente aquí cuando comprendí que no quería renunciar a Maddie, aunque en aquel momento fuese tan estúpido de no verlo. Aquel día podría ser un buen resumen de nuestra relación: ella preciosa y yo comportándome como un gilipollas arisco incapaz de ver que tenía al alcance de la mano lo único que podía hacerme feliz. Un resumen jodidamente bueno.

Resoplo de nuevo. Nunca había tenido tantas ganas de pelearme. No descarto acabar la noche en unos billares de mala muerte sólo para poder partirme la cara con alguien.

Subimos hasta el ático. Mientras esperamos a que nos abran, estoy incómodo, enfadado, malhumorado. No quiero estar aquí. No quiero estar en ningún sitio en realidad.

Basta.

Me freno a mí mismo esa línea de pensamientos porque probablemente acabarían con un «sólo quiero estar con ella» y «eso, Riley, ya no te lo puedes permitir».

Oigo pasos acercarse y, no sé por qué, todo mi cuerpo entra en guardia. Cuando la veo a ella al otro lado, lo entiendo perfectamente.

—¿Maddie? —murmuro más confuso y sorprendido de lo que he estado en toda mi maldita vida.

De pronto recuerdo que, además de la oficina de Mills, esta *suite* es su residencia personal. Cierro los puños con fuerza. Las manos me arden. No quiero creerlo. Me niego a creerlo.

Me da igual todo lo que me dije en el vestidor. Me da igual cuántas veces me haya repetido que se acabó. Ella es mía, joder. No pienso permitir que ningún gilipollas le ponga las manos encima y menos que se la traiga a la habitación de un hotel y la exhiba como si fuese de su puta propiedad.

Voy a partirle la cara a ese imbécil.

—El señor Mills les esperaba —se apresura a decir intentando que su voz no se entrecorte.

La rabia desaparece un maldito segundo y vuelve asolándolo todo el latido siguiente. ¿Trabaja para él? ¿Es su secretaria? Eso tampoco lo pienso permitir, joder.

Maddie parece saber exactamente lo que estoy pensando y aparta su mirada nerviosa de la mía. ¿Cómo pensó siquiera por un momento que aceptaría esto? Mills sólo quiere meterla en su cama.

Estoy a punto de volver a cargarla sobre mi hombro y sacarla de aquí.

¡Joder!

Nos hace un leve gesto con la mano para que la sigamos al tiempo que gira sobre sus talones y comienza a andar. Reconozco perfectamente el vestido que lleva. Es el mismo que usó cuando fue a almorzar con mis padres. Está preciosa con él, con cualquiera en realidad. Seguro que ese

gilipollas lleva comiéndosela con los ojos toda la puta mañana.

Toda mi expresión se tensa un poco más. Soy plenamente consciente de que debería calmarme, pero me importa una mierda. Voy a seguirla, voy a sacarla de aquí y voy a dejarle claro a Mills que, si vuelve a acercarse a ella, acabará en un puto hospital.

Al vernos entrar, Harry Mills se levanta y se acerca. Yo sólo puedo mirar a Maddie. Todavía no puedo creerlo, joder.

—Encantado de volver a verlo, señor Riley —me saluda tendiéndome la mano.

Sus palabras me sacuden de golpe. Tengo que ser más listo. Mi autocontrol y mi arrogancia vuelven justo a tiempo.

Nunca enseñes tus cartas, Riley.

Le dedico mi ensayada sonrisa de director ejecutivo y le estrecho la mano. Mackenzie y el otro tipo, que ni siquiera recuerdo cómo se llama, se lanzan en elogios hacia él, que por supuesto recibe encantadísimo.

Inmediatamente dejo de prestarles atención y busco sus ojos verdes. ¿Qué hace aquí? Quiere ser editora del *New Yorker*. Ése es su sitio. *Spaces* es su sitio.

—Les traeré un café —murmura.

Una pobre excusa.

Sabe que estoy muy cabreado y yo sé que ella está muy nerviosa. Lo único que quiere es salir de la habitación.

Observo a Mills y a los otros dos ejecutivos. Estoy a punto de estallar.

Sin dar ninguna explicación, sigo a Maddie. Abro la puerta de la cocina y cierro tras de mí. No sé si me han visto. Tampoco me importa.

Ella me mira tan confusa como sorprendida con una lata de café

italiano en la mano.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto.

Mi voz suena endurecida. Estoy muy cabreado, joder.

—Estoy trabajando.

—Maddie, no voy a permitir que trabajes para Mills.

Y si es necesario, te volveré a cargar sobre mi hombro, te sacaré de aquí y te llevaré en jet privado a una isla desierta. Va a ser divertidísimo vivir encima de una puta palmera.

—Pues haberlo pensando mejor antes de hacer que Roy me despidiera.

Tiene el valor de parecer enfadada. Joder, tiene que ser una maldita broma.

—Maddie.

Suspira exasperada y yo sólo quiero atarla al cabecero de mi cama y azotarla. Es una cría. Una maldita cría.

—Ryan, es mi trabajo —argumenta furiosa— y de aquí no puedes sacarme a rastras.

Me humedezco el labio inferior. Si se ha creído su propia frase, es que no me conoce en absoluto.

—¿De verdad crees que no?

—Eres el director ejecutivo de una empresa —trata de hacerme entender—, estás en una reunión de negocios y yo soy la secretaria de Mills. No puedes hacerlo.

—Maddie, me importa bastante poco lo que se suponga que puedo hacer o no.

Y mucho menos si hablamos de ti, nena.

—Ryan, por favor. No puedes comportarte así.

Sí, sí que puedo, porque te quiero.

Esa simple idea me arrolla por dentro y antes de que pueda razonar un microsegundo, de que mi autocontrol me frene, atravieso la distancia que nos separa, cojo su cara entre mis manos y la beso. Ella quiere resistirse, lo sé, pero también sé que me quiere tanto como yo la quiero a ella y entre los dos eso es lo único que importa.

—Ponle una excusa a Mills y espérame en el vestíbulo —le ordeno con la voz jadeante.

Sin esperar respuesta, salgo de la pequeña habitación. Esta mañana estaba equivocado. Esto se ha acabado, eso es una puta realidad, pero lo han hecho los juegos, las dudas. Maddie es mía. Yo soy suyo. Sé que no puedo darle lo que ella necesita, pero sí puedo convencerla de que nunca he sentido por una mujer lo que siento por ella. Es mi vida, joder. Es lo único que merece la pena y voy a tratar de hacerla feliz cada maldito día.

Regreso al salón y Maddie no tarda en seguirme con el paso titubeante. Me siento en el elegante sofá color crema y me preparo para verla entrar. Camina en dirección a Mills y toda la rabia, apenas calmada por el beso, vuelve como un ciclón.

—Señor Mills —lo llama. Odio escuchar un nombre en sus labios que no sea el mío—, tengo un asunto muy importante que resolver y, como ésta es la última reunión, me preguntaba si podría marcharme ya.

—Claro —responde levantándose.

Él sonríe. Cierro los puños con rabia. Quiere meterla en su cama. Es

obvio. Maddie tiene que empezar a ser más lista y captar este tipo de cosas. ¿Cómo puede no darse cuenta de lo único que le interesa de ella? Esa simple idea me enfada en demasiados sentidos. Maddie es algo más que una chica preciosa, es inteligente, divertida, trabajadora. Mucho más de lo que este imbécil se merece tener como secretaria.

«Contrólate, Riley.»

Sólo quiero sacarla de aquí, joder.

Maddie le sonríe, pero está incomoda, y el león automáticamente ruge satisfecho. Todas las sonrisas que me ha dedicado a mí han sido sinceras.

—El coche le recogerá abajo para llevarle a comer —le recuerda alejándose unos pasos.

No me molesto en intentar ser discreto. Quiero que Mills sepa que ella es mía y en cuanto Maddie salga de esta habitación pienso dejárselo muy claro.

Ella echa a andar. La sigo con la mirada. Mills la sigue. Pero ¿qué coño? Coge su mano entre las dos suyas. Maddie se sorprende.

—Espero que no sea nada —comenta.

Me imagino levantándome y tumbándolo de un puñetazo. La imagen me calma. La realidad, no.

—¿El qué? —pregunta confusa.

Ella me mira. Sabe lo que estoy pensando hacer.

—Su asunto.

Su asunto soy yo, maldito gilipollas.

Maddie sonríe nerviosa y finalmente se zafa de su mano.

—No se preocupe. Estoy segura de ello —sentencia.

Comienza a andar de nuevo. Yo suspiro brusco sin darme cuenta de que había contenido la respiración hasta ver qué pasaba y finjo distraerme colocándome bien la chaqueta.

Pasa junto al sofá camino de la puerta y alza tímidamente la cabeza.

Nuestros ojos se encuentran un segundo. Todo esto sólo nos incumbe a ella y a mí, y se refleja en la manera en la que nos miramos.

—Adiós, señor Riley.

—Adiós, señorita Parker.

Cuando oigo la puerta de la *suite* cerrarse, al fin me relajo, aunque sea mínimamente. Sin dudarlo, me levanto y doy un paso hacia Mills, que aún sigue de pie. Nuestras miradas se encuentran y tengo la sensación de que ya sabe, o por los menos imagina, lo que voy a decirle. Los dos ejecutivos hacen el ademán de levantarse, pero los fulmino con la mirada.

—Yo también tengo un asunto que resolver —comento y, junto a toda la arrogancia que desprendo en cada letra, también hay muchísima insolencia.

Ella se viene conmigo, gilipollas.

Mills me dedica una sonrisa de puro trámite y cortesía profesional.

—Una lástima —responde tendiéndome la mano—. Me apetecía mucho charlar de arquitectura con usted.

Tuerzo el gesto mínimamente apenas un segundo. El Riley profesional, ese que no vive sumergido en un estúpido torbellino de emociones, admira a Mills.

Le estrecho la mano e instintivamente mi mirada se recrudece.

Estamos hablando de Maddie. Me da igual quién esté al otro lado.

—Lo que tengo que hacer es infinitamente más importante.

Salgo de la habitación sin mirar atrás. Ya es hora de poner fin a este sinsentido y de arreglar las cosas como el adulto que se supone que soy.

Tenemos que estar juntos.

Cuando las puertas del ascensor se abren, todo lo que puedo ver es a Maddie en el centro del vestíbulo, nerviosa, abrumada, tímida. Todas las cosas que le hago sentir y todas las cosas que ella me hace sentir a mí se entremezclan y ya no estoy seguro de dónde acaban y empiezan las emociones de cada uno.

Una chica sentada al piano toca la canción de Birdy *Skinny Love*.[6]

Esa canción siempre me ha recordado a Maddie, a todo lo que ella me hace sentir y también a todo lo que no me permito decirle, a todos mis miedos, a que ya no sé quién soy al margen de ella. Me recuerda que he perdido demasiado tiempo repitiéndome que lo nuestro no iba a salir bien.

Camino hasta Maddie con la seguridad de que lo estoy haciendo hacia todo lo que quiero. La cojo de la mano y la guío hacia fuera, hasta el Audi.

Sólo necesito sentir el calor de su palma de la mano contra la mía.

Avanzamos por el tráfico de Manhattan en silencio. Nuestros dedos siguen entrelazados sobre la tapicería gris. Ahora mismo la cabeza me va a mil kilómetros por hora, pero a la vez una familiar serenidad lo salpica todo. Maddie es la chica de mi vida. No voy a dejarla escapar.

El coche se detiene frente al hotel Carlyle. No estoy jugando sucio ni tampoco quiero aprovecharme de lo que vivimos aquí para llegar hasta ella. Éste es nuestro rincón en el mundo. Aquí fui más feliz con ella que con todas las mujeres en todas las otras camas.

Cuando entiende dónde estamos, lanza un suspiro sorprendido, pero no dice nada. Maddie también entiende por qué he escogido precisamente este lugar.

—Bienvenido al Carlyle, señor Riley —nos recibe el director del hotel junto a los ascensores.

Le hago un imperceptible gesto con la cabeza y el hombre marca un código en una pequeña consola. Las puertas del elevador se abren y sin perder un solo segundo la llevo dentro de la pequeña estancia.

Estamos solos. Todo lo demás ha dejado de existir.

Alzo la mano y acaricio su mejilla.

La quiero, joder. ¿Cómo he podido tardar tanto tiempo en darme cuenta?

—Maddie.

Sólo la necesito a ella.

Maddie suspira a la vez que una sincera sonrisa inunda sus labios. Es jodidamente perfecta.

El camino hasta la puerta de la *suite* se me hace eterno. Tengo tantas cosas que demostrarle. No ha sido un cavernícola y estúpido ataque de celos. No sólo es deseo. Quiero que Maddie entienda cómo me hace sentir.

Abro la puerta poco a poco y la observo entrar en la habitación y automáticamente perderse en un mar de recuerdos inundados de Dom Pérignon Rose con la respiración suavemente acelerada.

Cierro la puerta despacio y el sonido parece sacarla de todos esos pensamientos. Se gira y mis ojos atrapan de inmediato los suyos.

Nena, te quiero.

Me humedezco el labio inferior. Quiero decírselo, pero no soy capaz.

Yo no funciono así. No puedo funcionar así. No sé.

Todos esos sentimientos que ni siquiera sé gestionar me arrollan por dentro y se traducen en un deseo sordo y hambriento que inunda mi mirada.

Camino hacia ella y la beso con fuerza, con rabia.

No sé expresarlo, pero sí sentirlo.

—Ryan —susurra.

Joder, la quiero, y, si muriera ahora, moriría feliz.

El aviso de un nuevo *email* en mi móvil me despierta. Abro los ojos lentamente pero no me muevo. Maddie está dormida entre mis brazos y no quiero despertarla. Su preciosa y testaruda cabeza descansa sobre mi pecho. Respira pausadamente sumida en un profundo sueño y yo me siento en paz, joder.

Pierdo mi nariz en su pelo y le beso la cabeza. Ella murmura algo en sueños y, tras un segundo, noto su cuerpo reactivarse. Se ha despertado.

Durante un instante ella también se queda en silencio, pero no tarda en levantarse. Pienso en detenerla, pero, cuando la veo coger mi camisa del suelo y ponérsela, me doy cuenta de que no va a ir a ninguna parte y que, quizá, simplemente necesite un momento para pensar en todo lo que ha ocurrido.

Sale y cierra con cuidado. Yo resoplo como un niño malcriado.

Quería que siguiera aquí. Resoplo de nuevo. Sé que soy un gilipollas posesivo, pero, si hablamos de Maddie, no sólo lo tengo clarísimo, sino que no quiero cambiar. No me importa cómo fuera con otras chicas. Las

otras chicas no eran Maddie. Resoplo por tercera vez y trato de serenarme

un poco. Un momento en la habitación contigua con mi camisa puesta

puedo dárselo.

Sin embargo, no creo que hayan pasado más de un par de minutos

cuando me levanto y me pongo el pantalón. Ya ha tenido ese momento y la

conozco lo suficientemente bien como para saber que, si comienza a darle

vueltas a todo, automáticamente creerá que estar aquí conmigo es una

mala idea y querrá marcharse.

Doy un par de saltitos para ajustarme los pantalones y en ese preciso

instante mi móvil vuelve a sonar. Otro *email*. Me saco el iPhone del bolsillo y reviso el primero. Es de Mackenzie. Un resumen bastante obvio

de lo acordado con Andersen por la compra de Dynamo Tecs. Ni siquiera

termino de leerlo. No pensaba abrir el segundo, pero el remitente llama

inmediatamente mi atención. Es Mark Odell, el director de la sucursal del

National Bank donde Maddie tiene su cuenta.

De: Mark Odell Enviado el: Martes 02/09/2014 13.22

Para: Ryan Riley

Asunto: Movimientos cuenta 112410288790001

Señor Riley, siguiendo sus instrucciones, le informo de que la señorita Maddison Parker ha realizado los siguientes movimientos en su cuenta corriente:

Página Web American Airlines

Compra billete de ida al Aeropuerto Internacional de Savannah

(Adherida a Comercio Electrónico Seguro) 287 $

Fecha y hora de la operación 13.18 02/09/2014

Mark Odell

Director Sucursal National Bank

488, 6th Avenue.

New York, NY, 10011

Tiro el teléfono con rabia contra la cama. Me abrocho los pantalones y salgo de la habitación. Con poner el pie en el inmenso salón, la mirada de Maddie se posa inmediatamente sobre mí. No puede evitar suspirar. En otras circunstancias aprovecharía eso a mi favor. Ahora mismo ni siquiera me importa.

—¿Has comprado un billete a Carolina del Sur?

Voy a perderla. No puedo pensar en otra cosa.

Ella me mira confusa. No la culpo. No debe hacer más de cinco minutos que lo ha hecho. De pronto parece que una idea cruza su mente y la rabia la inunda al instante. No me importa. No puede irse.

—¿Has estado controlando mi cuenta bancaria?

Sí, lo he hecho. Necesitaba asegurarme de que no te estabas muriendo de hambre.

—¿Qué has hecho? —inquiere arisca—. ¿Has sobornado al director de mi sucursal o algo parecido?

Otra vez se está comportando como una cría orgullosa y digna. Sólo está huyendo.

—Sólo quería asegurarme de que tenías dinero. —Sueno exigente y furioso. Eso me importa aún menos.

No tengo por qué darle ninguna explicación. Lo hice para cuidar de ella.

—Y también te avisan de todas mis compras —replica impertinente.

—Maddie —la reprendo.

—¿Cómo has sido capaz?

No pienso seguir con esta estúpida conversación.

—¿Vas a marcharte?

Maddie me mira, pero no responde. No voy a pasar por esto otra vez.

No voy a volver a dejar que huya, que se esconda.

—Contéstame.

Sigue en silencio. La rabia lo arrolla todo dentro de mí. La rabia y el miedo, joder. No había sentido tanto miedo en toda mi maldita vida.

No puedo perderla.

—¡Maldita sea, Maddie! ¡Contéstame!

—¡Sí! He comprado ese billete y, sí, voy a marcharme porque necesito alejarme de ti.

Su respuesta silencia el ambiente y poco a poco va ocupando el espacio vacío entre los dos.

No. No. No.

No puede irse.

No va a irse.

—No vas a irte. —Mi voz suena dura. Tiene que entenderlo.

—Tengo que hacerlo.

No me lo ha gritado a la cara, ni siquiera me lo ha pedido, me lo ha suplicado, pero yo no puedo hacerlo y ella tampoco quiere. No va a ser feliz en Carolina del Sur. He cometido demasiados errores. Nunca se lo he puesto fácil. La jodí. Pero puedo arreglarlo. Sólo tiene que dejarme arreglarlo.

—No, no lo harás.

Ya no hay arrogancia en mis palabras, sólo el convencimiento de que la quiero y no puedo dejar que se marche.

—Ryan, no puedo quedarme —trata de hacerme comprender—. ¿No lo entiendes? No puedo estar aquí. No puedo seguir viéndote.

Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas, pero las seca con rabia.

La estás destrozando, Riley.

Ese pensamiento acalla cualquier otro, incluso cualquier cosa que pensara decirle. Tendría que haberme alejado de ella hace mucho. Tendría que haberla dejado ser feliz.

—Tienes que entenderlo de una maldita vez —suplica.

Está cansada de todo esto.

Me gustaría que las cosas fuesen diferentes. Me gustaría haber sido capaz de alejarme de ella cuando debí hacerlo. Me gustaría haber sido capaz de hacer lo que quería hacer y no lo que mi padre quiso que hiciera.

Me gustaría ser el hombre que ella se merece.

—No puedo.

Yo también sueno desesperado, al límite.

—¿Por qué?

Riley, habla, joder. Díselo. Dile que la quieres.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar—. ¿Por qué? —replica cansada y dolida casi en un grito.

Díselo, Riley. ¡Díselo, joder!

—¡Porque te quiero!

Nos quedamos en silencio mirándonos el uno al otro. No ha sido una declaración de amor. La quiero en contra de mi voluntad. La quiero a pesar de que no debería, de que no me la merezco. La quiero porque ya no puedo elegir, porque es lo que siento en cada hueso de mi cuerpo.

Pestañea y sus ojos vidriosos dejan escapar una lágrima.

—Ryan, no —musita intentando contener todas las demás.

No puedo más. Atravieso la distancia que nos separa. Necesito tocarla. Necesito calmar el huracán que me asola por dentro. Pero, cuando voy a alcanzarla, ella me empuja. Está enfadada y sé que no es sólo por lo de hoy o por la cuenta corriente, pero no es la única que lo está. Yo también estoy furioso. Yo no dependía de nadie. ¡No necesitaba a nadie! Me ha cambiado por dentro, joder, y eso no se lo voy a perdonar.

Suspiro brusco y, sin desatar nuestras miradas, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza, con rabia. Maddie me empuja de nuevo y da un paso atrás, pero yo lo doy con ella y evito que nos separemos.

La quiero, joder.

Sigue luchando. Trata de apartarme. Lo ha pasado demasiado mal y sólo yo tengo la culpa, pero quiero compensarla, quiero compensarla cada día, cada maldito día.

—Te quiero —susurro contra sus labios—. Te quiero, Maddie.

Eres mi vida.

Uno nuestros labios de nuevo y al fin se rinde y me devuelve cada beso. Todo mi cuerpo se relaja y vuelve a tensarse de una manera completamente diferente, entendiendo que ahora ella sabe cómo me siento,

que el amor ha sido suficiente.



17

Ryan le pide matrimonio a Maddie y ella acepta. Los dos saben que será complicado, pero también están más seguros que nunca del amor que sienten el uno por el otro.

Los días siguientes discuten como locos. El trabajo de Maddie para Harry Mills, que Ryan comprara su apartamento o Marisa Borow propician muchas de estas peleas.

Sin embargo, quien se lo pone más complicado es Carson, el padre de Ryan.

Miro a Maddie. Tiene la vista perdida al frente y suspira bajito. Está muy nerviosa. Por eso no he querido contarle ninguna de las discusiones que he tenido con mi padre por nuestra relación. Ahora mismo me gustaría decirle tantas cosas... Quiero que sepa que lo que piense mi familia no me importa. La quiero y voy a casarme con ella. Yo también miro al frente y por un momento trato de ordenar esas ideas en palabras, simplemente decirlas, pero no soy capaz.

Frustrado y lleno de rabia, aunque sin permitir que mi autocontrol dé una sola muestra de ello, detengo el coche junto a las puertas color crema del garaje de mis padres. Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me bajo. Maddie hace lo mismo dudosa, con las piernas temblándole. Parece que ese instinto de supervivencia al que siempre se empeña en desoír le está intentando decir a gritos la mala idea que es esto.

Yo resoplo y tomo su cara entre mis manos.

—Todo va a salir bien. Van a adorarte y, si no lo hacen, me importa bastante poco. Nada va a separarnos. Por mí nos casaríamos esta misma noche en Las Vegas.

Maddie sonríe.

—Es un gran plan.

—No me tientes —contesto imitando su gesto.

No es la primera vez que lo pienso, llevármela a cualquier rincón del mundo, buscar un juez de paz y casarnos. Volveríamos después de estar un mes de luna de miel en una *suite* sin teléfonos ni Internet y aguantaríamos el chaparrón. Seguro que la cara de felicidad después de estar follando un mes sin interrupciones soportaría cualquier cosa.

Suspiro mentalmente y vuelvo al aquí y ahora. Cojo a mi chica de la mano y tiro de ella para que empecemos a caminar. Va a ganarse a mi madre y a Thea, de eso estoy seguro, con Spencer ya lo ha hecho. No son ellos los que me preocupan.

Varias chicas del servicio cruzan de prisa el vestíbulo con manteles y bandejas en la mano. Frunzo el ceño imperceptiblemente. Por lo general ese movimiento indica que esperan invitados en la mansión aparte de la familia. Hago memoria tratando de recordar si he visto algún coche junto al garaje. Sólo estaba el SUV de Spencer.

—¡Tío Ryan!

Cruza el *hall* con el paso acelerado y se tira a mis brazos.

—Hola, enana.

Olivia se cuelga de mi cuello y aprieta sus labios contra mi mejilla hasta que se queda sin respiración. Adoro a esta cría.

Me levanto y la conservo en mis brazos sin esfuerzo.

—¿Te acuerdas de Maddie? —le pregunto.

Olivia asiente.

—Encantada de volver a verte, Maddie —la saluda tendiéndole la mano.

Miro a Maddie sorprendido, y me devuelve el mismo gesto divertida.

—Igualmente, Olivia —responde estrechándosela.

Los críos de Spencer están muy bien educados, pero en ningún momento parece que se hayan escapado de *Lo que el viento se llevó*.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto con el ceño fruncido.

—El idiota de Chase mordió al cartero —nos cuenta absolutamente indignada— y por su culpa la abuela nos está enseñando modales.

Retiro lo de bien educados. Chase es un animal, hay quien diría que un Riley en potencia.

—Me gusta tu vestido —añade Olivia.

—Gracias —responde Maddie con una sonrisa.

Me gusta verlas juntas. De pronto recuerdo mi sueño y recuerdo a esa pequeña con coletitas y unos preciosos ojos verdes como los de Maddie.

Mi sonrisa se ensancha y se hace más serena. Una cría de Maddie y mía y de nadie más. Casi tan rápido como lo pienso, todas las alarmas se encienden en mi cerebro. Mejor un niño. Prefiero que muerdan al cartero a tener que pasarme media vida espantando a gilipollas que quieran ponerle las manos encima a mi pequeña.

En ese preciso instante se oyen voces y pasos acercándose a nosotros

que me sacan bruscamente de mi ensoñación. Acabo de recordar lo que

había venido a hacer a Glen Cove e instintivamente mi cuerpo ha vuelto a

ponerse en guardia. Dejo a la niña en el suelo y cojo la mano de Maddie

de nuevo. Quiero que se sienta segura. Todo lo que he dicho junto al coche

sigue en pie y todo lo que no he dicho antes también.

Mis padres, Spencer y Thea aparecen caminando desde el patio.

Charlan desenfadados, pero en el momento en el que nos ven, todos, salvo

mi hermano, se quedan petrificados.

Maddie está nerviosa. Le acaricio el reverso de la mano con el pulgar. Todo va a salir bien y, si no sale, me importa bastante poco. Nunca

he estado tan seguro de nada en toda mi vida.

—Supongo que todos recordáis a Maddie —digo con voz segura, sin

asomo de duda.

Nadie dice nada. Mentalmente resoplo y me obligo a contenerme. Son

mi familia y eso no cambiará jamás, pero no pienso permitir que nadie, ni

siquiera ellos, hagan sufrir a Maddie.

Estoy a punto de girar sobre mis pies y llevármela de aquí cuando mi

madre da un paso adelante con una dulce sonrisa en los labios.

—¿Qué tal estás, cielo? —le pregunta abrazándola.

—Muy bien, gracias.

Mi madre asiente y se gira hacia mí mientras Thea y Spencer se

acercan a Maddie. Me sonríe llena de un amor y una felicidad que jamás

había conocido en sus ojos y me besa en la mejilla.

—Bien hecho, mi amor —susurra a la vez que su sonrisa se ensancha.

Hacía años que no me llamaba así.

Sin embargo, la sensación de armonía dura hasta que mi mirada se encuentra con la de mi padre. Está demasiado enfadado y demasiado preocupado, aunque lo cierto es que no me imaginé que fuera a tener una reacción diferente. Sé de sobra lo que opina de mi relación con Maddie. Lo dejó claro cuando vino a verme ayer a casa y descubrió que vivíamos juntos.

Mi padre exhala todo el aire de sus pulmones. No sé lo que va a hacer o decir. Todo mi cuerpo se tensa.

—Vamos a casarnos —anuncio con una seguridad atronadora.

Cuanto antes lo entienda, mejor. Nada va a hacerme cambiar de opinión.

Un silencio casi glaciar se apodera del ambiente.

—¡Ven aquí, capullo! —El estallido de felicidad de mi hermano Spencer irrumpe como un huracán y es el pistoletazo de salida a las palmas y felicitaciones de todos… salvo de mi padre.

Sigue de pie, alejado unos pasos de nosotros, con la mirada clavada en la mía. Reconozco esa mirada a la perfección. Es la misma que me dedicó cuando le dije que no pensaba estudiar empresariales o cuando hace seis años me negué a dirigir la empresa para ser arquitecto. Esta vez no pienso permitir que la historia termine de la misma manera.

—Esto se merece un brindis —anuncia mi madre.

—Acompáñame, Ryan.

La voz de mi padre vuelve a silenciarlos a todos.

—Claro —contesto.

Mi padre comienza a andar hacia el interior de la casa. La cabeza me

va a mil kilómetros por hora, pero, en mitad del huracán, una idea está clara como el agua. Por eso miro a Maddie. No tiene nada de qué preocuparse. Mi padre puede tomárselo bien o mal. No cambia nada. Aun así, no quiero dejarla sola. Miro a Thea y ella en seguida asiente para confirmarme que se ocupará de Maddie hasta que vuelva.

Sigo a mi padre por el inmenso salón y nos perdemos camino de la biblioteca.

—No puedes casarte con ella —sentencia en cuanto pongo un pie en la enorme estancia.

Yo pierdo mi vista en las casi infinitas estanterías repletas de libros a su espalda. Por un momento el silencio entre los dos hace que la brisa cálida que llega del patio y aparta las delicadas cortinas blancas lo inunde todo.

Finalmente resoplo y giro sobre mis pasos. No tengo por qué escuchar esto.

—¿Cuántos años tiene? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro? —se responde a sí mismo—. Es una cría, Ryan, y vas a meterla de cabeza en una vida que la hará muy desgraciada. Tú tienes responsabilidades.

—Me da igual cómo hayas dado por hecho que van a salir las cosas —me defiendo—. La quiero y no pienso renunciar a ella.

No permito que haya un solo gramo de duda en mi voz, porque no hay un solo gramo de duda en mi decisión.

—Ella no es la chica adecuada para ti.

—Basta —lo freno. No pienso permitir que hable de Maddie—. Tú no

la conoces. No tienes ni idea de cómo me hace sentir. Ninguna chica, jamás, me ha importado como me importa ella y pienso preocuparme de que sea feliz.

Mi padre sonríe fugaz. Un gesto que parece mordaz, pero en el fondo es increíblemente triste.

—Tú sólo vas a hacerle daño y eso no te lo vas a poder perdonar.

Sus palabras están llenas de seguridad y hacen que una corriente fría y sorda me recorra la columna. Es lo mismo que siempre me he dicho yo, pero escucharlo en la boca de otra persona, en la de alguien que ha estado en mi posición, me sacude con fuerza y me hace caer desde demasiado alto.

—Está conversación se ha acabado —mascullo con la voz amenazadoramente suave.

Antes de que diga nada más, salgo dando un portazo. He recorrido la mitad del pasillo cuando oigo cómo mi padre sale tras de mí. Ahora mismo ni siquiera puedo pensar con claridad. La rabia y el miedo lo inundan todo.

—Sé que piensas que sólo quiero apartarte de ella porque no la considero suficiente para ti, pero no es verdad. Maddie es una buena chica, dulce e inteligente. En otras circunstancias estaría más que encantado de que estuvieras con ella. —Me observa un segundo. Sabe cómo me siento ahora mismo—. Es más que obvio que te quiere, y, sobre todo, es más que obvio que tú la quieres a ella. No la condenes a pasar una vida deseando lo único que no va a poder tener.

Me siento como si acabaran de tirar de la alfombra bajo mis pies.

Resoplo. No necesito oír esto.

—Maldita sea, es mi decisión.

—No estás pensando las cosas con calma —me advierte.

—No tengo nada que pensar —sentencio.

Y es la verdad. Ya pensé demasiado. Ya cometí demasiados errores y casi la pierdo. No voy a permitir que eso vuelva a ocurrir.

—Ella no es la chica adecuada para ti —replica—. Si te casas con ella, te arrepentirás.

—Os están oyendo —murmura Spencer interrumpiéndonos.

Llevo la mirada a su espalda y toda la rabia se hace aún más intensa cuando veo el inmenso ventanal abierto y mis ojos se cruzan con los verdes de Maddie. Está sentada a la mesa, tratando de aparentar una normalidad que en el fondo no siente.

Mi hermano cierra la puerta.

Aprieto la mandíbula y de pronto me sorprendo a mí mismo conteniéndome para no abalanzarme sobre mi padre.

—Escúchame bien, papá. Voy a casarme con Maddie y me da exactamente igual lo que tú o cualquiera tenga decir. Va a ser feliz. Pienso encargarme de ello cada maldito día.

Esta puta conversación se ha acabado. Comienzo a andar hacia la puerta.

—Ojalá fuese tan sencillo.

Sus palabras me detienen en seco. Alzo la mirada y la clavo directamente en la suya. Ha sido como ajustar la soga alrededor de mi cuello.

Spencer me mira lleno de compasión. Sé que quiere decir algo, saltar en mi defensa como tantas veces, pero no tiene ni idea de cómo hacerlo. Eso sólo hace que el miedo sordo y frío que me corroe por dentro se agudice un poco más.

Me quedo inmóvil con las manos en las caderas. Un millón de ideas cruzan mi mente al mismo tiempo. Resoplo una vez más y clavo mi vista en el suelo. Hacerle daño es lo último que quiero.

La rabia vuelve justo a tiempo de recordarme que él no tiene ni idea del amor tan puro e incondicional que sentimos el uno por el otro. Va a salir bien porque tiene que salir bien, joder.

Abro la puerta del patio bruscamente y salgo como una exhalación.

Va a salir bien. Yo la quiero y ella me quiere a mí. ¿Por qué no iba a ser suficiente? Nada me importa más que verla sonreír. Está por encima de la maldita empresa, incluso de mí mismo.

Rodeo la mesa y cojo su mano.

—Maddie, nos vamos.

Todos me miran llenos de compasión, como si supiesen exactamente cómo me siento, como si pensasen que es una estúpida huida hacia delante y más tarde o más temprano la realidad acabará atrapándonos. Odio que nos miren así.

Al pasar junto a mi madre, me inclino y le doy un rápido beso en la mejilla.

—Cariño, quédate —me pide.

Sé que toda la situación es muy complicada para ella, pero no puedo quedarme.

—Lo siento, mamá.

La respuesta es no. No quiero estar aquí. No quiero estar en ningún lugar. Sólo coger a Maddie y alejarnos de todo el maldito mundo.

Aprieto su mano con fuerza y la obligo a caminar más de prisa, probablemente más de lo que puede permitirse. No puedo pensar con claridad, joder. Sólo quiero que sea feliz. Es lo único que me importa.

Nos montamos en el coche y no levanto el pedal del acelerador hasta que el BMW atraviesa las enormes verjas de hierro forjado.

¿Por qué tiene que dar por hecho que saldrá mal? ¿Por qué tiene que tener tan dolorosamente claro que acabaré jodiéndola? Los viejos miedos y las viejas batallas internas regresan como un auténtico ciclón. Tendría que haberme alejado de ella cuando tuve la oportunidad. Voy a destrozarle la vida. Joder. ¡Joder! Si mi padre tiene razón… Me desvío por un camino de servicio, freno en seco y me bajo lleno de rabia. No quiero pensar que pueda tener razón. Maddie no se merece que todo termine así.

Me paso las manos por el pelo y las dejo en mi nuca tratando de calmarme un puto segundo, de respirar. Maddie sale del vehículo y, despacio, como si no tuviera claro si quiero tenerla cerca o no, camina hasta mí.

La idea me enfurece aún más. Quiero tenerla cerca siempre, aunque a veces no haya sido lo mejor para los dos.

—Ryan —musita—, ¿estás bien?

Es preciosa, serena y dulce. Es exactamente todo lo que adoro que sea.

No me doy la oportunidad a pensarlo, cubro la distancia que nos

separa, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza, dejando que me

calme, que apague esta rabia y este miedo que lo están asolando todo por

dentro.

La muevo acelerado hacia el capó y la siento en él.

—Ryan —musita—, ¿estás bien? —Ryan —murmura contra mis

labios. Su voz suena llena de un cristalino deseo—. Ryan —repite

acompañando su protesta con un pobre intento por apartarme.

Necesito olvidarme de todo, de las palabras de mi padre, de que no

vaya a ser feliz, de que acabe sufriendo.

—Tú eres lo único que puede calmarme —replico en un susurro.

Soy plenamente consciente de que me estoy mostrando vulnerable

delante de ella, pero me importa una mierda. Nunca he sido tan sincero

como lo estoy siendo ahora.

Algo en la mirada de Maddie cambia. Ha entendido cada palabra,

creo que incluso todo lo que no soy capaz de decirle. Tira de mi cazadora

y me atrae hacia ella. Me pierdo en esos increíbles ojos verdes. La rabia me carcome por dentro. Sólo se oyen nuestras respiraciones aceleradas.

La quiero, joder, la quiero.

Me abalanzo sobre Maddie y me recibe sin asomo de duda. Enredo

mi mano en su pelo y la obligo a alzar la cabeza para dejar su cuello al descubierto. Enseño los dientes. Maddie gime.

Ella es todo lo que necesito. Lo único que necesito.

Me deshago de sus bragas, me desabrocho los pantalones y entro con

fuerza, brusco.

Grita.

La embisto duro, profundo.

Es mi vida. Va a salir bien. Tiene que salir bien.

Maddie gime y su espalda se arquea.

Vuelvo a besarla. Quiero que cada parte de su cuerpo se rinda. Quiero sentir que me necesita, que me quiere, que le pertenezco.

Grita de nuevo.

Mis caderas chocan contra sus muslos cada vez más rápidas, casi desesperadas.

Mis manos vuelan por sus costados hasta llegar a su trasero. Lo aprieto con fuerza, perdiéndome en él, en la deliciosa curva que fabrica para mí.

Maddie apoya las palmas de sus manos en el capó del coche y se deja caer hacia atrás. Sigo su cuerpo y acabamos prácticamente tumbados sobre el BMW.

Acelero el ritmo. Me retiro hasta salir del todo y luego la embisto profundo, recordándome que nunca sentiré nada igual.

El placer se arremolina dentro de ella. Su precioso cuerpo se tensa entre mis manos. Y se libera en un atronador orgasmo que grita contra mis labios porque ni siquiera ahora dejo de besarla.

—Ryan —susurra con la voz jadeante e inconexa, llena de todo lo que quiero darle.

Mis manos se aferran aún con más fuerza a su cadera y me pierdo en su interior con un alarido rabioso que lentamente se transforma en un «nena» lleno de adoración.

Lo único que quiero es que sea feliz.

No me separo de ella. No quiero. No puedo dejar de pensar todo lo que me ha demostrado con lo que acaba de hacer. Quiere dejarme claro que está ahí para mí, que me quiere, que siempre me calmará. Es jodidamente perfecta y yo no me la merezco.

Regresamos a Chelsea en el más absoluto silencio. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Estar con Maddie me ha calmado, pero también me ha desconcertado aún más. Odio la sensación de depender así de alguien y, cada vez que la realidad me recuerda de la forma más cruel que ella es la única capaz de tranquilizarme, se confirma la idea de que ya no sé vivir sin ella.

En cuanto pongo un pie en la cocina, me sirvo un bourbon y me lo bebo de un trago. Maddie está al otro lado de la isla, frente a mí, mirándome con esos ojos verdes, pidiéndome en silencio que deje de beber, recordándome sin quererlo la clase de hombre en el que me convertí hace seis años. Sonrío mordaz con ese punto inconstante de amargura. Maddie me gusta porque me recuerda lo que ya no soy y al mismo tiempo es precisamente eso, el recordatorio constante de que, cuando me senté a presidir esa mesa llena de gilipollas vestidos de ejecutivos, renuncié a una parte de mí, y ya es demasiado tarde para simplemente volver atrás.

La rabia se hace tan intensa que puedo saborearla. ¡Joder! Sin pensarlo lanzo el vaso contra la pared.

Maddie se sobresalta y yo me siento como una basura. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué coño estoy haciendo? ¿Y si mi padre tiene razón? ¿Y si da igual todo lo que haga? ¿Y si no consigo hacerla feliz? Ella se merece un

hombre que yo ya no puedo ser.

—Ryan —susurra dando un paso en mi dirección.

Alzo la cabeza. No puedo dejar que se acerque. Ahora no.

—¿Qué? —respondo arisco.

A veces siento que todo lo que despierta en mí va a superarme. No sé cómo gestionar toda la rabia, esta necesidad de protegerla, de hacerla feliz. A veces siento que pierdo el maldito control y lo odio.

Mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Me explica que el imbécil de Dimes ha presionado a Sebastian Andersen para que no me venda su empresa ahogando unas futuras inversiones que Andersen tenía en unos terrenos en Astoria. La solución es fácil. Dimes va a perderlo todo. Ha elegido el día equivocado para ser un poco más gilipollas. Organizo la compra de esos terrenos y lo preparo todo para quedarme con el negocio más rentable de Dimes, la construcción de un gaseoducto para el Gobierno de Omán. Nunca me interesó porque suponía muy poco dinero por mucho esfuerzo, pero mi motivación ahora es completamente diferente. Bloomfield Industries hará el proyecto y ganará prestigio internacional.

Maddie presta atención a cada palabra que pronuncio. Está embelesada, como si le gustara verme tomar el control. Esa idea difumina parte de mi enfado. Por eso a veces es una verdad tan cruda y obvia que encajamos a la perfección. La sed y el agua fresca.

—… Prepara una reunión con Dimes —rujo—. Quiero ver la cara de ese imbécil cuando descubra que ha perdido los dos negocios. Estaré en la oficina en quince minutos. —Cuelgo y me guardo el iPhone en el bolsillo

—. Tengo que volver a la oficina —le anuncio mientras recupero mi cazadora de uno de los taburetes de la isla de la cocina y me la pongo de nuevo.

Maddie asiente.

—No te preocupes. Pasaré la tarde con las chicas.

Sé que no es lo que quiere. Le gustaría que hablásemos de lo que ha pasado en casa de mis padres, pero ahora mismo está asustada de la reacción que pueda tener y no quiere presionarme. Esa idea me enfada de demasiadas maneras. Es cierto que no quiero hablar, pero, que pueda llegar a asustarla, me deprime. A veces me gusta intimidarla, pero no quiero que me tenga miedo. Resoplo. Necesito dejar de pensar.

—Finn te llevará.

—No necesito que Finn me lleve. Puedo ir en metro.

¿Llegará el maldito día en que aceptará algo de lo que le ofrezca sin más? Puede ser realmente exasperante.

—Finn te llevará —sentencio.

No quiero discutir. Giro sobre mis pasos y comienzo a caminar hacia la puerta, pero en ese preciso instante me doy cuenta de que no se lo estoy poniendo nada fácil, joder. Maddie no tiene la culpa de lo complicada que sea mi vida, de mi padre, de cómo me siento. Todo sería infinitamente más fácil si simplemente pudiese decirle «nena, te quiero más que a mi vida, pero estoy demasiado jodido por dentro y a veces me asusta que pueda perderte por no ser todo lo que alguien como tú se merece. Prométeme que vas a perdonarme cada vez que te decepcione y yo intentaré no volver

a decepcionarte jamás». Resoplo. Puedo hacerlo.

Me paso las dos manos por el pelo y me vuelvo. Camino decidido

hacia ella. Sé lo que quiero decir. Sólo tengo que hacerlo. Pero en el

último segundo las palabras se evaporan de mi garganta. No puedo, joder.

En lugar de eso, la cojo de la cadera, acerco su cuerpo al mío y la beso con fuerza, rezando para que entienda lo que ese beso significa para mí,

todo lo que quiero decirle.

Maddie se rinde y una sensación de alivio me recorre al pensar que

sabe exactamente cómo me siento, que siempre me perdonará. Me separo

unos centímetros y busco sus preciosos ojos verdes con los míos. Aunque

no volviera a verlos, no podría escapar de ellos jamás.

Va a salir bien. Tiene que salir bien.

Le doy un último beso, intenso y rápido, y me marcho

definitivamente.

Tengo que conseguir que sea feliz.

Está preciosa. Parece un maldito sueño. He visto a decenas de mujeres

con trajes de Valentino, pero con ninguna de ellas me sentí como me

siento contemplándola a ella.

El pelo suelto, su cuello cálido y perfecto. No me equivoqué cuando

le dije que no necesitaba joyas. Es exactamente como tiene que ser. Hay

quien diría que es imposible seguir pareciendo inocente con un vestido así

en una fiesta así, pero Maddie lo consigue sin ni siquiera proponérselo.

Por eso es la única chica a la que puedo mirar.

Y por eso me estoy imaginando todo lo que me estoy imaginando. Su

cuerpo agitado contra una pared. Ese hermoso vestido rojo remangado

hasta su cintura. Su respiración inconexa. Mis manos en todo su cuerpo.

Sus gemidos…

«Para, Riley. Estáis en mitad de una fiesta en el Metropolitan. Ahora

no te la puedes follar.»

Pero no voy a esperar más tiempo del necesario.

En ese instante Bentley aparece en mi campo de visión. Camina

decidido hasta detenerse a mi lado, pero no dice nada. Se revuelve

incómodo, mira a su alrededor y coge al vuelo una copa de *champagne* de

una de las bandejas de las camareras. Desequilibra a la chica y está a punto

de conseguir que tiña todo el suelo de impoluto mármol con el aún más

impoluto Salon Blanc de Blancs de 2002.

—Lo siento, preciosa —se disculpa con voz edulcorada.

La chica asiente y, tras mirarnos con ojos cándidos a los dos, se

marcha con una sonrisilla nerviosa en los labios.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunto a Bentley.

No me responde y se bebe su copa de un trago con la mirada clavada

en Stevens. Ella también parece enfadada. Está hablando con Maddie y de nuevo mi concentración sencillamente se esfuma. No sé qué hago todavía

aquí cuando podría estar desnudándola en mi cama.

—Hazme caso, joder —se queja Bentley.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia él.

—Eres como una niña de instituto —replico burlón.

Bentley sonríe tratando de resultar irónico, pero fracasa

estrepitosamente. ¿Qué demonios le ha pasado? Vuelvo a mirar a Stevens

y frunzo el ceño cuando veo cómo toma a Maddie de la mano y se la lleva

hacia la zona de servicio. ¿Adónde coño van?

—¿Has discutido con Stevens?

—Lauren, joder. Se llama Lauren, Ryan.

Vuelvo a poner los ojos en blanco y me contengo para no contestarle alguna lindeza. Lo conozco muy bien y sé que no está en su mejor momento.

—¿Otra copa?

Bentley asiente.

—¿Por qué no usas esa estúpida sonrisa y consigues que alguna incauta camarera se enamore de ti y nos traiga bourbon? —me pide impertinente.

Lo observo tratando de disimular una sonrisa. En otras circunstancias lo mandaría al diablo, pero está claro que necesita esa copa.

En ese momento una camarera pasa junto a nosotros acelerada y discreta. La cojo de la muñeca y ella ralentiza el ritmo con los ojos fijos en mi cara. Atrapo su mirada y ella me dedica algo a medio camino entre un suspiro y una sonrisa.

—Dos bourbon, Jack Daniel’s.

Ella tarda en reaccionar, pero finalmente asiente un número indefinido de veces.

—Sí, señor —pronuncia con voz tímida.

Gira sobre sus pasos y se marcha. Es guapa y receptiva. El Ryan de hace un par de meses se habría bebido la copa, la hubiese buscado en la cocina y se la habría tirado en una habitación en penumbra en el piso de arriba. El Ryan de ahora sólo puede pensar en trajes de Valentino, ojos

verdes y chicas de Carolina del Sur. Las cosas pueden cambiar mucho en

un par de meses.

En cualquier caso, Bentley me debe una.

—Vas a contarme ya lo que te ha pasado.

—Me he comportado como un gilipollas.

—Eso tampoco es una novedad —replico socarrón.

Me lo ha puesto muy fácil.

—Lauren creía que estaba embaraza y a mí me entró el pánico.

Prácticamente le eché la culpa y no la apoyé.

Por un momento no sé qué decir y una punzada de culpa me atraviesa

por haber estado bromeando.

—¿Por qué coño hiciste eso?

Es mi amigo y lo está pasando mal, pero no se merece que sea

amable. Stevens no se merecía que la tratara así.

—Yo qué sé —se defiende exasperado—. Cuando me lo dijo, ni

siquiera pude reaccionar. Sólo podía pensar en cuánto iba a cambiar mi

vida y que no estaba preparado. De repente estaba tan enfadado... No quería

estarlo, pero lo estaba, y me distancié.

—¿Tú quieres a Lauren?

La respuesta es obvia, pero quiero que él se oiga diciéndolo en voz

alta. La camarera aparece con nuestras copas. Se queda esperando una

sonrisa por mi parte y yo le dedico una fría, sin ni siquiera mirarla. Ya tengo mis copas. No la necesito.

—Claro que la quiero —responde sin asomo de duda.

—Vale, pues ahora es cuando alguien tendría que echarte la charla

sobre lo gilipollas que eres, pero, por esa cara, diría que ya te la has echado tú mismo un par de veces, así que vamos a lo importante: capullo,

la quieres. Díselo y convéncela de que te mereces otra oportunidad,

aunque ni siquiera tú te lo creas.

Bentley le da un largo trago a su Jack Daniel's.

—Das unos consejos de pena.

—Acorde con el que los escucha.

—Supongo que, si Maddie te perdonó a ti, todavía hay esperanza para

mí.

Menudo gilipollas. Me humedezco el labio inferior tratando de

contener una sonrisa.

—La diferencia es que yo follo demasiado bien.

Bentley me asesina con la mirada y yo esbozo una sonrisa. Sólo

quiero que deje de pensar. A veces todos necesitamos dejar de pensar. Un

par de hombres se acercan a nosotros y comienzan a charlar con él. Le

vendrá bien distraerse.

Me escabullo discretamente y, antes de que me dé cuenta, me

pregunto cómo me sentiría si Maddie me dijese que está embarazada. El

pensamiento cruza mi mente como un ciclón y automáticamente una

corriente eléctrica traspasa cada hueso de mi cuerpo. Vuelvo a recordar a

la pequeña de mi sueño. Una pequeñita preciosa con sus grandes ojos

verdes. La imagen de Maddie embarazada, descalza y en la cocina también

me sacude. No es la primera vez que la imagino así. Quiero que Maddie

sea todo lo que quiera ser, pero también quiero que sea eso, que lo sea por

y para mí. Tengo claro que soy un egoísta de mierda, pero hay algo

evocador y nostálgico en imaginarla de esa manera, como esos vídeos en los que las imágenes a contraluz quedan oscurecidas por la luz del sol. Sonríes al verlos porque los asocias a un tiempo feliz, y Maddie es mi felicidad.

Alguien se acerca, pero no le presto atención. Le doy un trago a mi vaso y pierdo la mirada entre la multitud. No sé qué hago aquí cuando simplemente podría estar con Maddie en cualquier otro lugar, solos, con su cuerpo bajo el mío…

«A eso se le llama pensamiento único.»

A eso se le llama tener muy claro lo que quiero.

Camino hacia la zona del servicio, paso el patio donde claramente salen a fumar los empleados y salgo por una de las puertas laterales del museo. No tardo en ver a Maddie sentada al final de las escaleras junto a Lauren. Las dos están riéndose. Intercambian un par de frases y Maddie se levanta decidida.

Se recoge el bajo de su precioso vestido y comienza a subir las escaleras con la vista centrada en cada paso que da. Cuando al fin alza la cabeza, me ve. Nos separan más de una veintena de escalones, pero la electricidad se crea al instante entre nosotros. Me mira embobada y yo no puedo evitar sonreír. Adoro que tenga esa inocencia.

Empiezo a bajar, ella continúa subiendo, y la distancia entre nosotros se esfuma.

—Hola —susurro.

La misma sonrisa sigue en mis labios. Sé que es completamente ridículo, pero la echo de menos. Este gilipollas con suerte echa de menos

el premio de su vida.

—Hola —responde también sonriendo—. Iba a buscarte.

Viendo a Stevens a los pies de esa escalera, dudo que me busque para lo mismo que yo la busco a ella.

—¿Todo bien?

—Sí, pero esta noche dormiré en casa de Lauren —me informa.

—Ni hablar —replico arrogante sin ni siquiera pensarlo.

No sé si ha sido el león o el cavernícola, pero los dos tienen clarísimo que va a dormir en mi cama.

Maddie frunce los labios enfadada, pero acaban curvándose en una sonrisa.

Bendito esmoquin.

—No puedo dejarla sola —trata de hacerme entender—. Voy a tener que ser inflexible con esto.

Me humedezco fugaz el labio inferior y sonrío decidiendo si hacérselo pasar muy mal o no. Mientras sopeso las opciones, mis manos vuelan hacia sus caderas y la atraigo hacia mí. Me hace gracia que su primer intento sea plantarme cara. Es muy divertirlo demostrarle que no tiene razón. Además, por alguna pervertida razón encuentro la palabra *inflexible* de lo más sugerente. Sin embargo, decido comportarme como un buen novio.

—Puede quedarse en Chelsea.

—¿Hablas en serio? —pregunta sorprendida.

Sí, yo también estoy sorprendido.

—¿Voy a encontrarme a Lauren Stevens en nuestro vestidor oliendo mis camisas? —inquiero fingidamente resignado.

Su sonrisa se ensancha, pero rápidamente la oculta para seguir bromeando.

—Es más que probable. De hecho, me parecería extraño que no lo hiciera.

Lo peor es que tiene algo de razón. Finalmente suspiro divertido y mi preciosa prometida no puede más y rompe a reír.

—¿Vendrás con nosotras?

—No puedo. Tengo que hablar con un par de personas.

Mis dedos se pierden en la suave piel de su cadera y comienzo a hacer suaves círculos con el pulgar. No tengo el más mínimo interés en quedarme, pero estas fiestas las hacen gilipollas ricos para poder hablar con otros ricos. Resoplo mentalmente. Quiero quitarle ese vestido. Miro a mi alrededor. Podría llevármela a cualquier rincón de este museo, pero, antes de que pueda decir nada, veo a Stevens sentada en el último escalón dar el mayor suspiro de su vida. Por Dios, parece un puto perrito abandonado. Resoplo de nuevo.

—Pero Finn os llevará —comento finalmente apartando de mi mente la sugerente idea de secuestrar a Maddie.

Stevens también me debe una. Enorme.

La acerco aún más a mi cuerpo y la beso. Mi autocontrol carraspea un par de veces y acabo soltándola. Su cuerpo tiembla suavemente entre mis manos y me hago plenamente consciente de cuánto me desea. Mi sonrisa se ensancha. Ella también me echa de menos.

Frunce los labios y, sin más, se gira y comienza a bajar las escaleras.

No pensaba torturarla, pero, si no puedo follármela, no está mal como

alternativa.

Debería llevar Valentinos todos los putos días. Aunque, por otra

parte, no creo que fuera buena idea. Probablemente no volvería a aparecer

por la oficina y dudo que la dejara escaparse de mi cama siquiera para

comer.

Las observo hasta que se montan en el A8 y regreso a la fiesta. Cojo

una copa de *champagne* y busco a Bentley con la mirada. Si voy a tener que pasarme un par de horas más aquí, por lo menos que me haga un poco

de compañía. Acabo de darle refugio a su novia.

—Una velada deliciosa.

La voz surge a mi espalda y por un momento no estoy seguro de

haber oído bien. ¿Qué hace ella aquí?

—Savannah —la saludo con nulo entusiasmo.

Ella me rodea y se coloca frente a mí. Sigue siendo preciosa. Una

larga melena morena cayéndole por uno de los hombros, la piel perfecta y

su uno setenta más tacones cubierto por un vestido espectacular.

Nunca me ha interesado menos.

—¿Qué tal va todo? —pregunta.

—¿Qué quieres?

La charla insustancial nunca ha sido su estilo y yo no estoy de humor

para aguantarla.

—¿Sabes? Hay quien estaría molesta sabiendo que estuviste en

Luxemburgo y no viniste a visitarme.

Ni siquiera me molesto en contestarle.

—Pero también hay que ser muy estúpida para pedirle explicaciones

a Ryan Riley, ¿no?

Enarca una ceja y sonríe con picardía. Eso a esas alturas no voy a negarlo, pero siempre he sabido que, como Marisa, sólo dice lo que cree que yo quiero oír. Piensan que me conocen y no podrían estar más equivocadas.

—¿Qué quieres? —vuelvo a repetir.

—Le quitas toda la gracia al coqueteo —protesta.

—No quiero coquetear contigo.

—Lo sé —responde displicente robándome la copa de *champagne* y dándole un sorbo—. Ahora estás prometido.

Me tiende la copa, pero yo no la cojo. No voy a darle el derecho a esa forma de intimidad. Ella ignora la situación, pero sé que le ha molestado.

—Las noticias vuelan —continúa—. Dicen que es una chica muy… —finge no encontrar la palabra adecuada—… bonita.

Para Savannah Sandford esa palabra siempre ha tenido un sentido despectivo. No encaja con ser elegante y sofisticada. No tiene ni idea de lo equivocada que está y de lo poco que me importa. Maddie es preciosa, sencilla, dulce y, por supuesto, bonita. Algo que ella jamás podrá ser.

—¿De dónde es? —pregunta displicente.

—Mía.

Su expresión cambia por completo en una milésima de segundo.

Durante un momento permanece en silencio y finalmente da un desafiante paso hacia mí.

—Había pensado que podía ir a ver a esa chica y darle un par de

nociones, muy básicas, de lo que tú necesitas. ¿Sabes? Todavía recuerdo

cómo me atabas, cómo me observabas. Tu mirada, Ryan.

Aprieto la mandíbula. Me alegro de que Maddie no esté aquí. No quiero siquiera que respire el mismo aire que ella.

—Ésa es la diferencia entre nosotros. A mí, a veces, me cuesta trabajo incluso recordar tu nombre. —Quiero acabar con esta estupidez ya—. No te acerques a Maddie.

Si me conoce como ella afirma conocerme, sabe que eso ha sido una amenaza en toda regla. Es la hermana de Bentley, pero no pienso permitir que haga daño a la chica a la que quiero.



18

El compromiso de Ryan y Maddie se convierte en el *boom* del momento y las noticias sobre ellos se multiplican en la prensa y la televisión.

Maddie comienza a trabajar en el *New Yorker* como ayudante del editor.

Ryan decide volar a Santa Helena para hablar con Christopher, el padre de Maddie. Su compromiso ya es de dominio público y no quiere que piense que le está faltando al respeto al no ir a hablar con él.

—Ya hemos llegado, señor —me anuncia Finn bajándose del coche y abriéndome la puerta.

Salgo abrochándome la chaqueta gris marengo y me dirijo con paso decidido hacia el pie de las escalinatas del jet. En la pista privada del JFK, el calor parece aún más insoportable.

Hablo un par de minutos con el capitán y subo al avión. Marie me

saluda y en seguida me ofrece el *Times* y un café. Esta mujer es la eficiencia personalizada. Me recuerda a Tess.

—Despegaremos en diez minutos, señor.

Asiento para que se retire y, aunque mi intención es concentrarme en

la sección económica del periódico, acabo mirando el iPhone algo

inquieto. Maddie ya debe estar trabajando. Todavía no tengo claro cómo

me hace sentir eso. Estoy muy orgulloso de ella, pero al mismo tiempo

quiero que forme parte de *Spaces* y, no es por el hecho de poder tenerla controlada, es porque esa revista es lo único que siento que de verdad es

mío, que funciona como quiero, y saber que ella forma parte me hace

inmensamente feliz. Además está esa tal Samantha Stinson. Conozco

perfectamente a la gente de Recursos Humanos y, sobre todo, conozco

perfectamente a las ejecutivas como ella. Jamás se molestaría en leer el

currículo de una recién licenciada con menos de un mes de experiencia.

No sé qué es, pero algo no me gusta y pienso averiguarlo. Trato de apartar

todos esos pensamientos y concentrarme simplemente en lo feliz que

estaba cuando la dejé en la puerta del *New Yorker*. Es su sueño y no pienso

permitir que nadie se lo arrebate.

El avión despega suavemente. Llegaremos al aeropuerto de Savannah

en dos horas.

Las cosas no están saliendo como esperaba. Por eso tengo que hablar

con el padre de Maddie. Nuestro compromiso está saliendo en esos

estúpidos programas del corazón y en la prensa en general. No puedo

dejar que piense que le estoy faltando al respeto. Yo tenía otros planes, joder. Iba a darle una sorpresa a Maddie: iríamos a Santa Helena,

pasaríamos el fin de semana y entonces hablaría con su padre. Todo se ha

precipitado.

Intenté parar todo esto como mejor sé, pero Mackenzie y Bentley me

hicieron ver que, si impido que publiquen más noticias comprando medios

o utilizando mi influencia, sólo haré que crezca el interés sobre Maddie y nuestra relación. Tienen razón.

Odio esta puta situación.

Aparco el Mercedes delante de la casa de los padres de Maddie.

Resoplo y me bajo sin darle más vueltas. Llevo todo el vuelo y todo el

camino en coche pensado. La cabeza me va a estallar.

Al ver el porche, toda la tensión parece disiparse en los nítidos

recuerdos de cuando traje aquí a Maddie. En aquel momento todavía no

entendía lo que significaba para mí o, al menos, no quería admitirlo.

Cuando se presentó en la *suite* del Hilton, sólo quería consolarla, hacer que se sintiera mejor, y, antes de que me diera cuenta, ya no había vuelta

atrás. Le había hecho el amor. No había jugado. No había follado.

Simplemente quería verla sonreír y eso lo eclipsó todo.

Subo los dos escalones prestando atención a cada detalle y finalmente

llamo a la puerta. Inmediatamente oigo pasos acercándose.

—Hola —saluda abriendo la puerta Evelyn con la atención centrada

en el trapo de cocina en el que se seca las manos.

Aún nos separa una segunda puerta de malla metálica.

—¿En que puedo ayudarle…? —la última palabra se esfuma en sus

labios cuando al fin alza la cabeza y me ve—… Ryan —murmura atónita.

—Buenos días, señora Parker —la saludo con una sonrisa.

—Buenos días —replica aún sorprendida— pasa, pase —rectifica el

tratamiento que me dirige—, por favor —añade echando a andar hacia el interior de la casa.

Enarco las cejas sin perder la sonrisa y miro la puerta metálica que aún nos separa. Ella sonríe nerviosa y deshace sus pasos acelerada.

—Qué torpe —se disculpa—. Pase, por favor —repite abriéndola al fin.

—Muchas gracias.

La sigo al interior de la casa. Evelyn me guía hasta el salón y me señala el sofá flanqueado por un antiguo pero bonito mueble de pared, a un lado, y un sillón orejero, al otro.

—Siéntate, siéntese —vuelve a rectificar. ¿Qué demonios está pasando aquí?—, por favor. Traeré algo de beber. Hace mucho calor —añade nerviosa.

Sale del salón con una sonrisa de oreja a oreja. Tengo la sensación de que ha estado a punto de hacerme una reverencia antes de marcharse.

Trato de restarle importancia a la idea de que probablemente sepa quién soy y a qué me dedico en Nueva York. Eso sería admitir la premisa de que ya han visto o leído todas esas estúpidas noticias y, por lo tanto, saben lo del compromiso.

Me concentro en el bonito salón. Todo parece familiar y sereno, lleno de la dulzura de los decorados de teleserie. Tuvo que ser genial crecer aquí.

—Espero que le guste la limonada —comenta acercándose con una bandeja con una jarra helada y dos vasos.

Sonrío y me levanto dispuesto a ayudarla. Ella niega con la cabeza y me señala el sofá con la mirada para que vuelva a sentarme.

—Tiene una pinta deliciosa —comento haciéndolo.

—Es usted muy educado —responde tomando asiento en el sillón orejero.

Evelyn llena dos vasos y me tiende uno.

—Gracias.

Le doy un sorbo y un silencio algo incómodo se apodera del ambiente. Es obvio que está muy nerviosa.

—¿Qué tal va todo por Nueva York?

—Muy bien —miento—, pero tenía que tratar un asunto muy importante con el señor Parker.

Ella sonríe. Es obvio que lo saben. No sé si eso va a jugar en mi contra o mi favor con mi futuro suegro.

—Normalmente trabaja en casa, pero hoy tenía que ir a inspeccionar algunos asuntos a la presa. No tardará.

Después de un poco más de charla educada e insustancial, Evelyn se marcha a controlar la comida que tiene en el horno, dejándome solo en el salón. No puedo más con esta impaciencia, nunca he sido un hombre paciente, y comienzo a deambular por la estancia. Hay decenas de fotografías. Sonrío al ver una de Maddie. No debe de tener más de cinco o seis años. Está en la playa con la que imagino que es su hermana, cada una con un cangrejo en la mano. Toda su vida está inmortalizada en este salón, con su padre, con Evelyn, con sus hermanos, su graduación en el instituto, en la universidad.

—Supongo que se está aburriendo —comenta Evelyn entrando de nuevo en el salón.

Yo sonrío restándole importancia.

La mujer lo piensa un instante.

—Quizá le apetezca subir a ver la habitación de Maddie.

Mi sonrisa se ensancha sincera. La idea me gusta. Con un poco de

suerte encontraré algo bochornoso con lo que torturarla.

—La segunda puerta a la derecha —me indica amable.

Asiento y subo las escaleras. Agarro el pomo con fuerza y abro

despacio. Me divierte y también me excita un poco el hecho de conocer

esta parte de la vida de Maddie, cómo era cuando tenía diecisiete años y aún iba al instituto y vivía aquí. Mi parte más pervertida se imagina

viniendo de vacaciones y serpenteando la idea de que todavía no ha

cumplido los dieciocho mientras la beso con fuerza en algún rincón mal

iluminado de la playa. Sonrío con malicia. Me gusta esa idea. En esa idea

yo soy el primero en besarla, en tocarla, en follármela.

«Eres un puto pervertido, Riley.»

Su habitación es exactamente como tiene que ser. Una cama justo en

el centro. Una estantería llena de libros, cedés y todo tipo de cosas que las

chicas consideran interesantísimas, como perfumes o peluches. Hay un

tocador y, en el espejo, varias fotos colgadas. La mayoría de ellas, en la playa, y en muchas ya aparecen Stevens y los Hannigan.

Bajo la ventana hay un bonito banco. Puedo imaginármela ahí

sentada, leyendo o estudiando. Hay varios pósters en la pared de Kelly

Clarkson, Fall out boy y el de *El diario de Noa*. Pongo los ojos en blanco.

¿Habrá alguna chica en este universo que no adore esa película?

Tiene un premio de atletismo y otro a la peor cantante de karaoke del

mundo. Sonrío. Puedo atestiguarlo. Cantar no es lo suyo.

Me gusta su habitación. Es la habitación de alguien feliz.

De pronto reparo en una fotografía en la mesita junto a una caja de música. De nuevo Maddie no debe de tener más de seis años. A su lado hay una mujer guapísima. Están en el balancín del porche. Las dos llevan flores en el pelo. Viéndolos, parece que físicamente Maddie se parece a su padre, pero ahora me doy cuenta de que es como su madre. Una sonrisa algo triste se apodera de mis labios. Tiene que echarla muchísimo de menos.

Aún con la fotografía en las manos, oigo la puerta principal cerrarse. Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. Ha llegado el momento de la verdad.

Salgo de la habitación y bajo despacio las escaleras. Ya a unos pasos del salón los escucho cuchichear. Resoplo de nuevo y entro en la estancia con paso seguro. No quiero parecer irrespetuoso, pero tampoco me da ningún miedo. La decisión ya está tomada.

—Buenos días, señor Parker —lo saludo en cuanto nuestras miradas se cruzan.

No está contento. Es obvio. Ni siquiera me saluda.

—Os dejaré para que habléis —se disculpa Evelyn.

Ella me mira llena de indulgencia, como si me estuviese pidiendo paciencia y perdón por adelantado. Definitivamente saben lo del compromiso y definitivamente no va a jugar a mi favor. Nunca debí haber escuchado a Bentley y a Mackenzie. Saber que Lucas McCallan y el director del *New York Times* están vendiendo sándwiches en alguna

cafetería de Amsterdam Avenue ahora me ayudaría a sentirme infinitamente mejor.

El señor Parker la observa hasta que desaparece de la sala. De nuevo nuestras miradas se encuentran un segundo y después la aparta brusco a la vez que bufa resignado como si acabase de recordar algo, probablemente una frase del estilo «Ryan: 0, cazafortunas: 1. El posicionamiento es importante». La situación se está complicando por momentos. Joder, la idea de secuestrar a Maddie cada vez cobra más sentido.

—Señor Parker, tengo que hablar con usted.

Mi voz suena firme, incluso un poco exigente. No era así como había pensado empezar esta conversación, pero no voy a fingir a estas alturas que soy el yerno de sus sueños.

—Sé de sobra lo que vas a decirme y la respuesta es no.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. Estoy intentando hacer las cosas bien. No debería ponérmelo tan difícil.

—Con todos mis respetos, señor Parker…

—¿Con todos mis respetos? ¿Los mismos que ha tenido dejando que me enterase de que mi hija pequeña va a casarse por un cruel artículo en una revista de cotilleos? ¿O los mismos que tuvo cuando se presentó aquí con ella y se la llevó a su hotel?

Aprieto la mandíbula.

«Contrólate, Riley. Es el padre de Maddie.»

—Yo no pretendía que las cosas fueran así y, en cuanto a la última vez que estuve aquí, lo hice por su hija, no por usted.

Usted no me interesa lo más mínimo.

—Me mintió. —Inmediatamente entiendo a qué se refiere—. Dejó que creyera que era un chico normal y corriente.

Yo no le mentí.

No lo hice, joder.

—Es el dueño de Nueva York. Su familia es de las más ricas del país.

Decirme que simplemente tenía una empresa fue mentirme.

Aprieto los puños con fuerza.

—Yo no soy mi empresa, señor Parker.

—Y mi hija tampoco, Ryan. Maddie todavía es una niña.

No, no lo es.

—Maddie no es ninguna niña, señor Parker.

—¿Cuántos años tiene, Ryan? —me pregunta ignorando por completo mis palabras.

—Acabo de cumplir treinta y uno.

—Mi hija apenas tiene veinticuatro —se apresura a replicar—. Eso son siete años de diferencia para dos personas que, de por sí, no tienen nada en común.

—Yo la quiero.

—Tú vas a cansarte de ella y la destrozarás, y eso no lo voy a permitir.

El señor Parker comienza a andar hacia la puerta. Yo ya no puedo más, joder. Trato de controlar toda la rabia, de gestionarla, y mi autocontrol tiene que hacer un esfuerzo titánico. Hay cosas que yo tampoco voy a permitir.

—Voy a casarme con su hija, señor Parker —pronuncio sin asomo de

duda. Mis palabras lo detienen en seco—. Voy a hacerlo con o sin su consentimiento. Nada ni nadie va a apartarme de ella.

Sueno arrogante. No me importa. Quiero que lo entienda. Maddie es su hija, lo tengo claro, pero también es mi vida y, cuanto antes lo entienda, mejor. Sé que no soy el hombre con el que sueña un padre. Si fuese mi hija, no dejaría que un tipo como yo se acercara a menos de diez kilómetros a la redonda, pero sencillamente va a tener que aprender a vivir con ello.

—Tú sólo vas a hacerla infeliz —sentencia sin ni siquiera volverse.

Miro con rabia e impotencia cómo sale del salón. Por un momento me siento como si acabase de hablar con mi padre. No necesito más gente diciéndome que no tenemos una mísera oportunidad, que acabaré jodiéndola. La quiero y voy a hacerla feliz. No hay discusión posible.

Salgo de la estancia y de la casa. No es hasta que llego al coche cuando me doy cuenta de que aún llevo la foto en la mano. Pienso en dejarla en el porche, pero automáticamente recuerdo que nunca he visto una foto de su madre en el apartamento de Maddie. Sin más, abro la puerta del Mercedes y dejo la foto en el asiento del copiloto.

Maddie me llama, pero silencio la llamada. Ahora necesito pensar.

Aparco el coche junto al jet y saludo al capitán sin ni siquiera detenerme. No estoy humor.

—¿Desea algo de comer?

Miro la hora. Son casi las dos. Cabeceo. Probablemente Maddie me llamaba para que comiéramos juntos y yo ni siquiera me he molestado en cogerle el teléfono.

—Bourbon.

Marie asiente, pero por un segundo su eficiente mirada sueca se ha llenado de desaprobación. Más le vale no tratar de convencerme de ninguna manera.

El vuelo es un auténtico infierno. Que Christopher Parker no esté de acuerdo no cambia mis planes, pero no sé cómo encajar la idea de que pueda cambiar los de Maddie. ¿Por qué no pueden dejarnos todos en paz? La decisión es nuestra y ya está tomada… quiero pensar que ya está tomada.

Llego a Chelsea y subo a la planta de arriba con el paso acelerado.

Me sirvo otro bourbon, me lo bebo de un trago y me meto en la ducha.

He perdido la cuenta de cuántos llevo ya. A veces me cuesta trabajo recordar si bebía tanto antes de convertirme en director ejecutivo. Resoplo y dejo que el agua caliente me calme. No lo consigo. Me pregunto qué hubiera pasado si me hubiese casado con Marisa o con Savannah, una boda con el beneplácito de las dos familias y de la prensa. Con Marisa habría acabado mudándome a Glen Cove; con Savannah, a Lenox Hill. Me las follaría cada noche, pero seguirían sin interesarme lo más mínimo, y todo habría sido gris hasta que el ayudante de Bentley recibiera una oferta de una revista en Los Ángeles, el Consorcio de Transportes Públicos de Nueva York se pusiese en huelga y de pronto el color más puro entrara en mi vida. Oculto un suave bufido en una sonrisa breve y fugaz. Lo más probable es que, estando casado, Maddie nunca hubiese querido saber nada mí, y yo tampoco me habría permitido fijarme en ella. Todavía recuerdo a mi padre diciéndome que la lealtad es la mejor cualidad. Por lealtad dije que sí a ser director

ejecutivo renunciando a todos mis sueños y por

lealtad seguiría casado con alguien a quien no quiero. La diferencia es

que, a pesar de todo lo que me dolió renunciar a ser arquitecto, renunciar

a Maddie sería un millón de veces peor. No creo que lo soportara y

preguntarme cuánto bourbon he bebido dejaría de ser una opción.

Salgo de la ducha, me pongo los primeros vaqueros que encuentro y

la primera camiseta. No me molesto en ponerme unos zapatos o en

secarme el pelo. Me sirvo otro bourbon en la cocina y camino con aire

distraído hasta el enorme ventanal.

Llaman a la puerta. Debe de ser Maddie. Le he repetido el código de

seguridad una docena de veces, pero siempre lo olvida. Doy un nuevo

trago a mi copa y pierdo mi vista en el cielo de Manhattan. Sólo quiero dejar de pensar. También he perdido la cuenta de cuántas veces me he

implorado eso.

Dejo caer el vaso hasta la punta de mis dedos y lo mezo suavemente.

Está atardeciendo. La ciudad se calma. Yo no.

Maddie entra en el salón. Sé que sabe que he ido a Santa Helena. Es

obvio que su padre la ha llamado.

Ahora sí que ha llegado el momento de la verdad, Riley, de saber si

Maddie se ha echado atrás o no.

Me giro despacio, pero no me acerco. No quiero hacerlo. Por

primera vez no quiero persuadirla con lo que siente cada vez que la toco.

Si va a decir que esto se acabó, que lo diga cuanto antes. El bourbon y yo

tendremos mucho que hablar entonces. Cuando dejo despacio la copa en el

suelo y me apoyo contra la cristalera, todo mi cuerpo protesta

llamándome gilipollas por no ir a buscarla y convencerla de que tenemos

que estar juntos como mejor sé.

—¿Por qué has ido a Santa Helena sin mí?

Quiere sonar serena, pero no lo consigue.

—No era asunto tuyo.

Es la verdad.

—Es mi padre. ¿Cómo puedes decir que no era asunto mío?

Está enfadada, pero eso no cambia las cosas.

—Era algo que yo tenía que arreglar con tu padre, no tú. Nuestro

compromiso está saliendo en la prensa y no quería que pensara que le estaba faltando al respeto por no hablar con él.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Su voz ha cambiado. Está asustada. Maldita sea, lo está porque piensa

que soy yo el que está pensando en ponerle fin a todo. No podría estar más

equivocada.

—Voy a casarme contigo —sentencio.

No quiero que dude. No quiero siquiera que se plantee otra

posibilidad. El alivio se materializa en su cuerpo y, sin decir nada, corre

hacia mí y se lanza a mis brazos. Yo la estrecho con fuerza y el alivio se

contagia. Va a funcionar. Me da igual quién se oponga. La quiero y ella me

quiere. Me hace sentir invencible, el dueño del mundo, y pienso ponerlo a

sus pies.

Me separo lo suficiente para ver su preciosa cara. En cuanto mis ojos

atrapan los suyos, no puedo evitar sonreír y mi gesto se contagia

automáticamente en su perfecta boca.

—Cuándo estaba esperando a que tu padre regresara del trabajo,

Evelyn me enseñó tu habitación y cogí una cosa prestada.

Maddie me mira divertida a la vez que frunce los labios tratando de

imaginar a qué me refiero. Seguro que da por hecho que es algo

bochornoso, como, por ejemplo, su diario. Joder, ¿cómo no puede caer en

coger su diario? Esa información habría sido muy valiosa.

Pienso en torturarla un poco más, pero yo también estoy impaciente

porque lo vea. No puedo dejar de pensar en la cara que pondrá. Le hago un

gesto para que espere y recojo la foto que prudentemente dejé bocabajo

sobre la mesa del salón cuando llegué.

Me la coloco a la espalda para darle mayor intriga y regreso hasta

ella. Cuando la ve, la reconoce al instante. La mirada llena de nostalgia con la que escruta cada detalle de la fotografía, incluso del gastado marco,

no deja lugar a duda.

—Pensé que te gustaría tener una foto de ella aquí.

Sus ojos se llenan de lágrimas a la vez que pasa los dedos con

suavidad sobre el cristal. Joder, está tan dulce.

—Adoro esta foto —murmura con una sonrisa enorme.

A pesar de las lágrimas, no está triste. Es una sensación más profunda

y más fuerte. El recordar a su madre de la manera que sea le produce

alegría, porque la recuerda llena de amor.

—Nunca me la llevé porque siempre creí que mi padre la necesitaba

más que yo.

Le enjugo una solitaria lágrima con el pulgar y su sonrisa se

ensancha. Es una sonrisa preciosa.

—Estoy seguro de que le gustará saber que tienes una foto de ella.

Al margen de todo lo que haya pasado, hoy me ha quedado todavía

más claro que su padre la adora.

—Podemos ponerla en la chimenea —comento tratando de eludir

todos los pensamientos relacionados con mi viaje a Santa Helena.

Maddie asiente de nuevo. Va hasta la chimenea y, con cuidado, coloca

la foto justo debajo de las dos en blanco y negro, las únicas hasta ahora en

el salón. Da un paso atrás y pierde la vista en el conjunto que hacen las tres.

—Deberías poner más fotos —me propone.

—Puedes poner todas las fotos que quieras —respondo recuperando

mi vaso de bourbon y caminando hacia la cocina.

De pronto me imagino fotos de los dos por toda la casa, fotos de

Maddie de pequeña, fotos de un montón de críos con los ojos verdes. Me

imagino una vida juntos.

19

Las cosas van complicándose por momentos para Ryan y Maddie. Ella

continúa trabajando en el *New Yorker* a pesar de que Sterling ni siquiera

sabe, o no quiere saber, que existe. Carson va a Chelsea para que Maddie firme el acuerdo prematrimonial. A pesar de que Ryan está en contra, ella

acaba firmando y rechazando el apartamento que él le ha comprado.

Por si fuera poco, Marisa se presenta en la oficina y Maddie, lejos de

entender que es sólo trabajo, se enfada con Ryan y se marcha al Village.

Aunque es lo último que quiere, Ryan acaba explicándole que, si ha vuelto

a tener relación empresarial con Marisa, es para salvar de la inminente

ruina a Miles Hannigan, el padre de Álex y James.

Todo termina de torcerse el día que Maddie come con Meredith en el Plaza. Aunque está muerta de miedo, todo va bien hasta que accidentalmente descubre el *affaire* que la madre de Ryan tuvo con Miles. De vuelta al trabajo, Lauren y James la esperan para contarle que el *New York Star*, una horrible revista de cotilleos, ha publicado un artículo sobre ella y su madre. Esa misma tarde descubre que sólo la contrataron en el *New Yorker* con vistas a que Ryan considerara invertir en un nuevo proyecto empresarial de la directiva. Cuando piensa que las cosas no pueden ir peor, recibe una llamada de su padre absolutamente abatido tras leer todo lo que dicen de ella y de su madre. Tratando de animarse, va en busca de los chicos y acaba peleándose con Lauren y James cuando los pilla demasiado solos en el apartamento de Hannigan. Lauren descubre que Maddie era la misteriosa chica de la que James estaba enamorado y, entre dientes, éste acaba reconociendo que todavía está muy enfadado con Maddie por cómo reaccionó cuando se lo contó.

El día la ha superado en todos los sentidos y, cuando está a solas en Chelsea, bajo el chorro de agua caliente, la tensión puede con ella y rompe a llorar desconsoladamente.

—El tres por ciento. Sube al cuatro si ellos pasan los cien millones.

Mackenzie asiente y gira sobre sus talones para volver a su despacho.

Yo continúo camino del mío con Tess.

Miro la hora. Aún espero ese informe de Andrianelli. No voy a estar tranquilo hasta comprobar que ningún ejecutivo del *New Yorker*, en especial Samantha Stinson, oculta nada.

—Llame a Andrianelli —le ordeno a Tess, que asiente diligente—.

Todavía estoy esperando ese informe.

Se detiene en su mesa y, antes de que alcance la puerta de mi

despacho, ya tiene el teléfono en la mano. Sin embargo, antes de entrar definitivamente, una idea cruza mi mente y decido ponerla en práctica de

inmediato. Cruzo la redacción y voy hasta el despacho de Bentley. Al ver

la mesa de Maddie vacía, esa punzada de culpabilidad y rabia tan familiar

me atraviesa las costillas. Sé que está donde quiere estar, pero yo quiero que esté aquí.

—Bentley, quiero saber algo —le digo apoyando las dos manos en el

marco de su puerta e inclinándome ligeramente hacia delante.

Él gruñe como señal para que continúe. Tiene la mesa llena de

papeles y carpetas. Las pruebas en blanco de la revista están apiladas en el

suelo junto a su mesa de arquitecto y ésta está inundada de diapositivas.

—Robert Sterling, el editor del *New Yorker,* ¿cómo es?

—Un gilipollas —responde sin dudar y sin levantar la vista del

artículo que corrige.

Genial. Es justo lo que necesitaba. Exhalo todo el aire de mis

pulmones brusco. La rabia se acentúa.

Bentley capta en seguida mi estado de ánimo y alza la cabeza.

—Ey —me llama—, es un gilipollas, pero también es muy bueno en

su trabajo y un profesional —añade haciendo hincapié para tratar de

tranquilizarme. Sabe cómo me siento—. Maddie aprenderá mucho con él.

—También podría haber aprendido mucho contigo, joder —estallo

golpeando el marco con las dos palmas.

¿Por qué no pudo seguir trabajando en *Spaces*? Ah, sí, porque soy un

capullo.

—Una de esas noches tan interesantes que me hiciste pasar cuando ella estaba en los Hamptons y tú no te despegabas del bourbon, me contaste que el padre de Maddie te dijo que ya leía el *New Yorker* con nueve años.

—No fue el padre de Maddie, fue Sam.

Lo recuerdo perfectamente. Si ya me parecía adorable, después de aquella historia me pareció la chica más especial sobre la faz de la tierra.

—Tienes que apoyarla, gilipollas —sentencia Bentley sacándome de mi ensoñación.

Pienso hacerlo, pero también pienso asegurarme de que nada la perjudique de ningún modo. Asiento y giro sobre mis talones para volver a mi oficina.

—Y hablando de eso —llama mi atención Bentley saliendo tras de mí —, necesito una ayudante.

Finjo no oírlo. Pienso apoyarla y quiero que Maddie alcance su sueño, pero no voy a renunciar a la posibilidad de que vuelva a aquí.

—Nada de recién licenciadas con vestiditos. Lo prometo — argumenta el muy capullo.

Disimulo una sonrisa y continúo caminando.

—Ryan, ¿has visto cómo está mi despacho? —se queja.

—Lo he visto —replico girándome y continúo mi camino de espaldas —. Da asco. Deberías ser más ordenado.

Sonrío presuntuoso cuando lo veo frenarse en seco por mis palabras y atónito mascullar un juramento entre dientes.

Apenas he puesto un pie en mi despacho cuando mi iPhone comienza a sonar. Lo saco del bolsillo de mis pantalones. Es Finn.

—Señor, creo que debería venir a casa —dice en cuanto descuelgo.

Mi cuerpo se tensa al instante.

—¿Qué ha pasado?

—Es la señorita Parker. No sé qué ha ocurrido, pero ha estado a punto de llorar varias veces en el coche de vuelta a Chelsea. Ahora está en su habitación.

¿Qué coño ha pasado? Cuelgo y salgo como una exhalación del despacho. Ni siquiera cojo mi chaqueta. Esta mañana, cuando la dejé en el trabajo, estaba bien.

¡Joder!

Atravieso la ciudad en el BMW a toda velocidad. Llego a Chelsea prácticamente en tiempo récord. Finn me espera en el vestíbulo.

—Al salir del trabajo me pidió que la llevara a casa de los Hannigan, pero apenas estuvo unos minutos —me informa mientras me sigue escaleras arriba. No pienso detenerme un solo segundo—. Recibió una llamada de su padre y compró varias revistas.

Tuerzo el gesto. Si han vuelto a publicar algo, juro por Dios que compraré el maldito periódico sólo para ver cómo se hunde.

Le hago un gesto a Finn para que se retire y al fin alcanzo la puerta de nuestra habitación. Miro a mi alrededor. No está. ¿Dónde se ha metido?

Una rabia sin edulcorar me inunda de pies a cabeza.

Abro la puerta del baño y lo que encuentro al otro lado me deja fulminado. Maddie está sentada en el suelo de la ducha. El agua cae con

fuerza sobre ella y, a pesar de eso, puedo distinguir cada una de sus

lágrimas. ¿Qué coño ha pasado? Todo mi cuerpo se tensa aún más, la rabia se hace más cortante y un miedo frío y duro lo asola todo. ¿Qué le

han hecho?

—Nena, ¿qué pasa? —pregunto cruzando la distancia que nos separa.

Sueno muy preocupado. Lo estoy.

Abro la mampara de la ducha, entro y me siento a su espalda. La

estrecho entre mis brazos y apoyo su cabeza en mi pecho. Su cuerpo está

caliente por el agua, pero todo el dolor que está soportando la hace

temblar suavemente. ¿Qué ha pasado, joder? Mi ropa se empapa por

completo prácticamente en segundos y se pega a mi piel. No me importa.

Ahora mismo sólo quiero hacer que se sienta mejor.

Maddie se esconde en mi cuerpo y en cada uno de mis huesos se hace

aún más patente la idea de que tengo que protegerla del mundo. Le beso el

pelo mojado y la acaricio con la nariz despacio a la vez que la chisto

suavemente. Quiero que se calme. Que se sienta bien.

Ya estoy aquí, nena, y no pienso permitir que nada malo te suceda.

No sé cuánto tiempo transcurre. Poco a poco Maddie va dejando de

llorar, aunque sigue convulsionándose rítmicamente presa de los sollozos.

A pesar del agua caliente, la temperatura de su cuerpo comienza a bajar.

Ágil, alcanzo el grifo sin separarla de mí y lo cierro. Lo último que

quiero es que pille una neumonía.

—Será mejor que salgamos de aquí o te pondrás enferma.

Ella no dice nada. La levanto con cuidado y la hago salir de la ducha.

—Espera aquí —le pido en un susurro dejándola en el centro del

baño.

Me paso la mano por el pelo húmedo para echármelo hacia atrás y, veloz, alcanzo un albornoz y una toalla. Regreso con ella y la envuelvo con el albornoz de suave algodón. No dice una palabra. No quiero presionarla, pero necesito saber qué ha sucedido para tomar las medidas oportunas.

Paciente, abro la toalla y le seco el pelo despacio, mimándola. Me encanta mimarla en cualquier circunstancia, pero hoy se lo merece más que nunca.

—¿Mejor? —inquiero con una sonrisa para animarla a hacer lo mismo.

Maddie me devuelve el gesto, pero no le llega a los ojos. Le acaricio suavemente la mejilla con el reverso de los dedos. Tiene una sonrisa con la que podría iluminar todo Manhattan y, que me sonría así, me parte por dentro.

—Espérame en la habitación —susurro.

La sigo con la mirada hasta que abandona el baño. Cuando cierra la puerta, me quito la ropa empapada. Es más difícil de lo que parece, pero aun así tardo relativamente poco. Me envuelvo con una toalla la cintura y me apresuro a salir. No quiero que esté sola.

Ladeo la cabeza al verla acurrucada sobre el colchón, prácticamente está hecha un ovillo. Me sigue con la mirada mientras rodeo la cama y me tumbo a su lado. Odio ver tristeza en esos preciosos ojos verdes.

Despacio, alzo la mano, le meto un mechón de pelo húmedo tras la oreja y prolongo el movimiento hasta acariciarle la mejilla. Necesito

volver a tocarla y no es algo sexual. Necesito que sepa que voy a

protegerla de todo y de todos.

—¿Qué ha pasado, Maddie?

—¿Por dónde empiezo?

Sonríe fugaz y triste y yo hago lo mismo.

—¿Tiene algo que ver con el almuerzo con mi madre? —pregunto

sin levantar mis dedos de su piel.

—No —se apresura a contestar—. El almuerzo con tu madre ha

estado bien.

Suspiro aliviado, aunque nunca pensé que tuviese algo que ver. Mi

madre la adora.

—¿Entonces?

—El *Post* ha publicado un *ranking* con las mayores cazafortunas de Nueva York y yo estoy en él.

Hijos de puta. Me las van a pagar.

Tuerzo el gesto, pero lo disimulo rápido. No quiero preocuparla.

—Me he peleado con Lauren y con James.

Frunzo el ceño. ¿Se han peleado? Maddie, Stevens y los Hannigan

parecen haberse escapado de una teleserie de la NBC. La verdad, me cuesta

trabajo imaginar cuál ha podido ser el motivo de la discusión.

—Ha sido una estupidez, pero no me gusta discutir con ellos —me

explica.

Maddie da una larga bocanada de aire y tengo la sensación de que

comenzamos a acercarnos a los verdaderos problemas.

—Y ya sé por qué me contrataron en el *New Yorker*. Resulta que

Newark, uno de los dueños, quiere que inviertas en su nueva publicación y pensó que, si me contrataba allí, tú estarías más predispuesto.

Una sonrisa dura, incluso con algo de malicia, se dibuja en mis labios. Newark acaba de cometer el error de su vida. De pronto todas las piezas encajan. Yo tenía razón desde el principio. Samantha Stinson no es más que otro perro de presa.

—No me conocen en absoluto. Si quiero que trabajes en el *New Yorker*, sólo tengo que comprarlo. —Sueno furioso y arrogante y soy plenamente consciente de que lo estoy siendo. No me importa absolutamente nada. Tengo razón—. Pero te conozco lo suficiente como para saber que no quieres conseguir un trabajo así.

Si quisiera, sería su puto regalo de desayuno mañana mismo.

Maddie se lleva el índice a la nariz y los dos sonreímos suavemente.

Sin embargo, por cómo me lo ha contado, tengo la sensación de que eso no es lo que la ha hecho acabar llorando en el suelo de la ducha. Mi cuerpo vuelve a tensarse.

—¿Qué es lo que de verdad te preocupa, Maddie?

Ella suspira.

¿Qué ha ocurrido, nena?

—El *New York Star* ha publicado un artículo sobre mi madre.

La rabia vuelve y lo llena todo. ¿Dónde piensan llegar, joder?

—Salen fotos de mi madre que ni siquiera entiendo cómo han podido conseguir. —Hace una pequeña pausa y la rabia se recrudece. Pienso acabar con ellos—. Mi padre lo ha visto y me ha llamado. Estaba destrozado.

Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas y suspira hondo para evitar un nuevo sollozo. Se acabó la paciencia y se acabó el esperar que dejemos de ser noticia. Han cruzado la línea. Le han hecho daño, la han hecho llorar. Me las van a pagar.

La abrazo con fuerza y la beso en la frente.

—Te prometo que todo esto se acabó, Maddie.

No pienso permitir que vuelvas a pasar por esto, nena.

—Te parecerá una estupidez, pero me he pasado toda la tarde pensando en esas fotos. Las recordaba perfectamente. En una sale ella de joven. No debe de tener más de veintiocho años. Mi padre hizo la fotografía en el Sound una mañana que mi madre dejó que nos saltáramos el colegio para ir a verlo trabajar.

Su voz se llena de una melancolía feliz, recordar a su madre tiene ese efecto. Yo sonrío y presto atención a cada palabra. Ahora mismo me parece aún más dulce.

—Cuando nos explicó lo que hacía allí, creí que era un superhéroe.

El Sound me parecía enorme y él lo protegía.

Mi sonrisa se ensancha.

—La otra es de los dos en un cumpleaños de Sam. Se les ve muy contentos. No tengo muchos recuerdo de aquella noche, sólo que mi madre llevaba un vestido rosa.

—¿Recuerdas muchas cosas de ella?

—La verdad es que no. —Esa idea la entristece, pero al hacer memoria vuelve a sonreír—. Sólo que olía a flores y que le encantaba escuchar a Peter Gabriel. Sam siempre se metía con ella por eso.

La ternura inunda mi mirada y poco a poco empuja la rabia. Nunca hasta ahora me había permitido mirar a una chica así, probablemente ni siquiera las habría escuchado hablarme de algo tan personal, pero es Maddie, es diferente, y esto es sólo una prueba más. Su pasado forma parte de su vida y quiero que también forme parte de la mía. También es una prueba más de lo posesivo que me hace sentir. La idea me asusta un poco, pero en seguida la digiero. Lo quiero todo de ella. No podría ser más simple.

—Mi padre me dijo que a mi madre le hubieras caído bien —susurra.

Mis ojos se pierden en mis dedos acariciando su pelo. Imagino cómo debió sentirse mientras hablaba con su padre. Imagino cómo debió sentirse él. Si a Maddie le pasara algo… paro inmediatamente esa línea de pensamientos. Si a Maddie le pasara algo, creo que me volvería loco, joder.

—Ella a mí también. Estoy seguro.

Y no lo digo por decir. Debía de ser una mujer maravillosa.

—¿Tú tienes muchos recuerdos de tu infancia? No tienes que contestarme si no quieres —se apresura a añadir rápidamente.

Sonrío suavemente. Sabe que no me gusta hablar de mí y no se equivoca, pero hoy se merece una excepción.

—Recuerdo que me encantaba ir a la oficina para ver trabajar a mi padre. Spencer y yo siempre nos peleábamos por sentarnos en su silla.

Me pierdo en mis propias palabras. Me recuerdo a mí mismo de la mano de mi padre, con mi chapa de bomberos de la estación 17 en la mano, caminando por las oficinas feliz porque iba a ver a mi abuelo.

—Me parecía un sitio enorme —añado nostálgico sin poder dejar de sonreír—. Me gustaba cuando mi abuelo me llevaba de la mano por el edificio. Todas las secretarias se volvían locas con él. Le llamaban señor Riley y yo me sentía muy orgulloso, pero no por eso, sino porque yo era el único que podía llamarlo abuelo.

Sigo recordando y de pronto me veo a mí mismo de crío, a los pies de un solar en obras, mirándolo todo absolutamente admirado.

—Adoraba cuando íbamos a las constructoras —continúo—. Contemplaba esos edificios inmensos que en ese momento sólo eran esqueletos. Podía pasarme horas mirándolos.

Maddie sonríe.

—Un pequeño arquitecto.

Sí, supongo que sí.

—Claro que sí.

Le doy un beso en la frente contagiado de la alegría que sentía de crío y la abrazo con fuerza.

—¿Te apetece bajar a cenar?

Ella asiente.

—¿Podemos cenar en la terraza? —me pide.

No me parece buena idea. Tiene el pelo mojado y podría resfriarse, pero hoy no me apetece negarle nada.

Finalmente asiento. Me levanto y la ayudo hacer lo mismo. Nos vestimos con un par de pijamas y bajamos al salón. Me resulta extraño. Muy pocas veces me paseo en pijama por mi propia casa. El hecho de

estar haciéndolo con ella vuelve a teñirlo todo de esa suave sensación de hogar, aunque no voy a negar que la prefiero desnuda.

Cenamos en la terraza, pero, cuando el viento se hace más fuerte, la obligo a que entremos. No quiero que caída enferma.

No pienso separarme de ella, pero recibo una llamada de Mackenzie. Necesito hablar con él. Tengo muchas cosas en mente.

Me excuso con Maddie y atiendo la llamada camino de mi estudio.

—Riley —respondo.

—Señor, Andrianelli ha dejado su informe en su oficina.

Tarde. Ya sé todo lo que tengo que saber de Samantha Stinson y de la directiva del *New Yorker*.

—Averigua quién es el dueño del *New York Star*.

Rodeo mi escritorio y muevo el ratón para activar el ordenador.

—¿La revista? —pregunta sorprendido.

Yo guardo un intimidante silencio. Mackenzie es uno de mis vicepresidentes y mi jefe de prensa, pero aún no parece haber entendido que cuestionarme no es una buena idea, en ningún sentido.

—En cuanto lo sepas, mándame un *email* con los detalles —respondo ignorándolo. No tengo tiempo para gilipolleces—. Este asunto tiene prioridad. Quiero que averigües quién está detrás de todo. Quiero el nombre de ese hijo de puta.

Cuelgo y tiro el iPhone sobre la mesa a la vez que resoplo. Primero voy a averiguar de dónde sacó esas fotografías y después pienso hundirlo. Hacerle daño a Maddie de cualquier modo equivale a perderlo todo. Es hora de que capten el puto mensaje.

Salgo al salón y la encuentro sentada en el sofá. Está dándole vueltas a todo. No soporto verla así. Es obvio que está triste.

Camino despacio hasta agacharme frente a ella. Quiero que deje de pensar, que se olvide del mundo. Voy a arreglarlo. No va a tener que volver a pasar por esto jamás.

Atrapo su mirada con la mía y elimino cualquier distancia entre los dos.

—Déjame hacer que te sientas mejor —susurro contra sus labios.

Voy a cuidar de ti.

Me encargo de hacerle olvidar cada segundo de este maldito día como mejor sé. Lo hago despacio, profundo. Quiero que se pierda en cada embestida, que su conciencia se esfume. Quiero que el placer lo inunde todo.

—La planta de energía solar estará al ciento por ciento a finales de mes, como quería —me informa Mackenzie repasando su iPad—. La construcción de la planta gemela en Missouri tardará al menos un mes más.

—¿Por? —pregunto exigente alzando la vista de los documentos que reviso.

No me gustan los imprevistos.

Mackenzie traga saliva y desliza su dedo por la tableta. Él también sabe que no me gustan los imprevistos.

—Parece que hubo problemas en la entrega de materiales.

—¿Se los proporcionamos nosotros? —le interrumpo.

—Parece que sí, señor.

Resoplo. ¿En serio es tan difícil? Creas un proyecto, lo perfilas, inviertes dinero en él… y siempre hay alguien que tiene que joderla.

—Averigua dónde ha estado el fallo. Llama a Diane Johnson en Missouri y que busque la manera de adelantar el trabajo. Tiene dos millones de margen, que los aproveche bien. Prometí que la planta estaría funcionando y proporcionando energía a todos los vecinos a finales de mes. No pienso fallarles.

—Como ordene, señor.

Vuelvo a mis papeles, pero Mackenzie sigue parado en el centro de mi despacho. ¿Qué coño quiere?

—¿Algo más? —pregunto arisco.

—Sí, señor. Tiene la información que pidió en su correo electrónico.

Asiento e inmediatamente abro el servidor. Oigo vagamente la puerta cerrarse cuando Mackenzie se marcha. Tengo varios mensajes de trabajo de Spencer y un par de otros directores ejecutivos. Ahora mismo no me interesan. Encuentro el que busco.

De: L. Mackenzie Enviado el: Sábado 13/09/2014 06.38

Para: Ryan Riley

Asunto: New York Star

El dueño del NYS es la empresa Smith & Swan Entertainment. Dicha empresa pertenece al trust Dimes Company, cuya propiedad exclusiva es de Julian Dimes.

Lionell Mackenzie

Vicepresidente ejecutivo y jefe de prensa

Riley Enterprises Group

Cierro los puños con rabia. Ese hijo de puta va a perderlo todo.

—Mackenzie, ya —rugo por el intercomunicador digital.

Tess no responde. Sé que ha descolgado el teléfono con la primera palabra. Menos de un minuto después, Mackenzie entra en mi despacho.

—¿En qué…?

—Compra el *New York Star* —mascullo interrumpiéndolo— y desmantélalo. Extrae los activos que puedan servirnos. Nada de personal. Habla con Miller y Charlotte. Quiero que la operación esté lista y esa revista de mierda cerrada hoy mismo.

—Señor, es una revista bastante rentable…

Lo fulmino con la mirada y Mackenzie se detiene al instante.

—Sí, señor —pronuncia a modo de disculpa.

—Averigua en qué negocios anda Dimes. Quiero saberlo todo, lo que esté a punto de firmar y lo que esté tanteando. Tienes veinte minutos.

Mackenzie asiente con cara de susto y sale de mi despacho.

Yo resoplo y, antes de que la idea sea un pensamiento en firme, me sirvo un vaso de bourbon. Ese maldito gilipollas no sabe lo que acaba de hacer. Esta misma mañana le he prometido a Maddie que no iba a dejar que nada volviese a hacerla llorar. Pienso cumplirlo.

Mackenzie regresa menos de diez minutos después. Me entrega un informe aún con la tinta fresca con todos los movimientos de ese gilipollas. Parece que ha estado muy ocupado últimamente: algunas empresas de telecomunicaciones, terrenos cerca de Columbia y la licitación de un par de obras públicas.

—Intervén en todas estas operaciones y quédatelas.

Mi vicepresidente me mira con los ojos como platos. Joder, a estas alturas ya debería conocerme un poco. Finalmente parece reaccionar y asiente. Sin embargo, no es hasta que me confirma que todos los negocios son nuestros, aproximadamente un par de horas después, que no me siento mínimamente mejor. Si esto no es suficiente, sé cuál es el siguiente paso y no tengo ningún problema en darlo.

En ese preciso instante llaman a la puerta. Frunzo el ceño a la vez que miro el reloj. No puede ser ella. Sin embargo, todo mi cuerpo, y en especial una parte concreta de él, opinan lo contrario.

—Adelante —doy paso con la mirada fija en la puerta.

Maddie entra y cierra tras su paso. De pronto todo mi cuerpo se pone en guardia. ¿Ha ocurrido algo?

—Hola —la saludo saliendo a su encuentro e involuntariamente sueno angustiado.

Maddie frunce el ceño, como si no entendiese qué está ocurriendo, y casi en el mismo instante sonríe, su mejor sonrisa, y su gesto se traduce inmediatamente en mis labios.

—Hola —responde.

Sonríe de nuevo y mi polla se despierta de golpe. Pensar que había sucedido algo y de pronto verla radiante me ha puesto de buen humor al segundo. Voy a estrecharla contra mi cuerpo con la única idea de follármela sobre mi escritorio, pero ella da un paso atrás.

¿Qué coño pasa?

—Tenemos que hablar de algo importante y no quiero que me despistes —me explica.

¿Quiere jugar, señorita Parker? Juguemos.

Le dedico mi media sonrisa y me siento en el borde de la mesa.

—Acabo de dejarle claro a Sterling que soy muy buena en mi trabajo y me he despedido.

Sonrío de nuevo.

Ésa es mi chica.

—Era lo que tenías que hacer —replico orgulloso.

Maddie cruza las manos delante y se balancea fugaz una sola vez. Está nerviosa y automáticamente comprendo que lo que verdaderamente quiere decirme viene ahora.

—Quiero recuperar mi trabajo en *Spaces* —dice en un golpe de voz.

Joder, acaba de alegrarme la puta mañana, el mes entero en realidad, pero no voy a demostrarlo. Los sentimientos no se demuestran, te hacen perder batallas que incluso no sabías que estabas jugando y ésta puede ser una de ellas.

Me cruzo de brazos y me obligo a disimular una incipiente sonrisa.

—Habla con el director ejecutivo —respondo socarrón—. Dicen que es un tipo bastante corriente.

He usado la misma frase que el día que nos conocimos y ella lo ha captado al instante. Esa preciosa sonrisa es la mejor prueba de ello.

—Pero, si vuelvo, tienes que prometerme que aquí tendremos una actitud exclusivamente profesional.

Ésta es la batalla y voy a ganarla.

—No pienso prometerte eso —sentencio.

Maddie me mira sin saber qué hacer o decir.

Nunca hay que bajar la guardia, nena.

—Eres mía —continúo atrapando por completo sus preciosos ojos verdes—. No voy a prometerte que te miraré como miro a las demás mujeres cuando estés aquí, porque sencillamente es imposible. Cada vez que te veo quiero tocarte y cada vez que pueda, pienso hacerlo. Me importa bastante poco dónde estemos.

Maddie me contempla absolutamente embelesada. Ya tenemos ganador. Aunque ahora mismo ni siquiera me importa. Quiero follármela. No puedo pensar en otra cosa cuando me mira tan absolutamente maravillada por el bastardo arrogante hijo de puta que soy.

Sonrío, me estiro hasta alcanzar su muñeca y tiro de ella para tenerla entre mis brazos. Exactamente donde tiene que estar. Ella suspira, el león ruge y mis dedos atrapan su cadera. ¿Por qué me pone como una moto que parezca sobrepasada por todo lo que siente, por mí? Con ella todo es jodidamente instintivo.

Me inclino sobre ella. ¿Follármela o torturarla? Eso es un puto dilema y no los que vivía Hamlet. Entreabre los labios y mi cuerpo toma la decisión por mí: torturarla y follármela, y no tiene por qué ser en ese orden.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —susurro a escasos centímetros de su boca.

—Porque me he dado cuenta de que quiero estar en el lugar al que pertenezco.

Joder. Joder. Joder.

La beso con fuerza y se derrite entre mis brazos.

La señorita Parker vuelve a casa y el motivo no podría ser mejor.

Le doy un último beso, más corto y dulce, y me separo de ella para coger el teléfono. Los negocios primero. El sexo desenfrenado contra paredes de despacho, después.

—Tess, llama a Recursos Humanos y pide que envíen el contrato de Maddison Parker al despacho de Bentley Sandford.

Los dos sonreímos y el gesto en sus labios se mezcla con un tentador deseo. El sexo desenfrenado está ganando puntos. La tengo más dura que en toda mi maldita vida.

Tess me informa de que ya están subiéndolo al despacho de Bentley.

Cuelgo.

—¿Tenías mi contrato preparado?

Quiere mostrarse displicente, pero fracasa estrepitosamente. Está encantada.

—Lleva preparado desde el día que te fuiste.

Suspira y se lanza a mis brazos una vez más. Me besa y la corriente eléctrica que desata me recorre el cuerpo de pies a cabeza. Humm, estoy en el puto paraíso.

Tierra llamando a gilipollas. Tierra llamando a gilipollas. Tiene que firmar el contrato y tienes que decírselo a Bentley. ¿Desde cuándo se celebran los tratos antes de cerrarlos?

Pierdo una de mis manos en su pelo, deslizo la otra hasta el final de su espalda y, tomándola por sorpresa, la tumbo sobre ellas. Maddie rompe a reír feliz y yo vuelvo a sentirme el dueño del maldito mundo.

—Vamos a decírselo a Bentley —digo dejándola sobre sus preciosos pies de nuevo—. Hoy me ha amenazado dos veces con suicidarse en mitad de la redacción si no le dejaba contratar a una ayudante —añado burlón.

El capullo de mi mejor amigo es la reina del dramatismo.

Maddie asiente. Estamos a punto de salir, pero de pronto se frena en seco obligándome a hacer lo mismo.

—¿Puedes esperarme en el despacho de Bentley? —me pide—.

Necesito hacer algo antes.

¿Adónde coño va? La miro tratando de leer en su mirada y finalmente le hago un gesto para que pase delante. El cavernícola que llevo dentro gruñe. No le gusta la idea de dejarla sola. A cambio, puedo mirarle el culo mientras se aleja. Ahora es mi polla la que gruñe.

Me pongo los ojos en blanco mentalmente. Tengo que comportarme como un adulto, joder.

—¿Cómo va el tema del *Star?* —le pregunto a mi secretaría.

Revisa sus correos y asiente eficiente.

—Spencer y Mackenzie han salido hacia el edificio Flatiron. La firma se llevará a cabo allí en menos de un hora.

Asiento. Estoy a punto de ponerme de mal humor sólo con recordar por qué estoy teniendo que comprar esa revista de mierda, pero entonces

Maddie se despide de Tess justo antes de salir y me dedica otra vez esa preciosa sonrisa. Se la devuelvo sereno y la observo alejarse.

Todo vale la pena si es por ella.

Firmo algunos papeles que mi secretaria tiene preparados y me dirijo hacia el despacho de Bentley. Intercepto al auxiliar de Recursos Humanos

justo en la puerta y cojo el nuevo contrato de Maddie.

—Hola —lo saludo con una sonrisa de lo más impertinente a la vez que me apoyo en la mesa de arquitecto donde está trabajando.

Él alza la cabeza y gruñe con la clara intención de hacerme entender que ya no somos amigos.

—Cuando te suicides porque no te dejo contratar una ayudante, ¿a quién crees que debería darle tu puesto?

—No deberías bromear con un tío que apenas ha dormido y tiene su escritorio lleno de cosas que podría lanzarte a esa cara de «cuánto se divirtieron conmigo en la prisión estatal».

Me cruzo de brazos tratando de disimular una sonrisa.

—Gilipollas —me defiendo divertido.

—Capullo.

Me planteo si torturarlo un poco más o no. Es divertido, pero también me preocupa que acabe engullido por una de esas montañas de papel y aparezca en Narnia.

—Ya tienes nueva ayudante —digo saboreando cada letra.

Bentley alza la mirada desconfiado. Cree que sigo bromeando.

—¿Quién?

—Maddie.

Su nombre suena como un triunfo.

—¿En serio?

Sigue sorprendido.

—Sí, joder —me reitero dejando el contrato sobre su mesa.

Sonríe aliviado. Yo también lo hago, aunque mis motivos son

completamente diferentes y mucho más pervertidos.

En ese momento llaman a la puerta. Mi cuerpo me pide que me haga un favor y alce la mirada. La recompensa es obvia y tiene un efecto directo en mis pantalones a medida.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Aquí está mi ayudante —se apresura a responder Bentley encantado.

Se levanta como un ciclón y la abraza levantando sus pies del suelo.

Mi cuerpo se tensa. ¿Hace falta ser tan efusivos? El cavernícola, el león y yo estamos en absoluto pie de guerra. Suéltala ya.

—¿Por dónde empiezo? —inquiere divertida cuando sus pies vuelven a tocar tierra.

—Por firmar el contrato —intervengo.

Bentley me mira de reojo y enarca las cejas pidiéndome disculpas por el arrebato, aunque sospecho que también se está riendo de mí.

El móvil del *abrazanovias* de mi mejor amigo comienza a sonar. Él resopla, lo saca del bolsillo de sus vaqueros y mira la pantalla. Se excusa diciendo que debe bajar a Maquetación y nos deja solos en su despacho.

Automáticamente mi sonrisa se transforma.

Estamos solos, nena.

—Ven aquí —la llamo.

Maddie suspira bajito y yo me relamo mentalmente. Me pregunto si será consciente del poder que tiene sobre mí cuando se comporta así.

Se acerca tímida y tengo la sensación de que nos hemos trasportado

al principio de lo nuestro. Me vuelve loco que consiga que nos sintamos como el primer día.

Le señalo el contrato sobre la mesa, asegurándome de que toda su atención se centra en mis dedos.

—Léelo —le ordeno.

Debería haberlo llenado de clausulas sobre sexo indiscriminado en todos los rincones de esta oficina, obligarla a no llevar bragas cuando vaya a mi despacho, o detallar toda clase de castigos cada vez que se tome una de nuestras licencias. Joder, se me están ocurriendo muchas ideas y todas me la están poniendo dura.

Alzo la mirada y acaricio suavemente su cadera. Necesito tocarla.

Maddie suspira de nuevo. Centra todas sus fuerzas en ignorarme y coge el contrato para poder centrase en él.

Me lo está poniendo difícil. Se me pone aún más dura.

Coloco mi otra mano en su otra cadera y la atraigo hacia mí.

—Ryan —susurra.

Oírla susurrar mi nombre es justo el empujón que necesitaba. La decisión ya está tomada.

—Creí que querías que leyera el contrato.

—He cambiado de opinión —me apresuro a replicar.

La beso y ella gime encantada al sentirme brusco. Va a ser el polvo del año.

Oigo pasos y me separo casi en el mismo instante en el que entra Bentley. Ahora mismo no me cae nada bien. Me paso las manos por pelo y hago acopio de todo mi autocontrol.

Sin embargo, la lucha es inútil cuando quiero tocarla. Observo a Bentley sentarse a su mesa y continuar revisando papeles sin prestarnos ninguna atención y me inclino discretamente sobre ella.

—Te quiero en el archivo. Ahora.

No tienes alternativa, nena.

Salgo del despacho y camino con el paso acelerado hacia el pequeño cuarto. Una idea cruza mi mente, pero no soy capaz de atraparla antes de que se esfume.

Entro y cierro la puerta tras de mí. Estoy dando vueltas de un lado a otro, nervioso. Me siento enjaulado. Quiero verla. Tocarla. Follármela.

La puerta se abre y me abalanzo sobre ella. La llevo contra una de las estanterías sin separar nuestros labios.

Ella gime y yo me vuelvo un poco más loco. La deseo. Me da igual que la tuviera en mis brazos hace unas horas o que estemos juntos y pueda hacerlo cuando quiera. Mi instinto más salvaje lo ocupa todo y ni siquiera puedo pensar.

Me deshago de su camiseta. Me molesta. Quiero sentir su piel.

Bajo su sujetador y libero su pecho, que sube descontrolado por culpa de su respiración cada vez más y más acelerada. Tiro de sus pezones, los retuerzo, los endurezco. Ella se pierde entre una retahíla de gemidos inconexos y todo su cuerpo se arquea como si se estuviese rindiendo con una bandera blanca entre los dientes.

Remango su falda. También me molesta. Todo lo que se interponga entre su preciosa piel y mis manos me molesta.

Maddie lleva sus manos hasta mis pantalones. La excitación, las

prisas y todo el deseo que la rompen por dentro le juegan una mala pasada y la vuelven torpe en la sencilla tarea de desabrocharme el cinturón.

Sonrío. Me gusta que se sienta exactamente así. Quiero que no pueda pensar en otra jodida cosa.

Al fin libera mi polla.

Ninguno de los puede esperar más.

Clavo mis manos en su culo, la deslizo hacia arriba por la estantería y la embisto con fuerza. Me ha vuelto adicto y éste es su merecido castigo.

Grita, pero yo me encargo de tomar su boca posesivo para acallarla.

Joder, así sus besos saben aún mejor.

Maddie pierde sus brazos por el mueble tratando inútilmente de buscar algo donde agarrarse. Estira sus piernas inconexas y alcanza el archivador a mi espalda, apoyándose con fuerza. Yo sonrío con malicia y me recoloco entre sus piernas. Podría estar follándomela hasta que se acabara el maldito mundo.

Quiere controlarse, pero no es capaz. Su cuerpo ya no le pertenece.

Es mío, joder. Sólo mío.

Busco su mano con la mía y las entrelazo, pero, cuando hace el ademán de acercarla para abrazarme, vuelvo a llevarla contra la estantería, brusco.

Clavo mis ojos en los suyos y lo entiende a la perfección. No quiero que te muevas, nena.

Se muerde el labio con fuerza.

Acelero el ritmo.

Lo vuelvo más brusco.

Joder. Joder. ¡Joder!

Está a punto de perder el control. La idea vuelve y esta vez la atrapo.

Joder, va a encantarle. Sonrío como un idiota y me detengo en seco. Le va a gustar más que la maldita Navidad.

Me mira con los ojos como platos y yo me acuerdo de eso de torturarla, qué palabra más maravillosa. Encierra tantas posibilidades.

Entro con fuerza, más que ninguna otra vez, y vuelvo a detenerme. Sólo una embestida.

El placer la arrolla por dentro y gime. Se muerde el labio con tanta fuerza que una tenue estela de sangre lo cubre. Joder, sí.

Espero a que se tranquilice, salgo de ella y la embisto de nuevo, duro, profundo, llegando tan lejos como quiero llegar antes de volver a detenerme.

Retuerce desesperada el hombro de mi chaqueta y sus dedos en mi mano se entrelazan más fuerte. Su respiración ya es un caos y sus gemidos lo inundan todo.

Te quiero exactamente así, nena.

Alza la barbilla dispuesta a besarme, pero yo niego con la cabeza a la vez que le dedico mi sonrisa más presuntuosa.

Te besaré cuando te lo hayas ganado, nena.

Me mira confusa, con sus ojos verdes llenos de un deseo que ya no puede controlar. Está completa y absolutamente entregada, expectante.

Ahora se lo ha ganado de sobra, joder.

Me inclino despacio sobre sus perfectos labios y, en el momento en

que los rozo con los míos, la vuelvo a embestir.

Gime de nuevo. La estoy volviendo completamente loca. Perfecto.

Chupo su labio inferior saboreando el regusto metálico de su sangre

y tiro de él. Roto las caderas. Otro empellón.

Su cuerpo se tensa. Echa la cabeza hacia atrás. El mejor espectáculo

del mundo.

Sonrío. La tortura aún no ha acabado, pero entonces,

sorprendiéndome, hace más fuerza con sus piernas y antes de que pueda salir de ella comienza a moverse arriba y abajo, deslizándose sobre mi

polla, haciéndome entrar aún más profundo.

—Joder —gruño.

La dejo seguir. Cada puto músculo de mi cuerpo se incendia. Estoy a

punto de perder el maldito control.

¡Joder!

Intento besarla, pero ahora es ella la que aparta la cabeza.

—¿Quiere jugar, señorita Parker? —Mi voz suena entrecortada por

mi respiración desbocada.

Tú lo has querido.

La agarro por las caderas, la inmovilizo y comienzo a embestirla sin

piedad, fuerte, rápido, profundo, haciendo que nuestros sexos choquen

descontrolados.

Quiere gritar.

Acelero el ritmo. Cierra los ojos. Ya no tienes escapatoria.

Su cuerpo estalla en un increíble orgasmo que siento en cada

embestida. Se tensa en mis manos, tiembla, vibra, se vuelve luz. Me vuelvo

un poco más loco y todo su placer me atraviesa hasta correrme en su interior sintiendo su sexo contraerse contra el mío y llevarse con él la última gota de toda mi excitación, mi placer y mi deseo.

La beso con fuerza reclamando su boca y todo lo que me pertenece.

—Bienvenida al Riley Group —susurro contra sus labios.

Pienso follarte así cada hora de cada maldito día el resto de nuestras vidas.

La bajo despacio hasta que sus pies tocan el suelo y comenzamos a arreglarnos. Sin embargo, no puedo evitar detenerme cuando la veo vestirse. Tiene el pelo revuelto, la piel encendida y su respiración aún no se ha calmado. Maddie es preciosa, pero, cada vez que la veo así, lo está aún más.

—¿Comemos juntos? —pregunta pizpireta.

La sorpresa que voy a prepararle vuelve a ocupar mi mente.

—No puedo. —Sonrío misterioso para hacerla rabiar—. Tengo cosas que hacer.

Me hace un mohín, pero sólo consigue que mi sonrisa se ensanche.

Podría follármela otra vez ahora mismo.

—Me encanta esa carita —me despido burlón.

Le doy un beso y salgo de la habitación. Tengo muchas cosas que preparar.

Con la sonrisa en los labios, bajo a Maquetación. Necesito a Max y sé que está en su agujero.

—Capullo —lo llamo asomándome a su despacho.

Está revisando unas pruebas de color y ni siquiera me oye. A veces

creo que acabará pidiéndome que le instale una cama aquí.

—Capullo —repito.

—¿Qué? —gruñe.

—Necesito algo.

—¿El qué?

—Ése es el problema —me quejo entrando en su despacho y sentándome en una esquina de su escritorio—, no sé el qué.

Quiero darle una sorpresa a Maddie. Sé que será en la azotea y colocaré un montón de velas; a las chicas le vuelven locas las velas, pero quiero algo más.

—Quiero darle una sorpresa a Maddie —le explico— y quiero que el escenario sea perfecto.

Max asiente.

—¿Flores? —propone.

—No. Eso es demasiado típico.

—Las chicas son típicas.

Tuerzo el gesto. Tiene razón. Aun así, no quiero flores.

—Había pensado en velas —le explico cruzándome de brazos.

Max asiente sin dejar de mirar la prueba de color absolutamente concentrado. Finalmente hace una marca con un rotulador negro. Necesita urgentemente que le dé la luz del sol.

—¿Peluches? —murmura.

—¿Crees que tiene cinco putos años?

—Pues animales de verdad. A las chicas les gustan los koalas.

—Necesitas salir de aquí, Max, en serio.

—Yo qué sé, joder.

Resoplo y me levanto. Comienzo a dar vueltas con los brazos cruzados por el despacho. Nos pasamos semanas enteras a medio camino entre mi oficina y este agujero cuando preparábamos la refundación de la revista. Recuerdo cuando terminamos borrachos como cubas después de celebrar que Spencer se había comprometido con Thea.

—¿Has vuelto a probar el sake caliente después de la fiesta de Spencer? —pregunto burlón.

Max fue el que peor acabó.

Lo celebramos en un garito de mierda en Amsterdam Avenue llamado El escorpión y el sapo, que por algún extraño motivo celebraba la noche japonesa.

—Jamás —sentencia—. Creo que no he estado tan borracho en mi vida.

—El sitio no estaba mal.

—Si yo me hubiese tirado a una camarera disfrazada de geisha, también lo diría.

Sonrío.

—No me la tire —le corrijo.

Bentley nos había arrastrado hasta allí y, a pesar de que me había topado con una decena de chicas bastante guapas, incluida la camarera peculiarmente disfrazada de geisha, no quise estar con ninguna. Me sentía extraño, con la excitación de quien está delante de algo increíble, pero sin llegar a descubrir de qué se trataba. Frunzo el ceño. Aquella noche me sentí como me siento estando con Maddie.

—El local era un asco —conviene Max— y encima estaban celebrando la noche de Japón —bufa—. ¿Cómo acabamos allí?

Los dos sonreímos. Los peores garitos siempre son obra de Bentley Sandford.

—¿Recuerdas el grupo de tíos con la cinta de kamikaze en la frente bebiendo chupitos de tequila?

—Esos acabaron peor que tú seguro —bromeo.

—¿Y todos aquellos origamis que colgaban del techo? ¿Qué eran? ¿Pajaritas?

Mi memoria se pierde en aquel recuerdo en concreto. Del techo colgaban decenas de origamis de decenas de colores. Era imposible no quedarse embobado mirándolos.

—Eran grullas —murmuro.

¡Eso es, joder!

—Grullas. Quiero que hagas grullas —digo con una sonrisa en los labios absolutamente convencido, caminando hasta colocarme frente a él.

—¿Grullas? —pregunta sorprendido.

—Sabes hacerlas, ¿no? —doy por hecho impaciente.

—Sí —responde aturdido—, supongo que sí.

—Genial —replico dando una palmada y dirigiéndome hacia la puerta—. Quiero quinientas, de colores —sentencio cuando cruzo el umbral de su despacho.

—¡¿Qué?!

Max sale detrás de mí vociferando que eso implicaría perder todo el día, además de tener que enseñarle al menos a cuatro de sus chicos a

hacerlas. Yo le respondo con esa sonrisa que como buen amigo sabe que significa que no pienso renunciar a una sola grulla.

Voy al garaje y me monto en el BMW. De mi lista de tareas mental tacho el escenario y me centro en el regalo. Me detengo en mitad del barrio de Lenox Hill, en pleno Upper East Side. Justo cuando saludo al portero y me dispongo a entrar en la tienda de Cartier, recibo un correo en mi iPhone. Mackenzie me informa de que ya hemos adquirido cuatro de los siete negocios que pretendía Julian Dimes y que, siguiendo mis indicaciones, no ha sido nada discreto.

Alzo la cabeza y una sonrisa llena de malicia se instala en mis labios.

Sé que aquí voy a encontrar lo que quiero. Por eso he venido directamente a esta tienda en este barrio. Los de Cartier no son estúpidos y saben de qué tipo de gente se rodean. Lo más caro para los más ricos. Ése debería ser su maldito eslogan.

Miro uno de los mostradores y en seguida llamo la atención de uno de los dependientes. Se acerca con paso decidido hacia mí y me dedica un ceremonioso saludo antes de preguntarme en qué puede ayudarme.

—Quiero un anillo de compromiso —respondo lacónico.

—¿Tiene una idea de cómo le gustaría que fuera?

Tuerzo el gesto. No lo sé. Quiero algo que sepa que es para Maddie. Quiero tener la misma sensación que cuando vi la pulsera, aunque después no la aceptó. Resoplo. A veces puede resultar exasperante.

Me humedezco el labio inferior otra vez y camino hacia uno de los lujosos expositores.

—Excelente elección —comenta el dependiente a mi espalda—.

Pertenece a la colección Trinity Ruban de 1985. Es el único solitario que se diseñó ese año.

Lo miro. Es bonito. Una buena joya. Pero no es lo que busco.

Cualquier chica podría llevarlo.

Paso a la siguiente vitrina.

—Esa colección, Destinée, fue creada en 1963. Es una de las más vendidas.

Automáticamente deja de interesarme.

Al llegar al final del mostrador, resoplo aún más malhumorado. No hay nada que me interese.

—Quiero algo diferente, algo especial, joder —me quejo exasperado pasándome las manos por el pelo y llevándomelas inmediatamente a las caderas.

El dependiente asiente. Pasa detrás del mostrador y me pide que espere mientras se pierde por una puerta con el cartel de privado. Regresa al cabo de unos minutos precedido de otro hombre más mayor y con aspecto de ser el director de la tienda.

—El señor Jacobson me ha comentado que está buscando algo especial —me dice a modo de presentación—. ¿No ha visto nada que le guste? Nuestras colecciones…

—No quiero algo que cualquiera pueda comprar —sentencio.

Odio repetirme. Ya va siendo hora de que entiendan lo que quiero. El director asiente y se le ilumina la cara. No hay duda. Por fin ha comprendido cada palabra.

Me conduce a un pequeño reservado y me pide que tome asiento tras

una elegante mesa de caoba, justo frente a él. Tanta ceremonia sobra.

Sabré lo que quiero cuando lo vea y soy plenamente consciente de que va a salirme muy caro. Me importa una mierda. No necesito que me convenzan dorándome la píldora en una habitación con muebles ridículamente ostentosos.

—Estas dos piezas llegaron ayer de Suiza —me informa.

Abre una de sus clásicas cajitas y muestra dos anillos, dos precios solitarios de platino.

—Los diamantes tienen una pureza del ochenta y tres por ciento. Le garantizamos su exclusividad.

Me obligo a mirarlos con delicadeza, pero no lo necesito. No me dicen nada. A lo mejor nunca encontraré nada tan perfecto y tan íntimo como aquella tira roja de chocolatina. El momento fue perfecto. Ella es perfecta, joder. Malhumorado, estoy a punto de levantarme y largarme. El director parece notarlo y rápidamente saca una segunda cajita captando toda mi atención.

—Es un solitario —me explica abriéndola.

Mi atención se centra inmediatamente en el anillo. En mi mente se dibuja la expresión que Maddie pondrá al verlo.

El diamante tiene una pureza cercana al noventa y uno por ciento. La piedra tiene una pequeña muesca justo en el centro que, al contrario de lo que pueda suponerse, lo hace brillar aún más.

Sigue hablándome de todas las virtudes del anillo, pero ni siquiera lo escucho. Es perfecto. Es jodidamente perfecto, como ella.

—Me lo llevo.

—Su precio es…

—He dicho que me lo llevo.

¿Acaso no sabe con quién está hablando? El dinero no es un puto problema.

—¿No le interesa saber cuánto cuesta?

—Estamos en Cartier, ¿no? —le recuerdo arisco—. Sé que será caro y sé que merecerá la pena.

Sueno arrogante. Nunca me importa y en estos instantes me importa aún menos. Le he dicho exactamente lo que quería oír.

—Mandaré que lo pulan y lo preparen.

—Tiene veinte minutos —replico sacando la American Express Negra del bolsillo interior de mi chaqueta y dejándola sobre la mesa.

No pienso perder más el tiempo.

Vuelvo a la oficina con la pequeña joya en el bolsillo de mi chaqueta y una estúpida sonrisa en la cara. Joder, no pudo esperar para dárselo.

«Riley, eres un asco.»

Parece que tengo quince putos años.

Miro el reloj. Son casi las cuatro y aún tengo muchas cosas que preparar. Llamo a Bentley y a Spencer y los espero impaciente en mi despacho. No tardan más de cinco minutos, pero yo ya me estoy subiendo por las putas paredes.

Quince años, joder, quince putos años.

—¿Por qué tanta prisa? —se queja Bentley entrando en mi despacho —. Algunos trabajamos, ¿sabes?

—No lo dirás por ti —me burlo.

—Lo digo por éste —replica contagiándose de mi humor, señalando

a Spencer.

—Yo soy el único que trabaja aquí, joder —protesta mi hermano.

Yo los miro a los dos y pongo los ojos en blanco tratando de

contener una sonrisa. Tengo mucho que hacer todavía. No puedo perder el tiempo escuchando gilipolleces.

—Voy a pedirle a Maddie que se case conmigo —anuncio con la voz

serena, firme, sin asomo de duda porque no hay ninguna. Es imposible

tenerlas al imaginar su cara cuando vea el anillo.

Los dos me miran confusos.

—¿No se supone que ya lo hiciste? —pregunta Spencer.

—¿O lo anunciaste sin haberlo hecho? —le interrumpe Bentley

absolutamente incrédulo—. Eres un arrogante de mierda, Riley.

Mi hermano chista y cabecea, tomando por ciertas las palabras de

Bentley.

—Claro que se lo he pedido, pandilla de gilipollas —mascullo tan

arisco como divertido —. Sólo que quiero hacerlo bien, en la azotea, con

un anillo, velas, origamis.

—¿Velas? —inquiere mi hermano aún más sorprendido.

—Sí.

—¿Y origamis?

—Sí.

Resoplo.

—¿Velas y origamis? —añade Bentley sin poder creer una palabra.

Estos dos pueden llegar a ser realmente desesperantes.

—Sí, joder.

¿Qué coño quieren? ¿Un puto dibujo?

—Me lo cuentan y no me lo creo —sentencia Spencer.

—Sois un puto fastidio —me quejo colocando mis brazos en jarras a

la vez que vuelvo a resoplar.

—¿Tienes el anillo? —pregunta Bentley esperanzado.

Vuelvo a imaginar la cara que pondrá Maddie y, sin quererlo, sonrío.

—Eres una niña —me burlo metiendo la mano en el bolsillo interior

de mi chaqueta y lanzándole la perfectamente reconocible cajita roja.

En el fondo me meto con él porque no quiero que por nada del

mundo estos dos se den cuenta de cómo me siento en realidad.

—Ya le he encargado a Tess que mande a pedir las velas y…

—No me parece buena idea —me interrumpe mi hermano.

Yo lo fulmino con la mirada.

—¿Por qué?

Aunque tampoco sé por qué pregunto. Me importa una mierda lo que

vaya a decirme. Quiero que todo sea perfecto. Tiene que haber velas. A las chicas les encantan esas cosas.

—Te conozco. Vas a pedirle que se case contigo. Ella,

inexplicablemente, va a decir que sí y tu no vas a ser capaz ni de llegar a

los ascensores. Vas a follártela en la azotea, vais a rodar por el suelo como dos animales y todo ese origami va a acabar ardiendo.

Me humedezco el labio inferior. En otras circunstancias, lo habría

tumbado de un puñetazo sólo por lo que ha dicho. Por supuesto que me la

pienso follar en la azotea, pero él no tiene por qué mencionarlo. Nadie habla de lo que le hago a mi prometida. Sin embargo, tiene razón.

—No quiero que los bomberos os encuentren desnudos, joder —sentencia socarrón—. Te estoy haciendo un puto favor.

Yo tengo que disimular una sonrisa una vez más y descuelgo el teléfono. ¿Qué puedo decir? Me ha convencido. No quiero que los bomberos me interrumpan el polvo.

Un par de horas después lo tengo todo preparado. Cuando he bajado a buscar las grullas, Max me ha informado de que quiere un aumento de sueldo y de que ya no somos amigos. Yo sólo he podido sonreír. No consigo que la misma estúpida sonrisa se borre de mi cara. No puedo esperar a enseñarle todo esto a Maddie.

Poco después de las cinco, Bentley me envía un mensaje para decirme que ya se ha marchado de la redacción y ha dejado a Maddie trabajando. El muy capullo me explica que ha intentando convencerla para que se marche ya a casa. Me ha advertido de que es una venganza, aunque no recuerda exactamente de qué se está vengando.

Me aseguro de que está todo bien y regreso a la planta veinte. Los pequeños haces de luz que he mandado traer de la inmobiliaria para sustituir las velas han quedado francamente bien. Sólo me preocupa el viento. Nueva York parece estar transformándose en Chicago por momentos.

Cruzo la redacción y me acerco a su despacho. Por un segundo me apoyo en el marco de la puerta y la observo. Es tan dulce. A veces la miro y me doy cuenta de que no se parece ni por asomo a lo que pensaba que

era la chica de mis sueños... no es alta, ni explosiva, ni sofisticada y, sin embargo, me vuelve loco porque, sin saberlo, es exactamente lo que

quiero. No necesita ser ninguna de esas cosas. Ella responde a cada uno de

mis instintos. Es todo lo que deseo.

Maddie repara en mi presencia y se gira. En cuanto me ve, una sonrisa se dibuja en sus deliciosos labios.

El león se despierta y todo mi cuerpo se transforma en adrenalina y

deseo. Me aturde lo rápido que las ganas de tocarla pueden inundarlo todo.

—¿Aún por aquí? —pregunto.

Necesito distraerme de lo que me provoca.

—Tenía mucho que hacer —contesta sin dejar de sonreír.

Yo también sonrío. Mi cuerpo se calma, pero de pronto recuerdo lo

que le tengo preparado y cierta inquietud vuelve a asomar.

—Ven —le digo tendiéndole la mano a la vez que me alejo de la

puerta. Estoy demasiado impaciente—. Quiero enseñarte algo.

Su sonrisa se transforma en una más curiosa y tomando mi mano se

deja guiar. Entramos en el ascensor y pulso el botón de la planta cincuenta.

Está expectante, lo sé, y el hecho de que nos dirijamos a la última planta

sin que le haya dado la más mínima explicación ha conseguido que lo esté

aún más.

Las puertas se abren, tiro de su mano de nuevo y la obligo a salir.

Atravesamos la puerta de emergencia y accedemos a una escalera de

hierro. Resoplo discreto. Joder, estoy nervioso. Yo nunca estoy nervioso.

—Ten cuidado —le advierto al poner el pie en el primer peldaño.

—¿Adónde vamos?

Ha sido una pregunta muy curiosa y muy acelerada. Se muere por saber qué está pasando. Sonrío.

—Todo a su tiempo, señorita Parker.

Por fin llegamos a la puerta de la azotea. El camino se me ha hecho eterno. Me saco mi corbata roja del bolsillo, alzo las manos y se la ajusto alrededor de los ojos.

—¿Qué haces? —pregunta con una sonrisa.

No puede más.

—Siempre ansiosa por saber, ¿verdad, señorita Parker?

Ella sonríe y se muerde el labio inferior para intentar vencer los nervios y, de paso, sospecho, contener otra sonrisa.

Muevo mi mano un par de veces delante de sus ojos, pero no se inmuta. Perfecto. Está claro que no ve nada. Decidido, cojo su mano y comenzamos a caminar, pero, al alzar la vista y divisar los distintos obstáculos que tendremos que sortear, me doy cuenta de que es mucho más sencillo llevarla en brazos.

Ella suelta un pequeño gritito por la sorpresa y rodea mi cuello con sus brazos.

—Así es más fácil —digo divertido.

Salimos a la azotea. Nueva York nos saluda con su habitual sinfonía de cláxones y frenazos amortiguada por cincuenta pisos de altura.

Camino unos metros y la bajo con cuidado. Despacio, la rodeo y me coloco a su espalda.

«Llegó la hora de la verdad, Riley.»

—¿Estás lista?

Sueno más impaciente que nunca. El niño de quince años ha vuelto.

Maddie asiente.

Alzo las manos, desato la corbata y la dejo caer lenta, casi agónicamente, y, joder, da igual cuántas veces me lo haya imaginado, creo que he dejado de respirar esperando su reacción.

Maddie suspira y se lleva las manos a la boca. ¿Eso es bueno o malo?

Va a darme un maldito ataque.

—¿Te gusta? —pregunto.

Necesito saberlo.

—Me encanta —responde emocionadísima sin poder dejar de mirar cada pequeño rincón de la azotea—. Es increíble, Ryan.

Joder, le gusta. ¡Le gusta!

Tomo aire de nuevo. La adrenalina me recorre aún más rápido. Estoy aún más nervioso. La rodeo de nuevo hasta colocarme frente a ella e hinco la rodilla en el suelo. Me meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saco la preciosa cajita roja. Cartier en estado puro.

Toda la atención de Maddie se posa inmediatamente en mí. No sé si va a reír o a llorar, y la quiero más por eso. Sin darme cuenta, por primera vez en treinta y un años sé cómo expresar lo que estoy sintiendo.

—Maddie, te quiero en mi vida porque tú eres quien hace que valga la pena. Luchar contra todo merece el esfuerzo si al final puedo estar contigo. Así que, Maddison Parker, ¿quieres casarte conmigo?

Ella comienza a asentir casi frenéticamente con una sonrisa enorme en los labios.

—Sí —responde.

Tengo la sensación de que vuelvo a respirar. Saco el anillo del estuche y lo deslizo por su dedo anular derecho bajo su atenta mirada. Oculto la tira roja bajo él. No se lo quito. Sé que quiere conservarla y sé que para los dos siempre será el verdadero símbolo de nuestro compromiso.

Me levanto despacio. Ella no es capaz de apartar su mirada de la mía. La emoción, y quiero pensar que la felicidad, están recorriendo cada centímetro de su cuerpo. La abrazo. La beso. Necesito sentirla cerca. Una bocanada de aire arrasa la azotea. Todas las grullas de origami salen volando y, cuando el viento cesa, comienzan a caer sobre nosotros.

Gracias, Nueva York. Es la guinda perfecta del pastel.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, la tumbo suavemente sobre el suelo y cubro su cuerpo por completo con el mío. Todo ha sido perfecto. Puede que no sea capaz de decirle que la quiero todo lo que se merece, pero sí puedo demostrárselo como mejor sé.

—Deberíamos volver —digo.

Aún estoy sobre ella, dentro de ella. Maddie juguetea con una de las grullas azules entre sus dedos. La mira absolutamente enamorada.

Pienso hacer que todos los días sean así, nena. Exactamente como te mereces que sean.

Me levanto ágil y la ayudo a hacer lo mismo. Nos vestimos perezosos y, sin quererlo, pierdo mi vista en la ciudad. Ya ha anochecido y Manhattan se tiñe de luz.

—¿Estás lista? —pregunto girándome hacia ella.

—Espera —me pide.

Busca a su alrededor con la mirada y, tras un par de segundos, se agacha y recoge la grulla azul con la que jugueteaba. Yo sonrío y tomo su mano para que comencemos a caminar. Me parece un recuerdo perfecto.

En el ascensor estoy en una maldita nube. Maddie está maravillada girando la grulla entre sus preciosos dedos y yo no necesito nada más.

—Ve a coger tu bolso —le ordeno suavemente cuando las puertas del elevador se abren en la planta veinte—. Tengo que ir un momento a mi despacho.

Sonríe y asiente obediente. La observo dirigirse a su oficina y yo me encamino a la mía. Necesito revisar algunas carpetas para terminar algunos asuntos desde casa, pero el motivo principal es que quiero asegurarme de que Mackenzie ha sido tan eficiente como suele ser y el Riley Group ya se ha hecho con todos los negocios a los que aspiraba Julian Dimes.

Ya en mi despacho, reviso los *emails* y llamo a Mackenzie. Sonrío con malicia cuando me confirma que todos y cada uno de los negocios pendientes en los que pretendía entrar el cabrón de Dimes ahora son míos. Así aprenderá.

No me llevaré trabajo a casa. El día de hoy está saliendo redondo y lo único que quiero es disfrutar de mi chica, mejor dicho, de mi chica desnuda.

«Eres un gilipollas, Riley.»

Me dirijo a la redacción ajustándome los gemelos. Aún estoy a unos pasos cuando veo a Maddie en la puerta de su oficina. Parece asustada o, al

menos, confundida. Una vez más todo mi cuerpo se pone en guardia e instintivamente miro hacia donde lo hace ella.

Me sorprendo al ver al cabronazo de Julian Dimes junto a la puerta del ascensor. No necesito observarlo más de un par de segundos para darme cuenta de que está a punto de estallar, y eso juega claramente a mi favor.

—¿Qué haces aquí, Dimes? —mascullo.

—Sabes perfectamente qué hago aquí —replica furioso—. Estás jugando sucio.

—No —sentencio sin un solo resquicio de duda—. El que ha estado jugando sucio ha sido tú. Tómatelo como una advertencia.

La situación es clara: vuelve a hacerle daño a Maddie o a perjudicar mi empresa y te quedarás sin nada.

Debería entenderlo de una jodida vez.

—Te crees muy superior. El dueño del mundo, ¿verdad? —me espeta —. Esos negocios son míos. Me pertenecen.

Vuelve a estar demasiado desacertado. Sonrío con malicia y doy un paso hacia él.

—Otra vez te estás equivocando. Son tuyos mientras yo decida que lo son.

Nueva York es mía.

Dimes mira a su alrededor casi desesperado y de pronto repara en Maddie. Ríe taimado, desagradable. Cierro los puños con rabia. Mi cuerpo se pone en guardia. No sé qué es, joder, pero no me gusta lo más mínimo.

—Y todo por esa puta —pronuncia con su asquerosa boca.

No lo pienso. No es una idea. Simplemente es un acto. Me abalanzo

sobre ese cabrón de mierda y lo tumbo en el suelo de un puñetazo antes siquiera de que pueda terminar la frase. Me arrodillo sobre su cuerpo de

cincuentón acabado y lo golpeo de nuevo. Otro puñetazo. Y otro. Y otro.

Maddie grita mi nombre, pero no me detengo. Tiene la cara

ensangrentada. Continúo pegándole. Es un miserable y un hijo de puta y se

merece cada golpe. No puedo pensar en otra cosa.

—Si vuelves siquiera a pensar en su nombre, acabaré contigo —rujo

asiéndolo de las solapas de la chaqueta y levantándolo del suelo.

No es una advertencia. Es mucho más.

Aún no he acabado contigo.

Alguien me agarra de los hombros, obligándome a levantarme, y me

empuja para que me aleje. Es Bentley. Ni siquiera lo miro. Mis ojos siguen

fijos en Dimes, que se retuerce en el suelo como la rata que es.

Aún no he acabado contigo.

—¡Lárgate! —me grita Bentley al ver que sigo ahí, esperando a que

escupa la sangre para volver a partirle la cara.

Sigo mirándolo.

Aún no he acabado contigo, maldito hijo de puta.

—Ryan.

Ni siquiera la voz de Maddie consigue arrancarme del lugar oscuro

en el que estoy.

—Ryan —me suplica—. Ryan, por favor... —Y de repente vuelvo a la

realidad.

Me giro y mi mirada se encuentra inmediatamente con la suya. Está

asustada. Los viejos temores vuelven de golpe y otra vez esa vocecita me pregunta si realmente soy tan hijo de puta de creer que ella se merece la vida que tendría a mi lado. Todo lo que sufrió ayer es única y exclusivamente culpa mía. Los artículos, las fotos de su madre, incluso tener que renunciar al trabajo de sus sueños han sido única y exclusivamente culpa mía. Dimes nunca habría intentado hacerle daño si no hubiese sido para hacérmelo a mí, y jamás se habría visto involucrada en los pérfidos planes de Samantha Stinson de no ser por mí. Da igual cuántos puñetazos le pegue a este gilipollas. Eso siempre será así.

Entro en el ascensor y comenzamos a bajar.

Algunas cosas nunca cambian, por mucho que queramos.

—Ryan —susurra acercándose despacio.

Alza la mano y, dejándome claro lo que piensa hacer, me acaricia suavemente la mejilla. Una parte de mí quiere apartarse, incluso pedirle que se vaya, pero la otra la echa de menos de una manera casi irracional, como si llevara meses sin tocarla, y ese miedo que siento por no hacerla feliz se alía con el que tengo a perderla y me dejo acariciar porque no sé si será la última vez.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo, pero también le dejo claro con esas tres palabras que no quiero seguir hablando.

Salimos del ascensor y tiro de su mano para que lleguemos lo antes posible al Audi.

—Finn —lo llamo—, sube a la planta veinte y encárgate de todo.

Asiente profesional y entra en el edificio.

Llegamos a Chelsea. No he podido dejar de pensar un solo segundo.

—Ryan… —me llama Maddie cuando apenas he dado unos pasos en el salón.

—No —la interrumpo girándome y dirigiéndome a mi estudio.

En cuanto lo hago, tuerzo el gesto. Joder, sé que no se lo estoy poniendo fácil una vez más, que está preocupada, pero no puedo hablar, sencillamente no puedo sentarme y contarle que ahora mismo estoy muerto de miedo porque Dimes simplemente sea uno más en una lista demasiado enorme de psicópatas empresariales que van a tenerla en su punto de mira porque es mi prometida. Siempre he querido mantenerla al margen para protegerla precisamente de toda esta mierda y el imbécil de Julian Dimes me ha demostrado que he fracasado.

—Sólo intento ayudarte —se disculpa en un susurro.

Sus palabras me detienen, pero no me giro. Alzo la mirada al cielo, desesperado, y me llevo las manos a las caderas.

Por Dios, no me hagas esto. No seas aún más dulce. No te preocupes más por mí.

—No necesito que me ayudes, Maddie —replico arisco.

Resoplo brusco al tiempo que vuelvo a pasarme las manos por el pelo. ¿Qué coño estoy haciendo? No me la merezco, joder, no me la merezco.

Me giro dispuesto a decir algo, a pedirle que me perdone, a tratar de explicarme, pero una vez más no sé qué decir. Ella me mira tratando de armarse de valor para preguntarme de nuevo y por un momento

simplemente nos quedamos así, mirándonos, y el miedo se vuelve aún más

atroz. Su padre da por hecho que acabaré cansándome de ella. No podría estar más equivocado. Ella acabará cansándose de esto, de mí.

«Acabarás jodiéndola otra vez, Riley, y la perderás.»

Maddie va a decir algo, pero mi móvil suena, frenándola. Saco el

iPhone del bolsillo interior de mi chaqueta y miro la pantalla. Giro sobre

mis pasos y me dirijo de nuevo a mi estudio. Sé que es muy injusto, pero

no puedo seguir aquí.

—Riley —respondo entrando en mi despacho.

—Todo está solventado, señor —me informa Finn.

Me humedezco el labio inferior y cuelgo. Me importa bastante poco

cómo haya acabado Dimes, pero tampoco puedo permitir que el guardia

de seguridad lo encuentre desangrado en mitad de la redacción de *Spaces*.

Resoplo y me dejo caer en la silla. Ahora mismo sólo quiero dejar de

pensar. Siempre pido lo mismo y nunca lo consigo.

Llamo a Mackenzie y le doy una orden muy sencilla. Quiero

opciones de compra por el cincuenta y un por ciento de cada empresa que

posea Dimes. De momento sólo son opciones, pero es una manera de

tenerlo enteramente en mis manos. Le ha faltado el respeto a Maddie y le

ha hecho daño. No pienso dejarlo estar.

—¿Puedo pasar?

Su voz me distrae. Alzo la mirada y la veo bajo el umbral. En mitad

de toda esta vorágine, el simple hecho de mirarla me distrae. Le he partido

la cara a un gilipollas por faltarle al respeto, la cabeza me va a mil

kilómetros por hora porque me vuelve loco la idea de perderla y, sin

embargo, mirarla es lo único que puede calmarme.

Todo esto es una maldita locura.

Asiento y ella camina hasta mi escritorio y se sienta en él, justo frente a mí.

—He traído crema antiséptica —me informa.

Yo niego con la cabeza.

—No.

No me puedo permitir que se siente ahí, me cure y sea adorable. Hoy no.

Ella aparta la mirada y la clava en sus manos a la vez que asiente varias veces nerviosa.

—Voy a preparar algo de cenar —comenta bajándose de la mesa.

No quiero que se marche, pero es lo mejor.

De nuevo solo, resoplo y me paso las manos por el pelo por enésima vez. Quiero dejar de pensar y decidido ponerme a trabajar. El día estaba siendo perfecto, joder. ¿Cómo puede cambiar todo en un puto segundo?

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando veo a Maddie de nuevo bajo el umbral de mi puerta. Frunzo el ceño al darme cuenta de que se ha recogido el pelo y lleva la cazadora vaquera puesta.

—Ryan, tengo que irme.

Joder, no.

—No —respondo instintivamente. El miedo sale a la luz —.

¿Adónde?

«Cálmate, Riley.»

—Lauren me ha llamado. Necesita que vaya a buscarla.

Internamente respiro hondo.

—Te llevo —replico levantándome.

Es tarde. No quiero que se pasee sola.

—Ryan, por favor —me llama tras dar un largo suspiro—. Lauren estaba llorando. Probablemente se haya peleado con Bentley. Si te ve aparecer, va a sentirse muy incómoda.

—Maddie, no voy a dejar que salgas sola a estas horas. Es peligroso.

No hay discusión posible.

—Cogeré un taxi. Nada de metro —contraataca.

Resoplo.

Basta ya, nena. Esta batalla no la vas a ganar.

—Maddie, no pienso discutirlo. Te llevaré yo.

A regañadientes, detengo el BMW frente a una cafetería de mala muerte en la 4 Oeste. Estoy demasiado malhumorado y acelerado. No quiero dejarla aquí. Aprieto el volante con fuerza, con la mandíbula tensa y la mirada al frente. No quiero separarme de ella, joder.

Maddie me observa un momento. No sabe qué hacer y yo soy plenamente consciente de que, una vez más, no se lo estoy poniendo fácil.

Antes de que ninguno de los dos diga nada, arranco el coche y el motor ruge. Voy a llevármela a casa. No puedo pensar en otra maldita cosa.

—Ryan, no puedo —me pide colocando su mano sobre la mía, que agarra el volante—. Lauren está mal. Tengo que estar con ella.

—Maddie —la reprendo o la llamo, qué sé yo.

Después de todo lo que ha pasado, necesito saber que está a salvo, protegida, que está conmigo.

—Maddie —repito, y ahora está claro que la llamo.

Lo hago porque necesito saber que nada ni nadie podrá hacerle daño.

Resoplo. Me contengo para no acelerar. Ahora mismo la idea de construir una torre de marfil y encerrarla dentro me parece de lo más atractiva.

Maddie aprovecha mi resquicio de duda y se quita despacio el cinturón.

—Gracias por traerme —murmura.

—¿En serio piensas que tienes que agradecérmelo?

A veces me preocupa la imagen que tiene de mí.

Ella se inclina despacio sobre mí y, aún más despacio, me besa en la comisura de los labios. Todo mi cuerpo se tensa y ahora más que nunca quiero llevármela a casa.

—Sólo quería ser amable —añade en el mismo tono de voz, aún demasiado cerca de mis labios.

Sin ni siquiera pensarlo, me giro, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

Joder. Joder. Joder.

¿Por qué no soy capaz de mantenerme alejado de ella?

Es frustrante.

—Prométeme que no te moverás de aquí. Vendré a buscarte —pronuncio contra su boca con la respiración entrecortada y jadeante.

—Te lo prometo.

Le doy un beso más corto y, a regañadientes, otra vez, vuelvo a separarme de ella.

Maddie suspira hondo y sale del coche. Cuando ya está fuera, se inclina hasta que su preciosa carita se queda a la altura de la mía a través de la puerta abierta.

—Te quiero —me recuerda.

Yo sonrío algo frío y también algo arisco. Ella me devuelve una sonrisa que me llena de calor por dentro y se marcha.

—Yo también te quiero —respondo, pero lo hago sólo para mí.

Sólo le he dicho que la quiero dos veces y tengo demasiado miedo de que no sea suficiente.

Sé que tengo que hablar, pero no puedo, no soy capaz.

Regreso a Chelsea y tiro con rabia las llaves del coche sobre la isla de la cocina. Camino decidido hacia mi estudio, pero a medio camino me freno casi desesperado y me paso las manos por el pelo al tiempo que exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Tengo que calmarme, joder.

Me sirvo un bourbon y me lo bebo de un trago. Lo mejor será que me ponga a trabajar. Estoy impaciente esperando noticias de Mackenzie, pero es imposible que ya tenga resultados. Resoplo de nuevo. Me sirvo otro bourbon y definitivamente me voy a mi estudio.

Trato de concentrarme, pero soy incapaz. Después de una hora resoplando y mirando el reloj cada cinco minutos, me doy por vencido.

¿Cuánto tiempo piensa estar Maddie en esa cafetería mugrienta? Joder, no

se trata de celos. Puede salir y puede ver a Lauren cuando quiera, pero el

día de hoy ha sido una puta montaña rusa y quiero sentirla cerca.

La entrada de un correo electrónico llama inmediatamente mi

atención.

De: L. Mackenzie Enviado el: Sábado 13/09/2014 21.24

Para: Ryan Riley

Asunto: Informe Nuevas acciones empresariales

Señor Riley, a continuación le expongo la lista detallada de todas las empresas del trust empresarial Dimes Company. El Riley Enterprises Group se ha hecho con el cincuenta y uno por ciento de cada una de ellas adquiriendo terceras empresas. Todo al margen del señor Dimes. Las opciones de compra podrán hacerse efectivas a partir de la apertura de Wall Street en aproximadamente doce horas.

Oberyn Finances Corporated

Eagle Star Industries

Smith & Swan Entertainment

Astoria Real State

Standard Vinilie Supplies

Lionell Mackenzie

Vicepresidente ejecutivo y jefe de prensa

Riley Enterprises Group

Una sonrisa presuntuosa se instala en mis labios. Ese desgraciado va

a arrepentirse de haber siquiera respirado el mismo aire que Maddie.

No voy a negar que el correo ha mejorado un poco mi humor, pero

la cabeza aún me va a mil kilómetros por hora. Quiero verla. Quiero tocarla. Soy un egoísta de mierda y probablemente me esté comportando

de una manera muy poco racional, pero necesito follármela. Sentir su

precioso cuerpo perlado de sudor arqueándose contra el mío es lo único

que puede parar esta puta agonía.

Cojo el iPhone y, guiándome por el único impulso que me recorre de arriba abajo, la llamo. No contesta. Frunzo el ceño. Mi instinto cambia y se recrudece. Automáticamente me pongo en guardia y esa sensación lo asola todo. Vuelvo a llamar. Vuelve a no contestar. Me paso la mano por el pelo. ¿Qué coño está pasando?

Miro la pantalla del teléfono un segundo y vuelvo a llamar.

—¿Ryan? —pregunta Stevens sorprendida al tercer tono.

—¿Dónde está Maddie?

No soy amable. No quiero serlo.

Ella calla y una corriente eléctrica me recorre la espalda.

—Iba a su apartamento —prácticamente balbucea.

—¿Cómo que iba a su apartamento? —rujo.

Quiero una explicación y la quiero ya.

—Estábamos muy cerca de allí. Íbamos a ir las dos, pero Bentley me llamó.

—¿Y? —la apremio, casi le exijo.

—Y ella siguió sola. —¡No puede ser verdad, joder!—. Le dije que viniera con nosotros, pero…

—¿La dejaste sola? —la interrumpo furioso.

—Ryan, es el Village, no Bagdad —trata de justificarse.

Ni siquiera me molesto en contestar y cuelgo.

Cojo la chaqueta y bajo las escaleras como una exhalación. Finn sale inmediatamente a mi encuentro. No necesito decir nada. Sólo con mirarme sabe que no estoy de humor. ¿Dónde coño se ha metido Maddie?

Vuelvo a llamarla. No contesta. Aprieto la mandíbula con fuerza y me monto en el Audi.

Atravesamos Manhattan. El motor ruge bajo los pies de Finn. Llamo varias veces a Maddie, pero no obtengo respuesta. Un miedo frío y sordo comienza a cegarlo todo. Ya no me importa que no me haya cogido el maldito teléfono. Ahora sólo quiero saber que está bien. Trato de pensar, de encontrar una manera de localizarla. Finn se detiene en un semáforo en rojo en la Novena Avenida. Lo fulmino con la mirada a través del espejo retrovisor, aunque soy consciente de que no es culpa suya. El tráfico es endiablado en todo Manhattan y en estas calles y a esta hora en particular.

Saltarse un semáforo equivale a tener un accidente con toda seguridad.

Cojo el teléfono y llamo a Álex Hannigan. Un tono. Dos. Tres.

Cuatro…

¡Tampoco contesta, joder!

Resoplo a la vez que me paso las manos por el pelo. Me doy cuenta de que tengo que hacer lo último que quiero hacer.

—Hannigan —lo llamo en cuanto descuelga—, ¿estás en tu apartamento? —Ni siquiera le dejo contestar—. ¿Y tu hermana?

—No. Estamos en The Vitamin. ¿Y a ti qué coño te importa? — replica malhumorado.

—¿Y qué coño te importa a ti? —rujo. No tengo tiempo para gilipolleces—. ¿Maddie está con vosotros?

—No.

Cuelgo.

¡Joder!

En ese preciso instante el A8 enfila la 10 Oeste. Aún no se ha detenido

del todo frente al edificio de Maddie cuando me bajo de un salto. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces he hecho esto mismo en esta misma

calle.

Empujo la enorme puerta de madera del portal y subo los escalones

de dos en dos, de tres en tres, qué sé yo. Sólo soy consciente de que la impaciencia, el miedo y la rabia pesan más que mi propio cuerpo ahora

mismo.

Llego al rellano de la cuarta planta y con el segundo paso

sencillamente pierdo el aliento. La puerta del apartamento de Maddie está

abierta y puedo ver una de sus sandalias asomando desde el interior.

El mundo deja de girar. Las peores pesadillas, los peores temores,

cristalizan en mi mente. El mundo no ha dejado de girar. El mundo ha

explotado en mil pedazos.

—No. No. No —murmuro con demasiado miedo a la vez que corro

hacia la puerta abierta y me arrodillo junto a ella.

Todo esto es por tu maldita culpa, Riley.

Nervioso, le acaricio la mejilla con los dedos mientras mis ojos se

pierden en toda la sangre que hay a su alrededor. Tiene una brecha en la frente. Recorro su cuerpo. No parece tener otras heridas.

—Maddie —la llamo suavemente—. Nena, por favor.

Por favor, despiértate. Por favor. Por favor.

Acuno su cara entre mis manos.

—Maddie, Maddie —vuelvo a llamarla, casi a suplicarle.

Nena, por favor, despiértate.

—Maddie, nena, por favor, despiértate.

No sé qué haría sin ti. Por favor, despiértate.

—Ryan —murmura.

—Oh, Señor, gracias.

Abre los ojos haciendo un increíble esfuerzo y el alivio se hace patente en cada hueso de mi cuerpo. Joder, nunca en mi vida había tenido tanto miedo.

Deslizo mis brazos bajo su cuerpo y, despacio, la levanto del suelo.

Tengo que llevarla a un hospital. No parece tener más heridas que la brecha de la frente, pero en el suelo había mucha sangre.

No he alcanzado el tercer piso cuando Maddie se duerme. Suspiro nervioso y todo mi cuerpo se tensa aún más.

—No te preocupes, nena —susurro y esa última palabra condensa todo el miedo que siento.

Al verme travesar el portal con Maddie en brazos, Finn abre rápidamente la puerta trasera del coche.

El camino hasta el Hospital Presbiteriano Universitario se me hace eterno. Maddie se despierta y adormila una decena de veces. Sé que su vida no corre peligro, pero es obvio que esa herida necesita puntos.

La sangre me hierve. ¿Quién coño le ha hecho esto?

En el hospital son tan rápidos y profesionales como siempre. En seguida instalan a Maddie en una habitación en el ala de observación. Me piden que me vaya. Pierden el tiempo. No voy a volver a apartarme de ella. Sólo consiento hacerlo cuando se la llevan para hacerle un TAC. La espero en la puerta dando paseos de lo más inconexos, como si fuera un

ratón en un puto laberinto.

Finalmente el doctor me informa de que, afortunadamente, no tiene ninguna hemorragia interna y, más allá de la brecha, Maddie no ha sufrido ningún daño. La devuelven a la habitación todavía dormida y le curan la herida.

Se supone que debo esperar sentado junto a su cama, pero no soy capaz de hacerlo. Me levanto una veintena de veces. Estoy acelerado, inquieto, nervioso. ¿Por qué no se despierta?

Llamo a Finn y le doy orden de que averigüe qué ha pasado y cómo ha pasado. El que lo haya hecho va a arrepentirse de seguir respirando, joder.

Maddie se remueve en la cama y capta inmediatamente mi atención.

Me acerco hasta ella y la observo lleno de alivio, pero también de miedo.

Sigo muerto de miedo, joder.

—Maddie —susurro.

—La luz —musita—. No puedo abrir los ojos con la luz.

Su voz suena demasiado débil y tiene un eco directo bajo mis costillas.

Apago la luz sobre el cabecero y rodeo la cama para encender la pequeña lamparita de la mesita.

—Ya está, nena —digo regresando a su lado.

—¿Dónde estoy? —inquiere abriendo lentamente los ojos.

Me siento con cuidado en el borde de la cama y me inclino sobre ella.

Quiero abrazarla con fuerza y también quiero hacerle entender de la única

manera que sé lo irresponsable que ha sido. Me contengo.

—En el hospital —respondo.

—¿Qué? —Está aturdida—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Intenta incorporarse, pero no es capaz.

—Túmbate —le ordeno suavemente.

Despacio, la obligo a hacerlo. Todo debe de darle vueltas. Aprieto los labios con fuerza. Ha sido muy irresponsable.

—¿Qué ha pasado? —vuelve a preguntar.

—No lo sé. ¿No te acuerdas de nada?

Niega con la cabeza. Dios mío, ¿qué coño pasó?

—Lo último que recuerdo es que quería entrar en mi apartamento y había un hombre en la puerta —murmura.

¡Joder! La rabia inunda cada centímetro de mi piel. Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no demostrarlo. Es lo último que ella necesita.

Acaricio su mejilla suavemente.

—No te preocupes —le ordeno suavemente—. Tienes que descansar.

La puerta se abre y entra un médico revisando una carpeta que, imagino, es el historial de Maddie. Abre un gran sobre marrón y coloca unas radiografías sobre una lámpara fluorescente colgada de la pared. Las mira unos segundos y finalmente se acerca a nosotros a la vez que me levanto.

—Bueno, Maddie, ¿qué tal te encuentras? —pregunta con una amable y profesional sonrisa.

—Bien, pero me duele mucho la cabeza.

—Es absolutamente normal —responde sin asomo de duda.

Saca una pequeña linterna del bolsillo de su bata y la apunta a sus ojos verdes analizando la respuesta de sus pupilas. Cuando termina, abre la carpeta y anota algo en ella. Nos explica que se ha dado un fuerte golpe en la frente y que después, al caer al suelo, volvió a golpearse en la base del cráneo. Como ya sabía, afortunadamente, no tiene ninguna hemorragia ni daño interno y, a pesar de saberlo ya, vuelvo a suspirar aliviado.

—Te dolerá mucho la cabeza durante unos días. También puede que sientas mareos, náuseas y no toleres muy bien la luz. Este último síntoma deberá desaparecer en las próximas horas. —Maddie asiente—. Te daré unos calmantes. Son bastantes fuertes, así que te quedarás dormida en seguida y, cuando te despiertes, probablemente te encuentres mucho mejor. Pero antes necesito que respondas a unas preguntas. ¿Recuerdas qué pasó?

Todo mi cuerpo se llena de rabia.

—No, había un hombre, pero no recuerdo mucho más. Llevaba una cámara de fotos.

Resoplo breve y brusco a la vez que me cruzo de brazos, pero soy incapaz de quedarme quieto y acabo llevándome la mano a los labios.

Ese hijo de puta ha cometido el mayor error de su vida.

—Maddie, ¿recuerdas algo más? —inquiere de nuevo el doctor.

—No.

El médico no dice nada más, pero lanza un profundo y corto suspiro de lo más indicativo.

—Teniendo en cuenta lo que nos has explicado —nos informa— y dado que no recuerdas nada más, voy a tener que examinarte para

descartar que te hayan forzado de algún modo.

Tiene que estar broma. Esa posibilidad no se me había pasado por la mente y de pronto la rabia se hace más cortante y el miedo, más sordo.

Nunca tendría que haberla dejado sola. Nunca tendría que haberme fijado en ella.

—Joder —mascullo.

Si le ha tocado un solo pelo, ese hijo de puta está muerto.

Necesito controlarme. Estoy a punto de estallar.

—¿De verdad cree…?

La voz de Maddie se evapora. Está muy asustada. Regreso a su lado, me siento de nuevo en el borde de la cama y le acaricio dulcemente la mejilla.

—No te preocupes, nena —susurro.

Yo voy a cuidar de ti y no te pienso volver a fallar.

—No se trata de lo que yo crea, Maddie —pronuncia el doctor a mi espalda—. Tenemos que descartar todas las posibilidades.

Atrapo su mirada con la mía y me esfuerzo en que toda su atención se centre en mí, en mis ojos.

—Todo va a salir bien —pronuncio con una seguridad inexpugnable.

Sonrío, pero es un gesto vacío.

—Señor Riley, por favor, espere fuera mientras realizo el examen médico —me pide el doctor.

—De eso nada —respondo sin ni siquiera mirarlo.

No voy a moverme de su lado.

—No es lo habitual…

—Me importa bastante poco lo que sea habitual —lo interrumpo girándome con el gesto endurecido. Esta conversación se acaba aquí—. No voy a apartarme de ella.

Él me asesina con la mirada, pero me importa una mierda. Tengo que protegerla. Ahora mismo no puedo pensar en otra puta cosa.

—Como quiera —masculla.

Llama a una enfermera y, tras unos breves preparativos, comienzan el examen. El médico retira la fina sábana y la enfermera levanta el camisón de Maddie. Buscan cualquier rastro de heridas o arañazos que indiquen que pudieron abusar de ella. Aprieto la mandíbula con fuerza. Ni siquiera puedo pensarlo.

—Doctor —lo llama Maddie captando también mi atención—, esas marcas son consentidas.

En ese preciso instante mis ojos se cruzan con los del facultativo. Su mirada está llena de desaprobación. Me han juzgado, y prejuzgado, por muchas cosas en mi vida, pero nunca por la manera en la que follo. Normalmente me importaría una mierda, pero esas marcas están sobre la piel de Maddie y, después de todo lo que ha pasado, de cómo me está mirando el médico, ése es un detalle que no soy capaz de pasar por alto.

Termina el examen, incluido una exploración ginecológica, y, mientras la enfermera vuelve a tapar a Maddie, el doctor toma nota de nuevo en la carpeta.

—Parece que todo está correcto, Maddie —nos informa—. Ese hombre no la toco.

Gracias a Dios.

—Como le dije, la enfermera le suministrará unos calmantes muy fuertes. Tiene que descansar al menos dos días, ¿entendido?

—No se preocupe, doctor. Descansará.

La enfermera le tiende las pastillas a Maddie y un vaso de agua fresca que devora en segundos. Me acerco a hablar con el médico. Me informa de que en una hora le dará el alta. Deberá tomarse los calmantes cada doce horas y descansar tanto como le sea posible, amén de alimentarse bien para reponer fuerzas. Miro a Maddie. Sus ojos están fijos en mí, pero parece adormilada. Sonríe aturdida y me doy cuenta de que son los calmantes. Sigo hablando con el doctor y, cuando vuelvo a mirarla, apenas unos minutos después, ya está completamente dormida.

El médico y la enfermera se marchan. Por un momento sólo puedo observarla. Está preciosa y parece tan calmada, tan serena. La quiero, joder, y no sé qué hubiese hecho si llego a perderla, si ese malnacido llega a tocarla.

El trayecto hasta Chelsea es relativamente tranquilo. Maddie sigue dormida, acurrucada en mis brazos, y sólo así consigo relajarme mínimamente. No pienso permitir que vuelva a estar en peligro. Jamás.

La llevo hasta el dormitorio y la tumbo en la cama. Despacio, le quito mi cazadora y el pijama del hospital. No quise despertarla cambiándola de ropa, pero ahora estamos en casa y quiero que esté lo más cómoda posible. Por un momento pienso en dejarla desnuda, pero la recomendación del médico, y, sobre todo, la manera en la que me miró, planean sobre mí.

Necesita descansar, Riley. Compórtate como un hombre, gilipollas.

Le pongo uno de sus pijamas y la cubro con la suave colcha.

Contemplándola, me paso las manos por el pelo a la vez que resoplo. Está durmiendo en mi cama, donde tiene que estar, ¿por qué no consigo tranquilizarme?

Me ajusto los dobleces de la camisa sobre mis antebrazos y salgo del dormitorio. Cogeré mi portátil y un par de carpetas de mi estudio y trabajaré en la habitación. No quiero apartarme de ella.

Descalzo, con la espalda apoyada en el cabecero, las piernas extendidas sobre la cama y el portátil sobre los muslos, me gustaría pensar que estoy trabajando bastante, pero no es en absoluto verdad.

Aproximadamente dos veces cada minuto, me giro para mirar a Maddie e, incapaz de dejar las manos quietas cuando la tengo en mi cama, acabo acariciándole la mejilla, apartándole el pelo de la cara o perdiéndome en la suave curva de su clavícula.

Definitivamente soy un gilipollas.

Un carraspeo me saca de mi ensoñación. Alzo la cabeza y Finn está la puerta. No le pregunto qué quiere. Sé que viene a darme noticias del hombre que atacó a Maddie y no quiero tener esta conversación delante de ella, aunque esté dormida. Además, está en pijama. No tengo claro que quiera que Finn la vea así.

—¿Qué has averiguado? —pregunto impaciente mientras bajamos las escaleras.

—El hombre que atacó a Maddie se llama Walter O’Kellan. Me he

permitido interrogarlo. —Por la manera en la que pronuncia esa última palabra, puedo imaginarme perfectamente cómo lo ha hecho—. Era uno de los *paparazzi* en nómina del *New York Star*. Julian Dimes lo envió para sonsacarle a la señorita Parker información sobre usted.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Maldito hijo de puta.

—Parece ser —continua Finn— que Julian Dimes había estado presionando a otros medios y periodistas para que publicaran noticias sobre la señorita Parker.

Me humedezco el labio inferior y le hago un leve gesto de cabeza para que se retire. Cierro los puños con rabia con la mirada perdida en el inmenso ventanal. Pienso destruirlo.

Me saco el teléfono del bolsillo camino del estudio y llamo a Hart, el director de operaciones bursátiles del Riley Enterprises Group.

Todo es culpa mía. Todo el daño que le han hecho. Todo lo que ha sufrido.

Todos saben que saldrá mal. Quizá debería entenderlo de una jodida vez.

—Llama a Mackenzie —mascullo en cuanto descuelga. Me da igual la hora que sea—. Localizad a Charlotte y a Miller. Haced efectivas todas las opciones de compra sobre las empresas de Dimes y sacadlo de ellas.

Quiero hasta su último centavo.

—Señor, no me parece un movimiento acertado.

—¿Y desde cuando crees que a mí me importa lo más mínimo tu opinión?

—Lo siento, señor —musita.

Hart es un auténtico imbécil. Me importa bastante poco su opinión y me importa bastante poco cualquier reticencia que fuera a ponerme.

—No pienso repetirlo. —Mi voz se vuelve más dura, más amenazadora—. Localiza a Charlotte y a Miller. Haz efectivas todas las opciones de compra sobre las empresas de Dimes y sácalo de ellas. Quiero que, cuando ese hijo de puta se levante mañana, no tenga nada y que sepa que ahora lo tengo yo.

—Señor Riley… —me llama tímidamente.

—Piénsate bien lo que vas a decir —le advierto. No grito. No lo necesito—. No voy a cambiar de opinión, pero sí puedo cambiar de director de operaciones bursátiles.

Hart calla durante un par de segundos. Lo he intimidado. Mejor.

—Me pondré inmediatamente a ello, señor.

Cuelgo y tiro el iPhone sobre el escritorio. Las manos me arden de pura rabia. Quitárselo todo no me ha calmado. Ese hijo de perra ha estado detrás de cada artículo sobre Maddie. Se ha permitido faltarle al respeto y, sobre todo, se ha permitido ponerla en peligro. No pienso perdonarle ninguna de las tres cosas.

Trato de calmarme, pero no soy capaz. De pronto sólo quiero estar con ella. Subo de prisa las escaleras y me dirijo a la habitación. Desde el umbral de la puerta frunzo el ceño al comprobar que no está en la cama. Inmediatamente llevo mi vista hasta el baño y mis pies se dirigen hacia allí.

—Mierda, Maddie —rujo desde la puerta al verla agarrarse al

mármol del lavabo con manos torpes, a punto de tambalearse.

Entro rápido, malhumorado. La cojo en brazos y la llevo de nuevo a la cama. Es una cría que no entiende que necesita descansar.

—No puedo dejarte sola ni cinco minutos sin que hagas una tontería.

Vuelvo a taparla con la colcha y, aún resoplando demasiado furioso, pulso uno de los interruptores junto a la mesita y las persianas se cierran por completo.

Sin embargo, sólo necesito contemplarla un instante para que todo se disipe. La quiero, joder, y está a salvo. Está a salvo. Mientras esté conmigo, estará a salvo.

Me inclino despacio y la beso suavemente en los labios. El alivio que lucha con todo lo demás consigue hacerse con el control de mi cuerpo un segundo y al fin tengo la sensación de que puedo respirar.

—Duérmete —le ordeno en un susurro.

—Quédate conmigo.

—No voy a moverme de aquí.

No lo haría por nada del mundo, nena.

Me siento en el borde de la cama y espero a que los calmantes y el cansancio acumulado vuelvan a hacer efecto y se quede dormida. No tengo que esperar mucho.

Prácticamente no salgo de la habitación en todo el día. Ni siquiera voy a la oficina. Cuando dije que no iba a moverme de su lado, hablaba completamente en serio. Sigo trabajando en el dormitorio y sólo me separo de Maddie para darme una ducha y comer algo. Me veo obligado a

despertarla para darle los calmantes y no aguanta con los ojos abiertos más de cinco minutos.

Comienza a atardecer. Sonrío relajado y una vez más sigo el contorno de su hombro con el reverso de mis dedos. Debo de haber hecho ese simple gesto unas cuatrocientas veces en lo que va de día.

—Señor Riley —me llama Finn de nuevo en la puerta.

Frunzo el ceño. La idea de no permitirle subir aquí cuando Maddie esté durmiendo cada vez cobra más sentido.

—El señor Sandford y la señorita Stevens están aquí.

Exhalo todo el aire de mis pulmones de forma seca y brusca. Parece que mi queridísimo amigo no ha captado el mensaje que suponía no coger ninguna de sus llamadas ni ayer ni hoy. No quiero hablar con él. De hecho, estoy muy cabreado con los dos. Dejaron sola a Maddie.

Resoplo de nuevo y la miro. Sigue durmiendo como un auténtico lirón. Supongo que puedo ocuparme de ellos antes de que se despierte.

Dejo el ordenador sobre la cama. Me levanto y, descalzo, sigo a Finn escaleras abajo.

No tardo en divisar a Bentley y a Stevens junto a la isla de la cocina. Parecen preocupados. Tienen motivos.

—¿Qué queréis? —pronuncio arisco, aún a unos metros de ellos—. No quiero dejar a Maddie mucho tiempo sola.

Ni siquiera sé por qué han venido. No quiero que estén aquí, ninguno de los dos.

—¿Cómo está? —me pregunta Stevens increíblemente nerviosa dando un paso hacia mí.

—¿Ahora te importa? —replico frío—. Creí que estaba en el Village, no en Bagdad —repito mordaz la misma frase que ella me dijo por teléfono.

Si alguno de los dos se hubiese dignado a acompañarla, ahora no estaría en esta situación.

—Ryan, lo siento, ¿vale? —Está a punto de romper a llorar, pero no me conmueve lo más mínimo. Maddie tiene una brecha en la frente de doce puntos de sutura—. Si hubiese pensado que era peligroso, jamás la habría dejado sola. No fue culpa mía —gimotea.

—¡Claro que es culpa tuya! —rujo furioso—. La dejaste sola en plena noche. ¿Qué pensabas que ocurriría?

—No pensé que pasaría esto —replica entre lágrimas.

—Pues quizá deberías haber pensado un poco más. Sois dos inconscientes y dos irresponsables y tú, una pésima amiga, joder.

—No le hables así, tío. Ya se siente bastante mal —intenta defenderla Bentley.

No me lo puedo creer.

—Tú cállate —mascullo—. También estoy muy cabreado contigo. Yo jamás habría dejado a tu novia sola.

—Lo siento, lo siento mucho —balbucea Lauren.

—¿Qué pasa?

La voz de Maddie capta inmediatamente la atención de los tres. Baja las escaleras esforzándose en cada peldaño. Debería estar en la cama, joder.

—¡Maddie! —grita Stevens y corre hasta ella.

—No me lo puedo creer, joder —farfullo para mí.

Me giro hacia la isla de la cocina, apoyo las palmas de las manos sobre la encimera y me inclino sobre ella. Mi autocontrol está haciendo horas extra, muchas. Necesita descansar. No es obvio. ¿Por qué no puede entenderlo?

—Lo siento, Maddie —se disculpa Stevens. Una media sonrisa de lo más mordaz se cuela en mis labios. No tendría nada que sentir si no la hubiese dejado sola, joder—. No tendría que haberte dejado sola.

Eres un lince, Stevens.

—Lauren, no tienes por qué disculparte. No podías imaginarte que alguien me estaría esperando.

—Aun así, debí acompañarte hasta la puerta. Lo siento.

—Deja de disculparte. No es culpa tuya —sentencia Maddie.

De pronto me siento increíblemente culpable. Claro que no fue culpa de Stevens. Por muy cabreado que esté, soy plenamente consciente de que el único culpable soy yo. Julian Dimes quería hacerme daño a mí. Jugaba contra mí.

Agarro la encimera con más fuerza. Necesito que esos malditos gilipollas capten el mensaje, porque no estoy dispuesto a permitir que vuelva a pasar. Tocarle un solo dedo a Maddie equivale a perderlo todo.

Bentley me observa. Sé que quiere decir algo, pero entiende que ahora mismo no es un buen momento y camina hasta arrancar a su novia de los brazos de la mía.

—Vámonos a casa —dice obligándola a empezar a caminar—.

Maddie necesita descansar.

—Vendré a verte mañana —promete Stevens antes de irse.

Con la casa en silencio, la sensación de sus dulces ojos verdes sobre mí se hace aún más cristalina, y con ellos la culpa también se hace más pesada.

—Ryan, ¿qué te ocurre? —pregunta dando un paso hacia mí—. ¿Por qué estás así?

Ya no puedo más. ¿Cómo puede ser tan increíblemente inocente, joder?

—¿En serio tienes que preguntármelo? —casi grito a la vez que me giro.

—Lauren no tuvo la culpa. Yo quise ir a mi apartamento.

Me importa una mierda Stevens. Fue culpa mía. ¡Fue culpa mía!

—Joder, Maddie —mascullo pasándome la mano por el pelo.

Tengo la sensación de que con ella tengo entre las manos algo increíblemente delicado y valioso y, al más mínimo error, se partirá en pedazos. Esa responsabilidad a veces me supera.

—Ryan, ¿por qué estás tan enfadado?

—Porque no me puedo creer que fueras tan inconsciente.

«No seas gilipollas, Riley. Echarle la culpa a ella no hará que te sientas mejor.»

—Sólo quise irme a mi apartamento. No tengo seis años.

La rabia y el dolor lo inundan todo.

—¡Podrían haberte matado!

¿Y qué habría sido de mí entonces, joder?

Ella me mira absolutamente inmóvil y yo tomo aire. Es como recordar una puta pesadilla.

—Cuando subí a tu apartamento y te vi tirada en el suelo, inconsciente, llena de sangre, te llamaba pero no te despertabas, Maddie. Nunca había estado tan asustado en toda mi vida.

El peor dolor multiplicado por mil.

Maddie camina hasta mí lentamente y aún más despacio trata de acariciarme la mejilla. Su contacto sólo me despierta de este mal sueño y, al fin, me hace reaccionar.

—Así que, sí, estoy muy furioso, y no te quepa duda de que no voy a volver a pasar por eso —le advierto—. A partir de ahora no saldrás de esta casa si Finn o yo no te acompañamos.

—Eso es un poco exagerado —protesta—. Podrías intentar ser…

—No se te ocurra pedirme que sea razonable contigo, Maddie. —No pienso volver a serlo en lo que a tu seguridad se refiere, nena—. Créeme, no es un buen momento.

Ella traga saliva. La conozco. Se siente intimidada. Mejor. No pienso ceder en esto.

—Ahora, sube. Tienes que descansar —sentencio implacable.

—Ryan —gimotea—, llevo durmiendo un día entero.

La observo un momento y una sonrisa amenaza con inundar mis labios. Es esa carita con la que me mira, como si fuese el cachorrito más pequeño y desvalido sobre la faz de la tierra.

—Pues siéntate —digo señalando uno de los taburetes de la isla de la cocina—. Te prepararé algo de comer.

«Tu fuerza de voluntad es realmente patética, Riley.»

—No tengo hambre —protesta de nuevo, aunque se sienta.

—Comer o dormir. Tú eliges.

—Comer o dormir. Preferiría hacer otras cosas —replica.

Sé lo que está haciendo, pero no va a funcionarle.

—Esa opción actualmente está fuera de su alcance, señorita Parker.

Maddie frunce los labios en uno de esos mohines que sólo hacen que pueda pensar en follármela.

—Aunque me muera de ganas —añado permitiéndole ver mi media sonrisa.

Es la pura verdad.

Parece que al fin comienzo a relajarme.

Compruebo cómo va su vendaje y sonrío cuando me explica que ya no le da vueltas todo.

Abro la nevera. Hay un montón de comida, pero nada ya cocinado.

No me sirve. Empiezo a rebuscar en los armarios y por fin doy con una de esas cajas de comida precocinada. Creo que son tallarines chinos con verduras. No es lo más nutritivo, pero se ajusta a la perfección a mi experiencia como cocinero.

Maddie sonríe encantada viéndome *desenvolverme* en la cocina.

Puede que no sea mi campo, pero lo tengo totalmente controlado.

—Debería ponerme con la boda. Apenas queda una semana —comenta.

—No te preocupes por eso —replico—. Hoy le he encargado a Tess

que contrate a una empresa especializada en organizarlas.

Suspira. Yo alzo la cabeza y estudio su expresión. Decidí ahorrarle ese trabajo esta mañana cuando estaba hecha un ovillo en nuestra cama. No quiero que me malinterprete y crea que he dado por hecho que no va a ser capaz de hacerlo. Simplemente debe descansar.

—Me parece bien —claudica.

Sonrío. Es tan fácil cuando obedece.

—Mi madre me ha propuesto que la celebremos en la mansión —le explico. Maddie me mira con los ojos como platos—. ¿Te parece bien? Porque, por mí, me casaría contigo mañana mismo en la oficina del secretario municipal. La boda es para ti, nena.

—Sí, claro —se apresura a responder—. Tu casa es preciosa, pero... ¿tu padre está de acuerdo? —pregunta con cautela.

No quiero hablar de mi padre después de todo lo que ha pasado.

—No lo sé. Supongo que sí —respondo encogiéndome de hombros.

El agua rompe a hervir y, tal y como indica el envase, echo los tallarines. Preparo la barra de la cocina con los manteles individuales y los cubiertos y, de nuevo siguiendo estrictamente las instrucciones, sirvo dos boles cinco minutos después. Ha sido muy fácil.

Antes de sentarme, cojo dos botellitas de agua San Pellegrino sin gas del frigorífico.

—Con un buen vino estarían mejor —me reta impertinente.

Vaya, parece que la señorita Parker quiere jugar.

—Todo está mejor con un buen vino —la corrijo—, pero a alguien le han prescrito algo muy parecido a las drogas duras.

—Por mucho que insistas, no voy a compartirlas contigo.

Me humedezco el labio inferior y al menos diez maneras diferentes de castigarla cruzan mi mente en un solo segundo. Sin embargo, acto seguido, recuerdo que necesita descansar y, antes de que me dé cuenta, estoy haciéndole un mohín de lo más infantil.

«Joder, Riley, ¿un mohín?»

Cuando la veo echarse reír, me importa bastante poco cualquier reticencia que mi parte adulta tuviera que hacerme por ese gesto.

Comemos. Está rico. Sé que le gustan y sé que sabe que lo sé. Qué maravilloso puede ser vivir en mi arrogante universo.

Gilipollas.

—Ryan —me llama Maddie sacándome de mis estúpidas reflexiones y otra vez lo hace llena de cautela—, ¿quién era el hombre al que golpeaste?

Mi humor cambia en una milésima de segundo. No quiero hablar de eso.

—Nadie importante.

Finjo que no tiene importancia. No sé si lo consigo.

—No lo parecía —replica impertinente.

—Maddie —la reprendo atrapando su mirada.

No quiero hablar y ella tiene que dejar estar este tema.

—Ryan, estoy preocupada. Dijo un montón de cosas horribles de ti.

Resoplo. No quiero que se preocupe, pero contarle quién es y qué hizo Julian Dimes no creo que le haga sentirse mejor.

—Maddie, necesitas descansar. Dimes no va a volver a molestarnos.

No quiero hablar de esto ahora. —Trato de sonar sereno, pero al mismo

tiempo le dejo claro que la conversación se acaba aquí.

—¿Y tú cuándo quieres hablar? —masculla levantándose.

—Maddie.

¡Joder!

Sube las escaleras y se pierde camino de la habitación. Yo resoplo con fuerza y dejo caer la servilleta con rabia contra la isla de la cocina.

Odio que esté enfadada conmigo. Nunca lo he soportado. Ni siquiera el día

que nos conocimos. Resoplo de nuevo y, a regañadientes, me bajo del

taburete y la sigo escaleras arriba.

Está en la habitación con la mirada perdida en el ventanal. Nueva

York sigue igual de activo. No le preocupa que sea día o noche.

—¿Tan importante es para ti? —inquiero acercándome a ella.

Soy plenamente consciente de cuál es la respuesta a esa pregunta,

igual que soy plenamente consciente de que ahora mismo está cansada de

toda esta situación. Yo también lo estoy.

—Ryan, me gustaría que confiaras en mí —me reta girándose—. Sé

que ese hombre estaba hablando de algo relacionado conmigo. ¿Por qué

no me lo cuentas?

—Porque no serviría de nada, Maddie.

—Serviría para que yo me sintiese un poco mejor.

Eso es un golpe bajo, nena.

Resoplo por enésima vez en lo que va de día y me paso la mano por

el pelo.

—Julian Dimes es el dueño del *New York Star*, la revista que publicó la noticia sobre tu madre.

—¿Qué? —murmura.

—Además, ha estado presionando a otros medios y a otros periodistas para que publicaran artículos sobre ti. Te ha estado utilizando para hacerme daño.

Maddie se queda en silencio. Ahora mismo no sabe qué decir.

—¿Por qué quiere hacerte daño? —balbucea confusa.

Por un instante hago memoria. La lista es larga, pero en ella no hay nada que no se haya ganado a pulso.

—Porque nunca me he comportado como esperaba que lo hiciera. Pensaba que Nueva York era suya, y se equivocaba. —No puedo evitar sonar arrogante, no me importa. Hablar de Nueva York es como hablar de Maddie. Mi chica y mi ciudad. No hay discusión—. Hace una semana lo saqué de un par de negocios. Nada que no se hubiera buscado.

—¿Y por qué estás tan seguro de que va a parar?

—Porque lo sé, Maddie —sentencio sin asomo de duda—. Me he hecho con el control de todas las empresas en las que actualmente tiene negocios. Si vuelve a intentar algo contra nosotros, lo destruiré.

No necesita saber que, de hecho, esa orden ya está dada, igual que no necesita saber nada sobre el tipo que la atacó. No quiero destruir su mundo con cosas tan sórdidas y sucias. Aun así, suspira hondo. Con la porción de verdad que le he contado ya se siente sobrepasada.

—Maddie, va a arrepentirse de todo lo que ha hecho.

Nada ni nadie va a volver a hacerte daño, nena.

La beso. Necesito demostrarle todo lo que acabo de decir. Ella se pierde en mis labios instantáneamente, pero en ese mismo segundo recuerdo la advertencia del médico.

—Necesitas descansar —susurro con mi frente apoyada en la suya y el deseo escapando por cada centímetro de mi piel.

—Te necesito más a ti.

Un gruñido rasga mi garganta cuando se escapa de mis labios lleno de placer anticipado. Maddie aprovecha este resquicio de duda y se estrecha contra mi cuerpo.

Joder, la tentación huele demasiado bien.

—Maddie —la reprendo o la llamo, no lo sé.

Y antes de descubrirlo, vuelvo a besarla.

Sin embargo, las palabras del doctor y, sobre todo, la manera en la que me miró cuando vio las marcas en las caderas de Maddie, se instalan en mi mente y lo emborronan todo. El sexo salvaje no es una opción.

—Nena, no. —Mi voz suena firme y, decidido, me separo de ella—. Tienes que descansar. Ayer te diste un golpe fortísimo. —Quiere protestar, pero no le doy opción—. Puedes volver a marearte o a sentir dolor en cualquier momento.

Maddie me mira buscando una manera de convencerme, pero sabe que no la tiene. La decisión está tomada.

—Acuéstate —le ordeno suavemente.

—¿Te acostarás conmigo?

Niego con la cabeza. De eso nada. Si me meto en esa cama, sé

perfectamente cómo acabará. Ella también lo sabe, por eso me lo ha pedido.

—Le estás denegando auxilio a una enferma. Seguro que estás violando la Convención de Ginebra o algo parecido —se queja.

—Vete a la cama —le ordeno tratando de disimular una sonrisa.

Sin embargo, parece que la señorita Parker no quiere ponerme las cosas fáciles y se planta en el centro de la habitación a la vez que niega con la cabeza. ¿Por qué me tuve que enamorar de la chica más insolente de toda la maldita tierra?

—Maldita sea, métete en la cama de una vez, Maddie, porque me están entrando ganas de…

Me freno a mí mismo antes de terminar esa frase exactamente como querría terminarla en todos los sentidos. Las cosas son mucho más complicadas cuando no puedo follármela hasta que entienda que siempre tengo razón.

Finalmente me paso las manos por el pelo a la vez que hago acopio de todo mi autocontrol. Esta discusión se acaba aquí.

—A la cama.

No tienes opción, nena.

A regañadientes, camina hasta la cama y al fin se tumba. Debería marcharme ahora que sé que está donde debe estar. Sin embargo, como si mi cuerpo tuviera vida propia, camino hasta la cama, apoyo la mano en el cabecero y me inclino para darle un beso.

Apenas me he alejado un centímetro de su perfecta boca cuando la beso de nuevo. Maddie gime bajito y el deseo vuelve como un ciclón.

Joder, resistirme a ella es la cosa más difícil que he hecho en mi vida.

No sé cómo, milagrosamente, consigo reunir fuerzas y separarme de

ella. Me permito el último resquicio de apoyar mi frente sobre la suya y disfrutar con los ojos cerrados de nuestras respiraciones entrelazadas.

Quiero follármela. No puedo pensar en otra maldita cosa.

«Deja de torturarte, Riley.»

—Que descanses —le digo abriendo al fin los ojos y alejándome

definitivamente de mi tentación, placer y pecado particulares.

Maddie suspira decepcionada, como la niña que se ha quedado sin

caramelos, y yo me marcho de la habitación con mi cuerpo agitado

llamándome gilipollas por no volver ahí y perderme en ella toda la

maldita noche.

20

Después del intento fallido de montarle un estudio de arquitectura a Ryan,

Maddie vuelve al trabajo.

El mismo día que se prueba su vestido de boda en Valentino, Carson

se presenta en Chelsea para hablar con ella. Quiere hacerle entender que

sus reticencias a la boda no son porque ella no tenga la misma posición

social que Ryan o por la diferencia de edad. Carson sabe que va a sufrir en

su matrimonio igual que Meredith, su mujer, lo hizo en el suyo.

Ryan llega en mitad de la conversación. Discuten y su padre acaba

contándole la infidelidad de su madre con Miles Hannigan. La falta de

sorpresa delata a Maddie y Ryan comprende que ella ya lo sabía y se lo

ocultó.

Ryan se marcha y desaparece durante horas.

Entro en el salón con paso torpe, absolutamente empapado. Me he pasado diez minutos bajo la lluvia, frente al edificio de Savannah, en mitad del Upper East Side. Dudaba si entrar, dudaba incluso de por qué estaba allí.

Estoy tan furioso y tan dolido que ni siquiera puedo pensar.

Sin embargo, sólo necesité un puto minuto, tenerla delante, para darme cuenta de que no quería estar allí, ni con ella. Ni Savannah, ni Marisa, ni cualquier otra chica en el mundo podrían hacerme sentir mejor. Sólo necesito a Maddie, pero ahora no puedo estar con ella. Me recuerda a todo lo que se escapa de mi control cada puto día.

Abro uno de los armaritos de la cocina y saco una botella de Jack Daniel's. Me sirvo un vaso y con él termino la botella. Me lo bebo prácticamente de un trago y busco otra botella para rellenármelo. Repito la misma operación y me lo bebo entero con el primer buche antes de llenármelo otra vez y echar a andar hacia mi estudio.

Acabé en un bar. Empecé a beber. No he parado desde entonces.

Me quito la chaqueta empapada y la corbata y las lanzo sobre la silla. También me quito los zapatos y los calcetines. También están mojados. No quiero más cosas en mi vida que no valgan absolutamente para nada.

Apuro mi copa. Beber. Tengo que seguir bebiendo. ¿Qué coño hago en mi estudio? Aquí no hay bourbon, joder. Regreso a la cocina.

—Ryan.

Su voz me sobresalta. Creí que estaría durmiendo.

—¿Estás bien?

Me giro y sonrío arisco. El león ruje y mi primer impulso es correr

hacia ella y simplemente follármela contra la primera pared que vea, pero no pienso tocarla. No se lo merece.

—Estoy jodidamente bien, perfecto. —Mis labios se traban por culpa

del alcohol—. ¿Por qué tendría que estar mal?

¿Porque mi madre sea una puta que engañó a mi padre con el primer

gilipollas que se lo propuso? ¿Porque la princesita de la sinceridad que

tengo por novia me ha mentido para que salvara a ese mismo gilipollas?

O, mejor aún, ¿porque no he sido capaz de hundirlo porque no soportaba

la idea de decepcionarla?

Estoy de puta madre, joder.

—No lo sé. Quizá por lo que ha pasado hoy —susurra con cautela.

—¿Porque mi padre haya decidido contarme la patética mentira que

ha sido su matrimonio? ¿O porque mi madre decidiera acostarse con el

primero que se lo propuso?

Por no hablar de lo traicionado que me siento cada vez que te miro.

Tendría que haber dejado que ese capullo se hundiera y tendría que

haberme sentado a contemplar cómo lo perdía todo.

Me termino el bourbon de un trago y me dirijo a la cocina. Pierdo el

paso y tengo que agarrarme a la encimera para no caerme. Me relleno el

vaso y le doy otro trago. Todo bajo su atenta mirada. No le gusta lo que

ve, pero, francamente, ahora mismo me importa una mierda.

—No creo que las cosas fueran así.

Sonrío mordaz. Que trate de calmarme me parece el colmo.

—Se me olvidaba que mi madre y tú ahora sois íntimas y te lo cuenta

todo. ¿Qué te dijo? ¿Cásate con un Riley pero ten cerca a un Hannigan para follártelo?

La rabia pesa más. El dolor pesa más. Necesito más bourbon.

—Ryan…

—Cuéntamelo. Estoy deseando oírlo.

Sueno resentido. Lo estoy, joder.

Ella no contesta y yo no puedo más.

—¡Son mis padres! —grito dolido.

¡Y tú me engañaste!

—Y si el imbécil de Miles Hannigan se tiró a mi madre, tendrías que habérmelo contado a mí, porque es mi vida.

Si no lo hiciste, fue únicamente por salvar a los Hannigan. Los elegiste a ellos.

—Lo siento —trata de disculparse—. Tu madre me pidió que no te lo contara y yo pensé que sólo serviría para hacerte daño.

Apuro el vaso. No es verdad. Me sirvo otro. Tú querías que salvara a ese gilipollas.

—No deberías seguir bebiendo.

—Toda mi vida te pertenece. ¿Es eso lo que quieres oír? Toda mi vida le pertenece a Maddie Parker.

—Ryan, por favor.

—Por favor, ¿qué?

La rabia no me deja pensar.

—Joder, Maddie, te veo ahí de pie y por un momento casi me

convences de que eres así de inocente.

Y no lo eres. No me quieres como dices que me quieres.

—Yo no quiero convencerte de nada —replica impertinente.

Por Dios, ¿cuándo va a dejar de comportarse como una cría?

Ahogo una sonrisa en un suspiro y sacudo la cabeza.

—Ni siquiera el trabajo, Maddie. Joder, también me robaste eso.

—Yo nunca he interferido en tu trabajo.

Claro que sí, joder.

—Compré Borow Media por ti.

—Compraste Borow Media para vengarte —replica.

La furia se hace más intensa. El desahucio me agujerea las putas costillas.

—Buena puntualización. —Me obligo a sonreír, pero sólo dura en mis labios un par de segundos—. Lo hice porque estaba destrozado. Te montaste en un taxi, te largaste y me dejaste tan hundido que me costaba trabajo respirar. La perdí y el dolor fue sobrehumano. No puedo volver a perderla. No quiero. Es mejor no dejar que nadie entre en tu vida, así nadie puede hacerte daño.

—¿Y qué hay de mí? Me echaste de tu vida sin pestañear.

—¡Yo no necesitaba a nadie! —grito—. Y desde que te conozco me he vuelto loco cada minuto de cada día intentando mantenerte a mi lado.

¡Y tú eliges a los Hannigan por encima de mí!

Me siento traicionado. Dolido. Herido. Me siento solo, joder. No la estoy perdiendo yo, se está marchando ella. Aprieto el puño de la mano libre con fuerza. Quiero mi vida de antes. Quiero todo el control. Quiero

bajarme de esta puta montaña rusa. ¡Quiero olvidarme de ella!

Bebo.

Tendría que habérmela follado hasta cansarme. Haberla traído aquí, habernos encerrado en mi habitación una maldita semana y después haberla mandado a casa con una palmadita en el culo y un «gracias por calentarme la cama».

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi?

Recuerdo perfectamente ese día. La recuerdo a ella. Recuerdo cómo me hizo sentir.

—No quiero saberlo —dice cruzando el salón hacia la puerta principal.

—Parece tan desvalida que no sé si follármela o abrirle una cuenta de ahorro. ¡Qué curioso! Acabé haciendo las dos cosas.

Le doy un nuevo trago a mi vaso. El bourbon baja ardiente por mi garganta. No me siento mejor. Nada va a hacer que me sienta mejor.

—Podría haberte follado hasta que hubiese querido sin molestarme en decir una palabra, lo sabes tan bien como yo.

Puestos a decir verdades, digámoslas todas.

Mis palabras la detienen en seco.

—Estás borracho. No piensas lo que dices.

—Puede que esté borracho —dejo el vaso sobre la encimera y cojo directamente la botella. Tener que estar recargándomelo constantemente es un puto fastidio—, pero no te haces una idea de cuánto me arrepiento de haber dejado que la pena que me dabas se interpusiera en todo lo demás.

Al principio sólo era lástima y deseo, algo que podía controlar, que no interfería en mi vida. Después tuve que cometer el maldito error de follármela y nada fue igual.

«Eso te pasa por no ser capaz de guardarte la polla dentro de los pantalones, Riley.»

—Tú sí que das pena —masculla.

¿Estás furiosa, nena? Bienvenida a mi maldito club.

—Se me olvidaba lo digna que eres. Para mi gusto, demasiado, sobre todo para ser una cría muerta de hambre a la que tuve que pagar las facturas y dar un trabajo para que no acabara en la calle.

Ni siquiera sé por qué lo hice. Ella estaba allí, en el sórdido departamento de Recursos Humanos contándome sus problemas de universitaria sin dinero y mirándome con esos enormes ojos verdes…

Esos malditos ojos verdes son mi puto problema. No es la primera chica que me mira con cara de cachorrito abandonado, pero a ella sencillamente la creí.

Hay que joderse. Te saltas las putas normas una vez y mira cómo acabas.

Maddie pasa por mi lado y, sin ni siquiera mirarme, se encamina a la puerta principal. La princesita quiere largarse, por mi perfecto.

—¿Te marchas? —le pregunto alcanzando las escaleras—. Me parece perfecto, pero llévate toda tu mierda.

Eligió a los Hannigan. No quiero ver nada de ella en mi casa.

—Por mi puedes quemarlo todo —responde sin detenerse.

—¿Eso incluye la fotito de la pobre desgraciada?

Pierdo el paso al subir el siguiente escalón y estoy a punto de rodar por las escaleras.

Me fui a Santa Helena, soporté que su padre me tratase como si fuera el responsable del agujero de la capa de ozono y ella me lo paga así. No necesito esto. No necesito llevarla allí cada año y prestarle mi hombro para llorar porque su padre no es capaz de superar que perdió a su mujer hace diecisiete años. Se va a la cama con otra todas las putas noches, pero un día al año la llora como al amor de tu vida. Es de risa. Supéralo o pégate un tiro, joder, pero no nos hagas perder el tiempo a los demás.

Maddie parece no entenderme y le pongo las cosas más fáciles señalando la foto de su madre con mi botella de Jack Daniel's.

Me mira llena de rabia, pero por primera vez no me importa. Yo también lo siento.

Camina con paso acelerado hasta la chimenea y recoge la foto.

—Joder —protesto— , si hasta te llevé a Santa Helena y me quedé dos días en ese agujero por ti.

No tiene ningún derecho a estar indignada. Hubiese parado el maldito mundo por ella.

Mis palabras vuelven a frenarla y, acto seguido, se gira despacio.

Ahora me mirará con esos enormes ojos verdes y soltará alguna lagrimilla o me dedicará alguna frase llena de un orgullo que tampoco le impediría bajarse las bragas si me lo propusiera.

—Si tan poco te gusta todo lo que tiene que ver conmigo, tendrías que haberme dejado seguir con mi vida. Nos habrías ahorrado mucha mierda a los dos —dice antes de volver a echar a andar.

Gran verdad.

—Estaba enamorado —digo justo antes de dar otro largo trago.

Esas dos palabras duelen demasiado.

Necesito más bourbon.

No te vayas, joder.

—Imagino que te vas con los Hannigan —continúo—. Siempre te ha costado mucho menos aceptar su caridad que la mía.

Compré un maldito apartamento para ti y ni siquiera te dignaste a aceptarlo.

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—Los hermanitos Hannigan —continúo mordaz—, Sean y James, los dos patéticamente enamorados de ti. Joder, tienes dos para elegir con quién irte a la cama. Mi madre no tuvo esa suerte.

Son dos gilipollas.

—Vete a la mierda, Ryan —sisea con la voz entrecortada.

Y ahí está la lagrimita. Parece que sólo he tenido que mencionar a los Hannigan.

El sonido del portazo que da al marcharse resuena por todo mi cuerpo. Aprieto la mandíbula con fuerza. Yo no quiero que se vaya. Los Hannigan tienen la culpa, joder. Mis padres tienen la culpa.

¿Cómo pudo engañar a mi padre? ¿Cómo pudo él perdonarla, no contármelo? ¿Cómo pudo Maddie ocultarme algo así?

¡Joder!

Le doy un trago a la botella de bourbon y me dejo caer hasta sentarme en las escaleras. He perdido el control de mi vida. Lo perdí el día

que la conocí. Cambió mi vida, mi trabajo, mi puta manera de enfrentarme a las cosas y no quiero. No quiero, joder.

El Ryan de hace un par de meses habría llamado a esa legión de abogados que se ganan el sueldo destrozando vidas y habría roto todos los acuerdos entre Hannigan y Marisa. El patético Ryan enamorado no ha hecho nada.

No lo he hecho por ella.

Odio que me haya cambiado. Odio que me haya quitado la posibilidad de poder decidir sin pensar en nadie más. La quiero y, a veces, también la odio por eso.

Me termino la botella de un trago. Necesito más. Me levanto y no he dado más de un par de pasos cuando estoy a punto de caerme. Una lucecita en el fondo de mi cerebro me dice que debería dejar de beber. Resoplo. Mi voz de la conciencia es una inútil.

Me humedezco el labio inferior. Rebusco en los armaritos de la cocina. No recuerdo donde está el Jack Daniel's. Oigo varias cosas caer a mi alrededor. ¿Quién coño las está tirando?

Al fin encuentro una botella. La abro y lanzo el tapón, creo que al fregadero, no estoy muy seguro pero tampoco me importa.

Le doy un trago y la dejo sobre la isla de la cocina. Apoyo las dos manos en la encimera y simplemente guardo silencio. Sólo quiero comprobar si el alcohol ha cumplido su misión. Un segundo de paz, un puto segundo de paz y todo vuelve. Miles Hannigan, mi madre, mi padre, Maddie, sobre todo, Maddie. Siempre Maddie.

Maddie. Maddie. Maddie.

Maddie me ha traicionado. Maddie ha preferido que salvara a ese imbécil antes que contarme la verdad. Todo el maldito día pidiéndome que hable, enfadándose y reaccionado como una cría, y lo único que tenía que contarme se lo calla.

Yo tenía reglas, joder, y las tendría que haber seguido.

El timbre de la puerta principal me distrae. Quizá sea Maddie. Bajo acelerado. Esto es lo peor de todo. Ni siquiera, cuando quiero bajarme de esta puta montaña rusa, soy capaz. Yo quería que saliera de mi vida, pues ha salido, joder. ¿Qué coño hago corriendo hacia la puerta como si hubiese un puto incendio?

«Porque la quieres, maldito gilipollas. Asúmelo, Riley.»

Cabeceo exasperado, pierdo el paso en el último peldaño y trastabillo justo antes de alcanzar la puerta. De reojo puedo ver cómo Finn se acerca por el pasillo de servicio para abrir. Le hago un gesto con la mano para que se detenga y uno mucho más torpe para que se largue.

—Finn, tu trabajo ha acabado por esta noche. —De pronto recapacito en algo de lo más obvio—. Es tarde, vete a dormir, joder. ¿Tú nunca duermes?

Él asiente y se marcha. Profesional en cualquier circunstancia.

Abro la puerta esperando oír una disculpa o darla, qué sé yo. Creo que lo único que quiero hacer es besarla, pero lo que encuentro al otro lado sencillamente cambia mi expresión por completo.

—Hola, Ryan.

—¿Qué coño haces aquí, Savannah?

Soy plenamente consciente de que yo mismo me presenté en su casa hace unas horas, pero no llegué a pisar su apartamento. Sólo necesité verla en el umbral para darme cuenta de que ni siquiera quiero respirar el mismo aire que ella.

Todo lo que quiero es Maddie.

Resoplo con fuerza.

Soy un maldito gilipollas.

—Lárgate —digo sin más.

—Sólo quiero que nos tomemos una copa.

—Yo no quiero tomarme nada contigo. —Me trabo con la última palabra y por un segundo todo parece girar trescientos sesenta grados.

Le doy la espalda a la puerta y comienzo a subir las escaleras.

—Lárgate —repito cuando ya me he alejado unos peldaños.

Tú no eres Maddie y yo sólo la necesito a ella.

Recupero la botella de la isla de la cocina y le doy un nuevo trago. Yo la quiero, joder. ¿Por qué ha tenido que marcharse? ¿Por qué ha tenido que alejarse de mí? ¿Por qué ha tenido que elegirlos a ellos?

Bebo un nuevo trago. Todo vuelve a girar. Un trago más. Maddie. Maddie. Maddie. Me las apaño para llegar a la terraza, aunque tengo la sensación de que el suelo se mueve como si estuviera construido de olas de parqué.

Las olas me recuerdan la playa, los Hamptons, a Maddie, y ni siquiera entiendo por qué. Nunca he estado allí con ella, pero la calma que siempre me trasmite me recuerda la calma que siento allí.

Oigo un ruido en el salón. No me molesto en mirar. En lugar de eso

doy otro trago.

Todo sería más fácil si pudiésemos empezar de nuevo, hace seis años.

Antes del Riley Group, de mi padre, de las renuncias, antes de todo.

Seguro que ya habría un crío precioso corriendo por mi viejo

apartamento, pidiéndome que le leyera un cuento antes de ir a dormir, o

mejor aún, una cría preciosa que se pareciera a Maddie, como en mi

sueño.

Un trago más. Necesito olvidar lo que ya no puedo tener.

—Ryan.

Me giro confuso y a la vez todo gira con más fuerza.

—¿Maddie? —murmuro.

Me acerco con el paso torpe hasta ella y alzo la mano. Mis dedos se

pierden en su cadera y acabo jugueteando con el bajo de su vestido. Está aquí. Está conmigo. La paz y la luz han vuelto.

Dejo caer la botella. Ya no la necesito. Tomo su cara entre mis manos

y la beso, suave, despacio, sintiendo sus labios contra la míos. Sin

embargo, sólo necesito un segundo para darme cuenta de que no es

Maddie. No tiembla suavemente entre mis brazos. No hay ni un rastro de

su dulzura. No es diferente, ni especial. Yo no me siento diferente, ni

especial.

Me separo aún más y obligo a mi mente a centrarse en la cara que el

alcohol va emborronando cada vez más rápido.

—Savannah —musito sin poder creérmelo del todo—. ¿Qué coño

haces aquí?

¡Joder!

Me fijo un poco más y comprendo que lleva uno de los vestidos de

Maddie, incluso se ha puesto su perfume.

Me zafo de su mano, que todavía agarraba su cintura, y me alejo unos

pasos. Todo gira aún más y estoy a punto de perder el equilibrio.

—Vamos, Ryan —me anima tratando de parecer sexy.

—Escúchame bien —rujo haciendo un último acopio de las pocas

fuerzas que el alcohol ha dejado en pie—: lárgate o te juro por Dios que te

vas a arrepentir. No vuelvas a acercarte a mí ni a Maddie. ¿Eres capaz de

entender eso?

Asiente molesta y regresa al salón.

—¡Eh! —la llamo arisco—. Quítate ese vestido. —Pertenece a

Maddie. Savannah no se merece llevarlo—. Cada centímetro de tela vale

más que tú.

Me muestra su sonrisa más cínica, una simple coraza para disimular

lo furiosa que está, y, sin dudarlo, se quita la prenda. Yo le mantengo la mirada. No me interesa nada de lo que pueda enseñarme y, si aún no lo ha

entendido, es que francamente es estúpida.

—Me das asco —sentencio.

Savannah vuelve a sonreír de esa manera tan taimada. Se quita una

pulsera, camina hasta quedarse a unos pasos de mí y, llena de alevosía, la

deja caer al suelo entre los dos. Ni siquiera me molesto en mirar lo que ahora hay sobre mi parqué. No me importa lo más mínimo nada que esté

relacionado con ella, incluida esta puta escenita. Sé de sobra qué pulsera es

y no significa una mierda para mí.

Finalmente recoge su ropa y se marcha. Cuando oigo cerrarse la puerta principal, mi cuerpo se

relaja mínimamente. Me paso las manos por
el pelo y tengo que agarrarme a la puerta de la terraza para mantener el equilibrio.
Me giro en busca de la botella que dejé caer pero, al intentar cogerla,
pierdo el equilibrio y ahora soy yo quien cae al suelo.
—Joder —mascullo entre dientes.
Voy a levantarme, pero el cielo de Manhattan roba mi atención. Está
amaneciendo. Ya no es absolutamente negro, como si alguien lo estuviese
pintando con un rotulador azul marino. La echo de menos, joder. No hace
ni una hora que se ha ido y ya la echo de menos. Siempre voy a hacerlo,
porque creo que nunca voy a tenerla del todo. Tengo demasiado miedo de
hacerle daño. Es tan dulce, tan generosa. De pronto las ideas se agolpan en
mi cabeza, pero el bourbon sólo me deja distinguir una.
Mi padre tiene razón. Voy a destrozarle la vida.
Abro los ojos desorientado. No tengo ni idea de dónde estoy ni de
cómo he acabado aquí. Inconscientemente estiro la mano a través del
colchón, buscándola, pero no está… no está. Me incorporo de un salto. Un
estruendo me atraviesa la cabeza y me llevo la mano a la frente. Joder,
todo da vueltas. Miro a mi alrededor. Estoy vestido sobre la cama, pero no
está deshecha. No hay rastro de Maddie. No ha dormido aquí.
Me bajo de la cama, cojo mi iPhone de la mesita y marco su número.
No contesta. No son más de las siete de la mañana. ¿Dónde está?
Acelerado, salgo de la habitación. Miro en el cuarto de invitados, en
el resto de la planta. Ni rastro de ella.
Recuerdos de la noche de ayer van disipando el alcohol y abriéndose
paso en mi mente. ¿Cómo pude ser tan gilipollas?

Busco por toda la casa. ¡Joder, no está! Estoy saliendo del cuarto de la televisión cuando oigo ruidos en la cocina. Sé que no es Maddie, pero sí la señora Aldrin. Quizá ella sepa algo.

—Buenos…

—¿Ha visto a Maddie? —la interrumpo.

La señora Aldrin me mira de arriba abajo. Debe sorprenderle el aspecto que tengo. Entreabro los labios y suspiro apremiándola en silencio.

—No —responde al fin algo descolocada—. Llevo levantada casi una hora y no la he visto.

Resoplo. Vuelvo a marcar su número mientras atravieso el salón como una exhalación. No lo coge.

Joder, joder, joder.

—Finn —lo llamo bajando las escaleras hacia la puerta principal—.

¡Finn! —grito.

¿Dónde coño se ha metido?

—Señor Riley —me llama saliendo a mi encuentro cuando mis pies alcanzan el último peldaño.

Él también me mira confuso y sorprendido por mi atuendo y también me importa bastante poco. Lo único que quiero saber es dónde está.

—Las grabaciones de seguridad —exijo con la voz endurecida—.

Súbelas a mi estudio ya.

Asiente. Yo giro sobre mis pasos y regreso a la planta de arriba.

Vuelvo a llamarla. No responde.

Al volver a cruzar el salón, paso por delante de la chimenea y algo inmediatamente llama mi atención, algo que provoca un recuerdo nítido y al mismo tiempo me llena de rabia y de arrepentimiento. La foto de la madre de Maddie no está. Resoplo y cierro los puños con fuerza. Nunca me lo voy a perdonar.

Entro en mi estudio y me dejo caer malhumorado sobre mi sillón de ejecutivo. Hay una botella medio vacía sobre el escritorio. Nunca debí haber ido allí. Nunca debí haber dejado que todo lo demás pasase. Si ella lo descubre, no habrá vuelta atrás. Apoyo los dos codos sobre la mesa y me inclino sobre ella hasta cubrirme los ojos con las palmas de las manos.

Maddie es todo lo que quiero. Es todo lo que necesito.

¿Cómo pudiste ser tan gilipollas, Riley?

Antes de que la idea cristalice en mi mente, cojo la botella y la estrello contra la pared.

No quiero perderla. No puedo perderla.

En ese instante, Finn aparece en el marco de la puerta con un iPad entre las manos. Le hago un leve e impaciente gesto para que pase y veloz camina hasta mí.

—La señorita Parker abandonó la casa poco antes de las dos de la madrugada —me informa.

Inspiro brusco y aprieto mis labios hasta convertirlos en una fina línea. No puede ser. ¡No puede ser, joder! Finn me muestra la imagen y un dolor sordo y culpable me agujerea las costillas. Se ve a Maddie salir disparada de casa y detenerse a unos pasos de la puerta. Está llorando, triste, dolida. Está sola y todo es culpa mía.

Apenas un minuto después, toma un taxi y desaparece.

Me levanto de un salto y salgo acelerado de mi estudio. Vuelvo a llamarla. Vuelve a no responder. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si regresó a su apartamento en plena noche y han vuelto a atacarla? ¿Y si ha acabado en manos de un puto pirado porque yo fui tan cabrón de volver a hacerle daño a la única persona que me importa en mi maldita vida?

Vuelvo a llamarla.

Vuelve a no responder.

—¡Joder! —mascullo exasperado, lanzando el móvil contra la cama.

Me doy una ducha y me cambio de ropa. Apenas tardo unos minutos.

Habría ido a buscarla con la ropa de ayer con tal de no perder un solo segundo, pero está sucia y apesta a alcohol. No quiero que lo primero que piense cuando me vea sea el lamentable estado en el que estaba cuando se marchó.

Al pasar junto al lavabo, veo el bote de calmantes de Maddie. Debió de olvidarlos anoche. Automáticamente miro el reloj. Tendría que haberlos tomado hace una hora. Me preocupo todavía más. Debe de dolerle muchísimo la cabeza. Me los guardo en el bolsillo de los pantalones y acelero el paso.

Es mi maldita vida. Es lo único que me importa.

Me monto en el BMW y salgo del parking como una exhalación. El tráfico es atroz, pero estoy tan cabreado, tan acelerado, que no me supone un problema y llego al Village en unos minutos.

La he llamado una docena de veces por el camino y le he enviado varios mensajes, pero no ha respondido. Entiendo que esté enfadada, pero

se está comportando como una cría, joder.

Subo los escalones de dos en dos y llego a la cuarta planta. Llamo a

su puerta y espero paciente a que abra, pero no lo hace. Resoplo. Un

serpenteante enfado comienza a recorrerme la columna. Soy plenamente

consciente de que he metido la pata hasta el fondo, pero no pienso

consentir que se comporte así. No voy a dejar que se me escape entre los

dedos. Llamo más fuerte. Nada. No está. Joder, no está.

Inmediatamente giro sobre mis pies y cubro los pocos metros de

rellano que me separan del apartamento de los Hannigan. Llamo. La imagino dentro y la rabia mezclada con toda la adrenalina recorre como

un ciclón mis venas. Joder, seguro que se presentó aquí destrozada y el

imbécil de Hannigan no tuvo ningún problema en consolarla. Llamo otra

vez. Si le ha rozado un solo dedo... Llamo más fuerte.

—¿Quién es? —pregunta Álex Hannigan adormilada abriendo

lentamente la puerta.

—¿Dónde está Maddie?

—Ryan —pronuncia confusa frotándose los ojos con las palmas de

las manos—… ¿en Chelsea? —responde al fin.

Sonrío fugaz y furioso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupada al racionalizar todo lo que acaba de pasar.

—Nada que te incumba —mascullo—. ¿Dónde está?

—Ya te he dicho que no está aquí.

Oigo ruidos al fondo del apartamento y todo mi cuerpo se tensa. Cuando veo aparecer a James Hannigan poniéndose una camiseta, mi cuerpo no se relaja, pero la tensión se vuelve diferente. Ahora mismo sólo quiero partirle la cara. Si no fueran amigos de Maddie, yo no habría dudado en hundir a su padre y todo habría sido muy diferente.

—Riley, ¿qué haces aquí? —inquiere acercándose.

—¿Y a ti qué coño te importa? —replico—. ¿Te ha llamado? —le pregunto a la chica.

—¿Cómo que qué coño me importa? —pregunta interrumpiendo la contestación de su hermana e interponiéndose entre ella y yo—. Estás en mi casa.

Yo cierro los puños con fuerza. No es el puto momento.

—No estoy hablando contigo —mascullo—. Lárgate.

—No sabe dónde está Maddie —le informa Álex Hannigan.

—Genial, Riley. ¿Qué le has hecho esta vez?

Joder, acaba de colmar el puto vaso. Lo cojo de la camiseta y lo estrello contra la pared. Él se revuelve y su hermana se sobresalta y comienza a pedirme que lo suelte. No pienso hacerlo.

—No es asunto tuyo, Hannigan —siseo—. No se te ocurra entrometerte.

La sangre me arde. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. No

pudo pensar. Ahora mismo no veo al gilipollas de James Hannigan, veo a

mi madre, a su padre, al mío. Veo todo el maldito engaño, el error que cometí, el daño que le he hecho a Maddie.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Si hago que este imbécil termine en

un hospital, Maddie no me lo perdonará.

¡Joder!

A regañadientes, lo bajo pero no me separo de él. No pienso permitir

que piense que puede hablar de Maddie como si tuviera algún derecho

sobre ella.

—¿Dónde está? —pregunto de nuevo a la chica, pero sin dejar de

mirarlo a él.

El cretino me mantiene la mirada. Sólo puedo pensar en partirle la

cara.

—Te he dicho que no lo sé —responde enfadada cruzándose de

brazos.

De nuevo oigo pasos. Esta vez en el rellano. El corazón me martillea

con fuerza contra las costillas.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Stevens casi alzando la voz,

deteniéndose a unos pasos.

Ella tiene que saber dónde está.

—¿Dónde está, Maddie? —pregunto sin ninguna delicadeza

acercándome a ella.

—Creí que estaba contigo —responde tratando de sonar indiferente.

Joder, me está mintiendo en la cara y no se lo voy a consentir.

—Sabes perfectamente que no. Escúchame bien, porque no te lo voy a repetir. Dime dónde está.

—No lo sé.

No voy a volver a pasar por esto. No pienso dejar que vuelvan a esconderla como hicieron en los Hamptons. Tengo que hablar con ella.

Tengo que decirle que lo siento.

Vuelvo a llamar a Maddie. No lo coge.

—Joder —mascullo entre dientes.

Me paso las manos por el pelo y pienso un jodido segundo. Si los tres están aquí es porque ella está en un sitio que conoce y en el que se siente segura... si no, esta pandilla de imbéciles metomentodo nunca la habría dejado sola.

Ya sé donde está.

Salgo disparado sin decir una palabra. No pienso perder un solo segundo más. Me meto en el coche y acelero haciendo que el motor alemán ruja con fuerza. El East Village está sólo a un par de calles de aquí.

Dejo el coche mal aparcado junto a la acera y me bajo de un salto.

Estoy a unos pasos del portal cuando todos los recuerdos me sacuden. Me veo a mí mismo, metido en el coche, hace poco más de un mes, tratando de averiguar si Maddie estaba aquí, en el piso de Lauren. ¿Cómo he podido ser tan capullo de joderla otra vez? ¿Cómo pude pensar que me sentiría mejor estando en cualquier otro sitio que no fuera con ella?

Maddie es mi hogar.

Ella sólo quiere que la quiera y yo soy tan capullo que a veces le niego eso.

Resoplo y cierro los puños con fuerza. No voy a perderla. Es lo único que hace que mi vida valga la pena.

Subo las escaleras de prisa, pero ralentizo mis pasos a unos metros de la puerta. Otra vez necesito tomar aire, volver a tomar el control de la situación, y nada me había costado tanto. La quiero y pensar que está sufriendo por mi culpa me parte en dos.

Llamo una sola vez. Sé que está. Todo mi cuerpo lo sabe.

No abre, pero soy plenamente consciente de que está muy cerca de la puerta, dudando, y no la culpo. Nunca se lo he puesto fácil. Nunca se lo he puesto nada fácil.

—Maddie —la llamo—. Maddie, por favor, ábreme.

A los segundos, la chica más bonita de todo el maldito universo aparece delante de mí. La quiero, joder, nunca he tenido nada tan claro.

—Hola —susurro.

Sueno aliviado y lo estoy. Si le hubiese pasado algo, no me lo habría perdonado jamás.

Ella no me responde. Está enfadada y tiene motivos, pero no puede limitarse a no hablarme como si tuviera cinco puto años. Resoplo brusco.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Maddie asiente y, despacio, comienza a andar hacia el interior del apartamento. Yo quiero abalanzarme sobre ella, llevarla contra la pared y hacerle entender cuánto significa para mí de la única manera que sé. Ninguna chica, jamás, ha marcado la diferencia en mi vida, pero ella la ha llenado de luz.

Sin embargo, aprieto de nuevo los puños con rabia y controlo al león

y a mí. Sé lo que quiere oír, lo que es justo que oiga, y por primera vez en treinta y un años estoy dispuesto a decirlo.

Maddie se gira y me mira. Está triste y sobrepasada y yo me odio un poco más a mí mismo. Suspira con fuerza y, sin decir una palabra, se encamina hacia la puerta. Todo mi cuerpo se tensa. No puedo dejar que se marche. Necesito que entienda todo lo que pasó, cómo me sentí. Estaba hundido, demasiado dolido.

Díselo, Riley. ¡Reacciona de una puta vez!

La cojo del brazo y la obligo a detenerse.

—No te vayas —le pido.

Maddie se queda muy quieta, intentando no reaccionar de ningún modo, no romper a llorar.

Me estoy muriendo, joder.

Doy un paso hacia ella y su olor me inunda por completo. Es la cosa más dulce, sexy y preciosa que he visto. Alzo la mano libre dispuesto a colocarla en su cadera y atraerla hacia mí, a dejar que el león domine la situación, a besarla, a follármela, a demostrarle que la quiero... pero otra vez me contengo y, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, me freno a mí mismo y bajo la mano.

—Maddie.

La obligo a girarse lentamente y enmarco su cara entre mis manos.

—Lo siento —susurro mirándola directamente a los ojos—. Lo siento.

Ya no sé vivir sin tocarte.

—Ryan, no —musita intentando alejarse de mí.

—No quiero que te vayas.

Eres lo único bueno que tengo. Lo único que merece la pena.

—Me has hecho mucho daño —susurra conteniendo las lágrimas.

Soy un maldito hijo de puta.

—Lo sé.

Porque soy un imbécil que tiene demasiado miedo de pertenecerle a

alguien.

—¿Por qué tuviste que decir todas esas cosas?

—Estaba borracho y dolido.

Suspira hondo. Ahora mismo no sabe qué hacer ni qué decir.

—¿Te arrepientes de que forme parte de tu vida? —pregunta en un

hilo de voz.

¿Qué? ¿Cómo puede pensar eso?

Eres mi vida, Maddie. Eres mi mujer, la futura madre de mis hijos, la única chica a la que quiero mirar el resto de mis días. Todo lo que quiero.

Todo lo que necesito.

—No, claro que no. Eres lo mejor que me ha pasado. Ni siquiera te

merezco.

El alivio inunda cada centímetro de su cuerpo, pero no del mío.

—Ryan —susurra.

Ya no puede contener más lágrimas. Yo la miro y toda la rabia, el

desahucio y el dolor que llevo sintiendo desde que me levanté inundan mi

cuerpo y aprietan mis costillas con fuerza.

Lentamente levanto la mano y aún más despacio le enjugo las

lágrimas con el pulgar. Ella no dice nada y otra vez se queda muy quieta.

No soporto verla triste. Me inclino y la beso con ternura. Quiero que mis labios se lleven cada uno de sus sollozos.

—Siento lo de la foto —susurro—. Lo siento todo, pero, sobre todo, lo de la foto.

Sin dejar de llorar, reacciona y alza la cabeza y yo ya no puedo más y la beso con fuerza.

Mi padre tiene razón, voy a acabar destrozándole la vida, pero no puedo alejarme de Maddie. Ya no. De ella, no.

Sin embargo, ella niega suavemente con la cabeza y se separa alejándose unos pasos. Exhalo todo el aire de mis pulmones. No pienso permitir que todo termine así.

—Márchate —me pide con la voz entrecortada por las lágrimas pero tratando de sonar segura.

—No —respondo sin dudar.

La quiero. No pienso perderla.

—Ryan, por favor. Los dos sabemos que no te costaría más de cinco minutos convencerme de que te perdonase y tenerme debajo de ti otra vez, por eso quiero que te vayas. Quiero que te vayas y me dejes seguir enfadada, por favor.

Alza la cabeza y sus preciosos ojos verdes me dejan fulminado.

Ahora mismo es la chica más triste del mundo y yo nunca he tenido más claro el egoísta de mierda que soy.

—Me lo debes —sentencia.

Tiene razón, joder.

Resoplo con fuerza y me paso las dos manos por el pelo a la vez que

giro despacio sobre mis pies. Ella es lo único que me importa y ayer dejé que toda la rabia que siento por estos seis años pesara más, dejé que mis

padres, Miles Hannigan, lo perdido que me siento a veces, pesaran más.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón, saco el bote de calmantes y

lo dejo sobre la barra de la cocina.

Lo único que me importa es cuidarla.

La quiero.

Tiro de la puerta para cerrarla, pero, no sé por qué, en el último

instante me detengo. Maddie, pensando que ya me he marchado, rompe a

llorar desconsolada y todo lo que soy simplemente se desvanece. Ha sido

un puto mensaje del universo. Siempre he dicho que, si la hacía sufrir,

nunca me lo perdonaría. Ahora lo sé. Ahora lo tengo dolorosamente claro.

Me obligo a cerrar la puerta.

Bajo las escaleras sintiendo que me alejo de ella o, mejor dicho,

permitiendo que ella se aleje de mí. La simple idea me destruye de más

maneras de las que ni siquiera puedo entender.

Estoy a punto de llegar al portal cuando la enorme puerta de madera

se abre y entra Stevens con el paso acelerado seguido de Bentley. Me

alivia que esté aquí. No quiero que Maddie esté sola.

Stevens pasa junto a mí y, sin ni siquiera mirarme, enfila las escaleras

y las sube de prisa.

Bentley me observa un segundo y suspira largo y profundo.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando apenas nos separan unos pasos.

Lo miro, pero no contesto. No quiero hablar.

—Ryan —me llama cogiéndome por el brazo.

Yo resoplo con fuerza antes de girarme a regañadientes. No necesito

terapia. No necesito consejos. No necesito nada de toda esa mierda. Lo

único que necesito es lo único que no puedo tener.

—Sé lo que pasó —me dice esperando a que me anime a hablar.

—No, no lo sabes.

No tiene ni puta idea.

—Sí, sí lo sé.

Su mirada me da a entender que, en efecto, lo sabe, y la mía

automáticamente se recrudece. Espero que no se le ocurra darme la charla.

Sé que tiene motivos, pero no se lo pienso consentir. Por un momento me

pregunto cómo se ha enterado, pero no tardo en darme la respuesta.

—No se lo digas, Ryan. Sólo servirá para que sufra más —sentencia.

Pierdo mi vista al frente y dejo escapar todo el aire de mis pulmones con fuerza. Voy a perderla y nunca había sentido tanto miedo.



21

La boda siguió adelante. Ryan consiguió hacerse perdonar y desterrar

todas las dudas de Maddie con un precioso discurso a través de la puerta

del salón de invitados de la mansión Riley, incluso logró vencer las reticencias de Christopher y traerlo desde Santa Helena.

La boda es perfecta y, la *suite* principal del hotel Shangri-La con vistas privilegiadas de la torre Eiffel y todo París, lo es aún más.

Ha encendido la radio. *Revelry*, [7] de los Kings of Leon, suena muy suave.

Alzo la mirada y la veo sentada en la inmensa cama de nuestra

inmensa *suite* situada en el centro de París. Tiene una dulce y serena sonrisa en los labios y las

manos apoyadas en las impolutas y revueltas

sábanas blancas. Gira su preciosa cabecita y sus increíbles ojos verdes se

pierden en las vistas de la ciudad. Su melena indomable le cae por encima

del hombro. Lleva una de mis camisas blancas y ese color mezclado con

la suave luz que entra por los ventanales le da un aspecto aún más

angelical.

La quiero en mi vida. La quiero en mi vida todos los putos días.

Atraído por una fuerza mayor que la maldita gravedad, me acerco a

ella con el paso seguro de quien va a coger exactamente lo que quiere.

Maddie repara en mi presencia e inmediatamente su mirada dulce y

sumisa me observa de arriba abajo hasta dejar que la mía la atrape por

completo.

Me detengo frente a ella y por un momento dejo que toda su

excitación se entremezcle con la manera en la que mi cuerpo va

despertando el suyo. Suspira bajito y el león se levanta triunfal.

Alzo la mano y, despacio, le acaricio el labio inferior con el pulgar.

Maddie vuelve a suspirar. Continúo acariciándola lentamente. Primero su

barbilla, después su mentón. Mis dedos se pierden en su cuello y,

tomándola por sorpresa, aprieto y la obligo a alzar la cabeza. Ella vuelve

a gemir y mi polla despierta hecha de puro acero.

Me inclino con una lentitud casi agónica. Quiero que lo desee tanto

que le duela. Maddie entreabre los labios pidiéndome que la bese, pero eso

no va a ocurrir hasta que yo lo decida. Mi inclino un poco más, casi me saborea, y, cuando está a punto de cerrar los ojos, sonrío y me separo. El

deseo la sacude y vuelve a gemir.

Eso es, nena. El control lo tengo yo. Quiero que cada centímetro de tu

piel lo entienda.

—*Que veux-tu?*

He notado cómo me mira embelesada cada vez que hablo francés y

ésta es su recompensa.

Maddie me observa confusa, pero en seguida digiere mis palabras,

incluso las saborea.

Derretirse es su recompensa.

—A ti —responde por puro instinto. Ha entendido mi pregunta y me

ha dado la única respuesta que quiero escuchar.

La tumbo e inmediatamente mi cuerpo sigue al suyo. Me coloco a

horcajadas sobre ella, dejando que su cintura descanse entre mis rodillas.

Su cuerpo se agita. Está nerviosa, excitada, expectante. La sangre caliente

comienza a inundarlo todo. La deseo hasta volverme completamente loco.

Comienzo a acariciar despacio cada uno de los botones de mi camisa

sobre su piel. Me recreo en la manera en la que se mueve debajo de mí, tratando de prolongar las efímeras caricias de mis dedos y fracasando

estrepitosamente.

—*Impatient*. —Ella vuelve a mirarme confusa—. *Je t'aime. Je t'aime*

beaucoup.

Maddie gime con la mirada clavada en mi boca.

Llego al último botón y escondo mis dedos bajo la tela, justo en el

inicio de su vello púbico.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se pierde en un largo suspiro.

Aprovecho ese instante de debilidad y le abro la camisa de un tirón.

Los botones salen despedidos y resuenan por toda la habitación entremezclados con sus nuevos gemidos aún más intensos y mi arrogante y satisfecha sonrisa.

—*Ne bouge pas.*

Continúan las clases de francés.

Maddie se queda muy quieta. No ha entendido lo que le he dicho, pero sabe que no quiero que se mueva.

Me inclino y, sin darle oportunidad a relajarse, atrapo su pezón con mi boca y chupo con fuerza.

Pierde el control muy rápido y lo disfruto. Su respiración se acelera y sus gemidos cada vez más largos e irregulares se superponen.

Chupo. Lamo. Muerdo. Sus pezones se endurecen bajo el tacto de mi lengua. Su cuerpo se tensa. El mío arde… pero todavía no, todavía tiene que sufrir un poco más.

—Ryan… —pronuncia mi nombre con los ojos cerrados, inconexa, llena de placer.

Es lo mejor del maldito mundo.

Deslizo la mano de nuevo hacia el sur, hacia su placer infinito, hacia la perfecta idea de que vuelva a correrse entre mis dedos.

Está muy húmeda y todo mi cuerpo se hace hiperconsciente de ello.

Alzo la mirada y detengo mis dedos esperando a que abra los ojos.

— *Ça te plaît?*

—Sí —responde acelerada.

Yo la chisto suavemente con una media sonrisa dura y sexy a la vez que le doy un azote entre las piernas, exactamente donde tengo que darlo

para hacerla gemir.

Quieres aprender francés, nena, pues créeme que vas a hacerlo.

Maddie capta rápidamente el mensaje. Cierra los ojos y trata de recordar. El deseo se lo está poniendo realmente complicado.

— *Oui* —musita al fin.

Sonrío y deslizo dos dedos dentro de ella.

— *Bonne fille* —susurro.

Su cuerpo vibra suavemente.

Continúo besándola, acariciándola. Todo su cuerpo se tensa y se arquea entre mis manos…. es el momento perfecto.

Me levanto de golpe y me alejo unos pasos de la cama. Maddie abre los ojos aturdida y confusa y se incorpora a la vez que me busca con la mirada.

— *Ici* —le ordeno.

Esa única palabra sale clara, firme y arrogante de mis labios.

Ella me observa y se levanta despacio, hipnotizada por mi mirada.

Aún más lentamente, comienza a andar y yo me relamo pensando en todo lo que pienso hacerle.

Se detiene frente a mí y me mira a través de sus infinitas pestañas.

Ahora mismo está siendo toda sumisión, exactamente lo que quiero que sea.

Alzo la mano poco a poco y le acaricio la mejilla dulcemente antes de coger su cara entre mis manos y, a la vez que la beso con fuerza, estrellarnos contra la pared. No hay ni un gramo de suavidad en mi gesto.

No quiero tenerla y sé que ella tampoco quiere que la tenga. Voy a

follármela y va a ver el puto paraíso.

Me deslizo creando un reguero de saliva caliente y mordiscos hasta arrodillarme frente a ella. Deslizo dos dedos en su sexo y su suave

humedad nos recibe a ambos.

Gime.

Esto es sólo el principio, nena.

Paseo mi mano por su pierna hasta anclarla detrás de la rodilla y la

coloco sobre mi hombro a la vez que le doy un primer beso, largo,

profundo, torturador.

Hunde sus manos en mi pelo y tira cuando mis caricias se hacen más

profundas.

Su sabor es increíble, casi adictivo. Dejo que mi lengua se una al

ritmo implacable de mis dedos y obtengo gemidos más largos, más

desbocados, más calientes, como respuesta.

Podría pasarme la vida enterrado entre sus piernas.

Todo su cuerpo vuelve a tensarse y se arquea separándose en una

curva perfecta de la pared.

Giro mis dedos. Alargo mis besos. Grita.

Es jodidamente perfecta.

Se corre entre mis manos y mi boca, y yo sólo me separo de su

cuerpo para contemplar semejante espectáculo.

Dejo con cuidado su pierna en el suelo y me levanto triunfal a la vez

que saboreo los restos de su placer en mis labios.

Su cuerpo lánguido y extasiado descansa contra la pared esperando a

que su respiración se calme, pero no hay tiempo para eso.

Aún falta mucho tiempo para eso, nena.

La giro brusco y la pongo de cara a la pared al tiempo que me dejo caer, aún vestido, sobre ella. Mis brazos apoyados en el muro flanquean su cara y mi boca casi acaricia el lóbulo de su oreja.

— *Est-tu prêt à vraiment sentir?* —susurro con mi cálido aliento bañando su piel.

Maddie gime porque no puede hacer otra cosa. El placer vuelve a rendirla por completo.

Me desvisto rápidamente y, aún más rápido, más brusco, más duro, más todo, entro en ella. Mi cuerpo la aprisiona contra la pared mientras mis embestidas la sacuden una y otra vez. Una y otra vez. Sin descanso. Sin piedad. Sin nada que no sea follar de verdad.

—Ryan —gime.

No dejo que su espalda se arquee. Quiero que el placer la recorra y no escape de su cuerpo. Que todo se vuelva más intenso, implacable, demoledor.

—*L'as-tu sentie dure?*

Le regalo una embestida con el final de la pregunta. Una exactamente así, dura.

—*Grand?*

Salgo. Entro de nuevo. Joder, es una puta delicia.

—*Encore plus profond?*

Podría pasarme la maldita vida así.

Acelero el ritmo. Maddie mueve las caderas saliendo a mi encuentro.

Bajo una de mis manos hasta anclarme a sus caderas, me recoloco a su

espalda y la castigo de nuevo. Una tortura deliciosa que comienza cada vez que la miro y no termina nunca.

—¡Ryan! —grita.

Y su cuerpo perlado de sudor se desvanece en el placer más absoluto mientras no deja de mover las caderas ni una sola vez para salir a mi encuentro. Tiembla. Gime. Grita de nuevo. No me detengo. Aún puede recibir más placer y yo pienso dárselo.

Hago todavía más posesiva mi mano en su cadera. Nuestros cuerpos chocan una y otra vez. Grita. Roto las caderas. Clava su mano en la mía. La embisto más fuerte… Nena, esta locura sienta demasiado bien… y me corro con un grito incoherente lleno de placer.

Nuestras respiraciones aceleradas inundan toda la habitación. Maddie aún tiene los ojos cerrados y mi polla aún está dentro de ella. Me inclino suavemente y dejo que de nuevo sean mi boca sobre su mejilla y mi cálido aliento quienes la distraigan.

—*Tu es à moi, chérie.*

Sé que ha entendido cada letra.

Salgo de ella con cuidado. Se estremece entre mis brazos mientras la alzo del suelo y la llevo hasta la cama. La dejo entre las sábanas de diez mil hilos y le doy un dulce beso en los labios. Lucha por mantener los ojos abiertos. Tiene la piel sonrojada por el contacto de la mía, el pelo salvaje y desordenado.

Mi sueño hecho realidad.



22

Ryan y Maddie vuelven de su luna de miel en París. Maddie descubre que

está embarazada. Mientras busca el momento adecuado para contárselo a Ryan, las discusiones y los problemas se abren de nuevo camino en su recién estrenado matrimonio.

Álex Hannigan se presenta en Chelsea para contarle a Maddie que su padre está arruinado por unas malas inversiones y le pide que convenza a Ryan para que lo salve.

Sé de sobra por qué Álex Hannigan está aquí, lo que ha pasado con su padre y también que podría haber hecho una docena de cosas por ayudarlo en vez de ver cómo la Comisión de Valores rompía todos los acuerdos. Sé todo eso y me habría gustado dejar a Maddie al margen. Debí darme cuenta de que, con los Hannigan involucrados, eso sería imposible. ¿Por qué no pueden dejarla en paz?

El cavernícola que llevo dentro no para de gritarme que debería construir una preciosa torre y encerrarla dentro. Alejarla de cualquier cosa que pudiese hacerle daño. Eso incluye a los hermanitos Hannigan, a cualquier Hannigan en realidad.

Resoplo y me dejo caer sobre el sillón de mi estudio.

—Señor Riley —me llama Finn detenido en el umbral de la puerta.

Yo asiento para indicarle que hable, aunque ya sé qué va a decirme. El iPad que tiene entre las manos ha sido una gran pista.

—La señorita Parker está sentada en la entrada principal con la señorita Hannigan.

Me tiende la tableta, pero niego con la cabeza. No necesito verlo y tampoco quiero. Sé que este tema va a acabar costándome una discusión con ella, pero tiene que comprender que no puedo salvar a Miles

Hannigan. Miro a Finn apremiándole con una dura mirada para que se marche. Cuando estoy a solas de nuevo, resoplo a la vez que me paso las manos por el pelo. Automáticamente recuerdo la noche que mi padre me contó lo que había ocurrido entre ese gilipollas y mi madre.

Me levanto como un resorte y cabeceo tratando de obviar la sensación de pura rabia y resentimiento que me recorre ahora mismo. Ese imbécil tiene lo que se merece y Maddie tiene que entenderlo.

Vuelvo a mi mesa y comienzo a revisar la primera carpeta que encuentro. Quiero distraerme, pero no funciona. Estoy demasiado inquieto. Sólo quiero que Maddie vuelva, se acurruque en mi regazo y me diga que entiende la situación.

«Asúmelo, Riley. Eso no va a pasar.»

Lo tengo clarísimo.

Unos suaves golpecitos en mi puerta abierta me distraen. Es ella. Sólo necesito mirarla un segundo para darme cuenta de lo nerviosa que está. Yo aprieto la mandíbula con rabia. Sé lo que va a pedirme y no puedo dárselo.

—Los Hannigan lo han perdido todo —dice en un golpe de voz.

La observo imperturbable.

Me gustaría tanto poder darte lo que quieres, nena.

—El arbitraje internacional ha rechazado el acuerdo entre la empresa de Marisa y Miles Hannigan —le explico.

Quiero que le quede claro que yo no he tenido nada que ver.

—Pero tú puedes arreglarlo, ¿no?

Esas cinco palabras prácticamente han sido una súplica. Está asustada.

Y todo lo que me hace sentir consigue que, sin pensarlo, asienta despacio.

Sin embargo, no tardo en recordar todo lo que para mí está asociado al nombre de Miles Hannigan: engaño, traición. Casi pierdo a Maddie por su culpa. No voy a volver a pasar por eso.

—No voy a hacerlo, Maddie.

—Ryan —susurra.

No sabe cómo seguir. La conozco demasiado bien. Esta situación es demasiado complicada para ambos.

—Hazlo por mí. Nunca te he pedido nada, Ryan, así que hazlo por mí, por favor.

Su voz suena entrecortada y sus ojos se llenan de las lágrimas que no se está permitiendo llorar. La rabia se hace más intensa. No soporto verla así.

—Sé que estoy siendo muy egoísta. —Suena aún más triste, más desamparada—. Sé que ese hombre hizo daño a tu padre, pero, por favor, hazlo por mí.

No me pidas eso. No es justo, joder.

—Maddie —mascullo.

Me levanto de un salto a la vez que me paso las manos por el pelo. No puede pedirme que lo salve. Otra vez no, joder. El corazón me martillea violentamente contra las costillas y, sin quererlo, todo mi cuerpo se pone en guardia. No puede elegirlos a ellos otra vez.

—Miles Hannigan destrozó mi familia.

Maldita sea. Tiene que entenderlo.

—Puede que Miles no hiciera las cosas bien, pero su familia no tiene por qué pagar por eso.

—La mía lo ha hecho.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda controlarlas.

Maddie abre la boca dispuesta a preguntar, pero yo niego con la cabeza.

Lo que pasó fue un error. No pienso contárselo. Nunca.

—¿Tú has tenido algo que ver? —pregunta llena de cautela.

Tiene demasiado miedo de que la respuesta sea sí.

—No —contesto sin asomo de duda y el simple hecho de que lo piense me enfurece. ¿Aún no tiene claro que jamás le haría daño, joder?—. ¿Crees que no lo pensé? En cuanto salí de casa la noche que mi padre estuvo aquí, llamé a Lawson para decirle que lo cancelara todo. Quería ver cómo ese hijo de puta se hundía. No lo hice por ti —sentencio. Sé que ahora mismo se siente culpable. Mejor—, y ahora tú me pides que vuelva a salvarlo.

No sabe qué decir y, nerviosa, clava su mirada en sus propias manos.

De pronto me siento como un maldito gilipollas y una punzada de culpabilidad me atraviesa. ¿Por qué tengo que ser tan duro con ella? No se lo merece, joder.

—Por favor —suplica de nuevo.

Atrapo su mirada y resoplo brusco y fugaz a la vez que cabeceo. No puedo volver a pasar por esto. No quiero. Acaba de elegir a los Hannigan, otra vez.

—Tengo que irme —mascullo al tiempo que echo a andar hacia la puerta sin mirar atrás.

—Ryan.

Su voz me hace cerrar los ojos un segundo, maldiciendo mi canto de sirena. Mi nombre en sus labios es lo único contra lo que mi autocontrol no puede luchar. Sin embargo, me repongo rápido. Me siento igual de dolido que la noche que me emborraché.

—Maddie —replico girándome—, has tenido que elegir entre los Hannigan y yo, y no me has escogido a mí.

Y no te haces una idea de cuánto me duele.

—No —se apresura a responder, pero estoy seguro de que ni ella misma se ha creído del todo esa única palabra.

Yo no digo nada más y salgo del estudio.

—¿Adónde vas? —inquiere saliendo tras de mí.

Pero no la escucho y salgo del salón y también de casa. Me monto en el BMW y, a punto de arrancar el motor, me doy cuenta de que no tengo ni la más remota idea de adónde ir.

Resoplo con fuerza y echo la cabeza hacia atrás hasta chocarla brusco contra el asiento. Yo quiero a Maddie. La quiero más que a mi vida. Me marcho y, después, ¿qué? ¿Dejo que los Hannigan lo pierdan todo? Ella nunca me lo perdonaría. En mi estudio casi me lo ha suplicado. Maddie no tiene la culpa de lo que hizo ese gilipollas. La rabia se disipa y vuelve como un ciclón. Pero yo tampoco la tengo.

Odio decirle que no. Odio hacerla llorar. Pero esto no puedo hacerlo.

No puedo ayudar al hombre que destrozó a mi padre, a mí; el hombre que me hizo odiar tanto mi vida como para cometer el error que cometí.

¡Joder!

Arranco y con el motor rugiendo salgo del garaje. En apenas unos

minutos llego a la oficina. Pongo en marcha a la mitad de mis directores de departamento y unas tres horas después tenemos redactados y supervisados por la Comisión de Valores todos los acuerdos. Esta vez será el Riley Group y no la empresa de Marisa quien compre la deuda de Hannigan. Me aseguro de que no quede un solo cabo suelto y después saco a Spencer de la cama para que sea él quien hable con Hannigan. No pienso cruzar ni dos palabras con ese cabronazo.

Creo que todos respiran aliviados cuando doy el asunto por zanjado y les dejo que se vayan a dormir, a follar o a lo que tuviesen en mente hacer antes de recibir mi llamada a las once de la noche. He estado insoportable, soy consciente, pero también sé que les pago un sueldo que no se ganan, así que me importa bastante poco si el bastardo exigente, sé de sobra cómo me llaman esa pandilla de inútiles, hoy lo ha sido más que nunca.

Está amaneciendo cuando regreso a casa. Dejo el coche junto a la puerta principal y me bajo desganado. El gris, el rosa y el naranja luchan por dominar el cielo. He salvado a gente que ni siquiera me importaba y he dejado que otros se hundieran simplemente porque los negocios son así y la única forma de aprender es jugando. Sin embargo, esta noche todo ha sido demasiado complicado.

Miro la carpeta que llevo en la mano y resoplo con fuerza. No lo hundí hace semanas por ella. Hoy lo he salvado por ella. La rabia sigue siendo la misma. De pronto una verdad sorda, cruel y contundente llena mis pulmones y casi me impide respirar. ¿Y si lo que me enfurece no es hacerlo por ella? ¿Y si al final todo se reduce a que estoy demasiado asustado de pertenecerle a alguien? Exhalo brusco y me paso las manos

por el pelo hasta dejarlas en mi nuca.

Estoy muerto de miedo, joder.

Gana el gris.

Entro en el salón en el mismo instante que Maddie lo hace desde la terraza. Cuando nuestras miradas se encuentran, la suya llena de alivio me deja completamente fulminado. Estaba asustada. Seguro que ella también ha estado recordando la noche que me emborraché. ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? ¿Por qué no soy capaz de olvidarme de Hannigan, de mis padres?

Resoplo por enésima vez y salgo a su encuentro. La batalla interna regresa como en los primeros días que el deseo que sentía por Maddie me torturaba. Alzo la mano dispuesto a tocarla, a agárrala por la cadera y acercarla a mí, pero en el último momento todo pesa más, Miles Hannigan pesa más, mis padres pesan más, lo dolido, furioso, traicionado que me siento, pesa más.

Dejo la mano suspendida en el aire y acabo haciéndola caer junto a mi costado.

Nada en toda mi vida me había costado más.

Maddie susurra mi nombre y sus ojos se llenan de lágrimas.

—La bolsa abrirá en pocas horas —le informo frío, imperturbable, sin dejar que cómo me siento tenga el más mínimo eco en mi voz—. Entonces todos los acuerdos quedarán registrados y Miles Hannigan será indemnizado con el ochenta por ciento de lo que invirtió.

Asiente mientras lucha por contener las lágrimas. Esta situación la está matando, como a mí. Como si ya no pudiese contenerse más, da un

paso en mi dirección dispuesta a abrazarme, pero yo no puedo.

Sencillamente no puedo. La quiero más que a mi vida… pero no puedo.

—Maddie, ahora mismo no puedo estar contigo.

Me siento culpable, miserable, ruin, pero no soy capaz.

La esquivo y comienzo a andar. Estoy a punto de perder el maldito

control. Ni siquiera sé cómo alejarme de ella. Nunca he sabido.

Milagrosamente un pie sigue al otro y llego a mi estudio.

Una parte de mí no para de gritarme que soy un imbécil, que vuelva

con ella, que la abrace, que la consuele. Cabeceo y me saco el iPhone del bolsillo interior de la chaqueta. Llamo a Mackenzie. Es tardísimo. No me

importa. Necesito poner mi atención en otra cosa. Me confirma lo que ya

sé. Que todo está exactamente como quiero que esté.

Tras un par de minutos escuchando estupideces, cuelgo y dejo caer el

teléfono sobre mi escritorio. Vuelvo a pasarme la mano por el pelo. Sólo

quiero estar con ella.

Casi desesperado, me giro y la descubro bajo el umbral de mi puerta.

Nuestras miradas se encuentran, pero no permito que el gesto se alargue

más de un par de segundos y las desato tras negar con la cabeza.

Márchate, por favor, nena. No puedo alejarme de ti una vez más.

Maddie suspira hondo y, cuando creo que va a marcharse, camina

hasta mí y se coloca al otro lado de mi mesa. Frunzo el ceño y la miro desconcertado. Desde luego nunca dejará de sorprenderme lo testaruda

que puede llegar a ser.

—Ryan, yo te quiero —dice serena, sin asomo de duda, y esa

seguridad me fulmina una vez más—. Nunca, jamás, elegiría a los

Hannigan por encima de ti. Nunca elegiría a nadie por encima de ti y pensé que, después de seguir adelante con nuestra boda cuando mi padre estaba en contra, te lo había dejado claro.

Y lo había hecho; entonces, ¿por qué tengo tanto miedo, joder?

—No deben de ser más de las seis —añade—. La bolsa no abre hasta las nueve y media. Si es lo que quieres, rompe todos los acuerdos y deja que Miles Hannigan se hunda, pero, aunque creas que no, te conozco y no vas a sentirte mejor viendo cómo una familia entera lo pierde todo por las decisiones que tu madre tomó hace más de veinte años. Yo seguiré aquí, decidas lo que decidas.

Nadie me ha hecho sentir así. Nadie ha despertado en mí todo lo que ella despierta. Nadie me ha querido incondicionalmente. Nunca he querido así, incondicionalmente.

Asiente y se encamina hacia la puerta. No puedo dejar que se vaya.

Tengo miedo, pero, joder, tendré que echarle valor.

Salgo tras ella. La cojo de la muñeca, la obligo a girarse y rápidamente tomo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

—Haría cualquier cosa por ti —susurro contra su perfecta boca.

Te quiero, nena, y pienso demostrártelo de la mejor manera que sé.

Me despierta la alerta de un nuevo correo electrónico en mi móvil.

Abro los ojos y tomo aire con la mirada perdida en el techo.

Un día más.

Me levanto con cuidado de no despertar a Maddie y, teniendo en cuenta que está enredada a mi cuerpo, es una tarea bastante complicada.

Rescato mis pantalones del suelo y el teléfono del bolsillo trasero. El

correo es de Mackenzie. La bolsa ha abierto y los acuerdos están registrados. Hannigan se ha salvado. Suspiro con fuerza y, aunque es lo último que quiero, un sabor amargo se abre paso en mi garganta.

Sólo necesito mirarla un único segundo. Lo he hecho por ella. No quiero pensar en nada más. Dejo el móvil sobre la mesita, apoyo una mano en el cabecero y me inclino despacio sobre ella. En cuanto siento sus labios, me olvido del mundo. Maddie gime bajito, aún dormida, y alargo mi beso un poco más.

—Te quiero, nena —susurro sabiendo que no puede oírme.

He perdido la cuenta de cuántas veces me he permitido ser con ella, mientras dormía, como me gustaría serlo en realidad. Cuántas veces me he permitido besarla, simplemente apartarle el pelo de la cara con dulzura o decirle «te quiero». Una parte de mí, todo yo en realidad, sólo espera que ella sepa cómo me hace sentir.

Me doy una ducha y me preparo para la oficina. Poco menos de una hora después estoy en mi despacho. Soy consciente del murmullo que se ha levantado por lo de Miles Hannigan; no por el problema en sí, sino porque sacara de sus camas a unos cuantos directores de departamento. Los demás quieren saber qué ha pasado. Si pusieran tanto interés en trabajar como en los rumores, mi vida sería infinitamente más fácil. A pesar de todo, está siendo una mañana bastante tranquila.

—Señor Riley —me llama Tess por el intercomunicador digital—, tiene una llamada de su madre.

Alzo la mirada y resoplo. No quiero hablar con ella. Es mi madre y la

quiero, pero, desde que todo el asunto de Hannigan salió a la luz, no puedo verla de la misma forma.

—Dígale que estoy reunido —mascullo malhumorado al fin.

No lo pienso más. Precisamente hoy no es el mejor día para enfrentarme a eso.

Prácticamente en el mismo instante, la puerta se abre y entra mi hermano Spencer con el paso decidido.

—¿Qué quieres? —pregunto arisco en cuanto cierra la puerta.

—¿Qué tal unos buenos días y una de esas sonrisas *consiguebragas*?

—Que te den.

Mi hermano, como siempre, desoye todas mis muestras de cariño y se sienta en la silla al otro lado de mi escritorio. Es el castigo que me envía el universo por no haber querido cogerle el teléfono a mi madre.

—¿Qué tal está Maddie? —pregunta.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Por Dios, hermanito. Ni siquiera cuando las cosas salen bien relajas ese carácter de mierda —protesta malhumorado—. Bentley y yo estamos haciendo un fondo para que te vayas otra vez de luna de miel. Por lo menos las primeras horas después de que volvieras estabas suave como un gatito —sentencia con una impertinente sonrisa.

—Gilipollas —replico divertido mientras disimulo una vez más el mismo gesto en mis labios.

No pienso contarle nada a este capullo. Él y Bentley son dos niñas de instituto, les encanta husmear en la vida privada de los demás.

—¿Esta noche irás a Glen Cove?

Por un momento frunzo el ceño. ¿Por qué iba a ir a casa de mis padres esta noche? Pero inmediatamente recuerdo la cena que mi madre me obligó a aceptar y todos los regalos que Maddie compró en la *boutique* del hotel para ellos.

—Sí, supongo que sí —prácticamente refunfuño.

No me apetece lo más mínimo.

—Pues estaría bien que supieras que ya no es simplemente una cena familiar. Papá quería tratar algunos asuntos con Brenan Masterson y mamá ha aprovechado para invitar a algunos amigos.

Genial. Una cena de gilipollas ricos. Es lo último que necesito.

Me llevo las palmas de las manos a los ojos y me los froto con fuerza. No quiero tener que ir, joder.

—También irá Marisa Borow —sentencia Spencer.

—¿Qué? ¿Por qué? —me quejo—. Papá y Eric Borow ya no son amigos.

Spencer se encoge de hombros.

—Marisa llamó a papá para decirle que quería comentarle unos negocios que tiene entre manos, que valora mucho su opinión, blablablá…

Tú deberías saber mejor que nadie por qué quiere estar siempre revoloteando alrededor de papá.

Claro que lo sé, joder, pero ¿nunca va a rendirse? No tiene nada que hacer. Es obvio.

Resoplo y automáticamente tomo la decisión. No voy a ir. No pienso dejar que Maddie presencie cómo Marisa trata de coquetear unilateralmente buscando conmigo algo que jamás va a tener. No voy a hacerla pasar por esto.

—Pues tendrán que disculparnos a Maddie y a mí, porque no vamos a

ir.

Spencer asiente.

—Sabia decisión. Huye sin mirar atrás, tú que puedes. Ya se queda tu

hermano mayor, guapo y valiente, defendiendo el fuerte —me informa

ceremonioso a la vez que se recuesta sobre la silla como si no estuviese diciendo nada que no fuese la pura y más objetiva verdad.

—¿De dónde te sacas lo de guapo y valiente?

—Por Dios, lo primero es evidente —replica sin asomo de duda

señalándose con ambas manos de arriba abajo —, y lo segundo… más.

Soy tu hermano mayor. Siempre te defiendo.

Lo que tengo que oír, joder.

—Yo no necesito que me defiendan —argumento.

—Por favor, tienes *groupies* —casi grita indignado—. ¿Sabes lo poco

que falta para que una de esas locas hijas de papá del Upper East Side

intente clavarte un picahielos?

—Supongo que poco —contesto al borde de la risa.

—Esto —sentencia mostrando sus dedos pulgar e índice separados

apenas un centímetro—. Me necesitas de tu lado.

Es un auténtico cabronazo.

El día poco a poco se va complicando. Demasiadas reuniones,

asuntos que se descarrilan y, por si fuera poco, tengo que esquivar media

docena de llamadas de mis padres por la cena de esta noche. Sin embargo,

cuando llego a casa, presiento que la peor parte está por venir. No quiero

tener que explicarle a Maddie por qué no vamos. Eso es darle a Marisa una

importancia que no tiene.

Dejo la chaqueta sobre uno de los taburetes de la isla de la cocina, me aflojo la corbata azul oscuro y me desabrocho los primeros botones de mi camisa blanca. Giro sobre mis talones y de uno de los armaritos de la cocina saco la botella de Jack Daniel’s y un vaso. Lo lleno dos dedos y lo apoyo sobre el mármol. Me remango la camisa y por un momento pierdo mi vista en el líquido ambarino. Sólo vuelvo a la realidad cuando oigo sus pasos bajando cada peldaño de la escalera. Ya sé que estará preciosa.

—Hola —me saluda caminando hasta mí.

No digo nada y simplemente disfruto de la perfecta visión de mi mujercita cada vez más cerca de mí. He tomado la mejor decisión diciendo que no a esa fiesta. No quiero compartirla con nadie, joder.

—Parece que no has tenido un buen día —musita al otro lado de la isla de la cocina.

Dejo mi vaso despacio sobre el mármol y, todavía en silencio, rodeo la encimera hasta colocarme frente a ella. Sumerjo mi mano en su pelo y la beso lleno de brusquedad, de fuerza, dejando que todos los instintos que despierta dentro de mí tomen el control.

Maddie suspira y yo me vuelvo completamente loco.

—Nena —susurro y sé que es exactamente lo que ella quiere escuchar.

—Ryan —jadea—. Ryan —repite y su voz está a punto de evaporarse —. Ryan, tenemos que ir a cenar a casa de tus padres.

No. No tenemos que ir, joder. Déjame demostrarte lo bien que vamos a pasarlo quedándonos aquí.

—No tenemos que ir a ninguna parte —le aclaro.

La estrecho con más fuerza y Maddie vuelve a gemir.

—Sí, sí que tenemos.

Me empuja suavemente y, no sé cómo, consigue zafarse de mi abrazo.

Yo la miro con el ceño fruncido. ¿Adónde cree que va?

—Estás tratando de despistarme con el sexo —murmura con la

respiración entrecortada.

Yo me humedezco el labio inferior fugaz. Claro que la estoy

despistando. No quiero que piense. Sólo quiero que me deje tocarla y gima

entregada hasta que se corra. Me parece un gran plan.

Alzo la mano, la coloco en su cadera y tiro de ella hasta que nuestros

cuerpos chocan de nuevo.

Voy a tenerte muy entretenida, nena.

—No. Ahora te estoy despistando con lo guapo que soy —replico

lleno de arrogancia y sin ningún remordimiento—. Si te llevo a la cama, te follaré hasta que salga el sol y entonces te habré despistado con el sexo.

Ella sonríe y suspira nerviosa a la vez. La tengo exactamente donde

quiero.

—Ryan —trata de reprenderme, pero está claro que está encantada.

—¿Qué?

Déjate llevar, nena.

—Tenemos que ir a cenar —trata de convencerme. Fracasa

estrepitosamente.

—Yo no tengo que ir a ningún sitio —sentencio—. Tengo mi cena

justo delante.

Y pienso recrearme en cada plato.

Ya no quiero hablar más. El juego pasa al siguiente nivel. La beso con

fuerza y con un fluido movimiento la subo a la isla de la cocina, donde todo su cuerpo me dice que quiere estar. Coloco mis manos en sus rodillas

y, hambrientas de su piel, recorro sus piernas, sus costados, y las acabo sumergiendo en su pelo para acercar aún más su boca a la mía.

Su respiración se acelera. Me pierdo en la suave piel de su cuello. La

beso, la muerdo, la torturo disfrutando de su olor. Joder, su piel es

sencillamente increíble. Enrollo su coleta alrededor de mi puño y tiro de

ella con fuerza. Maddie gime, perdida en todo el placer que le estoy

provocando, y la polla se me pone dura de golpe.

—He encontrado una pulsera en tu escritorio —musita con los ojos

cerrados.

¡Joder!

Me paro en seco y automáticamente todo mi cuerpo se pone en

guardia. No necesito saber más para adivinar a qué maldita pulsera se

refiere. Alzo la mirada y la suya, nerviosa y llena de cautela, me está

esperando.

—Fue por casualidad —trata de explicarse—. Necesitaba cinta

adhesiva y la señora Aldrin me dijo que podría encontrarla en tu mesa.

Abrí el cajón y la vi.

La noche que me emborraché acude a mi mente. Nunca debí permitir

siquiera que entrara en casa, joder.

—¿De quién es la pulsera? —pregunta al fin.

—No tiene ninguna importancia.

Rodeo la isla de la cocina y recupero mi vaso de bourbon.

Maddie suspira cansada y se baja de la encimera. Sé que ahora mismo está buscando otra manera de abordar el tema.

—Si no la tiene, cuéntamelo.

No se amilana. Eso siempre lo he tenido claro.

—Maddie, déjalo estar. —Mi voz se endurece.

Quiero que entienda que es una advertencia. No quiero seguir hablando de esto.

El miedo vuelve y lo inunda todo.

Ella resopla furiosa y se cruza de brazos.

—Cuéntamelo —me pide.

—No —replico sin más.

Lo siento, nena, pero la respuesta siempre va a ser no.

Doy un nuevo trago y dejo el vaso sobre la encimera. No quiero seguir hablando y sé exactamente cómo conseguir que este tema se quede aquí. Alzo la mano despacio, consiguiendo que toda su atención se centre en mis dedos. Lentamente los llevo hasta mi boca y su mirada hipnotizada se centra en ella. Una media sonrisa se cuela en mis labios

Nena, ya eres mía.

—No, Ryan —murmura dando un paso hacia atrás en respuesta al que yo doy hacia delante.

—No, ¿qué? —pregunto presuntuoso.

Maddie abre la boca dispuesta a decir algo, pero acaba cerrándola nerviosa y sobrepasada.

Lucha contra esto todo lo que quieras, nena, vas a rendirte igual.

—No pienso dejar que te acerques si no me lo cuentas —me amenaza tratando de sonar segura.

—¿Me estás chantajeando?

¿Quiere jugar, señorita Parker?

Acabo de encontrarle el lado divertido a esta situación.

—He aprendido del mejor —replica.

Mi sonrisa se ensancha, pero también se vuelve más sexy y dura. No podría tener una alumna mejor.

—¿De quién es la pulsera? —inquiere de nuevo.

—Maddie, joder.

¿Por qué no puede dejarlo estar?

—Quiero saberlo —protesta exasperada.

—Y yo no quiero contártelo.

Nunca voy a hacerlo.

Un tenso silencio se apodera del ambiente.

—Me voy a casa de tus padres —sisea furiosa.

—Tú no vas a moverte de aquí —mascullo.

No estoy para juegos. No voy a permitir que se vaya a casa de mis padres y se sienta aún peor cuando vea a Marisa allí.

—Te he dicho que me voy a cenar a casa de tus padres.

—Y yo te he dicho que tengo mi cena delante.

—Ni se te ocurra.

Nena, no hay discusión.

Maddie me mira llena de rabia, pero sé que al mismo tiempo está

deseando tirarse a mis brazos, acabar con esta discusión y dejarse llevar a nuestra burbuja.

—No entiendo por qué no puedes contármelo. Sólo estás consiguiendo que me sienta increíblemente mal.

—Te estás sintiendo así porque tú quieres. Ya te he explicado que no tiene ninguna importancia. Ni siquiera recordaba que estaba ahí.

Lo estoy haciendo por ti, nena.

—Es de Marisa, ¿verdad?

Joder, no quiero seguir hablando de esto. A veces puede resultar tan frustrante... Estoy cuidando de ella, ¿es que no puede entenderlo?

—¿Se la compraste cuando estabais juntos y, cuando rompisteis, la tiraste en un cajón y no volviste a pensar en ella nunca más? ¿Así fue cómo pasó? —inquiere llena de rabia.

—Si lo tienes tan claro —contesto con la voz amenazadoramente suave—, no entiendo por qué tenemos que seguir hablando de esto.

Mejor que se quede con su propia versión. La verdad la partiría en pedazos.

—Porque necesito que confíes en mí —me suplica casi desesperada, dejándome totalmente fulminado.

—Confío en ti —sentencio.

Tiene que entenderlo de una maldita vez. Ella es una de las pocas personas en las que lo hago de verdad.

Maddie cabecea y se muerde el labio inferior con fuerza a la vez que clava su preciosa mirada verde en el suelo. Ahora mismo está cansada de todo esto, pero yo también lo estoy. Tiene que confiar en mí. Tiene que

entender que yo sólo quiero protegerla.

Finalmente coge su bolso, que abandonó sobre la isla de la cocina, y comienza a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —gruño.

—A casa de tus padres —afirma.

¡Joder!

Exhalo todo el aire de mis pulmones mientras la veo dirigirse hacia la puerta del salón.

—Finn —llama a mi chófer—. Finn.

Puede ser tan testaruda. Es jodidamente frustrante.

—No vas a ir —le advierto.

Estoy a punto de estallar.

—Puedo ir adonde quiera —replica insolente.

No vayas por ahí, nena.

—De eso nada —siseo.

Levanto la mirada y veo a Finn bajo el umbral. Maddie se gira hacia él, pero, antes de que pueda decir nada, capto toda la atención de mi chófer dando un paso al frente.

—No te necesitamos, Finn. Puedes retirarte.

Esta estupidez se acaba aquí.

—No, espera —le pide Maddie.

Finn se detiene confuso. Me humedezco el labio inferior y todo mi autocontrol sale de nuevo a relucir. Me está costando un mundo no cargarla sobre mi hombro y llevármela a la habitación para hacerle

entender las cosas de la mejor manera que sé. Ahora que lo pienso, ni siquiera sé por qué no lo he hecho ya. Desde luego, la tentación es grande.

—Tienes razón, nena —la interrumpo con una media sonrisa—. Puedes tomarte el resto de la noche libre, Finn.

Él asiente y se retira. Maddie me fulmina con la mirada.

—Eres un gilipollas —masculla.

Tuerzo el gesto fingidamente ofendido.

No estás descubriendo el fuego, nena.

—Te odio, Ryan —sisea.

No dice nada más, tampoco me lo deja decir a mí, y sale prácticamente corriendo al piso de arriba. Yo resoplo y me llevo las manos a las caderas mientras la veo alejarse. Odio esta situación, pero no pienso dejar que se presente en Glen Cove y mucho menos sola. Tardaría dos putos segundos en encontrarse con Marisa y tres en sentirse completamente fuera de lugar. Los amigos de mis padres en particular y los autodenominados alta sociedad en general no le llegan a Maddie ni a la suela de los zapatos, pero tienen la jodida habilidad de hacer sentir mal a quien menos lo merece. En eso, Marisa y, sobre todo, Savannah son dos jodidas expertas.

Mi cuerpo me pide a gritos que suba y haga las paces con ella, pero supongo que le debo un poco de tiempo. Resoplo de nuevo. Todo por la maldita pulsera. Tendría que haberla tirado. La guarde en aquel cajón por pura inercia. No significa lo más mínimo para mí. Sólo es basura.

Me paso las manos por el pelo y las dejo en mi nuca. Hago el ademán de dirigirme a las escaleras, pero finalmente tuerzo el paso y voy hasta mi

estudio, malhumorado.

«Déjala estar enfadada, Riley.»

No llevo en mi despacho más de veinte minutos cuando me rindo a la evidencia de que no quiero darle su espacio. Quiero que entienda que sólo quiero protegerla, que confíe en mí. Joder, ya puestos, quiero que me lo agradezca y que me deje meterla en mi cama mientras susurra «sí, señor».

Entro en el dormitorio y frunzo el ceño imperceptiblemente al no verla. La imaginaba en la cama llorando y llamándome bastardo unas dos veces por minuto. Me asomo al baño, pero tampoco hay nadie.

—¿Pero dónde coño…? —Dejo la frase a medias porque una idea cruza mi mente como un ciclón. Me niego a creer esa idea.

Regreso a la planta baja y camino acelerado hasta la puerta.

¡Finn! —lo llamo—. ¡Finn!

Aparece raudo por el pasillo de servicio y se reúne conmigo en lo alto de la escalera.

—¿Dónde está? —pregunto increíblemente malhumorado.

No necesito ser más conciso. La idea cada vez comienza a hacerse más clara; joder, ya es cristalina. ¡No puede ser verdad!

—La señorita Parker salió hace unos diez minutos.

Cierro los ojos despacio y trato de gestionar toda la rabia que me inunda ahora mismo.

¡Joder!

Fracaso estrepitosamente.

Me pongo la chaqueta, cojo las llaves del BMW y bajo lleno de rabia.

Pierdo la cuenta de cuántas veces hago rugir el motor alemán y también de

cuántos coches esquivo in extremis. Llego a Glen Cove en un tiempo récord.

Cuando la veo a punto de tomar el camino de piedra que lleva a la puerta principal de casa de mis padres, creo que no había estado tan furioso en toda mi vida. Es una cría testaruda, frustrante e inconsciente capaz de exasperar a cualquiera. ¿Cómo demonios ha llegado aquí?

—¿Qué coño haces aquí, Maddie? —rujo nada más poner los pies en la cuidada gravilla.

—Te dije que iba a venir a cenar a casa de tus padres.

Por Dios… ¡Va a volverme completamente loco!

—¿Cómo has llegado? —inquiero impasible, haciendo uso una vez más de todo mi autocontrol. También he perdido la cuenta de cuántas veces he tenido que hacer justamente eso desde que empezó esta puta discusión.

—No es asunto tuyo —replica impertinente.

—Maddie, contéstame.

No grito. No lo necesito. Es plenamente consciente de lo enfadado que estoy.

—Me ha traído James. Ha venido a Glen Cove a ver a sus padres.

Maldito gilipollas.

Ahogo una risa nerviosa en un bufido que no soy capaz de contener y pierdo mi vista en el camino. Lo único que he intentado es evitarle exactamente lo que va a ocurrir y ella no sólo no ha confiado en mí, sino que le ha pedido a uno de esos capullos, a cuyo padre he tenido que salvar

el culo para no decepcionarla, que la traiga hasta aquí. Pestañeo y tengo clarísimo que acabo de subir la arrogante coraza de Ryan Riley, director

ejecutivo, pero ahora mismo no me importa lo más mínimo. Ella se lo ha

ganado.

—Espero que lo pases verdaderamente bien en la cena —sentencio.

Sin esperar respuesta por su parte, comienzo a andar hacia la puerta

principal. Maddie me sigue a una distancia prudencial. Ahora mismo se

siente intimidada y estoy completamente seguro de que ya no le parece tan

buena idea estar aquí.

Cruzamos las enormes puertas y accedemos al vestíbulo. Una de las

chicas de servicio sale a recibirnos. Le retira el abrigo a Maddie y nos hace una seña para que la sigamos. Puedo notar lo confusa que está y por

un momento tengo la tentación de cogerla de la mano y sacarla de aquí.

Sin embargo, después recuerdo quién la ha traído y siento cómo mi

enfado se recrudece.

El salón está lleno de las mismas caras que siempre veo en este tipo

de fiestas: empresarios, algunos políticos y gente simplemente muy rica.

Muchos sólo son viejas glorias que ahora se dedican a exhibir a sus recién

adquiridas mujeres veinteañeras. El mejor ejemplo, el exgobernador del

Estado. Odio a esta gente y sé de sobra que mis padres también los odian.

No entiendo por qué no los mandan al diablo de una jodida vez.

Maddie empieza a darse cuenta del tipo de recepción en el que está.

De pronto se muerde el labio inferior y, nerviosa, mira su vestido. Está

preciosa, más guapa que todas las mujeres que hay aquí y, sin embargo,

ahora mismo debe de sentirse completamente fuera de lugar. Aprieto los

puños con rabia y me dirijo a la barra situada al fondo de la inmensa estancia. Pido un bourbon y con el primer trago nuestras miradas se encuentran. Ella tiene el valor de demostrarme en sus ojos verdes lo enfadada que aún está. ¡Es el puto colmo!

De pronto se oyen pasos y risas provenientes del pasillo que conduce al despacho de mi padre. Doy un nuevo trago malhumorado y centro mi mirada en Maddie. Sé de sobra quién va a aparecer y sé de sobra cómo va a hacerlo. Unos segundos después, mi padre sale en compañía de Stunnes, el director del departamento de Ingeniería Naval del Riley Group, y, tras ellos, Marisa, subida a unos altísimos tacones y con un carísimo vestido. Nada de eso me importaría lo más mínimo si no supiese que va a hacer sentir aún peor a Maddie.

Mira a Marisa y automáticamente me mira a mí. Furioso, alzo discretamente mi copa de Jack Daniel’s y la invito a brindar conmigo por haberse comportado como una cría una vez más. ¡Joder, ahora mismo estoy tan cabreado! Sólo quería protegerla. ¡Intenté evitarle precisamente esto, joder!

Marisa me observa absolutamente ensimismada y Maddie la observa a ella como si estuviera hechizada. La rabia sigue ahí, pero, poco a poco, va tiñéndose de culpabilidad.

Esto se acabó. Nos vamos a casa, joder, y no me va a importar cargarla sobre mi hombro si es preciso. No pienso alargar más esta agonía.

Sin embargo, antes de que pueda salir en su busca, Maddie gira sobre sus talones y sale disparada hacia la terraza. Sin dudarlo, la sigo, pero, cuando estoy a punto de

alcanzarla, ralentizo el paso. Se ha comportado

como una cría. Tiene que darme muchas explicaciones y, ahora que estamos solos y lejos de cualquier cosa que pueda hacerla sentir

mínimamente mal, es el momento perfecto para que lo haga.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunto saliendo a la terraza y

quedándome a unos pasos de ella.

No pienso ponérselo tan fácil.

—¿Algo como qué? —replica impertinente con la mirada perdida en

algún punto de los inmensos jardines.

—Qué tal «lo siento».

Se gira hecha una verdadera furia, pero no me inmuto. Tengo razón,

joder. Sólo quería evitar que se sintiese precisamente como se siente

ahora.

—¿Y por qué tendría que disculparme? —masculla furiosa.

—Yo quería evitarte esto, pero tú te has comportado como una

maldita cría, otra vez, y has hecho que el imbécil de Hannigan te trajera hasta aquí. —Sólo con imaginarlo, me lleno de rabia. Seguro que ese

gilipollas no tuvo ningún problema en recogerla en la puta puerta de mi

casa.

—¿Por qué no pudiste explicármelo, Ryan?

—Porque a veces, sencillamente, tienes que confiar en mí —rujo.

Tiene que hacerlo, joder. Yo sólo quiero protegerla. ¿Por qué no

puede entenderlo?

Mis palabras parecen habernos silenciado a los dos.

—Quiero irme a casa —gruñe al fin.

Todavía enfadada. No tiene ningún derecho a estarlo.

—Pues, ¿sabes? —replico presuntuoso —, creo que yo quiero

quedarme un poco más. Si me lo pides por favor, quizá me lo piense.

Resopla y la culpabilidad vuelve. Una parte de mí me grita que me

estoy comportando como un capullo; la otra, que ella se lo ha buscado, y

las dos quieren llevarla contra la pared y que me la folle hasta que no pueda respirar. ¡Es jodidamente frustrante!

—Por mí, perfecto. Vuelve dentro y deja que esa zorra te coma con

los ojos —casi grita.

¿A qué coño ha venido eso?

Maddie, furiosa como la he visto pocas veces en mi vida, sale

disparada hacia las escaleras. Salgo tras ella y la alcanzo justo antes de que

sus zapatos rojos toquen el primer peldaño.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —rujo obligándola a

detenerse.

—Tienes que dejar de tratarme como si fuera tu muñequita —contesta

otra vez a punto de gritar zafándose de mi mano—. Yo también cuento y

puedo tomar mis propias decisiones, y necesito saber que tú puedes ceder

y que no todo será un ordeno y mando.

¿A qué viene esta pataleta? No tiene ningún derecho a ponerse así.

—Contigo nunca es un ordeno y mando —mascullo arisco y

exasperado—. Tú nunca obedeces, joder.

—Eres un capullo —sisea.

—Puede ser, pero eso no contesta mi pregunta. —Le ocurre algo y

quiero saber el qué—. ¿Qué te pasa? —repito despacio, con mi voz más

amenazadoramente suave.

—No me pasa nada.

—Maddie, contéstame.

No vas a moverte de aquí hasta que me lo cuentes, nena.

Me mantiene la mirada. Está enfadada. La conozco demasiado bien como para no saberlo, pero también sé que hay algo más. ¿Qué le sucede?

De pronto me encuentro al límite de mi autocontrol pensando que me necesita y yo he sido tan gilipollas de no darme cuenta.

—¡Contéstame! —grito.

No quiero perderte otra vez.

—¡Estoy embarazada!

¿Qué?

No sé qué decir… qué hacer. Quiero preguntarle si está bien, si es feliz, si eso es lo que quiere; pero las preguntas se niegan a traspasar mi garganta. Estoy conmocionado. Estoy conmocionado y al mismo tiempo estoy feliz. Joder, ¡feliz!

Maddie se escapa de mi lado, baja las escaleras de prisa y, aún más, empieza atravesar el cuidado césped. Desde el interior de la casa comienzan a sonar los primeros acordes de *Emozioni*,[8] de Lucio Battisti.

Todo esto es una locura, pero es nuestra locura. Joder, es la mejor locura del mundo.

Sin dudarlo, salgo corriendo y cojo su muñeca. Su respiración se acelera. La obligo a girarse. Sonrío. La beso. Estoy besando a la madre de mi hijo. La sensación es jodidamente perfecta.

—Maddie —susurro.

Apoyo mi frente en la suya y nuestras sonrisas se entremezclen.

—Lo siento —musita—. Siento habértelo dicho así.

Ahora mismo no me importa nada que no seas tú, nena.

—No te disculpes, no me gusta, y mucho menos si lo haces por

haberme dicho que estás embarazada.

Con esa preciosa palabra, los dos volvemos a sonreír.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo, nena.

Ya no aguanto más. La cojo entre mis brazos y la levanto hasta que

ella rodea mi cintura. Estamos perfectamente acoplados. Ahora más que

nunca.

Voy a cuidar de ti, nena, de los dos.



23

Ryan y Maddie están muy ilusionados con ser padres. El embarazo de

Maddie es de riesgo, por lo que tendrá que cambiar algunas rutinas con

respecto al trabajo y a su alimentación. La doctora le deja claro que debe llevar una vida tranquila y alejarse de cualquier fuente de estrés.

Sin embargo, un par de días después, Maddie descubre que la noche

que Ryan se emborrachó se besó con Savannah. Las explicaciones que él

le da no le sirven. Se siente engañada y traicionada.

Maddie acaba perdiendo el bebé.

No se despierta. Me paso las manos por el pelo y resoplo tratando de

buscar un resquicio de esperanza o, por lo menos, de duda al que

agarrarme. No encuentro ninguno.

Maddie, no.

Miedo.

No, nena, no te duermas.

Sentí tanto miedo.

Está tumbada en la cama, rodeada de aparatos. La mayoría de ellos provocan algún bip, pero sólo cuando veo su débil cuerpo llenarse de aire consigo una mínima sensación de tranquilidad.

¿Qué le has hecho, Riley? ¿Así es como ibas a protegerla del mundo?

No te preocupes, nena.

Vuelvo a pasarme las manos por el pelo. ¿Qué le he hecho?

Apoyo los codos en mis rodillas entreabiertas y me echo hacia delante. Toda la rabia, el dolor, el amor, me golpean y me doy cuenta de que todas las veces que he sentido que mi vida se terminaba, que era demasiado a lo que tenía que renunciar, eran estupideces.

Mi bebé.

Incluso en ese momento ella fue fuerte y sólo pensó en proteger a nuestro bebé. Nuestro bebé… ya no está. Trago saliva y el sabor es amargo. Aprieto la mandíbula y clavo mis ojos vidriosos en el suelo mientras escondo una mano en la otra. Nunca me lo voy a perdonar y, si fuese Maddie, tampoco me perdonaría.

Mi bebé.

Exhalo el último átomo de oxígeno de mis pulmones. Habría sido una madre increíble, la mejor madre del mundo. El aluvión de lágrimas se hace más intenso, pero no derramo ninguna. Miro a Maddie y todo el dolor se intensifica.

Despiértate, nena, por favor. Necesito decirte cuánto lo siento.

Necesito que me dejes volver a cuidarte.

La puerta se abre y una enfermera de color entra con una bandeja de comida.

—Señor Riley, debería comer algo.

Ni siquiera le contesto. Sigo con la mirada fija en Maddie, en lo único que me importa en la vida.

No te preocupes, nena. Estamos muy cerca.

Todavía puedo sentir su cuerpo desvaneciéndose entre mis brazos, su sangre caliente empapando mi ropa.

—Señor Riley, lleva aquí más de veinticuatro horas y no ha probado bocado. Comer algo, darse una ducha y descansar le ayudarían.

Soy plenamente consciente de que lo dice, sobre todo, por mi ropa manchada de sangre, pero no pienso moverme de aquí.

La enfermera se marcha desanimada ante mi nula colaboración, pero deja la bandeja sobre una de las mesitas auxiliares por si cambio de opinión. Pierde el tiempo. No pienso comer. Sé que lo hace por mi bien, pero lo que yo he roto no se soluciona con comida y unas horas de sueño.

Maddie ha sufrido. Maddie va a sufrir cuando sepa que su bebé ya no está.

Va a destrozarla. Yo la he destrozado.

Soy un hijo de puta.

Dejo que las palmas de mis manos recojan mis sienes, pero es un consuelo que no me permito darme, no me lo merezco, y en seguida las deslizo por mi pelo hasta dejarlas en mi nuca.

Alzo la cabeza y en ese momento todo mi mundo vuelve a cobrar

sentido.

Está despierta.

Gracias a Dios.

Me mira con ojos cansados, aturdida por la medicación.

—Hola —susurro.

Me obligo a sonreír. Le debo ser fuerte por los dos, aunque no creo que haya conseguido convencerla ni por un solo segundo de que es un gesto auténtico.

¿El bebé está bien? —me pregunta.

Tranquila, nena, voy a llevarte al hospital.

Las palabras se niegan a abandonar mi garganta. ¿Por qué no pude cuidarla mejor? ¿Por qué tuve que sentir que mi vida se desmoronaba? ¿Por qué necesité recuperar el control? Control… Mi voz de la conciencia pronuncia cada letra de esa palabra con ira, sorna y burla.

«Eso es precisamente lo que perdiste, Riley.»

—Nena… —me obligo a decir.

Nuestro bebé ya no está. No soy capaz de pronunciar esas palabras.

No puedo. No quiero. Necesito que se esfumen, que desaparezcan.

Necesito desesperadamente que sean mentira.

En ese momento la puerta se abre y entra la doctora Sanders. Yo resoplo buscando el oxígeno que parezco haber perdido.

—¿Cómo se encuentra, Maddie?

—Doctora, ¿mi bebé está bien?

La doctora me observa un segundo e inmediatamente la mira a ella.

Sí, así de cobarde he sido.

—Maddie —comienza compasiva—, lo siento muchísimo. Ha sufrido un aborto espontáneo.

Maddie comienza a llorar. No hay un sollozo, ni un suspiro. Lo está haciendo en silencio, guardándose para ella todo el dolor mientras el mío se recrudece hasta multiplicarse por mil. Lo último que quería era hacerle daño.

—Como le expliqué —continúa la facultativa—, el suyo era un embarazo de riesgo y cualquiera de los factores que le describí pudo haberlo desencadenado.

Cualquiera de esos factores, no. La culpa es sólo mía.

—Lo positivo que podemos sacar de todo esto es que, a pesar de la complicada hemorragia que ha sufrido, no tendrá secuelas internas y, una vez que se recupere de la operación, podrá volver a quedarse embarazada.

Ella asiente.

—Gracias, doctora —se despide en un murmuro con la vista clavada al frente justo antes de cerrar los ojos.

—Descanse, Maddie. Vendré a verla en unas horas para darle el alta.

—Gracias —musito con la voz ronca.

La puerta se cierra y Maddie vuelve a abrir los ojos. Mi mirada espera la suya. Quiero consolarla, pero ni siquiera sé cómo. La culpa y el dolor lo están arrasando todo a su paso. Ella desliza la mano de su vientre hasta dejarla caer en la cama, como si con ese gesto me dijese que es consciente de que ya no hay nada que proteger. La quiero. La quiero y sólo puedo pensar que no se merecía esto. No se merecía sufrir así. Acaricio su mano. Una lágrima cae por su mejilla y en ese preciso instante aparta su

mano y su mirada.

No la culpo. Me lo merezco.

Me alejo unos pasos. Si necesita su espacio, lo menos que puedo hacer es dárselo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —inquiere con la vista aún perdida en el otro extremo de la habitación.

—Te traje ayer por la mañana antes de que amaneciera —susurro y, sin quererlo, mi voz suena ronca, triste—. Son casi las once de la mañana del jueves.

Asiente y las lágrimas vuelven a correr por sus mejillas en silencio.

Ninguno de los dos dice nada más.

La misma enfermera regresa con una bandeja de comida, esta vez para Maddie. Los dos insistimos en que debe comer, pero ella se niega. Yo quiero que coma, que se recupere, pero también entiendo que es en lo último en lo que piensa ahora mismo. No prueba bocado.

El sol deja de brillar. Está anocheciendo. Maddie no ha dicho una sola palabra más allá de un lacónico «no» cuando le he preguntado si tenía sed o frío, ya no recuerdo cuál era la pregunta. Me cuesta trabajo mirarla; la culpabilidad y el arrepentimiento se recrudecen cada vez que lo hago, y al mismo tiempo la echo tanto de menos.

Llaman a la puerta e inmediatamente se abre. En cuanto veo a Sean Hannigan aparecer, mi cuerpo se tensa. No quiero que esté aquí. No quiero que esté cerca de ella.

—Maddie —tampoco quiero que pronuncie su nombre—, he venido

en cuanto me he enterado de que estabas aquí.

—Hola, Sean.

Tras un estúpido «¿cómo te encuentras?», mira la carpeta que lleva entre las manos y nos explica que va a examinarla. La sangre me arde. No es su médico. No tiene que ponerle las manos encima para decirnos lo que ya sabemos. ¿Por qué coño no se larga de aquí?

—Si nos dejas solos, Ryan, empezaré el examen. No tardaremos mucho.

Lo fulmino con la mirada.

No pienso moverme de aquí, gilipollas.

—No te preocupes por mí, Sean. Me quedaré.

Me contengo por Maddie, no quiero alterarla ni tampoco que este imbécil piense que es una amenaza, pero no tengo ninguna intención de ser amable. Sólo quiero que se largue y nos deje en paz de una jodida vez.

—Suelo examinar a mis pacientes solo.

Ni en tus sueños.

—Estoy seguro de que podrás hacer una excepción —sentencio arrogante.

No necesito más. Estoy completamente seguro de que este gilipollas ha captado el mensaje. Efectivamente no tarda más de un par de segundos en asentir tratando de demostrarme lo furioso que está. No se hace una idea de hasta qué punto me importa una mierda cómo se sienta.

Tras las preguntas de rigor: «¿estás mareada?, ¿sientes náuseas?», retira con cuidado la fina colcha que la cubre y comienza a examinarla. La adrenalina corre más rápida y más caliente. Baja hasta su abdomen.

Maddie se queja por el dolor. Por Dios, quiero partirle la cara a este imbécil. Quítale las manos de encima ya.

—¿Te duele? —pregunta separando las manos.

¿Dónde le regalaron el título de medicina a este lince?

—Podríamos repetir las pruebas, pensar cuál es el tratamiento más adecuado, el más suave, que te reponga todos los niveles de vitaminas.

—Sólo quiero que este dolor se vaya, Sean —lo interrumpe Maddie apenas en un susurro.

Mi mirada llena de compasión se pierde inmediatamente en sus ojos verdes.

—Por favor, haz que se vaya, porque cada vez que me duele me recuerda que mi bebé ya no está.

La culpa se recrudece y en este momento me doy cuenta de que nada, nunca, jamás, dolerá igual.

Sean llama a una enfermera y ordena que le den un nuevo calmante a Maddie con el que se queda dormida prácticamente al instante.

—Tengo que marcharme —dice Sean revisando su busca. Es la segunda vez que suena.

Miro a Maddie. Ya está profundamente dormida.

—Gracias —murmuro.

El asiente y se marcha definitivamente.

Vuelvo a observar a Maddie. Había tanto dolor en sus ojos que creí que iba a volverme loco. Me acerco hasta su cama con el paso lento y despacio, suavemente, me siento en el borde del colchón. Alzo la mano y le aparto el pelo de la cara. Es preciosa. Lo más auténtico que tendré

nunca. Lo único que merece la pena. Dejo que mis dedos se pierdan en su pelo. Desearía poder dar marcha atrás, desearía volver al 8 de julio, a aquella huelga de metro, y simplemente mantenerme alejado de ella antes de conocerla, de besarla por primera vez. Mi vida seguiría siendo gris, pero ella sería feliz. Yo sólo quiero que sea feliz.

Resoplo de nuevo y, despacio, me inclino hasta besarla dulcemente en los labios, un leve roce.

—Nena —susurro, suplico—, renunciaría a conocerte sólo para que fueses feliz.

Mi voz se rompe. Como ella. Como yo.

Las horas pasan lentas. Maddie sigue durmiendo. La doctora Sanders regresa a la habitación y me informa de que ya se está tramitando su alta. Me da consejos sobre lo que debe comer, además de reiterarme que tiene que descansar lo máximo posible. Pienso ocuparme de que sea así. No volveré a la oficina hasta que esté totalmente recuperada, por mí puede salir ardiendo el maldito Riley Group.

Antes de marcharse, la doctora me dice que lo que ha sucedido no es culpa de nadie, que a veces simplemente estas cosas tan horribles pasan. Cada palabra me taladra y me deja sin respiración un poco más. Yo podría haberlo evitado.

—Finn —murmuro en cuanto descuelga al otro lado.

No quiero despertarla.

—Dígame, señor.

—Compra ropa para Maddie. Algo cómodo y un par de zapatillas.

También una camiseta para mí.

Prefiero que la compre y no que la traiga de casa. Quizá Maddie no quiera volver a ver la ropa con la que salió del hospital o, lo que es aún peor, no quiero que la guarde y cada vez que la vea lo recuerde. Lo mejor es tirarla en cuanto se desvista y no quiero tener que hacerlo con uno de sus vestidos. No quiero que pierda nada más.

—Por supuesto, señor.

—¿La puerta está arreglada?

—Sí, señor.

—¿Y el coche?

—También, señor.

Asiento. No quiero que Maddie tenga que enfrentarse a nada que le haga recordar mínimamente esta situación. Mi mirada se vuelve vidriosa una vez más y la pierdo en la pared a unos pasos de mí.

¡Finn! ¡Finn! ¡El coche ya!

Resoplo y apoyo la mano en la pared dejando caer suavemente mi cuerpo, sin despegarme del teléfono, como si fuese mi ancla a la realidad.

—Señor Riley —me llama—, ¿cómo está la señora Riley?

Mi respiración se acelera. El dolor se hace insoportable. Casi no me deja respirar.

No derramo una sola lágrima, porque no me lo merezco. El dolor se queda conmigo, comiéndome por dentro.

—Necesito que estés aquí en menos de una hora —susurro ignorando su pregunta, haciendo un esfuerzo titánico por volver a ponerme la coraza de Ryan Riley, director ejecutivo.

Hoy más que nunca necesito llevarla.

Cuelgo y giro sobre mis pasos. La observo un segundo. Puedo recordarla perfectamente en mi oficina ofreciéndome Skittles y chocolatinas Hershey's, sonriéndome, haciéndome feliz sin ni siquiera saberlo. Recuerdo su expresión cuando vio la torre Eiffel por primera vez, cuando la contempló iluminarse, cuando me dijo que estaba embarazada.

Cierro los puños con rabia y me obligo a seguir mirándola. Su padre tenía razón. El mío tenía razón.

«Puedes estar muy orgulloso, Riley, maldito hijo de puta.»

No mucho después, Maddie se despierta y, en silencio, esperamos a que la doctora Sanders llegue con el alta. Echo de menos su voz.

La médico está saliendo de la habitación seguida de la enfermera que ha venido a quitarle el gotero a Maddie cuando llega Finn. Me acerco hasta la puerta y cojo las dos bolsas de papel negras de la tienda Converse que me tiende.

Al regresar a la habitación, Maddie está sentada en la cama. Tiene una mueca de dolor dibujada en el rostro. Quiero que me deje cuidarla. Necesito que me deje cuidarla.

—Finn ha traído algo de ropa —comento rebuscando en las bolsas—. La tuya estaba llena de sangre.

La última palabra se evapora en mi garganta. Sangre, dolor, ausencia, arrepentimiento… control. Nunca había odiado tanto esas palabras.

Resoplo y me concentro en lo que mis manos hacen. Saco la ropa con

cuidado. Un pantalón de chándal oscuro y una camiseta y una sudadera en tonos grises. También un conjunto de ropa interior blanco. Lo dejo todo sobre la cama y me coloco frente a ella. Alzo las manos despacio, dejándole claro lo que voy a hacer. Le quito el pijama de hospital con mucho cuidado y se queda desnuda frente a mí. Su cuerpo me parece más delgado. Sé que es una estupidez, que no había ganado peso y que, de haberlo hecho, no podría haberlo perdido tan rápido, pero su instinto de conservación ha desaparecido por completo.

Le pongo las bragas blancas y el pantalón y, obviando el sujetador, la visto con la camiseta. Quiero cubrirla cuanto antes. Ahora mismo es algo tan frágil, algo que podría romperse en cualquier momento.

Voy a cuidarte, nena. Voy a quererte. Voy a dejar que tú me quieras a mí.

Me siento como cuando tiré abajo esa puerta. Está tan indefensa.

Me arrodillo frente a ella y le anudo las Converse blancas. Después la sudadera. Ella estira los brazos facilitándome la tarea y, cuando tiro de la prenda y su cabeza aparece al otro lado, sus ojos verdes me roban la respiración. Es mi chica y la quiero más que a mi vida.

—Espera un segundo —le pido.

Vuelvo a la silla. Me deshago de mi camiseta manchada y me pongo una limpia.

—¿Puedes caminar? —inquiero regresando a su lado.

Maddie asiente y, sin dejar que la ayude, se baja de la camilla. Yo aprieto los labios en una fina línea, pero no digo nada.

La observo acomodarse en el Audi, contemplar la tapicería siendo

perfectamente consciente de que es nueva. Otra vez tengo que obligarme a mantener la mirada mientras ella se contiene para no llorar. No se merece todo lo que está sufriendo.

Finn arranca y salta la radio. Suena *Glacier*, [9] de James Vincent McMorrow. No sé si es la canción más triste del mundo o a mí me lo parece. En cualquier caso, quiero destrozar la maldita radio del coche a patadas. Maddie cierra los ojos y se encierra en su propia burbuja. No vuelve a abrirlos hasta que llegamos a Chelsea.

Sale con dificultad, camina apenas unos metros y se detiene frente a las escaleras. Le pedí a Finn que aparcara en la entrada principal para que no tuviera que caminar tanto, pero ahora parece mirar las escaleras como si tuviese que escalar una montaña de diez mil metros.

—¿Quieres que te lleve? —pregunto deteniéndome a su espalda.

Déjame cuidar de ti, nena.

—Puedo sola —responde.

Otra vez tengo que contenerme para no tomarla en brazos ignorando todas sus reticencias. Sube el primer escalón y con un gran esfuerzo los seis que le siguen. No sé si me está castigando. No la culparía si lo hiciera, pero no soporto verla así.

Caminamos pausadamente por el vestíbulo hasta que Maddie se para en seco frente a las nuevas escaleras, con casi el doble de peldaños que las anteriores. Algo me dice que no las ha recordado hasta que las ha visto.

—Maddie, puedo llevarte —le recuerdo una vez más.

—Puedo sola —repite terca tras negar con la cabeza.

Comienza a subir y se detiene exhausta cuando no lleva más de tres

escalones. Se acabó. La alcanzo con dos zancadas y la cojo en brazos con cuidado. Ella abre la boca dispuesta a protestar, pero yo la interrumpo comenzando a subir.

—Ya lo sé —le digo—, puedes sola.

Por eso te quiero, nena. He aprendido que eres mucho más fuerte de lo que pareces.

La llevo hasta la habitación y, despacio, la dejo sobre la cama. Ella se tumba y rápidamente se tapa con la colcha prácticamente hasta la barbilla.

¡Maddie!

Está absolutamente indefensa otra vez, triste otra vez, dolida, decepcionada, destrozada otra vez y es mi culpa otra jodida vez.

Quiero decirle que lo siento, pero no será suficiente y yo no me merezco sentirme mejor.

—Descansa —susurro, y salgo de la habitación.

Bajo al salón concentrado en prepararle algo de comer. No dejo que mi mente se disperse en ninguna otra idea. No quiero pensar. No quiero recordar. Sólo quiero asegurarme de que coma, de que duerma. Sólo quiero cuidar de ella.

Pelo y corto algo de fruta y tuesto dos rebanadas de pan blanco. Saco una botella de San Pellegrino sin gas y lleno un vaso grande de cristal.

También puedo hacerle un vaso de zumo, quizá unas tortitas, o pedirle a la señora Aldrin que preparare *macaroons*. Sé cuánto le gustan. En París los comía todos los días.

Cierro los ojos y me freno en seco física y mentalmente. No puedo permitirme perderme en cada recuerdo de París, porque sé perfectamente

lo que vendrá después.

Prepararle el desayuno a Maddie. Tengo que concentrarme en eso.

Subo y, al entrar en la habitación, me aseguro de que mi paso sea seguro. Tengo que ser fuerte por ella.

—Maddie, necesitas comer algo.

Ella no dice nada. Ni siquiera me mira. Yo dejo la bandeja con cuidado sobre la mesita y abro el bote de calmantes. Dejo dos junto al vaso de agua y me guardo el bote en el bolsillo de los pantalones. No sé por qué lo hago.

Maddie se toma las pastillas, se tumba de nuevo y, tapada hasta las orejas, me da la espalda. Está a punto de romper a llorar. No necesito mirarla a los ojos para saberlo.

Yo alzo la mano dispuesto a acariciarla, pero en el último segundo dejo caer mi mano junto a mi costado. No es lo que ella necesita. Exhalo controlado todo el aire de mis pulmones y me obligo a salir de la habitación.

«Déjala en paz, Riley. Se lo debes.»

Sólo quería hacerla feliz y he acabado jodiéndola. Ni siquiera la he dejado quererme. Maddie sólo necesitaba que yo nos dejara querernos, que hablara con ella. Resoplo y me dejo caer en el último peldaño de las escaleras.

Ahora mismo me siento derrotado.

Oigo ruidos en el piso de abajo y poco después unos pasos rotundos subir las escaleras. Spencer entra en el salón decidido, con la expresión

desencajada.

—Ryan —murmura y camina hasta mí.

Yo me levanto de un salto. No necesito que nadie me vea hundido.

Sólo quiero estar con ella.

—Ryan, ¿cómo estás?

—Estoy bien —respondo mecánico y hasta cierto punto displicente.

No quiero hablar. No quiero que nadie me diga que esto pasará. No quiero que me consuelen.

—Ryan, por Dios, ¿qué es lo que ha pasado?

No contesto.

—La señora Aldrin llamó a mamá —se apresura a explicarme sabiendo perfectamente que, por mucho que espere, no voy a decir una palabra—. Está muy preocupada. Todos lo estamos.

—Spencer, márchate —le pido alejándome de él y dirigiéndome a la isla de la cocina.

Hoy más que nunca necesito un bourbon.

—Ryan, es obvio que no estás bien —continúa con cierto grado de desesperación e impaciencia—. Es imposible que lo estés.

Finjo no escucharlo mientras me sirvo un Jack Daniel’s y me lo bebo de un trago.

—Ryan.

—Vete a casa, Spencer —lo interrumpo.

Esta conversación se acaba aquí.

—No —responde lacónico y automáticamente mi mirada se recrudece —. Deja de comportarte como un gilipollas, Ryan. Necesitas

hablar. Acabas de perder a tu bebé y casi pierdes también a Maddie. ¿Has dormido algo? —Spencer calla un segundo como si hubiese caído en la cuenta de algo mucho peor—. Por Dios, ¿has comido algo en estos dos días?

Lo miro pero no me molesto en contestarle. Lo que duerma o lo que coma no es asunto suyo.

—Márchate —repito alejándome de la cocina—. Tengo que subir con Maddie.

—Ryan, lo que ha pasado no es culpa tuya.

Sus palabras me detienen una milésima de segundo y en esa pequeña porción de tiempo me destrozan un poco más. Sí que es culpa mía. Todo es culpa mía. Y nunca me lo voy a poder perdonar.

Al fin logro reaccionar y alcanzo las escaleras.

—Márchate.

Mi voz se pierde en la furia y en el dolor que siento.

—Ryan —me llama.

No lo escucho. No me detengo.

Spencer sale en mi busca.

—Ryan —vuelve a llamarme a la vez que me coge del brazo y me obliga a girarme.

Yo me sorprendo por el contacto y me zafo rápidamente de su mano.

¿Qué coño está haciendo?

—Márchate, joder.

Estoy demasiado furioso.

—No es culpa tuya.

Aprieto los puños con rabia. No quiero volver a escuchar esas palabras.

—Spencer, por Dios santo...

La ira y el dolor lo ciegan todo.

—No es culpa tuya —me interrumpe.

—¡Sí es culpa mía! —lo interrumpo a mi vez en un grito.

Spencer se queda mirándome muy quieto. Mi respiración se acelera. Mi mirada se vuelve vidriosa. ¡Todo es culpa mía!

—Ryan —susurra.

Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás a la vez que niego con la cabeza. Sé lo que piensa hacer y no quiero que lo haga.

Spencer me agarra por los hombros, hace el intento de llevarme hasta él, pero me zafo. Él no se rinde. Tira de mí. Forcejeamos. Su corpulencia gana y consigue abrazarme. Me resisto. No quiero. No me lo merezco. ¡No me lo merezco! Pero de pronto mi cuerpo deja de luchar y todo lo que llevo sintiendo desde que la vi llena de sangre en la cama del cuarto de invitados, desde que descubrió la foto del periódico, desde que la conocí, me oprime las costillas y vuelve a cortarme la respiración. La quiero y necesito que me perdone, que se quede conmigo.

Involuntariamente una lágrima cae por mi mejilla.

Resoplo y aprieto la mandíbula con fuerza. Empujo a Spencer hasta que me suelta y subo las escaleras. Mi hermano no lo entiende. Yo soy el único culpable.

—Márchate —repito por última vez antes de perderme en la planta de

arriba.

Tengo demasiado miedo de haber perdido también a Maddie.

Entro en la habitación e inmediatamente la busco con mi mirada.

Sigue dormida, hecha un ovillo en su lado de la cama. Está asustada. Está durmiendo y está asustada. El ruido de la puerta principal me saca de mi

ensoñación y me frena a un paso de ella.

«¿Qué coño estás haciendo, Riley?»

Me paso las manos por el pelo y al bajar los dedos distingo

perfectamente los rastros de sangre. Debo tener el pelo manchado. Lo

mejor será que me duche. No quiero que mi pelo manchado sea lo

primero que vea Maddie cuando abra los ojos.

Apenas tardo un par de minutos. Regreso a la habitación con una

toalla a la cintura y secándome el pelo con una más pequeña. Lo hago

rápido, mecánico, y aún más de prisa me pongo el primer pijama que saco

de la cómoda.

El dolor vuelve y me golpea demasiado fuerte.

Apoyo las dos manos en el mueble y me inclino ligeramente hacia

delante.

Me siento tan solo.

Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. Doy un paso, después

otro y otro y vuelvo a salir del abismo. Tiro las toallas sin ningún cuidado

al suelo del baño y apago la luz de un brusco manotazo.

Me tumbo con cuidado en mi lado de la cama. Maddie sigue dormida.

Suspiro con fuerza y con cuidado deslizo mis brazos alrededor de su

cintura.

Su calidez me calma un solo segundo. Una sensación demasiado efímera que se me escapa entre los dedos antes de que pueda atraparla. De pronto todo gira trescientos sesenta grados y me siento como cuando la levantaba de la cama ensangrentada.

¡Maddie!

La estrecho contra mi cuerpo. La echo demasiado de menos. La necesito. La quiero… Y la estoy perdiendo.

—Lo siento, nena, lo siento tanto.

Perdóname, por favor.



24

Maddie se marcha de casa de Ryan. Sólo se lleva lo que le cabe en una mochila y en un par de bolsas de supermercado. «Ya no quiero estar contigo» ha sido lo último que le ha dicho a Ryan antes de irse de Chelsea.

Ha sido demasiado duro para los dos.

Cuando James se entera de todo lo que ha ocurrido, se presenta en casa de Ryan para pedirle explicaciones. Sin embargo, al final se enfrenta con Bentley, quien, en teoría, se mete en la discusión para defender a su amigo, aunque, tratándose de Bentley y James, acaban peleándose por Lauren.

Cierro el trapo de cocina y los hielos tintinean cuando lo levanto.

Camino hasta mi sofá de veinticinco mil dólares y le tiendo mi mano derecha con el trapo a Bentley. Él farfulla algo parecido a una protesta y lo agarra malhumorado. La izquierda, con el vaso de bourbon, la recibe mucho mejor. Yo giro sobre mis pies, vuelvo a la isla de la cocina y cojo

mi vaso de Jack Daniel’s.

—No tendrías que haberte peleado con ese gilipollas —digo regresando al sofá y dejándome caer junto a mi magullado amigo.

—Lo he hecho por defenderte, capullo —replica molesto.

Pongo los ojos en blanco y doy un trago.

—No parecía que necesitaras mucho para partirle la cara a James Hannigan.

—Es un gilipollas.

—Eso ya lo he dicho yo —me quejo.

Un absoluto gilipollas. Aún no me puedo creer cómo me he contenido para no partirle la cara cuando me ha dicho que me aleje de Maddie. Nadie me dice lo que tengo que hacer, pero, si quien lo hace es un Hannigan y, en concreto ese gilipollas entrometido, tiene que ser una puta broma. La única razón por la que no lo he mandado a un hospital ha sido Maddie. Ya ha sufrido suficiente. No quería que se sintiese culpable cuando viese a ese imbécil lleno de magulladuras y con la nariz rota. Con lo que no contaba era con que Bentley, por lo que sea que se trae o no se trae con Stevens, acabaría peleándose por mí.

—¿Cómo es posible que tú no le hayas partido la cara?

Resoplo y doy un nuevo trago de bourbon. No quiero responder a esa pregunta. Finalmente opto por encogerme de hombros. Si le vale, bien; si no, también.

Bentley bufa indignado.

—Da igual quién de los dos lo haya hecho, se lo merecía —sentencia.

Dudo que Maddie piense lo mismo. Doy otro trago de bourbon. Es

más que probable que Hannigan ya haya llegado a su apartamento y ella lo haya visto.

—¿Te duele? —pregunto socarrón dándole con el culo del vaso en la ceja rota.

Bentley se aparta de golpe y me fulmina con la mirada. Yo tuerzo el gesto. Fastidiarlo siempre me ha parecido divertido. Ahora no tiene ningún efecto.

—Y a ti, ¿te duele?

Mi expresión cambia por completo. No quiero hablar. Maddie no está. No va a volver.

De pronto ni siquiera puedo respirar.

—¿Estás bien para volver a casa? —pregunto—. Finn puede llevarte.

Bentley me observa un segundo. Creo que trata de calibrar mi mirada con la suya, pero no tiene nada que ver ni nada que buscar. Ya no hay nada que buscar.

Aparto la vista, apuro mi bourbon de un trago y regreso a la isla de la cocina para servirme otro.

Bentley continúa observándome hasta que, magullado, se levanta y da un paso hacia mí.

—Ryan —me llama lleno de empatía.

—Adiós, Bentley.

Ya sé lo que va a decirme y no quiero escucharlo. Ahora no.

Subo a mi habitación y desde allí oigo la puerta principal. Todo se ve vacío, como si fuesen sus cosas en esta habitación las que diesen la luz y,

ahora que la mayoría de ellas ya no está, poco a poco la oscuridad más

densa fuera tomándolo todo.

Entro en el vestidor. Casi todos sus vestidos siguen aquí. Alzo la

mano y la pierdo entre la tela inundada de florecitas. La echo de menos, joder.

Me obligo a salir del vestidor y de nuevo en la habitación siento

atravesarme la misma agonía. No sé por qué lo hago, no sé por qué me

torturo, pero, antes de que la idea cristalice en mi mente, estoy abriendo los cajones de la cómoda. Ya sé lo que hay dentro, pero el dolor es el mismo.

Al abrir el cuarto cajón, frunzo el ceño, pero mi mente perversa en

seguida me recuerda el contexto exacto de cada uno de los dos objetos que encuentro: la postal de *El beso,* de Doisneau, y el disco de Vanessa Paradis.

¿Los ha dejado aquí para castigarme?

Cierro el cajón con rabia.

Los ha dejado aquí porque no quiere nada que le recuerde a mí. Me

paso las manos por el pelo y salgo de la habitación como una exhalación.

¿Cómo pude joderla así? ¿Cómo pude hacerle tanto daño? Las

preguntas se suceden en mi mente cada vez más rápidas, cada vez más

frías, hasta enmarañarlo todo.

Voy hasta la cocina. Necesito bourbon, necesito poder olvidarme de

todo, pero, apenas estoy a un paso de la isla, cuando veo los calmantes de

Maddie.

Los miro como si ver el pequeño bote naranja significara verla a ella.

Sin dudarlo los cojo y sin dudarlo bajo las escaleras. Atrapo las llaves del

BMW prácticamente al vuelo y voy con el paso acelerado hasta el garaje.

En mitad de la 10 Oeste, delante del edificio de Maddie, no puedo evitar pensar, tratar de poner un poco de perspectiva, aunque sea por primera vez

desde que esta locura empezó. Quiero verla. Quiero tocarla. Pero también por primera vez quiero preguntarme si es lo correcto. Todo esto me ha enseñado que Maddie ha sufrido porque yo no he sabido comportarme como un hombre, y eso se acabó.

Resoplo y me bajo del vehículo con las ideas más claras que nunca.

—¿Qué?

Es Stevens. Mucho mejor.

—No llames a Maddie —le advierto con la voz endurecida. No he olvidado cómo me habló esta mañana.

Ella entorna la mirada. Está claro que yo tampoco le caigo nada bien ahora mismo.

—¿Qué? —repite aún más hostil.

—Ha olvidado los calmantes —mascullo—. Tiene que tomarse dos cada doce horas.

—Eres un gilipollas —me reta quitándome el bote de la mano.

—¿Y tú podrías hacer lo que se te dice por una jodida vez?

Stevens me hace un mohín y se dispone a cerrar la puerta, pero yo paro la madera con la palma de la mano.

—Cuídala —digo, y mi voz hace sonar esa única palabra como la amenaza que ha sido.

Stevens vuelve a abrir la puerta despacio y por un momento sólo me observa. No sé qué cree ver en mi mirada, pero la suya cambia por completo. Finalmente asiente.

—Está bien —murmura mucho más amable.

Asiento. Desando mis pasos y me alejo de la puerta. Quiero verla.

Quiero tocarla. Pero por primera vez pienso hacer lo que es mejor para ella.

Sólo me importa Maddie.

Casi he alcanzado el coche cuando algo me dice que me haga un favor y mire hacia arriba. Al hacerlo, el león ruge y todo lo que siento por ella simplemente reluce con una fuerza abrumadora.

Maddie está en la ventana, mirándome, y yo la quiero demasiado para marcharme.

«Hazlo por ella, Riley. Hazlo de una maldita vez.»

Aparto la mirada y me monto en el BMW. Conduzco rápido, casi sin pensar. Estoy huyendo de ella, de mí. Estoy huyendo de haberla jodido.

Estoy huyendo de ese «ya no quiero estar contigo».

Subo a la habitación, abro el cuarto cajón de la cómoda y saco el disco de Vanessa Paradis. Quiero algo de ella. Bajo al estudio y pongo el disco, la canción número tres: *Mi amor*.[10] Hago que suene en todas las habitaciones y cojo la botella de bourbon.

Estoy harto de todo. Sólo quiero poder quererla. Sólo quiero que ella me quiera a mí. Subo el volumen. Sólo quiero que ella vuelva a hacerme sentir invencible.

Sigo bebiendo. La canción suena una y otra vez. Bebo. Bebo. Bebo.

Más alto. Más bourbon. Todo da vueltas. No quiero dormir sin ella. No sé.

Maddie.

Me despierto en el sofá del salón. ¿Cómo he acabado aquí? No recuerdo prácticamente nada de anoche.

—Maddie —susurro.

Pierdo la vista en la escalera y sólo espero verla bajar con uno de sus preciosos vestiditos, sonriéndome, haciéndome feliz.

Parpadeo. Todo se esfuma. La noche de ayer aparece nítida en mi mente y, sobre todas las cosas, sus palabras: «ya no quiero estar contigo».

Esas cinco palabras me partieron en pedazos.

Me doy una ducha concediéndome demasiado tiempo para pensar y me preparo para ir a la oficina. La señora Aldrin se pasa todo el desayuno observándome, buscando el mejor momento para hablarme sobre las botellas vacías que ha encontrado, pero por mi humor se da cuenta de que no es una buena idea y ni siquiera lo intenta.

En la oficina las cosas no son mucho más fáciles. Estoy de un humor de perros y lo pago con cada director ejecutivo que viene a contarme problemas que, francamente, me importan una mierda. Les pago un sueldo ridículamente alto, que empiecen a ganárselo.

—Señor —me llama Tess por el intercomunicador.

—¿Sí? —respondo a regañadientes.

—El señor Mulligan, de los astilleros, ha llamado. Están teniendo problemas con los envíos desde Shanghái. Han intentado localizar a su hermano, pero parece ser que está reunido con los señores Matel, Cohen y Sandford.

Resoplo. Los envíos a Shanghái son verdaderamente importantes.

Joder, tenía que ser justo hoy. Resoplo una vez y me echo hacia delante en mi sillón de ejecutivo.

—Tráeme la carpeta y averigua en qué planta está reunido mi hermano.

—Sí, señor.

Tess no tarda en entrar con el dosier. Reviso todos los albaranes y la logística de envío y no tardo en encontrar el fallo. Shanghái es un municipio de control directo. Eso, para los chinos, equivale a la categoría de provincia y, por lo tanto, las tasas y aranceles a pagar para introducir o sacar cualquier tipo de mercancía son completamente diferentes.

Cojo la carpeta y salgo de mi despacho dispuesto a echarle la bronca a quien se la haya ganado. No permito este tipo de fallos. Son de preescolar.

—¿Dónde? —pregunto lacónico a Tess cuando paso junto a su mesa.

—Planta veintisiete, señor.

Cruzo la redacción y tomo el ascensor. Estoy muy cabreado. Soy plenamente consciente de que no es por los envíos, que esto es sólo una pobre válvula de escape y, de paso, una bastante injusta, pero cualquier cosa que me haga soltar un poco de esta rabia será bienvenida. Ya no puedo más.

Entro con la cara de perdonavidas preparada. Sea quien sea el responsable, me las va a pagar y no quiero que Spencer trate de convencerme de lo contrario. Sin embargo, nada me prepara para esto. No es la sorpresa, es el hecho de que vuelvo a estar en la misma habitación que ella y todo mi cuerpo se ha dado cuenta. Gracias a Dios, la coraza de director ejecutivo aguanta el tirón y me contengo para no besarla con fuerza aquí mismo.

Siento su mirada sobre mí, tímida y abrumada, y no puedo evitar sentirme mejor por el hecho de que las cosas vuelvan a ser mínimamente

como eran, porque esté cerca, porque su cuerpo reaccione al mío.

Sólo puedo pensar en cargarla sobre mi hombro, llevarla a casa y besarla y tocarla hasta que me perdone. Podría pasarme años así, si al final consiguiera que ella volviese a mirarme como me miraba en París.

Resoplo mentalmente y tengo ganas de darme una puta paliza. Me prometí hacer lo mejor para Maddie. Joder. Tocarla ya no es una opción.

Llego hasta Spencer con la sensación de que los diez metros de la sala de reuniones se han transformado en una carrera de obstáculos bajo la lluvia a diez grados bajo cero.

Apoyo mi mano en la mesa y me inclino sobre mi hermano.

—Arregla la logística de los envíos a Shanghái. Toda la operación está retenida —le digo.

Ya ni siquiera estoy cabreado. Lo que quiero, sencillamente, no lo puedo tener.

Spencer asiente y rápidamente me incorporo. Por lo menos, quiero mirarla, aunque sea un puto segundo, pero ella ya no me mira a mí.

Espero impaciente, pero no levanta su vista del papel. ¿A eso hemos llegado? ¿Ni siquiera es capaz de mirarme? Pero entonces me doy cuenta de que se está obligando a no mirarme como yo me estoy obligando a mantenerme alejado de ella. ¿Por qué alargar más la agonía de los dos?

Resoplo y finalmente salgo de la sala sin mirar atrás.

De vuelta a mi oficina, a cada paso que me alejo de Maddie, mi humor empeora. La quiero, joder, y a veces me cuesta demasiado trabajo recordar por qué no puedo estar con ella.

Me encierro en mi despacho, no quiero ver a nadie, pero, antes de

que pueda relajarme mínimamente, llaman a la puerta. El sonido es torpe y tímido. Sé exactamente de quién proviene.

Todo mi cuerpo lo sabe.

«Pídele que se marche, Riley.»

Aprieto la mandíbula con rabia. Las manos me arden. ¡Esto es sobrehumano, joder!

—Adelante —le doy paso.

Sólo soy un gilipollas que no sabe comportarse como un hombre.

Empuja la puerta suavemente y entra con el paso tímido. Cuando la tengo delante de mí, no puedo evitar recorrer su cuerpo hasta perderme en sus ojos verdes. Siguen siendo preciosos, pero ahora también están tristes.

Me pregunto si ella podrá ver lo mismo en los míos.

La rabia se recrudece.

—¿Qué quieres, Maddie?

Necesito que diga lo que ha venido a decir y que se aleje de mí, pero ella guarda silencio, como si necesitara un segundo para reordenar sus ideas.

—No vuelvas a tocar a James.

Me humedezco el labio inferior y todo mi cuerpo se tensa. Ni siquiera quiero que pronuncie su nombre.

—Hannigan se presentó en Chelsea exigiéndome que te dejara en paz.

Maddie aparta un momento la vista de mí. La conozco y sé que está tratando de armarse de valor.

—Casi le partes la nariz —me espeta mirándome directamente a los ojos—. No tenías ningún derecho.

Odio a los Hannigan. Odio a James Hannigan. Odio que ella lo defienda.

—¿Y él sí lo tenía? —la interrumpo furioso—. Ese tío está enamorado de ti. Quiere lo que es mío.

—Yo ya no soy nada tuyo, Ryan.

Acaba de tirar de la alfombra bajo mis pies. Me he peleado muchas veces en mi vida, pero, jamás, nunca, nadie me había dado un golpe tan certero. La presión bajo mis costillas se agudiza y creo que puedo sentir el dolor y la rabia físicamente. Aparto mi mirada de la suya y la pierdo en el inmenso ventanal de mi despacho. Pero de pronto mi cuerpo se rearma sobre sí mismo y el león ruge.

Tú nunca vas a dejar de ser nada mío, nena.

Da igual lo que pase.

—Creí que nunca, jamás, elegirías a los Hannigan por encima de mí.

Son las mismas palabras que ella utilizó en mi estudio.

Probablemente esté comportándome como un bastardo, pero ella no sabe lo que pasó y no ha tenido el más mínimo problema en culparme. Ni siquiera parece importarle lo que ese gilipollas vino a decirme.

—Y yo creí que tú nunca, jamás, elegirías a otra mujer por encima de mí.

Trago saliva y aparto mi mirada de ella. El dolor es sobrehumano.

Tienes exactamente lo que te mereces, Riley.

Yo nunca elegiría a nadie por encima de ti, nena.

—¿Quieres algo más? —pregunto.

—No.

Niega también con la cabeza y, avergonzada, clava la mirada en sus manos.

—Es mi amigo. Sólo intenta protegerme.

Sin más, gira sobre sus pasos y sale de mi despacho.

Cuando vuelvo a quedarme solo, apoyo las dos manos en la mesa y exhalo controlado todo el aire de mis pulmones. Duele demasiado. Me da igual que sea lo mejor. Aprieto la mandíbula con fuerza mientras busco algo a lo que agarrarme para que la rabia no se quede con todo lo que soy.

Tengo que alejarme de ella. Tengo que dejarla ser feliz. Tengo que protegerla. Y, si me odia, todo será mucho más fácil.

Antes de que me autoconvenza, vuelven a llamar a la puerta. Mi cuerpo da por hecho que es Maddie y todo lo que acabo de decirme deja de tener sentido. Sin embargo, una vez más, caigo desde demasiado alto cuando Malcom Miller atraviesa las puertas de mi despacho.

Resoplo con fuerza y me paso las manos por el pelo.

Tengo que dejar de torturarme de una jodida vez.

No llevamos hablando ni cinco minutos cuando mi padre entra en mi oficina como un ciclón. No hay «hola», ni «buenos días», sólo una hostilidad termonuclear. Miro a Miller y, sólo por la forma en la que lo hago, entiende que tiene que marcharse y que tiene que hacerlo ya.

—¿Qué quieres, papá? —pregunto en cuanto nos quedamos solos.

—¿Cómo que qué quiero? ¿De verdad tienes el valor de preguntármelo?

Todo mi cuerpo se tensa.

—No quiero hablar, papá.

—Me importa muy poco lo que quieras, Ryan.

Su enfado va en aumento. El mío también.

—Papá —mascullo levantándome y buscando dar la conversación por terminada.

—Ni siquiera te reconozco…

—¡Tú no sabes nada! —lo interrumpo en un grito.

Mi padre frunce los labios y da un paso hacia mí.

—¿En serio crees que no lo sé? No he venido aquí a decirte que no tienes la culpa. ¡No voy a ponértelo tan fácil!

Me mira como si fuese el padre de ella y no el mío. Eso me descoloca, pero en seguida me sobrepongo.

—Papá…

—¡Esa pobre chica está destrozada!

Su frase me calla de golpe. No ha dicho nada que no sepa, pero, una vez más, el dolor ha sido el mismo.

—La he visto antes de entrar aquí, prácticamente estaba llorando. Ni siquiera he sido capaz de acercarme, porque no creo que quiera tener a nadie de esta familia cerca. Yo no te enseñé esto.

No tiene ningún derecho.

—Tienes razón —replico insolente—. Tú me enseñaste a escoger a una mujer que no me importase y a la que no le importase que lo primero para mí fuera esta empresa.

—¡Te enseñé a ser leal! —sentencia.

Mi expresión se tensa aún más y aparto mi mirada de la suya. No tengo nada que decir. Tiene toda la razón.

—Eres leal —añade tratando de cambiar el tono, como si de pronto se diese cuenta de que no es algo sencillo para mí—. ¿Por qué no has podido serlo con ella? Esa chica sólo te ha pedido que la quieras.

Sus palabras me hacen alzar la cabeza de golpe y clavar mi mirada en la suya. No pienso permitir que se atreva a ir por ahí. No es justo.

—¿Y a ti que te importa? —respondo con la voz endurecida—. Esto es lo mejor que podía pasarte.

No puede venir aquí a recordarme cómo ha acabado todo cuando él tiene gran parte de la culpa. Me lo ha puesto muy difícil, joder. Sin embargo, la mirada que me dedica llena de una compasión cristalina vuelve a dejarme fuera de juego.

—Hijo, yo quiero que seas feliz. Puede que me haya equivocado al intentar protegeros a los dos, pero eso es lo único que siempre he buscado.

—Yo ya no voy a poder ser feliz.

Nunca.

—Pues entonces ya es hora de que te comportes como un hombre y hagas lo que tienes que hacer.

Sin darme oportunidad a responder, se marcha tan rápido como entró. No ha dicho nada que no sea verdad. Ahora mismo la mente me va a mil kilómetros por hora. Maddie sólo quería que la quisiese y yo sólo quería quererla. Es cierto que no se lo puse fácil demasiadas veces, pero también tuve que enfrentarme a muchas cosas que yo no pedí. No quería ser director ejecutivo con veinticinco años. No quería convertirme en la

persona que soy ahora. Me paso las manos por el pelo y me sirvo un bourbon. Al final da igual, porque he sido yo quien le ha hecho daño y ella la que ha acabado sufriendo.

Me sirvo otra copa.

Yo soy el único responsable.

El resto del día es un maldito infierno. No puedo dejar de pensar, de imaginarnos en mi viejo apartamento del West Side. Cuanto más bourbon bebo, más nítida es la imagen de ambos en esa casa, felices, besándonos, follando como locos, siendo todo lo que podíamos haber sido.

A las cinco en punto ya no lo soporto más y decidido marcharme. No quiero estar aquí. Me cruzo con un montón de ejecutivos mientras atravieso la redacción, pero ni siquiera me molesto en devolverles el saludo. No estoy de humor.

Aún estoy a unos metros del ascensor cuando la veo esperando a que las puertas de acero se abran. Sigue siendo todo lo que adoro que sea y a la vez está increíblemente lejos de mí. Nunca imaginé que se pudiera echar tanto de menos a alguien. No es como al principio de nuestra historia. Ahora el dolor es más crudo; el desahucio, más cortante.

Mis pies se detienen a una distancia prudencial de ella. Maddie no se gira. No lo necesita. Nuestros cuerpos están conectados de una manera que ninguno de los dos entiende. El mío me dice que ella está nerviosa, que vuelve a sentirse tímida, sobrepasada, que también me echa de menos.

Las puertas se abren y Maddie entra con paso decidido. Dos ejecutivos están en el ascensor. Los dos me miran y cuadran los hombros esperando a que les lance una galletita. Yo ni siquiera llevo mi vista hacia

ellos. Estoy demasiado ocupado observando cómo Maddie se escabulle hasta el fondo del ascensor y siguiéndola igual de inconsciente que Ícaro seguía al sol.

No vas a tocarla, Riley.

La idea está grabada a fuego en cada hueso de mi cuerpo.

Me dejo caer contra el inmenso espejo, a su lado. No digo nada y me obligo a dejar de mirarla. El ascensor se detiene en la planta diecisiete y los dos ejecutivos se bajan. Seguimos en silencio, pero eso no implica que no sea consciente de cómo el ambiente poco a poco va volviéndose más eléctrico, más denso, de cómo su respiración se acelera nerviosa, de cómo me arden las manos, de cuánto la deseo, de cuánto la quiero.

—Ya sé que fue Bentley quien se peleó con James —dice de pronto.

Yo me humedezco el labio inferior breve y fugaz, pero no la miro.

No puedo permitirme mirarla. Mirarla nunca es buena idea.

—Siento todo lo que dije en tu despacho —añade a modo de disculpa —, pero no entiendo por qué no me contaste la verdad.

Porque quiero que me odies. Porque quiero que seas feliz. Porque no me importa quedar como un hijo de puta si con eso consigo que te olvides antes de mí. Porque me lo merezco. El quedo pitido del ascensor anunciándonos que estamos a punto de llegar al vestíbulo sólo me recuerda que, si al final consigo todo eso, la habré perdido a ella.

Ella da un paso al frente y sale en cuanto las puertas se abren lo suficiente.

—Maddie —la llamo.

Mi voz suena masculina e indomable, exactamente como ella me hace sentir. Se gira y sus ojos inmediatamente se encuentran con los míos.

Soy Ícaro y el sol está a punto de quemarme.

Haz lo que debes, Riley.

—Es mejor que algunas cosas vuelvan a ser como siempre tendrían que haber sido.

Maddie no dice nada pero tampoco deja de mirarme o se aleja un solo paso. Las puertas se cierran y nos separan. Ahora mismo me pregunto qué hubiese hecho Ícaro si hubiese sobrevivido, si hubiese echado a volar con sus alas de cera a cualquier otro lugar. Seguro que se sentiría perdido y solo, exactamente como me siento yo.

Estoy en la calle 81 Oeste en mitad del West Side. Observo la tercera planta del número 173.

—Montgomery —digo en cuanto el director del departamento Inmobiliario del Riley Group descuelga—, quiero que compres un apartamento.

—Claro, señor —responde sin dudar.

Ícaro hubiese vuelto a casa.



25

Maddie no es capaz de dormir y Ryan se emborracha una noche más.

Reviso un par de carpetas y firmo los contratos que Tess ha dejado sobre mi mesa. Hoy estoy teniendo un día de locos, ni siquiera he tenido tiempo de bajar a comer. Mejor. No quiero tener un momento libre y cometer el error de pensar.

—Señor —me llama Tess por el intercomunicador—, el señor Montgomery, del departamento Inmobiliario, está aquí.

—Hágale pasar.

Montgomery me da los buenos días y entra con el paso seguro hasta colocarse frente a mí.

—Señor Riley, aquí tiene las llaves del apartamento que ordenó comprar ayer en el Upper West Side. La compra se ha cerrado en…

—No me interesa —lo interrumpo.

Me da exactamente igual cuánto haya costado.

—Las llaves —me informa Montgomery dejando un pequeño sobre color sepia sobre mi mesa—. El piso está vacío. ¿Quiere que enviemos al diseñador de interiores?

—No.

—Entendido.

Usa la última palabra a modo de despedida y, sin más, sale de mi despacho. Me gusta Montgomery. Nunca habla más de lo estrictamente necesario y rara vez me molesta con gilipolleces. Me recuerda a Finn.

Cojo el sobre y jugueteo con él entre mis dedos antes de abrirlo y sacar las llaves. La sensación es extraña. Ayer me pasé casi una hora aparcado en la 81 mirando mis antiguas ventanas antes de volver a Chelsea y beber hasta caer rendido, otra vez. Sé que el apartamento no va a solucionar nada, pero volver al punto exacto donde mi vida dejó de ser mía me parece… agradable. Actualmente es el grado máximo de felicidad que me puedo permitir. Todos los demás se los llevó Maddie.

Llaman suavemente a mi puerta y, antes de que pueda dar paso,

Spencer entra en mi despacho. Tiene la expresión seria, incluso un poco apesadumbrada, e inmediatamente sé lo que va a decirme. El último sitio donde me recuerdo bebiendo es mi estudio y, sin embargo, he amanecido en mi cama. Es obvio, más aún por la cara de pocos amigos que trae, que fue él quien me llevó hasta allí.

Me levanto de un salto y camino decidido hasta el perchero para recuperar mi chaqueta.

—Spencer, ahora no tengo tiempo —digo poniéndomela y echando a andar hacia la puerta.

—Ryan —me llama algo cansado, pero yo finjo no oírlo.

Abro dispuesto a salir. Spencer sale tras de mí. No va a rendirse.

—Ayer te metí en la cama inconsciente. —Su voz está endurecida. Quiere que lo entienda y quiere que lo entienda ya—. Estuve a punto de llevarte al hospital. Aunque, claro, tú, por supuesto, no querrás hablar de eso.

Su último comentario me hace tensar la mandíbula. Efectivamente, joder. No quiero hablar y él tiene que entenderlo y dejarme en paz de una maldita vez.

—Spencer…

—¿Cuánto bebiste ayer? —me interrumpe.

¿Pero qué coño…? ¿A qué viene esa puta pregunta? Puedo entender que esté preocupado, aunque no tiene por qué, pero nadie va a presentarse en mi despacho e interrogarme, ni siquiera él.

—No voy a preguntarte si fue la primera vez, porque sé que tampoco

ibas a contestarme, pero no puedes seguir así, Ryan.

Él tiene a Thea. No tiene ni idea de cómo me siento. No puede venir aquí y juzgarme.

—Tengo una reunión —digo lacónico.

Spencer se da cuenta de que he dado la conversación por terminada y su expresión cambia.

—Soy tu hermano. Sólo me preocupo por ti.

Le quiero y se lo agradezco, pero eso no cambia las cosas.

—No necesito que me cuiden —le recuerdo con la voz endurecida.

Sin esperar respuesta por su parte, echo a andar.

—Me he deshecho de todo el bourbon que tenías en casa —me informa desde el umbral de la puerta de mi despacho.

Yo lo miro con la expresión imperturbable y continúo mi camino. Me importa una mierda que haya tirado todo el Jack Daniel's por el puto desagüe del fregadero. Compraré más.

Camino decidido hacia los ascensores dispuesto a reunirme con Matel cuando me doy cuenta de que necesito unos informes sobre la gerencia de urbanismo que le pedí a Bentley que redactara. No es competencia suya, pero, después de una serie de cinco artículos sobre la ordenación arquitectónica de Nueva York, se ha convertido en todo un experto, además de haber conseguido muy buenos contactos en la empresa de ingeniería urbanística más importante del país.

Me detengo en seco planteándome hasta qué punto es buena idea que me presente en su oficina. Llevo dos días evitando a Maddie o, mejor dicho, evitando que ella me vea a mí. Quiero ahorrarle el mal trago.

Pienso en regresar a mi despacho y enviar a Tess a por los informes, pero tampoco puedo tener esta actitud eternamente. Los dos somos adultos. Además, no quiero que, enviando a mi secretaria, Maddie capte el mensaje equivocado de que no quiero verla. De eso es de lo último que se trata.

Finalmente resoplo y me dirijo al despacho de Bentley. Como no podía ser de otra manera, lo primero que veo cuando entro en la oficina del editor es a Maddie. Está sentada a su mesa, mirándome con sus enormes ojos verdes, haciéndome sentir todas las cosas que siempre me hace sentir. A lo mejor puedo conseguir que lo nuestro sea diferente, cambiar; de pronto esa idea lo eclipsa todo. Podría dejar la empresa, podríamos mudarnos a mi viejo apartamento. Abro la boca dispuesto a decirle que nos vayamos ahora mismo, pero la triste realidad vuelve a golpearme. «Las cosas no son tan sencillas, Riley.» ¿Qué pasaría con el Riley Group? ¿Con todos los que trabajan aquí? ¿Con mi familia? ¿Y qué pasaría con ella? La llenaría de esperanzas que más tarde o más temprano volverían a caer en saco roto. No puedo hacerle eso otra vez.

Me guardo todo lo que pensaba decir y, sin más, entro en el despacho de Bentley.

—Necesito los informes de urbanismo —le digo sin ni siquiera saludarlo.

Mi amigo alza la cabeza sorprendido de encontrarme justamente aquí, aunque se recupera rápido, busca la carpeta y me la tiende.

—¿Todo bien? —pregunta.

Parece preocupado. Estoy seguro de que esta mañana Spencer y él han tenido una conversación de lo más entretenida acerca de cómo acabé

anoche.

Yo reviso la carpeta sin molestarme en contestar.

—¿No has incluido las previsiones de crecimiento en el norte del

Bronx que te pedí? —inquiero con el ceño fruncido.

Bentley nunca deja nada a medias.

—Eso tardará algún tiempo. No tengo la memoria de los edificios.

Tuerzo el gesto. No quiero un informe a medias. Hago memoria.

—Podemos usar los informes que utilizamos para las licencias de obra de los edificios de White Plains. Hace poco los he empleado como

parte del estudio de las inversiones Foster. —Bentley abre la boca

dispuesto a interrumpirme—. Sé perfectamente que la calidad del suelo no

es la misma, pero, si utilizamos los valores del mapa intermunicipal, sólo

habría que rectificar una decena de porcentajes y tendríamos algo bastante

aproximado.

De hecho, aproximado al cero coma cero cero tres. Es genial ser así

de inteligente.

—Tráemelos y podré tenerlos listos al final del día —responde

Bentley con una sonrisa.

Me paso la mano por el pelo y suspiro algo aliviado. Tener la

sensación de que vuelvo a tener algo bajo control me ayuda a sentirme

mejor. Quiero tener esos informes listos lo antes posible. No podré

empezar a construir los edificios de White Plains si el ayuntamiento no

aprueba el nuevo plan de ordenación urbanística para el distrito, y,

después de todo el retraso que supuso el imbécil de Roy Maritiman, no

puedo permitirme perder ni un solo día más. Se trata del hogar de decenas

de familias.

Miro el reloj. Tess ya debe de haber bajado a organizar la reunión con el departamento de I+D y yo ya llego tarde a la mía con Matel. Me giro y me humedezco el labio inferior antes de pronunciar una palabra.

—Maddie —la llamo.

Ella se levanta y camina hasta colocarse bajo el umbral de la puerta. Joder, está preciosa y de pronto me doy cuenta de que va vestida exactamente igual que el día que nos conocimos. Esto es una puta tortura, joder.

—¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta tratando de sonar profesional.

Me esfuerzo en mantener todo mi autocontrol. Odio que me hable de esa manera, como si hubiese olvidado lo que tuvimos.

—Necesito que me traigas las carpetas de las inversiones Foster. Tess no está —le aclaro—. Las encontrarás sobre mi escritorio.

Maddie guarda silencio por un momento, juraría que también le duele mi actitud fría, y finalmente sale de la oficina tras asentir.

La observo alejarse y cierro los puños con rabia. Las cosas no deberían ser así, joder.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntar Bentley.

No lo estoy. Ya nunca voy a volver a estarlo.

«Deja de lamerte las heridas de una jodida vez, Riley.»

Vuelvo a abrir la carpeta y me siento al otro lado de la mesa de Bentley. Lo que tengo que hacer es concentrarme en el trabajo. Sin

embargo, no he avanzado más de dos páginas cuando me encuentro con otro escollo y, por ende, con otra carpeta que necesito de mi escritorio.

Resoplo malhumorado y me levanto. No quiero que Maddie piense que le he preparado una especie de encerrona.

Malhumorado, entro en la antesala de mi oficina en el mismo instante en el que Maddie sale de mi despacho.

—Maddie, también quiero el informe…

Odio tener que dar explicaciones, pero quiero dejarle claro que no ha sido ninguna emboscada. Sin embargo, mis palabras se evaporan en cuanto mi mirada atrapa la suya. Está demasiado triste. ¿Qué demonios ha pasado? La cojo por el brazo, obligándola a frenarse. Está huyendo. Está a punto de romper a llorar.

—¿Qué pasa? —Aparta su mirada de la mía. Ahora mismo me odia —. ¿Qué ocurre, Maddie?

No dejo que el miedo que empiezo a sentir atrape mis palabras.

Antes de que pueda volver a preguntar, oigo unos pasos acercarse y, al alzar la cabeza, encuentro la respuesta. Todo mi cuerpo se tensa y la rabia pesa más que nada.

—¿Qué haces aquí, Savannah? —¿Qué coño haces aquí?

—Sólo quería saludarte, que charláramos un rato.

Está disfrutando con todo esto y no se lo pienso consentir.

—Lárgate —mascullo.

—Como quieras.

—Maldita sea, no estoy jugando.

Esta estupidez tiene que acabarse ya. Siempre he tenido más paciencia con ella porque es la hermana de Bentley, pero eso se acabó. Maddie es el

límite y ella acaba de cruzarlo.

Maddie se zafa de mi brazo y avanza hacia la puerta.

—Maddie, joder.

Vuelvo a asirla de la muñeca, pero ella vuelve a deshacerse de mi agarre y, asustada, se aleja unos pasos de mí. Automáticamente recuerdo la última vez que vi miedo en sus ojos y el dolor en cada hueso de mi cuerpo se recrudece. No soporto verla así. No puedo. No quiero.

Alzo la mano, pero, antes de que pueda alcanzar su mejilla, Maddie da un nuevo paso atrás. Está aterrada, joder, y eso me parte por dentro de más maneras de las que puedo siquiera entender.

—Deja que se marche, Ryan, ella nunca va a entender lo que tú necesitas.

—¡Cállate, Savannah! —bramo.

Maddie me mira decepcionada, triste, dolida, como si ya no viese al hombre bajo mi camisa, como si creyese, como creen todos, que soy exactamente como me empeño en demostrar que soy. Nada en mi vida me había dolido tanto.

Sale disparada y yo, por un momento, dejo que lo haga. Sin embargo, no tardo más de un segundo en comprender que no pienso permitir que se marche pensado que hay algo entre Savannah y yo.

—Deja que se marche, Ryan —repite a mi espalda.

Estallo.

—Escúchame bien —replico con la voz inundada de advertencia—.

Vas a montarte en un puto avión, vas a largarte a Luxemburgo y no vas a

volver a cruzar la mirada conmigo, nunca. Hazlo, Savannah, o te juro por Dios que va a dejar de importarme que seas la hermana de Bentley y voy a convertir tu vida en un maldito infierno. Ya no se trata de que jamás estaría contigo, me das asco y pena. No es la primera vez que te lo digo. Plantéate cuántas veces necesitas que un hombre te lo diga antes de dejar de comportarte como una basura.

Savannah parpadea atónita y se esfuerza en lucir su mejor sonrisa.

Ahora mismo ni siquiera entiendo qué pude ver en ella.

—Tienes veinticuatro horas para largarte.

—Eres el dueño de Nueva York, ¿verdad? —pregunta tratando de sonar mordaz y displicente. No lo consigue y queda retratada como la niña malcriada que es.

—Exacto —contesto arrogante— y no te quiero en ella.

No me molesto en esperar su respuesta y salgo corriendo del despacho del mismo modo que cruzo la redacción, despertando las miradas de todos. Me importa una mierda. El ascensor acaba de abrirse, así que es obvio que Maddie se ha marchado por las escaleras. Abro la puerta acelerado. Inmediatamente oigo sus pasos un par de tramos más abajo.

—¡Maddie! —la llamo—. ¡Maddie!

Nena, por favor.

La alcanzo en el piso diecisiete. La agarro del brazo y la obligo a detenerse. Sus sollozos lo inundan todo.

—Maddie, no sé qué coño hace aquí.

Es la verdad, nena, créeme.

Ella no dice nada, ni siquiera deja que atrape su mirada llena de

lágrimas. Está furiosa, dolida, triste.

—Maddie, escúchame.

—Estuviste con ella en Luxemburgo, ¿verdad? —prácticamente grita

herida.

—No —respondo sin asomo de duda.

¿A qué coño ha venido eso? ¡Yo jamás te habría engañado!

—¡No me mientas! —grita desesperada y me rompe por dentro un

poco más.

La rabia desaparece. Está a punto de derrumbarse.

—No te estoy mintiendo —intento hacerle entender.

Necesito que lo entienda.

Maddie niega con la cabeza. Ni siquiera quiere mirarme. Le he hecho

demasiado daño.

Trato de atrapar su cara entre mis manos, de hacer que me escuche,

pero ella no se rinde. Ahora mismo sólo quiere seguir corriendo escaleras

abajo. Tengo la sensación de que Savannah, la foto del *Times*, todas las veces que no he hablado... pesan más que cualquier cosa que quiera decirle

ahora.

—Maddie, joder. ¡Escúchame!

—¡No tengo nada que escucharte! —estalla zafándose de mis brazos

una vez más.

—¡Yo sólo te quiero a ti!

¡Entiéndelo de una maldita vez!

—Deja de decir eso. No es verdad. Si me quisieras, habrías hablado

conmigo, podrías haber confiado en mí. Tú no me quieres porque piensas

de verdad todo lo que dijiste borracho. —No, joder, no—. Porque, a pesar

de todo lo que ha pasado, me sigues viendo como la cría de veintitrés años

a la que tuviste que pagarle las facturas para que no se quedara en la

calle… Porque mataste a nuestro bebé.

Sus últimas cinco palabras me atraviesan y creo que dejo de respirar.

Yo maté a nuestro bebé y en ese preciso instante la perdí a ella y creo que también me perdí yo mismo, por eso bebo hasta caer rendido y por eso sé

que no volveré a ser feliz.

—Lo sé.

No tengo nada más que decir. Ella tiene razón y yo soy un hijo de

puta. Mi padre tiene razón y la he destrozado. Ya no queda nada de Maddie

y la culpa es sólo mía.

Sin levantar mi mirada de ella, avanzo despacio en su dirección.

Maddie niega con la cabeza, nerviosa, sobrepasada, pero no se mueve.

Alzo los brazos y la rodeo, necesito abrazarla, consolarla, pero, en cuanto

siente el contacto, parece despertar de un sueño y comienza a golpearme

el pecho con rabia tratando de apartarme. Aguanto cada golpe, cada

sollozo, y la abrazo con más fuerza. Yo la jodí, pero jamás voy a

abandonarla.

Voy a protegerte siempre, nena.

Maddie rompe a llorar. Su cuerpo se rinde y entre mis brazos su

llanto se hace cada más fuerte, más desesperado. Llora como no se

permitió llorar en el hospital. Llora como necesita llorar.

Nos muevo con suavidad hasta sentarnos en las escaleras. La

acomodo contra mi pecho sin dejar de acariciarle el pelo, de besárselo suavemente, mientras, paciente, espero a que deje de llorar.

Tómate todo el tiempo del mundo, nena. Siempre voy a estar aquí para ti.

Poco a poco va tranquilizándose y las lágrimas paran. Aun así, no me muevo ni tampoco la muevo a ella. De repente nuestra burbuja ha vuelto, aunque sea de esta manera tan triste, y no quiero salir de ella.

—¿Te encuentras mejor? —inquiero en un susurro.

Maddie asiente suavemente y, despacio, se separa de mí apoyando las manos en mi pecho.

—Sí —murmura al fin con la voz todavía inundada de sollozos.

No me puedo contener. Alzo la mano y, con cuidado, enjugo sus lágrimas con el reverso de los dedos a la vez que me permito acariciarle la mejilla.

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento? —susurro de nuevo—.

Hablaré con Bentley.

Ella niega con la cabeza.

—No —musita.

Exhalo todo el aire de mis pulmones poco a poco mientras contemplo el contorno de su cara. Sé perfectamente por qué no quiere marcharme y eso hace que la quiera todavía más. Mi dulce niña es también muy valiente. Nunca debería olvidarlo.

—Entonces será mejor que vayas al baño y te refresques un poco.

Maddie asiente. Me levanto ágil y la tomo de las manos para que ella

haga lo mismo. Observo la placa de la planta para hacerme una idea de dónde estamos y miro hacia abajo por el entramado de escaleras tratando de recordar el *planning* de las obras de reforma del edificio.

—Las obras están ahora en la planta doce —le explico—. Como es domingo, no habrá nadie. Allí podrás arreglarte tranquila.

Asiente de nuevo. Desoyendo mi sentido común, la tomo de la mano y la guío escaleras abajo. El tacto de nuestras manos tiene el efecto demoledor que ya sabía que tendría, y, aun así, lo recibo como si fuera un vaso de agua helada y yo acabara de escapar de un accidente aéreo en un desierto.

En la planta doce todo son material de obras y escombros. Cruzamos la diáfana estancia desierta y llegamos hasta el baño. Miro a mi alrededor buscando con la mirada la llave de paso del agua. Asegurándome de pisar sobre el plástico protector, me subo al lavabo, la abro y me bajo de un salto.

—Esperaré fuera —comento dirigiéndome hacia la puerta.

—Gracias —responde.

Su suave voz y su única palabra me dejan fulminados.

—Después de todo lo que ha pasado, ¿todavía me das las gracias?

¿Cómo es posible que siga siendo así de dulce conmigo? No me lo merezco. Creo que nunca llegué a hacerlo.

Ella aparta la mirada tímida y por un momento parece no saber qué hacer o decir.

—Supongo que sigo creyendo en ti —murmura dejando que sus maravillosos ojos verdes se posen sobre los míos.

Suspiro con fuerza. No me la merezco, joder. Nunca lo he tenido tan

claro. Como tampoco he tenido tan claro que no tiene ningún instinto de supervivencia. Tendría que alejarse de mí. Tendría que echarme a patadas.

Giro sobre mis pasos y salgo del lavabo. Doy un par de paseos nerviosos y finalmente me siento en el borde de una de las mesas de obra.

Maddie debería alejarse de mí y, si ella no es capaz, tengo que ser yo quien lo haga. Agarro el borde de madera con fuerza. Todavía recuerdo cómo me sentí cuando tuve que prometer que no volvería a tocarla. La situación es la misma. El dolor mucho peor. Pero tengo que hacerlo por ella.

Al alzar la cabeza, Maddie está de pie, frente a mí, y en ese momento me doy cuenta de que el sacrificio va a ser todavía mayor. ¿Cómo puedo echarla tanto de menos? ¿Cómo puedo desearla tanto? ¿Cómo puedo estar tan enamorado de ella? Ha cambiado todo mi mundo y nunca debí permitir que eso pasase.

No puedo alargar más esta agonía.

Me levanto y camino hasta ella. Maddie suspira bajito y todo mi cuerpo se relame.

No me lo pongas más difícil, nena.

Resoplo y, controlando al león y a mí, la cojo de la mano y la obligo a caminar hasta el ascensor. Cuando las puertas se abren, Maddie entra, pero yo no. Tengo que empezar a cumplir lo que tantas veces me he jurado. Maddie es lo primero.

—¿No subes? —me pregunta.

—Mejor no, Maddie.

Aunque me muera de ganas.

Ella asiente con una sonrisa que no le llega a los ojos. El león ruge con más fuerza. Maddie quiere que suba, pero lo quiere ahora, después se arrepentiría y sufriría. Tengo que cuidar de ella. Se lo debo.

El ascensor se cierra y yo doy un paso atrás. Estoy haciendo lo mejor. Lo que tengo que hacer. Por mucho que duela.

Son más de las ocho cuando al fin salgo de la oficina. No quiero pensar en todo lo que ha pasado. Sólo quiero tocarla. Sólo quiero lo que ya no puedo tener.

Me paro en una licorería y compro dos botellas de Jack Daniel's. Sin embargo, cuando me monto en el BMW dispuesto a llegar a Chelsea, me doy cuenta de que no quiero ir allí.

Otra vez en mitad de la 81 Oeste, respiro hondo y dejo que el contenido del pequeño sobre color sepia caiga en el asiento del copiloto. Observo las llaves y todo mi mundo se relativiza. Tendría veinticuatro años y ella dieciocho. Una sonrisa sincera y tenue se cuela en mis labios al pensar que la habría conocido en alguno de esos locales espantosos a los que Bentley nos obligaba a ir en Amsterdam Avenue. No se lo habría puesto fácil, pero ella me habría querido. Yo sería arquitecto. Maddie iría a la universidad. Le habría pedido que se casara conmigo porque me habría vuelto igual de loco. Habríamos tenido nuestro bebé. Seríamos felices… Cojo las llaves y la bolsa de la licorería y salgo del coche.

Giro la llave en la cerradura y empujo la puerta. El apartamento está completamente vacío y, aun así, despierta una calidez increíble. Cruzo el salón y entro en el que fue mi dormitorio. La luz no funciona, pero alguien ha dejado una lamparita en el suelo. Camino hasta ella y la

enciendo. La madera cruje bajo mis pies. No necesito hacer mucha

memoria para recordar cada mueble, cada póster. Me encantaba este lugar.

Giro sobre mis pies y sonrío al comprobar que la ventana sigue sin

encajar del todo. Algunas cosas nunca cambian.

Acaricio la pared donde tenía mi mesa de arquitecto. Estaba vieja y un

poco desvencijada, pero me encantaba trabajar en ella. Era mi lugar

favorito en el mundo. Alzo la mano y sigo con los dedos la línea marcada

que aún puede distinguirse sobre la pintura. Antes de que me dé cuenta,

dejo caer la cabeza hasta apoyarla en la pared. Sólo me gustaría traerla

aquí, estar aquí con ella. Sólo me gustaría poder dar marcha atrás en el tiempo. Buscarla hace seis años y traerla aquí. Ser feliz con ella aquí. Sólo

quiero poder olvidarnos de todo. Sólo quiero poder ver la cara de nuestro

bebé. Una lágrima se escapa por mi mejilla. Sólo quiero poder

despedirme de él.

—Lo siento, pequeño —murmuro.

Me dejo caer hasta sentarme en el suelo e inmediatamente abro la

botella.

Lo siento.

26

Ryan vuelve a emborracharse hasta perder el sentido. Maddie, por su

parte, no lo está pasando mejor. Prácticamente no come y apenas duerme.

Convencida de que lo que tiene que hacer es pasar página, habla con Charlie para que le prepare la demanda de divorcio.

El día ha sido largo y gris. ¡El día ha sido un maldito infierno!

Esquivo un coche en la 40 y giro para alcanzar la Séptima Avenida.

Piso el acelerador. ¡Estoy muy cabreado, joder! En la reunión de grupo de esta mañana, sencillamente me ha costado un mundo no abalanzarme sobre ella y besarla y tocarla y follármela. Más aún cuando el imbécil de Moore ha dejado claro lo miserable que puede llegar a ser y he tenido que despedirlo. Ella me ha mirado admirada, entregada, y ese sentimiento me ha recorrido por dentro y ha prendido una mecha que todavía ahora consume mi cuerpo. Pero, al dar la reunión por finalizada, ella salió huyendo entremezclándose con los ejecutivos y eliminando cualquier posibilidad de que nos quedáramos solos. No puede comportarse así. No puede mirarme de esa manera, hacer que me olvide del mundo y después salir huyendo. De todas formas, no voy a negar que la entienda. Yo también tengo demasiado claro la malísima idea que hubiese sido. Es tan frustrante que mi sentido común me diga una cosa y mi cuerpo quiera hacer justo la contraria, que creo que voy a acabar volviéndome loco.

La odio por poner patas arriba todo mi mundo.

Tengo que frenar en seco cuando un atasco tapona la calle Bleecker.

Sin embargo, la reunión, todo el jodido huracán que me asola por dentro… todo se ha relativizado cuando he recibido esa maldita llamada de Lawson. ¿Cómo ha podido Maddie hacerme algo así? ¿Ya no me quiere? ¿Eso es lo que duran sus promesas? ¿Prometió quererme el resto de su vida?

¡Joder!

Miro el sobre y la rabia y el dolor y la sensación de sentirme traicionado se multiplican por mil. No me lo puedo creer. Sencillamente

no me lo puedo creer. ¿Esto es lo que realmente quiere? Yo quería que lo superara, quería que me olvidara, y ahora me siento como si todo mi maldito mundo se estuviera partiendo en pedazos.

Aparco de cualquier manera frente a su edificio y subo como una exhalación hasta su apartamento. Me da igual todo lo que dije. Me da igual lo que se supone que tenga que hacer. Beber hasta caer rendido cada noche. Echarla de menos. Todo me da igual. La quiero y no pienso permitir que todo termine así.

Abre con una sonrisa en los labios, pero, cuando me ve, su expresión cambia. Tengo la sensación de que hemos vuelto al principio de nuestra historia, a mi despacho.

—Hola —la saludo.

La rabia sigue corroyéndome por dentro, pero, sin ni siquiera saber cómo, Maddie consigue apaciguarme.

—Hola —musita.

Se fija en mi ropa y algo me dice que también en mi estado de ánimo.

Estoy muy cabreado, nena. No te haces una idea.

—¿Puedo pasar?

Ella asiente y se hace a un lado moviendo la puerta a la vez.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta.

Está nerviosa. Mejor. Quiero que lo esté.

—¿Ya te has instalado aquí? —inquiero mirando a mi alrededor.

Sé que no lo ha hecho. Sus cosas siguen en Chelsea, pero quiero ver qué me responde.

—Aún lo estoy pensando —contesta tímida.

Yo asiento mientras digiero su respuesta. Me duele, pero ahora mismo no es lo que me está presionando las costillas hasta casi rompérmelas.

Nena, no puedes pedirme que firme los papeles del divorcio y acepte sin más que he perdido lo único bueno que había en mi vida.

—No voy a firmarlo, Maddie —sentencio dejando caer el sobre blanco con la demanda en su mesita de centro.

Ella me observa tratando de armarse de valor

—Te agradecería que lo hicieras —murmura al fin.

No me pidas eso, joder.

Instintivamente mi mirada se recrudece y, acelerado, me paso la mano por el pelo.

—Sé que me equivoqué, pero no puedes pedirme que firme los papeles del divorcio y me olvide de ti.

No pienso hacerlo. Nunca lo haré.

—Ryan, tenemos que seguir adelante con nuestras vidas —me suplica.

—Maddie, no pienso perderte.

Sé todo lo que dije. Soy consciente de cada maldita cosa que he hecho, de que ya no podemos estar juntos, pero no pienso olvidarme de ella.

—¿Y por qué me dijiste que era mejor que algunas cosas volviesen a ser como siempre tendrían que haber sido? —replica llena de rabia.

Porque no puedo más. Porque me estoy volviendo loco. ¡Porque te quiero y lo único que me importa en este jodido mundo es que seas feliz!

—Porque es lo mejor —contesto furioso, cansado, viviendo mi propia batalla interna de una manera tan intensa que creo que va a traspasarme la piel.

Cabecea nerviosa. Ella también está cansada.

—¿Te das cuenta de que has venido aquí a decirme que no vas a perderme, pero ni siquiera ahora eres capaz de hablar conmigo?

Sé lo que he dicho. Sé cómo me estoy comportando. Lo tengo dolorosamente claro, joder.

—¡Sólo quiero protegerte!

—¡Pues yo no quiero que lo hagas!

Sus palabras y su voz entrecortada me destrozan un poco más.

Protegerla es lo único que me queda. La rabia desaparece y el desahucio lo inunda todo. Yo la quiero, joder, ¿es que no lo entiende? Ella es lo único que me importa.

Maddie se vuelve sobre sus pies y se dirige hacia al pasillo. Voy a perderla. Jamás he sido tan consciente de ello.

—Ya has sufrido bastante, Maddie —susurro. Mi voz es ronca, profunda, como si hablase directamente desde las entrañas.

Se detiene y se gira de nuevo. Me mantiene la mirada y sus ojos se llenan de una indescriptible tristeza.

—Acabé haciéndote daño, ¿no lo entiendes? Pasó exactamente lo que siempre supe que pasaría. Así que me he jurado a mí mismo que me mantendré alejado de ti.

Necesito que entienda que sólo quiero cuidarla. Sus ojos se inundan de lágrimas pero, antes de que derrame ninguna, reacciona.

—Pues vete —murmura demasiado triste, demasiado enfadada.

—¿Crees que no sé que eso es lo que tendría que hacer?

Lo tengo clarísimo, joder, pero no soy capaz de mantenerme alejado de ti.

—¡Hazlo de una maldita vez!

Está cansada, desesperada. Yo también.

—¡No puedo! —Mis palabras nos callan a los dos. Son la pura verdad, como también lo es todo lo que duelen en demasiados sentidos—. Joder, no puedo y no sabes cómo me odio por ello, pero es que ya no sé vivir sin tocarte.

Eres un maldito hijo de puta y no vas a parar hasta que no quede nada de ella.

—Ryan, no sé qué hacer —se sincera al borde de las lágrimas.

—¿De verdad quieres que firme esos papeles?

Dime que no. Pídeme que los rompa en pedazos, que te lleve a casa.

—Ryan —me llama clavando su mirada en el suelo.

—¿Es lo que quieres? —insisto.

Nena, di que no, por favor.

—¡Contéstame!

—¡No lo sé! —responde alzando la cabeza y dejando que al fin mi mirada atrape sus ojos vidriosos—. No lo sé —repite en un murmuro, como si, al fin, se hubiese rendido a la situación.

¿Por qué me tuve que enamorar de ella?

—Maddie —susurro.

Ya no puedo más. Cruzo la distancia que nos separa, cojo su cara

entre mis manos y la beso. Lo hago porque ninguno de los dos quiere lo

que está pasando, porque los dos queremos ser felices, porque ella se

merece serlo, y, en lugar de eso, sé que las dudas regresarán y el miedo volverá a levantar un muro demasiado grande entre ambos. Maddie

agacha la cabeza, apartando su boca de la mía, pero no le permito

esconderse de mí y la obligo a alzarla de nuevo suavemente. Una lágrima

corre por su mejilla. Está asustada, enfadada, triste. Hemos vuelto a subir

demasiado alto y la caída ha vuelto a partirnos en pedazos.

No puedo hacerle esto.

Dejo caer mi frente sobre la suya. Su respiración se acelera. La mía

se agita despacio. La quiero, la quiero más que a mi vida y tengo que

cuidarla.

Voy a cuidarla.

La beso en la frente y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me alejo

de ella.

—Ryan, por favor.

Me llama, pero no puedo escucharla. Si lo hago, no saldré de aquí,

acabaré besándola, haciendo todo lo que deseo hacer, y volveré a hacerle

daño.

La puerta se cierra a mi espalda y el dolor, el desahucio, la rabia y el miedo se alían y lo arrollan todo dentro de mí. No hay nada que me

importe a este lado de la puerta.

Bajo hasta el coche con el paso decidido. Llueve. Me meto en el

BMW y saco el iPhone del bolsillo interior de mi chaqueta.

—Acepta la demanda de divorcio.

No espero respuesta de Lawson. Ya no espero nada.

Abro la botella de Jack Daniel’s aún con las llaves del BMW en la mano. Me quito la chaqueta prácticamente a golpes y dejo caer las dos cosas en el centro del salón. Destrocé su vida y ahora voy a destrozar la mía. Enciendo el equipo de música. *Mi amor*[11] suena a todo volumen. Sólo quiero beber. Olvidarme de todo.

Maddie.

Me despierto en mi cama y otra vez no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí. Empiezo a cansarme de esto. Spencer y Bentley tienen que comenzar a meterse en sus asuntos y dejarme tirado en el puto suelo de la terraza si es allí donde acabo. No necesito niñeras, joder.

Me doy una ducha, me tomo un par de ibuprofenos y me voy a la oficina.

En cuanto me ve aparecer, Tess se levanta de un salto de su silla.

—Señor —me llama saliendo a mi encuentro —, el señor Mackenzie ha llamado varias veces. Stan Matel ha pedido verlo lo antes posible. Ya han llegado los informes de productividad de los astilleros. Sebastian… —revisa su cuaderno de notas a una velocidad vertiginosa—... Duprée ha llamado y me ha pedido que le diga que…

Alzo la mano interrumpiéndola. No me interesa nada de lo que vaya a contarme. Sólo quiero encerrarme en mi despacho y no salir en todo el maldito día. Sin embargo, cuando cruzo la puerta de mi oficina, frunzo el ceño al encontrar a Spencer. Voy a preguntarle qué hace aquí, pero instantáneamente adivino la respuesta. Sólo ha perdido el tiempo. Me humedezco el labio inferior y doy un paso atrás dispuesto a marcharme.

—Ryan…

Se acabó.

—Basta ya —lo interrumpo con la voz endurecida. No grito. No lo necesito—. Déjalo estar —le advierto—. No voy a hablar de esto. No es

asunto tuyo.

Sin decir nada más ni esperar respuesta por su parte, salgo de mi

despacho. No quiero estar aquí. No quiero que se metan en mi vida. Mi

madre llevándose a comer a Maddie. Mi padre, Spencer, Bentley, ¿por qué

no pueden dejarnos todos en paz, joder?

Regreso a Chelsea. Quiero trabajar. Quiero pasar página. Pero, antes

de que la idea cristalice en mi mente, la música vuelve a sonar a todo

volumen. La misma canción y bourbon, demasiado bourbon. Quiero dejar

de pensar, de echarla menos. Quiero dejar de recordar cómo me miraba.

Pero, cada vez que bebo, lo único en lo que puedo pensar es en ella.

Las estridentes guitarras suenan mientras Vanessa Paradis silba. La

canción vuelve a empezar una y otra vez.

Camino hasta el inmenso ventanal del salón y pierdo mi vista en

Nueva York. Maddie adora esta ciudad, como yo. Quizá por eso estábamos

condenados desde el principio. Para los dos, Manhattan era nuestro cuento

de hadas, pero se nos olvidó que esas historias no existen.

Bebo. Bebo todavía más.

Oigo ruidos a mi espalda. Todo se tambalea. Gira. *Mi amor*[12] sigue sonando una y otra vez. Los recuerdos se mezclan con el alcohol. La torre

Eiffel. Las sábanas blancas. Mi nombre en sus gemidos. El Sol. París.

Maddie.

—Nena —susurro.

Me cuesta mantener los ojos abiertos, pero sé que es ella. El mundo podría dejar de girar y yo seguiría reconociéndola en cualquier parte.

Quiero decirle muchas cosas: «Te echo de menos, nena. Déjame arreglarlo, nena. Te quiero, nena.»

Alguien camina hasta mí, me golpea con fuerza en el pecho y no soy capaz de mantener el equilibrio. La botella de bourbon se resbala de mis manos sin que pueda hacer nada por evitarlo. La veo romperse contra el suelo, pero no oigo el ruido.

De pronto estoy en una cama. No es mi habitación. Me revuelvo, pero una manaza sobre mi pecho me sostiene sin problemas contra el colchón.

Mi mente se niega a colaborar, pero sé que la he visto.

Era ella.

Era mi chica.

Me despierto desorientado. Miro a mi alrededor. Estoy en el cuarto de invitados. No me gusta estar aquí. Me levanto de un salto obviando el dolor de cabeza y cruzo el pasillo hasta mi habitación. Me doy una ducha rápida y entro en el vestidor en busca de algo que ponerme. Sin embargo, la coraza que me empeño en construir se resquebraja un poco más cuando me doy cuenta de que la ropa de Maddie no está. Sólo quedan los vestidos de Tommy Hilfiger. Camino veloz hasta la cómoda y abro el primer cajón. No hay rastro de su ropa interior, toda la que hay es de La Perla, la que yo le compré.

Frenético y también desesperado, me paso las manos por el pelo y en ese mismo instante oigo ruidos en la planta de abajo. No pueden ser ni

Finn ni la señora Aldrin, les he prohibido subir. Me humedezco el labio inferior tratando de pensar y regreso al vestidor. Me pongo lo primero que veo: unos vaqueros y un polo azul marino, ni siquiera me molesto en calzarme unas zapatillas, y salgo de la habitación.

Un recuerdo lucha por abrirse paso en mi mente, pero no lo distingo, como si en mitad de la neblina de bourbon y música de Vanessa Paradis, durante un segundo, hubiese sido feliz.

Cuando al fin alcanzo las escaleras, observo confuso cómo Stevens y mi hermano Spencer están poniendo la mesa. ¿Qué hacen aquí? El recuerdo se hace más intenso, pero sigo sin poder atraparlo.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto deteniéndome unos peldaños más abajo.

—La cena, *ratatouille*.

Entonces el recuerdo aparece intacto, mezclándose con una preciosa realidad en la que Maddie está saliendo de la cocina, mirándome como me miraba antes de que toda esta pesadilla empezara.

La observo poner un plato en la mesa y, todo lo que siempre me provoca, me llena por dentro electrificando cada puto centímetro cuadrado de mi cuerpo. No soy capaz de reactivarme hasta que Maddie desaparece de mi campo de visión.

Bajo y camino despacio hasta la mesa. Todos están acomodándose en las sillas.

—Siéntate —me pide Bentley señalando con la cabeza la que está a su lado, justo frente a Maddie.

Maddie. Todavía me cuesta creer que pueda haber en todo el universo

una chica como ella. Sonrío porque es lo único que quiero hacer ahora

mismo y ella me la devuelve sincera, preciosa y dulce.

Tomo asiento, pero no levanto mis ojos azules de ella. La quiero y no

podría quererla más.



27

Maddie se marcha de Chelsea con la sensación más clara que nunca de que

no puede dejar que Ryan continúe así y, al día siguiente, se presenta en su

casa para asegurarse de que no beba. Maddie cree tener claro por qué lo hace, pero, para los dos, cada segundo que pasan juntos mueve su mundo

en demasiados sentidos.

Esa misma noche, Meredith llama a Maddie para invitarla a comer en

Glen Cove. Ella trata de rechazar la invitación, pero la madre de Ryan no

se lo pone fácil y finalmente se ve obligada a aceptar.

—¿Cómo solucionasteis el tema de la subcontratas? —me pregunta

mi padre mientras continuamos paseando por los jardines de Glen Cove.

—Fue muy fácil —respondo algo distraído ajustándome el doblez de

mi camisa blanca.

A pesar de estar a mediados de octubre, hace un sol de justicia.

—Recursos Humanos encontró a la persona adecuada —añado para

que sea Spencer quien se encargue de responder realmente a la pregunta.

Siempre me ha gustado pasear por estos jardines. Me relaja. Todo

está en una extraña calma desde que me levanté esta mañana. Hacía mucho

tiempo que no descansaba tan bien, cuando me dormí con Maddie

acurrucada entre mis brazos, todo fue diferente y al mismo tiempo

increíblemente familiar, como si fuese un soldado que llega a casa tras meses luchando en el frente. Ella es mi paz.

—Hola, imbécil —oigo llamarme a Bentley a mi espalda.

Los tres nos detenemos y yo me giro a tiempo de ver cómo choca su costado contra el mío absolutamente a propósito antes de dedicarle una educada sonrisa a mi padre.

—Buenos días, señor Riley.

—Y tú, ¿qué me cuentas? —le responde rápidamente mi padre—. Hace dos semanas que no te veo. Mi mujer ya quería enviar una patrulla a buscarte.

Bentley sonríe y se encoge de hombros. Sea lo que sea, tiene que ver con Stevens.

—Cuéntame —le pide mi padre echando a andar de nuevo—, ¿de qué va a ir el editorial de *Spaces* este mes?

Estoy a punto de reanudar la marcha con ellos cuando la veo. Acaba de salir al jardín acompañada de mi madre. Está observando cada detalle y una suave sonrisa inunda sus labios. Está preciosa. Cuando alza la mirada y me ve, su sonrisa se ensancha y tengo que contenerme para no salir corriendo, besarla, llevarla a Chelsea y no volver a dejarla salir de mi cama. ¿Qué hace aquí? Lo que ocurrió ayer fue como poder volver a respirar, pero no cambia las cosas. No podemos estar juntos. ¿Es que acaso no lo entiende?

Me humedezco el labio inferior y aparto la mirada de ella.

Tienes que mantener los pies anclados a la realidad, Riley. Por los dos.

Miro hacia donde se han dirigido mi padre, Spencer y Bentley y me uno a ellos. Sin embargo, no soy capaz de mantener mi propia promesa y acabo buscando de nuevo a Maddie con la mirada. Está regresando al interior de la mansión con Thea. Mejor así.

Sé que la conversación continúa, pero, si antes estaba distraído, ahora que sé que Maddie está en la casa, lo estoy aún más. Quiero mantenerme alejado de ella, pero es como luchar a contracorriente contra todo el maldito universo.

Pongo una excusa bastante estúpida y me dirijo a la mansión. No tardo en encontrarla. Está en una de las terrazas que da a los jardines delanteros, con el teléfono en la mano. Su perfecto cuerpo se llena de aire cuando toma una bocanada con la mirada perdida en las impresionantes vistas. Se gira despacio y, al fin, nos encontramos frente a frente. Es la cosa más dulce y preciosa que he visto nunca.

Me deja atrapar sus espectaculares ojos verdes, pero los míos, hambrientos, antes de llegar, la recorren entera. Se fijan en su precioso vestido gris, en cómo el pelo le cae sencillo, incluso un poco desordenado, sobre los hombros. Observan la suave línea de su cuello, su boca. Imagino la mía en cada centímetro de su cuerpo. Sus labios en cada centímetro del mío.

—¿Qué haces aquí, Maddie? —pregunto, y mi voz suena impregnada de deseo.

—No lo sé —musita mirándome inconscientemente a través de sus largas pestañas.

Por Dios, va a volverme completamente loco. No puede ser tan

inocente, tan dulce. No puede ser todo lo que quiero que sea porque ya no

puedo más.

Maddie se gira sobrepasada por todo lo que siente. Lo sé porque yo

me siento exactamente igual.

Con dos pasos, cubro la distancia que nos separa y me detengo a su

espalda. Su delicioso olor me inunda por completo y sonrío al pensar en la tortura que viviré dentro de un par de horas cuando esté impregnado en

mi ropa.

Mi mano vuela hasta su costado y suavemente avanza hasta llegar al

centro de su vientre. Toda su calidez traspasa su vestido y calienta mi

mano, la llena de luz.

—Quiero mantenerme alejado de ti —susurro con la voz ronca,

perdido sin ella—. ¿Cómo crees que me siento cuando te veo en esta

maldita terraza con ese vestido?

Mis dedos se hacen más posesivos sobre su piel y la atraigo hacia mí.

Maddie gime bajito. Joder.

—Vas a volverme loco —sentencio hundiendo la nariz en su pelo.

No había estado más seguro de nada en toda mi vida.

—Ryan —susurra.

Mi nombre en sus labios. El puto motor de mi existencia.

Pero sencillamente no puede ser. Mi sentido común toma el mando y

de una manera casi agónica deslizo mi mano por su cuerpo hasta

separarnos por completo, y doy un paso atrás.

—Thea te está esperando en la cocina —le recuerdo.

Por un momento sólo me mira y simplemente me pone las cosas

todavía más difíciles. Nunca entenderé por qué me resulta tan complicado alejarme de ella.

Finalmente asiente y sale de la terraza al mismo tiempo que yo entro en ella. Su mirada se prolonga sobre mí y se marcha definitivamente con el paso acelerado. Justo antes de alcanzar la puerta, se gira y nuestras miradas se encuentran un vez más. Necesito que se marche ya, que lo haga de este salón, de esta casa, de esta ciudad, que se esconda en un lugar donde el león no pueda encontrarla.

Me doy cuenta de que no puedo permitirme pasar una comida con ella ni tampoco puedo hacerle eso a Maddie. Tuerzo el gesto odiando en silencio una vez más la situación y bajo al patio con la intención de contarle a mi madre que tengo que marcharme por motivos de trabajo.

Nadie cuestionará una llamada de la oficina.

Sin embargo, cuando llego a la enorme pérgola, todos están ya sentados a la mesa. Mi mirada se cruza un segundo con la de mi madre y lo que veo en ella me desarma un poco más, como si sin palabras me pidiese que no haga lo que estaba a punto de hacer y tome asiento. Yo exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Estoy cansado de luchar contra el mundo.

Apenas unos segundos después, llega Thea seguida de Maddie.

Nerviosa, mira a su alrededor buscando su sitio y aún más tímida lo ocupa. Thea comienza a charlar sobre el postre que han preparado o cualquier otra gilipollez. No me interesa lo más mínimo. No puedo dejar de mirarla. Cómo contempla nerviosa su copa de vino, cómo trata de no desentonar delante de mis padres atendiendo a todos los detalles con una sonrisa, tratando de no parecer inquieta, derrochando toda esa inocencia,

como una niña a la que sientan por primera vez en la mesa de los mayores. Se siente exactamente igual que la primera vez que vino aquí y eso me enfada un poco más. ¿Por qué tuve que perder tanto tiempo? ¿Por qué no pude hacer antes lo que me moría de ganas de hacer? Hubiese acabado jodiéndola igual, pero, por lo menos, nos habría dado más tiempo para ser felices.

Alza la cabeza y nuestras miradas vuelven a encontrarse.

Me comporté como un gilipollas y cometí demasiados errores, por eso sé que te mereces algo mejor, nena.

—Y, cuéntanos, Maddie… —le pregunta mi madre—, ¿te gustó París?

Ella sonríe nerviosa. Está claro que no quiere tener que hablar de nuestra luna de miel. No tiene por qué pasar por esto. Voy a intervenir pidiéndole a mi madre que no saque el tema, pero Maddie se mete un mechón de pelo tras la oreja e inclina suavemente su precioso cuerpo hacia delante dispuesta a hablar.

—Sí. Es precioso —musita.

—París me encantó —interviene Thea.

Mi madre asiente y centra su atención en mi cuñada. Mi padre continúa mirando a Maddie. Lo hace lleno de compasión y culpabilidad, pero también de rabia. Es la misma manera en la que la miro yo cuando recuerdo todo lo que ha sufrido.

—¿Has estado allí? —le pregunta Maddie a Thea con la clara intención de que la conversación no se centre en ella misma.

—Sí —responde feliz—. Spencer me llevó. Fue nuestro primer viaje romántico. Dios, fue hace una eternidad —recuerda con cariño—. Ni

siquiera estábamos casados.

Así es como yo hubiese querido que Maddie recordara nuestra luna de miel.

—Quizá Maddie también habría preferido conocer París así — interviene mi padre.

Su mirada se clava inmediatamente en la mía. Está decepcionado conmigo y dolido por la situación, pero yo lo estoy más, mucho más, joder.

—No en una luna de miel precipitada —sentencia.

—Déjalo estar —replico con la voz endurecida.

El ambiente enmudece e involuntariamente todos nos prestan atención.

—Te advertí que pasaría esto —continúa visiblemente molesto.

—Déjanos en paz, joder. —La rabia apenas está contenida en mi voz —. ¿Por qué no podéis dejarnos todos en paz de una maldita vez? ¡Soy yo quien la ha perdido!

—Porque tú nunca escuchas a nadie —sentencia mi padre sin un solo gramo de duda— y esa pobre chica es la mejor prueba de ello.

—No te atrevas a hablar de ella —mascullo sereno, exigente. Maddie

es lo único bueno que tengo y no pienso convertirla en un tema más de discusión. Vale más que yo, más que todos los que están sentados en esta maldita mesa—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Y te has preguntado alguna vez si tú has sido lo mejor que le ha pasado a ella?

No lo ha dicho para hacerme daño, ni siquiera porque esté enfadado.

Lo ha dicho porque de verdad lo cree y eso me destroza un poco más. Soy consciente de cómo cambia mi mirada. Le hice demasiado daño y, por mucho que me arrepienta, las cosas nunca van a cambiar.

—Lo es —responde Maddie levantándose, llena de seguridad, de fuerza, de amor—. Aunque ya no podamos estar juntos, siempre voy a querer a Ryan y siempre voy a estar tan enamorada de él que me cueste trabajo respirar. No podemos volver porque han pasado demasiadas cosas y lo realmente triste es que la mayoría de ellas ni siquiera han sido culpa nuestra. Pero eso no cambia lo que siento, lo que sentimos.

Una lágrima escapa por su mejilla y se obliga a sonreír para disimularla.

Te quiero más que a mi vida, nena.

—Tengo que irme —musita moviendo su silla.

Se mueve nerviosa, acelerada. No quiere romper a llorar.

Sale corriendo. Apenas ha atravesado la puerta cuando yo lo hago detrás. Me importa una mierda lo que cualquiera de ellos tenga que decir al respecto.

—Maddie —la llamo, pero no se detiene.

Cruza la casa como una exhalación y alcanza de nuevo el camino de

piedra.

—¡Maddie!

Llega al coche. Está demasiado nerviosa. Lo entiendo, pero no pienso

dejar que se marche, no después de haberme defendido así. La alcanzo en

el momento en el que abre la puerta del Mini en el que ha venido y la cierro de golpe. Ella suspira derrotada, rindiéndose.

—Maddie —vuelvo a llamarla y algo en mi voz ha cambiado

mientras la obligo a girarse y cojo su preciosa cara entre mis manos—.

Maddie.

Sólo tú, nena. Tú eres lo único que me importa.

Pierdo mis dedos en su pelo y dejo que todo lo que siento por ella me

arrolle una vez más. La quiero. Odio tener la sensación de que nuestras

heridas nunca van a cicatrizar y, si lo hiciesen, volverían a repetirse.

Nuestras respiraciones se aceleran.

¿Por qué has tenido que venir? ¿Por qué has tenido que defenderme?

—No tendrías que haber venido —susurro.

—Lo sé.

La situación no ha cambiado. Nunca va a cambiar.

Maddie se separa suavemente y entra en el coche. No digo nada y

dejo que lo haga. El dolor se queda conmigo otra vez. Arranca el Mini. La

gravilla resuena bajo las ruedas. La observo alejarse de mí. No hay un

final diferente. Tiene que marcharse. Yo sólo le hago daño.

Mis ojos azules se cruzan con los suyos verdes una vez más. El dolor

es más amargo, más cortante, más gris.

De pronto apaga el motor. Ninguno de los dos dice nada. No dejamos

de mirarnos. Se baja del coche, pero su sentido común parece gritarle el error que sería y se queda de pie junto a la puerta abierta.

Me prometí protegerla siempre y es ahora cuando tengo que demostrarlo. De pronto la imagino sonriendo, feliz, con una niña preciosa en brazos que tiene los ojos grandes y verdes como los suyos. Se siente segura, amada, feliz. Yo no puedo robarle eso. Nunca me lo perdonaría.

Maddie da un paso hacia mí, pero yo desuno nuestras miradas, pierdo la mía al fondo, al enorme jardín por un solo segundo, y, sin decir nada, giro sobre mis pasos y me dirijo de nuevo a la mansión.

El dolor se queda conmigo. Siempre.

Estoy bordeando la casa cuando oigo de nuevo las ruedas aceleradas sobre la gravilla. No la veo marcharse. No quiero alargar más la agonía y entro definitivamente. Sin embargo, ni siquiera he cruzado el vestíbulo cuando me doy cuenta de que no quiero estar aquí. Vuelvo sobre mis pasos, llego hasta mi BMW y simplemente me marcho.

Abro los ojos desorientado y los clavo en el techo. Todos los techos son iguales, así que tampoco tengo muy claro dónde estoy. Lo más triste es que ni siquiera me sorprendo. Cierro los ojos y trato de hacer memoria. El último recuerdo mínimamente nítido que tengo es en mi estudio. ¿Qué hago aquí? Ladeo mi cuerpo levantando la cabeza y resoplo. No puedo seguir así.

—Por fin te levantas, bella durmiente.

¿Bentley?

Abro los ojos con esfuerzo y lo veo sentado en el suelo de mi habitación con la espalda apoyada en mi cómoda de diseño y su portátil

sobre las piernas.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto confuso.

—Tenía miedo de que te tragaras tu propia lengua —me explica burlón con un lápiz entre los dientes sin levantar la vista de su ordenador.

—Lárgate —digo sin más.

—No puedo. Spencer y yo nos lo jugamos a piedra, papel o tijeras y perdí yo.

Sé lo que está haciendo, pero no lo necesito. Sólo quiero estar solo.

—Hablo en serio. Lárgate —repito.

—¿Hablar en serio? Me parece genial —se apresura a replicarme—. ¿Qué coño estás haciendo, Ryan?

Yo me giro hasta que mi espalda vuelve a apoyarse en el colchón.

—La echo de menos.

Y por primera vez no protesto malhumorado, no lo digo a regañadientes. Es lo que siento y estoy tan cansado de luchar que no quiero tener que seguir peleando para negarlo. La echo tanto de menos que me duele respirar.

Bentley suspira largo y profundo

—¿Y crees que bebiendo la vas a recuperar? —Su tono se ha llenado de compasión—. ¿Por qué no hablas con ella? —se apresura a decir—. Sé que han pasado muchas cosas, pero Maddie te adora.

—Maddie se merece ser feliz.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo la jodí.

Bentley da otro largo suspiro y echa la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared. Sabe que tengo razón, por eso no tiene nada que decir.

—¿Qué hora es?

—Son casi las seis —responde mirando su reloj de pulsera.

Lo miro confuso.

—¿Has pasado aquí toda la noche? —inquiero incorporándome hasta sentarme.

Él se encoge de hombros restándole importancia.

—Tenía mucho que hacer.

Lo miro con un «gracias» en los pulmones que mi garganta se niega a dejar salir. Cada día me quejo de Spencer y de él, pero lo cierto es que no tengo ni la más remota idea de qué haría sin ellos.

Me dejo caer de nuevo en la cama y resoplo con fuerza. Hoy voy a firmar los papeles del divorcio... por eso, entre otras cosas, he vuelto a beber hasta caer rendido. Que sepa lo que tengo que hacer no significa que me guste hacerlo.

Después de una ducha, desayuno con Bentley. La señora Aldrin lo adora, cómo no, y le prepara *crêpes* de limón y nata, sus preferidas. Insiste en que me vaya a la oficina con él, pero no quiero hacerlo. Hoy no estoy de humor para lidiar con problemas que en el fondo me importan una mierda. El divorcio se firma a las diez, a esa hora estaré allí.

Me paso el par de horas siguientes encerrado en mi estudio mirando las fotos que imprimí de Maddie. No sé por qué estoy torturándome de esta manera.

A las nueve y media bajo las escaleras ajustándome los gemelos. Finn

me lleva al Riley Group y, sin cruzar una sola palabra con nadie, llego a la

planta doce, el departamento Jurídico.

—Buenos días, señor Riley —me saluda Wyatt Lawson.

—Quiero que esto vaya lo más rápido posible.

Ya se lo advertí hace dos días, cuando se presentó en mi despacho con

una estrategia muy elaborada sobre cómo conseguir que el divorcio no me costara un céntimo. Estuve a punto de despedirlo allí mismo. Maddie

tendrá todo lo que quiera. Ésa es la única norma aquí.

Lawson asiente y me señala uno de los asientos a un lado de la mesa,

él se sienta junto a mí.

No quiero hacer esto, joder.

No pasan más de un par de minutos hasta que la puerta se abre y

Maddie entra en la sala seguida de su abogado. La miro y todo mi cuerpo

me grita desesperado que la cargue sobre mi hombro y la saque de aquí.

Cierro los puños con rabia y dejo que, despacio, mi sentido común y mi

autocontrol se hagan con la situación. Esto es lo mejor para ella. No tengo

que darle más vueltas.

—Si les parece, podríamos comenzar —propone su abogado

tomando asiento junto a ella.

Lo miro un segundo. Ese gilipollas debe de tener la misma edad que

Maddie. Es sólo un crío, joder.

—Señor Saxs, creo que será muy rápido —comenta Lawson—. El

señor Riley está dispuesto a darle a la señora Riley todo lo que pida.

Su abogado sonríe. No me gusta nada esa sonrisa.

—Pues me temo que sí, será muy rápido —replica—. La señora Riley no quiere nada.

¡No puede ser verdad! ¿Va a comportarse como una maldita cría incluso ahora? ¿Por qué tiene que poner las cosas tan difíciles, joder?

Lawson y su abogado comienzan a discutir sobre el acuerdo de divorcio. Tendría que haberlo firmado y así ella ahora no tendría más remedio que aceptar los once millones de dólares y una pensión mensual de quince mil.

—Lo único que la señora Riley pide —explica Saxs— es el apartamento sito en el 222 de la calle 10 Oeste, en el Village.

Lawson me mira, no tiene por qué, Maddie puede tener lo que quiera.

Aun así, asiento imperceptiblemente. No quiero alargar más esta maldita agonía.

—Por supuesto. De hecho podemos dejar firmados los papeles del cambio de titularidad del apartamento.

Su abogado alza la mano con la que sostiene el bolígrafo. ¿Qué coño pasa ahora?

—La señora Riley no quiere la propiedad del inmueble. Quiere pagar un alquiler por él similar al que le pagaba al señor Stabros, el anterior propietario. Así mismo, desea que el apartamento pase a formar partes de las inmobiliarias del Riley Enterprises Group y sea con ellos con quien tenga que tratar todos los asuntos derivados del contrato de arrendamiento.

Lo compré para ella, ¿es qué no puede entenderlo? La idea de cargarla sobre mi hombro y sacarla de aquí cada vez cobra más sentido.

Sólo puedo pensar en follármela hasta hacerla entrar en razón. ¿Cómo pudo siquiera imaginar que la dejaría salir de aquí con las manos vacías? Lawson me mira y yo asiento a la vez que me humedezco el labio inferior. De su propiedad o del Riley Group, para mí es lo mismo. No dejaré que las inmobiliarias cobren uno solo de sus cheques y, cuando recupere el sentido común, podrá recogerlos. El apartamento es suyo. No pienso ceder.

—Así mismo, la señora Riley desea devolver al señor Riley, y que así se haga constar en los acuerdos de divorcio, los anillos de compromiso y boda. —Se inclina sobre su maletín, trastea unos segundos en él y finalmente saca un pequeño sobre que deja sobre mesa—. Están valorados en 381.000 y 524.000 dólares, respectivamente. Además de una cinta roja y una pulsera de bisutería sin valor nominal, pero que, insisto, la señora Riley desea devolver.

Los anillos me importan una mierda. Los compré para ella y puede hacer con ellos lo que le plazca, pero esa pulsera y, sobre todo, esa cinta roja tienen un significado completamente diferente. Son exactamente como es ella, cómo yo me sentía estando con ella. ¿También está dispuesta a renunciar a eso?

Los abogados continúan hablando de aspectos legales y documentos, pero yo no puedo levantar la mirada de Maddie. La estoy dejando huir de mí porque es lo mejor para ella. Sólo me permito concentrarme en esa idea. La montaña rusa ha llegado a su fin.

Su abogado coloca la demanda de divorcio frente a Maddie. Aturdida, desune nuestras miradas y contempla los documentos como si acabaran de

sacarla de un sueño. Le ofrece un bolígrafo y ella lo coge. Es obvio que

no quiere hacerlo y eso sólo refuerza la idea de que esto es lo mejor.

Tengo que cuidar de ella y alejarla de todo el dolor.

Firma. Mi mundo vuelve a partirse en pedazos.

Maddie sigue el dosier que cambia de abogado hasta que llega a mí y

por un momento tengo la sensación de que sus enormes ojos verdes me están suplicando que no los firme, que la convenza de que todo esto es una

mala idea y deberíamos estar juntos. Yo resoplo y agarro el bolígrafo de

Lawson con fuerza.

Estoy haciendo lo mejor para ti.

Firmo. El desahucio se multiplica por mil.

Prácticamente en el mismo instante que el bolígrafo cae sobre los

papeles, me levanto y salgo disparado del despacho.

Adiós, nena.

He hecho lo que tenía que hacer y el dolor ha sido sobrehumano.



28

Maddie y Ryan vuelven a discutir. Están demasiado dolidos. Ryan le deja

claro que, aunque sea lo más complicado a lo que haya tenido que

enfrentarse, se mantendrá alejado de ella. Maddie acepta tener una cita con Sean Hannigan, aunque no está segura de que sea una buena idea.

Es tardísimo cuando Maddie se está marchando de la oficina. Ryan

todavía sigue en su despacho. Ella ni siquiera es consciente de por qué sus

pies la están guiando hasta allí, pero, cuando Ryan la besa, parece

comprenderlo todo. Vuelve a ser feliz, pero no puede dejar de pensar que

es el error más kamikaze que podría cometer, acaban de firmar el divorcio.

Tras un «no puedo» lleno de lágrimas, Maddie se va y Ryan no la detiene.

El mejor día de mi vida fue en París. Maddie llevaba un vestido rojo.

Yo la estaba observando desde la puerta mientras ella se pintaba los labios frente al espejo del baño con ese color que me vuelve loco. Trataba de convencerme para que saliéramos a dar una vuelta. No paraba de decir que quería ver el *Sacré Coeur*, el barrio de los pintores. Yo acaricié suavemente el bajo de su vestido rojo sin llegar a tocar su piel y mi mano subió decidida hasta tomarla por la cadera. La besé con fuerza y, obviando sus protestas, la dejé caer sobre la maraña de sábanas blancas. Tenía una sonrisa con la que podía iluminarse todo París. Volví a besarla y no dejé de hacerlo durante horas. Besándola, acariciándola. Sin pasar de los preámbulos, disfrutando de la suave impaciencia que el deseo iba creando en cada hueso de mi cuerpo. Disfrutando de ella.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás hasta perder mi mirada en el techo. Jugueteo con el vaso de bourbon entre mis dedos.

Ya no puedo más.

Prometí mantenerme alejado de Maddie, luché para que ella se alejase de mí, pero, cuando ayer volvimos a besarnos y cuando esta mañana vino a mi despacho, todo volvió a empezar. La batalla interna volvió a empezar.

Estábamos otra vez al principio de nuestra historia. Otra vez luchando contra el mundo, teniendo que renunciar a lo único que quiero.

Recuerdo cómo me miraba aquel día, cómo mis manos se perdían

bajo su vestido rojo. Recuerdo toda esa paz.

Resoplo y cierro los ojos de nuevo tratando de concentrarme en ese sentimiento, tratando de ser feliz.

Ojalá las cosas fueran tan fáciles.

Miro el reloj. Es tardísimo. Cojo la chaqueta y salgo de la oficina.

Todo está en el más absoluto silencio. Llamo al ascensor y bajo tratando de no pensar. Una tarea difícil. El quedo pitido me avisa de que hemos llegado al vestíbulo. Me coloco la chaqueta y salgo del ascensor ajustándola sobre mi cuerpo con unos pequeños tirones de las solapas.

Al alzar la mirada, no sé si soy el hombre con la peor suerte del mundo o con la mejor.

Está preciosa, joder. Su respiración se acelera suavemente y me observa nerviosa con las manos entrelazadas sobre su precioso vestido rojo.

No puede ser verdad. No puede llevar precisamente hoy ese vestido.

—¿Qué haces aquí, Maddie? —pregunto con la voz endurecida.

Se muerde el labio inferior y evita mi mirada. Está nerviosa y está preciosa, un maldito sueño hecho realidad.

—Bentley necesitaba unos documentos —me explica— y ahora la puerta está bloqueada y no consigo salir.

La observo un momento y me contengo para no abalanzarme sobre ella. Suena insegura y por un instante tengo la sensación de que me está pidiendo que la lleve a ver la torre Eiffel.

Nena, te echo tanto de menos.

Me meto el iPhone en el bolsillo de los pantalones y me encamino

hacia la puerta. Al pasar a su lado, todos mis instintos se recrudecen, como si mi cuerpo gritara su nombre a pleno pulmón.

Llego hasta la puerta, marco un código en la consola que hay junto al pomo de la entrada principal e inmediatamente se desbloquea.

—Ya puedes salir —la informo abriendo la puerta y manteniéndola así.

Algo dentro de mí se arrepiente de cada paso que la acerca a la salida. Ciérrala, llévatela a tu despacho y no volváis a salir jamás.

Maddie atraviesa la puerta, pero, justo cuando pasa a mi lado, la tentación es demasiado grande y no puedo evitar alzar la mano y acariciar suavemente el bajo de su vestido rojo. El suave contacto me trasporta de nuevo a París, a nuestra *suite*.

—Estás preciosa —susurro con la voz ronca.

Maddie alza la mirada y se encuentra de inmediato con la mía.

Suspira bajito y el tenue sonido reverbera por todo mi cuerpo.

—Tengo que irme —musita fingiendo una seguridad que no siente.

Asiente como si necesitase autoconvencerse de que es una buena idea y sale definitivamente. Yo la sigo con la mirada endurecida y lleno de un desahucio que apenas puedo gestionar. Pero nada es comparable a cómo me siento cuando lo veo a él, a Sean Hannigan, esperándola junto a un taxi a los pies de la acera.

—No vas a irte con él —rujo, y no lo hago yo, lo hace el león.

Maddie se gira despacio y nuestras miradas se entrelazan al instante.

Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Ryan, lo que haga ya no es asunto tuyo.

Nena, no podrías estar más equivocada. Sobre todo, hoy y, sobre todo, con ese vestido.

—Claro que es asunto mío —sentencio—. Tú eres asunto mío.

—Ya no.

Ahora mismo no puedo pensar. ¿De verdad es lo que quiere? ¿Largarse con ese gilipollas? ¡Estoy muy cabreado, joder!

—Tú fuiste el que dijo que lo nuestro había terminado como tenía que terminar. Yo sólo intento seguir adelante con mi vida.

¡Sé perfectamente lo que dije! Pero no puede pedirme que la vea largarse con otro tío y que encima sonría feliz. ¡Es mía!

—Dijiste que nunca me harías daño —añade con el dolor de una herida demasiado profunda traspasando su voz—. Demuéstramelo.

Cierro los puños llenos de rabia. No puede pedirme eso.

Maddie vuelve a girar sobre sus perfectos zapatos y comienza a caminar. No puede pedírmelo, joder. Me paso las manos por el pelo sin levantar la vista de ella. No puedo. No puedo.

¡No puedo!

Cruzo la distancia que nos separa con paso acelerado. Maddie va a subirse al taxi y ese gilipollas tiene apoyada su mano al final de su espalda.

¡Joder!

—Quítale las manos de encima a mi mujer. —Mi voz suena dura, ronca, rebosante de una amenaza que le deja claro que el dueño del mundo está reclamando lo que es suyo.

Hannigan se aparta conmocionado y Maddie, que aún no había llegado a montarse en el taxi, se aleja unos pasos del vehículo.

—Ryan —me llama.

Sé lo que va a decirme y no quiero escucharla.

—Me da igual lo que dije, Maddie. Me da igual lo que se supone que es mejor para nosotros. Puede que me esté comportando como un auténtico hijo de puta, pero no he tenido nada más claro en toda mi vida.

Arrogancia. Control. Rabia. Me siento exactamente así. Soy exactamente así.

—Riley…

—No te metas en esto, Hannigan.

Maldita sea, más le vale no decir una puta palabra.

—Claro que voy a meterme. Ya no puedes decirle ese tipo de cosas.

Doy un paso hacia él y clavo mis ojos en los suyos. El mensaje es simple. Más te vale entenderlo.

—No se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer.

Es Maddie, maldito capullo. Dirígele la palabra una sola vez más y acabarás la noche en un puto hospital.

Hannigan parece captar el mensaje y se aleja un par de pasos. Maddie lo observa como si pretendiese asegurarse de que está bien o, al menos, pedirle perdón, y eso me quema por dentro. Después me mira a mí. Sus ojos verdes están salpicados por una decena de emociones: odio, rabia, dolor, frustración, cansancio…

¿Sabes qué? Yo también siento todo eso y tampoco querría sentirlo.

¡No puedo más, joder!

—Sean, siento todo esto. No tendría que haber aceptado. Perdóname

—murmura cogiendo su bolso del taxi y caminando hasta el borde de la

acera para parar otro.

Justo antes de montarse, me mira y un sentimiento se une a todos los

que veía antes. Está demasiado triste.

Maddie se aleja. Miro a Hannigan y tengo que contenerme para no

partirle la cara. Comienzo a caminar. No pienso perder un solo segundo

con él. Tengo que buscar a Maddie.

—No puedes salirte siempre con la tuya —me reta Hannigan.

Sus palabras me detienen en seco. Mi mirada se endurece. Me giro y,

antes siquiera de que me vea venir, lo cojo de las solapas y lo estampo contra el taxi aún detenido a su espalda.

—Aléjate de ella —mascullo.

El conductor se baja vociferando algo de la carrocería y de llamar a

la policía. Me importa una mierda.

—No pienso repetírtelo —sentencio.

Le sacudo de nuevo y me separo de él. Quiero pelea, mandarlo a un

hospital. Exhalo brusco. Cierro los puños con rabia. No puedo perder el

tiempo con este gilipollas. Tengo que verla.

Regreso a los garajes del Riley Group y me monto en el BMW.

Arranco y salgo hecho una exhalación, obviando el tráfico y el peligro

intrínseco. No puedo dejar las cosas estar y que piense todo lo que está pensado ahora mismo.

Mi iPhone comienza a sonar. Lo saco dispuesto a colgar y lanzarlo en

el asiento del copiloto cuando veo que su nombre parpadear en la pantalla.

—Dijiste que ibas a mantenerte alejado de mí —me recrimina llena

de rabia en cuanto descuelgo.

—¿Y crees que no estoy luchando por eso, joder? —rujo.

Es lo único que quiero. Ojalá fuera algo fácil. ¡Ojalá pudiera olvidarme de ti!

—¡Dijiste que ibas a dejarme ser feliz!

¡Quiero que seas feliz! ¡Es lo único que deseo!

—¿Dónde estás? —pregunto arisco, exigente, conduciendo como un auténtico gilipollas.

—¿Y a ti que te importa, Ryan? —replica furiosa—. No me puedo creer que me hayas hecho esto.

¿Tantas ganas tenía de perderse con ese imbécil? Aprieto el volante con fuerza. Resoplo y me freno en seco a mí mismo. Sé que las cosas no son así. Hannigan no es el problema.

—¿Dónde estás? —la apremio.

¡Contéstame!

—Estoy regresando a mi apartamento. Es lo que querías, ¿no?

Giro por la calle Bleecker antes siquiera de que termine sus palabras.

—Que me pase otra noche en vela sin poder dormir pensando en ti —continúa sin darme tiempo a responder—. Eres un egoísta de mierda y un gilipollas. Sólo quieres controlarme para saber que siempre vas a tener a una pobre tonta enamorada de ti.

¿Por qué siempre tiene que verme de esa manera, como si sólo me interesase utilizarla? ¡Yo la quiero, joder!

—Las cosas no son así —mascullo.

Estoy muy cabreado. Serpenteo entre los coches. Varios me tocan el claxon; con más énfasis que todos, un Porsche Cayenne.

Llego a su calle. Me bajo del vehículo dejándolo de cualquier manera sobre la acera y corro hasta su edificio. No es nada nuevo.

—Puede que esta vez te haya salido bien —dice tras unos segundos. Suena resignada, aún más cansada, pero también más furiosa—, pero vas a tener que empezar a acostumbrarte. —Subo las escaleras—. Habrá más citas, porque lo nuestro se ha acabado.

Cuelga y yo alcanzo su rellano. La puerta de su apartamento está abierta, pero sé que no le ha pasado nada. También soy plenamente consciente de que no la ha dejado abierta con la esperanza de verme aquí. Sin embargo, todo eso da igual. Todo a nuestro alrededor ya da igual.

Cierro de un sonoro portazo y cruzo su pequeño salón. Entro en su habitación e inmediatamente nuestras miradas se encuentran. Estoy furioso, dolido, triste, tengo tanta rabia dentro que casi no puedo respirar, pero también la deseo, la deseo hasta volverme prácticamente loco.

—Lo nuestro no se ha acabado —sentencio salvaje, arrogante —. No se acabará jamás.

Rodeo la cama que nos separa hasta llegar hasta ella, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza. Hola, París. Hola, sábanas blancas, torre Eiffel, vino, amor, Maddie.

Hola, nena.

Mis manos vuelan por sus costados y se anclan a sus caderas y esa perfecta toma de posesión de mis dedos transforma el ambiente en pura electricidad y nos ata a los dos para siempre.

Maddie gime contra mis labios y yo he vuelto al único lugar donde quiero estar.

Seguimos besándonos. Ni siquiera acepto renunciar a su boca para quitarle el vestido y sólo me separo de ella para dejar pasar la tela cuando se la quito por la cabeza.

Nos dejo caer sobre la cama y vuelvo a zambullirme en París, en el mejor día de mi vida materializado otra vez en cada centímetro de su cuerpo.

Con manos torpes, se deshace de mi corbata y uno a uno desabrocha acelerada los botones de mi camisa. La desliza por mis hombros y sus ojos se pierden en mi piel.

El león está desbocado.

La beso, la muerdo, lamo todo su cuerpo. Quiero disfrutar de ella. Quiero torturarla. Quiero hacerla gemir mi nombre hasta que ya no pueda siquiera respirar.

Se deshace de la ropa que aún llevo puesta y yo me dispongo a hacer lo mismo con la suya. La suave tela de algodón de sus bragas cede entre mis dedos con un certero y hábil tirón. Ella me recompensa arqueando su suave cuerpo contra el mío y creo que no la he tenido más dura en toda mi maldita vida.

Entro en ella con un solo movimiento y, por una milésima de segundo, todo está en silencio. No me importa nada, nada de lo que hay a nuestro alrededor. Todo lo que he pasado estos días, toda la rabia, el desahucio, el dolor, se desvanecen. Respiro con fuerza y ella es mi

oxígeno. El motor de mi existencia. El agua fresca cuando estoy muerto de sed.

Gime febril retorciéndose debajo de mí y vuelvo a la realidad. Me muevo duro, fuerte, llegando cada vez más lejos en cada estocada, deseándola más, queriéndola más. Ella gime, tiembla suavemente, se deja llevar. Me despide con impaciencia y me recibe encantada, con la misma veneración que yo le dedico cuando me mira con los ojos entrecerrados tras sus largas pestañas. Ésta es mi casa, mi templo, mi hogar. Es mi puta religión. Lo único que necesito. Lo único que quiero. Ella es todos y cada uno de los momentos felices de mi vida.

Trata de contenerse, pero todo es completamente inútil.

—Ryan —gime.

Y eso es lo mejor de todo el jodido universo.

Acelero el ritmo. Mis caderas chocan contra las suyas y se acoplan perfectamente.

Gime. Gimo. Grito. Sin piedad.

Su cuerpo estalla en un maravilloso orgasmo que lo es aún más sintiéndolo desde dentro, bombeando una vez y otra en su parte más cálida para que suba un escalón de placer tras otro, que sólo sepa gemir mi nombre con los ojos cerrados, que su cuerpo, su placer y todo su amor me pertenezcan.

No me detengo. No quiero. La echo demasiado de menos. Me muevo aún más rápido, más brusco. Tiembla.

Placer. Placer. Placer.

Y me pierdo en lo más profundo de su precioso cuerpo gritando

indomable su nombre.

Te pertenezco, nena.

Salgo despacio y todo su cuerpo se estremece. Me dejo caer a su lado

y clavo mi vista en el techo. No quiero pensar. Todavía no. Necesito disfrutar de cómo me siento estando con ella un segundo más, pero mi

mente no me concede esa tregua y todo lo que nos separaba antes de

atravesar Manhattan como un loco kamikaze, de entrar en su casa, de

besarla, vuelve con más fuerza que nunca.

Maddie se levanta de prisa, recoge su vestido del suelo y se lo pone

rápidamente.

—Será mejor que te vayas —me pide casi en un murmuro tratando de

sonar segura. No lo consigue.

—Sí, será lo mejor.

«¿Qué coño has hecho, Riley? ¿Todavía no te has cansado de joderle

la vida?»

Me levanto de prisa, malhumorado por demasiadas razones, y me

pongo los bóxers y los pantalones veloz. No la miro. No quiero. No puedo

permitirme echarla ya de menos.

Recupero mi corbata roja de la cama y la guardo en el bolsillo de mis

pantalones ante la atenta mirada de Maddie. Sé que es su corbata preferida.

Me pongo la chaqueta tratando de obviar cómo me siento y, tras

ajustármela, me coloco bien los gemelos y los puños. Ahí están otra vez

todo ese puñado de gestos mecánicos, pero ahora tienen un sentido

completamente diferente.

Alzo la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sabía, o por lo

menos imaginaba, que estaría enfadada, frustrada, triste, todo lo que yo también siento, pero Maddie, una vez más, se siente sobrepasada, pequeña, y eso puede conmigo porque siempre he tenido la sensación de que a mi lado se ha sentido así. Yo quería darle el mundo. ¿Acaso nunca lo entendió? De pronto la rabia crece todavía más.

La sensación se recrudece cuando dejo caer las manos hasta mis costados, esperando a que emprenda la marcha y salgamos de la habitación, pero, tras rodear la cama, prácticamente al llegar a mi lado, Maddie se detiene y, tímida, señala la puerta. Yo me humedezco el labio inferior fugaz y pierdo mi mirada en las cajas aún sin desembalar. ¿Aún no ha sacado sus cosas de las cajas? ¿Por qué? Si la situación fuese a la inversa, sólo habría un motivo por el que yo no habría desembalado mis cosas y sería por la temeraria idea de pensar que todavía podríamos tener una oportunidad. Instintivamente todo mi cuerpo se tensa. Tiene que dejar de pensarlo.

Cuando vuelvo a mirarla, sin quererlo, mis ojos lucen aún más ariscos e intimidantes.

Tienes que ser feliz, nena, y a mi lado nunca vas a poder serlo.

Le hago un leve gesto para que pase delante y salimos en silencio de la habitación.

Al llegar a la puerta, agarra el pomo con fuerza y, justo antes de girarlo, se muerde el labio inferior. Abre y se hace a un lado con la madera. Cruzo el umbral y me giro para que quedemos frente a frente.

Ella ni siquiera me mira y sus preciosos ojos verdes están clavados en el suelo. Debería hacer lo que tengo que hacer y decirle que se aleje de mí, que lo que ha pasado ha sido un error y que tiene razón, que debería tener

más citas, conocer a alguien que merezca la pena.

—Maddie, mírame —le ordeno suavemente.

Duda, pero finalmente alza la cabeza. Cuando sus ojos verdes se

encuentran con los míos, todo lo que sé que debería hacer sencillamente se

evapora. La quiero y no puedo renunciar a ella.

Sin decir nada más, echo a andar. Ahora mismo me siento miserable.

No puedo estar con ella y tampoco soy capaz de permitir que esté con

otro. ¿Qué futuro nos espera? ¿Qué futuro le espera a ella? Me juré

protegerla de todo y ese *todo* me incluye a mí.



29

Maddie nunca ha estado tan confusa. Volver a estar con él ha sido

sencillamente increíble, pero tiene demasiado miedo. Haciéndole caso a su

corazón y a su cuerpo, busca a Ryan y le dice que quiere que vuelvan a acostarse, pero que ella pondrá las condiciones. Ryan acepta, aunque no

tarda en quedar claro quién sigue llevando el control. Durante el sexo,

todo vuelve a ser exactamente como era antes, pero después los miedos

regresan todavía con más fuerza.

Maddie está confundida, aturdida, casi conmocionada. Ni siquiera se

siente con fuerzas para cogerle el teléfono a su padre y explicarle que se

ha divorciado.

Sigue siendo preciosa, aunque ahora está demasiado delgada. Está

sentada en la mesa de uno de los redactores, reunida con un pequeño

grupo de ellos. Les explica la maqueta, comportándose como la increíble

editora que será algún día. Agarra el grueso trozo de cartón con las dos manos sobre sus muslos

y se inclina hacia delante para responder a una pregunta. Ese vestido es un maldito sueño.

De pronto mi iPhone comienza a vibrar en el bolsillo interior de mi chaqueta. Lo saco con el ceño fruncido y observo la pantalla. Es el padre de Maddie. Alzo la mirada y vuelvo a buscarla a través de los cristales de la sala de reuniones hasta que nuestras miradas se encuentran un solo momento. Parece nerviosa. Algo me dice que sabe perfectamente quién me está llamando.

Me levanto con el móvil en la mano y todos los ejecutivos me miran como si el maldito edificio se estuviera derrumbando preso de las llamas. Son una pandilla de gilipollas. Ni siquiera me molesto en darles una excusa.

—Sigan sin mí. —De todas formas, tampoco estaban diciendo nada interesante.

Salgo de la sala de juntas y me dirijo a mi despacho.

—Señor Parker —lo saludo cuando ya me he alejado unos pasos—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Ryan, perdona que te llame. Supongo que estarás muy ocupado.

Abro la boca dispuesto a disculparlo, pero entonces me doy cuenta de que lo que he oído no ha sido una disculpa, sino una queja.

—Estoy tratando de hablar con mi hija desde ayer —me explica—, pero no me coge el teléfono. ¿Todo va bien?

Me paso la mano por el pelo. Maddie no es así.

—Todo está bien, señor Parker —me apresuró a responder entrando en el despacho—. Maddie olvidó el teléfono en la oficina y ahora está en

una reunión.

Christopher guarda silencio un momento y finalmente resopla.

—Gracias —responde escueto—. Aun así, me gustaría hablar con ella.

—Claro que sí. Llámela en un rato. Estoy convencido de que ya habrá salido de la reunión.

—Está bien.

Sin mayor despedida, cuelga y yo suspiro profundo. ¿Por qué Maddie no ha querido cogerle el teléfono? Ella y su padre están muy unidos.

Regreso a la reunión, pero mi mente continúa dándole vueltas a la misma idea. En cuanto tomo asiento y el ejecutivo de turno comienza con el discurso de siempre, busco a Maddie con la mirada. Sigue en el mismo sitio y, cuando nuestras miradas vuelven a cruzarse, no puedo evitar preocuparme un poco más.

Acelero el ritmo de la reunión y me deshago de ella veinte minutos después. Llamo a Bentley y lo mando al despacho de Spencer con la primera excusa que se me ocurre e inmediatamente cruzo la redacción con paso acelerado y voy hasta la oficina de Maddie. Tiene muchas explicaciones que darme.

En cuanto pongo un pie en la pequeña estancia, ella se gira. Cuando sus ojos reparan en mí, su respiración se intensifica.

—Ryan, ahora mismo tengo mucho trabajo —murmura apartando su mirada de la mía nerviosa y moviendo las carpetas sin mucho sentido de la mesa a la estantería.

Resoplo brusco, cierro la puerta y doy un paso en su dirección.

—Maddie —la llamo.

No puede seguir comportándose como una cría.

—Bentley está a punto de llegar —replica sin dejar de mover carpetas.

Resoplo de nuevo y trato de mantener la poca paciencia que me queda.

—Maddie —vuelvo a llamarla y mi voz instintivamente se endurece.

—Tenemos mucho trabajo —repite mecánica.

—Maddie, para de una vez —gruño tomándola de la muñeca y obligándola a detenerse—. ¿Se puede saber qué pasa? ¿Por qué no le coges el teléfono a tu padre?

Sueno preocupado. Lo estoy.

—Ryan, no es el momento para hablar de esto —protesta zafándose de mi mano—. Bentley podría regresar en cualquier momento.

—Deja de repetir eso. —Estoy empezando a cansarme—. He mandado a Bentley a hablar con Spencer. Así que cuéntame qué está ocurriendo.

Maddie resopla exasperada y aparta su mirada de la mía una vez más. Está inquieta y está claro que se siente incómoda. La conozco demasiado bien. No está orgullosa de haberle preocupado.

Finalmente se apoya en la mesa hasta casi sentarse. Se arma de valor para alzar su preciosa cabecita y mantenerme la mirada, pero continúa en silencio.

Tiene que contarme qué le pasa y tiene que hacerlo ya.

—Maddie —la advierto.

Elimino la distancia entre los dos, coloco las manos sobre la mesa a ambos lados de sus caderas y me inclino hasta que nuestras miradas quedan a la misma altura.

Se acabaron los juegos.

—Estoy haciendo esto por las buenas —continúo frío e intimidante —, pero, si es lo que quieres, puedo hacerlo por las malas.

Ella traga saliva instintivamente.

—No puedo decirle a mi padre que nos hemos divorciado —confiesa después de dar un largo suspiro.

—¿Por qué? —pregunto impasible.

Maddie niega con la cabeza.

—No lo sé —musita—. No quiero decirle que tenía razón y que las cosas han acabado exactamente como él dijo que acabarían. Supongo que no quiero decepcionarlo.

Vuelve a apartar sus preciosos ojos de mí y los míos se centran en ella. Sé por qué lo está haciendo. No soy ningún idiota, cualquiera se daría cuenta de que sólo me está protegiendo a mí. Pretendo alzar la mano y acariciarle la mejilla, pero me recuerdo la mala idea que sería. Ella me está protegiendo. ¿Cómo es posible que, a pesar de todo, quiera protegerme?

—Supongo que al final no quiero que venga y te pegue ese maldito tiro —añade fingiéndose mordaz y divertida, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

Yo también sonrío, pero también es un gesto forzado. Sólo se merece que la traten como si fuese el mayor tesoro sobre la faz de la tierra.

Su móvil comienza a sonar y nos distrae. Ninguno de los dos necesita mirar la pantalla para saber quién es.

—No puedo —murmura derrotada con el teléfono en sus manos.

Perdió a su madre. Sólo tiene a su padre y ahora está colocando una barrera entre los dos sólo para mantenerme a mí a salvo. Sin dudarlo, le quito el teléfono y me incorporo a la vez que deslizo el pulgar por la pantalla.

—Señor Parker… —respondo.

No hay emoción ninguna en mis palabras. Mostrar los sentimientos es como enseñar las cartas. A pesar de todo lo que ha pasado, eso lo sigo teniendo claro.

Le repito la mentira de la reunión y le pido llamarlo más tarde.

Contemplo cómo la mirada de Maddie poco a poco va relajándose. Vuelve a sentirse a salvo y ni siquiera entiendo cómo, después de todo el daño que le he hecho, puedo conseguirlo de nuevo. Sin embargo, es lo único que quiero. Da igual cómo suceda. Necesito que esté protegida. Lo necesito más que respirar.

Cuelgo y otra vez me inclino despacio sobre ella. Dejo el teléfono en su regazo y espero hasta que, tímida y nerviosa, levanta otra vez la cabeza y nuestras miradas se encuentran.

—Déjame cuidar de ti —susurro.

Le doy un suave beso en la frente y, sin esperar respuesta, me incorporo y salgo de su oficina.

Ella es lo primero.

Paso el resto de la mañana calibrando si puedo hablar con el señor Parker por teléfono o debería presentarme en Santa Helena. No puedo dejar de darle vueltas. Bentley, Spencer y Max vienen para que los acompañe a comer y, aunque trato de que se larguen de mi despacho y me dejen en paz, no tengo más remedio que ir con ellos. Son un auténtico coñazo.

Bajamos al Marchisio's desoyendo los gimoteos lastimeros de Bentley y de Max, que pretenden que vayamos al Of Course y después nos tomemos el resto del día libre y lo pasemos en el algún antro de mala muerte.

Los chicos se acomodan en la barra y siguen con la misma conversación sobre los Yankees. No me apetece hablar, ni siquiera me apetece estar aquí, pero entonces llevo mi vista al local sin ninguna intención y la veo en una de las mesas con Stevens. Asiento a la estupidez que Spencer me está preguntando y sigo con la mirada fija en ella. El camarero retira su ensalada sin que apenas la haya probado. Trato de recordar cuándo fue la última vez que la vi comer. Fue el *ratatouille* en mi casa y hace una semana de aquello. Necesita comer. Necesita cuidarse.

Finalmente se marchan y yo lo hago prácticamente en el mismo segundo. No me interesa seguir fingiendo que tengo algo que hacer aquí. Ahora mismo estoy muy cabreado, joder.

Me las apaño para llevar un ritmo vertiginoso en las reuniones de la tarde y consigo acabar a las cinco en punto.

Salgo del ascensor y bajo los cinco escalones de acceso al parking abrochándome la chaqueta del traje. Asiento cuando Finn me ve todavía a unos metros. Está hablando con George y por un momento los dos me miran sorprendidos. Supongo que les resulta extraño verme salir de aquí tan pronto, pero lo que tengo que hacer es demasiado importante.

—Vamos a ir al Of Course —le informo.

Salimos del Riley Group y Finn se incorpora al tráfico de la 58.

Estamos a unos minutos de Columbus Circus cuando la veo.

—Para el coche.

Finn me mira confuso por el espejo retrovisor, pero acata la orden inmediatamente.

Maddie se detiene a la vez que se cruza de brazos desconfiada. Me pregunto en qué estará pensando. Finn repara en ella y comprende al instante lo que quiero que haga.

Cuando abre la puerta, Maddie tarda unos segundos, pero finalmente se inclina y nuestras miradas se encuentran. Soy plenamente consciente de que podría ponérselo más fácil y, por ejemplo, salir del coche, hablar con ella, pero ahora mismo tengo un humor de perros y ella es la única culpable. No me puedo creer que esté siendo tan irresponsable.

—Sube al coche, Maddie —le ordeno con voz imperturbable.

Vuelve a incorporarse y lo piensa con la mirada perdida en el caótico devenir de vehículos a unos metros. Yo resoplo y me revuelvo en el asiento.

No me obligues a ir a buscarte, nena. Hoy estoy deseando hacerlo.

Finalmente sube. Finn ocupa su puesto y en seguida volvemos a ponernos en marcha. Trato de

relajarme con el hecho de que ella esté aquí,

en mi coche, dejar que esa calidez poco a poco vaya inundándome. No soy ningún gilipollas, sé por qué no está comiendo, pero aún así no puedo permitirlo. Cada día está más delgada.

—Ryan, ¿qué hago aquí? —pregunta nerviosa.

—Te llevo a cenar —contesto con la mirada al frente.

La respuesta la deja fuera de juego, pero se recompone rápido.

—No quiero ir a cenar contigo —protesta.

¿Por qué será que no me sorprende que se esté comportando exactamente como una cría? Necesita comer. ¿Es que no es capaz de entender algo tan simple?

—Llévame a mi apartamento —sentencia—. No quiero estar contigo.

Esto es el puto colmo. Ahora mismo yo tampoco tengo ningún interés en estar con ella. ¡Es una maldita cría!

—Vamos a ir a cenar, Maddie —mascullo girándome—, y ya puedes imaginarte lo poco que me importa que quieras o no. Vas a comer.

La intimido. Mejor.

—No te necesito para comer —trata de defenderse.

—Ya veo, y ¿vas a comer igual que has comido este mediodía en el Marchisio’s? ¿O como comiste ayer? Cada día estás más delgada, joder.

Ni siquiera quiero pensarlo. Va a acabar enfermando.

—No es asunto tuyo.

A pesar de que es sólo un susurro, puedo notar perfectamente lo enfadada que está. Me importa bastante poco. Puede estar enfadada, puede que me esté comportando como un controlador obsesivo o que esté siendo

poco razonable; francamente, me importa una mierda. Siempre será

asunto mío. Punto. No hay nada más que discutir.

Me quito el cinturón de un tirón y me giro hacia ella. Quiero que lo

entienda y quiero que lo entienda ya.

—Todo lo que tiene que ver contigo es asunto mío —mascullo con la

mandíbula tensa y la expresión endurecida—. Ya te lo dije una vez y más te

vale empezar a comprenderlo, porque eso no va a cambiar jamás.

Guarda silencio y sé que ha entendido cada palabra que he dicho.

Nunca voy a dejar de preocuparme por ella. Que esté sana y a salvo es

innegociable en todos los malditos sentidos. Casi me relajo, pero entonces

mira por la ventanilla cómo el coche se detiene frente a la puerta del

restaurante francés y algo en su mirada cambia. Mi cuerpo vuelve a ponerse en guardia.

Finn se baja del vehículo y me abre la puerta. Cuando hace lo mismo

con Maddie, ella, demostrando que es una chica madura y responsable…

se niega a bajar. Resoplo en mitad de la acera. Está consiguiendo que

llegue peligrosamente a mi límite. La cojo de la mano y tiro de ella sin ninguna delicadeza.
Quiere comportarse como una cría, por mí, perfecto,

pero juro por Dios que va a bajar del puto coche, va a entrar en el puto restaurante y va a comer.

Entramos en el reservado y, malhumorado, la suelto. Estoy furioso y

aún así echo de menos el contacto de su mano. ¡Dios, es tan jodidamente

frustrante!

Le retiro uno de los elegantes silloncitos morados y ella, a

regañadientes, toma asiento. Yo lo hago justo enfrente. Un camarero

impecablemente vestido se acerca a nosotros y nos tiende la carta.

—¿Puedo preguntarles qué desean tomar?

—Entrecot al punto con patatas asadas —me adelanto arisco— y San

Pellegrino sin gas para los dos.

No quiero perder más el tiempo.

—Yo tomaré vino, por favor. —Su voz se vuelve más insolente a

cada palabra que pronuncia.

La fulmino con la mirada y ella se cruza de brazos para demostrarme

que no piensa cambiar de opinión. Tiene que ser una puta broma.

—¿Desea ver la carta de vinos? —le pregunta el camarero.

Por un segundo toda su displicencia se esfuma y yo sonrío

presuntuoso. No sabe nada de vinos.

Aquí se acaba el jueguecito, nena.

—Ausone del 2009 —pide tras pensarlo unos segundos, haciendo

memoria de todas las veces que yo he pedido vino para los dos.

¡Joder!

El camarero asiente y se retira. Yo entorno la mirada y me

humedezco el labio inferior breve y fugaz. No va a salirse con la suya.

—No vas a beberte esa copa de vino —le advierto.

Y tampoco te interesa provocarme, nena.

—¿Qué pasa? ¿Que el único que puede beber hasta caer rendido eres

tú?

Sus palabras me golpean como si acabase de darme una bofetada.

Puede que yo también esté mandando al traste mi vida, pero la diferencia es que yo soy yo y mi vida sin ella no vale nada.

Maddie guarda silencio y esquiva mi mirada arrepentida.

El camarero regresa relativamente rápido. Sirve dos botellines de

agua en las correspondientes copas y le muestra la botella de vino a Maddie. Quiero coger la puta botella y estamparla contra la pared.

Ella le hace un gesto para indicarle que no desea catarlo y el camarero le sirve.

No va a bebérselo.

El camarero se retira y Maddie, victoriosa e impertinente, se dispone a coger la copa. Sin embargo, antes de que pueda alcanzarla, la agarro yo y, sintiendo cómo la arrogancia brilla en mis ojos azules, extiendo el brazo y la dejo caer al suelo absolutamente a propósito.

No va a beber. No hay más que hablar.

Maddie me mira boquiabierta y rápidamente se echa hacia delante para ver los restos de vidrio y vino esparcidos por el elegante suelo.

Después alza la mirada y la mía la atrapa por completo.

Esto es lo que hay, nena, y la culpa es sólo tuya.

Los camareros entran veloces y limpian el suelo en cuestión de segundos.

—En seguida le traeré otra copa —anuncia uno de ellos.

Mi mirada se vuelve más dura y arrogante sobre los ojos verdes de Maddie.

¿Quieres pedir otra copa, pídela? Puedo pasarme haciendo esto toda la noche.

—No, muchas gracias —responde obediente—. Beberé agua.

El camarero asiente y se retira, y Maddie aparta su mirada de la mía y se concentra en cualquier otra cosa que no sea yo.

¿Por qué no te relajas, gilipollas? Todo será infinitamente más fácil con ella si dejas de comportarte como un bastardo arisco. El problema es que no tengo claro que se lo haya ganado. La imagino sin comer y la rabia me arrolla por dentro.

Finalmente nos sirven la comida. Ella murmura un «gracias» y observa su plato. No quiero presionarla. Debo concederle su tiempo y hacer las cosas de otra manera. Comienzo a cortar mi filete y me llevo un trozo a la boca. La contemplo y soy plenamente consciente de cómo mi mirada va endureciéndose. No va a comer.

—¿No piensas comer?

—No —musita sin levantar la vista de sus manos.

Ya he tenido suficiente, joder. Pierdo mi vista al fondo del local. No quiero seguir con esto porque sé perfectamente cómo acabará. Le grito que coma, ella me responde alguna impertinencia y, antes de que me dé cuenta, la estoy desnudando encima de la pequeña mesa.

Suspiro con fuerza. Debería contarle a su padre lo que está pasando y comprarle un billete a Santa Helena. Quizá comprarle otro a Stevens, para que no se sienta sola. Dejar que Christopher y Evelyn la cuiden. Necesita que la cuiden. Cada vez odio más está maldita situación.

Me levanto y me abotono la chaqueta. Ella me mira confusa.

—Vamos —la apremio.

Maddie se levanta despacio y camina hasta mí. Está esperando a que la coja de la mano y la saque de aquí, pero no voy a hacerlo. Le hago un gesto para que pase delante y ella, aturdida, obedece.

Mientras sigo su precioso vestido fuera del local, no puedo dejar de

pensar que lo último que quiero es mandarla lejos de mí. Yo la quiero, joder.

El A8 nos espera al pie de la acera. Me pregunto si estará durmiendo algo. Quizá debería llevarla al médico, obligarla a hacerse un chequeo completo.

Soy un maldito gilipollas. ¿Cómo he podido permitir que llegue a esta situación?

Ando hasta el coche, pero, justo antes de alcanzarlo, me doy cuenta de que Maddie se ha detenido a unos metros. Me humedezco el labio inferior brevemente a la vez que me giro y camino de nuevo hasta ella. No quiero seguir discutiendo.

—Te llevaré a tu apartamento.

Maddie respira hondo. Es lo que hace siempre que trata de armarse de valor.

—No quiero irme a casa —musita—. Quiero que me lleves a la tuya.

No me pidas eso, nena.

La observo un momento y, como hice en el restaurante, pierdo mi mirada al fondo de la calle. Claro que quiero llevármela a casa, pero las cosas no han cambiado. Follamos como locos y después, ¿qué? Tiene que comer. Tiene que dormir. Tiene que cuidarse.

—Sube al coche —le ordeno.

No se trata de no tener fuerza de voluntad, más bien es todo lo contrario.

Maddie obedece y se sube al Audi. Mientras rodeo el vehículo, saco el iPhone y llamo a Chelsea. Algo rápido y discreto. No quiero que

Maddie pueda oír lo que estoy diciendo.

Me paso el camino tratando de no pensar. *Style*, [13] de Taylor Swift, suena suavemente en la radio del coche.

El Audi se desliza por la rampa del garaje y Finn lo detiene junto a

las escaleras amarillas de acceso. Me bajo del vehículo y lo rodeo

decidido para tomar su mano en cuanto se baja. Sé cómo va a acabar esto

y algo dentro de mí sólo quiere sentirla cerca.

La conduzco a través de la casa sin obviar un solo instante la dulce

sensación de sus dedos contra los míos. De pie junto a la cama, tiro de ella

para acercarla a mí, pero no dejo que nuestros cuerpos se toquen.

El camino va a ser largo, nena, y no va a gustarte el final.

Una media sonrisa se instala en mis labios cuando Maddie repara en

el bol lleno de sugerentes fresas colocado en el centro de la cama.

Alzo la mano y comienzo a acariciar despacio el contorno del escote

de su vestido. Todo mi cuerpo está tenso. Necesito que lo esté. No puedo

permitirme olvidar por qué estoy haciendo esto. Su respiración se acelera

suavemente.

Eso es, nena. Quiero que te dejes llevar.

Clavo mis ojos sobre los suyos y deslizo lentamente su rebeca por

sus hombros. Cuando cae al suelo, el levísimo sonido inunda la habitación

y ella suspira bajito. Mis ojos vuelan a sus labios. Es el sonido más sensual

del mundo.

Dejo que mi cálido aliento inunde sus labios, pero no la beso.

Todavía no. Bajo provocándola, tentándola. Mi nariz acaricia su

mandíbula y mi boca se desliza por su cuello calentando su piel.

—¿Quieres que te bese?

—Sí —responde con la voz inundada de deseo.

Le dedico mi media sonrisa y cojo una de las fresas del bol.

El juego va a comenzar, nena.

Sin levantar mi mirada de la suya, le doy un bocado a la fresa

manteniendo el trozo entre mis dientes. Me inclino sobre ella y, cuando

nuestros labios comparten el trozo de fruta, la beso con fuerza dejando

que la fresa estalle jugosa y sensual en nuestras bocas.

La tumbo sobre la cama y me coloco a horcajadas sobre ella, la postura ideal para torturarla. La contemplo desde arriba, asegurándome de

que cada centímetro de su cuerpo está sucumbiendo a mis ojos azules, y

tomo el bajo de su vestido. Disfruto un momento de la tela entre mis dedos

y se lo saco hábil por la cabeza. Vuelvo a tenerla prácticamente desnuda

debajo de mí. Todo mi cuerpo asiente ante esa afirmación y tengo que

controlarme para no deshacerme de mi ropa y embestirla hasta que

tiremos la cama y todo el puto primer piso abajo.

Alzo la mano y vuelvo a acariciarla despacio. El contorno de su

delicioso sujetador de algodón, de sus bragas. Sólo permito que sean las

puntas de mis dedos las que la toquen. Quiero que sea algo efímero, fugaz,

que la deje con demasiadas ganas de más.

—Ryan —susurra con la respiración entrecortada.

—¿Qué?

Sé perfectamente cuál es la respuesta a esa pregunta, pero quiero que

ella tenga que imaginárselo, pensarlo, responderme, y a cada milésima de

segundo que pase en ese proceso su deseo crezca más y más.

Cojo otra fresa y acaricio con ella el centro de su perfecto cuello.

—No te muevas —le ordeno.

Ella asiente nerviosa. El sexo me da el control. Es mi arma. Siempre lo he tenido cristalinamente claro.

Despacio, bajo por su cuerpo. Deslizo la fresa por su pecho y rodeo su pezón. La fruta fría lo endurece y Maddie no puede hacer otra cosa que gemir.

Sé que se está concentrando en obedecerme, en no moverse, y el león se relame con ello.

Continúo bajando, la punta de la fresa acaricia su estómago y se pierde en su ombligo. Desciendo un poco más. Su espalda se arquea. Gime de nuevo. Quiero ponerla al límite. Está a punto de separar las manos del colchón y dejar que todo su cuerpo se retuerza como lucha por hacer, pero en el último momento consigue contenerse y su respiración se entrecorta aún más.

Espectacular.

—Buena chica —susurro satisfecho con una media sonrisa prueba de ello.

Bajo un poco más y llego a la tela caliente de sus bragas. Me humedezco el labio inferior breve y fugaz asegurándome de que me vea y muevo la fresa lo justo para que la tortura sea casi insoportable. Un largo gemido se escapa de sus labios y el deseo, el placer, el control y toda mi arrogancia brillan con fuerza.

Otra vez espero a que abra los ojos y le doy un bocado a la fresa. El fruto estalla de nuevo lleno de sabor entremezclándose también con el de

su suave y dulce piel. Maddie me observa absorta en mis labios, totalmente hechizada por la escena que acaba de vivir y por lo que acaba de ver.

Disfrutando aún de la fresa, me inclino sobre ella y hundo la cara en su cuello.

—Sabe a ti —susurro.

Caliento su piel con mi aliento y, cuando ya no puedo más, la muerdo. Ella ahoga un grito en un gemido y yo aprieto un poco más, conduciéndola por la increíble senda del dolor inundado por una oleada de placer. Gime más alto y yo juego a prolongar cada una de las sensaciones: el dolor y el placer, el blanco y el negro, hasta crear un maravilloso gris.

—Pero tú sabes mejor —sentencio lamiendo con veneración las marcas de mis propios dientes.

Cojo otra fresa del elegante bol y la coloco sobre su ombligo. Me paseo por su vientre y subo hasta sus pechos, su mandíbula y su sensual boca. Le permito morderla y el jugo se escapa de sus labios. Coloco mi mano en su cuello, me inclino y la beso con fuerza, saboreando directamente la fruta de sus labios, apretando mi mano lo justo.

El control crece. Mi sensualidad se desborda. La quiero exactamente así.

Cojo otra fresa. Vuelvo a jugar con ella, pero esta vez no le dejo morderla y con una media sonrisa lo hago yo. Coloco mis brazos a ambos lados de su cabeza y una vez más me inclino sobre ella.

—¿La quieres tú? —pregunto.

Mi voz suena salvaje, indomable.

—Sí —responde ansiosa.

Mis brazos se tensan, todos mis músculos se armonizan y

simplemente la beso desbocado otra vez. Su cuerpo llama al mío y por un

momento me dejo llevar y alargo el beso. El control vuelve justo a

tiempo. Me gusta. Es lo que necesito. Y despacio vuelvo a separarme de

ella.

Me incorporo y le doy otra fresa. Apenas la ha mordido cuando

vuelvo a besarla mientras mis hábiles dedos toman su pezón y lo acarician endureciéndolo aún más, tirando de él, convirtiéndolo en el foco de todo

su placer. Gime contra mis labios y tiro con más fuerza.

Dolor. Placer. Control.

—¿Otra? —pregunto.

—Sí —responde sin dudar.

Le doy otra fresa y vuelvo a besarla, pero esta vez la recompensa es

otra y mi mano vuela por su costado hasta llegar a sus bragas. Escondo

los dedos bajo la deliciosa tela de algodón y la acaricio una sola vez,

efímero, sin piedad.

Seguimos jugando. Una fresa. Un beso. Una caricia. Una ecuación

sencilla que la está volviendo completamente loca, dejándola a mi absoluta

merced.

—¿Otra?

—Sí, por favor, sí. —Está hambrienta en todos los sentidos.

Le doy una nueva fresa y un nuevo beso, pero, cuando mis dedos van

a acariciarla por fin de verdad, me levanto de un salto.

El juego ha acabado.

—¿Qué pasa? —pregunta confusa y jadeante.

Me paso las manos por el pelo y soy consciente de cómo mi mirada se recrudece. Quiero volver con ella a esa cama, lo quiero más que nada, pero tiene que aprender que no puede ser tan irresponsable. Habría preferido que lo hubiese entendido por las buenas. Ha sido ella quien ha elegido que sea por las malas.

—Vístete —le ordeno—. Finn te llevará a tu apartamento.

No puedo más, joder. Quiero estar con ella. No puedo pensar en otra maldita cosa.

—Ryan, ¿qué pasa? —inquiere de nuevo incorporándose.

Giro sobre mis pasos y rápidamente apoyo las manos sobre el colchón a ambos lados de sus piernas, inclinándome hasta que atrapo su mirada.

—Pasa que yo no me voy a la cama con crías que son tan irresponsables como para no entender que necesitan comer —siseo exigente, arrogante, lleno de una rabia apenas contenida.

Maddie mira el cuenco de fresas y, al verlo vacío, sus ojos se llenan de un cristalino enfado. Acaba de entender por qué he aceptado traerla aquí.

—Eres un gilipollas —me espeta.

—Y tú una maldita cría, joder, y ya me estoy cansando de esto.

Salgo de la habitación con el paso acelerado. Estoy muy cabreado.

Me paso las manos por el pelo y bajo las escaleras como una exhalación.

—Finn —lo llamo—. Finn —repito exigente prácticamente un

segundo después.

Mi chófer no tarda en cruzar el umbral del salón y detenerse a unos pasos de mí.

—Lleva a la señora Riley a su apartamento.

Asiente y se retira.

Me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina con la mirada fija en el armarito donde guardo el Jack Daniel’s. Necesito una copa, pero no pienso tocar una maldita botella mientras ella esté aquí.

Maddie baja las escaleras. No la miro. No quiero hacerlo, joder. Mi cuerpo está tenso, en guardia. Ahora mismo sólo quiero ir a cualquier bar de mala muerte y pelearme con el primer gilipollas que encuentre.

Pasa a mi espalda y se dirige a la puerta sin decir una palabra. Estoy renunciando a estar con ella para cuidar de ella. Es demasiado complicado. Todo es demasiado complicado.

—¡Joder! —mascullo y golpeo con rabia la encimera.

Tratando de huir de cómo me siento, salgo disparado hacia mi estudio.

Apenas llevo unos minutos allí cuando mi iPhone comienza a sonar.

Voy a lanzar el maldito teléfono contra la maldita pared, pero veo el nombre de Christopher Parker en la pantalla. Cierro los ojos a la vez que exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. No puedo más.

—Señor Parker —digo a modo de frío saludo cuando descuelgo.

—¿Vas a decirme ya lo que está pasando con mi hija o tengo que ir hasta allí?

Mi cuerpo se tensa aún más. No tiene ningún derecho a hablarme así.

—Su hija está perfectamente.

—¿Sí? —murmura mordaz y desconfiado.

—Sí —repito exigente.

—Es decir, ¿que no tengo nada por lo que preocuparme?

Aprieto la mandíbula con fuerza.

«Explícale lo que está pasando, Riley. Mándala con él. Hoy mismo.»

Christopher lanza un profundo suspiro ante mi silencio.

—Es mi hija pequeña —dice con un tono de voz completamente

diferente, como si hubiésemos pasado de la guerra abierta a las

advertencias—, ¿puedes entender eso? Nunca voy a dejar de preocuparme

por ella.

—Y es mi mujer —replico. Yo sigo luchando—. ¿Puede usted

entender eso? No tiene de qué preocuparse, porque yo siempre cuidaré de

ella.

Maddie no va a ir a ningún sitio.

—Por tu bien espero que sea verdad.

—Créame que no he tenido nada más claro en toda mi vida.

Cuelgo y finalmente lanzo el puto iPhone contra la pared.

El único que tiene que cuidar de ella soy yo.

Cada mañana es peor que la anterior y ésta lo es aún más después de

lo que pasó ayer, de la llamada de su padre, del restaurante, de que la mandara a casa, pero, sobre todo, es peor por haber tenido que renunciar a

tocarla. No se trata del placer o el simple hecho de follar. El sexo es el único vínculo que me une a ella y, si lo pierdo, no sé si seré capaz de encontrar un camino que nos lleve de vuelta a casa.

En la oficina no puedo concentrarme absolutamente en nada. Sigo

enfadado con ella, pero la echo tanto de menos que se está convirtiendo en algo físico. Me siento como me sentí en Londres, como me he sentido cada vez que he tomado la decisión de alejarme de ella. Sólo que, todas esas veces, Maddie era mi manera de volver y ahora ella está demasiado lejos, es como trazar una ruta sin mapas.

El miedo se hace cortante.

Le pido a Tess que la llame, sólo quiero verla, pero, cuando mi secretaria me explica que le ha pedido que me diga que está muy ocupada y que le es imposible abandonar su puesto de trabajo, la rabia me ciega y todas esas emociones que ella consigue despertar en mí resquebrajan mi autocontrol.

—Despacho de Bentley…

—Ven ahora mismo a mi despacho —la interrumpo con la voz amenazadoramente suave.

Maddie calla un segundo.

—No pienso ir, Ryan.

Me da igual lo enfadada que esté. Yo también lo estoy, joder. ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil?

—Más te vale venir —le advierto—. Créeme, Maddie, si me haces ir a buscarte, va a ser mucho peor.

Cuelgo sin darle oportunidad a responder y me levanto hasta rodear la mesa y apoyarme, casi sentarme, en la madera. ¿Por qué siempre tiene que ser tan impertinente, joder? Resoplo y me paso las manos por el pelo tirando suavemente de él. Mi vida era infinitamente más sencilla antes de esa maldita huelga de metro.

Un par de minutos después llaman a la puerta de mi despacho. Me humedezco el labio inferior antes de dar paso. Me gusta que tenga claro que, a pesar de lo enfadada que esté, no puede tomarse determinadas licencias.

Cierra tras de sí y camina hasta colocarse en el centro de la estancia, justo frente a mí. Se cruza de brazos y, a regañadientes, alza la cabeza. Quiere demostrarme lo enfadada que está. Yo me agarro con fuerza a la madera. El león está rugiendo. Es mía, joder.

—¿Qué quieres? —pregunta sin ningún interés en sonar amable.

Tengo clarísimo lo que quiero.

Me levanto de un salto y, tomándola por sorpresa, camino hasta ella lanzando un juramento ininteligible, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza estrellando su precioso cuerpo contra la pared. Maddie me empuja tratando de zafarse, pero al mismo tiempo sus besos se vuelven cada vez más hambrientos, llenos de un deseo más sordo, más líquido, más caliente. Está luchando porque no quiere estar donde quiere estar.

Me separo y le dedico una arisca sonrisa.

—Quería mi beso de buenos días —siseo furioso y presuntuoso.

Maddie entorna la mirada. Está llena de rabia. No me importa. Yo lo estoy más. Lo estoy porque siempre se comporta como una cría, por la llamada de su padre, por no poder tocarla, porque el maldito dolor no se va, ni siquiera disminuye.

Levanta la mano dispuesta a darme una bofetada, pero la detengo tomándola por la muñeca antes de que pueda tocarme. La rabia se hace

mayor, el dolor, el amor, el deseo se hacen mayores, y vuelvo a llevar su

mano contra la pared y a besarla con fuerza. La beso como no la besé

ayer, como no la toqué. He pasado una noche de mierda pensando que

debía irse, que la estaba perdiendo. Ella es lo único que me mantiene clavado al suelo. El maldito motor de mi vida.

Libero mi erección y aparto la tela de sus bragas. La embisto

desesperado y disfruto de su perfecto cuerpo deslizándose por la pared.

—No te has puesto condón —protesta entre jadeos, tratando de

apartarme.

Vuelvo a besarla. Dejo que lo bien que nos sentimos perfectamente

acoplados termine de convencerla.

—Déjame sentirte, nena —susurro.

Y Maddie, sencillamente, se deja llevar en un largo gemido.

Me muevo rápido, brusco. Ella se encarama a mi cuerpo disfrutando

de cada estocada. Su cuerpo se tensa y se libera en un atronador orgasmo.

Rápido. Fuerte.

La embisto una vez más. Me hundo en ella llegando más lejos y me

corro con su nombre en los labios.

Todo esto es una locura.

La deslizo por la pared despacio. Nuestras miradas siguen la una

sobre la otra y nuestras respiraciones aún jadeantes lo inundan todo. En

cuanto sus pies tocan el suelo, me empuja y sale corriendo de mi

despacho. No protesto. Ni siquiera digo nada.

Me paso el resto del día encerrado en mi oficina. No sé cuántas veces

tengo el móvil en la mano dispuesto a llamar al señor Parker y enviar a Maddie a Santa Helena.

Me pregunto si habrá comido hoy. Tengo

demasiado claro que la respuesta a esa pregunta es un rotundo «no».

—Señor Riley —me llama Tess por el intercomunicador—, el señor

Sandford desea verlo.

Resoplo con fuerza. No estoy de humor.

—Bentley, lárgate —gruño por el intercomunicador.

Sé perfectamente que el muy cretino está al otro lado de la mesa de

Tess con su mejor sonrisa.

La respuesta se hace esperar unos segundos.

—Como quieras, capullo, pero no pienso rendirme.

Ignoro por completo su amenaza y me concentro en cualquier cosa

que tenga delante con tal de dejar de pensar. Afortunadamente funciona y,

cuando me doy cuenta, son casi las ocho.

Reviso unos últimos archivos y salgo de la oficina. Finn me espera en

el Audi y me deja en Chelsea en un tiempo récord. El tráfico no se ha

portado mal.

No llevo más de un par de minutos en el salón cuando Finn, de nuevo,

carraspea para llamar mi atención junto a la puerta.

—El señor Sandford está aquí —me informa.

Pongo los ojos en blanco y me giro a la vez que resoplo. Por Dios,

¿es que no puede entender que quiero estar solo?

—Vamos a salir —me anuncia apareciendo por detrás de Finn—. Al

Electric House of Natives. Los miércoles por la noche no hay nada mejor.

—No voy a ir a ningún sitio, joder —digo rodeando la isla de la

cocina y sirviéndome un bourbon.

—Es verdad, se me olvidaba que tú sólo bebes.

Yo lo fulmino con la mirada y me bebo el vaso de Jack Daniel’s de un trago. Probablemente acabe de darle la razón. Me importa una mierda.

—¿Quieres beber? Bebe, joder. Pero bebe con tu hermano y tus amigos en un bar.

Clavo mi mirada aún más metálica en la suya a la vez que me humedezco el labio inferior breve y fugaz. No contesto. Estoy empezando a cansarme de que crean que tienen que cuidar de mí. No lo necesito.

Bentley tuerce el gesto y camina con el paso decidido hasta mí, coge la botella y, sin dudarlo, la estrella contra la pared.

—Pero ¿qué coño? —protesto atónito.

—Eres un cabronazo, un bastardo arrogante de mierda, y aún así te quiero. ¿Quieres beber hasta caer rendido cada noche? Hazlo, joder. Pero hoy te cambias y te vienes conmigo, porque me merezco una puta noche en la que beberme una copa y relajarme sin tener que preocuparme de que mi mejor amigo esté inconsciente en el suelo de la maldita terraza de su casa.

Lo miro. Siempre he sido un egoísta de mierda, pero no quiero serlo con él.

—Está bien —respondo.

Subo y me cambio. No me esfuerzo mucho. Unos vaqueros, una camisa de cuadros y mis viejas Adidas. Cuando Bentley me ve bajar, creo que se le ilumina la mirada.

—Estás tan guapo en vaqueros... —comenta burlón riéndose de mí en mi maldita cara.

Yo pongo los ojos en blanco una vez más y sigo caminando hacia la puerta principal mientras me retoco los dobleces de la camisa a la altura del antebrazo.

Finn nos deja en el local en cuestión en pleno MeatPacking District.

Max y Spencer ya nos esperan dentro. Caminamos hasta la puerta obviando la casi kilométrica cola. Bentley saluda a uno de los porteros y él le devuelve un leve gesto de cabeza a la vez que retira un cordón negro para que pueda pasar. Cuando voy a hacerlo yo, el mismo portero, un ruso de unos cien kilos con cara de echar de menos la Unión Soviética y con el tatuaje de una pistola asomando por debajo de su traje de Hugo Boss, me pone su enorme manaza en el pecho impidiéndome la entrada. Ni siquiera me saco las manos de los bolsillos. Me limito a alzar la mirada y mantenérsela. En ese momento otro portero le toca rápidamente en el hombro y le susurra algo al odio. El portero ruso cambia inmediatamente la forma en la que me mira y retira el cordón para dejarme paso. Una lástima. Por un momento pensé que había encontrado a alguien con quien pelearme y liberar un poco de adrenalina.

Ya dentro del club, suena a todo volumen *Light years away*, [14] de Tiësto y DBX. Bentley saca su móvil y, tras mandar y recibir un par de WhatsApps, se gira hacia mí.

—Están en la barra del fondo —me explica en un grito para hacerse oír por encima de la música.

Yo asiento y lo sigo. Me cruzo con un par de chicas que me observan de arriba abajo con una sonrisa enorme a punto de desencajárseles las mandíbulas, pero ni siquiera me molesto en mirarlas. No me interesan.

Nunca van a interesarme.

Al fin llegamos a la barra y me pido un bourbon. Los chicos comienzan a charlar, pero no tardo en abstraerme; al principio, simplemente jugueteando con mi vaso sobre la barra de un grueso cristal templado y, después, involuntariamente, mirando a la gente bailar. Frunzo el ceño cuando distingo perfectamente a Stevens entre la multitud. También veo a los Hannigan y al gilipollas que actuó como abogado de Maddie, pero ¿dónde está ella?

Sin dudarlo, cojo mi vaso de bourbon y cruzo el local. ¿Dónde está, joder? Mi sangre se vuelve caliente, húmeda y densa. Llego justo a tiempo de ver cómo se zafa de un cabronazo que trata de rodear su cintura con sus asquerosas manos.

—No te hagas la difícil —la apremia.

—Y tú no seas tan gilipollas.

Las palabras salen de mis labios antes siquiera de que pueda pensarlo. Maddie me mira y un alivio cristalino cruza su mirada. El gilipollas también se vuelve. Todo mi cuerpo entra en una serena calma. La misma sensación que tuve con el portero vuelve.

—Métete en tus asuntos, capullo —me espeta tratando de resultarme mínimamente intimidante. No lo consigue.

Sonrío mordaz un segundo. Le doy un trago a mi copa y bajo la mano despacio.

—Resulta que hoy he tenido un día de mierda —le explico con mi voz más amenazadoramente suave— y estoy esperando a que tú me lo alegres.

Alégramelo, joder. Lo estoy deseando.

—Mira, tío. Te doy tres segundos para que te largues —replica—.

Uno…

Va a ser muy divertido.

—Dos —lo interrumpo dando un paso hacia él.

El gilipollas me mira sin saber qué hacer. Soy arrogante porque

puedo permitirme serlo, pero, sobre todo, porque a la hora de la verdad

yo no soy un cobarde de mierda. El tipo traga saliva, coge su copa y se larga con el rabo entre las piernas.

Maddie lo observa marcharme y sus ojos buscan inquietos los míos.

¿Qué está haciendo aquí? La idea de tratar a las chicas como si tuviesen que estar dentro de una urna y ni el viento llegara a rozarlas siempre me

había parecido una estupidez… hasta que la conocí. Maddie es un tesoro,

joder. Es preciosa, inteligente, generosa, dulce y... verla en mitad de un club donde cualquier cretino se cree con derecho a tocarla me vuelve

sencillamente loco.

—Vete a casa, Maddie.

Sin esperar respuesta, giro sobre mis pasos y me alejo de ella

rezando para que me obedezca y se largue de aquí.

Ya a unos metros de la barra, puedo ver a Bentley solo, con los dos

codos apoyados en el cristal templado, hipnotizado por las luces que salen

de la propia barra, moviendo el pie al ritmo de *The Wolf*,[15] de Mumford

& Sons.

Al llegar hasta él, imito su postura y me inclino ligeramente sobre la

barra.

—Bourbon. Jack Daniel’s —le pido a la camarera que ha volado hasta mí al verme aparecer.

—Spencer y Max se han ido a la pista. Están compitiendo por ver quién liga antes bailando utilizando sólo pasos de los setenta.

Tuerzo un gesto disimulando una fugaz sonrisa y le doy un trago a mi copa.

—Interesante.

La camarera se queda de pie frente a mí con la sonrisa preparada. Está esperando un poco de atención por mi parte que no va a llegar.

—Me encantaría verlo —replica Bentley—, pero alguien tenía que quedarse aquí para echarte la charla.

Ahogo un suspiro en una sonrisa mordaz, breve y forzada. Estoy cansado de mandarlos al diablo, así que ni siquiera me esfuerzo en repetir lo que parece haberse convertido en mi mantra: «no necesito una puta niñera».

—¿La has visto? —me pregunta.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. ¿Cómo sabe él que Maddie está aquí?

—Llamé a Lauren para invitarla a venir —contesta respondiendo a mi futura pregunta—. Dime, ¿la has visto? Aunque, en realidad, tampoco sé para qué pregunto. Es obvio que sí.

—Nos estamos acostando —respondo con la vista clavada en mi copa.

Bentley se gira y me mira durante unos segundos tratando de darme la mejor respuesta posible.

—Eso es muy mala idea por demasiadas razones —dice al fin.

Asiento.

—Voy a acabar con ella y voy a acabar conmigo —digo con amargura.

Me termino la copa de un trago, la dejo con brusquedad sobre la barra y me paso las manos por el pelo.

Bentley me observa lleno de compasión y finalmente me da una palmada en la espalda.

—Otro Jack Daniel's —le pide a la camarera, que vuelve a acudir veloz a nuestra llamada— y... ¿por qué no te pierdes un rato? —añade mordaz cuando ella vuelve a fijar su mirada en mí como si fuera un perro esperando la puta galletita—. El rubio no está de humor.

La camarera le enseña el dedo corazón ante la incrédula y socarrona mirada de Bentley y los dos observamos cómo se aleja.

—¿Acabas de pedirle a esa chica que se largue? —pregunto sorprendido, al borde de la risa.

—Spencer las llama *groupies*.

Y ya ninguno de los dos puede contenerse más y nos echamos a reír.

Los chicos no tardan en volver. La competición la ha ganado Max, aunque Spencer mantiene que no es justo, ya que la chica que cayó rendida a sus encantos no podía considerarse objetivamente guapa.

Comienza a sonar *Blame*, [16] de Calvin Harris y John Newman.

Sin ningún motivo en especial, alzo la mirada y mis ojos se encuentran con los de ella.

El león ya no ruje. El león ha cobrado vida propia.

Le sonríe al camarero con su perfecta boca pintada de un rojo aún más perfecto, incluso se muerde el labio inferior. Cierro los puños con rabia y la veo esperar su copa. El vestido blanco dibuja perfectamente su silueta sin llegar a enseñar nada, resaltando esa mezcla de inocencia y sensualidad que siempre me coloca al borde del abismo.

Recoge su copa y comienza a pasearse por el local. Los tíos la miran.

Cierro los ojos y trato de pensar un puto momento. Si me quedo aquí, sé perfectamente cómo va a acabar y no es bueno para ninguno de los dos, sobre todo, para ella.

Doy un paso atrás y, sin contestar ni uno solo de los tres «¿adónde vas?» que me lanzan los chicos, echo a andar con el paso acelerado. Subo a la planta de arriba y me pierdo por los laberínticos pasillos. Una vez que paso de largo los que conducen al baño, sólo me encuentro con dos parejitas. Un par de metros más adelante todo está completamente desierto.

Mejor. Es exactamente lo que necesito. Comienzo a dar inconexos paseos y, antes de que me dé cuenta, apoyo las palmas de las dos manos en la pared y respiro hondo.

«Contrólate, Riley, por Dios.»

¡No quiero, joder!

Me separo de un salto y echo a andar aún más acelerado. Voy a bajar, la voy a cargar sobre mi hombro y pienso sacarla de aquí. Lo de la fiesta de Frank Gehry en Central Park va a parecerle un paseo romántico en comparación con esto.

Vuelvo al entramado de pasillos con una única intención. No pienso

dejar que ningún gilipollas le ponga las manos encima. Estoy a punto de alcanzar de nuevo las escaleras cuando veo al mismo tiempo al que tuve que alejar de Maddie acceder a uno de los pasillos del lado opuesto con una mirada taimada y hambrienta. Mi cuerpo se pone instintivamente en guardia y lo sigo. Si es lo que creo que es, va a arrepentirse de haber nacido.

—Si ese tío no nos hubiera interrumpido, ya estaríamos en mi cama.

Lo sabes tan bien como yo.

El tipo da un nuevo paso, ella lo da hacia atrás y se encuentra con la pared. Está asustada, joder. ¡Maldito hijo de puta!

—¿Cuántas jodidas veces hay que decirte las cosas?

Mi voz suena ronca, calando el ambiente. El tipo se vuelve y yo doy un prepotente paso hacia él.

—Tío, lárgate de aquí —me espeta tratando de parecer valiente.

Tal y como pasó abajo, no lo consigue.

Sólo un maldito cobarde acorralaría a una chica donde nadie pudiera oírla. La rabia me hierve en las venas. Doy un nuevo paso y, más rápido de lo que el gilipollas es capaz de ver, lo cojo por las solapas y lo estrello contra la pared.

—Si tengo que volver a asegurarme de que te mantienes alejado de ella, haré que acabes la noche en un puto hospital.

El tipo asiente, pero eso no me vale. Lo separo otra vez y vuelvo a golpearlo contra el muro. Quiero partirle la maldita cara. Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. Recuerdo cómo se preocupó Maddie cuando pegué al imbécil de Dimes. Trato de calmarme. Es demasiado difícil, joder. Ahora mismo estoy muy cabreado.

Finalmente lo suelto y el tipo, asustado, se marcha con el paso torpe, recolocándose el traje.

Me aseguro de que se ha largado e inmediatamente clavo mis ojos en los de Maddie. Todavía tiembla suavemente. Sé que está asustada, pero ¿qué coño pretendía comportándose así? ¡Ha sido una inconsciente! ¿Qué hubiese pasado si no llego a aparecer? ¿Cómo pretendía librarse de ese malnacido?

—¿Esto es lo que quieres, joder? —rujo—. ¿Que un gilipollas te acorrale en un pasillo?

No dice nada. Está arrepentida. Bien. Está asustada. Bien. ¡Se merece sentirse así! Sólo Dios sabe qué podría haberle hecho.

—¡Contéstame!

—¡No es lo que quiero! —grita llena de rabia, de furia y de muchísima frustración—. Quiero que te largues. Que salgas de mi vida de una vez.

Resoplo brusco. ¡Yo también estoy cansado de todo esto!

—Pues para de comportarte como una maldita cría. Come, deja de intentar ponerme celoso y supéralo, joder —siseo.

Ahora mismo ni siquiera quiero mirarla.

—¿Cómo lo has superado tú? —replica con la voz entrecortada de pura rabia.

Sus palabras me hacen mirarla de nuevo. Si no estuviera tan cabreado, me echaría a reír aquí mismo, joder.

—Yo no lo he superado, Maddie —contesto con la voz endurecida y al mismo tiempo llena de dolor—. Yo nunca voy a superarlo, joder,

porque ya no sé vivir sin tocarte.

Me mira directamente a los ojos y sé perfectamente lo que está

viendo. No he dicho nada que no fuera verdad. Lo tengo dolorosamente

claro. Maddie algún día saldrá de esta puta montaña rusa, encontrará a

alguien bueno que la haga feliz y se olvidará de mí. Fue mi mundo el que

se trastoco. Era yo el que creía que tenía las cosas claras, el que, sin saberlo, tenía una vida en blanco y negro.

—Pues no lo superes —musita.

Su voz es débil, pero su mirada está llena de fuerza y eso me destroza

un poco más. No sabe lo que dice. No puede pedirme eso. Tengo que

cuidar de ella.

—Maddie…

—Ryan, no lo superes —vuelve a pedirme. En realidad me está

pidiendo que deje que ella lo supere.

Camina despacio pero con el paso seguro hasta mí. Sus preciosos

ojos verdes están posados en los míos, tratando de recordarme con ellos

todas las veces que hemos sido felices. La rabia se va diluyendo o se va trasformando, quién sabe. La quiero, joder, al final eso parece que es lo único que siempre queda en pie tras el huracán.

Lentamente, coloca sus manos en mi pecho y se alza sobre las puntas

de sus perfectos pies. Me besa despacio, retándome, pidiéndome en

silencio que yo la bese a ella, que deje de luchar por mantenerme alejado,

por cumplir mi promesa, y la cuide de la mejor manera que sé.

—Ryan —suplica contra mis labios—. Ryan, por favor.

No necesito nada más.

—Maddie... —susurro antes de claudicar.

La beso. Me dejo llevar. Me rindo. Rodeo su cintura y la llevo contra la pared. No sé cuánto tiempo nos pasamos así, simplemente besándonos, saboreándonos, sin separarnos un solo centímetro del otro.

Cuando al fin lo hago, no digo una palabra. Tomo su mano y tiro de ella a la vez que empiezo a caminar. Maddie tampoco dice nada. Hemos vuelto a nuestra burbuja y ninguno de los dos quiere salir.

Atravesamos el entramado de pasillos y tomamos las escaleras a la planta baja. Me dispongo a cruzar la pista de baile en dirección a la salida, pero ella tira de mi mano obligándome a detenerme.

—Necesito mi cazadora —me explica casi en un grito, tratando de hacerse oír por encima de *Stole the show*,[17] de Kygo y Parson James.

Echo un vistazo a mi propia ropa y aprieto la mandíbula. ¿Por qué no cogí una maldita cazadora? No quiero soltarla, joder.

Miro a mi alrededor para orientarme y en seguida localizo la zona de la pista donde bailaba Stevens y la barra que hay a unos pocos metros.

Estamos a punto de llegar cuando Maddie vuelve a tirar de mi mano hasta que se suelta por completo.

—Sólo tardaré un segundo —me informa mirándome otra vez a los ojos.

Me está pidiendo sin palabras que no la acompañe. No quiere que me encuentre con Stevens o con el imbécil de James Hannigan. Yo me humedezco el labio inferior breve y fugaz. No quiero discutir con ella, sólo quiero llevármela a casa.

Asiento a regañadientes y Maddie me recompensa con una preciosa

sonrisa. Por un momento tengo la sensación de que no ha cambiado nada.

Sólo estamos ella y yo.

Comienza a andar, pero, cuando se ha separado apenas un paso,

vuelvo a cogerla de la muñeca, tiro de ella hasta que nuestros cuerpos

chocan y la beso con fuerza. Quiero darle un pequeño adelanto de lo que

le espera, pero, sobre todo, quiero que recuerde toda la felicidad que estoy

recordando yo.

Cuando la suelto, le tiemblan las piernas. Misión cumplida.

Se acerca a la barra. Sólo está Stevens. Parece enfadada. Hablan un

par de segundos y Maddie coge su chaqueta. Sin embargo, Stevens parece no dejarla ir. De pronto alza la vista mientras Maddie se pone la prenda y

nuestras miradas se encuentran. Su expresión cambia por completo. Parece

aún más furiosa. Finalmente Maddie cabecea nerviosa, se sube la

cremallera con la vista centrada en lo que sus dedos hacen y gira sobre sus

pasos.

—Maddie —la llama Lauren—. ¡Maddie!

Pero ella finge no oírla. Cuando llega hasta mí, no lo dudo y cojo su

mano con fuerza. Sé lo difícil que es para Maddie ponerse en contra de

Stevens o de cualquiera de sus amigos. Ahora me doy cuenta de lo

estúpido que fui al pensar que estaba eligiendo a los Hannigan por encima

de mí.

Salimos del club. Sin soltar su mano, saco el iPhone del bolsillo de

los vaqueros con la mano libre y deslizo el dedo por la pantalla de

marcación abreviada.

—El 221 de la Amsterdam Avenue —digo en cuanto Finn responde al

otro lado.

Sin más, cuelgo y contemplo cómo Maddie hace lo mismo con nuestras manos entrelazadas. Soy plenamente consciente de que ahora mismo la mente le funciona a mil kilómetros por hora.

—Nena, ¿qué ocurre?

Alza la mirada y por un momento sólo me observa. Es tan dulce que todas mis emociones se apaciguan y sólo puedo concentrarme en ella. Sonrío sincero, la sonrisa que sólo me permito mostrarle a ella, y suavemente le coloco un mechón de pelo tras la oreja.

—Quiero que hablemos —me confiesa llena de cautela.

—¿Hablar de qué?

Mi cuerpo se tensa. Odio tener que hablar.

—De ti —susurro.

La tensión se multiplica por mil.

—¿Qué quieres saber?

Maddie suspira hondo.

—¿Por qué no eres arquitecto?

—Porque no puedo —replico sin apartar mi mirada de la suya.

Ahora el que resopla soy yo. No quiero tener que hacer esto.

—¿Por qué no puedes?

—Porque en la vida no siempre podemos tener todo lo que queremos.

Mi voz se endurece cada vez más y noto cada hueso, cada centímetro de mi cuerpo, ponerse en guardia.

—¿Fue decisión tuya?

Miro a ambos lados y me tomo un momento para contestar; en realidad, no quiero tener que hacerlo.

—No. ¿Algo más?

—¿Y por qué lo hiciste?

No quiero hablar de esto, joder.

—Por lealtad, Maddie —respondo con una seguridad aplastante—, y porque no tenía nada por lo que luchar.

Odio tener que recordar lo que pasó. Odio tener que hablar de ello. Y odio mucho más tener que hacerlo con ella.

Mi última frase la deja en silencio y clava su preciosa mirada en sus propias manos. Yo me pongo los ojos en blanco mentalmente. Maddie no tiene la culpa, joder, pero, aun así, todo es demasiado complicado como para sentarme a hablar tranquilamente de ello. Renuncié a mi vida, a mis sueños. No quiero tener que hacer terapia sobre ese momento, joder.

Maddie suspira suavemente y se arma de valor para volver a alzar la mirada.

—¿Por qué no te gusta hablar de ti?

Por Dios.

—Porque soy así.

—Tiene que haber un motivo —se apresura a rebatirme.

No puedo más.

—Basta —sentencio con la paciencia al límite.

Pero Maddie no parece opinar lo mismo y frunce los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Si quieres que lo nuestro tenga una posibilidad de volver a

funcionar, tendrás que hablar conmigo —se apresura a decir y, aunque no creo que sea consciente, su voz se está tiñendo de un genuino enfado—. No voy a volver a pasar por lo mismo, Ryan. No voy a volver a sentir que soy la pobre enamorada a la que dejas al margen de todo.

Odio la imagen que tiene de sí misma y, sobre todo, odio la imagen que cree que yo tengo de ella.

—Yo no hablo, Maddie —replico arisco y malhumorado—. No es algo que me guste y tampoco lo necesito, y no se trata de ti, se trata de mí, joder.

Tiene que entenderlo.

—Se trata de los dos —casi grita.

Maddie baja la cabeza y niega suavemente con ella. Con ese simple gesto, el desahucio llega, anegándolo todo. Separa su mano de la mía despacio y por un momento ninguno sabe qué hacer con nuestras solitarias manos.

—Me marcho a mi apartamento —musita.

La veo alejarse en un taxi de nuevo y duele tanto como la primera vez. No quiero que se acabe, pero hay cosas que sencillamente yo no puedo darle.

30

Maddie y Ryan se separan una vez más. James, Álex y Lauren tratan de hacerle ver a Maddie el error que está cometiendo dejando que Ryan vuelva a entrar en su vida. La conversación se trasforma en discusión y ella se acaba marchando. Simplemente no puede decirle no a Ryan; a él,

no.

Aún no me puedo creer cómo se ha atrevido a venir aquí. Me retoco los gemelos de la camisa e inspiro despacio y malhumorado. ¿Qué coño ha venido a buscar? Después de todo lo que pasó con Maddie en el Ehon, él es la última persona a la que quiero ver.

Cruzo la redacción y llego a mi despacho. Tess se levanta dispuesta a decirme algo, pero le hago un casi imperceptible gesto indicándole que se siente. Quiero terminar con esto cuanto antes.

—¿Qué haces aquí? —pregunto dirigiéndome a mi mesa.

James Hannigan gira sobre sus talones y me sigue con la mirada sin moverse del sitio.

—¿Qué tal «buenos días»?

Lo fulmino con la mirada. ¿Qué coño quiere? Que lo diga ya y que se largue.

—Tenemos que hablar de Maddie.

—Yo no tengo nada hablar contigo y mucho menos sobre Maddie —replico arrogante, con la voz amenazadoramente suave.

No sé quién se cree que es, pero está peligrosamente equivocado. No pienso aguantarle otra puta salida de todo.

—Ryan…

—¿Qué? —lo interrumpo—. Y para ti soy señor Riley. —Crío de mierda.

Él no es Spencer ni Bentley, ni siquiera me cae bien, así que mucho menos pienso aguantar un sermón por su parte.

Hannigan se humedece el labio inferior y sonríe arisco a la vez que

pierde su vista en el ventanal.

—¿Te haces una jodida idea de cómo lo está pasando? —inquiere clavando de nuevo su mirada en la mía.

—Tú no tienes que darme clases de nada —replico tenso, amenazante. ¿A qué coño está jugando?

—Pues alguien debería, porque, si la quieres algo, aunque sólo sea un poco, tendrías que parar con esto.

Entorno la mirada y la tensión y la rabia se hacen aún más palpables en ella. Se está ganando una maldita paliza.

—No tienes ni puta idea —siseo.

—No come, no duerme. Se pasa los días llorando, triste, sola. —Cada palabra tiene un eco en mí, pero no me permito mostrarlo—. No sé a qué coño estás esperando para reaccionar, pero ella nunca va a ser capaz de alejarse de ti, aunque claramente sea lo que le conviene.

No ha dicho nada que no sea verdad, joder.

—Lárgate —sentencio.

Hannigan me observa durante un segundo y resopla mordaz antes de girar sobre sus pasos y salir de mi despacho.

Yo me dejo caer en mi sillón de ejecutivo a la vez que me paso las manos por el pelo. Sabía que esto acabaría así.

Aún estoy asimilando las palabras de Hannigan, incluso el haber tenido que ver a ese gilipollas en mi despacho dándome lecciones sobre lo que hacer con Maddie, cuando la puerta se abre sin previo aviso y entran Bentley y Spencer.

—No te preocupes, Tess —le dice mi hermano a mi secretaria, que los sigue con cara de susto—. Querrá vernos.

Los dos me miran esperando a que diga algo. No han entrado haciendo estúpidas bromas, así que imagino que el tema es realmente importante.

—Puedes retirarte, Tess —le indico.

Ella asiente y vuelve a su escritorio cerrando la puerta a su paso.

—¿Qué? —pregunto arisco.

—Tenemos que hablar —dice Bentley sentándose frente a mí, apenas en el borde de la silla—. Ayer, cuando te marchaste del club, ¿adónde fuiste?

—No es asunto tuyo.

—¿Adónde fuiste? —contraataca.

No contesto. Sólo resoplo.

—Te marchaste con Maddie, ¿verdad?

—Bentley, ¿qué coño quieres? —replico de nuevo arisco y también exasperado.

No necesito otra maldita charla.

—Hoy ni siquiera ha venido a trabajar, Ryan. No lo está pasando bien y es obvio que tú tampoco. Tú mismo me lo dijiste ayer: lo que os traéis entre manos va a acabar con los dos.

—¿Qué quieres? —le apremió aún más exigente.

Si se van a dedicar a hacer un repaso de todo lo que estoy haciendo mal, pueden largarse por donde han venido.

—Spencer y yo hemos estado hablando y creemos que lo mejor sería

que os dierais un descanso. Quizá, mandar a Maddie fuera de la ciudad.

¿Qué? Ahora mismo me siento como si hubiesen tirado de la alfombra bajo mis pies. Observo a mi hermano, de pie junto a los inmensos ventanales, con la mirada perdida en la ciudad. ¿Están hablando en serio?

—Hay un semanario en Boston, *The Week* —continúa Bentley—. Es de tirada estatal y no muy importante, pero con la reconversión adecuada podría dar un gran salto de calidad. Cómpralo y nombra a Maddie editora júnior. Yo la supervisaré desde aquí. Sé que no querrás que se vaya sola y hemos pensando que Lauren —su voz se resquebraja al pronunciar su nombre— podría ir con ella y encargarse de la producción.

Su cara cambia por completo cuando pronuncia esa última frase. ¿Me están pidiendo que envíe a Maddie a kilómetros de aquí? Niego con la cabeza.

—No —murmuro acelerado.

Puede que él esté dispuesto a renunciar a Lauren, pero yo no puedo perder a Maddie.

—Ryan, es lo mejor —trata de convencerme Bentley.

—No, no lo es.

—¿Y cómo crees que va a acabar esto? —interviene al fin Spencer—. Sólo queremos lo mejor para ti y para Maddie.

—Largaos de aquí.

Ahora mismo la cabeza me va a mil kilómetros por hora.

—Ryan…

—¡Fuera! —rujo.

Me inclino hasta albergar mis sienes con mis manos y me humedezco el labio inferior breve y fugaz. Los dos siguen observándome. No me importa. Ya he dicho todo lo que tenía que decir y ya he escuchado lo que venían a contarme. No pienso alejar a Maddie de mí.

Tras un par de minutos sin que ninguno de los dos diga nada, Bentley se levanta malhumorado de la silla y los dos salen de mi despacho.

Soy plenamente consciente de que ahora mismo piensan que soy un egoísta de mierda. Eso tampoco me importa.

Ya han pasado las ocho cuando salgo de la oficina. Probablemente podría haberme marchado antes, pero no sé adónde ir. Me monto en el BMW con esa idea en la cabeza y, prácticamente sin darme cuenta, por puro instinto, acabo en el West Side, frente a mi viejo apartamento.

Subo las escaleras sintiéndome igual que la noche del 31 de diciembre de 2007.

En el apartamento, cojo la botella de Jack Daniel's, lo único de beber o de comer que hay en la casa, y salgo a la escalera de incendios. Miro la ciudad y suspiro con fuerza tras dar un largo trago directamente de la botella. A Maddie le encantaría este lugar. Estamos en la cuarta planta, en la parte alta de la ciudad. Todos los emblemáticos edificios de Nueva York caen a los pies de esta escalera.

Aquella noche también cogí una botella de bourbon y también acabé aquí. Aún siento que llevo ese maldito esmoquin.

Estoy muy orgulloso de poder anunciaros algo. En realidad, estoy más que orgulloso. El Riley Enterprises Group sigue creciendo, y yo ya no soy

la persona adecuada para estar al frente. A partir de mañana, mi hijo Ryan ocupará ese puesto. No soy ni la mitad de inteligente que tú, ni la mitad de capaz, ni la mitad de brillante. Vas a hacer el mejor trabajo. Nadie podría siquiera dudarlo.

Alzo la copa y brindo mordaz con la ciudad, imitando el gesto que todas las personas invitadas a aquella fiesta hicieron junto a mi padre.

Todos, menos yo. Esa noche perdí mi maldita vida.

La alerta de mensajes en mi móvil me distrae. Me meto la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saco mi iPhone. Trago saliva cuando veo su nombre.

¿Estás despierto?

Sin saber por qué, sonrío. Es la maravillosa sensación de simplemente sentirla cerca, en cualquier sentido.

Sí. No puedo dormir.

No puedo dejar de pensar en ti. ¿No es lo más patético que has oído jamás? Te quiero, quiero estar contigo y la jodí. La ecuación no podría ser más simple y el dolor más profundo. Doy un nuevo trago mientras vuelvo a perderme en la ciudad.

Yo tampoco. Te echo de menos.

Cierro los ojos y por un momento mi mente reproduce esas mismas palabras como si ella las pronunciara.

¿Nunca va a darse cuenta de que lo nuestro nunca funcionaría? Tiene que aprender a cuidarse, a alejarse de lo que sólo le hará daño, y, mientras tanto, yo tengo que hacerlo por ella.

Deberías intentar dormir.

Si ya la hubiese conocido entonces, aquella cena hubiese sido completamente diferente. ¿Por qué no pude conocerla antes? ¿Por qué he tenido que vivir seis años sin ningún sentido? ¿Por qué ahora tengo que renunciar a ella? ¡No quiero renunciar a ella, joder!

Cojo el iPhone y marco su número. Sólo quiero oír su voz.

Suena, pero ella no contesta.

Deja de comportarte como un egoísta de mierda y déjala en paz, Riley. Probablemente sólo hayas conseguido hacerla llorar.

Cuelgo y vuelvo a marcar.

—¿Señor? —descuelga Mackenzie al segundo tono.

—Compra una revista de Boston llamada *The Week*.

Vuelvo a colgar.

No quiero tener que alejarla de mí.

No sé a qué hora vuelvo a Chelsea. Ni siquiera me importa.

Por la mañana todo vuelve a empezar. Pienso en no ir a trabajar, pero huir de las responsabilidades nunca ha sido mi estilo. No voy a empezar ahora.

Resuelvo varias reuniones antes de que la mayoría de los empleados lleguen y, desde poco antes de las ocho, estoy encerrado en mi despacho.

Tess me trae un café. Es una profesional impecable, pero jamás le he pedido un café y ella nunca me lo ha traído. Es mi secretaria, no mi criada.

Así que, o bien tengo un aspecto horrible esta mañana, o bien un humor insoportable y esta taza es su ofrenda barra sacrificio. Quizá quiera envenenarme. Cabe cualquier posibilidad.

Le agradezco el gesto con un movimiento de cabeza y una sonrisa

algo confundida, y ella me devuelve una sincera y compasiva justo antes de marcharse a paso ligero.

¿Qué coño acaba de pasar?

La taza está aún humeante cuando el moderno sonido de llamada del intercomunicador digital me distrae.

—Señor Riley, Maddie Riley está aquí y desea verlo.

Mi expresión cambia en un maldito segundo. ¿Qué hace aquí?

Anoche tomé la decisión que tenía que tomar por los dos. No puede presentarse aquí y ponerme las cosas demasiado difíciles.

«Haz lo que tienes que hacer, Riley.»

—Ahora no puedo recibir a nadie —contesto tratando de sonar frío en contraposición a cómo me siento por dentro.

¿Qué demonios he hecho? Me levanto y echo a andar dispuesto a buscarla, pero, cuando llevo un par de pasos, me freno en seco y me obligo a volver tras mi escritorio. Tengo que dejar de jugar con ella. Lo correcto es dejarla marchar. Tengo que asumirlo. Tengo que comportarme como se supone que debo hacerlo. Tengo que ser leal.

Sólo unos segundos después, la puerta se abre de golpe chocando ruidosamente contra la pared y Maddie entra echa una verdadera furia.

—No me puedo creer que te estés comportando así —me espeta.

—Lo siento, señor Riley —se disculpa Tess—. No he podido detenerla.

Miro a mi secretaría ordenándole que se retire y me centro en ella. La pillo con sus ojos recorriéndome entero con absoluta atención y por un

momento me deja fuera de juego.

—¿Qué quieres, Maddie? —pregunto tratando de sonar sereno.

—Parece que, sea lo que sea, tú no quieres escucharlo —masculla

furiosa.

—Maddie —la reprendo.

No voy a consentirle ni una sola impertinencia.

—¿Maddie, qué? ¿Ni siquiera pensabas recibirme?

—No —respondo lleno de rabia rodeando la mesa y quedándome aún

más cerca de ella—. Ni siquiera pensaba hacerlo. Sé de sobra lo que vas a

decirme. ¿Crees que para mí no es duro? ¡Me estoy muriendo, joder!

Las palabras se escapan de mis labios antes de que pueda controlarlas.

No quiero que sepa cómo me siento. No quiero convertir esto en otra discusión que deje claro que ella piensa que soy mejor de lo que soy. No

podría soportarlo.

—¿Y por qué lo haces? —musita y sus enormes ojos verdes

prácticamente me lo suplican.

—Porque es lo mejor, Maddie. Esto está acabando contigo. —Lo que

ocurra conmigo no importa—. James vino a verme ayer. Me dijo que, si te

quería, tenía que parar con todo esto y, aunque estuve a punto de partirle la

cara, sé que tiene razón. Yo mismo me lo he repetido un millón de veces.

Maddie me mira aturdida, casi conmocionada.

Estoy haciendo lo mejor para ti, nena.

—Yo te necesito, Ryan —murmura con la voz entrecortada, asustada.

—Si me necesitas, vuelve conmigo —replico sin dudar.

Déjame cuidar de ti.

—No.

Aprieto los labios mientras la observo absolutamente aterrada. Le he hecho demasiado daño, joder. Cabeceo a la vez que aparto la mirada y el dolor se recrudece bajo mis costillas.

—Esto va a acabar destrozándote —susurro.

—Yo ya estoy destrozada —contesta con su voz reflejando cada herida, llena de dolor—. Me destrozaste tú.

Sus palabras me hacen volver a mirarla directamente a los ojos.

Me lo recuerdo cada día, nena.

—Lo sé —no hay una mísera duda en mi voz. No la tengo—, y por eso no voy a permitir que tú misma acabes con lo poco que queda de ti.

Los dos nos quedamos en silencio. Esto duele demasiado.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —inquiero para tratar de hacerle entender por qué lo hago, para recordármelo a mí.

No contesta.

—¿Cuándo? —repito.

—Hace dos días —responde al fin.

El dolor y la rabia serpentean por mi cuerpo hasta inundarlo todo.

Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones y firmo los papeles de su traslado. Maddie me observa suplicándome en silencio que no lo haga, pero no tengo otra opción.

Tengo que cuidar de ti, nena.

—Ya lo entiendo —dice al fin tragándose sus propios sollozos.

Una lágrima cae por su mejilla, pero se la seca con rabia.

—Ahora que ya no te sirvo —continúa dolida y enfadada—, porque

no es como quieras y cuando quieras, te deshaces de mí.

¿Por qué siempre tiene que pensar que lo único que me interesa de

ella es el sexo? La querré igual, la echaré de menos igual, aunque no

vuelva a verla. ¡Ha cambiado mi maldita vida! ¿Por qué no es capaz de

entenderlo? Pero, cuando voy a soltar la primera palabra de mi

improvisado discurso, me doy cuenta de que, si se lo digo, sólo le estaré

poniendo todavía más difícil marcharse y el final, por mucho que

luchemos los dos, va a ser el mismo. Así que, en lugar de decir lo que quiero decir, le mantengo la mirada en silencio.

—Por lo menos ten el valor de decírmelo —me reta furiosa.

—Sí, es eso, Maddie.

Aprieto los puños con rabia.

Jamás, será eso, nena.

—¿Y qué hay de los «no sé vivir sin tocarte»?

Está a punto de romper a llorar.

—Aprenderé.

Ella asiente nerviosa y demasiado triste y, sin decir nada más, gira

sobre sus talones y se marcha.

Me dejo caer sobre la silla y me llevo las manos a los labios tratando

de recuperar el aliento. Ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

Me miró de una manera que me dejó destrozado. Hemos discutido,

nos hemos gritado, pero nunca, jamás, me había mirado así. Ni siquiera

cuando fui tan gilipollas de creer que me había traicionado con Matthew

Newman y rompí con ella.

Estaba tan triste. Estaba destrozada. Haga lo que haga, siempre acabo

haciéndole daño. Sé que esto es lo mejor, pero se ha marchado pensado que lo hago porque me he cansado de ella. Joder, yo la quiero y, aunque sea un egoísta de mierda, necesito que lo sepa.

El Audi llega a su apartamento en cuestión de minutos. No lo pienso cuando subo los escalones tan rápido como soy capaz ni tampoco cuando llamo a su puerta conteniéndome por no tirarla abajo.

—Hola —susurro.

Cuando la tengo delante, todo el jodido mundo vuelve a cobrar sentido.

—Hola —musita.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro —responde echándose a un lado.

Sólo doy un par de pasos y todos los recuerdos me sacuden, como si una parte de mí ya la sintiese demasiado lejos. La primera vez que estuve aquí estaba muerto de miedo por todo lo que sentía por ella y, sobre todo, por la idea de que otro pudiese ofrecerle lo que yo no podía. Han pasado meses de aquello, nos hemos casado y la sensación sigue siendo la misma.

—¿A qué has venido, Ryan? —se arma de valor para preguntar.

—No quería que te fueses pensando que estoy contento con esto.

De hecho, es lo último que quiero.

—Ya lo sé —susurra.

No es la respuesta que esperaba y me llena de un súbito alivio en todos los sentidos. Ella sabe lo que significa para mí, sabe lo duro que es esto, sabe cuánto la quiero.

—En Boston vas a ser muy feliz. Te lo mereces.

Aunque no sea Nueva York, es una ciudad bonita. Ya me he encargado de que tenga un buen apartamento en el barrio más seguro y todas las comodidades en el trabajo. Estará con Stevens. Volverá a comer, a sonreír. Conocerá a alguien… Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. No quiero seguir pensando.

—Tú también te mereces ser feliz, Ryan.

Sus palabras hacen que mi mirada se tiña de toda esa ternura y de una edulcorada condescendencia. Es la chica más dulce e inocente que he conocido nunca.

Yo sólo voy a poder ser feliz contigo, nena.

—Ryan, ¿por qué tienes esa idea tan equivocada de ti mismo? —contraataca.

—¿No has pensado que a lo mejor la que tiene la idea equivocada de mí eres tú?

Niega con la cabeza absolutamente convencida.

—Eres mejor de lo que crees.

—Puede ser, pero tú te mereces a alguien que lo sea todavía más —sentencio.

Maddie me observa un segundo y una suave y tenue sonrisa se va colando en sus labios.

—No nos fue tan mal.

—Habrías conseguido que acabara dándome un ataque al corazón —replico y poco a poco mis labios imitan su gesto—. Eres insufrible.

—Eso te pasa por ser un loco controlador y un celoso —responde divertida.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? Antes ni siquiera era un tipo celoso.

Sin poder evitarlo, los dos sonreímos abiertamente.

—Supongo que nunca encontré a una chica que me importara tanto como me importas tú. —Es la pura verdad—. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. —Eso también es verdad.

—Menos hablar —comenta burlona.

Mi sonrisa se ensancha.

—Bueno, hablar nunca se me ha dado muy bien.

—Pues esto se le parece mucho. —Camina hasta el frigorífico, saca dos Budweiser y regresa hasta mí—. Así se le va a parecer aún más —me anuncia tendiéndome una.

Cuando mis dedos acarician los suyos sobre el botellín helado, una corriente de pura electricidad me recorre de pies a cabeza. Alzo la mirada y la suya está esperándome, dulce y abrumada.

—Sentémonos —murmura nerviosa, alejando nuestros dedos y desuniendo nuestras miradas al tiempo que echa a andar hacia el sofá.

La sigo y me acomodo en el tresillo. En el último segundo mi sentido común me pide que me haga un favor y me siento prudentemente separado de ella.

—Nunca me contaste lo que le dijiste a mi padre cuando lo llamaste por teléfono.

Sonrío fugaz y le doy un trago a mi cerveza. No quiero tener que recordar esa conversación, pero al mismo tiempo tampoco he sido capaz

de olvidarla. Merece saberlo.

—Sólo le dije que no tenía de qué preocuparse, que yo cuidaría de ti.

Maddie sonríe fugaz y, por un momento, antes de apartar tímida sus preciosos ojos verdes, me mira de la misma manera que lo hizo en el *hall* del hotel St. Regis, como Thea mira Spencer. Es la misma mirada que consiguió que deseara cosas que ni siquiera sabía que quería.

Suspira discreta y los dos le damos un nuevo trago a nuestras cervezas. Volvemos a nuestra burbuja, al mejor lugar del mundo.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiere.

Sonrío sincero. No sería mi Maddie si no lo hiciera.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me tratabas tan mal al principio de conocernos?

—No me puedo creer que aún no te hayas dado cuenta —bromeo para evitar contestar —. Creí que era más lista, señorita Parker.

Maddie me mira boquiabierta, tan divertida como ofendida, y acaba dedicándome un mohín. Vuelvo a sonreír. Joder, la adoro.

—No me has contestado —se queja.

Resoplo armándome de valor.

—Porque quería alejarte de mí —respondo luchando por ocultar todas las emociones que hay detrás de cada palabra y fracasando en cada intento—. Cada vez que te miraba, me descolocaba, y, cuando lo hacías tú, me volvía loco. Nunca me había sentido así en toda mi vida, pero sabía que te haría daño, y no me equivoqué —sentencio lleno de rabia, liberando su mirada y perdiendo la mía al frente.

—Es cierto que sufrí —murmura consiguiendo que vuelva a mirarla

—, pero también fui muy feliz, más que en toda mi vida, más de lo que soy ahora, y creo que más de lo que nunca seré, y eso es muy triste, ¿verdad? —Suspira con fuerza tratando de contener las lágrimas—. Cuando tú me mirabas, era todo lo que necesitaba. Era amor, protección, deseo. Da igual quién me mire a partir de ahora, sé que nunca volveré a sentir eso.

Su voz se diluye con sus últimas palabras. Deja el botellín sobre la mesa y rápidamente se seca las lágrimas que inútilmente se esfuerza en frenar a la vez que mira hacia cualquier otro lugar que no sea yo.

—Será mejor que te vayas —musita levantándose.

Se pierde en el pasillo hasta llegar a su habitación. Yo me quedo inmóvil, con la mirada al frente, tratando de vislumbrar otra solución que termine con un «felices para siempre», pero no soy capaz. Cierro los ojos tratando de reunir valor y finalmente me levanto.

Estoy a punto de alcanzar la puerta. Sé que es lo que tengo que hacer, lo que debo hacer, pero no lo que quiero. Me detengo en seco y miro hacia el pasillo. Ella es lo que quiero.

Lo cruzo con el paso decidido y la veo sentada en el borde de su cama, sollozando, luchando por no llorar. Por un momento, por un último momento, ¿por qué simplemente no podemos olvidarnos de todo y ser felices, aunque sepamos que no va a funcionar, aunque está cristalinamente claro que, cuando me marche esta noche de su apartamento, será para siempre? Hemos sufrido, pero también nos hemos querido. Es injusto que tengamos que despedirnos y es jodidamente injusto que tengamos que hacerlo así.

—¿Qué quieres? —inquiere atreviéndose a alzar la mirada por fin—.

¿A qué has venido?

No digo nada. Recorro la breve distancia que nos separa y me

detengo frente a ella. La cojo suavemente de las manos y, despacio, la

levanto hasta que quedamos frente a frente. Es preciosa. Lo único que me

importa. Y la última vez que estemos juntos quiero que sea perfecta.

—A despedirme de ti —susurro acunando su cara entre mis manos.

Lentamente, me inclino sobre ella y la beso. Es el último beso que

voy a darle y sencillamente quiero olvidarme de todo y disfrutar de ella.

Ella alza sus preciosas manos y dulcemente las coloca sobre mi

pecho. Nuestros cuerpos se buscan inconscientemente y todo se vuelve

íntimo, nuestro. En mi cabeza suena una suave canción con un suave piano

que se propaga por todo mi cuerpo. La quiero y quiero demostrárselo con

cada beso.

Despacio, sin dejar de besarla, la tumbo sobre la cama y yo hago lo

mismo sobre ella. No quiero separarme de ella ni un solo segundo. No la

desnudo acelerado. El león sabe como yo que ésta va a ser la última vez que mis manos rocen su cuerpo y quiero tomarme todo el tiempo del

mundo, quiero poder recordar cada centímetro que recorra, cada beso.

Quiero recordar cada uno de sus gemidos.

Lentamente, le quito el vestido, descubriendo su piel. Maddie suspira

bajito cuando se siente completamente desnuda debajo de mí. La observo

con la sonrisa en los labios y por un instante sólo me concentro en la

burbujeante expectación de saber que podré besarla. Una espera

impaciente y dulce que sólo ella me ha hecho sentir.

Alzo la mano y la acaricio hasta alcanzar su estómago. Los dos nos

quedamos absortos en el movimiento de mis dedos. Así es como siempre tendría que haber sido. Sin losas, sin reproches, sin el pasado, solos ella y yo.

La beso con fuerza y todo vuelve a empezar. Todo el placer. Todo el amor.

Afloja mi corbata y se deshace de mi camisa, y yo hago lo mismo con su lencería de perfecto algodón. Mis labios vuelan tras la estela de mis dedos y me pierdo en sus pechos, en sus caderas.

Nerviosa, desabotona mis pantalones y yo me libero de ellos y de mis bóxers justo antes de recolocarme entre sus piernas.

Apoyo las palmas de mis manos en el colchón y dejo que mis brazos tensos mantengan el peso de mi cuerpo. La observo desde arriba y la visión me deja fulminado una vez más. Ella me contempla a través de sus largas pestañas, tímida, abrumada, entregada, y me doy cuenta de que eso es el amor. El sentirse tan perdido que, cuando recibes todo lo que el otro quiere darte, el sentimiento es tan grande que te sobrecoge. Una emoción contradictoria que te llena por dentro hasta dejarte sin aliento. Lo que más deseas, lo que más daño puede hacerte. El poner mi vida y mi alma en tus manos, nena.

Entro dentro de ella con un solo movimiento. Su respiración se entrecorta y un largo gemido se escapa de sus labios mientras venzo mis brazos y dejo mi cuerpo caer contra el suyo. Quiero toda la calidez. Su cuerpo se arquea uniéndose más al mío. Es jodidamente perfecto.

Me muevo despacio, profundo, llegando cada vez más lejos, más intenso. No dejo de besarla, de tocarla. Todo el contacto, sea el que sea, me parece poco. Podría

pasarme media vida así.

Su respiración se acelera. Gime. Gruño. Mis caderas se mecen cada

vez más rápido, la suyas salen a mi encuentro cada vez más hambrientas.

Grita. La beso. La muerdo. Es el maldito paraíso.

—Ryan —gime.

Y un maravilloso orgasmo, repleto de todas las emociones que

siempre nos han rodeado, la recorre entera y la llena de luz.

Nuestros besos se rompen entre respiraciones entrecortadas. La

embisto con fuerza y me pierdo en su interior sintiendo su cálido aliento y

todos nuestros gemidos en mis labios.

Mi paraíso se llama Maddie.

Salgo de ella y en ese preciso instante toda la rabia regresa. Me

levanto, recupero mi ropa del suelo y me pongo los pantalones tan de

prisa como soy capaz. Algo me está quemando por dentro. Necesito salir

de aquí. Quiero lo que no puedo tener. Jodí mi vida, la suya. Cierro los ojos con fuerza. La rabia ni siquiera me deja respirar. Me paso las manos

por el pelo y en silencio, observando cómo ella también se levanta y

recoge su ropa, termino de vestirme.

Salimos de la habitación y cruzamos el salón sin que ninguno de los

dos haya dicho nada. He tenido que renunciar a muchas cosas en mi vida,

pero nada ha sido remotamente parecido a tener que renunciar a ella. Abro

la puerta. Odio que las cosas sean así. Va a marcharse a Boston. Es la

última vez que la veré, la última que estaré en este piso. Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, tomo su preciosa cara entre mis

manos y la beso con fuerza.

Al separarme, abro los ojos y absolutamente enamorado espero a que ella haga lo mismo.

—Siento no haber sido lo suficientemente fuerte por los dos —susurro contra sus labios.

Le doy un beso corto y dulce y me marcho sin mirar atrás.

Se acabó.

Se acabo, nena.

Cruzo ese rellano por última vez, bajo esas escaleras por última vez.

Al salir a la calle, la temperatura fría me recibe y lo agradezco. No sé qué pensar, en qué centrarme. Ahora mismo sólo puedo pensar en huir de esto.

No quiero sentirme así, joder.

—¡Ryan!

Su voz.

Me giro y, sorprendido, la veo bajar los últimos escalones de su edificio y correr hasta mí descalza. Me ha dejado fuera de juego. Además, debe de estar helándose, joder, hace un frío que pela. Eso es lo único coherente que puedo pensar.

—No te vayas —me pide acelerada—. Esto no tiene por qué acabarse. Dame una señal, lo que sea, de que las cosas van a ser diferentes y volveremos.

Una sonrisa fugaz se escapa de mis labios a la vez que doy un paso hacia ella.

—Maddie, tú no quieres volver conmigo. Sólo estás asustada.

Yo también lo estoy, nena.

—Haré lo que quieras —me interrumpe casi desesperada—, lo que

Savannah hacía.

—No, por Dios —me apresuro a responder.

Tú vales un millón de veces más que ella.

—¿Y qué hay de eso de que siempre cuidarías de mí?

Exhalo todo el aire de mis pulmones al tiempo que alzo la mano y le acaricio la mejilla suavemente con el reverso de los dedos.

—Estoy cuidando de ti. Volvería contigo sin dudarlo, Maddie, pero, cuando prometí protegerte, lo decía de verdad.

Y otra vez la sensación de que Maddie es algo que hay que cuidar del mundo crece dentro de mí y lo inunda todo. Me inclino sobre ella y le doy un suave beso en la frente.

Vas a ser muy feliz, nena.

Giro sobre mis pasos y comienzo a caminar. Me humedezco el labio inferior sintiendo mi mirada vidriosa y finalmente me marcho.

Me monto en el Audi. Cuando el coche arranca, sé que ella sigue de pie, en la acera. La rabia vuelve a agarrotar cada hueso de mi cuerpo. No quiero marcharme. No quiero alejarme de ella. Mi respiración se acelera inconexa, furiosa. ¿Por qué las cosas tienen que ser así? ¿Por qué tengo que renunciar a Maddie?

Me bajo del A8 incluso antes de que se detenga por completo en el garaje. Subo las escaleras, cruzo el salón como una exhalación y me sirvo un bourbon. Miro la copa nervioso, acelerado, como si fuera mi peor enemigo y al mismo tiempo lo único capaz de calmarme. Me siento en uno de los taburetes exactamente frente a la botella. De pronto toda mi

atención se centra en mi anillo de boda. Todavía lo llevo puesto. Antes de dar el primer trago, me lo quito con rabia, pero, una vez que lo tengo entre las manos, ni siquiera sé qué hacer con él. No quiero guardarlo en un cajón. No quiero desprenderme de él. Me llevo las manos a la frente y cierro los ojos. Toda la tensión, la adrenalina, la rabia, todo, absolutamente todo, tiene un único motivo.

Una vez renuncie a mi vida y me acostumbre. También me acostumbraré a estar sin ella.

Sin embargo, como si una parte de mí no quisiera hacer caso a mis propios pensamientos, vuelvo a ponerme el anillo. Lo superaré. El dolor se quedará conmigo y lo superaré. Sólo que hoy no.

Cojo el vaso, pero, cuando el bourbon está a punto de tocar mis labios, lo aparto y brusco lo dejo sobre la mesa. No quiero beber.

Me levanto y me voy directamente a mi estudio. Es hora de recuperar las viejas costumbres, de centrarme en el trabajo y volver a poner la empresa por delante de todo.

Maddie se acabó.

—Aquí tiene su café, Ryan —me indica la señora Aldrin dejando una taza de *ristretto* sobre la isla de la cocina.

—Gracias —murmuro con la vista fija en el periódico.

Ella me observa unos segundos y finalmente se retira al otro extremo de la cocina.

En ese preciso instante aparece Finn. Carraspea tratando de llamar mi atención y yo asiento con la vista perdida en el *Times* apremiándole a que hable. Tengo una mañana de lo más ocupada. No puedo permitirme perder

el tiempo.

—El señor Sandford está aquí —me informa.

Frunzo el ceño y, sorprendido, miro mi reloj de pulsera. Pensé que sería imposible ver a Bentley despierto a esta hora de la mañana, a no ser que esté borracho y aún no se haya acostado. Es sábado. Tampoco sería tan extraño.

Vuelvo a asentir para indicarle a Finn que puede pasar y veloz regresa a la puerta principal. Bentley no tarda en aparecer. A pesar de que sigo leyendo con atención un artículo sobre la crisis actual en Ucrania, de reojo puedo verlo de pie a unos metros de mí, mirándome como si me hubiesen salido dos cabezas.

—¿Qué? —pregunto prestándole un momento de atención a la vez que paso la página del diario.

—Nada —prácticamente balbucea—. ¿Estás bien? —inquiere tras tomarse un par de segundos para pensar la pregunta.

Yo me encojo de hombros. No pienso contestar. Los sermones sobre mi vida también se acabaron. Cuantos antes lo entienda, mejor.

Bentley continúa observándome sinceramente sorprendido y yo empiezo a cansarme. Cierro el *Times,* apuntando mentalmente que hay un par de artículos que me gustaría leer en la sección de nacional, y me levanto.

—Me voy a la oficina. ¿Necesitas que te lleve? —inquiero dando un par de pasos en su dirección.

—No —responde de nuevo tras un par de segundos—, he venido en mi coche.

—No te preocupes, con esfuerzo, cada día hablarás un poquito mejor —me burlo.

—Capullo.

Le dedico mi media sonrisa y echo a andar a la vez que le enseño el dedo corazón. Parece que insultarnos el uno al otro es un acto reflejo, no he tardado un puto segundo.

—Señora Aldrin —comento antes de salir—, suba y recoja mi habitación. Embale todas las cosas de Maddie —una punzada me atraviesa las costillas al pronunciar su nombre, pero me recompongo rápido— y que Finn las lleve al Village.

La cocinera se une a la cara de perplejidad de Bentley. No estoy diciendo nada fuera de lo común. Va a marcharse. Necesitará muchas de las cosas que tiene aquí y, si no, puede tirarlas o donarlas. En cualquier caso, dará mejor cuenta de ellas que yo.

—Nos vemos en la oficina, capullo —me despido viendo que no tiene ninguna intención de moverse.

Finn me espera profesional junto al Audi. Me monto y espero paciente a que él lo haga. En ese mínimo momento de soledad, suspiro con fuerza.

«Lo estás haciendo muy bien, Riley.»

El A8 se pasea entre el tráfico del sábado a primera hora, más relajado que cualquier otro día de la semana, y llego al Riley Group relativamente pronto. Soluciono un par de gilipolleces con Mackenzie y me marcho a dos reuniones en I+D. Es de los pocos departamentos con el que no tengo la tentación de despedir a todos los ejecutivos. Son

eficientes, profesionales, y rara vez los veo fuera de esta planta molestándome con gilipolleces.

Regreso a mi despacho poco antes de la hora de comer. El día está pasando rápido y apenas he tenido tiempo para pensar. Justo lo que necesito. Trabajo. Trabajo. Trabajo. Estoy pasando junto a la mesa de Tess cuando Spencer y Bentley entran en la antesala de mi oficina.

—Largaos de aquí. Tengo mucho trabajo —digo nada más verlos, caminando hacia mi escritorio.

Los dos me ignoran y los dos me siguen. Son un puto coñazo.

—Ryan, ¿estás bien? —pregunta Spencer.

Finjo no oírlo. No es asunto de ninguno de los dos. Por Dios, son dos niñas de instituto.

—Os pago por trabajar, ¿alguno de los dos lo recuerda alguna puta vez?

Busco entre las carpetas de mi escritorio. Necesito la auditoría externa que encargué a Colton, Fitzgerald y Brent.

—Necesito la carpeta de Colton, Fitzgerald y Brent —digo pulsando el intercomunicador digital.

—En seguida, señor —responde Tess diligente.

Bentley bufa indignado y acomete un breve paseo a la vez que se cruza de brazos. Spencer me mira con el ceño fruncido, como si estuviese delante del cuadro impresionista más complicado del mundo.

—¿Lo estás viendo? —se queja Bentley a mi hermano—. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —me pregunta malhumorado.

—Pedirle algo a mi asistente para trabajar, lo que deberías estar haciendo tú. ¿Has hablado con Recursos Humanos para que preparen las entrevistas para contratar a tu nueva ayudante?

—¿Qué? —inquiere incrédulo.

Pongo los ojos en blanco. Por el amor de Dios, hago preguntas de lo más sencillas. Me gustaría obtener respuestas.

—Capullo, ¿habéis abierto ya el proceso de selección? —le pregunto a mi hermano.

—¿Qué? —repite—. No —añade al cabo de un segundo.

—Pues anda —replico mordaz—. Ya os he encontrado algo que hacer. Fuera de mi despacho.

Llaman a la puerta brevemente y por un momento mi coraza se resquebraja. Me recompongo rápido. Sé que es Tess. Le doy paso y mi secretaria cruza mi despacho y deja un par de carpetas sobre mi mesa. Se retira cerrando tras ella.

Spencer y Bentley se miran y este último se encoge de hombros como si contestara a una especie de pregunta telepática. No entiendo por qué no pueden hacer el gilipollas en el despacho de alguno de los dos.

—¿Eres consciente de lo que pasó ayer? —me pregunta Spencer.

Yo alzo la mirada y lo fulmino con ella.

—Ayer no pasó nada —sentencio.

—Ryan…

—Spencer —lo interrumpo—, no te interesa seguir por ahí.

Mi tono de voz ha cambiado por completo y los dos se han dado cuenta de que efectivamente a ninguno, puede que ni a mí mismo, nos

interese seguir por ese camino. Tenía a la chica más maravillosa del

mundo, la jodí y la perdí. Fin de la historia. Así que se acabó el pensar en cosas que ya no puedo tener. No habrá críos, ni más besos, ni más putos

fuegos artificiales. Antes de Maddie siempre pensé que había nacido para

ocupar la silla de director ejecutivo del Riley Group; más me vale tener

razón, porque ahora es lo único que tengo.

—Hay un apartamento que quiero vender —le comento a Spencer—.

¿Puedes encargarte de hablarlo con Montgomery?

Spencer asiente todavía algo aturdido.

—Apartamento 31 del 173 de la calle 81 Oeste, en el West Side.

Abro la carpeta y comienzo a revisarla, pero soy plenamente

consciente de que ellos siguen mirándome. Esta vez no puedo negar que

los entienda. Es la segunda vez que me desprendo de algo que siempre he

considerado mi hogar, pero lo recuperé con la única intención de

compartirlo con Maddie; si ya no puedo estar con ella, no me interesa

conservarlo.

Es curioso, la primera vez que tuve que venderlo fue como si me

arrancaran un pedazo de mí. Ahora no siento nada. Vuelvo a estar vacío.

—Fuera de aquí —susurro.

Los dos vuelven a mirarse entre sí y, tras dudarlo unos segundos,

acaban marchándose.

Yo vuelvo a suspirar hondo a la vez que apoyo los puños sobre mi

escritorio e inclino despacio el cuerpo hacia delante.

La rabia y el dolor se quedan conmigo. Sólo espero dejar de echarla

de menos.

El resto del día es exactamente como tiene que ser: reuniones, trabajo, asuntos fríos que puedo tratar siendo frío, exactamente como tengo que ser, como siempre he sido. Poco después de las seis, estoy poniéndome la chaqueta para marcharse a Chelsea cuando el teléfono de mi mesa comienza a sonar. Tess ya se ha marchado a casa. Normalmente no lo cogería y dejaría que la llamada fuese rebotada a la centralita, pero decido tomarme la molestia.

—Riley —respondo.

Quien quiera que sea al otro lado, calla un segundo, imagino que sorprendido porque lo haya cogido directamente.

—Señor Riley, soy Montgomery, del departamento Inmobiliario. Quería confirmarle que hemos puesto el apartamento del West Side a la venta, pero olvidó entregarnos las llaves.

Me pongo los ojos en blanco. Soy un gilipollas.

Abro los cajones de mi mesa rápidamente y al momento no tardo en divisar las dos llaves plateadas, casi relucientes. Montgomery sigue hablándome, pero no le presto atención. Toda mi concentración ha caído en las dos llaves. Tal vez podría ir por última vez. Sólo una noche.

—Señor… señor —repite.

—¿Sí? —contesto saliendo de mi ensoñación.

Es evidente que ésas no eran las primeras veces que me llamaba.

—¿Qué hacemos con las llaves? Puedo enviar a alguien a Chelsea a buscarlas, si lo desea.

Sólo una última vez.

—No. Mañana por las mañana mandaré a mi secretaria para que las deje en su oficina.

—Como prefiera, señor Riley.

Cuelgo, saco las llaves del cajón y, conservándolas un segundo en mi mano, me las meto finalmente en el bolsillo de mis pantalones a medida y salgo del despacho.

Meto la llave en la cerradura y la giro lentamente. Me pregunto si sería capaz de recordar todas las veces que entré en este apartamento seguido de Bentley y Spencer. Ellos no vivían aquí, pero este lugar se convirtió rápidamente en nuestro centro de operaciones.

El parqué, como siempre, cruje bajos mis pies. Camino hasta el salón y, apoyándome en el marco de la ventana, me inclino hasta que Nueva York aparece ante mí. Las vistas son fantásticas. Nunca me cansaría de admirarlas.

Paso por delante de la cocina. Siempre me pregunté si debía cerrarla y convertirla en independiente. Cruzo el pasillo y entro en mi dormitorio.

Creo que tampoco podría recordar cuántas chicas estuvieron aquí. Hay quien diría que demasiadas. Todavía recuerdo a Maddie en aquella cama de Santa Helena preocupada porque yo era un mujeriego. Debió preocuparse por otras cosas.

Suspiro de nuevo y me paso las dos manos por el pelo.

Hay cosas que no me puedo permitir, y recordar mi vida con Maddie, en particular aquellos días en Santa Helena, es una de ellas.

Miro a mi alrededor tratando de calmarme, pero obtengo el efecto contrario. La imagino en cada maldito rincón de esta habitación. En mi cama desnuda o, mejor

aún, con una de mis camisas. Imagino su ropa en
mis cajones. Sus vestiditos mezclándose con mis trajes. La imagino
saliendo de la cocina descalza y embarazada. Nos imagino besándonos
contra cualquier pared, riendo. La imagino queriéndome.
Suspiro, casi resoplo.
No puedo más, joder.
Llevo todo el día fingiendo que no ha pasado nada, que no me afecta
que mañana a esta hora vaya a estar en Boston, tratando de olvidar que ha
pasado por mi vida. No puedo más.
Resoplo de nuevo y, sin saber por qué, recuerdo mi mesa de
arquitecto en esta misma habitación. Camino hasta donde estaría y observo
una vez más la marca de la mesa sobre la pared. Recuerdo el cochecito
rojo que tenía sobre ella. Recuerdo cómo tuve que pelear por él con
Spencer y cuántas veces tuve que levantarme del césped embarrado para
conseguir que me lo devolviese. Sonrío con una mezcla de ternura, rabia y
mucha resignación. El Ryan que diseñaba en esa mesa sí hubiese podido
hacer feliz a Maddie. Ese Ryan tendría tiempo para ella, una vida diferente.
Sé por qué renuncié a ser arquitecto, porque dejé de luchar. Me gustaría
poder viajar en el tiempo y explicar a ese gilipollas de veinticuatro años
que seis años después conocería a la chica más increíble del mundo, que
no se rindiera. Ella sería su motivo para luchar.
Sigo pensando en ese cochecito rojo de juguete. De pronto me parece
increíblemente importante encontrarlo. Vuelvo a Chelsea y subo
directamente a mi estudio. Lo busco en cada rincón, pero no doy con él.
No he podido haberlo perdido. Mando a Finn a buscar entre las cosas que

hay en el trastero y yo lo hago por el resto de la casa con ayuda de la señora Aldrin. Los dos me miran como si estuviese loco, pero me importa

bastante poco. Con Bentley y Spencer esta mañana he cumplido el cupo.

Cuando después de dos horas no he conseguido encontrarlo, cojo el

BMW y, sin dudarlo un solo instante, me planto en Glen Cove. Me da igual

que ya casi sea medianoche. Necesito encontrar ese maldito coche. He

renunciado a todo. Necesito tener lo único que me demuestra que alguna

vez gané, que me quedé con algo que yo quería, no la empresa, ni mi

padre, sino yo.

Pongo mi antigua habitación patas arriba y también la de Spencer.

Estoy haciendo lo mismo en la buhardilla cuando mi madre aparece con

una bandeja con un sándwich y una botella de agua. De reojo, la veo cruzar la inmensa estancia y dejar la bandeja sobre una pila de cajas

perfectamente ordenadas. Obviamente aún no he buscado el coche en ellas.

—Te he preparado un sándwich de mantequilla de cacahuete y

mermelada de arándanos —comenta.

—Ya no tenéis críos, ¿por qué seguís teniendo mantequilla de

cacahuete?

—Por si alguno de mis hijos adultos se presenta en casa a las doce de

la noche para desordenarme una a una todas las habitaciones.

Touché.

—Soy una mujer precavida —añade con una sonrisa.

Automáticamente le devuelvo el gesto y continúo rebuscando en la

caja que tengo delante. Sólo hay basura de Spencer. Si encuentro sus

Playboys, voy a echarme a llorar y acto seguido a desinfectarme las manos.

—¿Se puede saber qué estás buscando?

—Ya te lo he dicho —replico malhumorado—. Un cochecito rojo de juguete.

—Ryan —me reprende.

—¿Qué? —respondo arisco.

—¿Por qué estás buscando eso precisamente ahora? ¿Por qué es tan importante para ti?

—Mamá, déjalo estar —le pido impaciente.

—¿Se trata de Maddie? Porque he hablado con tu hermano esta tarde y dice…

—Basta, mamá —sentencio—. Spencer y tú tenéis que dejar de hablar de lo que creéis que me pasa. Os equivocáis. Estoy bien. Sólo necesito encontrar el maldito coche.

Mi madre tuerce el gesto. Sé que no se ha quedado satisfecha con mi respuesta, pero no puedo perder el tiempo en tratar de hacerle entender algo que es obvio. Lo que pase en mi vida es asunto mío, no suyo. Tiene que aprender a dejar de preocuparse y, sobre todo, tiene que dejar de cuchichear con Spencer y también con Bentley. Estoy seguro de que mi hermano no estaba solo en esa llamada.

Mi madre alza las manos al cielo exasperada y finalmente deja caer las manos contra sus costados.

—Inténtalo tú —se queja mirando al frente—. Yo volveré a buscar el maldito cochecito en la habitación de Spencer.

Miro hacia donde mi madre protesta y veo a mi padre bajo el umbral de la puerta. Acaricia a mi madre en la mejilla cuando se cruzan y camina

distraído hasta mí. Lleva las manos en los bolsillos y sólo saca una de ellas para toquetear algún objeto que ve en alguna de las cajas.

—Ese cochecito debe medir, ¿cuánto? ¿unos diez centímetros? —me pregunta—. Encontrarlo en una buhardilla de cincuenta metros cuadrados es una tarea por lo menos complicada —sentencia al fin.

No se está riendo de mí. Su voz suena teñida de esa benevolencia de los padres, la misma con la que te consuelan cuando te has caído después de que ellos te advirtieran de que iba a ocurrir precisamente eso.

—Me las he visto en peores situaciones —susurro apartando la caja que ya he terminado de revisar y abriendo una nueva.

Mi padre sonríe.

—Siempre has sido un chico valiente. Nunca te ha dado miedo nada. Ha sido muy fácil estar orgulloso de ti.

Lo miro. Él no me mira a mí. Tiene la vista perdida en el interior de una caja llena de adornos de Navidad. Sonrío fugaz y algo aturdido. Oír esas palabras por parte de él significa más que viniendo de cualquier otra persona.

—Siempre has luchado por todo lo que has querido.

Mi sonrisa se esfuma. No siempre.

—Y a veces te equivocas y luchas por cosas pequeñas cuando querrías luchar por otras más grandes. —Acaba de tirar de la alfombra bajo mis pies—. Está bien tener miedo alguna vez y está bien tratar de cambiar las cosas que se supone que nunca van a cambiar. ¿Sabes?

Todavía recuerdo aquella tarde en el jardín. Llovía muchísimo. Spencer es

dos años mayor que tú y te sacaba un cabeza, pero tú no te rendiste. Te tiró al suelo una par de veces, incluso te dio un puñetazo. Recuerdo cómo te levantaste una y otra vez lleno de barro hasta que te devolvió el cochecito. Aquel día demostraste todo tu carácter.

Yo también recuerdo ese día. Luché por lo que quería. Por eso estoy completamente desesperado tratando de buscar un coche de juguete que hace seis años que no veo. Me freno con la mirada clavada en la caja que acabo de abrir. Volver a luchar. Luchar por lo que quiero, por todo lo que quiero.

—Voy a ser arquitecto —digo en un golpe de voz.

—Lo sé —responde mi padre y vuelvo a sentir ese deje de orgullo en su voz.

—Y voy a recuperar a Maddie.

Puedo ser ese Ryan mejor que ella se merece.

—Hijo, siempre he querido lo mejor para ti.

—Ella es lo mejor para mí.

Y yo puedo ser lo mejor para ella.

—No creo que haya alguien que no sepa eso —replica con una sonrisa—, pero va a sufrir.

—No —sentencio sin asomo de duda—. No voy a permitirlo.

Mi padre mantiene la sonrisa y tengo la sensación de que acabo de decir justo lo que quería oír.

—¿No cometer los mismos errores? —inquiere.

—Aprender de ellos.

—Pues tal vez deberías decirle todo eso a Maddie.

—Hablar. —Y estoy tan asustado que prácticamente lo pregunto.

Mi padre se levanta, se acerca a una de las estanterías y toma una pequeña caja de cartón cilíndrica.

—Levantarte del césped embarrado, ¿no? —replica tendiéndomela.

Cuando la cojo, coloca su mano en mi hombro y lo aprieta con fuerza. Yo asiento convencido y lo observo hasta que sale de la buhardilla.

Ya solo, abro la caja y sonrío al ver el coche rojo entre una decena de juguetes.

Salgo de la buhardilla y de la mansión como una exhalación. Tengo muchas cosas que hacer. Maddie se marcha mañana a Boston. Pienso en presentarme directamente en su apartamento, ahora mismo, pero quiero hacer las cosas bien, quiero que vea los cambios, poder demostrarle que de verdad las cosas van a ser diferentes y hacerlo con hechos, no con palabras.

De pronto recuerdo lo que le pedí a la señora Aldrin y me siento como un auténtico estúpido. Acelero y aprieto con fuerza el volante. Quiero que, cuando Maddie regrese a casa, encuentre cada cosa en el mismo lugar en el que ella la dejó. No quiero ni pensar cómo se sentiría si supiese que me he deshecho de sus pertenencias.

Llego a Chelsea y, en lugar de subir al salón, bajo al área de servicio llamando a la señora Aldrin a gritos. Miro la hora. Es tardísimo, joder. Espero que no esté durmiendo.

—¿Ryan? —pregunta con la voz tomada por el sueño.

Alzo la cabeza y no puedo evitar sentirme culpable. Lleva una gruesa bata y, bajo ella, puede intuirse un camisón morado. Obviamente ya se

había metido en la cama. Sacudo la cabeza. No lo he hecho por una tontería.

—Señora Aldrin, ¿dónde están las cosas de Maddie?

La miro casi desesperado. ¿Cómo pude pensar que era una buena idea enviarlas al Village?

Ella me observa y duda en contestarme. Me temo lo peor.

—Lo siento, Ryan, pero no me ha dejado otro remedio.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Instintivamente me pongo en guardia. Ella me mira un segundo más y finalmente suelta un bufido de lo más indignado mientras comienza un acelerado discurso en francés agitando las manos. Me llama *conard*, básicamente capullo, y otra serie de lindezas. Me advierte de que me conoce desde que no levanto dos palmos del suelo y que el teatro que hice esta mañana no me lo creo ni yo. Me dice que quiero a Maddie y que soy idiota por no ir a buscarla. Me dice que por supuesto que no recogió sus cosas y mucho menos se las habría dado a Finn para enviarlas. Acaba amenazándome con darme una buena paliza si no hago las cosas *comme il faut*, como deben hacerse, y otra aún mayor si vuelvo a emborracharme.

Yo aguanto la regañina con una sonrisa.

—Gracias, señora Aldrin.

Y, aventurándome a recibir una bofetada de lo más francesa, me atrevo a darle un beso en la mejilla antes de correr hacia las escaleras. Ella se lleva la mano a ese mismo lugar sorprendida y también sonríe.

—¿Irá a buscar a Maddie? —me pregunta desde el primer peldaño

cuando yo prácticamente he subido el último.

Me vuelvo y le dedico mi mejor sonrisa. Pienso traerla a casa .

Esa noche apenas duermo. Me paso las horas haciendo llamadas y organizándolo todo. Lo primero que hago es anular las órdenes de traslado. Tengo que convencerla de que puede funcionar y de que podemos estar juntos. Por eso tiene que ver el cuadro de *El beso* antes de tomar cualquier decisión. Quiero que reciba alto y claro el mensaje.

Perdió la oportunidad de verlo en París por culpa de mi trabajo. Ahora podrá disfrutar de él cada día, porque para mí ella es lo más importante.

Le bajaría la luna si me lo pidiese.

A las seis en punto me doy una ducha y absolutamente a propósito me pongo el mismo traje, la misma camisa y la misma corbata que el día que nos conocimos. Otro mensaje, aunque éste es mucho menos sutil.

A las siete no aguanto más y me voy al Riley Group. Ayer llamé a Mackenzie y dejé muy claro que hoy no quería a nadie en las oficinas, salvo al guardia de seguridad. Es domingo y lo más lógico es que no hubiese habido más de una decena de personas en todo el edificio, pero, aun así, lo quiero vacío. No quiero a nadie que pueda interrumpirnos.

—Buenos días, Frank —saludo al guardia de fin de semana camino de los ascensores.

—Señor Riley —me llama saliendo tras de mí.

Yo frunzo el ceño imperceptiblemente y me giro hacia él. ¿Qué quiere? Es el único empleado que hay hoy en todo el maldito Riley Group, espero que no me dé problemas.

—Ya han instalado en su despacho el envío que realizó su padre

desde Glen Cove.

Lo miro aún más confuso.

—¿Qué envío?

El guardia de seguridad se encoge de hombros.

—Su padre llamó hace poco más de una hora avisando de que llegaría un paquete para usted y dando las instrucciones de que debía ser subido e instalado en su despacho. Se encargaron de hacerlo los hombres que lo trajeron.

¿Qué habrá enviado? Asiento pensativo a Frank para que se retire y entro en el ascensor. Atravieso la desierta redacción con paso ligero y aún más de prisa la antesala de mi oficina. Entro en mi despacho y un suspiro de sorpresa se escapa de mis labios cuando veo mi vieja mesa de arquitecto. Poco a poco una sincera sonrisa se va abriendo paso en mis labios. Pensé que se había deshecho de ella hace años. Mi sonrisa se ensancha. Es perfecta. Exactamente como llevo recordándola todo este tiempo. Suelto un suspiro ahogado en una carcajada cuando veo mi caja de lápices. Alzo los dedos y los paseo perezosos por el logotipo de Derwent Graphic. Pero ¿cómo ha podido traerla hasta aquí sin que me diera cuenta? Estos lápices estaban en mi estudio, en Chelsea. Me meto la mano en el bolsillo de mis pantalones y saco el cochecito rojo de juguete. Sin dudarlo, lo coloco en la esquina superior de la mesa y mi sonrisa vuelve a ensancharse. Es exactamente donde tiene que estar.

Es perfecto.

Miro el reloj y automáticamente me acelero. Maddie ya debe de haber recibido el cuadro. Me paso las manos por el pelo y decido que lo mejor

es mantenerme ocupado hasta que reciba su llamada. Voy hasta el despacho de Spencer y saco algunos informes de Recursos Humanos. Lo primero será empezar a decidir en quién delegaré parte del trabajo. En el ámbito laboral confío plenamente en muy pocas personas, así que serán ellas las que me ayuden más de cerca. Las decisiones siempre las tomaré yo. El Riley Group sigue siendo mi responsabilidad.

Regreso a mi planta con algunas ideas bastante claras y pensando en otras tantas. Entro en mi despacho y sencillamente algo me arrolla por dentro. Es grande y sencillo a la vez. Tan auténtico como lo rápido que me late el corazón ahora mismo bajo las costillas.

Me detengo tras ella. Estoy a unos pasos y ya puedo sentir toda su calidez.

—Hola —susurro.

Maddie se gira despacio y alza la cabeza aún más despacio. Suspira y me dedica un tímido «hola». Una vez más, se siente nerviosa, abrumada. Es jodidamente perfecta. Todo lo que quiero que sea, lo que adoro que sea.

—Gracias por la foto de Doisneau —murmura—. No tenías por qué hacerlo.

—Quería que la tuvieras. Por mi culpa no pudiste ver la exposición y quería compensarte. Sé que no tienes muchos recuerdos de nuestra luna de miel.

—La verdad es que los únicos recuerdos que tengo de París son las vistas desde la terraza, tu voz, tus besos, tú…

La miro a los ojos. Yo tampoco tengo otros recuerdos de nuestra de

miel. Tampoco los quiero. Ella vuelve a suspirar y todo mi mundo se relativiza.

—La verdad es que no hay museos ni cenas —añade tratando de sonar divertida.

—¿Te habría gustado que hubiese sido diferente?

—No —contesta sin dudar dejando que una dulce sonrisa inunde sus labios—. Así es como debería ser, que una chica sólo recordara de su luna de miel el amor y la torre Eiffel iluminada.

Sonrío de nuevo. Su genuina calidez me inunda por dentro. Tomo aire hondo, pausado, tratando de llenarme de toda la fuerza que Maddie siempre me hace encontrar.

Es hora de saltar al vacío una vez más, Riley.

—En la puerta del club me preguntaste por qué no me gusta hablar —sueno inquieto y acelerado. Voy a hacer lo que nunca he hecho en treinta y un años y necesito echarle valor.

Asiente. Vuelvo a tomar aire.

—Simplemente no me gusta —continúo—, pero me gusta mucho menos hacerlo contigo.

Me mira como si no pudiese entender lo que digo, como si estuviese siendo cruel, y en este preciso instante me doy cuenta de que ya no valen las verdades a medias. Tengo que decir todo lo que tengo que decir.

—Quería construir un mundo perfecto para ti, Maddie. Dejarte al margen de todo para no preocuparte con todas las cosas con las que tengo que enfrentarme día a día, para que no dejaras de tener tu maravillosa fe en el mundo. Quería protegerte de todo eso y acabé echándote de mi vida.

Asiente de nuevo y agacha la cabeza esforzándose en que no vea que está a punto de llorar.

—Esa noche también me preguntaste por qué no era arquitecto y yo te respondí que renuncié a serlo porque no tenía nada por lo que luchar y llevo dos malditos días sin poder parar de pensar en que, si nos hubiésemos conocido hace seis años, habría luchado por ti y no te habría soltado jamás, y ahora sería arquitecto, tendríamos críos y sería el hombre que tú te mereces.

—Ryan, yo… —las lágrimas interrumpen su voz—. No sé qué quieres…

Resoplo. Doy un paso hacia ella y tomo su preciosa cara entre mis manos.

—Esta vez pienso hablar —sentencio lleno de seguridad— y pienso decir todo lo que tengo que decir.

¿No lo entiendes, nena? Tú has cambiado todo mi mundo y yo he cambiado por ti.

—Maddie, dejarte marchar es el peor error que podría cometer en mi vida. Me ha costado mucho, pero al fin he comprendido que no tengo que renunciar a ti, que tengo que ser mejor por ti. Voy a luchar para ser el hombre que tú te mereces y voy a hacerlo por ti, por nuestra grulla azul.

—Ryan, no —musita llorando, colocando sus manos sobre las mías y obligándome a soltarla—. Voy a marcharme a Boston.

Trata de parecer segura, pero no lo está.

Tú tampoco quieres irte a Boston, nena.

—Tu sitio no está en Boston —replico arisco acercándome a ella de nuevo.

—Sí lo está, Ryan. Tú y yo no podemos estar juntos. Tú mismo lo dijiste.

—Sé lo que dije —la interrumpo exasperado.

Y también sé que fui un completo gilipollas.

—Entonces, ¿por qué has cambiado de opinión? —pregunta desesperada.

—Porque, si eso fuera lo que tenemos que hacer, no me sentiría vacío cada vez que me levanto —sentencio y mi voz también suena desesperada. ¡No puedo perderla! —. Maddie, cuando te miraba, daba igual que hubiéramos estado juntos hacía quince segundos, te deseaba hasta volverme loco y, cuando te tocaba, no me calmaba, sólo sentía que algo perfecto se me estaba escapando entre los dedos y lo único que podía hacer era agarrarlo con fuerza y rezar para tener la jodida suerte de que volviera a repetirse. Destrocé lo mejor que me había pasado en la vida porque estaba muerto de miedo, pero eso no cambia que, cuando te miro, cuando oigo tu nombre, cada hueso de mi cuerpo me grita que eres la mujer de mi vida.

Ella niega con la cabeza totalmente sobrepasada.

Tienes que entenderlo. Te quiero.

—¿Por qué has tenido que esperar hasta este momento? —Está enfadada, herida—. Yo estaba bien. Volvía a estar bien. Iba a marcharme a Boston.

Lo he hecho porque te quiero.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? —me reta entre lágrimas.

—¡Porque te quiero! —grito lleno de rabia—. Porque sigo siendo un egoísta de mierda que no te merece, pero que no es capaz de levantarse un maldito día más sin tenerte a mi lado. Te quiero, Maddie.

Te quiero, nena.

—Ryan —susurra.

Te quiero.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Atravieso la distancia que nos separa, cojo su cara entre mis manos una vez más y la beso con fuerza.

—Vuelve a empezar conmigo. Déjame luchar por ti.

Salta al vacío conmigo una vez más, nena.

—Sí —susurra con la voz llena de lágrimas, aunque ahora sé que tienen un motivo completamente diferente—, sí, sí, sí —sentencia sonriendo contra mis labios, mezclándose con mi propia sonrisa.

La beso con fuerza de nuevo y nada más importa. He vuelto a casa, joder.

He vuelto a mi único hogar.

No sé cuánto tiempo nos pasamos así, en el centro de mi despacho. Al fin me separo de ella y, acunando aún su preciosa cara entre mis mano, la miro directamente a los ojos.

—Quiero enseñarte algo.

La tomo de la mano y tiro de ella.

Ninguno de los dos dice nada en el camino hasta el West Side. Estoy

pletórico, con una mezcla de felicidad y electricidad tumbándome a cada segundo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta confusa cuando se baja del BMW en mitad de la calle 81 Oeste.

Yo no digo nada, me limito a sonreír y a ofrecerle mi mano para que la coja y continuemos caminando.

Más inquieto y acelerado que nunca, giro la llave en la cerradura y abro la puerta de par en par para que ella pase primero. Me quedo bajo el umbral observando cómo Maddie da un paso tras otro hasta detenerse en el centro del salón. Esa misma felicidad y electricidad se multiplican por mil, como si de repente todo fuese exactamente como tiene que ser.

—¿Te has comprado un picadero de soltero, señor Riley? —bromea, aunque es obvio que la idea no le hace la más mínima gracia.

Yo me humedezco el labio inferior tratando de contener una sonrisa. Sin darse cuenta, acaba de ponerme en bandeja el poder darle la siguiente noticia o, quizá, debería decir sorpresa.

—Eso sería un poco complicado teniendo en cuenta que soy un hombre casado.

La expresión de Maddie cambia por completo. Está confusa, demasiado confusa.

—Seguimos casados. Nunca entregué los papeles de divorcio.

—Ryan —murmura girando sobre sus pies y perdiendo su vista en una de las ventanas.

Su tono de voz no me deja identificar si está contenta o no.

—Sé que me comporté como un gilipollas egoísta —le dejo claro

caminando hasta ella—, pero no podía alejarme de ti y mucho menos saber que era para siempre.

—Ryan —repite tratando de buscar las palabras adecuadas o simplemente buscando la serenidad para no darme la bofetada que me merezco.

La rodeo con el paso lento hasta volver a colocarme frente a ella.

Justo para ver cómo se muerde el labio inferior, pensativa.

Sigo sin saber si está muy enfadada o muy sorprendida. Todo mi cuerpo se pone en guardia preparado para convencerla como mejor sabe de que tenemos que estar juntos. No dejar que el divorcio se materializase no fue un error y no me arrepiento.

—Ryan Riley siempre tiene que tener el control —susurra conectando directamente nuestras miradas.

—Ryan Riley está enamorado como un loco de ti —respondo con la sonrisa que guardo sólo para ella.

—Somos dos —se apresura a decir—. Dime que lo entiendes.

Y, aunque no lo ha pronunciado así, sé que es casi una súplica.

—Lo entiendo. Y tú eres mía. Dime que lo entiendes.

Sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa satisfecha y enamorada que intenta inútilmente disimular.

—Lo entiendo.

—Y dime que te alegras de que sigamos casados.

Maddie no dice nada, cruza el paso que nos separa y salta sobre mí sabiendo que la sostendré y la acomodaré en mi regazo al tiempo que ella

rodea mi cintura con sus preciosas piernas.

—Demuéstrame que soy tuya, que seguimos casados —musita con su

dulce voz teñida de deseo.

Vas a volverme completamente loco, nena.

—Dame las gracias —le ordeno lleno de ese mismo deseo.

—Gracias.

—Gracias, ¿qué?

Mi voz se vuelve exigente, indomable.

—Gracias, señor.



31

Y Maddie y Ryan simplemente son felices…

Inclino la cabeza y acaricio suavemente la tersa piel de su cuello con mi nariz. Huele demasiado bien, joder.

—Me gusta estar aquí —comenta con la vista perdida en el cielo de

Manhattan.

Sonrío. Me acomodo contra la pared y la estrecho aún más contra mi

cuerpo dejando que su espalda se acople perfectamente a mi pecho. Sabía

que estas escaleras de incendios le encantarían. Es una neoyorquina de pies

a cabeza. Era imposible que no le gustaran.

—Cuéntame algo sobre este apartamento —me pide.

Mi sonrisa se ensancha. La había echado tanto de menos...

—Vivía aquí cuando estaba en la universidad. Adoraba este sitio. Me

podía pasar horas en estas escaleras. Lo vendí hace seis años y volví a

comprarlo hace unos días.

—Hace seis años yo tenía dieciocho y acaba de llegar a Nueva York.

Mi imaginación vuela libre y me pierdo de nuevo en su cuello.

—Tendría que haberte buscado entonces —replico provocador mordiendo su suave piel.

Ella se echa a reír y el sonido me atraviesa por dentro. Estoy en el mejor lugar del mundo.

—La verdad es que no sé cómo no te encontré —comento pensativo —. En esa época, a Bentley le encantaba arrastrarme por todos los antros de mierda de la Amsterdam Avenue.

Le encantaba decir que estaban llenos de jovencitas con la confianza en los hombres intacta. Es un cabronazo, como el lobo con piel de cordero, sólo que su piel son unos vaqueros de marca y una sonrisa de yerno perfecto.

—A nosotros nos encantaba ir a esos locales, de hecho todavía nos gusta —se sincera—. El mejor es El escorpión y el sapo.

No puede ser cierto.

—Es un antro con todas las letras —bufo indignado.

—No seas pequeño burgués, señor Riley —replica impertinente.

¿Acaba de llamarme pequeño burgués? Le pellizco la cadera y ella se echa a reír.

—Me encanta —se reafirma cuando sus carcajadas se calman—. Fue el primer local al que fui cuando llegué aquí. Estaban celebrando el día de Japón.

Eso sí que no puede ser.

Maddie se encoge de hombros algo tímida por mi silencio.

—Sé que no es nada del otro mundo y lo del día de Japón, una tontería, pero me gustó. Habían llenado el techo de grullas de origami, las camareras estaban disfrazadas de geishas y unos locos con pañuelos de pilotos kamikazes en la frente se emborracharon con tequila —pronunciamos la última palabra al unísono.

Maddie se gira confundida y me mira.

—Yo también estaba en aquella fiesta.

Ahora entiendo cómo me sentí, por qué ninguna chica del local me llamó la atención. Maddie estaba allí y, sin saberlo, mi cuerpo la buscaba a ella.

La beso con fuerza saboreándola como la hubiese saboreado entonces. Maddie responde e intuitivamente nos movemos hasta quedar el uno frente al otro.

—Deberíamos ir a tu apartamento a recoger tus cosas —murmuro contra sus labios, fabricando un reguero de besos desde su boca hasta su cuello mientras espero su respuesta.

—No tenemos que hacerlo ahora —replica divertida.

Yo también estoy pensando exactamente en lo mismo que tú, nena, pero cada cosa a su tiempo.

Me separo y atrapo su mirada. Sus ojos verdes me observan llenos de deseo, pero también tímidos. La mezcla que me vuelve completamente loco.

—Cuanto antes, mejor —sentencio.

Quiero meterte en mi cama ya.

—¿Tienes miedo de que me escape? —pregunta socarrona.

No libero su mirada mientras, amenazador, me humedezco el labio

inferior.

—No pienso dejar que te me escapes otra vez —le advierto—. Nunca.

No voy a volver a renunciar a ti, nena.

Maddie trata de disimular una sonrisa. La beso con fuerza y mis

manos se pierden bajo su vestido. Su sonrisa se ensancha contra mis labios

y nuestros besos se hacen más intensos. Quiero follármela. No puedo

pensar en otra maldita cosa.

—A tu apartamento —gruño reuniendo las fuerzas necesarias para

separarme de ella.

Cuanto antes vayamos allí, antes estaremos en Chelsea y antes estará

en mi cama.

No espero su respuesta y tiro de su mano para sacarla de las escaleras

de incendios. Cuando pisamos el parqué, instintivamente vuelvo a besarla

y ella rompe a reír.

Me cuesta un mundo quitarle las manos de encima, pero al fin

conseguimos salir del apartamento, montarnos en el coche y llegar al

Village.

Nada más poner un pie en su piso, la cojo por las caderas y la estrello

contra la puerta. Quiero esperar a llegar a casa, hacer que sea especial, pero me está costando un mundo contenerme.

—Ryan —susurra contra mis labios haciendo un tímido intento por

apartarme.

—¿Qué? —gruño.

No quiero apartarme de ella.

—Tengo que hacer una llamada.

—¿Qué llamada? —murmuro concentrado en cada centímetro de su cuello. No puedo dejar de tocarla, joder—. No vas a moverte de aquí.

Quería llevarla a Chelsea, pero puedo conformarme con el Village.

—Tengo que avisar a Lauren. Se supone que nos vamos a Boston en un par de horas.

Resoplo como un niño y, a regañadientes, me separo de ella.

—No tardes —le advierto—. Nos vamos a comer.

La llevaré al Of Course y pienso convencerla para que tome entrantes, primero, segundo, pan y postre.

Maddie sonríe resaltando el doble sentido de la frase. Yo alzo las manos y las anclo en la pared a ambos lados de su preciosa cara.

—Tú y yo vamos a comer mucho a partir de ahora —le advierto de nuevo, regodeándome también en el doble sentido.

La beso con fuerza y, haciendo uso de todo mi autocontrol, la dejo escapar. Ella me sonríe y camina pizpereta bajo mi atenta mirada.

Suspiro y me paso las manos por el pelo mientras me paseo por el salón. La foto de *El beso* está justo en el centro, aún enmarcado por la enorme caja de madera. Sonrío y la observo. Ayer tuve que hacer media docena de llamadas sólo para conseguir el teléfono personal de las hijas de Robert Doisneau.

Mi sonrisa se ensancha. Ha merecido la pena. Maddie captó el mensaje.

La oigo reír en la habitación. Debe de estar contándole a Stevens lo

ocurrido. El sonido me llama con una fuerza más potente que la gravedad y camino hasta apoyarme en el umbral de la puerta del pasillo. La contemplo caminar de un lado a otro de su dormitorio. Incluso dar algún saltito. Un espectáculo increíble con esa faldita que lleva.

La observo más detenidamente y acabo frunciendo el ceño. Yo mismo he bromeado antes con lo de comer, pero lo cierto es que está demasiado delgada. Tuerzo el gesto. Necesita comer más y obviamente mejor. Saco el iPhone y abro la agenda. Tengo que hacer algo. Sólo tardo dos tonos y dos minutos de conversación. Maddie va a estar encantada.

—Ya podemos irnos —dice cantarina saliendo de su habitación.

Alza la cabeza y me ve en la puerta del pasillo, observándola con una sonrisa lobuna. Yo soy el león y ella la gacela, y pienso devorarla entera. Camino hasta ella torturador, tomándome mi tiempo, y sonrío cuando suspira bajito al cogerla en brazos. Sin embargo, rápidamente se acomoda a mi regazo rodeando mi cintura con sus piernas y me devuelve cada beso. Está exactamente donde quiere estar.

Suena el timbre, pero lo ignoro por completo. Tengo otros planes y en todos Maddie está desnuda.

Nos tumbo en la cama. Vuelven a llamar. Sólo están perdiendo el tiempo. La beso dejando que mi cuerpo cubra por completo el suyo. Joder, esto es lo mejor del maldito universo.

—Ryan, tengo que abrir —murmura contra mis labios con una sonrisa enorme.

—De eso nada.

Acaricio su cuello con mi nariz y hago el camino inverso deslizando mi lengua hasta darle un beso en la barbilla. Arquea su cuerpo y se deshace en mis manos. Perfecto.

—Lauren se dejo aquí las llaves de su apartamento —musita con la voz entrecortada.

Vuelven a llamar. Stevens es jodidamente *oportuna*. Me separo lo justo para poder atrapar esos ojos verdes.

—No se te ocurra moverte de aquí —le advierto.

Maddie sonríe y asiente.

Me levanto y, acelerado, busco las llaves de la metomentodo de Stevens con la mirada. No tardo en verlas encima de la cómoda.

—No te muevas —le recuerdo justo antes de salir de la habitación.

Cruzo el pasillo recolocándome la polla dentro de los pantalones.

Quiero follarme a mi mujer. Llevo queriéndolo hacer desde que oí esos tres síes. Debí hacerlo entonces, con un edificio de cincuenta plantas para nosotros solos.

«Eso te pasa por retrasar los placeres, Riley.»

Resoplo y finalmente alcanzo la puerta.

—Tus llaves —digo tendiéndoselas prácticamente en el mismo momento en el que abro.

Stevens, de espaldas a la puerta, se gira al oír mi voz.

—¿Eres tú? —dice displicente tras soltar un suspiro a caballo entre la sorpresa y la perspicacia y cruzarse de brazos—. Así que habéis vuelto.

—¿Lo preguntas o lo afirmas? —inquiero sardónico.

Ella me dedica una falsa sonrisa que yo le devuelvo al instante.

—Maddie es mi amiga. Sólo quiero que te comportes.

—Bentley también es mi amigo, ¿sabes?

Es ridículo que esté dándome clases teniendo en cuenta cómo lo está haciendo ella.

Stevens me observa estudiándome y finalmente resopla.

—Creo que nos vendría mucho mejor ser amigos —argumenta con un tono mucho más relajado—. Vamos a necesitar que nos defiendan más de una vez.

Yo me humedezco el labio inferior tratando de contener una sonrisa.

El día que descubra que en el fondo me hace gracia va a ser mi perdición.

—Además, soy tu jefe —le recuerdo.

—Y los dos sabemos que tú nunca mezclas lo profesional con lo laboral —replica socarrona.

—Toma tus llaves y largo de aquí —la reprendo divertido tendiéndole las llaves de nuevo.

Ella sonríe encantada con su propia broma y coge el manojo de

llaves, llavero de I love New York y Tiffany incluidos.

—Y, Stevens —la llamo cuando ya se ha alejado unos pasos. Ella se gira al momento y me mira prestándome toda su atención—, no vuelvas a decirme cómo tengo que comportarme con Maddie.

Mi voz suena amenazadoramente suave y la sonrisa se le borra de golpe. Yo cierro la puerta tratando de disimular la mía propia. Ha sido divertido verla morirse de miedo en un microsegundo. Además, se lo había ganado.

Regreso a la habitación con una media sonrisa en los labios por saber perfectamente lo que me espera. Sin embargo, ahora que he conseguido calmarme y dejar que mi sentido común consiga respirar en medio de todo el deseo, miro el reloj y me doy cuenta de que es hora de cenar. No puedo dejar que se salte más comidas por muy tentadora que sea la alternativa.

Entro en la habitación y está exactamente dónde y cómo la dejé. El león se relame y todo mi maldito cuerpo se tensa. Avanzo por el suyo hasta clavar las manos en el colchón a ambos lados de su cabeza.

La observo desde arriba, disfrutando de esos ojos verdes y todo el placer anticipado.

—Buena chica —susurro justo antes de besarla.

Maddie gime contra mis labios y disfruta de lo jodidamente bien que se nos da esto.

Yo me separo antes de que se me olvide de por qué es tan importante que vayamos a comer y tiro de sus manos para levantarla de la cama.

—A comer —murmuro con una media sonrisa, saboreando lo aturdida que está ahora mismo.

Maddie mira la cama un segundo y después me mira a mí, como si una parte de ella, o toda ella probablemente, siguiesen allí.

Yo sonrío y la cojo de la mano, obligándola a echar a andar, y salimos de su apartamento.

Pretendo llevarla al Of Course, pero ella me acaba arrastrando al Saturday Sally. Protesto, pero, en el fondo, no me importa, menos aún cuando un alivio cristalino me sacude al verla comer.

Regresamos al apartamento dando un paseo que se ve interrumpido por la media docena de veces que la llevo contra la pared para besarla, esconder mis manos bajo esa faldita tan sugerente o simplemente oírla gemir mi nombre.

Maddie está buscando las llaves en el bolso que lleva cruzado. Yo me apoyo de lado en la pared con las manos en los bolsillos y pierdo mi vista en el rellano. Es curioso, pero todos los edificios del Village se parecen y todos son como aparecen en las comedias de televisión.

—Mis amigos son muy importantes para mí.

Sus palabras me sacan de mi ensoñación. La observo sosteniendo la llave ya metida en la cerradura, a punto de girarla. Me mira esperando mi reacción. Parece haberse armado de valor para decírmelo.

—Y James es mi amigo.

Resoplo mentalmente. No quiero hablar del gilipollas de Hannigan ahora. Despacio, me cruzo de brazos sin separar la cabeza de la pared.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Que te lleves bien con él.

—Maddie, Hannigan y yo nunca vamos a ser amigos.

—Lo sé —se apresura a contestar—. Sólo quiero que podáis estar en la misma habitación sin mataros.

—Es un gilipollas.

Es mi principal argumento. Tiene que entenderlo.

—Y es mi mejor amigo.

—Puede —replico presuntuoso y, para qué negarlo, también divertido. Haría cualquier cosa por ella. La decisión estaba tomada desde el momento en que me lo ha pedido—, pero eso no evita que siga siendo un gilipollas.

—Ryan —me reprende tratando de ocultar una involuntaria sonrisa.

—Podremos estar en la misma habitación sin matarnos —repito impertinente las mismas palabras que ella acaba de pronunciar.

Maddie sonríe sin disimulo y yo la tomo entre mis brazos. Voy a besarla, pero en el último instante ella aparta sus preciosos labios.

—Prométemelo —me pide clavando sus ojos verdes en los míos.

Aprendes rápido, nena.

—Te lo prometo —respondo.

Ahora es ella la que intenta besarme, pero yo me aparto. Me mira confusa y yo vuelvo a saborear toda esta sensación de simplemente poder jugar. Le dedico mi media sonrisa más dura y sexy y, brusco, la llevo contra la pared y la beso con fuerza. Ella puede aprender rápido, pero el maestro sigo siendo yo.

—A follar —digo sin más, separándome lo justo de sus labios para pronunciar esas dos palabras.

Ella asiente sin dejar de besarme y entramos en su apartamento.

Caemos sin resuello contra el colchón. Ha sido increíble.

Automáticamente, como si fuese un acto reflejo que llevo grabado en mi ADN, tiro de ella y la acomodo en mi pecho. Hundo mi nariz en su pelo y suspiro feliz.

—Ha sido diferente —murmura.

La habitación está tímidamente iluminada por las luces que entran desde la calle. Todo está en silencio, en paz.

Pienso en sus palabras.

—Te follo diferente cuando sé que voy a poder hacerlo el resto de mi vida.

Maddie se estrecha aún más contra mi cuerpo y en mitad de la oscuridad la noto sonreír.

—Buena respuesta, señor Riley.

Ahora el que sonríe soy yo, mientras me concentro en toda su calidez, en todo su amor y en lo jodidamente bien que me siento teniéndola en mis brazos.

Me despierto desorientado. Qué puta novedad. Me incorporo y miro a mi alrededor. Está amaneciendo. No estoy en mi habitación. Un dolor familiar está a punto de hacer acto de presencia, pero los recuerdos me asaltan y sonrío increíblemente aliviado. Sé exactamente dónde estoy.

Miro a mi lado y mi sonrisa se vuelve aún más auténtica y serena cuando la veo hecha un ovillo a mi lado, con el pelo revuelto cayéndole por todos

lados y la boca ligeramente entreabierta, dejando asomar esos dientes de conejito que adoro.

La beso suavemente. Lo hago hasta que la molesto lo suficiente como para que me dedique uno de esos deliciosos gruñiditos aún dormida. Me levanto. Recojo mis bóxers y mis pantalones del suelo y me los pongo. Al hacerlo, noto lo que llevo en mi bolsillo desde ayer y vuelvo a sonreír.

Sólo tengo que buscar el momento perfecto.

Necesito un café, probablemente dos. Apenas he dormido. Al primer asalto le siguieron dos más. Hubiesen sido tres, pero Maddie amenazó con echarme de la cama y mandarme a Chelsea en plena noche si literalmente no me la metía dentro de los pantalones y después me cortaba las manos.

No tardo mucho en encontrar la cafetera, pero no hay rastro de café, en grano o molido, por ningún sitio. Abro el frigorífico y mi mirada se recrudece llenándose de rabia. No hay nada. Joder, está vacío. Agua, mayonesa *light* y poco más.

Cálmate, Riley.

Iba a marcharse a Boston, es lógico que no hiciese una gran compra estos días atrás. Aun así, resoplo malhumorado. Cierro la nevera y, adormilado, camino por el salón en busca de mi iPhone. Me paso la palma de la mano por la cara y pulso el número uno en marcación rápida.

—Señor Riley —responde Finn profesional al otro lado al segundo tono.

—Estoy en el apartamento de Maddie. Trae café, leche, zumo, algo de fruta —callo un segundo y miro la nevera recordando su penoso

contenido—. Trae de todo, Finn. También una bandeja de *macaroons* de esa pastelería francesa del East Side…

¿Cómo coño se llamaba? Está claro que necesito un café.

—¿El Laduree, señor?

Sonrío.

—Sí. Lo quiero todo en treinta minutos.

—Sí, señor.

Cuelgo y suspiro de nuevo mirando a mi alrededor. Sé que es una estupidez llenarle el frigorífico cuando hoy mismo nos iremos a Chelsea, pero mi parte consumista y yo nos quedamos mucho más tranquilos.

Centro mi mirada en la puerta del pasillo. Podría despertarla. Mi sonrisa se ensancha. Si lo peor que pasa es que me mande a Chelsea, por lo menos allí tengo café. Sonrío aún más encantado por mi propia idea y mi propia broma, y me dirijo a la habitación.

Sin embargo, no he dado ni dos pasos cuando un único ladrido me roba la atención. Me giro y observo a *Lucky* en el sillón sobre sus cuatro patas, moviendo la cola de un lado a otro. Da otro ladrido y ladea la cabeza buscando mi complicidad.

Me acerco, cojo al cachorro y lo hago rabiar entre mis brazos a la vez que me dejo caer en el sofá. Echaba de menos a esta bola de pelo. Él gruñe encantado y trata de apartarme la mano con las dos patas delanteras.

Imito su rugido y automáticamente sonrío.

Oigo un ruido y alzo la cabeza. Maddie está de pie a unos metros de mí, envuelta en la sábana, mirándome con una sonrisa enorme. La recorro con ojos hambrientos y nos sincronizamos en silencio: yo dejo el perro en

el suelo y ella se lanza a mis brazos. Enredo mis manos en su pelo y la acerco a mí para besarla como estoy deseando hacer.

—Quiero llevarte a casa —susurro impaciente contra su boca.

Sus labios se inundan inmediatamente con una sincera sonrisa.

—Y yo quiero que me lleves.

—¿Tus cosas? —inquiero sin dejar de besarla.

Quiero meterla en mi cama ya.

—Lo tengo todo empaquetado.

La tumbo sobre el tresillo y mis manos vuelan bajo la sábana.

—Mandaré a Finn a buscarlas.

Tomo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él. Fuerte.

—Sólo necesito llevarme una maleta.

—¿Tienes que hacerla? —pregunto prácticamente antes de que

termine.

—Sí —murmura con la voz evaporada en un largo jadeo.

—Hazla —ordeno separándome de ella.

Si no paro ahora, ya no voy a poder parar... y quiero llevarla a casa,

quiero meterla en mi cama y, sobre todo, quiero que desayune.

Maddie me mira decepcionada e incluso finge hacer algún puchero.

No tiene nada que hacer. El desayuno es lo primero.

Me levanto y me paso las manos por el pelo. No sé si seré capaz de

andar dos pasos seguidos. Actualmente tengo la sangre concentrada en una

parte específica de mi cuerpo.

Llaman al timbre. Miro el reloj de la cocina de Maddie. Debe de ser

Finn. Maddie ladea la cabeza tratando de tentarme. Yo le dedico mi media

sonrisa rebosante de arrogancia y autocontrol.

Eso no va a ocurrir, nena.

—Yo abro —digo dejando que mi sonrisa se ensanche, sólo para

torturarla un poco más.

Maddie refunfuña un poco, creo que me llama bastardo arrogante, y

se marcha corriendo a la habitación.

Cuando ya sé que está fuera de la vista de quien sea que esté

llamando, abro la puerta.

—Señor —me saluda Finn profesional.

Le hago un gesto para que pase y le robo la botella de zumo de

naranja que asoma de una de las bolsas del supermercado *gourmet* más caro de Chelsea.

Mientras la abro y doy un largo trago, Finn deja las bolsas de tela

ecológica perfectamente ordenadas sobre la isla de la cocina y se gira

buscando mi mirada para saber si debe colocarlas. Yo niego con la cabeza

y él se marcha.

—¿Quién era? —pregunta Maddie regresando al salón recogiéndose

el pelo en una cola.

Lleva mi camisa. De pronto la visión me deja inmóvil. La última vez

que la vi así fue el día que descubrió todo lo que pasó la noche que me emborraché. Han pasado veinte días desde aquello. Una sonrisa de pura

felicidad se esconde en un suspiro que se escapa de mis labios. Cada uno

de esos veinte días pensé que jamás volvería a tener la suerte de disfrutar

de un momento así.

—Señor Riley, es de mala educación no contestar —se queja

socarrona llegando hasta mí.

—Finn —respondo saliendo de mi ensoñación.

Ella curiosea una de las bolsas y yo la imito tratando de recuperar el control sobre mí mismo. Al cabo de unos segundos, me mira y tuerce el gesto.

—No tenías café —digo como si eso disculpara las seis bolsas de comida que hay sobre la encimera.

—Aquí hay algo más que café —responde, y en su voz puedo notar que está algo molesta.

Yo me giro hacia ella. La observo un segundo pensativo y finalmente la cojo por las caderas y la siento sobre la isla de la cocina, colocando mis manos sobre el mármol, a ambos lados de sus preciosas piernas.

—No quiero que te enfades. —En treinta y un años nunca pensé que empezaría una conversación así y mucho menos hablando con una mujer —. Estás muy delgada. Sé que no has estado comiendo y sé que has tenido tus motivos —me apresuro a continuar cuando la veo abrir la boca dispuesta a interrumpirme—, pero todo eso se acabó. Estamos juntos, nena, y quiero que estés bien.

Maddie me mira y se muerde el labio inferior, pensativa.

—No estoy enfadada —dice al fin.

Sonrío a la vez que me incorporo y cojo la perfecta cajita de cartón de Laduree. Se la tiendo y su mirada se ilumina justo antes de abrirla y coger un *macaroon* de frambuesa. Como resultado, mi sonrisa se ensancha por enésima vez en lo que va de mañana.

—Me alegro —replico—, porque, si no, no podría darte esto.

Me meto la mano en el bolsillo de los pantalones, saco una pequeña

cajita roja y la dejo con cuidado sobre la hilera de *macaroons* de chocolate. Maddie la mira absolutamente feliz. No necesita leer las letras

doradas de Cartier para saber qué es lo que hay dentro.

La coge despacio, como si quisiera disfrutar del momento lo máximo

posible, y rápidamente deja los *macaroons* sobre la encimera. La abre y sonríe al ver sus anillos de compromiso y de boda, pero, sobre todo, al

ver la pequeña tira roja.

Me mira y sonríe sin poder disimular ni una sola de las perfectas

emociones que ahora mismo la recorren por dentro. Ninguno de los dos

dice nada. Cojo la tira y la anudo en su precioso dedo, después coloco los

anillos. Su sonrisa se ensancha y se llena de un poquito más de felicidad.

Una lágrima aventurera cae por su mejilla. Se la seco lleno de ternura con

el reverso de los dedos y la beso disfrutando de que todo vuelve a ser

exactamente como tiene que ser.

Le tiendo de nuevo la caja de *macaroons* y, mientras coge uno,

comienzo a sacar las cosas de las bolsas y a guardarlas donde creo que

pueden ir. No he guardado una compra en mi vida y no tengo ni la más

remota idea. Por lo menos me veo capaz de distinguir entre lo que va en el

frigorífico y lo que no.

—Ryan —me llama con la mirada perdida en sus anillos—, me

gustaría que habláramos de algo.

Yo dejo el pan de molde en el armarito y cierro despacio con los ojos

fijos en cada movimiento de mis manos. ¿Me está poniendo a prueba? No

lo sé, pero ha llegado el momento de echarle valor y demostrarle que he

cambiado.

—¿Qué quieres saber?

La conozco demasiado bien para saber qué ha querido decir en realidad con ese «me gustaría que habláramos de algo».

—¿Qué ha pasado con Savannah?

No me mira cuando pronuncia su nombre y una oleada de rabia y culpa me sacude.

—No ésta y no va a estar —respondo con total seguridad. Quiero que no le quede ni un solo atisbo de duda, que ni siquiera vuelva a pensar en ella—. No va a volver a Nueva York.

—Es la hermana de Bentley —replica sabiamente.

—Pues imagino que Bentley volará a Luxemburgo un par de veces al año —respondo lleno de prepotencia.

Asiente y sonríe, pero no le llega a los ojos.

—¿Y qué hay de Marisa?

Me cruzo de brazos y me apoyo en la encimera frente a ella. Entiendo que tenga dudas, pero ahora más que nunca tiene que confiar en mí.

—No pienso volver a hacer negocios con ella, jamás —sentencio—. Fue el Riley Group, y no ella, quien compró la deuda de Miles Hannigan, así que tampoco le debo nada.

Maddie vuelve a asentir y, pensativa, continúa con su mirada clavada en sus manos. Está claro que todavía hay algo que le preocupa.

—Ryan —comienza a decir.

Rápido, de una zancada, me abro paso entre sus piernas, tomo su cara entre mis manos y la obligo a alzarla interrumpiéndola en cualquier cosa que pensara decirme.

—Marisa y Savannah no son nada para mí, nena. Tú eres la única chica que me importa.

La miro directamente a los ojos mientras pronuncio cada palabra. Quiero que lo entienda, que no le quede una sola duda.

—No quiero volver a pasarlo mal —se sincera y, en realidad, casi me lo está suplicando mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Te lo prometo —me apresuro a responder.

—Las cosas tienen que ser diferentes.

Van a serlo, nena. Confía en mí.

—Te lo prometo.

—Ryan, por favor, tienes que hablar conmigo.

—Te lo prometo —sentencio justo antes de besarla—. Te lo prometo —repito contra sus labios.

Llegamos a Chelsea un par de horas después. Dejo la maletita de Maddie junto a la chimenea y por un momento la contemplo observando el salón como si fuera la primera vez que está aquí. Tardé en darme cuenta, pero ahora tengo más claro que nunca que Maddie es lo único que necesito para que, estemos donde estemos, ese lugar sea mi hogar.

Voy a acercarme a ella, pero Finn aparece en la puerta del salón, distrayéndome.

—Señor, acaba de llegar un paquete para la señora Riley.

Maddie me mira confusa y yo me encojo de hombros divertido.

—Que lo suban —respondo con una sonrisa.

Maddie sonríe nerviosa mientras observa cómo Finn desaparece

escaleras abajo. No tiene ni la más remota idea de qué es. Mi chófer reaparece apenas unos minutos después con una caja de poliespan blanca

bastante grande y sobre ella una más pequeña de cartón. Las deja sobre la

isla de la cocina y los dos nos acercamos.

Curiosa, abre la caja menor y su sonrisa se vuelve casi pletórica.

—¡Es un paquete de Sam! —grita feliz alzando la cabeza y buscando

mi mirada con la suya—. ¡De Santa Helena!

—¿Tarta de calabaza? —pregunto divertido cuando la veo sacar una

tartera metálica.

Maddie asiente.

—Y arroz Hoppin' John —añade sacando una segunda.

Cuando llamé a Sam ayer y le dije que estaba un poco preocupado

porque Maddie había perdido algo de peso y quería que comiese todas sus

comidas favoritas, no lo dudó. Tarta de calabaza y comida casera desde el

corazón del Sound.

—Hay un montón de discos —comenta impresionada, sacando una

caja de lona con, al menos, cincuenta vinilos—. Lou Reed, los Rolling,

Pink Floyd… ¡Son los discos de Sam!

Frunzo el ceño realmente sorprendido. Aquí debe de haber una

pequeña fortuna en material de coleccionista. Alguno de estos vinilos son

auténticas obras de arte. Encuentro una nota entre ellos.

—Para alimentar el cuerpo y el alma —pronuncio leyéndola.

Maddie sonríe y saca uno de los vinilos. Inmediatamente le da la

vuelta y me lo muestra. Es el «Highway 61. Revisited», de Bob Dylan. Uno

de mis discos favoritos. Su sonrisa se ensancha. Lo sabe perfectamente.

—Sería genial poder escucharlos —dice tendiéndomelo.

Yo asiento y giro entre mis manos esta joya de 1962.

—Finn —lo llamo con la vista clavada en las letras que rezan *Like a Rolling Stone*, [18] la primera canción de la cara A.

—Señor —responde casi al instante.

—En algún lugar de la biblioteca debe haber un tocadiscos portátil.

—Él asiente diligente—. Llévalo al dormitorio principal.

Maddie sonríe de oreja a oreja y da unas palmaditas encantada.

—Aún te queda una caja —apunto contagiado de su humor.

Ella se gira y repara en la caja de poliespan. Trata de abrir los precintos, pero se le resisten.

—Déjame a mí —digo apartando sus preciosas manos.

Muevo la caja para tenerla de frente y con más maña que fuerza me deshago de los precintos. Doy un paso atrás y me coloco a su espalda para concederle los honores de abrirla. Ella, curiosa y también nerviosa, alza las manos. Levanta la tapa, algo la mueve desde dentro en ese preciso instante y da un respingo. Río encantado.

—¡Son cangrejos! —grita divertida entre risas.

—Le pedí a Sam que los enviara. Quiero que tengas todo lo que te gusta, nena.

Maddie se gira entre mis brazos y me sonríe de esa manera que me deja fulminado.

—Muchas gracias, señor Riley.

Joder, se me acaba de poner dura de golpe.

La beso con fuerza y tiro de ella para que vayamos al piso de arriba.

—Quiero escuchar esos discos —le digo.

Y hacer un par de cosas más.

Hay vinilos por toda la cama. Suena *Seven seas of Rhye,* [19] de Queen. Maddie tiene la cabeza apoyada en mi pecho mientras mis dedos

descansan sobre su cadera desnuda y la acarician perezosos. Nuestras

respiraciones van calmándose mientras la voz de Freddie Mercury lo

inunda todo.

—He comprado una casa nueva —le digo con la voz aún jadeante.

Maddie se incorpora inmediatamente y se vuelve buscando mi

mirada. Yo frunzo el ceño. No sé si le ha encantado la idea o la ha odiado

muchísimo.

—Está en el Upper East Side —continúo—. Un ático con vistas al

parque.

—No —dice sin más.

Mi mirada se recrudece y tenso la mandíbula. ¿Qué tal un «gracias,

Ryan»? Lo he hecho por ella, joder.

—La he comprado para los dos, para ti.

Tiene todas las comodidades y está en el mejor barrio. Me ha costado

una millonada.

—No quiero otra casa.

—Maddie —la reprendo.

Se mueve rápido alejándose de mí y se queda sentada en la cama,

mirándome. No me puedo creer que estemos discutiendo por esto.

Me incorporo bruscamente y me siento frente a ella.

—Lo he hecho por ti —protesto arisco—. En esta casa —me freno en

seco. No quiero recordar todo lo malo que ha vivido aquí. No quiero que haya nada que se lo recuerde. Por eso he comprado otra maldita casa. Alzo la mano y acaricio su mejilla—. No quiero que nada te traiga un mal recuerdo, nena.

—Pues no lo hagas —se queja apartando mi mano.

Está furiosa y no entiendo por qué. Entorno la mirada, pero ella me la mantiene. No piensa dar su brazo a torcer.

—Estoy segura de que la casa del parque será preciosa y también que podrás hacer un buen negocio vendiéndola, porque no pienso moverme de aquí.

Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. Se está comportando como una cría, pero, antes de que pueda decir nada, atraviesa la cama, se sienta a horcajadas sobre mí y rodea mi cuello con sus brazos.

—Tú diseñaste esta casa, Ryan —dice dejando que mi mirada atrape la suya—. Es un pedacito de ti y no quiero renunciar a eso.

Joder, la quiero.

—Nena —pronuncio justo antes de besarla y volver a tumbarla sobre la cama.

No soy capaz de decir nada más. Todas las palabras se agolpan en mi garganta y se pelean por cruzarla.

Es la maldita suerte de mi vida.



32

Han pasado dos meses desde que Ryan y Maddie se reconciliaron. Poco a

poco han ido adaptándose y disfrutan de su vida juntos sin secretos ni dudas a cuestas.

Salgo del edificio del Riley Group abotonándome el abrigo. Estamos a mediados de diciembre y hace muchísimo frío. Finn me abre la puerta del Audi A8 y me acomodo en la parte trasera. Estoy de un humor de perros y sé que es plenamente consciente. No se trata de que me esté marchando a casa a la una de la tarde, eso me importa bastante poco. Desde que he ido a buscar a Maddie para que almorzáramos juntos y Bentley me ha dicho que estaba rara y le pidió marcharse antes a casa, mi cuerpo ha entrado en tensión y no ha vuelto a calmarse. La llamé al teléfono y no me lo cogió. Habría puesto el mundo patas arriba en ese preciso instante de no ser porque la señora Aldrin me confirmó que estaba en Chelsea. Quiero verla y quiero verla ya. Va a tener que darme muchas explicaciones. No puede desaparecer sin más.

Le ordeno a Finn que me deje en la entrada principal. Subo como un ciclón quitándome el abrigo y lo lanzo sobre la isla de la cocina. No quiero discutir, pero tampoco voy a ponérselo fácil. Si le ocurre algo, tiene que contármelo a mí, no salir huyendo.

Alcanzo las escaleras, entro en la habitación y sencillamente todo mi mundo se viene abajo. Maddie está sentada en la cama con las piernas cruzadas sobre el colchón. Tiene la cabeza agachada y esa preciosa melena castaña le cae desordena, cubriéndole el rostro por completo. Los sollozos mueven su espalda sin ton ni son. Está llorando completamente desconsolada y eso me parte el alma en dos.

Rápidamente rodeo la cama y me acuclillo frente a ella. Tiene algo

entre las manos, aunque no consigo ver el qué.

—Nena —la llamo apartándole el pelo de la cara.

Mi voz suena apesadumbrada, incluso algo desesperada, pero me

importa una mierda. No pienso tomarme la situación con calma cuando

está así.

Maddie alza la cabeza. Sus ojos se encuentran con los míos y lo que

leo en ellos me llena de rabia hasta que es lo único que puedo respirar.

Está aterrada, joder. Está muerta de miedo.

¿Qué coño está ocurriendo aquí?

—Nena, ¿qué ha pasado?

Me estoy volviendo loco. Las peores ideas atraviesan mi mente como

un ciclón. Por un momento me siento como hace poco menos de dos meses, cuando iba a marcharse a Boston.

—¿Es tu padre? —vuelvo a preguntar—. ¿Está bien?

Maddie niega con la cabeza. Trata de dejar de llorar, pero no es

capaz.

—¿Otro artículo en algún periódico?

Sé que eso es imposible. Nadie se atrevería. Todos saben cómo

terminó Julian Dimes y ninguno se arriesgaría a correr su misma suerte.

Vuelve a negar con la cabeza. Alzo la mano y le acaricio la mejilla

tratando de consolarla. Está muy nerviosa.

No aparto mis ojos de ella. Suspiro hondo. Las manos me arden. Si

alguien le ha hecho daño… Joder, si alguien le ha hecho daño, no va a

tener lugar donde esconderse.

—Nena, cuéntamelo —le pido intentando sonar lo más sereno

posible.

Es difícil. No me siento así en absoluto.

Vuelve a alzar la mirada. Está triste. Está demasiado triste.

—Estoy embarazada —murmura con la voz llena de lágrimas.

¿Qué?

Abre la mano y descubre un test de embarazo que imagino es

positivo. Es la primera vez en mi vida que veo uno de esos putos chismes.

Por una milésima de segundo, ni siquiera sé qué decir. Una felicidad

burbujeante me recorre la columna y se expande hasta el último

centímetro de mi cuerpo. Un pedacito de ella y de mí, algo nuestro y de nadie más… pero ¿por qué está llorando?

—¿Y por qué estás así?

No lo entiendo, pero está tan triste que toda esa rabia mezclada con

un dolor cortante me está quemando por dentro.

—Porque, ¿qué pasa si todo vuelve a salir mal? —musita llevándose

la mano al vientre y retorciendo casi desesperada la tela de su vestido

entre los dedos—. No puedo volver a pasar por eso.

Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. Joder, es la cosa más

dulce del mundo y sólo se merece que le pasen cosas maravillosas.

Alzo la mano y, despacio, la coloco sobre la suya intentado relajar

sus dedos nerviosos. Ella sigue mi movimiento con sus ojos verdes. Su

piel calienta la palma de mi mano, incluso estando así sigue siendo toda

mi calma.

—Todo va a salir bien —le digo sin asomo de duda.

Quiero tranquilizarla, pero, sobre todo, quiero borrar cualquier

recuerdo de lo que pasó. A veces sencillamente no sé cómo hacerlo y eso me enfurece y me duele como muy pocas cosas me han enfurecido y dolido en toda mi maldita vida. Me llena de impotencia y es algo que no sé gestionar. No sé hacerlo y tampoco quiero tener que hacerlo, joder. Ahora Maddie está muerta de miedo porque hace dos meses yo no supe cuidar de ella y la jodí. Nunca me lo voy a perdonar.

Cojo su preciosa cara entre mis manos y le doy un suave beso.

—Todo va a salir bien —repito en un ronco susurro contra sus labios.

Ella asiente tratando de creer cada una de mis palabras y yo no aguanto más y la beso con fuerza.

Quiero calmarla. Quiero que esté bien. Quiero que confíe en mí.

Suavemente, la tumbo sobre la cama y reparto el peso de mi cuerpo entre el colchón y el suyo. La beso despacio, dulcemente, con una de mis manos perdida en la suave piel de su cuello y la otra acariciando su estómago, su vientre, su cadera.

Sólo quiero que vuelva a sonreír.

Poco a poco va tranquilizándose. Cuando sus sollozos cesan, alzo la cabeza y la miro directamente a los ojos. He conseguido que se calme, pero no he conseguido que deje de pensar. Eso lo sé.

Maddie va a decir algo, pero sus ojos se llenan de nuevo de lágrimas.

Otra vez siento toda esa impotencia, ese dolor resquebrajándome por dentro. Sin dudarlo, vuelvo a besarla y otra vez dejo que mis labios y mis manos hablen por mí. La quiero, joder, y lo único que me importa en mi

maldita vida es que sea feliz.

Le doy un último beso, más suave que los demás, y vuelvo a separarme de ella. Sigue con los ojos cerrados, esperando mi siguiente beso, y, en ese pequeño instante que tarda en abrirlos de nuevo, creo que me vuelve un poco más loco. Es jodidamente perfecta. En cuanto nuestras miradas se encuentran, se incorpora y se lanza a mis brazos, escondiendo su cara en mi hombro.

El gesto me toma por sorpresa, pero reacciono inmediatamente y la estrecho contra mi cuerpo.

Joder, está temblando. Me está suplicando sin palabras que le prometa que no va a volver a sufrir, que el dueño del mundo le prometa que no va a volver a sufrir.

—Te lo prometo —susurro besando su pelo—. Todo va a salir bien.

No pienso permitir que vuelva a pasarlo mal.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Cuando las lágrimas la vencen y se queda dormida, no me muevo hasta que me aseguro de que ha cogido el sueño de una manera profunda. Además, me encanta verla dormir. Desde que volvimos, me paso las noches enteras contemplándola en mi cama, el sitio al que pertenece, nuestro lugar en el mundo.

La deslizo por el colchón hasta acomodarla en la almohada, asegurándome de no despertarla. Cuando nota que me muevo, se gira y su cuerpo sigue la estela del mío hasta encontrarme y volver a acurrucarse contra mí.

Me busca en sueños por la cama y, en cuanto me encuentra, se acurruca a mi lado. Ésa es su manía desde que volvimos. Adoro que lo

haga, pero al mismo tiempo no puedo evitar pensar que lo hace porque

está asustada de que nos volvamos a separar. Eso jamás pasará. Nada ni

nadie va a alejarme de ella.

Dejo que caiga de nuevo en un sueño profundo y me levanto. La tapo

con la colcha y, al estar cerca de ella otra vez, su olor me envuelve y sencillamente no puedo evitarlo. Coloco las dos manos a ambos lados de

su cabeza, me inclino sobre ella y la beso suavemente en los labios.

Maddie gime en sueños y, como si me uniera a ella una atracción más

fuerte que la jodida gravedad, vuelvo a besarla.

Al fin me separo. La observo un momento y, despacio, acaricio

suavemente su vientre.

Voy a cuidar de los dos, pase lo que pase.

Pensativo, bajo al salón. Ya sé lo que tengo que hacer. Finn sale a mi

encuentro. Le hago un gesto casi imperceptible con la cabeza mientras me

ajusto los gemelos y me sigue escaleras abajo. Le indico que vaya al Riley

Group en el A8. Yo lo haré en el BMW.

Estoy inquieto, acelerado, la cabeza me va a mil kilómetros por hora,

pero sé exactamente lo que tengo que hacer.

Entro en la oficina con el paso firme. No pienso perder un solo

minuto. Cruzo la redacción a grandes zancadas y llego al departamento de

Contabilidad. Serpenteo entre los cubículos y alcanzo el de Stevens.

Resoplo brusco cuando veo que no está. Joder, el día que la encuentre en

su mesa sonarán las putas campanas. Si no fuera tan buena en su trabajo,

ya estaría en la calle.

Voy hasta el archivador y abro la puerta sin contemplaciones. Stevens

tira el cigarrillo por la ventana y está a punto de darse de bruces contra el suelo cuando se baja de un salto de uno de los muebles. La rapidez del movimiento con esos tacones ha sido de admirar. Eso tengo que reconocérselo.

La fulmino con la mirada y resoplo brusco.

—Finn te está esperando abajo —la informo—. Quiero que vayas a Chelsea y saques a Maddie. Id donde queráis…

—¿Maddie está en Chelsea? —me interrumpe—. ¿Está bien?

Resoplo de nuevo. ¿Por qué no puede limitarse a escuchar? Estoy de un humor de perros.

—Está un poco preocupada.

—¿Por qué?

Joder.

—No es asunto tuyo, Stevens. Haz lo que te digo. Llévatela al cine, a un museo, de compras, lo que queráis, pero asegúrate de que coma.

Soy plenamente consciente de que mis palabras han sonado como una amenaza, pero me importa bastante poco. Afortunadamente Maddie ya está comiendo con normalidad. Cada día me aseguro de ello. No permito que se salte una comida y la señora Aldrin tiene orden de cocinar todos sus platos favoritos. Gracias a Dios, ya ha recuperado casi todo el peso que perdió.

—No volváis a Chelsea hasta última hora de la tarde, ¿entendido?

Finn os llevará donde sea necesario. Toma esto.

Me meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saco una

American Express. Cuando se la entrego, se le ilumina la mirada. Voy a arrepentirme de dársela. Lo sé.

—Yo no soy Maddie —me advierte—. No pienso rechazarla.

Me humedezco el labio inferior para contener una sonrisa. En el fondo me cae bien. No lo puedo evitar.

—¿Es de empresa? —pregunta curiosa.

—¿Y a ti qué coño te importa? El dinero sale del mismo sitio.

—¿Por qué estás tan cabreado?

—No te pases —la advierto. Una cosa es que me caiga bien y sea la mejor amiga de Maddie, y otra que vaya a permitirle darme la charla—, y más te vale que no te vuelva a pillar fumando —sentencio justo antes de marcharme.

Juraría que me ha puesto los ojos en blanco cuando me he dado la vuelta. Tiene suerte de que hoy no tenga tiempo de entretenerme en gilipolleces. La próxima vez, la traslado al departamento de Producción y la nombro asistenta de Stan Matel. Sería interesante ver quién acaba asesinando a quien.

Camino del ascensor, saco el iPhone del bolsillo interior de mi chaqueta y llamo a Spencer. No sé cuánto tiempo tengo y hay demasiadas cosas que hacer.

Nos reunimos en el garaje. Sin darle más explicaciones, le digo que se monte en mi coche. Tess me ha conseguido la dirección de la mejor tienda especializada de todo Nueva York, pero no tengo ni la más remota idea de qué comprar. Por eso está Spencer aquí. Él es padre, joder, tiene que saber todo lo que hace falta para montar la habitación de un bebé.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta mientras atravesamos la puerta de Giggle, una tienda de cosas para bebé en medio del West Side.

—Comprar —respondo lacónico.

Una dependienta con pinta de azafata de concurso de televisión me mira de arriba abajo y se acerca a nosotros con una sonrisa que va a partirle la cara en dos en cualquier momento. Joder, no tengo tiempo para estas gilipolleces.

—¿En qué puedo ayudarlo? —me pregunta.

Spencer sonríe. Creo que ya hasta le hace gracia que las mujeres lo ignoren cuando estamos juntos. Yo resoplo malhumorado. Ni siquiera quiero tener que molestarme en hablar con ella. Tengo demasiado claro lo que busca y no lo conseguirá por nada del mundo.

Pierdo mi mirada al fondo del local. Hay un chico de unos veinte años con cara de no tener ni idea de cómo ha acabado trabajando aquí. Sin dudarlo, me acerco hasta él. La dependienta me sigue boquiabierta con la mirada. Si voy a alegrarle el día a alguien con las comisiones, que sea a él.

Al verme, carraspea y cuadra ligeramente los hombros. Me juego el cuello a que es su primer día aquí.

—¿En que puedo ayudarlos? —inquiere tratando de sonar profesional.

—Quiero todo lo que haga falta para la habitación de un bebé.

—¿Todo? —pregunta frunciendo el ceño.

Supongo que no es lo habitual, pero me importa bastante poco.

Quiero ayudarlo, pero no pienso perder el tiempo. No soporto a los inútiles. Él parece darse cuenta, porque vuelve a carraspear y vuelve a

cuadrar los hombros. Joder, creo que incluso toma aire.

—Supongo que lo primero es saber si es niño o niña.

¿Y yo qué coño sé? Estará embarazada de un par de semanas, es imposible saberlo, pero entonces veo al fondo de la tienda una preciosa cunita. Es de madera rosa. Del techo cuelga un tul blanco que cubre la cabecera. Tiene florecitas y pequeñas hadas bordadas por toda la tela. Es la cuna de una princesita. Mi princesita. Mi pequeña.

—Va a ser una niña —respondo con la vista aún clavada en el mueble.

No sé cómo lo sé, pero lo sé. Igual que también sé cómo querrá llamarla Maddie.

Nos pasamos más de una hora eligiendo todo tipo de cosas, desde muebles hasta peluches o calienta biberones. Spencer insiste en que debería llevarme algunas cosas en colores neutros, como blanco o amarillo, pero ni siquiera le escucho. Sé que será una niña.

—Necesito que todo esto salga inmediatamente hacia Chelsea —le digo mientras le entrego mi American Express Negra.

El chico asiente.

—Ya están cargando las cosas en el camión —me informa—. Sólo falta que nos diga qué quiere que pongamos en el cabecero de la cama.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. ¿De qué coño está hablando?

—Tenemos un catálogo de plantillas con nombres y los dibujos más comunes, como osos, lunas y esas cosas —se explica.

Lo pienso un instante. No quiero algo que haya salido de una plantilla. Quiero que sea especial.

Saco mi iPhone y llamo a mi despacho.

—Tess, llame a Max y dígale que quiero que esté en Chelsea en dos horas —le ordeno en cuanto descuelga—. Me importa bastante poco lo que esté haciendo —me adelanto a cualquier impedimento que pensara ponerme—. Envíe a George a comprar pinceles, pintura para madera, de todo, y que también lo lleve a Chelsea.

Cuelgo y me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. Soy plenamente consciente de que no he dicho «hola», ni «adiós», ni «gracias».

Trabaja para mí. No tengo que ser amable.

Salimos de la tienda y vamos a mi casa. Cuando llegamos, ya hay un camión de Giggle aparcado frente a la puerta. Dos hombres con chalecos con el nombre de la tienda serigrafiado a la espalda lo están descargando todo. Son eficientes y cumplen. Me gusta.

La señora Aldrin me mira boquiabierta a la vez que a los dos operarios que me siguen con varias cajas cada uno.

—Que lo lleven todo a la habitación del fondo de la primera planta —ordeno.

Es el mismo cuarto donde Maddie montó mi estudio de arquitectura para sorprenderme. Recuerdo perfectamente cómo salió aquello. Sin embargo, cuando decidí que daría el paso y realmente me convertiría en arquitecto, también me di cuenta de que no necesitaba una habitación para eso y simplemente puse una mesa donde poder trabajar en mi despacho de la planta baja.

Ahora tengo claro que, sin saberlo, tomé la mejor decisión. Esa habitación se llena de luz por la mañana y, por la tarde, el sol entra suave, cálido, relajante. Es la habitación ideal para un bebé.

Le pido a Spencer que lo controle todo y voy a mi estudio. Saco mi iPhone por enésima vez y llamo a Lauren. Da tono, pero no contesta. Juro por Dios, que, si no responde, la despido.

—¿Diga?

—¿Cuánto necesitas que suene el puto teléfono antes de cogerlo? —rujo.

Sé que está bien porque Finn está con ellas, pero sencillamente odio que no esté conmigo. Tengo claro que es un sentimiento completamente cavernícola y que raya lo psicópata, pero me importa bastante poco, sobre todo hoy. Los pulmones se me llenan de rabia. Todavía recuerdo cómo temblaba cuando la abracé.

—Estoy con tu mujer y he tenido que alejarme unos pasos para que no sepa que estoy hablando contigo —protesta.

Resoplo. Probablemente tenga razón, pero eso también me importa bastante poco.

—¿Dónde estáis? —pregunto malhumorado.

—Estamos en la cafetería de Bryant Park, cerca de la biblioteca. Estamos reponiendo fuerzas para seguir de compras.

—¿Ha comido?

—Sí, relájate —contesta displicente.

—Stevens —la reprendo.

Joder, me pregunto si alguna maldita vez se limitará a responderme lo que le pregunto.

—Hemos comido en el Saturday Sally —añade y por su tono de voz

sé que mi única palabra ha conseguido intimidarla. Mejor —. Se ha zampado una hamburguesa con bacón y patatas y un trozo de tarta de calabaza.

Suspiro aliviado. Por un momento he pensado que iba a decirme que no había dejado de llorar y no había querido probar bocado.

—Estaba claro que no le apetecía lo más mínimo, pero ha hecho un esfuerzo enorme por terminarse hasta el último bocado.

Ésa es mi chica.

—No sé cuánto tiempo necesitas, pero deberías darte prisa —me informa—. No para de repetir que quiere irse a casa.

—Entretenla.

Cuelgo y me guardo el teléfono. Estoy seguro de que ha vuelto a ponerme los ojos en blanco. No la culpo. Estoy insoportable, aunque apuesto a que se lo va a cobrar comprándose diez pares de zapatos a mi costa.

Regreso al salón y le indico a Spencer que subamos. Al tiempo que avanzo por las escaleras, me quito la chaqueta y la corbata, me desabrocho los primeros botones de la camisa y me remango las mangas hasta el antebrazo. Mientras siguen descargando y desembalando cosas, Spencer y yo pondremos el papel pintado.

Es más fácil de lo que parece y tardamos relativamente poco.

Estamos empezando a repartir los muebles por la habitación cuando mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Mackenzie. Como siempre, no podría ser más inoportuno. Salgo de la habitación y respondo camino de mi estudio. Espero por su bien que sea algo realmente

importante.

De regreso, me encuentro a Spencer en la cocina, cerrando el frigorífico con dos botellines de Budweiser en la mano. Me tiende uno, pero yo finjo no verlo y me dirijo hacia el piso de arriba. No puedo perder el tiempo.

Spencer resopla y me sigue.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunta deteniéndose en mitad de las escaleras.

Me freno en seco.

—¿Por qué estoy haciendo qué? —inquiero a mi vez endureciendo la mirada.

Le estoy dando la oportunidad de dejarlo estar. No necesito una charla y quiero que lo entienda.

—Por una vez, qué tal si contestas a un puta pregunta —se queja.

—Spencer, joder.

No tengo tiempo para esto y, aunque lo tuviera, tampoco lo perdería dejando que me hicieran terapia. Bentley y él son un puto fastidio.

—Hazme feliz —masculla sentándose en uno de los peldaños—. Soy tu hermano mayor. Déjame cuidar de ti por una jodida vez.

Resoplo otra vez y bajo un escalón a regañadientes.

—No ha ocurrido nada, así que no hay nada de qué hablar.

Que haya aceptado tratar de ser más comunicativo con Maddie no implica que me guste sentarme en una escalera a hablar de mis problemas como si de repente esto fuera una puta teleserie.

Spencer me mira y me señala el sitio a su lado con la cabeza. Pongo los ojos en blanco y finalmente me siento. Es la manera más rápida de que se calle y me deje en paz de una jodida vez. Él sonríe encantado y me tiende la cerveza. Es mi jodida pesadilla.

—Ryan —me apremia al ver que no hablo.

—¿Qué? —respondo tras darle un trago a mi cerveza.

No me gusta hablar.

—Cuéntamelo —replica exasperado.

—No es tu puto problema —gruño.

—¿Crees que soy imbécil? —protesta—. Me llamas para que te acompañe a buscar cosas de bebé, compras media tienda y te pasas todo el rato de este humor tan agradable —añade mordaz—. ¿Qué coño ha pasado?

Resoplo. No quiero hablar.

—Ryan —me apremia.

Resoplo de nuevo. No quiero hablar, joder.

—Maddie está aterrada —murmuro y siento como si una losa enorme se levantara de mi espalda o cayera hasta hundirme del todo.

Spencer frunce el ceño, abre la boca dispuesto a preguntar algo, pero él mismo cae en la cuenta de cuál es la respuesta.

—Tiene miedo de volver a perderlo —me sincero—, de tener que volver a pasar por eso.

¿Por qué hace dos meses fui tan gilipollas de no cuidarla mejor, joder? No me lo voy a perdonar en toda mi maldita vida.

—Estaba llorando —continúo—. Me miró de una manera, Spencer,

como si me estuviese suplicando que le prometiera que todo iba a salir bien.

Mi voz ha cambiado. Soy plenamente consciente de que se ha llenado de rabia, pero también de dolor. Todavía la recuerdo en el hospital, preguntándome si el bebé estaba bien. La destrocé. La partí en pedazos.

—¿Y lo hiciste?

—Sí.

Spencer suspira.

—Ryan, entiendo que quisieras calmarla, pero no puedes prometerle algo que no depende de ti.

—Sí que depende de mí —lo interrumpo sin asomo de duda—. Me paso todo el maldito día solucionando problemas de empresas que en realidad ni siquiera me importan porque miles de familias dependen de ellas y ahora se trata de la mía. Yo sólo quiero cuidarla, hacerla feliz, y no voy a fallarle. No pienso fallarle —sentencio haciendo hincapié en cada letra.

Me levanto dando la conversación por terminada. No tengo nada más que decir.

—Y, después, ¿qué, Ryan? —pregunta saliendo tras de mí—. Tienes que entender que no puedes controlarlo todo. Vas a tener una hija y, créeme, hay muchas cosas que no siempre van a salir como tú quieres.

Si cree que no soy consciente de eso, está muy equivocado, pero simplemente no voy a dejar que nada escape a mi control.

—No voy a rendirme, Spencer, no con la felicidad de Maddie —hago

una pequeña pausa y sonrío fugaz y sincero— ni con la de mi pequeña,

jamás.

Mi hermano me observa un segundo y, finalmente, como si no

pudiera disimularlo más, una sonrisa asoma en sus labios. Parece que

escuchar esas palabras significa para él casi tanto como para mí.

—Estoy muy orgulloso de ti —sin quererlo me contagio de su

sonrisa— y por tu bien espero que te equivoques y sea un niño, si no, tu

vida va a convertirse en un infierno.

Ya no puedo evitarlo y sonrío abiertamente, casi río, a la vez que me

llevo las manos a las caderas y clavo mi mirada en el suelo tratando de esconderlo sin mucho éxito.

—Lárgate ya —le pido divertido—. Maddie no tardará en volver y no

quiero que te pille aquí.

—¿Y lo que queda?

—Puedo solo.

Spencer asiente y gira sobre sus pies.

—Te quiero, capullo —dice justo antes de perderse escaleras abajo.

—Y yo a ti —murmuro para mí.

Max no tarda en llegar. En cuanto me ve, protesta y me suelta un

discurso sobre que soy un cabronazo por haberlo mandado llamar con mi

secretaria y que, si me creo que es uno de mis ligues para hacerlo llamar y

despedirlo con el servicio, estoy muy equivocado, que obviamente él es

mucho más guapo.

Cuando le digo lo que quiero, que dibuje en el cabecero de la cuna,

pone los ojos en blanco, pero casi en el mismo segundo se pone a hacerlo.

Más le vale. Como estropee la cuna, no vuelvo a dejarle salir del agujero en el que trabaja.

A eso de las siete ya está todo listo. Stevens me ha mandado un mensaje diciéndome que vuelven a Chelsea, que, aunque ha tratado de convencerla, Maddie no acepta ir a ningún otro sitio.

Aprovecho para darme una ducha rápida. Cuando oigo la puerta principal, salgo disparado de la habitación poniéndome el polo azul marino y ajustándome los vaqueros. No me ha dado tiempo de coger las deportivas y bajo descalzo. Tampoco me ha dado tiempo de peinarme, así que me paso la mano por el pelo aún húmedo y me lo echo hacia atrás.

Maddie entra en el salón en el mismo instante en que yo alcanzo el último peldaño de la escalera. Lleva una bolsa de TopShop. Sabe que tengo más dinero del que podríamos gastar en dos vidas y sigue comprándose la ropa en esa clase de tiendas. No ha cambiado. Nunca va a cambiar, y eso es lo que me vuelve loco de ella.

—¿Lo has pasado bien? —pregunto acercándome con las manos metidas en los bolsillos y el paso lento.

Ella asiente.

—¿Le has dado una tarjeta de empresa a Lauren? —pregunta divertida.

—Ha sido por una buena causa —me defiendo.

He llegado hasta Maddie y las manos en los bolsillos me arden.

Quiero tocarla. Mis dedos acarician su cadera y se anclan con fuerza en ella, atrayéndola hasta mí. Automáticamente todo está donde tiene que estar.

—Pues me ha pedido que te diga que no piensa devolvértela y que

mañana estará enferma y no podrá ir a trabajar. No estoy muy segura, pero creo que se ha organizo una *showroom* privada en Manolo Blahnik.

Yo me humedezco el labio inferior disimulando una sonrisa.

—Ya había pensado en esa posibilidad y he desviado la tarjeta de Lauren a la cuenta de gastos de Bentley, así, a final de mes, no tendrán más remedio que hablar.

Sonríe. Sé que se está esforzando en que la vea, pero la conozco demasiado bien como para no saber cómo se siente en realidad.

Recurro a mi técnica de distracción favorita y la beso despacio, tomándome mi tiempo, y es en ese preciso instante cuando me doy cuenta de que llevo todo el maldito día echándola de menos. Maddie gime bajito y yo la estrecho contra mi cuerpo. Estoy a punto de sentarla en la isla de la cocina y perderme entre sus piernas cuando recuerdo lo que llevo preparando toda la tarde. Sonrío y me separo apenas un centímetro de ella, lo justo para torturarla. Cualquier día va a conseguir que me olvide del maldito mundo.

—Tengo una sorpresa para ti.

Maddie me mira divertida y una sonrisa se escapa de sus perfectos labios.

—¿Una sorpresa? —pregunta.

Sin decir nada más, la cojo de la mano y la obligo a que me siga escaleras arriba. Me detengo frente a la última puerta del pasillo y me giro hacia ella.

—¿Mi sorpresa está en esta habitación? —inquiere señalando

tímidamente la madera.

Asiento.

—La última vez que uno de los dos preparó una sorpresa en esta

habitación no salió muy bien, ¿recuerdas?

Ignoro sus palabras, cojo su cara entre mis manos y la beso con

fuerza una sola vez. Su cuerpo reacciona inmediatamente al mío y, cuando

ya la tengo exactamente donde quiero, me separo.

—Abre —le ordeno suavemente.

Maddie me mira, inspira hondo infundiéndose valor y abre la puerta.

Sus ojos verdes se llenan de una genuina sorpresa y suspira

boquiabierta. Me mira como si no pudiese creérselo del todo y da un paso al interior y después otro y otro. Cada vez más deslumbrada, perdiendo la

mirada en cada rincón. Le gusta, joder, le gusta, y yo suelto todo el aire que involuntariamente había retenido hasta ver su reacción.

—Ryan, esto es…

No sabe cómo seguir y, por primera vez desde ayer, sonríe de verdad.

Camina hasta la cuna. Despacio, alza la mano y acaricia suavemente

el cabecero donde Max ha pintado «Audrey», el nombre de su madre, el

nombre de nuestra pequeña, justo al lado del dibujo de una preciosa grulla

azul de origami.

Maddie ahoga una sonrisa nerviosa y feliz en un suspiro y se agarra

con las dos manos al borde de la cuna sin dejar de contemplar cada letra.

—… perfecto —susurra.

Y hay tanto amor en esa única palabra que me doy cuenta de la madre

tan maravillosa que va a ser y del padre que yo quiero ser a su lado.

—No voy a permitir que nada salga mal —digo sin un ápice de duda en mi voz, acercándome a ella con el paso seguro—. No voy a permitir que vuelvas a sufrir. Eres mi vida —alzo mi mano y acaricio suavemente su vientre— y ella también.

Nunca, jamás, dejará de ser así.



33

Ya ha pasado algo más de un mes desde que Maddie le dijo a Ryan que estaba embarazada. Dispuestos a hacer las cosas lo mejor posible, deciden volar a Santa Helena para darle al padre de Maddie la noticia.

Miro el reloj. Ya hace más de diez minutos que deberíamos haber salido. Odio llegar tarde. Me siento en el brazo del sillón y suspiro hondo.

—¡Nena! —la llamo impaciente.

—¡Ya casi estoy! —grita a los segundos asomándose desde el piso de arriba.

Sonrío. No puedo evitarlo. La adoro, pero también me está poniendo de los nervios. ¿Cómo es posible que tarde tanto?

Miro el reloj. Veinte minutos. ¿En serio?

—Sí, Lauren. Eso ya lo sé.

Alzo la mirada y la veo bajando las escaleras, hablando por teléfono. Cuando desciende el último peldaño, se detiene y se pone los zapatos Oxford que lleva en la mano.

—Lo sé. Lo sé —repite.

Mira los cordones desatados de sus zapatos y a continuación mira su mano ocupada con el teléfono. Me muero de ganas de ver cómo se las

apaña, pero finalmente le chisto divertido para captar su atención y señalo mi muslo para que ponga su zapato y poder atarle los cordones. Ella sonríe y obedece inmediatamente.

Aún le estoy atando el segundo zapato cuando su móvil vibra. Maddie tuerce el gesto y se separa el teléfono de la oreja para poder mirar la pantalla.

—Lauren, te llamo en dos minutos. Tengo una llamada de Boston. —Se separa el iPhone de nuevo, desliza el pulgar por la pantalla y se lo lleva otra vez a la oreja—. ¿Diga?... Sí, soy Maddie Riley.

La miro y frunzo el ceño. Nunca debí aceptar que se hiciera cargo de la reconversión del semanario que compré en Boston. Es demasiado trabajo y está embarazada, joder.

Tras un par de minutos, cuelga y me dedica una sonrisa enorme. Sabe que estoy enfadado.

—Tenemos que hablar de eso —le advierto.

—La doctora Sanders dijo que este embarazo no era de riesgo y podía seguir trabajando.

—Me da igual lo que dijera, Maddie. Tienes que cuidarte.

No pienso ceder en esto.

—Y tú necesitas dormir —contraataca—. Anoche volviste a meterte en la cama a las tantas y vestido.

¿A qué coño viene eso?

—Tú y yo no somos iguales —siseo.

—Y yo no soy de porcelana —replica igual de malhumorada.

Resoplo y me paso las manos por el pelo. No quiero discutir, pero va a volverme completamente loco. No sé qué hacer, así que decidido

terminar las discusiones como mejor sé: cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza. Ella protesta, pero acaba dejándose llevar. Cuando suelta un pequeño gemido, sé que la tengo exactamente donde quiero, el momento perfecto para salirme con la mía. Me separo apenas unos centímetros, dejando que mi cálido aliento bañe sus perfectos labios.

—Ryan —susurra aún con los ojos cerrados.

—Vas a descansar —le ordeno en un ronco susurro.

Me inclino un poco más, casi rozo sus labios, pero en el último momento me separo. Ella abre los ojos e inmediatamente atrapo su mirada a través de sus largas pestañas y le dedico mi media sonrisa.

Quiere resistirse, pero no es capaz.

—Está bien —murmura a la vez que asiente.

—Buena chica.

La beso de nuevo y la cojo de la mano para que salgamos de aquí de una vez.

Primero en el A8 y después en el avión, secuestro su iPhone. El plan surte efecto y se queda dormida en cuanto el avión se estabiliza en el aire. La acomodo sobre mi pecho y yo también trato de relajarme. Maddie tiene razón. Ayer me acosté a las tantas y, aun así, fui incapaz de dormir. Sé que a su padre no va a hacerle la más mínima gracia que vayamos a tener un crío y lo peor es la impotencia que siento cada vez que me enfrento a él. Desde que tengo uso de razón, he gestionado los enfrentamientos de una manera directa, sin miramientos. Me da igual que fuese en el trabajo o fuera de él, pero Christopher es el padre de Maddie. No puedo tratarlo como trataría a cualquier otro.

Resoplo y me paso la mano por el pelo. Sólo espero que la tortura

dure lo menos posible.

—¿Desea la prensa del día? —me pregunta Marie tan eficiente como

siempre.

—Bourbon.

Ella asiente con algo de reprobación en su mirada. Yo endurezco la mía y la mantengo hasta que ella aparta los ojos. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

Observo a Maddie y le aparto un mechón de pelo de la cara.

Probablemente a ella tampoco le gustaría que me tome esa copa, pero, con

el día que ya sé que me espera, me la merezco.

Sin dejar de contemplarla, lentamente bajo la mano y acaricio

despacio los botones de su vestido. Dejo que el aire se escape de mis

pulmones a su propio ritmo, alcanzando el último botón, el que descansa

sobre la parte baja de su cuello. Lo desabrocho despacio, disfrutando de la

suave tela mientras cede la pequeña perla de plástico color crema.

Sonrío y dejo que mis dedos se pierdan en el segundo botón. La tela

se abre ante mi mano y pongo la palma sobre su piel. Está llena de un

calor sincero y perfecto.

Maddie gime bajito y se mueve despacio, dormida, bajo mi mano. Mi

sonrisa se ensancha y desabrocho un botón más. Sin embargo, el gesto me

dura poco en los labios al oír a alguien acercarse.

—Largo —gruño sin levantar la vista de Maddie.

Me lo estoy pasando demasiado bien.

Marie obedece al instante.

Desabrocho un botón más y dejo que la punta de mis dedos se pasee

desde su ombligo hasta su cuello. Lo hago tomándome mi tiempo, incendiando su piel.

Maddie vuelve a moverse y sonríe encantada por la caricia.

—Me gusta —pronuncia con voz somnolienta.

Yo sonrío y, sin dudarlo, la cojo por las caderas y la siento a horcajadas sobre mí. El vestido cae al suelo por el camino y la tengo prácticamente desnuda, entre mis brazos, demasiado cerca. No lleva sujetador y no podría haber tomado una decisión mejor. Sus bragas de encaje negro y las sensuales medias del mismo color es todo lo que necesita.

Entreabro los labios y caliento su pezón con mi aliento. El cuerpo de Maddie se tensa, pero, antes de que pueda reaccionar de ningún modo, muerdo esa parte de su cuerpo e inmediatamente deslizo mi lengua sobre él.

Su cuerpo se arquea, pegándose más a mi boca, dándome mejor acceso.

Mis manos se anclan en su perfecto culo y continúo besando y llenando de pequeñas marcas de dientes sus pechos.

Alzo la mirada y observo a Maddie sin separarme de su piel. Tiene los ojos cerrados, casi al borde de un vertiginoso orgasmo, y entonces decidió que tengo ganas de jugar.

Enrollo su coleta en mi puño y tiro con fuerza una sola vez. Ella me mira aturdida y jadeante y yo le dedico mi media sonrisa.

—Levántate.

Maddie me mira aún más aturdida. Yo enarco las cejas apremiándola

en silencio.

No me hagas esperar, nena.

Despacio, se levanta y se queda de pie frente a mí, subida a sus bonitos tacones negros.

—Siéntate.

Maddie mira hacia tras y, de nuevo lentamente, se dirige al mullido sillón de piel y toma asiento.

—Separa las piernas. Quiero verte.

Obedece y una media sonrisa muy arrogante y con algo de malicia vuelve a mis labios.

—Así no puedo verte —digo realzando lo obvio.

Ella mira hacia abajo y tarda un segundo en comprender a qué me refiero. Cuando al fin lo entiende, el deseo la sacude y traga saliva.

Acaricia sus bragas con dedos nerviosos y aparta la tela para que pueda ver lo que quiero ver.

Se me pone aún más dura.

—¿A qué estás esperando, Maddie? —Mi voz suena exigente, dura.

Me mira sin entender a qué me refiero. No levanto los ojos de ella, de su precioso cuerpo. Su respiración se acelera y finalmente, poco a poco, va bajando su mano libre hasta perderla entre sus muslos.

A los pocos segundos sus movimientos dejan de ser dubitativos y se vuelven largos, ávidos. Me llevo el reverso de los dedos a los labios y disfruto del espectáculo. Es una maravilla, joder.

—Extiende la palma y azótate.

Maddie abre mucho los ojos. Yo le mantengo la mirada sin suavizarla lo más mínimo. Le he pedido algo y quiero que lo haga. Maddie duda, vuelve a acariciarse y, sin apartar sus ojos de los míos, se da una palmada justo en el centro. Deja escapar un largo y sensual gemido y creo que va a estallarme en los putos pantalones.

Sigue acariciándose.

—Hazlo otra vez —le ordeno.

Ahora no duda. Lo hace. Gime.

—Otra vez.

Una nueva palmada. Un nuevo gemido.

Joder.

Me revuelvo en el asiento conteniéndome por no levantarme y follármela hasta dejarla sin aliento.

Echa la cabeza hacia atrás y se pierde en una nube de jadeos mientras se embiste con sus dedos índice y corazón.

Está a punto de correrse.

Me humedezco el labio inferior fugaz.

El juego no se acaba hasta que lo digo yo.

—Para —le ordeno.

Maddie suspira frustrada, pero me obedece al instante. Más le vale.

Alza la cabeza buscando mis ojos. Mi mirada ya la espera.

—De rodillas.

Se levanta. Las piernas le tiemblan, casi no le responden. Se arrodilla ante mí y alza la cabeza. Hay algo en su postura que me vuelve completamente loco. Es más que sumisión. Se está entregando por

completo. Sin miedos. Sin preguntas. Me está ofreciendo su cuerpo, dejándome coger exactamente lo que quiera y como quiera. Me está dando el control sin condiciones.

Me desabrocho el cinturón despacio y lo saco de las presillas con una lentitud casi agónica. Maddie me mira hambrienta, deseosa de saber cuál va a ser mi próximo movimiento. Tomo la punta de piel del cinturón y acaricio sus labios. Ella los entreabre sin apartar su mirada de la mía y me deja jugar.

Le dedico mi media sonrisa justo antes de dejar caer el otro extremo del cinturón y permitir que la hebilla de acero frío toque su coño.

Cierra los ojos sobrepasada por el placer y mi sonrisa se ensancha.

En un rápido movimiento, recupero el cinturón y lo abrocho rodeando su cintura desnuda. Me deshago de sus bragas y, tomándola por el cinturón, la siento sobre mí, de espaldas. Libero mi polla, agarro el cuero con las dos manos y, sin más preámbulos, la monto sobre mí.

Grita. Fuerte.

Sin salir de ella, la echo hacia adelante dejándola que penda del cinturón, que note la fuerza de la gravedad en el suave dolor del cuero marcándose en su piel y en mi polla dentro de ella.

Comienzo a moverme.

Joder. Es un puto espectáculo.

Maddie trata de agarrarse a los brazos del sillón.

—No —rujo deteniéndome—. Las manos a la nuca.

Obedece de inmediato.

Cuando la tengo exactamente como quiero, me muevo fuerte, brusco,

duro. Su cuerpo se balancea sobre el mío al ritmo que la acerco y la alejo de mí con el cinturón. Giro las caderas con cada movimiento. La echo hacia delante un poco más.

La postura en jodidamente increíble.

Toda la presión de su cuerpo envuelve mi polla.

—¡Ryan! —grita.

—Aguanta un poco más, nena.

Sé que la presión del cinturón le duele, pero también le gusta.

Ni blanco ni negro. Todos los grises del mundo para ti, nena.

Miro mi polla perderse una y otra vez en su cuerpo y sólo quiero hacer una cosa. Sujeto el cinturón con una de mis manos. Mi brazo se tensa. Los músculos me arden.

—¡Joder! —protesto.

La recompensa va a merecer la pena.

Salgo de ella. Maddie se queja y me busca con las caderas. Guio mi polla hasta su precioso trasero. Noto su cuerpo tensarse ante mis intenciones un único segundo y después se mantiene en silencio mientras sus jadeos son cada vez más inconexos. Extiendo los restos de su placer por su perfecto culo y, despacio, empiezo a entrar.

—¡Dios! —pronuncia a medio camino entre un gemido y un grito.

Me deslizo en su interior lentamente. Sin forzarla. Con la respiración acelerada, pero pendiente de cómo reacciona su cuerpo. Cuando estoy dentro, Maddie gime una vez. El brazo me arde, joder.

Coloco la mano libre al final de su espalda y comienzo a moverme

despacio. Saliendo del todo y entrando de nuevo. Dejando que se

acostumbre, que me sienta largo y duro. Gime de nuevo.

Mi cuerpo se tensa. Este ritmo es demencial. Necesito follármela. Ya.

Subo la mano hasta agarrar el cinturón. La dejo caer un poco más y

comienzo a embestirla duro, cada vez más de prisa, chocando tosco una y otra vez contra su precioso trasero, descolgándola al abismo un poco más.

Follando. Follando de verdad. Sin piedad.

—¡Ryan, no puedo más!

—Si puedes, nena.

—¡Joder!

Su cuerpo se tensa. Acelero el ritmo. Más duro. Más fuerte. Y los dos

nos corremos gritando y gimiendo como si no hubiese nadie más en este

puto universo.

La dejo caer sobre mí y rápidamente le quito el cinturón. La giro

entre mis brazos y ella se hace un ovillo y se acomoda en mi regazo. Sigo

con mis dedos las marcas del cinturón. Apenas han sonrosado su piel.

Cuando vuelvo a alzar la mirada, ya ha cerrado los ojos. Me estiro

tratando de no moverla, tiro de una de las mantas que Marie dejó

perfectamente dobladas sobre el asiento y la tapo. Está profundamente

dormida. Sonrío y le doy un beso en la frente.

Me da exactamente igual cómo se lo tome su padre. Maddie es mi

vida y nada va a apartarme de ella.

Llegamos al aeropuerto internacional de Savannah poco después de

una hora. Cuando despierto a Maddie, se sonroja al descubrirse desnuda

en el avión, se envuelve en la manta y corre a encerrarse en el pequeño baño. Después no tiene

más remedio que sacar la mano y pedirme que le

lleve la ropa. Por supuesto, no lo hago y disfruto de verla pasearse por mi

avión sólo con la manta un rato más.

La misma compañía de siempre me tiene un coche preparado al pie

de las escalerillas. Está vez he elegido un BMW Z4 de 2015. Estoy

deseando probar este coche.

Maddie se adueña de la radio y nos pasamos todo el viaje hasta Santa

Helena escuchando a Franz Ferdinand. Sólo cambia de grupo para oír

Come and get it,[20] de John Newman. Me dice que le encanta esa canción y comenta, como quien no quiere la cosa, que en unos meses John

Newman dará un concierto en el Madison Square Garden.

Desde que atravesamos el río Harbor, a un puñado de kilómetros de

casa de Maddie, pierde la mirada por la ventanilla y ya no vuelve a decir

una palabra. Está nerviosa. Lo sé.

—Ryan —se anima a decir inquieta cuando el vehículo enfila la calle

de sus padres—, si esto sale mal…

No se atreve a seguir. Yo la miro y tuerzo el gesto. Odio verla así.

—Esto no va a salir mal —le aclaro sin asomo de duda— y, si sale

mal, no me interesa lo más mínimo. Nada va a separarnos, nena.

Detengo el vehículo delante de su casa y, sin pensarlo, la beso con

fuerza. No quiero que tenga la más pequeña duda, porque no hay la más

pequeña posibilidad de que volvamos a perdernos el uno al otro.

—Gracias —susurra contra mis labios.

—Cada vez que me das las gracias, me la pones dura —replico

divertido.

Maddie se echa a reír escandalizada y me golpea en el hombro antes de salir del BMW. Yo sonrío y también me bajo. No he dicho nada que no fuera verdad.

Llama a la puerta y se muerde el labio inferior, nerviosa, mientras espera. Odio esta situación. Su padre no nos pone las cosas nada fáciles. Coloca a Maddie entre la espada y la pared, como si la obligara a elegir constantemente entre él y yo.

La puerta se abre y Evelyn, con una sonrisa de oreja a oreja, nos recibe al otro lado de la puerta de tela metálica.

—¡Christopher, ya están aquí! —grita entusiasmada.

Abre la mosquitera y abraza a Maddie con fuerza.

—Cariño, te hemos echado mucho de menos —susurra dándole un beso lleno de dulzura.

—Y yo a vosotros.

Evelyn se separa y la contempla unos instantes con una mirada repleta de amor. Realmente la quiere como a una hija.

—Hola, Ryan —me saluda amable reparando en mí.

—Hola, señora Parker.

—Llámame Evelyn, por favor —replica con una sonrisa—. Pasad.

Le devuelvo la sonrisa y las sigo al interior de la casa.

—Estoy contenta de que hayáis venido —comenta pasándole el brazo por encima del hombro a Maddie.

Oímos pasos acercándose e inmediatamente Christopher irrumpe en la habitación. Lleva el periódico en una mano y se quita las gafas con la otra.

—Hola, pequeñaja —la saluda con una sonrisa enorme, estrechándola

entre sus brazos y haciéndole levantar los pies del suelo—. ¿Qué tal estás? —añade dejándola de nuevo sobre el parqué y tomando su cara entre sus manos—. Estaba muy preocupado.

La mirada de Christopher vuela hacia mí cuando pronuncia esas palabras.

—Estoy muy bien, papá —responde Maddie con una sonrisa.

—¿Seguro?

—Claro que sí, sí.

Parece que el segundo «sí» logra convencerlo mínimamente y, al fin, sonríe.

—Hola, Ryan —dice a regañadientes, dando un pequeño paso en mi dirección y tendiéndome la mano.

—Señor Parker —respondo estrechándosela.

La hostilidad es cristalina. No voy a negar que lo entienda, pero más le vale ir acostumbrándose. Quiero a su hija y nada ni nadie va a apartarme de ella. Fin de la historia.

—Pasemos a comer —continúa tratando de no sonar incómodo—. Hemos preparado estofado de pollo y patatas al horno.

Nos sentamos a la mesa. El estofado está delicioso y creo que eso es lo único que salva el almuerzo. La tensión es casi irrespirable. Christopher sólo sonríe cuando habla Maddie. Evelyn trata de apaciguar el ambiente preguntando cosas sobre la empresa y Nueva York, pero obviamente la tensión sigue ahí.

—El caso es que hemos venido porque teníamos que contaros algo

—dice Maddie nerviosa a la vez que busca mi mano por debajo de la mesa.

Sus palabras captan inmediatamente la atención de Evelyn y su padre.

—Estoy embarazada —susurra conteniendo el aliento.

Yo sonrío y lo hago con algo de superioridad, no voy a negarlo.

Ahora no sólo soy el hijo de puta que te ha robado a tu pequeñaja, Christopher, ahora soy también el padre de tu primera nieta.

—Maddie, tienes sólo veinticuatro años —murmura su padre. No lo hace sorprendido, lo hace al borde de un monumental enfado.

—Ya lo sé, papá, pero estoy segura…

—¡Por el amor de Dios! —la interrumpe a la vez que golpea la mesa con los puños—. ¡Tú no estás segura de nada! ¡Eres una cría!

Todo mi cuerpo se tensa y suelto la mano de Maddie. No pienso consentir que le hable así.

—Señor Parker, debería tranquilizarse. Maddie sólo intenta explicarle que vamos a procurar…

—Tú, cállate —sisea. ¿Pero qué coño?—. Estarás contento, ¿no?

—No se hace una idea de cuánto —respondo mordaz y arrogante con la voz endurecida.

Christopher me fulmina con la mirada, pero se la mantengo sin ningún problema. Ahora mismo estoy muy cabreado y esa impotencia que ya vaticiné que sentiría lo arrasa todo. Sólo quiero levantarme y partirle la maldita cara, joder.

—Papá —trata de terciar Maddie—, sé que puede parecer una noticia sorprendente, pero es lo que quiero.

—¿Y también va a ser lo que quieras cuando dentro de cinco años tengas tres críos y estés sola porque Ryan ya se haya cansado de jugar a las casitas contigo?

—Basta ya, señor Parker. —Ahora el que lo interrumpe soy yo—. Quiero a su hija, me he casado con ella. No tengo que nada que demostrarle.

—Te equivocas —replica sin asomo de duda—. Tú tienes que demostrar mucho. Para empezar, que eres un hombre, y, después, que eres uno bueno, porque todo lo que he visto es a un crío rico que nunca va a ser capaz de cuidar de mi hija.

Aprieto la mandíbula tratando de contenerme, de no hacer una estupidez como levantarme o abalanzarme sobre él. Lo que más me molesta es que las lecciones me las está dando un gilipollas que no fue capaz de quedarse solo cuando perdió a su mujer.

Maddie busca de nuevo mi mano por debajo de la mesa, pero no dejo que la atrape. Estoy demasiado enfadado y demasiado frustrado, y lo peor de todo es que no puedo enfrentarme a esta situación como me gustaría, porque al final sigue siendo el padre de Maddie.

Arrastro la silla y me levanto de prisa.

—Gracias por la comida, señora Parker.

Dejo la servilleta sobre la mesa y me marcho desoyendo todas las veces que me llama Maddie. Empujo la puerta de malla metálica de un manotazo y salgo al porche.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

No me puedo creer que le haya dejado decir todas esas cosas. Voy a

cuidar de Maddie y voy a esforzarme cada puto día. Resoplo a la vez que

me paso las dos manos por el pelo y comienzo a dar estúpidos e

inconexos paseos. Los viejos fantasmas vuelven.

La jodiste una vez, Riley. ¿Tan seguro estás de que no la joderás dos?

Me freno en seco y cierro los ojos tratando de tranquilizarme. Eso no

va a pasar. Maldita sea, no va a pasar. Los abro de golpe y comienzo a andar hacia el coche. Se acabó. Puede pedirme que me comporte con su

padre, aunque no se lo merezca, pero no puede pedirme que me quede a

escuchar todas las gilipolleces que quiera gritarme como si tuviera cinco

putos años.

—Ryan.

Su voz me atraviesa cuando estoy a punto de bajar los dos escalones

que separan el porche del pequeño camino enlosado hasta la acera.

Me detengo, pero no me giro.

—Siento mucho todo lo que ha dicho mi padre —se disculpa.

Ella no tiene por qué hacerlo.

—Maddie, me está pidiendo un respeto que no se gana —gruño con

la voz endurecida todavía con la vista clavada en el coche.

—Por favor, vuelve dentro.

No me lo pide, me lo suplica, y algo dentro de mí me impide hacer lo

que debería hacer y seguir caminando.

—Por favor —susurra.

Cierro los ojos y me concentro en su voz, mientras lucho con lo

frustrado e impotente que me siento ahora mismo. No es justo que me pida

que vuelva.

Me giro despacio y la miro directamente a los ojos. Está nerviosa,

casi angustiada. Joder, para ella tampoco es nada justo.

La puerta se abre a la espalda de Maddie y Christopher aparece tras

ella.

—Maddie, entra dentro, por favor.

Ella me mira preguntándome en silencio si quiero que se marche.

Asiento. No sé qué es lo que voy a tener que oír y no sé si voy a poder controlarme. Prefiero que no esté aquí.

Maddie sonríe para intentar parecer tranquila, pero no le llega a los

ojos, y finalmente entra de nuevo en la casa.

—¿Se hace una idea de la posición en la que la pone? —pregunto con

la voz amenazadoramente suave.

Tiene que entenderlo ya, joder.

—¿Y qué me dices de ti? —replica—. ¿En qué momento te pareció

una buena idea dejarla embarazada?

—Señor Parker, su hija no es ninguna niña.

—Sí que lo es, maldita sea.

Joder. Ya no aguanto más.

—¿Y también lo es en el cumpleaños de su mujer, cuando tiene que

dejar todas sus responsabilidades y correr a su lado?

Christopher se queda un segundo absolutamente conmocionado e

inmediatamente entorna la mirada.

—No te atrevas…. —trata de advertirme.

—¿Que no me atreva a qué? —lo interrumpo aún más arrogante—.

Usted perdió a su mujer, pero ella perdió a su madre. Sólo tenía siete años,

joder. ¿No cree que el consuelo debería haber ido en esa dirección? Por no hablar de Evelyn. Me está dando lecciones a mí de cómo comportarme como un hombre, cuando sólo Dios sabe cómo esa pobre mujer lo pasa cada vez que llega el cumpleaños de Audrey Rose.

No me arrepiento de una sola palabra.

Christopher tuerce el gesto, herido, pero no aparta su mirada de la mía.

—Cuando enterramos a Audrey Rose, esa noche bebí hasta caer rendido y ése iba a ser mi plan para el resto de mi vida. Pero, a la mañana siguiente, Sam me despertó prácticamente tirándome de la cama y me dijo «es la última vez que le hago a tus hijos el desayuno por ti». Desde ese momento, todo lo que hice fue cuidarlos. Nada de emborracharme para olvidar el dolor o simplemente estar solo. Estuve un tiempo sin trabajar, y las facturas empezaron a acumularse.

Una punzada de culpa me atraviesa, pero es lo último que quiero sentir.

—Cuando llegó el cumpleaños de Audrey Rose siete meses después —continúa—, me di cuenta de que llevaba semanas sin ir a verla, sin llevar flores a su tumba, y eso me destrozó. Lo último que quería era que ella pensase que la había olvidado. Evelyn es una mujer increíble, buena, dulce, cariñosa, divertida, y yo la quiero, pero no es Audrey Rose. Me aseguro de que sea feliz y nunca le he mentido, nunca le he ofrecido más de lo que podía darle.

Su mirada cambia y vuelve a llenarse de rabia e indignación, como si el recuerdo de su mujer hubiese dejado paso a otra cosa.

—Pero no tengo por qué justificarme delante de alguien que apenas me conoce —masculla— y lleva enamorado algo así como quince minutos.

Continúo manteniéndole la mirada. No me conoce, joder. No me conoce en absoluto.

—Yo jamás me habría casado con otra —sentencio.

Christopher cabecea.

—Otra vez comportándote como el crío arrogante que nunca vas a dejar de ser.

—Puede que eso sea verdad, pero nada ni nadie va a alejarme de Maddie, ni siquiera usted.

Más le vale entenderlo de una jodida vez.

—El único que va a alejarte de Maddie eres tú mismo. No te quepa ninguna duda. —El miedo vuelve, pero no le doy espacio para quedarse—. Yo sólo voy a asegurarme de que mi pequeña no vuelva a cometer los mismos errores. Sé que algo pasó y sé que fue culpa tuya. Jamás, en los seis años que lleva viviendo en Nueva York, me había costado trabajo localizarla a ella, a Lauren o a los hermanos Hannigan. No sé qué ocurrió, pero acabaré averiguándolo y, cuando lo haga, voy a ponerte realmente complicado estar con mi hija. ¿Por qué no te marchas antes de que sufra más?

Sin darme la oportunidad a responder, entra de nuevo en la casa. Yo observo la puerta metálica cerrarse sin saber siquiera qué pensar. No me importa que descubra lo que pasó, pero sí que Maddie tenga que sufrir recordándolo para defenderme delante de él. ¿Cuánto tiempo va a durar

esto? ¿A cuántas personas más vamos a tener que enfrentarnos?

¡Joder!

Resoplo con fuerza e instintivamente un sentimiento cristalino se abre paso hasta acomodarse bajo mis costillas. Los demás no me importan absolutamente nada. Sólo me importa ella.

Entro en la casa con el paso decidido y la atravieso como una exhalación.

—Déjalo ya, papá —protesta Maddie desde la cocina—. No sabes lo que estás diciendo.

Sin dudarlo, me dirijo hasta allí. Entro sin importarme nada más y, ante la sorprendida mirada de todos, cojo la cara de Maddie entre mis manos y la beso.

—Vámonos a casa —pronuncio contra sus labios.

Ella asiente y yo sonrío para darle valor y para demostrarle sin palabras cuánto la quiero. Mientras dejo de acunar su precioso rostro y tomo una de sus manos, clavo mis ojos en los de Christopher. Lo miro duro, arrogante, incluso desafiante. Maddie es mía. Pienso quererla y cuidar de ella siempre, y nada de lo que él diga o haga va a impedirlo.

Salimos de la casa y nos montamos en el coche de vuelta al aeropuerto. Ninguno de los dos menciona nada de lo que ha pasado, pero los dos tenemos claro que lo que dijimos antes de entrar en la casa sigue en pie. Nadie va a separarnos, da igual lo difícil que se empeñen en ponérnoslo.

Llegamos al aeropuerto antes de lo previsto y debemos esperar a que el capitán haga los ajustes necesarios en el plan de vuelo. Maddie recibe una llamada de su padre

y se pasa los veinte minutos de espera al teléfono.

Cuando cuelga, camina hasta mí y me abraza con fuerza. No me cuenta nada de lo que le ha dicho, pero puedo imaginarlo perfectamente, no soy ningún imbécil. Además, creo que a estas alturas tanto Maddie como yo, creo que incluso Christopher, tenemos clara la situación. Esto no es una puta novela, no vamos a batirnos en duelo, pero tampoco vamos a tener una relación como en los anuncios de refresco. Cuando mejor sea, será exclusivamente cordial, y lo será por Maddie.

Está atardeciendo cuando aterrizamos en la terminal privada del JFK.

Maddie ha estado muy pensativa todo el vuelo. A la lista de cosas por las que preocuparse, además del trabajo, todo lo que está ocurriendo con Lauren y el bebé, su padre acaba de sumar una nueva línea.

—¿Han tenido un buen vuelo? —nos pregunta Finn junto al Audi.

—Sí, Finn. Muchas gracias —responde Maddie entrando en el coche.

Yo me detengo a un paso de la puerta y espero a captar la atención de mi chófer.

—West Side —le informo lacónico.

Él asiente y entro en el vehículo.

Al arrancar, la radio se activa y la voz de Adam Levine cantando *Leaving California*[21] lo inunda todo. Siempre me ha gustado esta canción. Habla de no rendirse, de no irse cuando las cosas se ponen feas, de ser valiente.

Maddie levanta su vista de la ventanilla y me mira confusa cuando el Audi toma el desvío del Boat Basin Café hacia el parque en lugar de continuar en línea recta hacia Chelsea.

—¿Adónde vamos?

Yo le dedico mi media sonrisa.

—He pensado que te vendría bien un cambio de aires.

El A8 se detiene en la calle 81. Maddie sonríe y espera paciente a que me baje, rodee el coche y le abra la puerta.

—Me encanta este barrio —murmura mientras caminamos hacia nuestro edificio.

—Y estoy seguro de que tú le gustas a él.

Ella pone los ojos en blanco fingidamente exasperada por la contestación tan endulzada que le he dado, pero al mismo tiempo no puede evitar que una sonrisa se dibuje en sus labios.

Subimos hasta la tercera planta y sólo estamos en el apartamento el tiempo justo de cruzarlo y salir a la escalera de incendios, nuestro mirador particular. De todas formas, la casa está prácticamente vacía. Sólo tenemos lo imprescindible para ser felices: la cama de matrimonio más grande que pudimos encontrar, una mesa de arquitecto donde poder trabajar, una pequeña radio y una nevera donde siempre hay enfriándose una botella de Dom Pérignon Rose.

Maddie me suelta la mano y, cuando vuelve a estar delante del impresionante cielo de Manhattan, sonríe sorprendida una vez más, incluso un poco sobrecogida. La entiendo. Este pequeño rinconcito es como un sueño.

—¿Te gustaba vivir aquí? —pregunta rompiendo el silencio de minutos en el que estábamos sumergidos.

—Sí —respondo sin dudarlo—. Me encantaba.

Maddie extiende sus brazos por la barandilla y sonríe de nuevo con la vista perdida en el edificio Chrysler.

—Podríamos cambiarnos el nombre, comprarnos unos números de la Seguridad Social falsos y empezar una nueva vida en este apartamento.

Sonrío. Sé exactamente por qué lo dice.

—No puedo cambiarme el nombre —replico muy serio, fingiendo que acabo de caer en un motivo importantísimo.

—¿Por qué? —inquiere confusa.

—¿Te haces una idea de cuántas chicas deben habérselo tatuado? Me parece muy desconsiderado por mi parte.

Ella me mira boquiabierta, absolutamente escandalizada, y, tras unos segundos, como si no pudiese contenerse más, rompe a reír. Yo hago lo mismo. Misión cumplida.

—¿Qué vamos a hacer con mi padre? —pregunta cuando nuestras carcajadas se calman.

—No lo sé. Supongo que las cenas de Acción de Gracias van a ser muy emocionantes a partir de ahora —añado socarrón.

—Ryan, hablo en serio —me reprende con una sonrisa—. Entraste en su casa, me diste un beso y me sacaste de allí.

Yo resoplo a la vez que me acerco a ella y la agarro por la cadera.

—¿Y tú por qué me seguiste?

—Porque te quiero —responde sin dudar.

—Pues tu padre tendrá que entender que yo te quiero a ti y, si no lo hace, francamente no me importa, porque no voy a dejar de hacerlo.

Maddie mira pensativa la ciudad y, acto seguido, me mira a mí.

—¿Nunca? —inquiere.

—Jamás —respondo con una sonrisa.

Nos besamos con fuerza y yo disfruto de sus labios. Ya ni siquiera

tengo opción. El día que dije que no podría vivir sin tocarla era completa

y absolutamente verdad.

—¿Sabes? —llamo su atención—. Podríamos comprarnos un

apartamento en París y disfrutar de su versión de estas vistas.

Maddie sonríe y se acomoda contra mi pecho.

—Allí estaría la torre Eiffel —digo señalando el Empire State

Building a la vez que con la otra mano la estrecho aún más contra mi

cuerpo—; justo a sus pies, los Campos Elíseos. A la derecha, Montmartre,

el barrio de los pintores, y, sobresaliendo perfectamente iluminado, el

Sacré Coeur.

Su sonrisa se ensancha.

—Me recuerda nuestra luna de miel.

Sus palabras me hacen sonreír también, y, de paso, recordar aquella

suite de hotel. Bajo la mano y con ella la obligo a alzar la cabeza para besarla de nuevo. Maddie suspira bajito y nuestro beso se alarga un poco

más.

—Será mejor que volvamos a Chelsea —comenta cuando nos

separamos, aunque es obvio que no quiere moverse de aquí—. Tengo que

contestar unos cuantos *emails* a los chicos de Boston, llamar a Lauren y ordenar todo lo que compré para el bebé —Maddie cae en la cuenta de

algo más y resopla cansada por anticipado—, y tengo que deshacer las

maletas con la ropa que no hemos llegado a usar en este viaje tan interesante.

Me da un último beso y empieza a caminar hacia la ventana.

Yo la observo absolutamente fascinado mientras disfruto del sabor de sus labios todavía en los míos.

—No las deshagas —le digo.

Se gira a la vez que frunce el ceño divertida. Algo dentro de ella ya sabe lo que voy a proponerle.

—Te llevo a París.

Le dedico la sonrisa que sólo guardo para ella y Maddie no tarda en devolvérmela.

—Estás completamente loco —replica con una sonrisa enorme, feliz.

—Por ti.



34

Lauren no está atravesando un buen momento. Rompió con Bentley y James cuando iba a irse a Boston con Maddie, y ahora no sabe qué hacer ni cómo sentirse con respecto a ellos. Para tomar un poco de perspectiva, decide aceptar o, mejor dicho, ceder al chantaje de su madre e ir a verla a Maine. No quiere ir sola, así que le pide a una Maddie embarazada de cuatro meses que la acompañe.

—No vas a irte.

Maddie alza la cabeza de la maleta que está preparando y me mira tratando de disimular una sonrisa. Me alegro de que lo encuentre divertido, porque no pienso permitir que salga de estas cuatro paredes.

—Ya lo hemos hablado, loco controlador, quiero decir, señor Riley.

Suelta una risilla encantada con su propia broma y mete otro de esos vestiditos, fabricados a base de ingenuidad y manuales de cómo torturar a los hombres, en la maleta.

—No vas a irte —repito.

No pienso cambiar de opinión.

—Lauren no lo está pasando bien y me ha pedido que la acompañe a casa de su madre a Maine.

—Me importa una mierda Stevens.

Maddie entorna la mirada.

—¿Qué? —me quejo arisco.

Stevens me cae bien, pero no si se lleva a mi mujer a dos horas de avión.

—Lauren te cae bien... y debes saber que está peligrosamente cerca de darse cuenta —responde socarrona.

—Dile que venga aquí a pasar unos días, pocos —rectifico.

Tampoco me cae bien si consigue que mi mujer deje de prestarme atención a mí para prestársela a ella.

—Será sólo una semana.

—Siete putos días —protesto.

Me estoy comportando como un adolescente, pero eso también me importa una mierda. No quiero que se vaya.

Maddie sonríe de nuevo y se gira para abrir uno de los cajones de la cómoda.

—¿Me prestas uno de tus pijamas? —pregunta rebuscando entre mi ropa—. Desde que tengo está barriga enorme, no consigo que me quepan

los míos.

Sus palabras me hacen recorrerla con la mirada. Siempre ha sido

preciosa y embarazada lo está aún más.

Sin dudarlo, avanzo hasta colocarme a su espalda y la estrecho contra

mi cuerpo.

—Estás preciosa.

Ella sonríe una vez más y coloca sus manos sobre las mías.

De pronto tengo la mejor idea del mundo. Pierdo mi boca en su cuello y lentamente voy dejando que mi cálido aliento impregne su piel.

—Sabes que podría convencerte de que te quedaras, ¿verdad? —la

amenazo con mi voz enronquecida.

Maddie esconde una risa escandalizada en un jadeo y se revuelve

hasta que se zafa de mi abrazo.

—Ryan Riley, compórtate —me advierte dando un paso atrás y

señalándome con el índice.

Ahora tengo todavía más ganas de follármela.

Doy un paso hacia ella. Su sonrisa se ensancha y da otro hacia atrás.

—Hablo en serio —me amenaza de nuevo.

—Tú hablas, pero yo sólo oigo «fóllame».

Ríe de nuevo tan indignada como encantada.

Tú también lo deseas, nena.

Doy un nuevo paso y ella se aleja otro. Se acabó el jueguecito. Ha

conseguido que no pueda pensar.

La acorralo y ella suelta un grito sorprendido cuando la rodeo con

mis brazos y la beso con fuerza. No va a moverse de debajo de mí en todo

lo que queda de semana.

—Para, para, para —dice con un tono de voz completamente

diferente.

Joder, ¿le he hecho daño? ¿A ella? ¿Al bebé?

Me separo y la miro con los ojos como platos.

—Tengo que ir al baño —me aclara frunciendo el ceño.

Sonrío aliviado y me separo de ella. En la última revisión, la doctora

Sanders nos dijo que el bebé se había acomodado sobre su vejiga y que

prácticamente iría al baño cada dos minutos.

La observo cruzar la habitación, pero, cuando está a punto de llegar

al baño, gira y abandona el cuarto como un rayo con una sonrisa

satisfecha y socarrona en los labios.

Salgo tras ella, pero desde la escalera puedo ver cómo se ha

refugiado tras la barra de la cocina fingiendo que le interesa muchísimo

lo que la señora Aldrin está cocinando. Yo espero a que alce la mirada

para humedecerme el labio inferior amenazante. Ésta me la va a pagar.

En ese preciso instante llega Stevens. Maddie sonríe. Creo que

necesita que le recuerden quién manda aquí.

Me retoco los gemelos y con ese simple gesto sé que he captado toda

la atención de Maddie. Arrogante, bajo hasta el salón. Atravieso la estancia, la cojo de la mano y tiro de ella sin decir una palabra. Lauren y la

señora Aldrin me miran sin entender nada. Maddie, no. Ella sabe lo que

pienso hacer y lo está deseando.

La llevo a mi estudio cerrando de un portazo tras nuestro paso. La

siento en mi escritorio y me abro paso entre sus piernas sin ninguna

delicadeza. Aún no la he tocado y su respiración ya se ha acelerado.

Ésa es la única señal que necesito, nena.

Me desabrocho los pantalones, aparto la tela de sus bragas y, guiando mi polla con la mano, entro de un solo movimiento, tan brusco como los dos nos podemos permitir.

¡Joder!

Su respiración se entrecorta y se agarra con fuerza a los hombros de mi chaqueta digiriendo la invasión.

Necesita un segundo, pero, como siempre, no se lo doy. Me muevo rápido, duro, muy duro, haciéndole acariciar el orgasmo con cada embestida.

La beso para acallar sus gemidos y, cuando roto las caderas, ella grita en mi boca.

¡Joder!

Salgo casi entero. La embisto de nuevo. Se estrecha contra mi cuerpo. Una vez más. Es jodidamente increíble. Maddie se corre con su cuerpo serpenteando y temblando ligeramente contra el mío, mientras yo sigo embistiéndola hasta perderme en ella.

—Ahora sí puedes irte a Maine —susurro arrogante, separándome de ella y dejándola sentada en mi escritorio con la mirada aturdida y su cuerpo fabricado de gelatina caliente.

Regreso al salón con una media sonrisa en los labios. Maddie no tarda en seguirme, colocándose bien el vestido y con el paso algo nervioso.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta Stevens tan socarrona como

displicente.

Rodeo la isla de la cocina y cojo una botella de San Pellegrino sin

gas de la nevera. La abro con la mirada fija en mi chica y una impertinente

sonrisa en los labios. A estas alturas, ya debería haber aprendido que

conmigo no puede jugar.

—Claro —musita Maddie echando a andar hacia su amiga.

Stevens levanta la mano en mi dirección a modo de despedida y las dos se dirigen hacia la puerta. Mi sonrisa se ensancha.

—¿No olvidas algo? —pregunto increíblemente insolente.

Maddie se detiene en seco.

—No sé, por ejemplo, la maleta —añado presuntuoso.

Cae en la cuenta de que no la lleva y, sin poder evitarlo, se sonroja,

Reacciona rápido. Se gira hacia mí con la mirada entornada y me dedica

un mohín. Yo no puedo evitar sonreír y le doy un trago a mi botellita.

—Señora Aldrin —le pide—, ¿podría subir a por mi maleta?

La cocinera asiente. Maddie la observa dirigirse a las escaleras y,

cuando la ve perderse en el piso de arriba, vuelve a mirarme.

—Eres un bastardo arrogante —sisea.

—Me alegro de que lo tengas claro.

—¡Ryan! —se queja de nuevo a medio camino entre el escándalo y la

diversión.

—¿Vas a echarme de menos? —pregunto dando un paso hacia ella,

tomándola por la cadera y acercándola a mí.

Ella se dispone a protestar, pero mis manos en su piel le hacen

cambiar de opinión.

—Claro que sí —responde con una suave sonrisa.

No sé por qué me siento así.

Riley, sé un hombre. Sólo se va una puta semana.

—¿Y tú a mí? —inquiere.

—Yo ya te echo de menos.

Maddie sonríe de nuevo y agacha la cabeza tímida hasta esconder su

mirada. La sensación bajo las costillas se hace más intensa. Me inclino

sobre ella y busco su boca con la mía hasta que alza la cabeza y me deja

besarla.

—Ten cuidado —susurro.

—Lo tendré —dice sin asomo de duda.

La beso de nuevo y, a regañadientes, me separo de ella cuando oigo

bajar a la señora Aldrin.

Sigo sin querer que se vaya y mi humor empeora conforme nos

acercamos a la puerta.

—Nos veremos en una semana —dice bajo el umbral.

Stevens sigue a Finn y entra en el Audi A8.

No digo nada. Me estoy comportando como un crío, pero me importa

una mierda. Maddie suspira y finalmente apoya sus manos en mi pecho. Se pone de puntillas sobre sus preciosos pies y me da un suave beso en los labios. No quiero reaccionar, pero, en cuanto se separa de mí, la cojo en

brazos y la llevo contra la pared besándola con fuerza.

—No quiero que te vayas —susurro contra su boca.

Joder. ¡Es tan frustrante! ¡Debería poder estar separado de ella una

maldita semana!

—No me lo pongas más difícil —se queja—. Yo tampoco quiero irme.

—Pues no lo hagas, joder —gruño separándome lo justo para que mi mirada atrape la suya.

—Ryan —protesta de nuevo.

—¿Qué?

—Esto es importante para Lauren. Tengo que estar con ella.

No se está justificando, me lo está suplicando. Resoplo. Yo también lo haría por Bentley.

—Nos veremos en una semana —le digo.

—Nos veremos en una semana —repite ella dándome un último beso.

Una vez más a regañadientes, me separo de ella y le dejo el camino libre hasta la puerta.

—Te quiero —me dice antes de cruzarla.

Yo sonrío y la observo alejarse. No se detiene esperando a que le devuelva esas palabras. Sabe que no las digo con facilidad, pero sé que también sabe que, aunque no las diga, la quiero como un loco.

Siseo un juramento ininteligible cuando veo desaparecer el coche por la 29 y cierro la puerta de malos modos.

¡Joder! ¡Tranquilízate, Riley! Es sólo una maldita semana.

Me meto en mi estudio y me entierro en una montaña de trabajo. Solucionaré todos los asuntos pendientes de la oficina y después me pondré con el diseño de los nuevos edificios del norte del Bronx. El edificio de White Plains fue todo un éxito. Me alegro de que Maddie me

convenciese para diseñarlo yo mismo. En realidad, fue bastante fácil. Sólo tuve que poner en pie el dibujo que hice para ella y que tenía colgado en su nevera. Maddie fue mi inspiración.

Finn me llama para comunicarme que el avión ya ha despegado.

Obviamente han ido en el jet. No conozco a la familia de Stevens, pero los imagino tan locos como ella y, aunque eso hace que un escalofrío helado me recorra la columna, estoy seguro de que adoran a Maddie y cuidarán bien de ella.

La señor Aldrin prepara el almuerzo y me saca a rastras del estudio para obligarme a comerlo. No me apetece lo más mínimo, pero puede ser de lo más insistente. Mientras doy buena cuenta de mi plato de lomos de lubina con verduras confitadas, miro el reloj. Han pasado casi tres horas. Maddie debe de estar a punto de aterrizar en Bar Harbor. Saco el iPhone y le escribo un *email*.

De: Ryan Riley Enviado el: Lunes 20/04/2015 13.17

Para: Maddie Riley

Asunto: Siete malditos días

Sé que me estoy comportando como un crío, pero me importa una mierda.

No te bajes del avión y vuelve a Nueva York.

Se lo envío y dejo el teléfono de malos modos sobre la isla de la cocina. No he terminado el almuerzo cuando mi móvil comienza a vibrar. Frunzo el ceño y cojo el iPhone. Es un correo de Maddie. Deben de haber tenido el viento de cola o alguna de esas mierdas y han llegado antes de lo previsto.

De: Maddie Riley Enviado el: Lunes 20/04/2015 13.37

Para: Ryan Riley

Asunto: RE: Siete malditos días

No me lo ponga más difícil, señor Riley.

PS: Yo también te echo de menos.

Miro el teléfono y sonrío como un auténtico idiota. Todavía no me

puedo creer que le haya permitido marcharse a más de setecientos

kilómetros.

Vuelvo a mi estudio y sigo trabajando. Sin preciosas distracciones

con piernas increíbles, adelanto bastante. Cuando levanto la cabeza de los

planos, ya ha anochecido. Ni siquiera me había dado cuenta.

Voy a la cocina y saco una botellita de agua del frigorífico. No se oye

un solo ruido. Me cuesta recordar si todo era así de silencioso antes de que llegara Maddie.
Suspiro y saco mi móvil. Me obligué a jurarme no

llamarla hasta la cena. Alzo la mirada y observo el cielo azul oscuro de Manhattan.
Técnicamente ya es de noche.

Voy a marcar su número cuando el iPhone comienza a sonar en mi mano. Es Bentley.

—¿Qué pasa, capullo? —contesto.

—¿Qué haces?

—¿También vas a preguntarme qué llevo puesto? —inquiero a mi vez

socarrón.

—No seas gilipollas —se queja—. Lauren se ha ido —dice con voz

lastimera tras un segundo de silencio.

—Lo sé. Se ha llevado a mi mujer con ella.

Bentley suspira con fuerza al otro lado de la línea y yo tuerzo el

gesto. Está claro que no lo está pasando nada bien.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—Delante de tu casa. Me preguntaba si aún te quedaba algo de

bourbon de cuando no parabas de autocompadecerte por tu mierda de vida

—responde fingiéndose divertido.

Sonrío, pero no me llega a los ojos. Es obvio que necesita

emborracharse y alguien a quien contarle sus penas.

Cuelgo y bajo a la puerta principal. *Lucky* sale disparado de mi

estudio y me acompaña. Esta bola de pelo es mi caballo de *El Llanero Solitario* particular.

—Das pena —digo socarrón observándolo al otro lado de la puerta.

—No tanta como tú —se defiende—. Creí que, después de medio día

sin follar, habrías muerto.

—Casi —respondo encogiéndome de hombros.

Me hago a un lado con la puerta y lo dejo entrar.

—¿Has hablado con Maddie? —me pregunta cogiendo el vaso de

bourbon que acabo de servirle.

—Iba a llamarla cuando has llegado.

—¿Sexo telefónico? —pregunta de nuevo fingiéndose divertido. No

lo consigue.

—Probablemente.

Los dos damos un trago y nos quedamos un momento en silencio. El

sonido de los vasos al chocar contra el mármol italiano de la isla de la cocina reverbera hasta perderse en las paredes de la estancia.

—Tú no habrías dejado que se fuese —dice con la mirada clavada en

el vaso.

No necesita decirme más para saber a qué se refiere.

—Tú y yo no somos iguales —me apresuro a replicar.

Tiene razón en pensar que yo nunca habría dejado que Maddie se marchara si estuviésemos en el mismo punto que él y Lauren están, pero yo tampoco habría aceptado compartirla con James Hannigan de la manera que fuese y es más que probable que Bentley no hubiese cometido los errores que yo cometí con Maddie.

—Yo sólo quiero estar con ella, pero todo se ha complicado demasiado.

—Eso me suena —digo con una sonrisa antes de dar un nuevo trago.

Bentley suspira larga y pausadamente.

—Necesito poder dejar de pensar.

Mi sonrisa se ensancha mientras cojo la botella de Jack Daniel's Sinatra y relleno nuestros vasos.

—Eso también me suena.

Meto a Bentley en la cama de invitados bastante borracho, aunque, por suerte, consigue subir las escaleras sin que tenga que llevarlo a rastras.

Entro en mi dormitorio y me topo con la cama vacía. Miro el reloj.

Es casi medianoche. Normalmente a esta hora Maddie ya está dormida acurrucada en mi lado de la cama, esperándome. Resoplo malhumorado y saco de nuevo el teléfono. Abro la aplicación de correo electrónico.

De: Ryan Riley Enviado el: Lunes 20/04/2015 23.48

Para: Maddie Riley

Asunto: Ven

Quiero que estés aquí.

Tiro el móvil sobre la cama y me paso las manos por el pelo. No espero respuesta. Probablemente esté durmiendo y no me conteste hasta mañana. Sin embargo, no he dado más que un paso hacia el baño cuando el móvil vibra. Frunzo el ceño y de una zancada lo recupero y desbloqueo la pantalla prácticamente a la vez.

De: Maddie Riley Enviado el: Lunes 20/04/2015 23.49

Para: Ryan Riley

Asunto: RE: Ven

Yo también quiero que estés aquí.

Miro el mensaje y de pronto tengo la mejor idea del mundo. Vuelvo a la habitación de invitados y, tras dos minutos zarandeándolo, consigo despertar a Bentley.

Bajar las escaleras se convierte en algo más infinitamente complicado que subirlas, pero, al fin, consigo meterlo en el BMW. Yo hago lo propio en el asiento del piloto y sonrío de oreja a oreja cuando el motor alemán ruge bajo mis pies.

Joder. Nos vamos a Maine.

Suena *Future starts slow,* [22] de The Kills. Llevo unas siete horas conduciendo. Bentley, unas seis y cincuenta minutos durmiendo.

Acabamos de dejar la I-95 atrás y ahora estamos en plena US-1 A dirección Este. Estoy impaciente, joder. El camino se me está haciendo eterno.

Cuando cambio de carretera por última vez, no tardo en ver la pequeña islita de Mount Desert levantarse frente a nosotros. Es preciosa, un pedazo único de costa americana. Me recuerda al Sound, sólo que con

una temperatura mucho menos amable, como si fuera su versión de invierno. Ahora entiendo por qué Maddie y Stevens congenian tan bien.

—¿Dónde coño estamos? —pregunta Bentley sobresaltado, revolviéndose en el asiento del copiloto y mirando por la ventanilla—. Joder —se queja llevándose la mano a la frente—, la cabeza me está matando.

Yo sonrío y subo un poco la música solamente para fastidiarlo. Bentley la apaga de un manotazo y me fulmina con la mirada. Sin embargo, algo parece llamarle la atención por mi ventanilla y mira inmediatamente por la suya.

—¿Dónde coño estamos? —repite—. ¿En la puta Narnia?

No le culpo. Aquí todo son árboles, árboles y, cuando te cansas, más putos árboles.

—Estamos en Maine.

—¿Qué? —inquiere absolutamente alucinado—. No puede ser verdad.

Me encojo de hombros retrasando mi respuesta para torturarlo un poco más.

—Ayer me fui a dormir y mi puta cama estaba vacía. Echo de menos a Maddie y ella me echa de menos a mí. No podía obligarla a volver, así que he venido yo.

—¿Y por qué cojones decidiste arrastrarme a mí?

—No sé. La veintena de «quiero a Lauren» que soltaste ayer te dará una pista —replico socarrón.

Bentley se pasa las manos por el pelo y echa la cabeza hacia atrás

hasta chocarla contra su asiento.

—Ella necesita pensar —trata de hacerme entender.

—Pues que piense contigo encima, así acabará pensando lo que tú quieres que piense.

—Con Maddie, ¿funciona? —pregunta impertinente, tratando de molestarme.

—Sí —respondo con una sonrisa enorme y aún más insolente que su propia pregunta.

—Gilipollas —se queja tratando de disimular que le ha hecho gracia.

Cruzamos el puente y entramos en la isla. Este lugar es increíble.

Callejeo siguiendo las indicaciones del GPS y unos veinte minutos después aparco delante de la casa de la madre de Stevens.

—Esto no es una buena idea —se queja Bentley cuando detengo el vehículo.

—¿Por qué? ¿Se te ha olvidado cómo poner la sonrisa de yerno de tus sueños?

Bentley pone los ojos en blanco y yo no tengo más remedio que echarme a reír.

—Deja de darle tantas putas vueltas —le digo.

Él me mira y finalmente asiente y por fin salimos del coche.

Resoplando y subiéndonos los cuellos de las cazadoras, pues debemos de estar a diez putos grados como mucho, atravesamos un pequeño pero cuidado jardín y subimos los cinco escalones hasta el porche. Apenas han pasado unos segundos desde que llamamos cuando una mujer de unos cincuenta años muy elegante y con un impecable vestido nos abre. Ni

siquiera son las siete de la mañana, con este frío pensé que sería obligatorio ir en pijama.

—¿En qué puedo ayudarlos? —pregunta con una sonrisa.

—Buenos días. Soy Ryan y el es Bentley. Estamos buscando a Maddie y Lauren.

La mujer racionaliza nuestros nombres y sonríe de oreja a oreja.

—¿Usted es Ryan Riley?

—Sí —respondo incómodo.

—¡Brianne! —grita al interior de la casa.

Yo pongo los ojos en blanco y resoplo con fuerza. Quiero ver a Maddie. Es así de simple. Llámela y lárguese.

A los pocos segundos, una mujer de unos setenta años con un Marlboro *light* entre los dedos aparece en la puerta. También va impecablemente vestida y maquillada, aunque de una forma completamente diferente. Nos mira de arriba abajo sin ningún disimulo y mucha suspicacia.

—Si usted es Ryan Riley, usted debe de ser Bentley Sandford, ¿me equivoco? —pregunta señalando con el índice.

—No, señora —responde Bentley.

La anciana tuerce los labios indignada y le da una calada a su cigarrillo.

—¡Lynn Sue! —grita al interior de la casa—. Ven aquí.

Yo resoplo y me llevo las manos a las caderas tratando de contenerme. ¿Cuánto tiempo va a durar esta estupidez? La primera mujer

nos observa admirada. La anciana debe de tener clarísimo quién es Bentley por la mirada de pocos amigos que le está dedicando.

Una nueva mujer se acerca a la puerta. Es increíblemente parecida a Stevens y, como la primera mujer que nos abrió la puerta, va mucho más elegante de lo que las siete de la mañana en un pueblo como Bar Harbor dictan.

—¿Sí? —pregunta observándonos.

—Son Ryan Riley y Bentley Sandford —se apresura a explicarle la anciana.

La mira sorprendida por sus palabras y después vuelve a llevar su vista hacia nosotros. Estoy a punto de empezar a gritar «Maddie» debajo de cada ventana hasta que aparezca.

—Pasad, por favor —dice al fin la última mujer, como si saliera de una ensoñación.

Los dos sonreímos y entramos en la casa. Entreabro los labios sorprendido con una sonrisa aún más sorprendida en la boca cuando veo una enorme bandera confederada presidiendo el vestíbulo.

—Es de la batalla de Fort Sumter —me explica la anciana sin ninguna intención de sonar amigable—. Más te vale respetarla o mandaré tu trasero yanqui a ese nido de liberales que es Nueva York de una patada.

Asiento. Estoy completamente convencido de que realmente lo haría.

—Mary Anne, por favor, ve a buscar a las chicas —indica la que imagino es la madre de Stevens a la otra mujer.

—Sí, claro —responde dirigiéndose a las escaleras.

Mary Anne, Lynn Sue, la bandera confederada… ¿por qué tengo la

sensación de que acabo de trasladarme al sur profundo si estamos a dos minutos de la frontera con Canadá, joder?

Pasamos a un salón decorado hasta el más mínimo detalle. Debe de haber un centenar de pequeñas figuritas de porcelana repartidas por toda la estancia.

Estoy a punto de sentarme en el inmenso sofá que me señala la madre de Stevens cuando oigo unos pasos acelerados bajar las escaleras.

—¡Ryan! —grita feliz.

Me giro hacia el vestíbulo justo a tiempo de ver cómo baja el último peldaño con una sonrisa enorme y sale corriendo hacia mí. Se lanza a mis brazos y la estrecho con fuerza, levantándola y obligándola a rodear mi cintura con sus piernas. Pierdo mi mano en su pelo y la beso. Estaba muerto de ganas.

—Te he echado de menos —pronuncia con la misma maravillosa sonrisa en sus labios.

—Y yo a ti, nena.

Vuelvo a besarla, pero un carraspeo nos distrae. Maddie libera mi cintura y, como si acabara de recordar a quiénes tenemos de espectadores, esconde su preciosa cara en mi cuello. Yo la bajo despacio y me preparo para cogerla de la mano, despedirme con un lacónico «adiós» y llevarla al hotel más cercano. Pero entonces me doy cuenta de que Bentley está de pie, inmóvil, con la mirada fija en Stevens, aún en las escaleras.

—¿Podemos hablar? —le pregunta Bentley.

—Claro que no podéis —se apresura a responder la anciana.

—Brianne —la reprende educada e incómoda la madre de Stevens.

—Ella no es ninguna estúpida —replica la mujer de setenta años— y

él está claro que se merece que lo dejen un poco más en este salón con cara de idiota.

—Abuela —se queja Stevens.

—¿Qué? —replica de nuevo como si no entendiese dónde está el

problema—. Tu abuelo me obligó a educar a tres señoritas del sur en Maine. ¿Os hacéis una idea de lo jodidamente complicado que fue?

—¡Brianne! —se queja de nuevo la madre de Stevens aún más

escandalizada.

—¡Abuela!

Yo las observo tratando de disimular una sonrisa.

—Es la verdad —se justifica sin más—. Pero ¿sabéis qué no hice? No

crié a mi única nieta para que aceptase a ciegas lo que cualquier chico le

diga, por muy guapo que sea.

Bentley la observa sin tener muy claro si debe sentirse ofendido o no.

Mi sonrisa se ensancha.

—Tranquila, abuela —la calma Stevens entrando en el salón—. Sé lo

que me hago.

Se detiene bajo el umbral de la puerta y se cruza de brazos. Un

silencio de lo más incómodo atraviesa la sala y se instala en ella.

—Tal vez podríamos ir a dar una vuelta —propone Maddie.

Asiento. Quiero sacarla de aquí ya.

—Muchas gracias por todo, señora Stevens —me despido.

—En realidad es Stevens-Morgan —me explica con una sonrisa.

—Por Dios, mamá —la interrumpe Stevens—. No digas todos tus

apellidos. No eres Elizabeth Taylor.

—Están unidos por un guión —argumenta.

Asiento por enésima vez y tiro de Maddie para que salgamos. Stevens y Bentley lo hacen tras nosotros. En cuanto nos quedamos a solas en el porche, tiro de la mano de Maddie y vuelvo a besarla, dejando que mis manos vuelen veloces hasta sus caderas. He conducido más de siete horas para poder abrazarla y ha merecido la pena cada puto kilómetro.

—¿Podríais dejarnos solos? —nos pide Bentley.

—Claro —respondo separándome de Maddie y llevándola hacia los escalones.

—¿Estarás bien? —le pregunta ella a Stevens antes de seguirme.

Stevens asiente y Maddie le sonríe llena de empatía.

—Riley —me llama Stevens desde el porche, justo antes de que lleguemos al coche—, no te la lleves a un hotel. No quiero perderla de vista durante los próximos tres días.

Me limito a torcer el gesto como respuesta mientras le abro la puerta a Maddie para que entre.

—¿Adónde vamos? —inquiere curiosa en cuando me monto.

—A un hotel —respondo como si fuera obvio.

Durante el camino hablé con Finn e hice las averiguaciones oportunas. El Seawall es el único hotel de cinco estrellas de Bar Harbor; de hecho, está a unos quince kilómetros. Aún no había entrado en el estado de Maine cuando llamé y reservé la *suite* principal.

Maddie sonríe encantada y se acomoda en el coche. Pulsa el botón de la radio y comienza a sonar *Hold back the river*,[23] de James Bay.

Entramos en la habitación besándonos y así llegamos hasta la cama.

—¿Has desayunado? —pregunto jadeante.

Por favor, di que sí, nena.

—Sí —responde con la respiración hecha un caos—, un auténtico desayuno sureño.

Sonrío contra su boca y me deshago de su vestido. Siento que llevo años sin tocarla. No aguanto más.

—Ryan —susurra cuando mi mano acaricia sus bragas húmedas.

Y es todo lo que necesito para dejarme llevar.

Me despierto sobresaltado. Es mi puta nueva costumbre, levantarme así cuando lo hago en una cama que no es la mía o no estoy con Maddie. Miro hacia el otro lado del colchón. ¿Dónde está? Me paso las palmas de las manos por los ojos e inmediatamente mi atención se centra en el ruido al otro lado de la puerta. No distingo qué es. Parece la televisión.

¿Cuánto tiempo habré dormido? Me levanto, rescato mis bóxers blancos del suelo y me los pongo. No es un gesto reflejo. Normalmente ni siquiera me molestaría en hacerlo, pero puede que estén Stevens o Bentley o quizá ambos.

Abro las puertas corredizas que separan el dormitorio del salón y su risa me recibe. Es el mejor sonido del mundo, joder. Está sentada en el sofá, sólo con el albornoz del hotel, viendo «Cómo conocí a vuestra madre». En seguida repara en mi presencia y me señala el trozo de tresillo a su lado para que me siente. Yo niego con la cabeza, asegurándome de que me sigue con la mirada mientras me acerco al enorme ventanal. Si quiero ganar la discusión que se avecina, cuanto antes empiece a suspirar,

mejor.

Se ve la playa desde aquí. Me recuerda a los Hamptons.

—¿No te sientas conmigo? —me pregunta poniendo pucheros y ladeando la cabeza hasta apoyarla en la espalda del sofá.

—Tenemos que hablar de algo importante.

Le dedico mi media sonrisa. Su cuerpo reacciona inmediatamente y por un momento su mirada se pierde en mis labios.

Perfecto.

Tras unos segundos, reacciona. Carraspea y cuadra los hombros.

—Hablar, ¿de qué?

—Vuelve a Nueva York conmigo.

No es una petición, nena.

—¿Por qué no te quedas tú en Maine? —contraataca alzando una ceja y mirándome con una mezcla de impertinencia y perspicacia.

No podría ser más sexy.

Nos miramos retándonos en silencio. En ese preciso instante suena el timbre. Yo doy un peligroso paso hacia ella y vuelvo a robar toda su atención. Apoyo las dos manos en el brazo del sofá y me inclino ligeramente sobre él, un poco más cerca de ella. Me humedezco el labio inferior fugaz y amenazante y de nuevo mi chica no puede mirar otra cosa que no sea mi boca. Cuando la tengo exactamente como quiero, sonrío, otra vez mi media sonrisa, y sé que ella tiene que contenerse para no dejar escapar un suspiro.

—La puerta —le digo sacándola de su ensoñación.

—¿Qué? —pregunta todavía aturdida.

—Abre la puerta, Maddie.

Ella reacciona dando un suave respingo.

—Sí, claro —responde apartando la vista de mí, sonrojada.

Rápidamente se levanta y va hacia la puerta bajo mi atenta mirada.

Va a volver a Nueva York conmigo.

—¿Podemos hablar?

La voz de Stevens suena amortiguada desde la puerta. No escucho la

respuesta de Maddie, pero la puerta se cierra y las dos se dirigen al salón.

Yo me giro hacia la entrada tratando de distinguir la voz de Bentley, pero

es obvio que no ha venido con ella. ¿Dónde se habrá metido?

—He estado hablando con él. Te juro que no entiendo nada, ni

siquiera… —termina la palabra por inercia al entrar en el salón y sin

ningún disimulo me barre con la mirada de arriba abajo—. Ya no podré

volver a ser feliz con ningún otro hombre.

Maddie se lleva la mano a los labios escondiendo una sonrisa mientras yo frunzo el ceño absolutamente indignado. ¡Ni siquiera ahora

deja de mirarme!

—Haces que me sienta violento con mi cuerpo, Stevens.

Me dirijo de nuevo al dormitorio farfullando, resignado. Estoy

acostumbrado a que me miren de arriba abajo, incluso que no sean

discretas, pero creo que, si denunciara a Stevens por acoso, ganaría el

juicio sin problemas.

Cojo mis vaqueros y mi camiseta y me los pongo prácticamente a la

vez. Me paso la mano por el pelo mientras busco mi móvil con la mirada.

No tardo en localizarlo en la mesita.

—¿Dónde estás? —le pregunto a Bentley en cuanto descuelga.

—En un bar —responde desganado—. No me preguntes cuál, porque

no tengo ni idea. La camarera está buena.

—¿Cuánto has bebido, capullo?

—Eso tampoco lo sé.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Empiezo a entender cómo se

sentía Bentley cuando el que bebía hasta caer rendido era yo.

—No te muevas. Voy a buscarte.

De momento la guerra la gana Maine.



35

Ha pasado una semana desde que Ryan atravesó como una exhalación el

Hospital Presbiteriano de Nueva York y vio cómo nacía su pequeña

Audrey. Todo va exactamente como tiene que ir, y Ryan, Maddie y la pequeña no podrían ser más felices.

Todo está en el más absoluto silencio. Miro el reloj. Sólo son las

nueve; en realidad, no es tan tarde. Cierro la carpeta que estaba revisando

y salgo del estudio mirando los últimos correos en el iPhone. No he

llegado a las escaleras cuando la oigo farfullar en la habitación. Sonrío y

alzo la mirada al piso de arriba.

Me cruzo de brazos a la vez que me apoyo en el marco de nuestra

habitación. Mi sonrisa se ensancha. Maddie está sentada en el borde de la

cama, peleándose con el intercomunicador de bebés.

—Maldita sea —masculla malhumorada.

Sonrío de nuevo. Incluso enfadada es adorable, joder.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque puedo hacerme una ligera idea.

—Nada —masculla.

—No creo que el intercomunicador piense lo mismo —replico socarrón.

Maddie frunce los labios y me fulmina con la mirada. Yo le dedico mi mejor sonrisa y, a pesar de su enfado, no tarda más de lo habitual en morderse el labio inferior para evitar devolverme el gesto. Esta sonrisa me hace salirme siempre con la mía. En realidad, esta sonrisa y un par de cosas más.

—Es este maldito intercomunicador —se queja exasperada—. ¿Por qué no pudiste comprar uno más sencillo y no este chisme que... —se interrumpe tratando de abrir la pestaña de la parte trasera del aparato—... no soy capaz de...

Suspira con fuerza y se detiene. Yo continúo observándola. Sé perfectamente lo que le pasa. Está agotada. Hace apenas un mes que nació Audrey y desde entonces no ha parado un solo segundo. Quiere hacerlo todo sola. Le dije que la señora Aldrin estaría más que encantada de ayudarla con la pequeña, pero no lo permitió. Incluso se enfadó cuando insistí. No para de repetir que es su hija y que es ella quien debe cuidarla. Además, cada vez que tiene un segundo libre, revisa archivos del trabajo. Hace una semana le eché a Bentley la bronca de su vida por aceptar mandarle artículos y cosas que hacer. Necesita descansar, joder. Sin embargo, tampoco valió de mucho. Mi inteligente mujercita se las apañó para entrar en la intranet de la empresa desde su portátil y cogerlos ella misma. A veces puede

resultar exasperante. Cuando me enteré, sólo podía pensar en castigarla y follármela una docena de veces. Desgraciadamente, y básicamente por culpa de la doctora Sanders, el sexo como instrumento para demostrarle que siempre llevo razón está temporalmente aparcado. Maldita cuarentena. Me estoy subiendo por las putas paredes.

Finalmente echo a andar hasta acuclillarme frente a ella, le quito el intercomunicador de las manos y lo dejo sobre la cama.

—Soy una madre horrible.

—No eres una madre horrible —replico sin asomo de duda con una sonrisa.

—Ni siquiera puedo cambiarle las pilas al intercomunicador —argumenta encogiéndose de hombros.

—Sólo necesitas descansar —sentencio—. Y en cuanto al intercomunicador, no creo que nadie en este planeta sea capaz de cambiarle las pilas teniendo en cuenta que no usa.

Maddie entorna la mirada y frunce el ceño tratando de resultarme intimidante, aunque no puede más y, sin quererlo, acaba sonriendo. Adoro esa sonrisa. De pronto caigo en la cuenta de lo cerca que estamos y, antes de que la idea cristalice en mi mente, alzo la cabeza y la beso. Ella gime suavemente contra mis labios y el león se relame. Llevo treinta y siete largos días con sus treinta y siete largas noches sin tocarla. Ya no puedo más.

Ágil, me levanto y, sin separarme de ella, nos dejo caer suavemente sobre el colchón. Sentirla debajo de mí es una sensación jodidamente perfecta. Mi mano vuela y se cuela bajo su vestido. Necesito tocarla.

Necesito estar dentro de ella.

Joder, están siendo treinta y siete putos días de infierno.

Me separo con la respiración entrecortada. Cierro la mano libre con

fuerza. No puedo hacerlo. Tiene que recuperarse del todo. Maddie vuele a

gemir y, despacio, comienza a revolverse debajo de mí buscando el

contacto. La miro directamente a los ojos y ella lo hace a través de sus largas pestañas. Joder, es perfecta y es mía y yo necesito estar dentro de ella como he necesitado pocas cosas en mi vida.

—Ryan —murmura.

Joder. Joder. Joder.

Vuelo a besarla y pierdo mis caderas entre las suyas.

Treinta y siete putos días.

Tengo que parar antes de que mi autocontrol sencillamente se esfume.

¡Joder!

Me separo y respiro hondo. La maldita cuarentena va a acabar

conmigo. Maddie cabecea. Para ella también está siendo duro. Sé que me

echa de menos. A veces creo que todo esto es una jodida broma de la

doctora Sanders para ver quién de los dos consigue arder antes por

combustión espontánea.

Me empuja suavemente y yo, a regañadientes, me aparto y me siento

en el borde de la cama. Maddie también se levanta, respira profundamente

y se lleva las manos a las caderas a la vez que se gira y da un par de pequeños pasos para quedar frente a mí.

—Imaginemos que es como estar en el instituto —me propone.

—Ninguna chica me dijo que no en el instituto.

No me estoy riendo de ella. Es la verdad. Siempre que he querido

tener a una chica debajo de mí, la he tenido.

Maddie frunce el ceño y abre la boca dispuesta a decir algo, pero rápidamente vuelve a cerrarla.

—¿Con cuántos años perdiste a virginidad? —pregunta al fin.

Hago memoria y una media sonrisa de lo más insolente cubre mis labios.

—Pronto —respondo enigmático.

Hago memoria de nuevo. La chica se llamaba Emma, creo. La primera vez que pensé en follármela fue en clase del profesor Mosby. Ella se levantó el bajo de la falda plisada apenas unos centímetros para escribirse mi nombre en el muslo. Yo acababa de decirle que me demostrara cuánto le gustaba. A la hora del almuerzo, me la llevé al aula de fotografía.

Maddie tuerce el gesto. Sé que quiere seguir preguntándome, pero decide no hacerlo.

—Voy a ducharme —me informa.

Yo le dedico mi media sonrisa y la sigo con la mirada recorriéndola de arriba abajo sin ningún disimulo. Si quería provocarme, ha utilizado las palabras adecuadas.

Cierra la puerta y a los pocos segundos oigo el agua de la ducha correr. Ahora mismo estará quitándose la ropa. Apoyo los codos en mis piernas entreabiertas y uno los dedos. Seguro que el vapor ya está inundado cada rincón del baño. Dejo escapar todo el aire de mis pulmones. El agua caliente casi hirviendo recorriendo su piel. Aprieto los puños con fuerza. Su piel desnuda, húmeda, caliente. Sus labios.

No puedo más.

Me levanto de un salto y voy hasta el baño. Al abrir la puerta, todas mis putas fantasías se hacen realidad. Está bajo la ducha, desnuda, preciosa. Con el primer paso, ella repara en mí. Una sonrisa cálida e instintiva me recibe. Quería que estuviera aquí incluso antes de imaginarlo.

Doy un paso más. Ella no aparta sus increíbles ojos verdes de mí. Sé que está deseando que me meta en la ducha, pero no voy a hacerlo o, por lo menos, todavía no.

Despacio, pero lleno de seguridad, me siento en el mármol del lavabo y apoyo mi espalda en el inmenso espejo. Una vez más la recorro con la mirada de arriba abajo. Es jodidamente perfecta. Se muerde el labio inferior tímida, sabe lo que quiero que haga, y lentamente baja sus manos acariciándose furtiva los costados.

Gime bajito, suavemente, y ese simple sonido me arrolla por dentro. Atraído como si fuera la maldita gravedad, me bajo de un salto y camino hasta el borde de la ducha.

La cojo de la muñeca y tiro de ella hasta colocarla frente a mí. Sin soltarla, pero sin tocarla en ninguna otra parte, la beso con fuerza. Me pierdo en su cuello. Joder, es una locura lo bien que huele.

Me deslizo por su perfecto cuerpo, lentamente, disfrutando de cada centímetro por el que avanzo.

Maddie gime entregada, sintiendo en mis labios cada uno de los treinta y siete días que han pasado.

—Ryan —jadea.

Su voz atraviesa mis oídos y se transforma en una nueva descarga de adrenalina directa a mi espina dorsal.

Llego a su vientre. Maddie se tensa y, avergonzada, se tapa los dos pequeños surcos blancos en su piel. Yo alzo la cabeza e inmediatamente atrapo sus ojos verdes con los míos. El embarazo le dejó dos pequeñas estrías. Ella las odia y se siente avergonzada. No podría estar más equivocada. Aparto sus manos suavemente y, sin levantar mis ojos de ella, llevo mis labios hasta esa parte concreta de su cuerpo. Maddie suspira e instintivamente se relaja. Adoro esas dos pequeñas marcas. Son heridas de guerra. Ella es una guerrera por nuestra pequeña familia y yo no podría sentirme más orgulloso.

Le doy un nuevo beso y ella al fin sonríe. Quiero que entienda que nada podría afear su cuerpo, y mucho menos eso.

Deslizo mi nariz de cadera a cadera, disfrutando de cómo va derritiéndose entre mis brazos. Quizá no pueda hundirme en ella y follármela contra la pared de azulejos, pero puedo torturarla todo lo que quiera, demostrarle a quién pertenece y hacerle gemir un «sí, señor» tan cristalino que se quede grabado a fuego en su mente.

La beso húmedo, profundo, justo en el centro de su sexo, dejando que mi lengua juegue con ella, haciéndole perder por completo la razón.

Su respiración es un caos. Se aferra a mis hombros. Sus manos húmedas empapan mi camisa. Rodeo su clítoris con mis labios. Sus dedos se aprietan en mi piel. Tiro de él.

—¡Dios! —pronuncia en un grito envuelto en un mar de gemidos.

La quiero exactamente así. Quiero que no pueda pensar. Que no pueda

respirar. Que sólo sea consciente de cada trozo de piel donde la toque. Que entienda que me pertenece de pies a cabeza. Que es mía. Sólo mía.

El agua sigue corriendo. Hace calor. Su cuerpo se tensa entre mis manos. Todo el placer se arremolina dentro de ella.

—¡Ryan! —grita cuando se corre entre mis brazos.

Y, joder, sencillamente no existe nada mejor.

Me separo de Maddie despacio y me incorporo sin liberar su mirada.

El agua sigue cayendo sobre ella, pero no parece importarle. Está absolutamente extasiada.

—Ahora ya puedes ducharte —susurro con el tono de voz exacto para volverla completamente loca.

Salgo del baño con la sonrisa en los labios. Follármela es una delicia.

Poner patas arriba todo su mundo, tampoco está mal.

Miro a mi alrededor y suspiro hondo. Treinta y siete putos días. Sólo quedan cinco y podré hacerle todo lo que quiera. Reservaré una *suite* en el Carlyle y no la dejaré salir de la cama en todo el fin de semana. Me debe escuchar mi nombre entre gemidos muchas veces. Sonrío imaginando todo lo que voy a hacerle y resoplo de nuevo. Va a ser jodidamente bueno.

Cojo el intercomunicador de encima de la cama, le coloco bien la batería y vuelvo a cerrar la trampilla. La luz verde se enciende automáticamente y automáticamente también oigo unos ruiditos de lo más familiares.

Sonrío de nuevo, pero es una sonrisa diferente, y me dirijo a la habitación de nuestra pequeña.

Está en su cuna moviendo suavemente los bracitos y haciendo

ruiditos. Parece feliz. Quiero que sea feliz. Que las dos lo sean. Es lo único que deseo.

—Así que ya te has despertado, peque.

Me inclino y la cojo despacio. Nunca había sentido nada así. Cada vez

que la tengo en brazos me falta la respiración y, al mismo tiempo, un rayo

de pura felicidad se expande por todo mi cuerpo. Un pedacito mío y de

Maddie y de nadie más.

Salgo de su habitación y regreso a la nuestra. Camino más despacio

de lo habitual. Joder, es preciosa. Tengo la bebé de cinco semanas y dos días más bonita del mundo.

Entro en el dormitorio y, al alzar la mirada, sonrío suavemente.

Maddie está tumbada en la cama aún con el albornoz y el pelo húmedo.

Apuesto a que ha caído en un sueño profundo en cuanto ha cerrado los

ojos.

Audrey comienza a hacer ruiditos. Yo la chisto suavemente y me

alejo unos pasos.

—Vámonos abajo —susurro—. Mami necesita descansar.

Entorno la puerta con cuidado y me dirijo al salón. En mitad de la

estancia, Audrey comienza a hacer pucheros. Quizá tenga hambre o sueño

o sed. No quiero que se ponga a llorar. Seguro que Maddie se despertaría

con el primer sollozo. Frunzo el ceño, pero el gesto no dura mucho.

Acabo de tener la mejor idea del mundo.

—Si funciona con tu madre, ¿por qué no va a funcionar contigo?

Me acerco al inmenso ventanal y me giro hasta que las vistas de la

ciudad quedan frente a ella. La pequeña en seguida pierde la mirada y yo

sonrío feliz. Otra neoyorquina empedernida. Manhattan acaba de ganar

otra incondicional.

36

Ya han pasado cuatro años desde que la pequeña Audrey nació. Maddie y

Ryan han conseguido superar todas las dudas y problemas que los

mantuvieron separados y ahora son una familia feliz. Ella sigue siendo la ayudante de Bentley, pero lo es por decisión propia. Después del éxito de

la reconversión del semanario de Boston, tuvo muchísimas ofertas, entre

ellas de la renovada directiva del *New Yorker*; sin embargo, las rechazó todas. Su sitio está en *Spaces.*

Ryan ha sabido compaginar a la perfección su trabajo al frente del

Riley Group con su sueño de ser arquitecto. Sus diseños son alabados por

la crítica y, lo más importante, por las personas que los habitan.

—Sin el más mínimo error, ¿entendido?

Cuelgo el teléfono y resoplo. Estoy rodeado de inútiles. Cojo la

carpeta que Tess ha dejado sobre mi escritorio y le echo un rápido vistazo.

Mi puerta se abre de golpe. Es Spencer.

—Capullo, llegamos tarde.

Odio llegar tarde, pero he tenido un día de locos, joder. Me hubiese

desquitado despidiendo a medio departamento de Producción, empezando

por el tocahuevos de Stan Matel; me han hecho perder toda la mañana con

gilipolleces, pero Spencer me ha frenado. Según él, no puedo despedir a

todos los que me compliquen el día. En mi opinión, sí puedo y, además,

así me aseguro de que no me lo complicarían más.

Cierro la carpeta y rodeo la mesa colocándome bien los gemelos.

—¿Por qué hemos quedado para cenar en Glen Cove? —pregunto malhumorado.

Tengo demasiadas cosas que hacer.

—Porque mamá sólo tuvo chicos, los dos nos casamos y adora a tu mujer.

Yo pongo los ojos en blanco tratando de disimular una sonrisa y salgo de mi despacho seguido de Spencer.

—Señor Riley —me llama Tess al pasar junto a su mesa.

No, por Dios. ¿Qué otra estupidez tiene que contarme el ejecutivo de turno?

—Tiene que dejar firmado estos informes.

Algo rápido. Podría haber sido peor.

Me inclino sobre la mesa de mi secretaria y firmo una docena de hojas.

—Ya puedes irte a casa, Tess —me despido dejando caer suavemente su estilográfica sobre la mesa. Es la que Maddie eligió para regalarle en Navidad.

Salimos de la oficina y nos montamos en el BMW. Nos pasamos la mitad del camino discutiendo sobre qué música escuchar hasta que en la radio salta *Want to want me*,[24] de Jason Derulo, y tengo que soportar al gilipollas de mi hermano cantando y bailando, incluidos ciertos movimientos de cadera que preferiría no haber visto. Apago la música. El silencio es mejor que esto.

Nada más bajarnos del coche, Spencer lo rodea como si fuera la defensa de los Giants de Nueva York y me empotra contra la carrocería, dejándome casi sin respiración.

—Gilipollas —me quejo jadeante en cuanto me suelta.

—No aguantas las caricias, hermanito —contrarresta agarrándome de la barbilla —. Nunca le quites a un hombre su música en pleno baile.

Yo sonrío mordaz y le doy un puñetazo en el estómago. Spencer se encoge de dolor y al fin me suelta.

—Mi coche, mis reglas, capullo. —Me inclino para dejarle claro mientras tose maldiciendo mi nombre.

Bordeamos el camino de la casa y llegamos a los jardines. Cada dos metros nos paramos para insultarnos o continuar agrediéndonos físicamente.

—Queréis dejarlo ya —se queja mi padre divertido desde el inmenso sillón en el que está sentado disfrutando de los últimos rayos de sol.

—Ha empezado él —me vende Spencer sin ningún tipo de remordimiento mientras camina hacia Thea, que sale de la casa.

—Cabronazo —me quejo.

—¿Qué tal el día? —me pregunta mi padre señalándome con un leve gesto de cabeza el sillón a su lado.

—Como siempre —respondo sentándome.

Me duele el noventa por ciento del cuerpo. Spencer me ha dejado más magullado de lo que me atrevo a reconocer. Busco con la mirada a Maddie o a Audrey, pero no las veo. Ya deberían haber llegado. Bentley la acompañó a recoger a la pequeña a la guardería antes de venir aquí y de eso hace más de dos horas.

—Están preparando tortitas con tu madre y Olivia —me informa mi padre.

¿Tan obvio es a quién buscaba? Voy a preguntarlo, pero la sonrisa de mi padre no deja lugar a dudas.

—¿Sabes? —dice para llamar mi atención—. Hoy me he encontrado por casualidad con Carl McCallister en un almuerzo de negocios en el centro.

Frunzo el ceño imperceptiblemente. Carl McCallister es el presidente de la junta de arquitectura civil de Nueva York.

—Hemos estado hablando, mucho.

Resoplo divertido. Se está haciendo el interesante sólo para impacientarme. Es su tortura favorita desde que era un crío.

—Resulta que la junta quiere remodelar algunos edificios históricos de la ciudad. Quieren contar con un arquitecto que sepa apreciarlos y valore la importancia que tienen para los neoyorquinos y, entre los nombres que se barajan, está el tuyo, hijo.

Abro los ojos como platos y trato inútilmente de contener una sonrisa. ¡Joder! ¡Es increíble!

—Tus trabajos en el norte del Bronx y el proyecto de remodelación de Alphabet City les han dejado impresionados.

Me humedezco el labio inferior a la vez que asiento y pierdo la vista en el inmenso jardín. Recuerdo cada noche que pasé diseñando esos edificios con Maddie durmiendo en el sofá de mi estudio, siendo la distracción perfecta cada vez que alzaba la cabeza.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

Sus palabras me hacen mirarlo de nuevo. Mi padre me ha dicho

muchas veces que está orgulloso de mí, pero nunca por algo relacionado con la arquitectura.

Él también mira al inmenso jardín, como si pretendiese armarse de valor.

—Me equivoqué —dice con la atención puesta en las copas de las decenas de árboles que se agitan suavemente frente a nosotros—. Estás sabiéndolo hacer. El Riley Group es más grande y poderoso de lo que nunca ha sido, eres un arquitecto respetado y Maddie, Audrey y tú sois felices.

Lo observo sin poder creer lo que estoy oyendo al tiempo que una sensación de puro alivio calma cicatrices de años. Mi padre se gira y, al fin, nuestras miradas se encuentran. Quiero responder, decir algo, pero no sé el qué. En ese momento oigo unos piececitos salir disparados de la casa y venir corriendo hacia mí.

—¿Dónde estabas? —se queja mi pequeña cruzándose de brazos delante de mí.

Me estiro para cogerla y darle un abrazo, pero ella da un paso hacia atrás haciendo que sus Converse rosa chicle suenen con fuerza contra el patio. Sólo tiene cuatro años, ¿cómo puede enfadarse así, joder?

—Estaba trabajando, peque.

—Me da igual. Llegas tarde. Dijiste que estarías conmigo.

—No puedes enfadarte con papá. No he podido llegar antes.

Trato de volver a agarrarla, pero ella se aleja un nuevo paso y echa a correr.

—Nadie va a decirme lo que tengo que hacer —se queja girándose a

mitad de camino.

Resoplo y me paso las manos por el pelo siguiendo el recorrido de mi mandíbula hasta taparme la boca. Mi padre, a mi lado, sonríe sin ningún disimulo.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —me lamento resignado.

—Puede que me encante —responde burlón.

Yo giro la cabeza y lo miro por encima de mi hombro y, como si ya no pudiésemos disimularlo más, los dos rompemos a reír.

Audrey corre hasta Maddie. Ella alza la mirada y, cuando la mía la atrapa, sonríe y lanza un beso al aire. Después se agacha e imagino que trata de convencer a Audrey para que vuelva.

—Voy a echarle una mano a Maddie —dice mi padre levantándose—.

Sé uno o dos trucos que siempre funcionan con los «nadie va a decirme lo que tengo que hacer».

Yo sonrío y me levanto.

—Espera, papá.

No se me da muy bien hablar y no me gusta hacerlo, pero esta vez quiero decir algo.

—Gracias —sentencio.

No es un gracias sólo por decirme que está orgulloso de mí, o contarme lo de la junta de arquitectura. Es una manera de agradecerle que me haya ayudado a sanar ciertas heridas. Cuando le he escuchado decirme que lo estaba haciendo bien, ha sido como ganar una guerra en la que llevaba años luchando. Mi padre lo sabe. Sabe el valor que encierra esa única palabra.

—De nada, hijo.

Me tiende la mano, yo se la estrecho y los dos sonreímos. Agarra mi hombro y lo aprieta lleno de seguridad y también de amor. Él tiene un guion de lo que debe ser la vida, una manera de proteger a la gente que le importa, y durante tantos años ver que yo no seguía ese esquema ha tenido que ser complicado para él. Supongo que no soy el único que sentía que luchaba.

Mi padre sonríe una vez más, echa a andar bajo mi atenta mirada y llega hasta Maddie y mi pequeña.

—Audrey, ¿quieres venirte con el abuelo?

Ella asiente y da un paso hacia los brazos que mi padre le tiende.

Maddie los contempla entrar de nuevo en la casa e inmediatamente me mira a mí. Sonríe y su gesto tiene un acto reflejo en mis labios. Está preciosa, joder, y ahora mismo es la única persona a la que quiero tener cerca.

—Hola, señor Riley —me saluda socarrona.

—Hola, señora Riley —respondo.

Alzo la mano, la cojo por la cadera y la acerco a mí. Llevo todo el día echándola de menos.

—Audrey lleva toda la tarde preguntando por ti.

—Esa cría tiene demasiado carácter —me quejo divertido.

—Me pregunto a quién habrá salido —comenta impertinente—. Sólo espero que elija mejor.

La miro absolutamente indignado mientras ella se ríe encantada con

su propia broma. Sin embargo, la risa le dura poco. La pellizco en la cadera y la estrecho contra mi cuerpo mientras gimotea entre risas.

—Quiero tener otro hijo —dice mirándome a los ojos cuando sus carcajadas se calman.

Me humedezco el labio inferior mientras una suave sonrisa va ocupando lentamente mis labios.

—¿Otro hijo? —pregunto.

—Un niño con los ojos azules.

—Y que elija tan bien como elegí yo.

Ella sonríe y, como siempre, ya no puedo más y la beso con fuerza.

Otro pedacito de ella y de mí y de nadie más.



37

Ha pasado un año más. Audrey ya tiene cinco años y Maddie está embarazada de su segundo hijo.

Dejo el iPhone sobre la mesa y salgo del estudio. Se oyen voces en la cocina y la risa del capullo de mi hermano Spencer resuena por toda la casa.

Tras un par de pasos, puedo ver a Lauren a un lado de la isla de la cocina, trasteando muy concentrada con unas cartulinas de colores y unas tijeras, y al otro, sentados en los taburetes, a Spencer y a Bentley. Él se la sigue comiendo con los ojos. Han pasado ya seis años desde que lo dejaron y sigue volviéndole igual de loco.

—Joder, ¿qué hacéis otra vez aquí? —me quejo divertido, sentándome junto a Bentley—. Parece que no tenéis casa.

—Nos ha invitado tu mujercita —me replica muy resuelta Lauren—. Parece que ya no eres el rey de tu castillo —añade con una sonrisilla de lo más impertinente mientras recorta algo parecido a una estrella.

La observo con las cejas enarcadas. Ella me aguanta la mirada con la misma sonrisa, pero tras unos segundos baja la cabeza y suspira exasperada.

—¿A quién pretendo engañar? —masculla resignada.

Sonrío, mi media sonrisa. Me alegro de que lo tenga claro, aunque también me gusta que no le falten arrestos para intentar plantarme cara. Al fin y al cabo, va a convertirse en mi nueva directora de Contabilidad.

En ese momento oigo a los dos pares de pasos de mi vida bajando las escaleras. Alzo la mirada y, aunque sé perfectamente quiénes son, no puedo evitar que mi corazón caiga fulminado cuando veo a Maddie bajar con la sonrisa más increíble del mundo de la mano de nuestra pequeña Audrey.

Va vestida con unos leotardos de rayas de colores, una falda de tul fucsia, una camiseta con otro millón de colores y unas Converse de un rosa tan intenso que parecen fabricadas de chicle. Le ha hecho dos coletitas y de pronto me siento como si estuviera dentro de mi propio sueño.

—Hola, pequeña —digo levantándome y acercándome a ellas.

La niña suelta la mano de Maddie y sale corriendo hacia la isla de la cocina. Las cartulinas de colores la han hipnotizado. Lleva días hablando de esto.

Camino hasta Maddie y coloco mi mano en su vientre. Siempre será

la cosa más bonita que he visto en mi vida, pero embarazada de nuestro segundo hijo lo está aún más.

La beso. En teoría un beso dulce y breve, pero sus labios me

encienden. Joder, huele de maravilla. Y antes de que me dé cuenta, la estoy

estrechando contra mi cuerpo y besándola salvaje, casi desesperado. Me

vuelve completamente loco.

—Ey, ey, ey —oigo protestar socarrón a Spencer a mi espalda—. Por

favor.

Me separo a regañadientes. Maddie esconde su preciosa cara en mi

pecho y yo fulmino a mi hermano con la mirada.

—Hay niños delante —continúa divertido tapándole los ojos a

Audrey—, y por primera vez no me refiero a Sandford.

Todos menos Bentley, que bufa resignado, estallamos en risas.

Maddie alza la mirada y otra vez no existe nada más en el mundo que no

sea ella. Me dan igual todos estos gilipollas y la beso de nuevo.

—¿De qué os reís? —se queja mi pequeña—. No puedo ver nada —

añade al tiempo que trata de zafarse de la enorme manaza de Spencer, que

le tapa casi la mitad de la cara.

Maddie me empuja con una sonrisa en los labios y yo vuelvo a

separarme malhumorado de ella.

—Esta noche no te vas a escapar —susurro.

Es la pura verdad. Pienso follármela hasta que salga el sol.

Maddie me sonríe. Sé el efecto que esas palabras han causado en ella.

Nunca pensé que podría excitarme tanto toda esta anticipación, el hecho de

saber que está derritiéndose por dentro, que es mía y oír mi voz se lo

recuerda cada jodida vez. Al fin se muerde el labio inferior tratando de parar sus propios pensamientos y ese simple gesto me la pone dura de golpe. Un día va a conseguir que acabe dándome un infarto por falta de sangre en el resto del cuerpo.

Maddie se acerca a Audrey, la libera de Spencer y, cogiéndola en brazos, se la lleva al otro lado de la isla junto a Lauren.

—Hola, chica —saluda mi pequeña a Stevens.

—Me encanta esta cría —responde ella con una sonrisa.

Audrey coge unas tijeras infantiles y, cómo no, la cartulina rosa chicle. Está obsesionada con ese color.

—¿Podéis explicarme una vez más por qué el cumpleaños del señor simpatía es una fiesta de indios y vaqueros?

El apelativo de Bentley me hace poner los ojos en blanco, divertido.

Debería agradecerme que no sea la persona más encantadora sobre la faz de la tierra. De no ser así, no se habría tirado a todas las chicas que me dejaron por imposible porque ni siquiera me molesté en saludarlas.

—Papi me dejó elegir la fiesta a mí —responde Audrey muy concentrada en lo que recorta.

—¡Qué tierno! —se inclinan para susurrármelo Bentley y Spencer al unísono.

—Y yo tengo que aguantar gilipolleces en estéreo.

Maddie me mira y frunce los labios. No quiere que diga ese tipo de palabras delante de Audrey y cada vez que lo hago me mira así, tratando de demostrarme lo enfadada que está conmigo. Sin embargo, no sabe que fracasa estrepitosamente. Cada vez que lo hace, me entran ganas de

follármela contra la primera pared que encuentre. Es la cosa más adorable que he visto en mi vida.

Acabo dedicándole una media sonrisa y ella, aunque intenta disimularlo, no puede más y termina sonriendo también.

Las miro a las dos y no puedo dejar de pensar en la suerte que tengo.

Si Maddie se hubiese marchado a Boston hace seis años, ahora yo seguiría siendo un gilipollas infeliz lleno de sueños, pero sin luchar por ninguno.

La primera vez que pensé que ella era el motor de mi existencia, no me equivocaba. Creo que lo fue desde la primera vez que la vi, aunque fui tan estúpido de no entenderlo.

Maddie le da un beso en el pelo a Audrey y, cuando nuestras miradas se encuentran, me sonríe de nuevo. ¿A quién pretendo engañar? Si se hubiese marchado a Boston, habría salido corriendo tras ella y no habría parado de besarla, de tocarla, de follármela... hasta que la hubiera convencido para que volviese conmigo.

La quiero. Joder, la quiero. Nunca he tenido nada tan claro en toda mi vida.

—¿Y yo qué soy, india o vaquera? —le pregunta Lauren a Audrey subiendo a la encimera una caja llena de sombreros de cowboys y tocados de indios.

Bentley la mira embelesado. Apuesto a que a él le encantaría darle la respuesta a esa pregunta.

—Tú eres una vaquera, tía Lauren.

—¿Y yo soy un indio o un vaquero? —le pregunta Bentley a Lauren.

Ella sonríe y se centra en rebuscar entre los sombreros. Está claro que sabe que todavía lo tiene en la palma de la mano.

—¿Verdad o Roger H. Prick? —inquiere finalmente con una sonrisa.

Él la mira sin comprender qué quiere decir.

—Elige Roger H. Prick —intervengo—. No estás preparado para que

te responda de verdad a esa pregunta.

Las chicas me miran sorprendidas y después lo hacen entre ellas y se

sonríen cómplices. Conozco demasiado bien a mi mujercita como para no

saber la historia de ese gilipollas.

—¿Y papá? —le pregunto a Audrey.

—Vaquero —responde sin dudar.

Sonrío y Lauren me tiende un sombrero.

—¿Y mamá? —vuelvo a preguntar poniéndomelo e inclinándolo

hacia arriba con el índice.

—India.

Ahora es Maddie la que sonríe. La imagino vestida de india o, mejor

aún, de india sexy o sólo con las putas plumas o sin nada, desnuda en mi

cama, con las muñecas atadas.

Joder, otra vez va a estallarme en los pantalones.

Maddie me mira y vuelve a morderse el labio inferior. Sabe

exactamente en lo que estoy pensando y eso me vuelve todavía más loco.

Finalmente cabecea tratando de eludir todo lo que está pasando por su

mente ahora mismo.

Es jodidamente perfecta.

—¿Y quién será el *sheriff?* —pregunta tras dar una largo suspiro,

ofreciéndole a Audrey una estrella amarilla perfectamente recortada.

La niña frunce los labios y lo piensa un segundo.

—Será Finn —sentencia.

—¿Vamos a buscarlo? —le propongo quitándome el sombrero y

tendiéndole los brazos.

Ella asiente y con la estrella en la mano y una sonrisa enorme en los

labios se lanza a mis brazos.

Adoro a esta cría.

—¡Finn! ¡Finn! —lo llama desgañitándose.

—No tienes que gritar —le recuerdo, pero no hay nada que hacer. Es

una niña con una misión.

A los pocos segundos, mi chófer entra en el salón.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Riley? —pregunta profesional, pero con un trasfondo divertido.

—Serás el *sheriff*, Finn —le informa muy convencida.

—Encantado, señorita Riley.

Trata de engancharle la estrella en el bolsillo de la chaqueta con sus

pequeñas manitas, pero obviamente no lo consigue.

—Necesitas pegamento —le aclaro paciente.

—No, puedo así —me replica tozuda.

—Audrey —trato de hacerla entender.

—Puedo así —me interrumpe.

Resoplo. Es la niña de cinco años más testaruda que he conocido.

En ese momento suena el timbre de la puerta principal.

Automáticamente Finn y yo nos miramos. Audrey se revuelve en mi

regazo hasta que la bajo y sale disparada hacia la entrada.

La sigo escaleras abajo. El timbre vuelve a sonar y ella, ya junto a la puerta, me mira impaciente. Sabe que no puede abrirla si está sola. Maddie no para de repetirme que soy demasiado alarmista con la seguridad de las dos, pero no me importa tener un millón de veces la misma discusión. No pienso permitir que corran el más mínimo peligro. Son mi vida.

—Vamos, papá —me apremia.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto extrañado—. ¿Por qué estás tan impaciente?

Me retoco el doblez de mi camisa blanca sobre mi antebrazo y abro. Inmediatamente Audrey sortea la puerta y se coloca delante de mí. Al otro lado hay un niño más o menos de su edad. Tiene el pelo rubio rapado y los ojos grandes y marrones. Lleva un camión de bomberos en una mano y saluda a mi pequeña con la que le queda libre. Ella hace lo mismo al tiempo que, nerviosa, se pone de puntillas.

—¿Tú quién eres? —pregunto arisco.

—Soy Ollie. Venía a buscar a Audrey para ir a jugar al parque.

—¿Qué? No —respondo por inercia.

¿De dónde ha salido este crío?

Oigo pasos a mi espalda y Maddie se coloca a mi lado.

—Hola, Ollie —saluda llena de dulzura al niño—. Hola, Eve —añade llevando la mirada hacia una mujer que sale atareada de un SUV negro buscando algo en su bolso.

—Hola, Maddie —responde ella—. Muchas gracias por encargarte de los niños.

—No te preocupes.

La mujer alza la cabeza y repara en mí, pero yo no me molesto en saludarla. Estoy demasiado ocupado ahora mismo.

—Regresaré a las cinco —prácticamente tartamudea informando a Maddie y apartando por fin la mirada de mí.

—Claro.

Le da un beso a su hijo, al que le pide que se porte bien, y regresa a su coche sin dejar de rebuscar en su bolso.

—Bueno, chicos, ¿estáis listos para ir al parque?

Los dos asienten y bajan los primeros escalones. Él le enseña el juguete que lleva entre las manos y se sientan en uno de los peldaños.

—No va a ir —me quejo.

Mi pequeña no va a ir a ningún parque con ese crío. Quiero que ese crío se largue de mi casa.

—Claro que va a ir —sentencia Maddie.

Me mantiene la mirada y sé que no va a dar su brazo a torcer. Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Si va a ir, voy a encargarme de que ese crío no se acerque a menos de diez metros de ella.

—Finn —lo llamo con la voz endurecida.

Maddie sonríe escandalizada a la vez que se lleva las manos a las caderas, tratando de demostrarme otra vez lo enfadada que está. Si ahora mismo no estuviera tan cabreado, me la llevaría arriba y le echaría un polvo encima de mi carísimo escritorio.

—No vas a enviar a Finn —me advierte—. Sólo va al parque. No necesita un guardaespaldas.

Me humedezco el labio rápido y fugaz. Debe estar de broma.

—Además, ya tengo una carabina preparada —comenta socarrona.

Oigo unos tacones repiquetear contra los escalones y a los pocos

segundos Lauren está junto a nosotros.

—De eso nada —protesto.

Siempre sospeché que tendría que prohibirle a Stevens que se

acercara a mi hija el día que cumpliera quince años, pero nunca imaginé

que tuviera que hacerlo con cinco.

—Muchas gracias, Lauren —comenta Maddie cuando pasa junto a

ella justo antes de cruzar la puerta.

—No te preocupes. Iremos a Chelsea Park y los traeré de vuelta en

una hora. ¿Preparados para el parque? —grita entusiasmada como si trabajara en un programa infantil a la vez que baja los escalones.

Maddie cierra la puerta con una sonrisa y se encamina hacia el salón.

Yo miro a Finn y le indico con un leve gesto de cabeza que los siga.

Maddie me caza en plena orden y regresa a mi lado.

—Más te vale que tu hombre para todo no se acerque a Chelsea Park.

Si no, éste —dice señalando su vientre con ambos índices— va a ser el

último hijo que tengamos, porque el sexo se acabó para ti, Riley.

Sin esperar respuesta, gira sobre sus pasos y comienza a subir las

escaleras de vuelta al salón.

Yo entorno la mirada y ladeo la cabeza. Todavía no tengo claro si me

gusta o no que me plante cara.

Miro a Finn de nuevo indicándole que se olvide de lo que acabo de

pedirle y se retire. Cuando lo hace, observo a Maddie alejarse y acelero el

paso hasta atraparla en mitad de las escaleras. La beso con fuerza y la llevo contra la pared. Ella gime contra mis labios y sube las manos rodeando mi cuello.

Saco a relucir mi media sonrisa. Ya la tengo exactamente donde quería.

Me separo de ella, aparto sus manos de mí y, sujetando sus muñecas contra la pared al lado de sus costados, la aprisiono contra mi cuerpo. Me inclino sobre ella y cree que voy a besarla, pero no lo hago. Sólo me quedo muy cerca, dejando que mi aliento inunde sus labios, torturándola.

—No deberías hacer promesas que no vas a ser capaz de cumplir — susurro con la voz ronca y el animal despertándose en mi interior.

—¿Cómo sabes que no seré capaz de cumplirla?

Sonrío. Lo tengo clarísimo y no tiene nada que ver con ser o no un bastardo presuntuoso, es su delicioso cuerpo el que me da todas las pistas. Me inclino sobre ella de nuevo y, cuando alza los labios dispuesta a besarme, vuelvo a separarme.

—Eso —respondo arrogante—, cómo te tiemblan las rodillas…

Aprisiono su cuerpo aún más contra el mío. Me vuelve loco cómo reacciona cuando estoy cerca. Me vuelve loco saber que me desea, que me quiere. Me vuelvo loco que sea mía, joder, sólo mía.

—… tu respiración acelerada.

Ya no puedo más y la beso desbocado. Libero sus manos y me anclo con fuerza a sus caderas.

Joder, tocarla es lo mejor de toda mi maldita vida.

—Ryan —susurra con la voz rota de deseo—, no podemos hacer esto aquí.

Finjo no oírla, la giro entre mis brazos y dejo que el peso de mi cuerpo la convenza de que sí que podemos.

Hundo mi nariz en su pelo e inspiro suavemente. El mejor olor del mundo. Es mi mujer, la madre de mis hijos y la chica que me sigue volviendo tan loco como para follármela en las escaleras sin importarme que mi hermano y mi mejor amigo estén en la otra habitación.

Cuando regresamos al salón y Bentley hace un comentario sobre todo lo que hemos tardado, Maddie sonríe tímida y se escabulle hasta el frigorífico. Yo lo miro con una presuntuosa sonrisa en los labios e ignoro por completo su pregunta. Me he estado follando a mi preciosa mujer contra la pared porque me vuelve tan loco que no puedo pensar en otra cosa y, si ahora mismo no estuvierais aquí, me la estaría follando sobre la encimera de la cocina.

Maddie comienza a preparar algo de comer. Sonrío al ver que saca una chocolatina Hershey’s del mueble, la mira, está a punto de abrirla y finalmente vuelve a guardarla. No tarda ni dos segundos en girarse de nuevo hacia el mueble, coger la chocolatina otra vez y, al tiempo que se apoya en la encimera, abrir el envoltorio y darle un bocado.

Yo camino hacia ella, me coloco entre sus piernas y la agarro por las

caderas. Alza la mirada y, al comprobar mi sonrisa, me devuelve otra tímida.

—No he podido resistirme —se disculpa.

—No sabes cómo te entiendo —comento socarrón.

Hace una semana se le antojó una a las tres de la mañana. Era tan tarde que incluso me pareció cruel despertar a Finn y acabé yendo yo mismo a buscarla. A la mañana siguiente ordené que compraran una caja. Le doy un bocado a la chocolatina y me separo de ella por las quejas de Spencer y Bentley.

—Deberíamos grabarlo en plan esposo tierno y adorable para la próxima vez que saque ese carácter de mierda que Dios le ha dado en una reunión —comenta Bentley burlón—. Maddie es tu criptonita.

—Por lo menos yo puedo tirarme a mi criptonita, capullo —replico con una sonrisa.

—Yo no tengo criptonita —se defiende.

—Porque ella no se deja, gilipollas —añade Spencer y los tres nos echamos a reír.

Meterse con Bentley debería ser deporte nacional y me parece de lo más divertido hasta que miro el reloj de la cocina y me doy cuenta de que son las cinco y diez. Lauren dijo que estaría de vuelta a las cinco.

—Ya son las cinco y diez —le digo a Maddie a la vez que saco el iPhone del bolsillo de mis pantalones.

Tendría que haber enviado a Finn, joder.

Ella me pone los ojos en blanco y se acerca hasta mí. Coloca su mano

sobre mi smartphone y me impide llamar.

—Relájate —me pide con su voz más dulce.

Resoplo. No quiero relajarme. Quiero que ya estén aquí. Odio cuando no sé dónde están Maddie o Audrey. Siento que pierdo el control de la situación. Sé que a veces puede resultar asfixiante, pero me importa una mierda. Han pasado seis años y todavía recuerdo cómo me sentí cuando ese malnacido atacó a Maddie. Ellas son mi vida y asegurarme de que están protegidas y a salvo es innegociable.

—Señor Riley —me llama al tiempo que me da un beso en la comisura de los labios—, está bien, ¿vale? —murmura mirándome a través de sus inmensas pestañas—. Las dos estamos bien.

Me da otro beso y siento cómo parte de la tensión se disipa. Resoplo con fuerza. Al final va a resultar ser verdad eso de que es mi criptonita.

En ese preciso instante oigo la puerta principal y unos piececitos subir acelerados las escaleras. Maddie me mira y sonríe perspicaz al tiempo que se aleja unos pasos. De una zancada me coloco tras ella y le pellizco la cadera. Da un respingo y se lamenta divertida.

—No te pases —le advierto contagiado de su humor.

De vez en cuando me gusta recordarle quién manda aquí.

Audrey entra en el salón seguida de Lauren.

—Papá —me llama.

Se acerca muy nerviosa con una sonrisa enorme y acelerada tira de mi pantalón para que la coja en brazos.

—¿Qué pasa? —pregunto haciéndolo.

—Después de dejar a Ollie con su mamá, la tía Lauren me ha llevado

a ver tiendas —me explica deslumbrada— y en una hemos visto unas sandalias de tacón rosas. ¿Me las comprarás?

—No —respondo sin dudar.

Por encima de mi cadáver, joder. Tiene cinco años. No pienso dejar

que lleve tacones.

—Papá —protesta—. La tía Lauren dice que los zapatos son los

mejores amigos que una chica puede tener. —Dice las mismas palabras

que Lauren vocaliza orgullosa a su espalda.

Voy a asesinar a Stevens.

—Eres muy pequeña —trato de hacerle comprender.

—No —me interrumpe.

Se agita entre mis brazos hasta que la dejo en el suelo e

inmediatamente sale disparada en dirección a la sala de la televisión.

—Nadie va a decirme lo que tengo que hacer —protesta girándose a

mitad de camino y echando a correr otra vez.

Resoplo y me froto los ojos con las palmas de las manos, pero

rápidamente las bajo hasta llevarlas a mis caderas y fulmino a Stevens con

la mirada.

—Esa cría es tu peor pesadilla —me comenta socarrón Spencer—.

Tiene la cara de Maddie y tu carácter de… —Maddie lo reprende con la

mirada, con los labios fruncidos tratando de disimular una sonrisa—…

complicado —sentencia alzando las manos en señal de tregua y todos se

echan a reír.

Para colmo de mis males, no soporto que esté enfadada conmigo. No

sé a quién me recuerda.

Maddie deja un cuenco con nachos sobre la isla a la vez que me señala la dirección que ha tomado la niña con la cabeza y me dedica su sonrisa más dulce, serena y preciosa.

Entre las dos van a acabar conmigo.

Llamo suavemente a la puerta y entro. Audrey está sentada en uno de los inmensos sillones con cara de pocos amigos viendo «Callie en el Oeste». Esos malditos dibujos tienen la culpa de que mañana vaya a tener que disfrazarme de vaquero.

Me siento en el sillón a su lado y resoplo con fuerza. Ella finge que ni siquiera me ha visto entrar y no aparta sus preciosos ojos verdes de la televisión.

—¿Estás enfadada? —pregunto.

Ella asiente, pero sigue sin mirarme.

—¿Muy enfadada?

—Sí.

—¿Muy muy enfadada?

—Sí —repite y no puede evitar que una sonrisa se le escape.

Yo aprovecho ese momento de debilidad, le hago cosquillas y la cojo sin que pare de reír para sentarla en mi regazo.

Ella se acomoda y deja que su preciosa cabecita descanse sobre mi pecho.

Maddie me hizo el mejor regalo del mundo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad?

Ella asiente muy concentrada en la televisión. Por un momento yo también pierdo mi mirada en la pantalla. Ríe cuando la gatita vestida de

sheriff tira de una carretilla y una lagartija verde con gorro de vaquero y espuelas cae al suelo. Al oír su risa, no puedo evitar sonreír y le doy un beso en el pelo.

—¿Qué tal lo has pasado esta tarde? —le pregunto.

—Muy bien —responde feliz revolviéndose en mi regazo para que estemos frente a frente —. Ollie me ha dejado jugar con su coche de bomberos y después la tía Lauren nos ha llevado a los columpios.

Tuerzo los labios. ¿De dónde coño ha salido ese Ollie?

—¿Ollie es un amiguito de clase?

Asiente.

—Vamos juntos a clase de la señorita Johnson. —Sonrío—. Pero no es mi novio, es el novio de Amanda.

Mi sonrisa se ensancha. Ésta es mi chica. Nada de novios. Nunca.

—Yo quiero que mi novio sea Maverick Hannigan.

¡¿Pero qué coño?!

Creo que acabo de perder diez años de vida.

—¿Maverick? ¿El hijo del tío James?

—Sí —responde ella convencidísima y se echa a reír contra mi pecho.

Joder, tiene que ser una puta broma. ¿Con un Hannigan? ¿En serio?

Resoplo y dejo caer la cabeza contra el sillón mientras hago una lista mental de los países con internado femenino donde podría enviarla.

Esta cría va a acabar conmigo.

Hay un delicioso silencio en toda la casa. Estoy sentado en mi mesa

de arquitecto terminando los planos para el proyecto de la remodelación del viejo hotel Arcadian.

Estoy tan concentrado que no la oigo llegar, pero algo dentro de mí me pide que me haga un favor y alce la cabeza, y entonces la veo de pie junto a la puerta. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero cada día que pasa consigue que esté más loco por ella.

—¿Trabajando? —me pregunta con una suave sonrisa en los labios y algo en las manos.

Yo le hago un gesto para que se siente en mi regazo y ella obedece.

—¿Son los planos del Arcadian? —inquiere emocionada acariciándolos suavemente con la punta de los dedos.

Asiento y no puedo evitar sonreír al ver cómo, concentradísima, pierde su vista en ellos.

—Vamos a conservar los frontones con las cabezas de león, le dan mucha personalidad —le explico señalándolos en el dibujo—, pero reforzaremos las pilastras con dinteles tallados. La puerta será aún más grande y el atrio podrá verse desde la calle.

Maddie se muerde el labio inferior con una sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice girándose hacia mí como si ya no pudiese contener ni un segundo más esas palabras en sus labios.

Yo sonrío sincero porque me llenan por dentro de una manera que jamás pensé que sería posible.

—No es para tanto.

—Claro que lo es —replica—. La junta de arquitectura civil de Nueva York y Harry Mills te han elegido para que rediseñes uno de los edificios

más emblemáticos de la ciudad. Eres un gran arquitecto, señor Riley.

Aunque quiero fingir que su comentario no me afecta, mi sonrisa se ensancha involuntariamente. Finalmente cabeceo. No me gusta sentarme a escuchar elogios. Es una estupidez, pero me incomoda.

—Hablo en serio —se queja al ver que no digo nada—. Tú…

La beso para interrumpirla. Ella protesta, pero al final se deja hacer. Cuando sé que ya la tengo rendida por completo, me separo, pero no puedo evitarlo y vuelvo a besarla otra vez. Sabe de maravilla. Finalmente hago acopio de todo mi autocontrol y me alejo definitivamente.

Maddie sonríe y se acomoda en mi regazo.

—Tengo algo para ti —me anuncia dejando lo que llevaba en la mano sobre mi mesa de arquitecto.

Es una cajita blanca. Frunzo el ceño y la miro primero a ella y después el pequeño paquete.

—¿Qué es? —pregunto curioso.

—Ya son más de las doce —responde ignorando mi pregunta—, así que, feliz cumpleaños, señor Riley.

Abro la caja, aparto un pequeño papel de seda y sonrío como un idiota al ver una ecografía.

—Parece que hoy sí ha querido enseñarnos la carita —comenta con una sonrisa.

Acaricio el papel con la punta de los dedos. El mejor regalo de cumpleaños que me han hecho en mi vida.

—Y ya sé si será niño o niña —añade con voz risueña.

Automáticamente alzo la mirada impaciente.

—Será un niño.

Sonrío encantado. La beso y rodeo su incipiente tripa con mis manos.

—Así que, ¿qué tenemos aquí? —pregunta divertida colocando sus manos sobre las mías.

—¿Un director ejecutivo o un arquitecto?

—Me da igual —respondo sereno, radiante—. Lo único que me importa es que sea feliz.

Ahora es ella la que se gira y me besa.

—Si te parece bien —susurra separándose despacio de mí—, he pensando cómo podríamos llamarlo.

La miro esperando a que continúe.

—Elliott —dice en un golpe de voz con una sonrisa nerviosa y tímida esperando mi reacción—, como tu abuelo.

Yo suspiro con fuerza y subo mi mano hasta perderla en su pelo. Es jodidamente perfecta y nunca me cansaré de repetirme la suerte que tengo por conseguir mantenerla a mi lado.

La beso y de nuevo me responde encantada. Otra vez pienso en separarme de ella, pero entonces gime entregada contra mis labios y no soy capaz de parar. Reúno todo mi autocontrol, me separo, pero vuelvo a besarla. Ella sonríe y me acoge otra vez. Repito la operación y, haciendo un titánico esfuerzo, a la tercera ocasión soy capaz de alejarme de mi criptonita.

Ella sonríe tímida y yo decido ignorar la manera en la que me está mirando, porque, si no, voy a perder el poco control que me queda y voy a acabar follándomela contra la mesa. Resoplo para reafirmarme y ella

también lo hace a la vez que cabecea y sonríe. Es sorprendente lo poco que necesitamos para olvidarnos del mundo.

Cojo la ecografía, la miro una vez más y la coloco en la parte de arriba de la mesa, junto a mi coche rojo de juguete. Ella sigue el movimiento de mi mano y sonríe de nuevo.

—¿Sabes? —llama mi atención—. Nunca me has explicado de dónde sacaste ese coche.

Sonrío y por un momento hago memoria.

—Es una larga historia —le explico—. Digamos que significa que nunca voy a rendirme ni contigo ni con la vida que tengo planeada para los dos.

Ella sonríe encantada y yo le devuelvo el gesto.

Pienso hacerte muy feliz, señora Riley.

Cojo el lápiz y continúo dibujando. No tengo ni idea de cuántas horas pasamos así.

—Tu padre ha llamado hace un rato —comenta.

—El tuyo también —respondo haciendo un suave trazo por encima de la cabeza de uno de los leones—. ¿Con cuál empezamos primero? —inquiero con la vista concentrada en el plano.

—Por el tuyo. Ahora que por fin le caigo bien, me gusta que hablemos de él —responde tan impertinente como socarrona.

Le doy un pellizco en la cadera y ella ríe divertida.

—Eres insufrible —me quejo—. Y mi padre te adora —añado—. Todos en mi familia lo hacen. Creo que te quieren más a ti que a mí. —Y

ahora más bien protesto, aunque no los culpo. Nadie podría conocerla y no quererla.

—Tu padre me cae bien —me confiesa—. Creo que me caía bien incluso cuando no quería que nos casáramos.

Sonrío de nuevo. Ha pasado una eternidad desde aquello. Mi padre no hizo las cosas bien, pero sólo quería protegernos a Maddie y a mí.

—Tu padre vendrá a vernos la semana que viene —comento como si tal cosa esperando su reacción.

Ella se gira rápidamente en mi regazo y sonríe de oreja a oreja.

—¿En serio? —pregunta entusiasmada.

—Sí. Quiere enseñarme personalmente cómo van las obras que el Riley Group está financiando en el Sound.

No hice que la empresa invirtiera ese dinero para ganármelo. Se trata de una buena causa y el hogar de la persona más importante de mi vida.

Ver feliz a Maddie es el único motivo que necesito.

—Director ejecutivo de día —comienza a decir burlona como si leyera las letras en un cartel enorme frente a ella—, arquitecto de noche, pero siempre salvando el mundo.

Al terminar, suelta una risilla, encantada con su propia broma. Yo la miro mientras me humedezco el labio inferior. Cuando se da cuenta de cómo la observo, deja de reírse y se muerde el labio. Tiene clarísimo que acaba de meterse en un buen lío.

Me inclino sobre ella despacio y todo su cuerpo reacciona suavemente.

—Acaba de ganarse un castigo, señora Riley —susurro contra la piel

de su mejilla—, y pienso disfrutarlo, mucho.

Su respiración se acelera. Ahora mismo soy el dueño del maldito mundo.

La obligo a levantarse y la cojo de la mano. Salimos del estudio y la llevo hasta nuestro dormitorio. Nos detengo en el centro de la estancia y me giro para que estemos frente a frente. La habitación está prácticamente en penumbra, iluminada solamente por las luces que llegan desde la ciudad y que hacen brillar la grulla azul en la mesita de Maddie.

Me inclino sobre ella. La deseo más que a nada.

—Pídemelo —susurro.

Nuestras respiraciones se entremezclan entrecortadas.

—Bésame, señor.

Es jodidamente perfecta.

Estoy trabajando cuando *Lucky* se levanta de su desvencijada cama y ladra una sola vez, moviendo frenéticamente la cola con la mirada clavada en la puerta de mi estudio. En ese mismo momento, Audrey entra como una exhalación. A veces creo que están conectados telepáticamente.

—¡Papi! ¡Papi! —grita.

Yo sonrío y empujo la silla hacia atrás preparado para recibirla.

—¡Papi! —grita una vez más lanzándose en mis brazos.

Todavía lleva el pijama. Uno mono lleno de ositos y corazones, por supuesto, rosa chicle. Tiene un papel entre las manos que no logro distinguir.

La acomodo en mi regazo y ella me da un beso enorme.

—¡Feliz cumpleaños, papi! —dice con la respiración agitada por la

carrera—. Tengo un regalo para ti.

En ese momento Maddie se detiene en el umbral de la puerta y nos observa con una sonrisa. Audrey me enseña el papel.

—Éste eres tú —me dice señalando el muñeco más grande con dos círculos azules en el centro de la cara—. Ésta es mamá y yo y también *Lucky* y tú —repite señalando de nuevo el dibujo.

Mi sonrisa se ensancha.

—Es precioso —respondo llenándola de besos y asegurándome de babearle la cara entera.

—Para, papi —se queja entre risas—. ¡Mami! —grita pidiendo ayuda.

Maddie entra y la coge en brazos, liberándola de mi tortura.

—Papi me ha llenado de babas —protesta ya en brazos de su madre, limpiándose la cara con más tesón que eficacia.

Sonrío de nuevo y disfruto observando a las dos chicas de mi vida, en concreto, lo bien que le queda a Maddie ese pijama que lleva. Nuestras miradas se cruzan un momento y mi sonrisa llena de malicia le deja claro a Maddie cuáles son mis intenciones.

Ella frunce los labios para disimular una sonrisa y le presta toda su atención a Audrey.

—¿Qué te parece si subimos y nos vestimos? —le pregunta a la pequeña.

Audrey asiente y de pronto recuerda algo.

—¿Podemos ponernos ya el disfraz?

Maddie abre la boca como si acabara de escuchar la idea más

maravillosa del mundo.

—Claro que sí —responde.

La niña sonríe y comienza aplaudir encantadísima.

Maddie echa a andar y, justo cuando va a cruzar la puerta de mi

estudio, se gira y me dedica un «buenos días, señor Riley» que me deja

absolutamente fulminado. Quiero follármela. Menuda novedad. Y quiero

follármela ya. Otra novedad.

Subo a la habitación poco después. Me cruzo en las escaleras con

Audrey, que baja como un rayo vestida de vaquera. Llama a Finn y, nerviosa, le explica que tiene que ayudarle a vestir a *Lucky*. Sonrío y sigo

subiendo. Desde luego nada mejor que un ex SEAL para esa tarea.

Sin embargo, cuando entro en la habitación, me olvido absolutamente

de todo. Maddie acaba de salir del baño retocándose su disfraz de india.

Un vestido marrón por encima de las rodillas con algunos motivos

navajos y un sexy brazalete a juego en la parte superior del brazo; pero lo

que hace que no pueda pensar con otra parte de mi cuerpo que no sea la polla son las dos trencitas que se ha hecho y la cinta de cuero rodeando su

cabeza a la altura de la frente, con dos plumas verdes sujetas a ella. Una india sexy en toda regla, que no va a salir de aquí por lo menos en la próxima hora. No quiero perder la oportunidad de poder follarme a

Pocahontas.

Cuando repara en mi presencia, sonríe y gira sobre sus pies.

—¿Qué tal estoy? —pregunta mordiéndose el labio inferior.

—Sabes de sobra cómo estás —digo, y una vez más no le he

contestado yo, lo ha hecho el león.

Cierro la puerta, corro el seguro y camino hasta ella. La beso con

fuerza y, desoyendo sus quejas sobre que la fiesta está a punto de empezar,

nos tiro contra la cama.

—No voy a moverme de encima de ti —la amenazo.

—No puedo quitarme el disfraz. La fiesta está a punto de empezar —

alega.

—No te preocupes, nena. No voy a quitártelo —respondo socarrón

dejando que mis manos vuelen por debajo de él.

La beso y la muerdo hasta hacerla gemir. Quiero que no pueda

concentrarse en otra cosa que no sea yo, pero entonces suena el timbre de

la puerta principal y un par de minutos después la voz de Audrey

llamándonos y gritando que el tío Bentley y la tía Lauren están aquí lo

inunda todo.

La chisto divertido.

—Dejémosla que nos busque por toda la casa. Hay muchas

habitaciones y ella tiene los pies pequeños. Tendríamos por lo menos una

hora.

Maddie sonríe y me empuja, pero no estoy dispuesto a rendirme tan

rápido, no cuando está vestida así. La agarro de las muñecas y las clavo contra el colchón al tiempo que la beso de nuevo.

Ella vuelvo a gemir. Mis caderas se balancea sobre las suyas y Maddie abre las piernas dándome acceso. Va a ser jodidamente increíble.

—¡Mami! ¡Papi! —grita tratando de abrir la puerta—¡Mami! ¡Papi! —

repite aún con más entusiasmo.

Maddie se echa a reír y yo me dejo caer a su lado. Resoplo

absolutamente frustrado mientras ella se levanta con una sonrisa.

—Mejor suerte la próxima vez, señor Riley —comenta socarrona saliendo de la habitación.

Yo me humedezco el labio inferior amenazante y la dejo huir, por ahora.

Bajo al salón unos diez minutos después. Llevo mis vaqueros y una camisa de cuadros con las mangas subidas hasta el antebrazo. No parecería que voy disfrazado de no ser por el chaleco y el gorro. Ventajas de ir de vaquero. Tampoco hubiese aceptado nada mucho más complicado.

—¡Feliz cumpleaños, capullo! —grita mi hermano Spencer con un tocado de indio gigantesco y dos rayas pintadas bajo cada ojo.

Yo le robo la cerveza y asiento malhumorado. Busco con la mirada a Maddie. ¿Dónde se ha metido? Ya que no puedo follármela, por lo menos, me la comeré con los ojos.

—¿Dónde está Bentley? —pregunta Spencer interrumpiéndome en mi misión.

—Yo qué coño sé.

Estoy barriendo la estancia buscando a Maddie y estoy a punto de escupir la cerveza cuando veo a Bentley y a Stevens besándose en mi puta terraza.

—Ahí está —digo señalándolo con el botellín.

Mi hermano mira hacia donde apunto y balbucea un «qué coño» absolutamente sorprendido.

—¿En serio? —inquiere.

—Yo qué sé —me quejo más enfadado que antes.

¿Qué coño está haciendo? Se supone que han roto. Su historia ha sido

una auténtica locura desde que empezó. ¿A qué demonios están jugando?

Bentley le dice algo a Stevens y, tras dedicarle una estúpida sonrisa, regresa al interior de la casa y se dirige pletórico a la cocina. Sin decirnos nada, Spencer y yo tenemos la misma idea y lo interceptamos en mitad del salón.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Spencer.

—¿Qué ha sido qué? —replica Bentley.

—Puedo volver a partirte las costillas sin ni siquiera pestañear, capullo.

Yo pongo los ojos en blanco. Si les dejo, está conversación puede durar años sin que saquemos nada en claro.

—¿Qué coño estás haciendo? Ya no te acuerdas de cómo acabó —le reto sin darle tiempo a responder—. Yo sí y la ciudad de Nueva York también, joder. Cortasteis en la puta Séptima Avenida.

—Dejadme en paz, ¿vale? —protesta.

—Eso no va a pasar, capullo —lo interrumpe Spencer.

—Pues entonces entended esto: no pienso contaros nada.

Saca dos cervezas heladas de la nevera y vuelve a la terraza ante nuestra atenta mirada. Tendría que haber dejado que Spencer le partiera las putas costillas. Stevens me cae bien, pero los dos lo pasaron demasiado mal. Espero que, por lo menos, sepan lo que están haciendo.

La fiesta continúa. Decido dejar de prestarle atención a Bentley y Stevens o acabaré pegándole un puñetazo a mi amigo y atándolo a una silla para que me cuente todo lo que pasa. Max se presenta con su nueva novia y los Hannigan no tardan en llegar. No quiero verlos aquí, sobre

todo a Maverick Hannigan. ¿Cómo es posible que mi enemigo público número uno no levante dos palmos del suelo? Va vestido de indio con un tocado lleno de plumas y un hacha de juguete con la que no para de golpear mis muebles de diseño. Creo que ha llegado el momento de que ese crío se largue de mi casa.

—Maverick va a acabar cogiéndote miedo —me reprende Maddie acercándose a mí.

Yo le doy un trago a mi cerveza y frunzo el ceño cuando veo cómo le cede el hacha a mi pequeña. Está ligando con ella, joder.

—Odio a ese crío —mascullo.

Maddie sonríe. Desde que ayer le conté lo que me había dicho Audrey, está encantada pensando que los Hannigan y ella acabarán siendo familia. Insinué lo de los internados, pero no tuvo ningún éxito.

Cuando veo cómo Audrey lo coge de la mano y se van corriendo a la sala de la televisión, dejo mi cerveza sobre la mesa y doy el primer paso para salir tras ellos. Maddie me agarra de la mano y me obliga a girarme.

—Sólo van a ver la tele —se burla de mí.

—Pienso mandarla a un internado —la amenazo.

—Los chicos trepan las paredes de los internados —vuelve a burlarse.

Yo miro a ambos lados para asegurarme de que nadie está reparando en nosotros, la cojo de la cadera y la llevo contra la nevera.

—Pienso castigarte por cada palabra.

Mis palabras hacen que automáticamente la respiración de los dos se

acelere.

—Lo veo justo, señor —musita.

¡Joder!

—Me alegro, porque pienso pasármelo muy bien —susurro

asegurándome de que mi voz ha sonado ronca y sensual.

La beso una vez lleno de fuerza, me separo de ella y comienzo a

andar. La primera etapa del castigo es torturarla y la primera etapa de la tortura es dejarla al borde de la combustión espontánea.

Después de soplar las velas y tomarnos una deliciosa tarta de

frambuesa y *mousse* de chocolate blanco, poco a poco, todos van

marchándose. Spencer y yo volvemos a acorralar a Bentley en la puerta

principal, pero el capullo no suelta prenda.

Cuando regreso al salón, Maddie y James Hannigan están ayudando a

la señora Aldrin a recoger.

—Será mejor que me vaya —dice James—. Se ha hecho tarde y

mañana Maverick tiene partido de béisbol en el parque.

Nunca me ha caído bien, y sé que el sentimiento es mutuo, pero

extrañamente nos hemos acostumbrado a convivir. Si alguien lo tirara al

metro, creo que lo echaría de menos, y estoy completamente seguro de

que este sentimiento también es mutuo, en todos los sentidos.

—Voy a avisar a los niños —dice Maddie.

—Te acompaño —añado dejando mi cerveza sobre la isla de la

cocina, con la mirada clavada en Hannigan.

Sigo a Maddie escaleras arriba. Su perfecto culo me distrae y por un

momento olvido que el gilipollas está en mi salón. En el trozo de pasillo

hasta la habitación de Audrey, pienso en acorralarla contra la pared una decena de veces, pero me contengo. Está cerca de arder en su propio deseo, lo presiento, y no quiero renunciar a ver cómo me suplica que la toque.

Maddie se adelanta un paso y se asoma a la habitación. Sin embargo, justo cuando va a cruzar el umbral, se para en seco y se lleva las manos a la boca con una sonrisa enorme. Yo frunzo el ceño y me asomo al cuarto.

¿Qué coño pasa?

Joder.

Mi pequeña está sentada en el suelo justo delante del tipi de juguete que le regalamos por su cumpleaños y Maverick, de rodillas, le está dando un inocente beso en los labios.

Maddie me mira con la misma sonrisa en los labios y después vuelve su vista hacia ellos.

Yo los observo y no sé si reír o llorar. Maverick Hannigan puede alegrarse de que la pistola que llevo en los vaqueros sea de juguete. Me quedo con el internado de Irlanda. Resoplo notando cómo el corazón va a atravesarme las putas costillas. Es mi pequeña. Si el muro es pequeño, contrataré a un escuadrón de guardias armados hasta los dientes.

—Es muy dulce —susurra Maddie alejándose de la puerta.

Yo la miro y frunzo el ceño un poco más. No es nada dulce, joder.

Vuelvo a mirar a mi pequeña, que ahora juega encantada con un montón de caballos esparcidos por el suelo de parqué.

—A mí no me ha parecido nada dulce —gruño a punto de entrar en la habitación y tener una charla de lo más interesante con Maverick

Hannigan.

Maddie sonríe y tira de mi brazo, alejándome de la puerta. Sabe demasiado bien lo que estoy pensando hacer.

—Siempre va a quererte —susurra colocando sus manos en mi pecho.

Yo resoplo con fuerza.

—Me querría igual si la encerrara en una torre de marfil.

Maddie ríe escandalizada y me golpea en el hombro.

—Riley —me reprende.

—Se la llenaría de juguetes —me defiendo.

—Eres un cavernícola —se queja divertida. Yo pongo los ojos en blanco. Me da igual lo que me diga. Tengo razón— y un controlador… pero te quiero.

Sus palabras me hacen volver a centrarme en ella. Nuestra burbuja se ha construido a nuestro alrededor en cuestión de segundos.

—¿Qué puedo hacer? —añade—. Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi.

Yo sonrío y me acerco un poco más a ella. Mis manos se deslizan hasta anclarse a sus caderas y, sin quererlo, estamos muy cerca.

—Pues, ¿sabes?, creo que somos dos —replico con la voz enronquecida—. Hubiese trepado el muro de cualquier internado por ti —añado socarrón.

—Qué romántico —se burla.

—¿Un cavernícola romántico?

—Humm, una descripción que se aproxima bastante —murmura con

la voz bañada de deseo y sus ojos bailando de los míos a mis labios.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla con el reverso de los dedos. Ella sonríe tímida, nerviosa, abrumada, y el león que llevo dentro se despierta y ruge con fuerza.

—Te quiero, señora Riley.

—Te quiero, señor Riley.

Nunca me cansaré de oírselo decir.

Alzo de nuevo la mano y la coloco en su cadera.

—Ven aquí —le ordeno atrayéndola hasta que nuestros cuerpos chocan.

Nunca me cansaré de sentirme exactamente así.

Suena *Unconditionally*, [25] de Katy Perry.



En un viejo apartamento del West Side

Este relato es la respuesta al «¿qué hubiera pasado si…?» que tantas veces se ha preguntado Ryan. Nos muestra cómo hubieran sido las cosas si Maddie y él se hubieran conocido seis años antes.

—¡Feliz 2008! —grita Bentley con una gilipollez de sombrerito y un matasuegras en cuanto Spencer abre la puerta.

Yo los observo con una media sonrisa desde la puerta de mi habitación. Termino de abotonarme la camisa y los sigo hasta el salón.

—Capullo, estamos a 22 de diciembre, ¿qué haces con toda esa mierda? —le pregunto caminando hasta el frigorífico.

Él se encoge de hombros y se acerca al sofá dispuesto a sentarse,

pero Spencer lo intercepta con un placaje digno de la Super Bowl y lo deja caer sobre el tresillo hecho un guiñapo.

—Te lo debía —le espeta divertido sin ningún remordimiento—. Que sea la última vez que le dices a una chica que tengo ataques de doble personalidad para poder ligártela.

Se sienta a su lado. Bentley se incorpora y se lleva la mano al costado gimoteando.

—Si te sirve de consuelo, no fue el polvo de mi vida.

Spencer recupera su cerveza de la pequeña mesa de centro y le da un trago mientras sopesa las palabras de Bentley.

—La verdad es que sí, me sirve.

Yo disimulo una sonrisa escuchando a estos dos gilipollas mientras me abro una Budweiser helada. Mi móvil comienza a sonar. Lo saco, miro la pantalla y pongo los ojos en blanco. Es mi padre otra vez. No quiero hablar con él.

Abandono mi iPhone sobre la isla de la cocina, me dejo caer en el sillón y pongo los pies sobre la mesita de centro.

—Cómprate otras putas zapatillas —se queja Bentley mirando mis viejas Adidas.

—Métete en tus putos asuntos —replico.

Bentley niega con la cabeza y se deja caer una vez más en el tresillo.

Me encantan estas zapatillas y no están viejas, joder, están gastadas. Si fuera un pijo de mierda, como mi queridísimo amigo, las mandaría a pulir cada semana y me compraría unas nuevas en el primer instante en que se vieran mínimamente gastadas. Pero entonces no serían unas zapatillas, sería un puto anuncio de Ralph Lauren.

Bentley vuelve a incorporarse con una sonrisa, como si cayera en la cuenta de algo, y da una palmada para avisarme de un inminente anuncio.

—La fiesta de esta noche va a estar genial —comenta pletórico—. Es en El escorpión y el sapo, un pub de mierda cerca de Amsterdam Avenue.

Yo pongo los ojos en blanco otra vez. Ya van dos veces desde que puse los pies en el salón. No comprendo por qué se empeña en ir a esa clase de fiestas. Son un puto coñazo.

—No entiendo por qué tenemos que ir a esa fiesta —protesto—. Estará llena de crías de dieciocho años.

—Por eso vamos —responde como si fuera obvio.

—¿Qué coño te pasa? —me quejo—. Ya necesitas hacerte el interesante para ligar usando tu edad.

—¿Y qué coño te pasa a ti? —se queja él—. No quieres desenvolver un regalito recién llegado de Nebraska o Dakota del Sur con sus sueños de conocer la gran ciudad intactos y pensando que aquí encontrará a su príncipe azul.

Divertido, disimulo una nueva sonrisa. Es un cabronazo.

—Y las pobres desgraciadas se encuentran contigo —lo interrumpe socarrón Spencer.

—O con éste —me señala Bentley—... y mejor que se encuentren conmigo. Yo no les echo el polvo de sus vidas y las despido a la mañana siguiente con una palmadita en el culo sin haberles dicho ni mi nombre.

Los dos me miran y yo me encojo de hombros a la vez que le doy un trago a mi cerveza. No tengo que darles ninguna puta explicación.

Se oye un ruido al fondo del pasillo y unos tacones repiquetean por el parqué cada vez más próximos.

—Entonces, vamos, ¿verdad? Porque...

Bentley no termina la frase. Se ha quedado embobado con lo que sea que hay a mi espalda.

—Adiós, Ryan —oigo la voz de Marisa tan solícita como siempre.

A veces es un jodido fastidio. No entiendo por qué no puede marcharse sin más.

—Adiós —respondo con indiferencia sin ni siquiera mirarla.

—Dile a Savannah que la llamaré esta tarde —le comenta a Bentley, y éste asiente.

No la veo, pero sé que está ahí de pie esperando a que diga algo que no voy a decir y lo cierto es que ni siquiera entiendo por qué lo hace.

Siempre le he dejado muy claro lo que hay entre nosotros. Ella es la que se empeña en creer que las cosas son diferentes.

Finalmente oigo pasos y, unos segundos después, la puerta cerrándose.

—Te juro por Dios que no lo entiendo —comenta Bentley con la mirada aún perdida en el descansillo—. Esa chica está buenísima y te sigue como un puto perrito y ni siquiera es la única. La vida es muy injusta, joder —sentencia consternado.

Yo me levanto con la sonrisa en los labios.

—Son las zapatillas, capullo —le digo inclinándome sobre él justo antes de echar a andar.

—Cabronazo —me responde a la vez que me tira el mando de la tele,

que esquivo sin problemas.

—Es mi puta tele, gilipollas —me quejo divertido.

Bentley me enseña el dedo corazón y yo sonrío pensándome si torturarlo un poco más o no contándole que Marisa llegó esta mañana temprano, justo después de que se fuera otra chica de la que no recuerdo ni su nombre.

En ese mismo instante, Spencer lo coge del brazo y se lo retuerce hasta que le hunde la cabeza en el cojín.

—Sois dos imbéciles de mierda y no le importa a nadie, joder —se queja mi hermano—. Callaos de una puta vez.

Bentley se revuelve y le da un puñetazo a Spencer en el estómago. Mi hermano lo suelta y él se levanta victorioso.

—Y ahora voy a por ti, capullo —me anuncia señalándome amenazador con el dedo.

Yo me río de él sin ningún disimulo. Voy a darle la paliza de su vida, pero entonces mi móvil vuelve a sonar. Es mi padre otra vez, así que rechazo la llamada. Spencer me mira y resopla, dejándome claro que no le parece bien lo que estoy haciendo. Apenas un segundo después, es su móvil el que comienza a sonar. Lo saca del bolsillo de sus pantalones de traje, mira la pantalla y lo gira a la vez que lo levanta para que yo también vea quién llama. Era de esperar que, al no cogérselo, mi padre lo llamaría a él.

—Va a seguir insistiendo —me anuncia, y sé que tiene razón.

Mi hermano se levanta y tira su smartphone, que sigue sonando, sobre el sofá.

—Habla con él —me pide Spencer.

Yo los miro a los dos y ellos me observan a mí. Sé que lo hacen por

mi bien, pero no necesito que me den la charla, ni que me digan lo que tengo que hacer, joder. Me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero

no lo son. Es inútil hablar de algo que nunca va a cambiar, resulta más fácil dejar de intentarlo.

—Voy a darme una ducha —comento dando el tema por zanjado.

Salgo del salón y oigo refunfuñar a Spencer. Soy plenamente

consciente de que piensa que me convendría hablar, pero me conoce

demasiado bien como para saber que no voy a hacerlo.

A eso de las nueve, cojo las llaves del Mustang y salgo de mi

apartamento. Tengo que pasar por el Upper East Side a recoger a Bentley.

Se pasa todo el camino intentando convencerme de que la fiesta va a estar

genial. Al final, el muy gilipollas consigue hacerme reír explicándome

que esta vez no va a irse de la fiesta hasta que consiga que dos chicas acepten hacer un trío con él y, a ser posible, una de Tennessee y otra de Nueva York. «Quiero que norte y sur se reconcilien de una vez por todas»,

añade.

Aparco a un par de calles y nos damos una carrera hasta el local.

Hace muchísimo frío, joder.

El sitio está atestado de gente y, como ya sabía, lleno de crías.

Llegamos hasta la barra y me pido un Jack Daniel’s con hielo.

—Deberías estar encantado de estar en un bar lleno de monadas —

comenta Bentley.

—Son crías, joder. Yo quiero una mujer de verdad, que folle de

verdad. No quiero tener que pasarme la noche diciendo «confía en mí»

cada vez que cambie de postura.

Bentley sonríe, sabe que tengo razón. Va a decir algo, pero entonces se fija en un grupo de chicas que hay justo en el centro del local.

—¿Cuántos años crees que tienen? —me pregunta con una sonrisa en los labios.

Yo lo miro y pongo los ojos en blanco. Todavía no he entendido por qué aún no le he pegado un tiro. A regañadientes, miro a las chicas. Hay una rubia que está bastante buena y con un culo de escándalo y una chica morena muy guapa, pero con cara de pocos amigos. No me interesan lo más mínimo, pero entonces la rubia alza la mano y da un silbido como si tratara de pillar un taxi y otra chica se acerca a ella. No es nada espectacular. Castaña, con el pelo ondulado, menudita y un cuerpo bonito. Se quita la chaqueta y se alisa nerviosa su vestido rojo. Le presto más atención y me doy cuenta de que tiene unas piernas increíbles. Su amiga la coge de las manos obligándola a separarlas de su vestido y acto seguido le hace dar una vuelta. Involuntariamente sonrío. Seguro que se lo ha comprado hoy, nerviosa por no saber qué ponerse para su primera fiesta de Navidad en la gran ciudad. Se gira tímida y se muerde el labio inferior. Joder, ese simple gesto hace que se me ponga dura de golpe.

Cabeceo y decido dejar de mirarla. Es una cría, por el amor de Dios, estoy seguro de que ni siquiera tiene edad para beber aquí.

—Son unas crías, joder —me quejo malhumorado.

Bentley pone los ojos en blanco y también se vuelve.

—La rubia me gusta —comenta cogiendo un par de minipretzels de un cestito.

—La rubia tiene pinta de destrozarte con un polvo —replico burlón.

—Capullo —protesta y se sacude las manos para quitarse la sal de los dedos.

Seguimos charlando de gilipolleces sin importancia, pero, antes de que me dé cuenta, vuelvo a buscarla con la mirada. Sigue en el mismo sitio, hablando y riendo. También involuntariamente comienzo a fijarme en pequeños detalles, como la manera en la que frunce el ceño cuando algo la deja fuera de juego o cómo se alisa la falda del vestido cada vez que está nerviosa.

Cuando me doy cuenta de todo el tiempo que llevo observándola, resoplo malhumorado y aparto mi mirada de ella.

¿Qué coño te pasa, Riley? Es una cría, joder. No te duraría ni diez minutos.

Soy vagamente consciente de que dos chicas se acercan a Bentley. Él las saluda con una sonrisa y ellas comienzan a hablar nerviosas sobre lo divertida que es la fiesta, la buena música que suena y lo genial que es Nueva York. Una de ellas se atreve a preguntar por nuestros nombres y yo resoplo de nuevo mientras me llevo la copa a los labios. No me interesan lo más mínimo.

Bentley se da cuenta e intenta ser lo suficientemente simpático por los dos, pero, cuando las chicas ven que no las he mirado ni una sola vez, deciden darse por aludidas y marcharse.

—Cabronazo —se queja—, venimos aquí a ligar. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

Yo lo miro francamente mal y vuelvo a perder mi mirada en la

inmensa pared llena de botellas tras la barra. Ni siquiera me molesto en contestarle, lo que no impide que siga farfullando malhumorado.

De pronto cada músculo de mi cuerpo se tensa y la sangre se vuelve adrenalina en mis venas. Es como si todo mi cuerpo se anticipase a lo que va a ocurrir y sienta cómo. Un universitario cualquiera se aparta sosteniendo seis botellines entre las dos manos y me deja frente a ella.

—Un Martini Royale, por favor —le pide a la camarera.

La chica la ignora y se dirige al otro extremo de la barra. Ella se muerde el labio y busca con la mirada a otro camarero. Joder, ahora mismo sólo puedo pensar en follármela sobre la barra.

—Por favor… —intenta llamar a otro camarero, que pasa como un ciclón junto a ella sin ni siquiera dejarla terminar la frase.

—Nadie va a servirle una copa a una cría como tú —comento con la vista perdida en las botellas.

De reojo puedo ver cómo frunce el ceño y me observa unos segundos.

—¿A qué ha venido eso? —se queja.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto socarrón.

—Los suficientes para estar aquí —contesta muy digna.

—No lo creo.

Está enfadada y yo no puedo evitar sonreír.

—Voy a tomar una copa —comenta con esa misma dignidad y un toque de exigencia, como si pretendiese demostrarme algo.

—No deberías beber —le digo burlón, pero en el fondo también hay

una pizca de advertencia, de preocupación, y eso me incomoda.

—El local es muy grande —se defiende—, puedo pedir una copa en el otro extremo de la barra.

Da unos pasos para alejarse, pero yo la cojo de la muñeca y la giro de nuevo. Es la primera vez que toco su piel y una corriente eléctrica me atraviesa. Por cómo se tensa su cuerpo, sé que ella también lo ha notado.

—Si vas a beber, vas a hacerlo conmigo —sentencio atrapando su mirada. Tiene unos ojos verdes increíbles.

Soy plenamente consciente de que esto es ridículo. No es nada mío. No tengo que protegerla. Pero de pronto me la imagino borracha y vulnerable en manos de cualquiera de estos gilipollas que se la comen con los ojos y una punzada de rabia me llena los pulmones de golpe.

Además, ella no se mueve ni intenta zafarse de mi mano. Está nerviosa, respira acelerada, tímida, y yo me descubro absolutamente encantado de cómo cada centímetro de su cuerpo está reaccionando al mío. Un animal fabricado de puro instinto y deseo se despierta dentro de mí. Nunca me había sentido así.

En lugar de pedirle una copa, le tiendo la mía. Ella la coge despacio, entreabre los labios y, aún más lenta, casi agónicamente, se lleva la copa hasta ellos. Joder, es la cosa más sexy que he visto en mi vida y lo peor es que podría jurar que ni siquiera lo está haciendo a propósito. Es inocencia y sensualidad a partes iguales.

Toma un sorbo y el líquido amargo le hace cerrar los ojos y exhalar todo el aire. Yo escondo la sonrisa sincera que me provoca en otra más dura y, al verme, ella entorna la mirada. Piensa que me estoy riendo por cómo ha reaccionado y

rápidamente se lleva el vaso a los labios dispuesta
a demostrarme que no es ninguna niña y sabe beber, aunque es obvio que no es cierto. Yo la detengo poniendo mi mano sobre la suya e, igual de despacio que ella se lo llevó a sus labios por primera vez, recupero mi vaso. Tiene una boca increíble, dulce, sensual, perfecta. Separo el índice del cristal y suavemente acaricio su labio inferior. Ella gime bajito y ese simple sonido me enciende por dentro.

Sólo puedo pensar en tocarla, pero mi autocontrol regresa justo a tiempo para recordarme que no es más que una cría.

—A estas horas deberías estar ya en la cama o Santa Claus no te traerá nada por Navidad —susurro socarrón.

Ella me asesina con la mirada, absolutamente conmocionada de pura rabia, y yo me incorporo con una incipiente sonrisa en los labios. No dice nada, pero estoy completamente seguro de que, si no lo hace, es porque está tan furiosa que las palabras se niegan a atravesar su garganta. Sin embargo, ninguno de los dos desata nuestras miradas y yo estoy empezando a olvidar por qué sencillamente no puedo meterla en mi cama.

—Maddie —la llama la misma chica rubia con la que estaba, acercándose a ella —, te sirven esa copa, ¿o qué?

Levanto mis ojos de ella despacio, casi a regañadientes, y vuelvo a centrarme en Bentley y Spencer. De reojo puedo ver cómo ella niega con la cabeza sin dejar de mirarme y su amiga rubia le señala uno de los camareros en el otro extremo de la barra.

—Es amigo de un amigo —le explica—. Él nos pondrá las copas.

La sigo con la mirada hasta que llega al otro extremo de la barra. Su

amiga se inclina sobre la barra prácticamente hasta echarse sobre ella y le pide dos copas al camarero. Él protesta un poco, pero al final las sirve.

Ella se da cuenta de que la observo, y sus ojos verdes, a pesar de la distancia, brillan aún más intensos. Sigue enfadada, pero también está abrumada, sobrepasada.

El camarero le presta más atención de lo que esperaba y todo mi cuerpo se tensa de nuevo. Si no es nada mío, ¿qué coño me importa? Parece que tenga quince putos años.

Decido volver a prestarle atención a Bentley y Spencer y a la gilipollez que sea que estén comentando. Sin embargo, antes de que me dé cuenta, vuelvo a buscarla con la mirada. Joder, sigue hablando con ese puto gilipollas. Cierro los puños con rabia. Ahora mismo sólo puedo pensar en ir hasta allí y follármela hasta que pierda el conocimiento.

Entonces ella niega un par de veces lo que sea que él le está diciendo, se aparta unos pasos y le hace un gesto a su amiga para que se vayan.

Me sorprendo a mí mismo echando todo el aire que había contenido involuntariamente en los pulmones y me sorprendo aún más cuando abro los puños. Instintivamente me estaba preparando para ir a partirle la cara a ese imbécil.

—Ryan —me llama mi hermano, pero no le presto atención. Joder, he estado a punto de perder el control. Odio perder el control—. ¡Ryan! —me llama de nuevo.

—¿Qué quieres? —respondo arisco.

Mi hermano me observa con el ceño fruncido y automáticamente

lleva su mirada donde estaba clavada la mía.

—¿Qué coño te pasa? —pregunta extrañado.

—Nada, joder. Sois una puta tortura.

—Y tú, un encanto.

Entorno la mirada y Spencer se encoge de hombros. De verdad son una puta tortura.

—¿Has hablado con papá? —pregunta.

Yo resoplo y miro al camarero para que me sirva otro bourbon. Creo que es el tercero.

—Spencer, no es el puto momento.

—Y, para hablar contigo, ¿cuándo es el momento, Ryan? —pregunta mordaz.

Yo farfullo un «joder» sin ni siquiera mirarlo. No quiero hablar, y él tiene que entenderlo de una maldita vez.

Bentley regresa de dónde quiera que se hubiese metido con una sonrisa de oreja a oreja.

—Maine y Carolina del Sur, ¿quién se apunta?

Apuro el bourbon de un trago y asiento. Necesito calmarme, dejar de pensar.

Mi amigo sonríe encantado y me hace un gesto para que lo siga.

Nos guía entre el local abarrotado hasta llegar prácticamente al fondo. Se detiene en seco y, frustrado, mira hacia los lados.

—No están, joder —se queja.

—Deben de haber huido de ti —bromeo.

Estamos a punto de largarnos cuando Bentley pierde su mirada entre

la gente y sonríe como el gilipollas más grande sobre la faz de la tierra.

Apenas un segundo después, la rubia que miraba embobado se acerca con la misma estúpida sonrisa. En cualquier otro momento habría puesto los ojos en blanco y simplemente me habría marchado, pero ahora todo mi cuerpo está tenso, expectante: Maddie viene con ella.

Cuando me ve, frunce el ceño molesta y se detiene en seco. Yo no puedo evitar sonreír. Verla enfadada me resulta adorable.

La música se para de golpe y *Four Minutes*, [26] de Madonna, Justin Timberlake y Timbaland, comienza a sonar.

—¡Sí! —comenta satisfecha la chica rubia—. Ha puesto la canción que le pedí.

Bentley le señala la pista de baile improvisada en el centro del local y ella sonríe encantada.

—Vamos a bailar —le propone cogiéndolo de la mano.

Los dos desaparecen en apenas segundos. Maddie me mira realmente mal y se gira para seguir a su amiga. Joder, de eso nada. No va a marcharse.

—Tú no vas a ninguna parte.

Mis palabras la detienen en seco. Esta vez no la toco. No se lo ha ganado. Quiero que entienda que el control aquí lo tengo yo, y quiero que lo sepa al margen de lo que mi mano en su muñeca o cualquier parte de mi cuerpo sobre el suyo le haga sentir.

Ella vuelve a suspirar bajito. Todo mi cuerpo se enciende, pero no me permito dar ninguna muestra de ello.

—Puedo ir adonde quiera —me desafía en un susurro.

Niego con la cabeza despacio sin apartar mi mirada de la suya.

Ella vuelve a suspirar. Joder, creo que va a estallarme dentro de los putos pantalones.

Una suave electricidad nos rodea, haciéndolo todo aún más intenso, temerario y desconocido.

—Voy a irme a bailar —casi tartamudea.

Yo doy el último paso que nos separa y coloco mi mano en su cadera.

Ella prácticamente contiene un gemido y yo exhalo todo el aire de mis pulmones.

Me inclino despacio y dejo que el aire cálido de mi respiración se impregne en su cuello. No mueve un solo músculo. Su cuerpo ahora mismo me pertenece. Alzo la cabeza lentamente, sin rozarla, pero tan cerca que pueda sentir cada centímetro de piel por donde avanzo.

Cuando vuelvo a atrapar su mirada, le dedico mi media sonrisa más presuntuosa.

—Ahora ya puedes ir adonde quieras —susurro.

Ella no reacciona y yo, por un momento, no sé si seguimos jugando o no. Ahora mismo sólo puedo pensar en besarla. Joder, es preciosa. No sé cómo no me he dado cuenta hasta ahora.

Me inclino un poco más.

La música es atronadora, pero yo sólo soy capaz de escuchar su respiración acelerada.

Me aferro aún más posesivo a su cadera. Quiero tocarla.

En un último segundo de cordura, me doy cuenta de que estoy a punto

de perder el control y es todo lo que necesito para parar. Nunca he perdido el control con ninguna chica y no pienso empezar con ella.

Suspiro hondo. Me separo de Maddie y mi sonrisa se ensancha a la vez que se vuelve aún más arrogante.

Ella tarda unos segundos, pero, cuando al fin reacciona, frunce el ceño enfadadísima y se aleja con el paso decidido. Está hecha una furia.

Al llegar a la barra, me pido otro bourbon y me lo bebo de un trago.

¿Qué coño me está pasando? Es una cría y yo no me reconozco, joder.

Apoyo un lado del vaso sobre la madera barnizada de la barra y lo hago girar entre mis dedos. Da igual todo lo que me diga a mí mismo. Quiero estar con ella. Lo único que tengo que hacer es sencillamente lo que he hecho siempre, joder. Mantener el puto control.

Vuelvo a buscarla, pero no la encuentro. Miro hacia donde la gente hace algo parecido a bailar, pero sólo veo a Bentley desplegando sus encantos con la rubia. No hay rastro de Maddie. Echo un vistazo al local y al fin la encuentro, prácticamente en el otro extremo, colocándose el abrigo y caminando hacia la salida.

Recojo mi abrigo camino de la puerta y la sigo. Salgo del local y miro rápidamente a mi alrededor. Maddie está apenas a unos metros.

—Te vas un poco pronto —comento acercándome a ella con el paso tranquilo.

—La fiesta estaba siendo un poco aburrida. Gente demasiado mayor.

Sonrío. Sigue enfadada.

—A lo mejor es que tú eres demasiado pequeña.

Ella se cruza de brazos y resopla. Ahora está aún más enfadada.

—¿Dónde vives? —inquiero.

—En el Village —respondemos al unísono.

Estoy siendo más capullo de lo habitual, pero es que todas las chicas como ella viven en el Village. Además, hacerla rabiar es divertidísimo.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta muy digna.

—No, para nada —digo, e intento disimular una sonrisa. Sobra añadir que tampoco me esfuerzo mucho.

Ella parece enfadarse todavía más, resopla y, sin decir nada, empieza a caminar calle arriba. Yo la observo alejarse y resoplo malhumorado. No quiero que se vaya. Esto ha dejado de tener gracia, joder.

—Vas a helarte.

—Prefiero morirme de frío a pasar otro minuto más contigo —replica volviéndose—. No eres tan irresistible —sentencia impertinente cruzándose de brazos por el frío.

Yo me humedezco el labio inferior y sonrío fugaz. No tengo claro que me guste que me esté plantando cara. Cruzo la distancia que nos separa colocándome otra vez muy cerca de ella, haciendo que su cuerpo responda como sabía que lo haría.

—Te creería si no te estuvieran temblando las rodillas —susurro.

—Tengo que irme —musita muy poco convencida.

No se mueve y yo no levanto mis ojos azules de ella. Tras una porción de tiempo indefinido, agacha la cabeza y se muerde el labio inferior con fuerza. Finalmente camina con el paso acelerado hasta el borde de la acera. Un taxi aparece girando por la 72 y ella alza la mano.

—Adiós —susurra justo antes de meterse en el coche.

Todo mi cuerpo no para de gritarme que la cargue sobre mi hombro, la meta en mi cama y no la deje salir en una semana.

—Adiós —respondo.

Esto es una maldita locura. La deseo. La deseo como no he deseado nada en toda mi vida.

Cuando el despertador suena exactamente a las siete de la mañana, resoplo con fuerza y un humor de perros, y clavo mi mirada en el techo. No he podido quitarme a Maddie de la cabeza. Ayer estuve a punto de hacer una tontería como traérmela a casa, y eso no puede pasar. Una cosa es jugar en un bar de mala muerte y otra cosa es acabar enredado con una cría que no es para mí.

En la oficina el día es tedioso y aburrido. Mi padre quiere que me familiarice con cada departamento y aprenda cuáles son sus funciones básicas, pero, si de verdad quiere que estas reuniones me sean mínimamente provechosas, no debería contratar a auténticos gilipollas como directores de departamento. Para colmo de mis males, hoy me toca Marketing. Son todos unos putos *vendemotos*.

En la reunión me limito a sentarme y fingir que me interesa lo que me dicen. Algo infinitamente más complicado de lo que parece, teniendo en cuenta que la mitad del tiempo alardean de haber resueltos problemas cuya solución resultaría obvia hasta para un preescolar y la otra mitad, diciendo gilipolleces.

Lo único mínimamente interesante es una chica, una tal Stephanie Martin, creo que me ha dicho cuando se ha presentado. Es una de las

nuevas ejecutivas júnior. No para de hacerme ojitos y dedicarme una sonrisa inmensa cada vez que la miro. Cualquier otro día ya habría decidido tirármela, pero hoy no. No sé qué me pasa, joder.

Llaman a la puerta y una chica entra con paso titubeante. Se acerca a Di Agello, el jefe de departamento, y le comenta algo al oído. Él asiente y le hace un gesto para que se dé prisa.

—Señor Riley —llama mi atención—, si le parece bien, nos servirán un pequeño refrigerio para amenizar la mañana.

Miro el reloj. Apenas son las once, por el amor de Dios. Asiento a regañadientes y me contengo para no despedirlos a todos en este preciso instante. Son una puta pandilla de perezosos.

La misma chica vuelve a abrir la misma puerta y otra más alta y morena entra empujando un carrito de servicio con termos de café, jarritas de leche, cucharillas y todo lo demás.

Estoy inquieto, incómodo. No quiero estar aquí, pero todo eso se esfuma cuando veo entrar a una segunda chica; joder, es ella, es Maddie.

Lleva una bandeja enorme llena de sándwiches y otros aperitivos. Parece pesada y es obvio que lo es cuando suspira tras dejarla en el carrito. Yo me permito observarla sin importarme lo más mínimo resultar descarado o no. Lleva unas Converse negras, unos simples vaqueros y un polo negro con el logo de la empresa de cáterin serigrafiado en la parte superior derecha. Gracias a Dios el mandil también negro que lleva atado a la cintura no es muy largo y puedo disfrutar de esas piernas tan increíbles. Se ha recogido su melena castaña en una sencilla coleta. Sin maquillaje, sin tacones. Y creo que es toda esa sencillez la que hace que esté jodidamente

preciosa.

Asiente a lo que su compañera murmura y esboza una tímida sonrisa.

Sin ni siquiera darme cuenta, yo también lo hago y creo que los pantalones van a estallarme al ver cómo vuelve a morderse el labio inferior cuando su compañera le señala la bandeja de pequeñas jarritas de diseño de porcelana blanca llenas de leche. Apuesto a que es su primer día.

Finalmente cuadra los hombros, sonríe y coge la bandeja con mucho valor autoinfundido. Y yo, como un gilipollas, no puedo evitar volver a sonreír.

Ahora de verdad que no te reconozco, Riley.

Se gira y, con cuidado, sigue a su compañera. Va colocando jarritas de leche donde la otra deja tacitas con café. A un par de ejecutivos de mí, alza la cabeza, como si algo le dijese que debe hacerlo, y al fin nuestras miradas se encuentran. Sus espectaculares ojos verdes se abren como platos y por un momento se queda paralizada. Su compañera sirve diligente a los ejecutivos y apenas un par de segundos después deja un *ristretto* frente a mí. Normalmente me lo tomaría solo, pero acabo de decidir que hoy no.

—Leche —digo sin más con una presuntuosa media sonrisa.

Puede que se escapara en aquel taxi, pero el control aquí lo sigo teniendo yo.

Su compañera la mira y ella tarda un segundo de más en reaccionar.

Cuando al fin lo hace, frunce el ceño enfadada, vuelve a cuadrar los hombros y se dirige con el paso acelerado y mentalizado hasta mí. Deja la leche a mi lado sin delicadeza, aunque tampoco sin ser lo suficientemente brusca como para llamar la atención de alguien más, y sigue a su

compañera.

Me dispongo a observar sin ningún disimulo cómo sirve a los

ejecutivos al otro lado de la mesa, pero le comenta algo a su compañera,

camina, casi corre, hasta el carrito para dejar la bandeja y sale de la sala.

¿Qué coño ha pasado?

Sin dudarlo, me levanto. El señor Di Agello automáticamente se frena

en su discurso y todos me miran esperando a que dé algún tipo de

explicación. Yo, de nuevo, tengo que hacer un esfuerzo titánico para no

poner los ojos en blanco y, sin más, camino hasta la puerta.

Son como putos perritos. Me ponen de mal humor.

Miro a ambos lados y veo a Maddie casi al fondo del pasillo que

lleva al ascensor. Salgo tras ella y, al oír mis pasos, acelera los suyos como si instintivamente supiese que soy yo.

—Para de una vez —le digo tomándola de la muñeca y obligándola a

girarse sin ninguna delicadeza, otra vez.

—¿Qué quieres? —pregunta arisca zafándose de mi brazo.

Entorno la mirada. ¿Por qué coño está tan enfadada?

—¿Qué demonios te pasa? —pregunto malhumorado.

—No, ¿qué demonios te pasa a ti? —replica insolente—. Estoy

trabajando, no jugando.

Yo me llevo las manos a las caderas.

—Ya veo cómo trabajas —digo en un bufido—. Has dejado sin leche

a la mitad de la reunión.

Ella resopla exasperada y cierra los puños con fuerza junto a los

costados.

—Deja de reírte de mí —se queja casi en un grito.

Abro la boca dispuesto a decirle que, si quiere que deje de reírme de ella, debería dejar de comportarse como una cría, pero unos pasos al fondo del pasillo nos interrumpen. Adivino más que veo a su compañera, que habrá salido a buscarla. No quiero más interrupciones, así que echo un rápido vistazo a mi alrededor, la cojo de la muñeca y rápidamente tiro de ella hasta hacerla entrar en una pequeña habitación a mi espalda. Es el archivo de *Spaces*. Nadie nos molestará aquí.

Cierro la puerta y ella se gira indignada.

—¿Qué te crees que haces? —se queja.

Y yo otra vez quiero decirle que es una cría y que deje de ser tan impertinente, pero, en lugar de eso, sin ni siquiera saber por qué, antes de que el impulso cristalice en mis pulmones y en mis venas, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza a la vez que la llevo contra la pared.

Sus labios son aún mejores de lo que me había imaginado, joder.

Ella protesta, forcejea e intenta apartarme, pero poco a poco nuestros labios la van convenciendo y, sin más, se rinde por completo.

Maddie coloca sus manos en mi pecho y se aferra con suavidad a las solapas de mi chaqueta. Otra vez un simple gesto que sirve para que mi cuerpo se encienda y arda.

—Tengo que irme —susurra contra mis labios, pero no se mueve un ápice.

—De eso nada, joder.

No voy a permitir que vuelva a huir de mí.

Deslizo una de mis manos por su costado y la anclo en su cadera. Ella

gime bajito y siento cómo se derrite entre mis brazos.

—Por favor —gimotea—, tengo que irme.

Me separo a regañadientes y la miro directamente a los ojos. Sin

embargo, ella no me lo permite, rompe nuestras miradas y clava la suya

en mi corbata. Está aún más nerviosa y más abrumada y algo dentro de mí

se relame por eso.

—Lo siento —musita con una voz casi ininteligible.

Y, sin volver a mirarme, sale disparada de la habitación.

La veo alejarse y sólo puedo pensar en comportarme como el

cavernícola en el que me convierto cuando la siento cerca y traerla a la fuerza hasta aquí, o hasta mi maldita cama.

Me paso las manos por el pelo y resoplo exasperado. Es una cría,

joder, y yo tengo que dejar de pensar con la polla y darme cuenta de que

no es para mí.

Me recoloco la chaqueta, salgo de la pequeña habitación y regreso

con el paso decidido a la reunión. En cuanto entro en la sala de

conferencias, tengo perfectamente claro dónde está Maddie. Creo que lo

sabía incluso antes de abrir la maldita puerta. Paso por su lado haciendo un esfuerzo titánico por no mirarla. Me siento en la silla y le hago un

gesto a Di Agello para que reanude la reunión. Quiero acabar con este puto fastidio cuanto antes.

Involuntariamente me vuelvo consciente de todos sus movimientos:

cada vez que camina nerviosa por la sala, cada vez que se acerca a uno de

los ejecutivos, cada vez que me mira. Estoy más enfadado que nunca,

joder. ¿Por qué se ha largado? Y, sobre todo, ¿por qué le estoy dando

tantas putas vueltas? No quiero a una cría que ni siquiera sabe lo que

quiere. No lo necesito.

Se acerca a retirarme el café y, aunque pretendo que ni un solo ápice de mi concentración se desvíe de la gilipollez que está contando Di Agello, ella se inclina para coger mi taza y su olor me atrapa por completo. Huele de maravilla, suave y cítrico a la vez. Todo mi enfado se esfuma en las ganas que tengo de tocarla, de follármela sobre esta mesa, de perderme en ella.

Al fin alcanza la taza y se aleja más nerviosa de lo que llegó. Tengo que salir de aquí, joder. No me gusta perder el control y, ni siquiera entiendo cómo, ella va a volverme completamente loco.

—La reunión ha terminado —anuncio levantándome.

Tampoco estaban diciendo nada mínimamente interesante. Todos me miran como si hubiese dicho que el mundo va a acabarse. Son una pandilla de gilipollas. No me molesto en dar más explicaciones y salgo de la sala de conferencias. Mi cuerpo protesta por alejarme de ella y yo resoplo exasperado e increíblemente frustrado. Nunca me había sentido así, joder, tan incómodo, tan descolocado, y sencillamente lo odio.

Me encierro en mi oficina de la planta veinte el resto del día. Se supone que en unos días ocuparé la de mi padre, aunque la idea no me gusta lo más mínimo. Ya me he acostumbrado a este lugar. Aquí estuvimos encerrados durante semanas Bentley, Max y yo trabajando en el relanzamiento de la revista. Incluso el imbécil de Spencer nos ayudó. Me gusta estar aquí. Es el único sitio donde me siento mínimamente cómodo y alejado de todos esos capullos que por ponerse traje y corbata se sienten los reyes del mundo.

Son las cinco de la mañana y no puedo dormir. Después de tener un sueño de lo más absurdo, estoy con la mirada clavada en el techo pensando en ella, otra vez. ¿Qué me pasa, joder? Quiero follármela, eso es más que obvio. Tirármela en esta misma cama, hacerla gritar hasta que su cuerpo se arquee sexy y sudoroso bajo el mío.

Joder, joder, joder.

Me llevo la almohada a la cara y me la tapo con fuerza.

Basta, ya, Riley. Esto se ha acabado, joder.

Me levanto de un salto, me pongo el chándal, las zapatillas y salgo a correr. Me da igual que prácticamente no haya dormido nada, que aún sea de noche y que estemos a varios grados bajo cero, necesito sacármela de la cabeza ya.

Me olvido del parque, el lugar por donde suelo correr, y me pierdo por el corazón de Manhattan. La mayoría de personas con las que me cruzo vuelven de fiesta y sólo unos pocos desgraciados van ya a trabajar.

Corro hasta que me arden las piernas.

Me paro en mitad de una calle cualquiera y alzo la cabeza intentando calmar mi respiración desbocada. El cielo ya empieza a ser azul. Ni siquiera sé en qué puto barrio estoy, pero entonces miro a mi alrededor y resoplo absolutamente frustrado cuando veo un cartel con el nombre de la calle Perry. Estoy en el maldito Village. He venido hasta aquí sin ni siquiera darme cuenta. Debe ser una puta broma, joder.

Antes de que mis pulmones se hayan recuperado mínimamente, giro sobre mis pies y salgo disparado.

Estoy comenzando a cansarme de todo esto.

Me paso la mañana en mi piso, perdiendo el tiempo, fingiendo que no quiero hacer lo que realmente quiero hacer. Cuando me sorprendo con el iPhone en la mano dispuesto a llamar a la oficina para que me den el teléfono de la empresa que nos sirve el cáterin y así poder encontrar a Maddie, me digo a mí mismo que ya he tenido suficiente y me largo a casa de Bentley.

Estoy de un humor de perros, pero por lo menos consigo distraerme un poco.

A las cinco me manda de vuelta a mi apartamento. Esta noche cenaremos en casa de mis padres, en Glen Cove. Como cada Nochebuena, mi madre ha organizado una cena para mi familia, sus amigos y distinguidas personalidades de Nueva York o, lo que es lo mismo, los más gilipollas del Estado. Odio esas putas fiestas.

Puntual como un reloj, estoy en casa de mis padres a las ocho. No quería venir, pero detesto la impuntualidad. Dejo el Mustang junto a las puertas dobles del garaje color crema y rodeo la casa hasta llegar a la entrada del servicio.

Saludo a mis padres y a la señora Aldrin, y me escabullo a mi habitación antes de que lleguen los primeros invitados y, sobre todo, antes de que mi padre me pida que hablemos.

Me dejo caer en mi cama sin importarme lo más mínimo arrugarme el esmoquin. Los últimos meses han sido complicados, pero estos últimos días los han superado. Suspiro hondo. Todo sería infinitamente más fácil si no hubiera ido a esa maldita fiesta. Por lo menos no estaría de tan mal humor.

Llaman a la puerta e imagino que serán Bentley o Spencer. Si alguno de los dos vuelve a soltarme un sermón sobre que necesito hablar, los tiro por la puta ventana.

Pero no podría estar más equivocado.

—Por fin te encuentro.

Resoplo y me paso la mano por el pelo. Joder, esto es lo último que necesito y, además, ¿no se supone que estaba en Luxemburgo?

—¿Qué haces aquí, Savannah? —pregunto arisco.

Ella se encoge de hombros y me dedica su media sonrisa.

—Ya sabes —comenta intentado que su voz suene solícita y sumisa—, es Nochebuena. Además, sé que odias estas fiestas.

Lleva un carísimo vestido y unos zapatos aún más caros. Es guapísima, siempre lo ha sido, pero no me dice nada. No es lo que quiero.

—Será mejor que te marches.

Su sonrisa se ensancha y da un paso hacia mí.

—Pensé que necesitarías compañía.

Me toma de las solapas de la chaqueta y ese simpe gesto hace que la recuerde a ella, a la manera en que sus dedos se posaron en ese punto exacto, a lo bien que sabía.

Joder, no puedo más.

—No necesito compañía —digo apartando sus manos de mí.

Sin decir nada más, doy un paso atrás y cierro la puerta. A solas de nuevo en mi habitación, resoplo por enésima vez y me paso las manos por el pelo. Una parte de mí se arrepiente de haberle pedido que se fuera, debería follármela y olvidarme de esa cría de una maldita vez. Todo esto

es una jodida estupidez.

Cuando bajo, mis padres y todos los invitados ya han pasado al

comedor y se han sentado para disfrutar de una suculenta cena. Con paso acelerado, ocupo mi asiento. Me disculpo con mi madre en un susurro.

Ella frunce los labios, pero apenas un segundo después sonríe. A veces

creo que es la que tiene más claro el esfuerzo que hago viniendo aquí.

—Es Pinot Grigio —me anuncia Spencer señalando mi copa con la

mirada.

Yo la cojo dispuesto a darle un sorbo y pierdo mi vista al fondo de la

mesa, pero, cuando el delicioso líquido está a punto de llegar a mis labios,

me paro en seco. Estoy viendo lo único que podría alegrarme y a la vez

dejarme todavía más descolocado. Maddie está aquí.

Ella me mira nerviosa y, cuando nuestras miradas se cruzan, la aparta

alterada. Es más que obvio, por lo inquieta que está, que me ha visto

entrar. Algo dentro de mí comienza a gritarme con fuerza que no sea tan

imbécil de volver a dejar que se me escape otra vez, que me levante ahora

mismo y me la lleve de aquí.

De pronto siento que las manos me arden. Ni siquiera entiendo qué

hace aquí y yo sólo quiero llevármela.

Spencer me comenta algo, pero yo no le presto la más mínima

atención. Tampoco quiero que él me la preste a mí. Lo único que quiero

ahora mismo es que todos se larguen, joder.

La cena se me hace larga e incómoda. Estoy arisco y acelerado.

Spencer y Bentley me dan por imposible y sencillamente dejan de

hablarme hartos de que les conteste con monosílabos o ni siquiera me

moleste en hacerlo. Estoy de un humor de perros. Sólo quiero que la maldita cena se acabe ya y poder hablar con ella.

Por fin sirven el postre, *crème brûlée*, pero ni siquiera lo toco. En el otro extremo de la mesa veo que Maddie tampoco lo hace. Ella también está nerviosa y, aunque tampoco pueda entenderlo, no puedo evitar que eso me guste. En eso se ha convertido mi vida desde que la vi por primera vez, en un maldito sinsentido.

Mi padre se levanta e invita a todos los comensales a que se reúnan con mi madre y con él en la sala principal. Todos lo siguen prácticamente a la vez. Maddie también lo hace. La sigo con la mirada y farfullo un «joder» ininteligible cuando veo cómo se escabulle del comedor. Está huyendo de nuevo, pero esta vez no se lo voy a consentir.

Con el paso acelerado, salgo del comedor, esquivo a un par de comensales con la sonrisa de rigor y sigo a Maddie hacia el pasillo de servicio. Uno de los ejecutivos con los que me reuní ayer se acerca decidido a hablar conmigo. Lo fulmino con la mirada. Juro por Dios que lo pongo en la calle si me entretiene lo más mínimo. El gilipollas parece darse cuenta, porque en el último momento baja la mirada y se desvía.

Al fin alcanzo el pasillo y, ya lejos de los invitados, salgo corriendo. Mis zapatos resuenan contra el suelo y sólo con unas zancadas el sonido se mezcla con el repiquetear de sus tacones. Lo primero que veo es la estela de un vestido rojo de saga y todo mi cuerpo se tensa como si ya supiera que el resultado me va a dejar fulminado.

—Maddie —la llamo.

Mi única palabra la frena en seco y al fin se gira. Nada de lo que

había imaginado, ni siquiera al haberla visto sentada a la mesa, es comparable con lo que tengo delante. Lleva un vestido de gasa rojo que le cae con vuelo hasta cubrirle los pies. La gasa se cruza y se ajusta hasta llegar a su cintura marcando sus curvas sin necesidad de lucir escote, pero dejando al descubierto su espectacular espalda. El pelo suelto, casi sin maquillaje. Es un puto sueño, joder.

Ella va a abrir la boca dispuesta a decir algo y probablemente yo también debería hacerlo, pero no quiero más discusiones, ni más juegos.

Por primera vez en veinticuatro años deseo a una mujer de verdad, con la sangre húmeda y caliente recorriéndome entero, gritándome que es ella, sólo ella.

—Ven conmigo —le ordeno suavemente.

Ella suspira bajito intentando controlar su respiración, pero es inútil.

—No puedo —musita cuando ha reunido las fuerzas necesarias—.

Los Hannigan se preocuparán.

Doy un paso hacia ella. Todo mi cuerpo clama por el suyo.

—No tienes opción —sentencio.

Ella gime, un sonido suave y sensual. El animal que llevo dentro se vuelve todavía más instintivo y yo tengo más claro que nunca que necesito tenerla, tocarla.

Llevo mi mano hasta su cadera y el contacto inmediatamente se vuelve eléctrico. Otra vez tengo que contenerme para no follármela aquí mismo.

Es mía, joder. Es sólo mía.

Exhalo despacio pero con fuerza todo el aire de mis pulmones y

recupero todo mi autocontrol. Deslizo mi mano lentamente hasta que rompo por completo el contacto con su piel. La cojo de la mano y tiro de ella para que me siga.

Caminamos hasta el fondo del pasillo y entramos en la cocina. Nos cruzamos con una decena de camareros del cáterin, pero ninguno de ellos se fija en nosotros; mejor así.

Al salir al cuidado jardín, el ambiente gélido, casi helado, nos recibe. Instintivamente me giro hacia ella a la vez que me quito la chaqueta. Tiene que estar muerta de frío. Sin decir nada, se la pongo y ella no protesta.

—El coche está cerca —comento.

Vuelvo a cogerla de la mano y acelero el ritmo hasta que llegamos al Mustang.

Ninguno de los dos habla en el camino hasta Nueva York. Suenan los Kings of Leon. Ella está nerviosa, pero algo me dice que está exactamente donde quiere estar.

Giro la cerradura de mi apartamento y empujo la puerta para que pueda pasar. Ella no lo duda y, con paso tímido, entra. Yo cierro la puerta tras nosotros y la adelanto guiándola hasta el salón.

—¿Quieres una copa? —pregunto.

—No, tengo veintiuno —musita.

—Bueno, eso no parece importarte mucho —replico.

Ella se muerde el labio inferior nerviosa y clava la mirada en el suelo.

Yo voy hasta la barra de la cocina y sirvo un vaso de bourbon.

Maddie se quita mi chaqueta, la dobla con cuidado y la deja sobre la espalda del sofá. Regreso hacia ella con el paso lento, tomándome mi

tiempo para contemplarla. Con Maddie en el centro de mi salón, todo mi maldito apartamento parece cobrar vida.

Me coloco frente a ella, muy cerca, pero sin tocarla. Le doy un sorbo a la copa y se la tiendo. Ella duda, pero finalmente se la lleva a los labios. Traga un sorbo despacio, mirándome por encima del vaso, haciéndolo instintivamente, sólo porque cree que es lo que yo quiero que haga, no porque quiera resultar sensual ni provocarme de ningún modo. El animal ya ha tomado forma, es un maldito león y ruge desbocado.

—¿Por qué saliste huyendo cuando te besé? —pregunto en un susurro con la voz enronquecida.

Ella suspira.

—Porque estaba furiosa contigo —se queja—. En el bar te comportaste como un capullo.

—¿A qué te refieres?

Sé de sobra de qué habla, pero quiero ver si es capaz de decírmelo o no.

—A que no dejabas de reírte de mí.

—La culpa es tuya —replico sin más con una media sonrisa.

Ella frunce el ceño y se aleja un paso intentando escapar del campo eléctrico que se ha creado a nuestro alrededor.

—¿Por qué?

—Por ponérmelo tan fácil.

Abre los ojos como platos dispuesta a llamarme gilipollas o algo por el estilo y yo no puedo evitar sonreír. Realmente me lo pone muy fácil.

—Ven aquí —la interrumpo colocando mi mano en su cadera y atrayéndola hacia mí.

Maddie se queda muy quieta y muy callada, como si ese simple movimiento le hubiera robado por completo la reacción.

Gime de nuevo y creo que voy a volverme loco. Es el sonido más increíble del mundo.

—Ése no es el único motivo por el que hui de ti.

Yo sonrío y atrapo su mirada con la mía. Esos ojos verdes son espectaculares.

—Haces que me sienta tímida y nerviosa y abrumada y no tengo claro que me guste sentirme así —se sincera—. Nunca me ha pasado antes y ni siquiera lo entiendo.

Alzo despacio la mano y le acaricio la mejilla suavemente con la punta de los dedos. Algo me dice que es tan inocente como parece y es precisamente en este momento cuando me doy cuenta de que, si le hiciera daño, no me lo podría perdonar.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —musita un poco avergonzada, como si diciéndome su edad estuviera dándome la razón a cada una de las veces que la he llamado cría.

Yo sonrío, no puedo evitar hacerlo, y deslizo mi mano de su mejilla hasta la suave piel de su cuello. Le obligo a alzar la cabeza, despacio, y la beso.

Te estás metiendo en un buen lío, Riley.

Antes de que me dé cuenta, la beso con más fuerza. La estrecho contra

mi cuerpo y mi mano baja hambrienta hacia el final de su espalda.

Ella gime contra mis labios y yo sonrío contra los suyos. Joder, es perfecta. Deslizo mi mano hasta su rodilla y la obligo a levantar la pierna para que rodee mi cadera. Ella se deja llevar e inmediatamente alza las dos.

La llevo contra la pared y la aprisiono entre ella y mi cuerpo. A cada beso que le doy, sólo quiero llegar más lejos, más alto. La deseo, joder, la deseo como no he deseado nada en toda mi maldita vida.

—Para —me pide en un murmuro, pero no deja de besarme.

Yo ahogo una sonrisa en un suspiro. No pienso parar por nada del mundo.

—No vas a huir otra vez de mí —susurro con la voz rota de deseo.

—Huir es lo último que quiero.

Aunque sus palabras apenas son audibles, están llenas de una sinceridad ensordecedora. Me separo lo suficiente como para poder mirarla directamente a los ojos. Está aún más nerviosa que antes, casi asustada, y una sensación extraña, de preocupación sin edulcorar, se instala bajo mis costillas.

Maddie, inquieta y avergonzada, gira la cabeza para desatar nuestras miradas, pero rápidamente alzo la mano, la llevo hasta su mejilla y la obligo a mirarme de nuevo.

—¿Qué pasa, Maddie? —pregunto, y mi voz suena seria. Quiero que entienda que no estoy jugando, que, me diga lo que me diga, no me reiré de ella.

Ella traga saliva. No quiere tener que decirme lo que quiera que estuviera pensando.

—Nunca he estado con un chico —musita.

Por un segundo me quedo en silencio. Joder, ¡es virgen! Eso no me lo esperaba, aunque, ahora que lo pienso, es más que obvio. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas de no darme cuenta?

—Si quieres que me vaya, lo entenderé —continúa clavando la mirada en mi hombro.

Va a morderse el labio inferior, pero yo me adelanto y lo tomo entre mis dientes. Ella vuelve a gemir y todo mi cuerpo se reactiva.

—Ahora más que nunca te quiero en mi cama —susurro sin asomo de duda. Cuando el dolor y el placer se difuminan, dejo escapar su labio y, antes de que pueda decir nada, la beso con fuerza de nuevo—. Te deseo, Maddie.

Y es la pura verdad, joder. Nada de lo que dijese podría cambiarlo. Además, en contra de lo que he pensado siempre, el hecho de que ella sea virgen, la idea de que haya estado guardada en una urna de cristal para mí, hace que la desee todavía más.

Nos llevo a la habitación sin dejar de besarnos y la dejo en el centro de la estancia. Ella sigue nerviosa, pero soy plenamente consciente de que ahora es totalmente diferente. Quiere esto tanto como lo quiero yo.

Es perfecta, joder, tan inocente, tan sensual. Sin saber que es todo lo que provoca, pero deseosa de querer provocarlo. Va a volverme completamente loco, lo sé.

—Desnúdate —susurro.

Maddie duda y, titubeante, se lleva las manos al vestido. Yo doy un paso hacia ella y sumerjo la mano en su pelo hasta llegar a su nunca.

—Quiero que te desnudes para mí. —Mi voz se vuelve más dura, pero también más sensual.

El deseo me está recorriendo por dentro y arde en cada músculo, en cada puto hueso de mi cuerpo. Ya es hora de que entienda quién tiene el control aquí.

Maddie me mira, suspira bajito y lentamente desliza uno de los tirantes de gasa roja del vestido por su hombro. Yo exhalo el aire despacio, intentando calmar mi respiración cada vez más acelerada, disfrutando del momento. La piel que va descubriendo es suave y, a pesar de que no puedo tocarla, soy plenamente consciente del calor que irradia.

Baja el otro tirante, el vestido se desliza por su cuerpo y cae al suelo.

Ella contiene el aliento y yo la recorro con la mirada ávida. No puedo evitar sonreír más que satisfecho cuando veo su ropa interior negra de algodón, nada de encaje ni seda, es algodón, joder, y no podría ser más perfecto.

Alzo la mano y sigo el contorno del sujetador con los dedos. Quiero disfrutar de ella lo máximo posible, hacer que dure horas.

—¿Me va a doler? —pregunta en un susurro.

Yo bajo mi mano hasta su cadera y dejo que mis dedos acaricien su piel.

—Sí. —No pienso mentirle.

Ella contiene el aliento y yo le dedico una suave sonrisa.

—Pero también vas a disfrutar mucho, Maddie —le aseguro sin

asomo de duda—. Pienso encargarme de eso.

La acerco hasta que nuestros cuerpos chocan y toda la electricidad se desata entre los dos. La beso de nuevo. La estrecho aún con más fuerza. Mi cuerpo clama por ella.

Joder, nada de lo que he sentido en toda mi vida es comparable a tocarla.

La llevo hasta el borde de la cama y la empujo suavemente. Ella cae sobre el colchón y por un momento me limito a observarla. Necesito un puto segundo. Recuperar el control.

Sin dejar de mirarla, me quito la camisa despacio. Sus ojos siguen ávidos mis manos, sin perder detalle de cómo la tela cede botón tras botón. La deslizo por mis hombros y la dejo caer al suelo junto a su vestido. Sus ojos verdes, más expresivos que nunca, recorren mi torso y se pierden en él.

Yo sonrío, y ese leve gesto la hace salir de su ensoñación y apartar la mirada avergonzada, lo que hace que mi sonrisa se ensanche.

—Ven aquí, Maddie —le ordeno suavemente.

Ella me mira y, sin dudarlo, avanza por la cama hasta colocarse de rodillas frente a mí. Ahora mismo me siento extrañamente sereno, como en el ojo de un huracán. La tengo en mi cama, dispuesta a dejarse llevar, a darme todo lo que le pida, y eso me hace sentir tan poderoso que ha conseguido que nada, salvo ella, yo y este puñado de metros cuadrados de mundo existan.

Me inclino sobre ella, llevo mis manos a su espalda y desabrocho su sujetador. Ella gime nerviosa y noto cómo su cuerpo tiembla suavemente.

—Confía en mí —susurro antes de besarla despacio, calmando

cualquier ansiedad.

Por primera vez quiero que cada letra de esa frase se cumpla.

Todo es diferente, mejor, cuando estoy con ella.

Sin dejar de besarla, la obligo a tumbarse y mi cuerpo acompaña el

suyo en el perfecto movimiento. Nuestras respiraciones se aceleran y sus

suaves gemidos inundan todo el aire de la habitación.

Tomándome mi tiempo, bajo por su cuerpo. Me pierdo en su cuello,

en sus pechos, en su estómago. Ella se revuelve bajo mi boca y, poco a

poco, va perdiendo el control. Verla correrse va a ser el mejor espectáculo

del mundo.

Acaricio su ombligo con mis dientes, suavemente, y un gemido aún

más largo atraviesa su garganta. La beso de cadera a cadera, impregnando mi cálido aliento en su piel, chupándola, mordiéndola.

Quiero que pierda el control. Quiero que el deseo y el placer y la

excitación lo arrollen todo dentro de ella.

Deslizo mis dedos entre su piel y el algodón y me deshago de sus

bragas. Ya la tengo desnuda en mi cama, exactamente como quería, y

pienso disfrutarlo.

Entreabro los labios y marco el camino hasta su sexo. Le beso lento,

despacio, dejando que mi lengua la encienda, la soliviante.

Sus gemidos se van trasformando en jadeos. Su respiración se

acelera cada vez más.

La acaricio con los dedos mientras mis besos son cada más húmedos,

más profundos.

Maddie se revuelve bajo mi boca y alza las caderas.

Tomo su clítoris entre mis dientes y suavemente tiro de él.

—¡Dios! —grita.

Yo sonrío orgulloso y, aprovechando esta punzada de placer, le inmovilizo las caderas con el brazo.

Acelero el ritmo y tiene un eco directo en su respiración. Su cuerpo se tensa. Está a punto de correrse, pero yo decido torturarla y, cuando está a un solo beso de llegar al orgasmo, me separo.

Maddie gime frustrada. Yo sonrío encantado y, tras unos segundos, vuelvo a acariciarla, a chuparla.

Sus caderas luchan por alzarse. Está a punto de nuevo. Su cuerpo comienza a temblar, pero, cuando está aún más cerca que antes, vuelvo a detenerme.

Maddie gime fuerte, frustrada, con la respiración hecha un caos, y se lleva las manos a la cara. Yo sonrío de nuevo y, antes de que pueda decir nada, la beso con fuerza, profundo, cálido, justo en el centro de su sexo.

Ella grita. Pasea las manos por la cama intentando sin ningún éxito encontrar algo a lo que aferrarse. Vuelvo a besarla, mis dedos se pasean hábiles por cada rincón que mi lengua despierta.

Tiembla de nuevo.

Grita.

Y, cuando está a punto, le acaricio aún con más fuerza en el punto exacto y, sin que pueda controlarlo, un orgasmo la recorre entera, haciéndola vibrar entre mis manos y mi boca, haciendo que el placer la

llene por completo, le haga sentir, la arrolle.

Joder, el mejor espectáculo del mundo.

Poco a poco voy ralentizando el ritmo de mis besos. Me deshago de mis pantalones y de mis bóxers y avanzo sobre ella. Aún está temblando suavemente cuando mis ojos se posan sobre los suyos.

Ella sonríe tímida y yo la beso una vez más. Tengo la sensación de que nunca voy a cansarme de hacerlo. Me acomodo entre sus piernas y nuestros cuerpos se acoplan perfectamente.

Jugueteo con mi polla en su entrada. Ella se estremece y gime suavemente. Quiero ir despacio, darle su tiempo, pero no puedo aguantar. Necesito estar dentro de ella.

Me incorporo lo suficiente para llegar al cajón de mi mesita y saco un condón. Rompo el envoltorio con los dientes y me lo coloco impaciente, pero hábil, bajo su atenta mirada.

La beso de nuevo porque sé que vuelve a estar nerviosa imaginando lo que vendrá. Ella se deja llevar mientras yo lucho contra todos mis instintos para no embestirla con fuerza hasta partir la maldita cama en dos.

Su olor me envuelve. Me marea. No puedo pensar. Alzo las caderas y entro con un solo movimiento.

Ella grita y un gruñido atraviesa mi garganta y se escapa de mis labios.

Joder, es una puta locura.

Su cuerpo se revuelve bajo el mío y su respiración se acelera desbocada.

—Dios —gime sobrepasada con los ojos cerrados.

Y ahora mismo me siento invencible.

—Maddie, mírame —le ordeno suavemente con la voz llena de placer y excitación.

Haciendo un esfuerzo inmenso, ella abre los ojos.

—Tranquila, nena.

Suspira y esas dos únicas palabras parecen tener un efecto directo en ella.

La beso de nuevo y ella me recibe encantada.

—Voy a moverme —le anuncio mientras nuestros alientos se entremezclan.

Ella asiente despacio. Muevo las caderas, salgo lentamente y vuelvo a entrar.

Joder, ha sido aún mejor que la primera vez.

Maddie gime y se agarra a mis hombros con fuerza.

Su piel está encendida, caliente.

Vuelvo a penetrarla y su espalda se arquea sexy y perfecta, exactamente como imaginé.

Me detengo y la observo llena de placer y excitación bajo mi cuerpo.

Ahora mismo sólo quiero embestirla una y otra vez hasta que se acabe el maldito mundo.

—¿Otra vez? —pregunto presuntuoso sabiendo perfectamente que la respuesta será que sí.

—Otra vez —responde ella con la voz evaporada en un gemido.

Me recoloco entre sus piernas y vuelvo a embestirla.

—Dios —gime, casi grita.

Es el puto paraíso.

Quiero detenerme, volverle a preguntar, pero no soy capaz de parar.

Me inclino sobre ella y la beso con fuerza, acelerado.

Estar con ella no está calmando el hambre que siento, está haciendo

que tenga más ganas, que quiera más, que la quiera a ella todos los putos

días en esta maldita cama.

Su cuerpo se tensa. Su respiración se acelera. Sus gemidos

interrumpen nuestros besos. Va a correrse y yo estoy deseando verlo.

Acelero el ritmo.

—Ryan —gime.

Se revuelve debajo de mí y un orgasmo increíble la recorre entera

mientras su sexo se cierra palpitante alrededor de mi polla.

Escucharla susurrar mi nombre mientras se corría es el mejor sonido

que he oído en mi maldita vida. El animal que llevo dentro se vuelve

insaciable. La veo agitarse, temblar mientras continúo moviéndome dentro

de ella. Entrando en el lugar más cálido del mundo, saliendo y regresando

una y otra vez hasta perderme por completo, hasta sentir que estamos

hechos de fuegos artificiales.

Joder, ha sido una puta locura.

La miro con una involuntaria sonrisa en los labios. Está tratando de

controlar su convulsa respiración. Tiene el pelo revuelto y la piel

enrojecida por el calor del orgasmo. Abre los ojos e inmediatamente

atrapo su mirada con la mía. Está preciosa, joder, y algo que ni siquiera logro entender me recorre como un rayo y me hace sentir completamente

diferente. Ella es diferente.

Maddie me sonríe y yo me apresuro a apartarle el pelo suavemente de

la cara. No quiero perderme ese momento por nada del mundo.

—No ha estado mal —me dice impertinente y su sonrisa se ensancha.

—Vaya, gracias —respondo y, cuando la veo estallar en risas, no

tengo más remedio que hacer lo mismo.

Nunca me había sentido así.

—¿Estás bien? —pregunto, y de verdad me interesa la respuesta,

aunque no sepa por qué y ni siquiera tenga claro si me incomoda o no;

necesito protegerla.

Ella asiente muy convencida.

—Me lo voy a tomar como un sí —respondo apoyando las manos a

ambos lados de su cara e inclinándome despacio sobre ella.

Maddie me devuelve cada beso. Vuelve a hacer ese sonido tan suave,

tan sensual, y, antes de que me dé cuenta, mi polla vuelve a estar dura, deseando, casi necesitando, estar dentro de ella.

—Aún no he acabado contigo —sentencio con una media sonrisa

contra sus perfectos labios.

Y, maldita sea, algo me grita a pleno pulmón que siempre voy a

sentirme así.

No la dejo salir de mi cama esa noche, ni en los días siguientes.

Pasamos la Navidad encerrados en mi apartamento y lo mismo ocurre con

el resto de la semana. Jamás tengo suficiente de ella. Da igual que se haya

corrido entre mis brazos hace unos segundos, necesito volver a tocarla,

follármela, sentirla de la manera que sea para que el deseo impaciente y

temerario que me arrolla por dentro se calme, aunque sólo sea un momento.

Le pregunto todo sobre su vida. Me encanta oírla hablar, reír. Me explica que es de un pequeño pueblecito llamado Santa Helena, en Carolina del Sur. Me habla de su vida en Nueva York, de cuánto le gusta la ciudad, la universidad.

Maddie pretende hacerme hablar a mí de la misma forma. Eludo sus preguntas más personales de la mejor manera que sé: con el sexo. Protesta y me deja claro que sabe lo que estoy haciendo, pero al final siempre consigo persuadirla.

Ni siquiera he ido a la oficina y tampoco me he molestado en dar explicación alguna. Creo que mi padre piensa que me estoy corriendo la última juerga antes de dar el paso definitivo y convertirme exactamente en lo que él desea, pero está muy equivocado. Estar con Maddie me ha hecho darme cuenta de que no quiero renunciar a ser arquitecto. Voy a ser lo que quiero ser, no lo que mi padre quiere que sea.

—Esta vez va en serio, Ryan —me dice muy seria entrando en mi habitación sólo con mi camisa—. Tengo que volver a mi apartamento. Tengo que entrar a trabajar a las doce.

Yo me arrodillo sobre la cama, la cojo de la muñeca y tiro de ella hasta sentarla a horcajadas en mi regazo.

—No puedo tomarte en serio si sólo llevas mi camisa —le explico con una presuntuosa sonrisa en los labios.

Ella me hace un mohín y se cruza de brazos muy indignada, lo que hace que mi gesto se ensanche. La tumbo contra el colchón aprisionando

sus manos contra la cama y la beso con fuerza.

—Lo siento, pero no vas a salir de aquí —le anuncio contra la piel de su cuello.

—Ryan —se queja divertida—, tengo que ir a trabajar.

—No, no tienes. Pronto tendré mi propio estudio de arquitectura y necesitaré una secretaria.

Tenerla dando vueltas por mi despacho todo el día. Poder follármela sobre mi mesa cada vez que quiera. Desde luego, acabo de tener la mejor idea de mi vida.

—Yo no soy secretaria —replica insolente—. Dentro de seis años habré terminado la universidad y el máster, y seré la editora más joven en la historia del *New Yorker*.

Sonrío sincero. Me encanta que esté llena de sueños y que tenga tan claro que quiere luchar por ellos.

—En ese caso —respondo burlón—, tendré que follarte hasta que cambies de opinión.

Ella ahoga un suspiro en una risa escandalizada y yo no puedo evitar sonreír aún más arrogante. Podría estar así hasta que se acabara el mundo.

A regañadientes, la dejo salir de mi cama una hora después. La acompaño hasta su apartamento y espero mientras se pone el uniforme de trabajo y coge una bandolera donde, además de lo habitual y el mandil, guarda un libro gigantesco de historia del periodismo actual.

Su trabajo está en la 53 Este. Parece un sitio bastante agradable, aunque, como ella me explica, pasa poco tiempo aquí. Después de fichar, recogen la comida y se la llevan donde deban servirla y ya no vuelve hasta

el final de la jornada.

No quiero dejar que se vaya todavía, pero, como aún no tengo claro cómo me hace sentir eso, no digo nada y simplemente busco una excusa para pasar un rato más con ella.

—Te invito a desayunar —digo señalando una pequeña cafetería en la acera opuesta—. Después de todo el ejercicio que te he obligado a hacer, lo mínimo que te debo es asegurarme de que vas al trabajo con el estómago lleno —sentencio socarrón.

Ella me dedica su mejor mohín y yo tengo que contenerme para no abalanzarme sobre ella. Sigo sintiéndome como un maldito crío, sólo que ahora no me importa.

La guío entre las mesas de la cafetería y nos acomodamos en un lugar apartado junto a los ventanales. No quiero que nadie nos moleste. Nos sentamos el uno frente al otro en unos inmensos sofás rojos corredizos.

Maddie de pronto parece recordar algo y rápidamente comienza a rebuscar en su bolso muy concienzuda. La luz de la ventana le ilumina el rostro y los mechones ondulados que se escapan de su coleta le acarician la suave piel de su cuello.

La camarera se acerca y nos saluda. Soy plenamente consciente de que se queda mirándome, pero yo no levanto los ojos de Maddie. Mirarla me gusta casi tanto como tocarla, aunque la distancia es larga.

«Gilipollas.»

Maddie al fin alza la cabeza y se da cuenta de la atención que me presta la camarera. La mira con el ceño fruncido y después me mira a mí.

Yo no puedo evitar sonreír. Está celosa y así todavía es más adorable.

—¿Qué tomarán? —pregunta sin levantar los ojos de mí.

—Café y tortitas con bacón para los dos —respondo con una sonrisa.

Sé el efecto que tiene esa sonrisa en las mujeres y cuento con ello para hacer rabiar a Maddie. Sé que no debería, pero, joder, es muy divertido verla fruncir ese ceño intentando resultarme mínimamente intimidante cuando lo único que consigue es que tenga más ganas de follármela.

La camarera, nerviosa, apunta la comanda y me devuelve la sonrisa antes de marcharse. Maddie la observa alejarse y, sin más, coge su abrigo y se desliza por el sillón hasta levantarse.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Acabo de recordar que hoy entro antes —farfulla.

Pasa por mi lado dispuesta a marcharse, pero yo la agarro de la muñeca y en un fluido movimiento la siento en mi regazo.

—¿De verdad entras antes? —inquiero socarrón.

—A ti qué más te da —replica malhumorada—, ya tienes a la camarera.

Yo sonrío y mi gesto hace que tenga que inmovilizarla rápidamente para impedir que se levante.

—Suéltame —sisea.

Está realmente enfadada.

—Ni hablar.

Va a protestar, pero, en un movimiento aún más rápido, tomo su cara

entre mis manos y la beso con fuerza. Ella protesta, pero en seguida se rinde y me devuelve cada beso.

—Me lo pones demasiado fácil —repito divertido.

—Y tú eres un capullo.

Su sinceridad me pilla por sorpresa y, aunque intento disimularlo, no puedo evitar que mis labios se curven en una incipiente sonrisa.

—Puede ser, pero eso te encanta.

Ella vuelve a reír escandalizada a punto de protestar exasperada y yo vuelvo a besarla antes de que lo haga.

Podría pasarme horas así.

Nos terminamos el desayuno más rápido de lo que esperaba. Los dos estábamos muertos de hambre. ¿Por qué será?

Estamos esperando la cuenta cuando Maddie abre su bandolera y saca su agenda. Tras apuntar algo, deja un bolígrafo sobre la mesa y vuelve a rebuscar en su bolso. Mientras la observo, cojo el boli y comienzo a juguetear con él. Ahora que tengo claro que voy a ser arquitecto y que voy a quedarme en mi apartamento, me pregunto qué cambios podría hacer para que dejara de parecer un picadero y se pareciese más a un hogar.

Cojo una servilleta y comienzo a garabatear en ella.

—¿Dónde crees que quedaría mejor mi estudio? —pregunto concentrado en el dibujo.

Ella alza la cabeza confusa por mi pregunta y en seguida repara en el papel. Sonríe a la vez que se arrodilla en el sillón y se cruza de brazos sobre la mesa para inclinarse sobre ella. Observa mi plano divertida y finalmente me señala la primera habitación junto a la entrada.

—Es el sitio ideal. Estás alejado de la cocina y del salón. Ahí podrás concentrarte sin problemas.

Sonrío. Tiene razón.

—Y, qué opinas, ¿debería levantar una pared entre el salón y la cocina para hacerla independiente?

—Cómo se nota que tú no cocinas —responde sin más.

—Claro que no cocino —replico como si fuera obvio—. No lo necesito —añado ladeando la cabeza.

Automáticamente me la imagino sólo con una de mis camisas, en mi cocina, cocinando para mí o, mejor aún, desnuda, sobre la encimera.

—La cocina y el salón tienen que estar comunicados para que quien cocina siga participando y no se aburra.

Me parece justo.

—¿Construimos una terraza?

—No —responde sin dudarlo—. Me gusta que tu terraza sea la escalera de incendios. Me recuerda las pelis antiguas.

Yo dejo de dibujar y atrapo su preciosa mirada a la vez que también me cruzo de brazos sobre la mesa. Es adorable, joder. La sensación que no sé identificar vuelve a acomodarse bajo mis costillas. Creo que Maddie Parker se me está metiendo bajo la piel.

Me alegro de que nos interrumpan con la cuenta. Todo se estaba volviendo demasiado intenso. Apenas la conozco, joder. ¿Cómo puedo sentirme así con ella?

Mientras regreso a casa, comienza a nevar de nuevo. Entre la nueva nevada y la que ya ha caído, el infernal tráfico de Manhattan está casi

imposible.

Al meterme la mano en el bolsillo para sacar las llaves, me encuentro de nuevo con el papel con el rediseño de mi apartamento y no puedo evitar sonreír como un idiota antes de volver a guardármelo. Es cierto que no tengo ni idea de lo que me está pasando, pero me gusta, me gusta mucho.

Entro en el salón y, aunque debería, no me sobresalto al ver a mi padre sentado en mi sofá. Sabía que vendría por aquí más tarde o más temprano, y prefiero que lo haya hecho ahora que no está Maddie.

—Te marchaste de la fiesta sin despedirte, hijo —comenta inclinándose ligeramente sobre la mesa de centro y dejando sus guantes italianos de piel sobre ella.

—Tenía cosas que hacer —replico sin más.

No pienso darle más explicaciones. No es asunto suyo.

—Supongo que son las mismas cosas que han hecho que no te presentes en la oficina en estos cuatro días.

—No se trata de eso —sentencio arisco sin asomo de duda.

Ni las decisiones que he tomado ni estar con Maddie son un simple calentón. No pienso permitir siquiera que lo insinúe.

—No voy a volver a la empresa —le anuncio.

Él sonríe condescendiente, como si ya esperara esa respuesta.

—Hijo, ya hemos hablado de esto. No puedes ser arquitecto.

Me humedezco el labio inferior, poniéndome claramente en guardia.

Es mi padre y lo respeto, pero no va a decirme lo que tengo que hacer.

—Es tu responsabilidad con esta familia —continúa cogiendo sus

guantes de nuevo y levantándose— y con todas las personas que trabajan en el Riley Group.

—Estás siendo muy injusto —replico con la tensión y la furia que siento reflejadas en mi voz hasta convertirla en algo frío e intimidante—. Son mis decisiones.

—Ryan, los hombres, en nuestra posición, no pueden permitirse el lujo de tomar ciertas decisiones.

Mi mirada se recrudece. Se trata de poner en una maldita balanza todo el esfuerzo de mi abuelo, de mi padre, el rumbo de una empresa de la que dependen miles de personas. Él sabe que lo sé.

—Esa chica, ¿qué tiene?, ¿dieciocho años?

No contesto. No quiero hablar de Maddie con él, porque sé de sobra lo que me dirá.

—No es la chica adecuada para ti —sentencia pasando a mi lado para dirigirse a la puerta.

Yo ahogo una sonrisa llena de rabia en un suspiro fugaz.

—No sabes de lo que hablas —replico sin ni siquiera mirarlo.

Mis palabras lo detiene en seco, pero yo me niego a volverme. Estoy demasiado furioso, frustrado, enfadado.

—Ojalá pudiera decir que no.

Resopla preocupado y finalmente se marcha.

Joder.

No salgo del apartamento el resto de la tarde. No puedo dejar de pensar en las palabras de mi padre. Odio que me coloque en esta posición y, sobre todo, odio que me haga ver que, si al final doy el paso, tendré que

renunciar a más cosas además de a ser arquitecto, y una de ellas es Maddie.

Son poco más de las cinco cuando llaman a la puerta. Malhumorado y con una Budweiser en la mano, voy a abrir la puerta. Espero que no sean Bentley o Spencer, porque no estoy de humor. Sin embargo, cuando oigo unos pasos impacientes subir las escaleras tarareando una canción de los Beatles, me doy cuenta de que es Maddie.

Suspiro hondo y me apoyo en el marco de la puerta a la vez que le doy un sorbo a mi cerveza.

Ella se acerca con una sonrisa enorme, muy decidida, pero en el último instante se detiene, como si no tuviera claro si puede darme un beso o tiene que conformarse con un simple «hola». Una parte de mí quiere llevársela al dormitorio y seguir exactamente en el mismo punto donde lo dejamos esta mañana, pero otra no puede dejar de pensar que, si mi padre tiene razón y acabo haciéndole daño, jamás me lo perdonaré. Ella no se lo merece.

—Hola —dice al fin mordiéndose el labio inferior, nerviosa.

—Hola —respondo entrando en el apartamento.

Maddie me sigue y cierra la puerta a su paso. Esta puta mañana todo era perfecto, joder.

—Ryan, ¿te encuentras bien?

Su voz suena dulce y preocupada, y yo me siento todavía peor.

—Sí —respondo arisco.

Voy hasta la ventana y me apoyo en el quicio.

—Sé que no te gusta hablar…

—Maddie —la interrumpo.

No quiero hablar, joder.

Ella suspira. No sabe qué hacer. Soy plenamente consciente de que no la estoy poniendo en una posición fácil, pero sentarme tranquilamente en el sofá y explicarle que mi maldita vida literalmente se va a la mierda por una cuestión de lealtad con mi familia no creo que solucione las cosas.

—¿Tal vez podríamos salir a tomar algo? —propone tratando de sonar conciliadora.

Voy a tener que renunciar a ella. No puedo pensar en nada más.

—¿Ha ocurrido algo esta tarde, Ryan? —lo intenta de nuevo—.

Porque fuiste tú el que me pidió que viniera después del trabajo y ahora te comportas como si no quisieras que estuviese aquí.

—Quiero que estés aquí —replico girándome.

Ése es el puto problema, joder.

Ella suspira de nuevo. Se muerde el labio inferior. De pronto parece muy pensativa.

—Mi padre me ha llamado hoy —susurra—. Hemos estado hablando y, como no pude estar en mi casa en Navidad, voy a aprovechar lo que he ganado trabajando extra esta semana y me iré a Santa Helena.

Yo resoplo fugaz. Esto es lo último que quiero.

—Saldré mañana —continúa—, así que será mejor que haga la maleta.

—Sí, será lo mejor —respondo, aunque no lo pienso en absoluto.

Ella asiente y gira sobre sus pasos y yo me siento como un auténtico

cabronazo.

—¿Sabes? —me dice sosteniendo ya el pomo de la puerta—. Si lo que querías era que se acabara, sólo tendrías que haberlo dicho.

Le sostengo la mirada y siento cómo mis ojos, toda mi expresión, se recrudece. Ahora mismo me estoy conteniendo para no correr hasta ella y besarla. No quiero que se vaya, pero a lo mejor ésta es la última señal que necesito para entender que mi padre tiene razón y que algunas cosas, sencillamente, no se pueden elegir.

Ella traga saliva al entender que no voy a decir nada más y se marcha.

Observo la puerta unos segundos y, antes de que lo piense con claridad, tiro el botellín de cerveza contra la pared.

—¡Joder! —mascullo furioso.

No quiero que se marche. La sensación que no sé identificar mezclada con demasiada rabia se instala bajo mis costillas y las agujerea. No quiero olvidarme de ella. No quiero renunciar a ella. Aún me quedan cuatro días. Sé que me estoy comportando como un verdadero hijo de puta, pero, si voy a perderla, quiero aprovechar hasta el último segundo en el que pueda tocarla.

Cojo el iPhone, el abrigo y las llaves del Mustang y salgo disparado.

Tardo una eternidad en llegar al Village por culpa del tráfico. Aparco frente a su apartamento y subo las escaleras del edificio como un ciclón.

Llamo a su puerta y, más impaciente de lo que he estado nunca, espero a que me abra. Cuando al fin lo hace, tengo que contener el aliento. ¿Cómo es posible que ya la hubiese echado de menos, joder?

—Hola —me dice apoyándose en el marco de la puerta.

Está enfadada y tiene motivos.

—Antes me he comportado como un capullo. No te he dicho que quiero que se acabe porque no es lo que quiero —trato de mostrar la seguridad aplastante que siento en cada palabra.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido? —inquiere de nuevo intentando encajar las piezas del puzle.

—Nada que te incumba.

Ella resopla. Está claro que mi respuesta no le ha gustado, pero son mis problemas y mis decisiones, no las suyas. Lo último que haría sería contárselo. No conseguiría nada, joder, y sólo la preocuparía.

—¿Ni siquiera vas a disculparte? —se queja.

—Yo no me disculpo, Maddie, y no pienso empezar ahora.

Ella me mira reflexionando sobre mis palabras. Ahora mismo se siente intimidada.

—No sé qué quieres que haga —se sincera.

—Quiero que aceptes esto.

Me meto la mano en el bolsillo de mi abrigo y saco un billete recién impreso en la agencia de viajes de esta misma calle. Ella lo coge y, cuando comprende lo que es, me lo tiende de nuevo. Yo me cruzo de brazos indicándole que no voy a cogerlo.

—No puedo aceptar un billete en primera para regresar a Nueva York el 31. A mi padre no va a sentarle nada bien, espera que me quede allí hasta el día 2.

—Pues ponle cualquier excusa —protesto exasperado.

—Ryan, no puedo. Trata de ser razonable.

Sin dudarlo, doy el paso que nos separa, la cojo por las caderas y la llevo contra la pared. No la beso, pero dejo que nuestros labios estén cerca, muy cerca.

—Ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en meterte en mi cama y no dejarte salir de allí en una semana —susurro casi rozando su boca—, así que, créeme, comprándote un billete para que vuelvas pasado mañana estoy siendo más razonable de lo que me gustaría.

Ella vuelve a suspirar y se muerde el labio inferior. Sé que quiere seguir resistiéndose, pero algo en su mirada me dice que le cuesta tanto trabajo hacerlo como a mí me cuesta contenerme con ella.

—Volveré el 31 —claudica, y una arrogante sonrisa se abre paso en mis labios—, pero yo me pagaré el billete.

Joder, no puede ser verdad. ¿Por qué no puede limitarse a sonreír y darme las gracias?

—Eres imposible —me quejo justo antes de besarla.

Sólo han pasado unas horas desde que me la follé por última vez y siento que han sido putas semanas. La deseo, joder.

La beso otra vez. Quiero entrar, pero al mismo tiempo sé que tengo que marcharme o voy a querer hacer algo como follármela hasta que pierda la noción del tiempo y conseguir así que pierda el maldito vuelo y se quede conmigo.

—Te veré en dos días —susurro contra su labios, dejando que mi frente descanse en la suya.

Nuestras respiraciones jadeantes inundan todo el rellano. Creo que

nada va a costarme tanto como mantenerme alejado de ella dos jodidos días.

Ella asiente. Yo la beso. Gime contra mis labios. El animal ruge.

Pierdo mis manos bajo su camiseta. Joder.

«Contrólate, Riley.»

Me freno de nuevo y, haciendo un esfuerzo titánico, recupero todo el autocontrol que necesito para separarme de ella.

Nunca me había sentido así.

Los dos días siguientes son una absoluta pérdida de tiempo. Miro el reloj como si fuera un niño esperando la mañana de Navidad. No he vuelto a pisar la oficina. No quiero hacerlo y tampoco quiero darle más vueltas.

El 31 por la mañana mi madre me ha llamado para recordarme que debo estar en Glen Cove a las nueve para la fiesta de fin de año. No tengo ningunas ganas de ir, aunque no me había negado porque me moría de ganas de ver a Maddie con otro vestido de fiesta. Ya había planeado en cuántos sitios de la mansión pensaba follármela. Sería una puta delicia embestirla con fuerza mientras ella se contenía para no gritar y que no nos oyesen. Sin embargo, mi madre ha hecho especial hincapié en que no puedo faltar porque mi padre va a anunciar algo importante y he sentido como si tiraran de la puta alfombra bajo mis pies.

Sé exactamente a qué se refiere y no quiero tener que estar allí para escucharlo.

Por la tarde soy yo el que llama a mi madre para decirle que no voy a ir. No le hace la más mínima gracia y, aunque acepta el no, sé que mi padre acabará llamándome, así que, tras colgar, desconecto el teléfono y

restrinjo sus llamadas en el móvil.

No sé nada de Maddie. No sé si finalmente se ha montado en el avión y, teniendo en cuenta que son casi las nueve y su móvil sigue desconectado, comienzo a pensar que no. Automáticamente me pongo de un humor de perros.

Cojo una cerveza helada y me dejo caer en el sofá. Tendría que habérmela follado hasta que hubiese perdido el maldito vuelo. Aunque, por otra parte, debería empezar a acostumbrarme a estar sin ella. Me tapo la cara con el antebrazo y suspiro con fuerza.

Mi vida es un asco, joder.

En ese instante llaman al timbre y me levanto de un salto. Estoy impaciente, maldita sea. Ahora mismo sólo quiero hundirme en ella y olvidarme del mundo. Espero junto a la puerta con una sonrisa en los labios que desaparece por completo cuando oigo tacones sonar contra cada peldaño. Automáticamente comprendo que no es Maddie.

—Hola, Ryan —me saluda Marisa con una sonrisa acercándose a mí.

Yo suspiro con fuerza. ¿Qué coño hace aquí?

—Marisa, márchate, no estoy de humor.

Y es verdad, no lo estoy, pero, aunque lo estuviera, tampoco la querría aquí.

—Me ha enviado tu padre —comenta inmensamente orgullosa. Cree que tener el beneplácito de mi padre le hace estar más cerca de mí. No sabe cuánto se equivoca—. Dice que es muy importante que estés en la cena y ha pensado que quizá yo podría hacerte cambiar de opinión y

convencerte para que vayas.

Sonríe intentando resultar sexy o, por lo menos, insinuar algo. Yo la miro y, por un segundo, dudo. Maddie es la que tendría que estar aquí y ha preferido quedarse en Santa Helena. Dentro de dos días ni siquiera podré permitirme tocarla. Los pulmones se me llenan de rabia, joder. Marisa se acerca y coloca sus manos sobre mi pecho.

Exhalo todo el aire despacio sin dejar de mirarla. Ella no es Maddie.

No es Maddie.

—Marisa, márchate —repito.

Oigo pasos en el portal, pero no les presto atención.

—Sea lo que sea, puedo ayudarte —susurra sin rendirse, sin apartarse de mí.

—Ryan —oigo una voz llamarme a su espalda.

Alzo la cabeza queriendo no haber escuchado justo en este momento lo que acabo escuchar. Es Maddie. No deja que mis ojos atrapen los suyos, se gira nerviosa y se vuelve hacia las escaleras.

—Lo siento —murmura sin mirarme antes de comenzar a bajarlas.

—Joder —farfullo quitándome de encima a Marisa y saliendo tras ella—. ¡Maddie!

Por muy rápido que bajo, cuando al fin llego al portal, lo único que veo es la puerta principal cerrarse. Salgo tras ella y una bocanada de aire helado me recibe.

—Joder —vuelvo a farfullar mientras miro a ambos lados—.

¡Maddie! —la llamo al verla alejarse calle arriba—. ¡Maddie! Maddie, joder, no es lo que piensas —trato de explicarle cuando estoy a punto de

alcanzarla.

Ella no se detiene y yo empiezo a cansarme de tener que salir siempre

corriendo tras ella.

—Quieres parar —me quejo furioso y exasperado—. No he hecho

nada malo.

Mis palabras la giran de golpe.

—¿Y que hacía esa chica en tu piso? —pregunta furiosa.

—Nada —Joder.

Ella ahoga una risa increíblemente irónica en un suspiro.

—No soy tonta, Ryan.

—Tendría que haber ido a una maldita cena en casa de mis padres y

no lo he hecho, así que mi padre la ha enviado a buscarme.

—¿Y por qué no has ido?

¿Y qué coño le importa?

—No es asunto tuyo, Maddie —contesto con la voz tensa.

—Deja de decir eso —se queja exasperada—. Claro que es asunto

mío. Si no, no estaríamos discutiendo.

¿Qué? ¡Esto es el colmo, joder!

—Estamos discutiendo porque eres una cría incapaz de comprender que no quiere decir nada que haya una chica en mi apartamento, joder —

replico arisco.

—Vete a la mierda, Ryan.

Se gira dispuesta a marcharse y eso, por muy enfadado que esté y por

muy loco que me vuelva, es lo último que quiero.

—Joder —mascullo por enésima vez—. No lo he hecho porque mi

padre va a anunciar algo —mis palabras la detienen una vez más y se gira de nuevo—. Ya sé lo que es y no quiero escucharlo.

—¿Qué va a anunciar? —pregunta confusa.

Resoplo con fuerza. Estoy llegando a mi límite. Odio las malditas preguntas.

—No tiene nada que ver contigo.

¿Por qué no puede entenderlo?

—Dímelo o me marcharé, Ryan.

La miro directamente a los ojos y ella me aguanta la mirada.

Decírselo va a ser el principio del fin.

Doy un paso hacia ella dispuesto a despistarla como siempre, pero ella da uno hacia atrás. Resoplo de nuevo.

No me lo pongas más complicado, joder.

Al ver que sigo en silencio, ella asiente nerviosa, intentando contener las lágrimas. Los pulmones vuelven a llenársele de rabia. Va a llorar, maldita sea, está sufriendo por mi culpa.

—Va a nombrarme director ejecutivo de la empresa —me sincero con la voz más serena.

Ella frunce el ceño absolutamente confundida.

—¿Y qué pasa con lo de ser arquitecto?

Automáticamente recuerdo todas las veces que le he hablado de arquitectura, cuando rediseñé mi apartamento en aquel bar, y odio toda esta situación un poco más.

—Todo eso se acabo, Maddie —respondo tratando de seguir sonando

igual de sereno.

Joder, es mi maldita vida y estoy renunciando a ella, a Maddie. No puedo pensar en otra cosa.

—¿Y qué pasa conmigo? —musita.

Yo me humedezco el labio inferior y pierdo la vista en la 81 nevada. Ya ni siquiera siento frío.

—Maddie, tú y yo no podremos estar juntos.

Ella agacha la cabeza. Está sufriendo, joder, y yo me estoy muriendo por dentro.

—¿Cuándo? —pregunta con la voz entrecortada.

—Pasado mañana.

Se muerde el labio inferior conteniendo las lágrimas y yo ya no puedo más, joder. Cubro la distancia que nos separa, cojo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

—Quédate conmigo, Maddie —susurro contra sus labios—. Todavía nos quedan dos días.

Ella asiente sin separar sus labios de los míos y yo vuelvo a sentirme invencible.

No dejo de besarla en toda la noche. El sonido de los fuegos artificiales anunciando el año nuevo retumban entre nosotros y llenan la habitación de luz, todavía de más, pero ni siquiera entonces nos separamos un centímetro el uno del otro. Cuando se duerme acurrucada contra mi pecho, me paso horas mirándola dormir, acariciándole la nariz con el índice para verla arrugarla. Es jodidamente perfecta y renunciar a ella va a costarme más de lo que me ha costado nada en toda mi maldita vida.

Me despierta un sonido estridente y repetitivo en algún punto de la habitación. Es mi móvil. Me levanto y sigo la melodía hasta que recupero mis vaqueros del suelo y saco el iPhone del bolsillo trasero. Miro la pantalla. Es Spencer. Resoplo. Imagino que quiere saber por qué no me presenté ayer en Glen Cove. Deslizo el pulgar por la pantalla y rechazo la llamada. No voy a desperdiciar un solo segundo hablando de eso ahora.

Cuando regreso a la cama, Maddie me mira adormilada envuelta en mi nórdico.

—¿Tienes frío? —pregunto con una sonrisa.

—Me gusta estar así.

Yo la miro divertido mientras me humedezco el labio inferior. Ella tarda un segundo, pero al verme dar otro paso, abre la boca alarmada. Acaba de descubrir mis intenciones.

—No se te ocurra hacerlo —suplica.

Pero no llega a tiempo, ya he arrancado el edredón de la cama.

Divertida, estalla en risas mientras sigue quejándose, primero por el frío y después porque la he cogido del tobillo y he tirado de ella hasta mí.

Sin dudarlo, me tumbo encima mientras observo cómo sus carcajadas se calman.

—No tienes modales, Riley.

—Puede, pero eso es lo que te encanta de mí —replico presuntuoso.

Ella sonríe escandalizada y aprovecho para besarla. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida y, desnuda y en mi cama, lo está aún más.

Maddie mueve las caderas bajo mi cuerpo y sonríe contra mis labios

encantada de haber obtenido lo que quería. Creo que podría ponérmela dura cómo, cuándo y dónde quisiera.

—Eres preciosa —susurro.

—Puede, pero eso es lo que te encanta de mí —me imita insolente.

Yo me aparto con la sonrisa en los labios y, cuando la tengo cara a cara, veo la suya a punto de romperse con la sonrisa más grande del mundo. Yo frunzo el ceño pensando cómo voy a torturarla y decido empezar por un clásico: cosquillas en la cadera. Ella estalla en risas mientras me suplica que pare.

Es una delicia, joder.

—Lo que yo digo —suelta mientras su respiración se calma—, tengo el novio con los peores modales del mundo.

Novio. Esa simple palabra me deja paralizado. No porque no quiera serlo, me muero de ganas, joder, es porque implica tiempo, y eso es justo lo que no tenemos. Ella también se da cuenta, porque su expresión cambia por completo y cualquier rastro de sonrisa o felicidad desaparece.

Me empuja suavemente y, aunque es lo último que quiero, me aparto a regañadientes. Es normal que necesite un segundo. La situación hubiera sobrepasado a cualquiera. De hecho, con todo esto lo único que me ha demostrado es que es una chica muy fuerte.

Sin decir nada, coge su vestido del suelo, se lo pone rápidamente y, sin molestarse siquiera en ponerse zapatos, sale de la habitación.

—Maddie, joder. Maddie, no te vayas —le pido saliendo tras ella y no protesto ni me quejo porque probablemente sea la última vez que vaya a poder hacerlo.

Joder.

—Ryan, es lo mejor —me responde con la voz entrecortada caminando hasta la puerta.

Sé que estoy siendo un maldito egoísta, que tiene razón y debería dejarla marchar, pero no puedo, sencillamente no soy capaz.

De una zancada, la agarro del brazo y, como he hecho tantas veces, la obligo a girarse y la llevo contra la pared. Maddie forcejea. No quiere escucharme y no la culpo. Debí mantenerme alejado de ella desde el principio.

—Esto tampoco es lo que yo quiero, pero no puedo elegir. Dime que lo entiendes —casi le suplico.

Porque lo último que quiero es hacerte daño.

—Lo entiendo —musita ella con los ojos más tristes del mundo.

Alzo la mano y le seco las lágrimas que corren por sus mejillas con el pulgar. No tengo ni idea de lo que siento por ella, pero es completamente diferente y nuevo y, joder, no quiero que se acabe. Todavía no.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, encuentro su boca con la mía una vez más. La levanto a pulso y la aprisiono contra la pared. Ella reacciona automáticamente y rodea mi cintura con sus perfectas piernas.

La beso como si el mundo fuera a acabarse y, joder, puede que hasta sea así.

De un solo movimiento, me coloco en su entrada y un gruñido atraviesa mi garganta mezclándose con su gemido largo y profundo.

Apoya su frente en la mía y nuestros alientos se entremezclan una vez más.

Quiero embestirla, follármela para que todo a nuestro alrededor desaparezca, pero no llevo condón y no voy a cometer esa estupidez ahora; no sólo por los motivos obvios, sino porque, sentirla piel con piel, sin nada que se interponga entre los dos, va a ser jodidamente perfecto y probarlo ahora, cuando apenas nos quedan horas, va a multiplicar la agonía y la tortura por mil.

—Por favor —suplica con la voz rota por el deseo.

—No, Maddie —respondo sacando fuerzas no sé de dónde.

Me aparto de ella lo justo para poder atrapar su mirada. Ahora mismo es la chica más triste del mundo. Alzo la mano y le acaricio fugaz la sien antes de, con el índice, seguir suavemente el contorno de su mejilla.

—Sólo quiero que todo este dolor se vaya —musita.

Yo la miro directamente a los ojos y puedo sentir cómo mi mirada se va llenando de un dolor puro, frío, cortante.

No digo nada, sólo la beso y entro despacio. Maddie gime con fuerza y yo cierro los ojos, intentando contenerme. Joder, nunca voy a poder olvidarme de ella.

Comienzo a moverme despacio. De pronto hemos vuelto a nuestra burbuja. No quiero que se termine, joder. No lo quiero por nada del mundo.

La embisto con fuerza deslizándola por la pared, haciendo que mis caderas choquen con sus muslos frenéticas, que su cuerpo se rinda, que se llene de mí, que me pertenezca.

Joder, joder, joder.

Ella gime con fuerza y echa la cabeza hacia atrás. Mis manos vuelan por su cuerpo y me agarro con fuerza a sus caderas. Sé que le dejaré marcas en esa parte concreta de su cuerpo y algo dentro de mí brilla satisfecho.

Acelero el ritmo, lo haga más profundo, más duro, más fuerte.

—Ryan —gime.

El puto motor de mi existencia.

Todo su cuerpo se tensa y alcanza un orgasmo espectacular aprisionada contra la pared, aferrándose a mi cuerpo. Gimiendo, gritando. Absoluta y totalmente llena de placer.

Yo sigo moviéndome sin bajar la intensidad. Alzo las caderas, la embestido con fuerza, se desliza por la pared. Comienza a temblar. Su orgasmo no se consume, se reaviva. Grita. Llego aún más lejos y vuelve a correrse con mi nombre entre sus labios.

Yo salgo a punto de hacer lo mismo. Aún con los ojos cerrados, Maddie pierde su mano entre los dos y agarra mi polla con fuerza. Dejo escapar un gruñido, ella aprieta un poco más y comienza a deslizarla arriba y abajo, decidida, sexy, dulce.

—Más rápido —siseo.

Ella abre los ojos e inmediatamente obedece. Clavo mi mano en la pared. Mi respiración se acelera. Noto cada puto músculo de mi cuerpo tensarse. Acelera el ritmo en el momento perfecto y, con un aullido de placer y puro deseo, me corro sobre su pelvis.

Joder, ha sido increíble.

Aparco el coche frente a su portal. Resoplo con fuerza y agarro el

volante hasta que los dedos se me quedan blancos. Nunca pensé que fuese a costarme tanto despedirme de ella. Maddie suspira bajito y, despacio, se

quita el cinturón de seguridad, dejando que la cinta se recoja con la vista

clavada en el salpicadero.

—Será mejor que suba —murmura, y sé que está tratando por todos

los medios de no llorar.

—Te acompaño a la puerta —respondo antes de pensarlo con

claridad.

La calle está completamente nevada y las Adidas se me hunden unos

centímetros. Me cierro el marinero hasta el último botón y me levanto el

cuello. Joder, la temperatura debe de haber bajado un par de grados de

golpe.

«No te engañes, Riley. Te sientes así porque vas a separarte de ella.»

Cabeceo enfadado conmigo mismo por seguir torturándome y

avanzo con la vista fija en el suelo para no caerme mientras rodeo el

coche.

No sé por qué he decidido acompañarla. Alargar más esto sólo va a

convertirlo en una agonía, pero entonces veo sus botas de agua rojas

esperarme en la acera y no puedo evitar sonreír. Son chillonas y dulces,

las botas de la chica más dulce del mundo. Alzo la mirada y recorro sus

piernas perfectas. Llego al bajo de su vestidito, sólo unos centímetros más

largo que su abrigo, y a uno de los extremos de su bufanda de colores, la

lleva reliada al cuello y ha pillado su suave melena castaña debajo. Tiene

la nariz roja por el frío y esos ojos verdes, que no han querido volver a

mirarme desde que salimos del apartamento, al fin vuelven a hacerlo y

sencillamente me fulminan.

Es la cosa más bonita que he visto en mi vida, joder. Lo último que quiero es renunciar a ella.

Maddie se mueve nerviosa sobre sus pies, baja la cabeza y se muerde el labio inferior. Sé que está haciendo todo lo posible por no llorar delante de mí.

—Voy a subir —me anuncia en un hilo de voz con poco convencimiento.

Después asiente, como si necesitase infundirse valor a sí misma, y comienza a subir. Tal y como me pasó en el coche, antes de que pueda pensarlo con claridad, la sigo y volvemos a detenernos a unos pasos de su portal.

La miro y lo único en lo que puedo pensar es en estrecharla entre mis brazos otra vez, joder, en follármela aquí mismo. En no tener que separarme de ella jamás.

—En el camino he estado pensando lo que quería decirte —murmura sin mirarme— y espero que seas muy feliz.

—Maddie, joder —me quejo, y no es porque me molesten sus palabras, es que yo sólo quiero ser feliz con ella. Creo que sólo podría ser feliz con ella.

—Déjame terminar —me pide— o no voy a ser capaz de hacerlo.

Toma aire y al fin alza la cabeza. Mis ojos se encuentran inmediatamente con los suyos. Joder, voy a echarla demasiado de menos.

—Espero que encuentres a una chica que te guste y sea lo que debe ser para que no tengas que renunciar a ella.

¿Qué? ¿A qué ha venido eso? Sé que no lo piensa, joder. No lo piensa y no lo quiere, igual que yo no quiero que ella conozca a alguien. Maldita sea, me volvería loco si algún gilipollas le pusiera las manos encima. Las manos me arden y la rabia llena mis pulmones.

Joder, joder, joder.

Tomo su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

—Yo no quiero que estés con ningún otro hombre —protesto contra sus labios.

—Ryan —se queja ella contra los míos casi en un murmuro.

—Es la verdad —replico sin separarme de ella un mísero milímetro —. No quiero que otro te toque, que le sonrías, joder, no quiero que ni siquiera te mire.

La beso con más fuerza. Ella se agarra a mis antebrazos y noto cómo se derrite contra mi cuerpo. Sonrío ahora que sé que me va a dejar sentirla una vez más y el animal que llevo dentro se relame triunfal más que ninguna otra vez, porque no hablamos de Marisa, ni de Savannah, ni de ninguna otra chica. Se trata de ella, de Maddie, y, aunque no tenga claro lo que siento por ella, sé que es completamente diferente a todo lo demás.

Me despierto y por un segundo no reconozco dónde estoy. Miro el reloj. Son las seis. La reunión en el Riley Group es en dos horas. Clavo mi mirada en el techo y resoplo con fuerza. Tengo que marcharme.

Maddie habla algo en sueños que no soy capaz de distinguir, se gira y se acurruca contra mi cuerpo. Tiene el pelo revuelto e indomable y está preciosa. Le acaricio la nariz con el índice y ella la arruga inmediatamente. Sonrío como un idiota. Es la cosa más bonita del mundo.

Me levanto con cuidado de no despertarla y me visto rápidamente. Me

siento en la única silla del dormitorio y me anudo las zapatillas. Resoplo

de nuevo con la mirada perdida en la habitación. Va a ser muy feliz en

Nueva York.

Me levanto a regañadientes y cojo el abrigo. Meto una mano en una

manga y me lo llevo a la espalda. Mientras deslizo la otra, me acerco a ella y, como si estuviera hechizado, la observo dormir.

No quiero hacerlo, joder. No quiero tener que hacerlo.

Me acuclillo despacio y la beso con suavidad en los labios.

—Lo siento —murmuro contra sus labios—. Lo siento muchísimo,

nena.

Malhumorado, furioso y frustrado conmigo mismo, me levanto y

salgo de la habitación y del apartamento. Al dejar atrás el portal me doy cuenta de que hace aún más frío, pero no me importa, no me importa nada,

joder.

Bajo los escalones con rabia. Ya había asumido que no podría ser

arquitecto por la empresa, pero esto es totalmente diferente. Dejar de ser

arquitecto implica también dejar de ser el hombre que puede estar con

Maddie, y eso me duele más de lo que me ha dolido nada en toda mi

maldita vida.

—¡Joder! —grito y me paso las manos por el pelo.

Respiro hondo y el aire helado se aposenta en mis pulmones. Alzo la

cabeza y veo la ventana de Maddie. De pronto me siento más sereno, pero

la rabia, la frustración, no se marchan. Creo que ésas se quedaran ahí para

siempre.

—Se acabó, Riley —me digo—. Se acabó —murmuro.

Necesitaba oírlo una vez más.

Llego a mi apartamento y subo las escaleras de prisa. Lo primero que hago es llamar a la agencia inmobiliaria y pongo a la venta el apartamento. Hay cosas que simplemente tengo que hacer y parece que, después de haber renunciado a Maddie, son más sencillas de lo que habría pensado que serían. O, a lo mejor, es que, si no puedo estar con ella aquí, sencillamente ya no me importa no estar aquí.

Me doy una ducha y me pongo uno de mis trajes italianos a medida negros, una camisa blanca y una corbata negra con rayas grises. Mientras me calzo los zapatos, veo mis Adidas llenas de nieve tiradas sobre el parqué.

No pienso seguir martirizándome. Se ha acabado. Respiro hondo y salgo de la habitación.

Oigo pasos en la cocina. La señora Aldrin ya está aquí.

—Buenos días —me saluda sonriente con su acento francés—. Hoy es un gran día, así que le he preparado un buen desayuno.

Corona la frase dejando frente a mí un plato con tostadas francesas, bacón y fresas cuidadosamente cortadas.

—Gracias, señora Aldrin, pero no voy a desayunar.

Ella me mira con el ceño fruncido, pero no le doy tiempo a decir nada.

—Por favor, llame a alguien de Glen Cove para que venga y desmonte la mesa de arquitecto, las estanterías y todo lo demás —continúo con la voz inescrutable, como si hablara de cualquier otra cosa que no fuera el sueño de mi vida.

—¿Y qué quiere que haga con ellos? —pregunta sorprendida.

La entiendo. Hasta ayer hubiera sido imposible que me hubiera escuchado decir algo así, pero las cosas han cambiado, mucho.

—Me da igual. Guárdelo en el trastero, dónelo. No me interesa.

Termino de abotonarme la chaqueta, cojo el abrigo y salgo del apartamento sin mirar atrás.

Yo he cambiado.

—Buenos días, señor Riley —me saluda el chófer de mi padre.

Yo asiento y me acomodo en el asiento trasero. Cruzamos Nueva York y yo no puedo dejar de pensar en ella. ¿Cuánto va a durar esto, joder? Me revuelvo en el asiento y me llevo el reverso del índice a los labios. Mi expresión está tensa y mi mirada, endurecida. Estoy haciendo lo que tengo que hacer. No hay marcha a atrás.

Atravieso el vestíbulo del Riley Group y, poco después, llego a la diáfana y gigantesca planta cuarenta y siete. Mi padre me espera en la sala de conferencias con mi hermano Spencer. Ya a través de los cristales puedo ver cómo me mira orgulloso.

Entro en la sala y en ese instante la veintena de altos ejecutivos sentados a la mesa se giran para mirarme. Algunos lo hacen con simpatía, pero, la mayoría de ellos, como si no me mereciese el puesto. Todos se equivocan, joder. Ninguno me conoce lo más mínimo.

Sin dudarlo, camino con el paso decidido y sin preguntar, sin que nadie me presente, me siento en la presidencia de la mesa. Los ejecutivos me miran alarmados e inmediatamente miran a mi padre.

De pronto toda la rabia que siento por no poder ser arquitecto, por

dejar mi piso y mi vida aparcadas, por no poder volver a tocar a Maddie, cristalizan bajo mis costillas.

—Me encantaría que me explicaran a qué están esperando —comento con una voz amenazadoramente suave—, la reunión ya ha empezado.

Todos vuelven a girarse hacia mí y la simpatía y la condescendencia con la que me miraban hace apenas unos segundos se transforma en recelo, pero también en respeto.

Acabo de ocupar el puesto que no quería, acabo de convertirme en el señor Riley.

—Señor Cooper, las inmobiliarias —le apremio indicando que comience con su informe.

De reojo veo a mi padre mirarme con una incipiente sonrisa en los labios. Él ya tiene lo que quería.

Me paso el resto de la mañana en mi despacho. Le pongo una excusa a mi padre para no salir a comer con él y otro a Bentley y Spencer cada vez que se acercan a mi despacho para intentar sacarme de él.

No quiero ver a nadie, sólo quiero verla a ella.

Cuando al fin decido regresar a casa, ya son casi las once. El chófer me deja frente a mi apartamento, pero me niego a entrar. Le hago un gesto para que espere y le pido que me lleve a El escorpión y el sapo. Allí empezó todo, me parece justo que brinde por lo que ya no tengo en el mismo antro.

He perdido la cuenta de cuantos Jack Daniel’s llevo. A cada trago que doy, todo parece más lejano y Maddie más cercana, pero, cuando el vaso se vacía, vuelvo a recordar por qué estoy bebiendo en este bar de mala

muerte.

Yo no quiero esto, joder. Ahora mismo me odio a mí mismo por

haber terminado así y la odio a ella por habérmelo puesto más difícil.

Me permito el lujo de pensar cómo estará Maddie y me doy cuenta de

que es el peor error que puedo cometer. Seguro que está sufriendo,

llorando, odiándome. No quiero que llore, no quiero que lo pase mal,

pero, sobre todo, no quiero que me odie. Ella es lo único bueno que me ha

pasado en la vida.

De pronto la rabia vuelve a arrollarme como un ciclón. Era lo mejor

que me ha pasado en la vida y he tenido que renunciar a ella. Cierro los puños con rabia. Me bajo del taburete y, al poner los pies en el suelo, me

tambaleo un poco. Miro a mi alrededor y sonrío cuando veo lo que

quiero.

Camino con el paso decidido hasta una de las mesas junto a la puerta.

Cuatro tíos charlan y beben.

—Perdonad —los llamo.

Los cuatro me miran confusos.

—¿Qué quieres? —pregunta uno de ellos con cara de pocos amigos.

—Sólo un favor.

Él frunce el ceño.

—Que dejes de ser un paleto gilipollas. Me pone de mal humor.

—Pero ¿qué coño…?

El tipo se levanta de un salto sin ni siquiera terminar la frase y yo

sonrío victorioso. Es casi tan grande como Spencer. Va a ser divertido.

Sin dudarlo, me lanza un puñetazo que esquivo sin problemas. Le

lanzo un derechazo que le da de lleno en la mandíbula. Se queja pero apenas se inmuta. Los otros tres tíos se levantan, puedo con el primero, con el segundo, pero el tercero y el cuarto unen fuerzas y ya no es tan divertido.

—Dejadlo en paz, joder —oigo gritar al camarero.

Los tíos se apartan y vuelven a su mesa.

—Ey, tú —le grita a alguien fuera de mi campo de visión—, ayúdame.

Entre los dos me levantan, pero yo me zafo rápidamente. No necesito ayuda. El camarero sonríe y me empuja sin delicadeza hasta una de las mesas. Va hasta la barra, recoge mi vaso y la botella de Jack Daniel's. De un golpe, deja el cristal sobre la pequeña mesita y me sirve una copa.

—Hay que ser muy gilipollas para ir a provocar a cuatro tíos que parecen estibadores del puerto, joder. Es eso, o que estás realmente hecho polvo.

Me deja un trapo sobre la mesa y se marcha con la botella. Yo lo observo malhumorado. ¿Por qué coño se la lleva?

—La última —me anuncia—. Voy a cerrar.

Yo resoplo y cojo el trapo de mala gana. Me he partido una ceja, tengo un moratón en la mandíbula y la mano me duele horrores, poco más. Por lo menos he podido dejar de pensar un puto minuto.

Antes de que me termine la copa, oigo la campanita de la puerta sonar y unos pasos demasiado familiares acercarse a mí.

—Yo diría que lo has pasado bien.

La voz de mi padre suena pausada. Tranquilo, aparta la silla frente a mí y se sienta en ella.

—¿Has ganado? —pregunta.

—No se trataba de eso —respondo dando un trago.

Me muevo en la silla y una punzada me atraviesa el costado. Mi padre sonríe y no sé si es por mi respuesta o por el gesto de dolor que acabo de hacer.

—Todavía recuerdo un día que llovía a mares —comenta—; tu hermano y tú estabais en el jardín cuando ni siquiera teníais que estar jugando fuera. Spencer te quitó un juguete, no recuerdo cuál, y tú te enfrentaste a él para recuperarlo.

Recuerdo perfectamente ese día.

—Te tiró al suelo un par de veces —continúa—, incluso te dio un puñetazo —ambos sonreímos—, pero tú volviste a levantarte una y otra vez —añade con la voz llena de orgullo—. Debías de tener... ¿cuántos? ¿ocho años? Spencer era más alto, más fuerte, pero tú conseguiste el juguete. No fue una cuestión de tesón, Ryan, o de ser testarudo. Lo que ahí se vio es que no ibas a dejar que nadie te pisoteara, daba igual a lo que tuvieras que enfrentarte y el porqué. Ese día tu abuelo y yo decimos que tú serías quien se haría cargo de la empresa.

Yo sonrío, pero no me llega a los ojos, mientras pierdo mi mirada en mi vaso de Jack Daniel’s.

—Era mi coche.

Mi padre me mira confuso.

—El juguete que Spencer me quito —le aclaro.

Asiente con una sonrisa, como si también recordara ese juguete, y se inclina un poco, lo justo para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Sé que esa chica te importa —me dice.

Yo cabeceo malhumorado. No quiero volver a escuchar que no puedo

tenerla. Ahora no.

—Podría darte un discurso acerca de por qué lo sé —continúa con un

tono más vehemente para que me deje de protestas y lo escuche—, pero es

que simplemente resulta obvio. Como también sé que ahora mismo sólo puedes pensar en ella.

—No quiero hablar de eso —replico arisco.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Pelearte con otro gilipollas? ¿Que te

rompan la otra maldita ceja? Hijo, ella no es para ti —sentencia.

Estoy a punto de estallar.

—Eso no lo sabes, joder —contesto casi alzando la voz—. ¿Y si sí es

para mí? ¿Y si estoy renunciando a la única chica que me hará feliz? Tú no

sabes cómo me siento.

—Tienes razón, pero sí sé otras muchas cosas. Tiene dieciocho años,

Ryan. Apenas ha vivido. ¿De verdad quieres que se duerma sola, que se

despierte sola? Va a sufrir porque lo único que va a querer es lo único que

realmente no va a poder tener, y eso eres tú. Y tú también vas a pasarlo mal. Cuando veas que se te escapa entre los dedos, odiarás aún más la vida

que tienes porque es lo que la aleja de ti. El final será el mismo, pero por

el camino los dos habréis sufrido demasiado.

Lo miro. No quiero que tenga razón, pero es obvio que va a ser así.

Lo he visto en mi casa, a mi madre criándonos sola, estando sola,

viviendo sola porque la empresa era lo primero. Yo no elegí esto, pero

supongo que mi madre o mi padre tampoco y se han sacrificado el tiempo

que les ha tocado.

Todo esto es demasiado injusto.

—Yo no elegí esto —digo cristalizando mis pensamientos en palabras.

—La lealtad no se elige, hijo, por eso es la mejor cualidad.

Asiento y por primera vez me pregunto si hace veinte años mi padre tuvo que renunciar a las mismas cosas que he tenido que renunciar yo.

Sin más, se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Gracias, James —se despide del camarero.

—De nada, señor Riley.

Los miro a los dos y no hay que ser un lince para comprender que ha sido él quien lo ha llamado.

Salgo del local y regreso a casa. Me doy una ducha y me meto en la cama. Debería desinfectarme las heridas o, al menos, ponerme un poco de hielo, pero no me importa.

Cuando el despertador suena a las siete, lo apago de un manotazo.

Apenas he conseguido dormir. Me doy una ducha. Me pongo otro de mis trajes a medida, esta vez color carbón, una camisa blanca y mi corbata roja.

Toda la mañana es algo mecánico: el desayuno que apenas pruebo, el trayecto hasta aquí, las reuniones. Tess, mi secretaria, me avisa de que mi padre está en el edificio. Cojo mi abrigo y salgo a su encuentro. Tengo algunos temas que tratar con él antes de marcharme a mi próxima reunión en el Lower Manhattan. Estamos hablando en mitad de la redacción de *Spaces* cuando las puertas del ascensor se abren. Por inercia miro hacia ellas y creo que dejo de respirar cuando veo a las chicas del cáterin.

Maddie no está.

No esperaba verla, pero el hecho de saber que no voy a hacerlo me

sacude por dentro. ¿Así van a ser todos los putos días? No, me niego en rotundo. Ayer me pregunté si mi padre habría tenido que renunciar a algo

cuando se vio en mi misma posición y, aunque no sé la respuesta, si sé que

no renunció a mi madre, por eso me dijo que sabía de lo que hablaba, por

eso dijo que me dolería verla sufrir. Pero es que ella ya está sufriendo ahora, ya me está doliendo ahora. Además, al final le salió bien, siguieron

juntos.

—Tengo que irme —le digo sin más.

—¿Adónde? —pregunta.

Yo sonrío.

—A recuperar mi coche.

No espero su respuesta. Nada de lo que me diga podría hacerme

cambiar de opinión.

Cruzo la redacción como una exhalación y llego hasta las chicas del

cáterin.

—¿Dónde está? —le pregunto sin ceremonias a su compañera de

trabajo.

Es la misma chica con la que estuvo sirviendo en la reunión de

Marketing. Me observa de arriba abajo francamente mal y yo entorno la

mirada. No tengo tiempo para estas gilipolleces.

—¿Dónde está? —repito con la voz endurecida.

—Ha pedido que la cambien de sitio. Ahora está en el Rockefeller

Center.

Salgo disparado. Ni siquiera tengo la suficiente paciencia como para

esperar el maldito ascensor y bajo las escaleras.

El tráfico es infernal y creo que tardo una eternidad en llegar. Cuando

al fin lo hago, cruzo la plaza esquivando a los millones de turistas que rodean la pista de patinaje. Entro en el edificio y el guardia de seguridad

comienza a ponerme una infinidad de pegas acerca de que necesito un pase

y gilipolleces por el estilo. Estoy a punto de darle una paliza, pero

entonces escucha mi apellido y por arte de magia se convierte en la

persona más solícita del mundo. Acabo de darme cuenta de que hay gente

de lo más predispuesta a hacerme feliz.

Me informa de que las chicas del cáterin están en la planta catorce. De

nuevo no tengo paciencia para esperar los ascensores y subo por las

escaleras.

No tardo en encontrarla, es como si mi cuerpo supiese exactamente

dónde tenía que dirigirse. Está en la desierta sala de conferencias. Las

paredes son de cristal y puedo permitirme observarla mientras camino

todavía más rápido hasta ella.

Está apilando un montón de vasos de cartón. Está preciosa, joder. Con

el pelo recogido en un sencilla cola y su ropa para trabajar. Por un

segundo simplemente la observo. Podría iluminar la puta habitación, pero

al mismo tiempo está diferente. De pronto se le cae una caja y algo así como un millón de sobrecitos de azúcar se esparcen por el suelo. Se

arrodilla a recogerlos y yo me quedo paralizado. Está llorando, joder.

Quiero correr a abrazarla, decirle tantas cosas, pero no puedo moverme,

no soy capaz.

Esa sensación inmensa y molesta de que no quiero que sufra vuelve a

inundarlo todo.

En ese instante ella me ve. Por un momento los dos nos quedamos muy quietos, mirándonos, pero entonces recoge los azucarillos como un ciclón, se levanta y se dirige a la puerta opuesta por la que he entrado yo.

Reacciona, Riley.

—Maddie —la llamo y salgo corriendo tras ella.

—Márchate, Ryan —me pide sin pararse, con la voz entrecortada.

De una zancada atrapo su muñeca y la obligo a detenerse y girarse sin ninguna delicadeza.

—De eso nada —mascullo.

—Ryan, márchate, por favor.

No alza la cabeza para que no pueda ver que sigue llorando. Sin dudarlo, acuno su cara entre mis manos y la obligo a levantarla.

—He venido por ti —sentencio sin asomo de duda.

No he tenido nada más claro en toda mi maldita vida.

—No —murmura negando también con la cabeza.

¿Qué? ¿A qué viene esto?

—¿Por qué no? —pregunto malhumorado.

Estoy aquí para llevarla a casa y nadie, ni siquiera ella misma, va a impedírmelo.

—Porque tú tenías razón —me responde armándose de valor—. Tú tienes que dirigir tu empresa y yo no soy la chica adecuada para ti.

—Claro que eres la chica adecuada para mí —protesto.

—No, no lo soy, y algún día te darás cuenta y... ¿qué pasará conmigo entonces?

Eso nunca ocurrirá, joder. No quiero volver a separarme de ella.

La beso con fuerza intentado hacerle comprender todo lo que siento,

todo lo que no soy capaz de explicar con palabras.

—Yo sólo quiero estar contigo —me sincero separándome apenas

unos milímetros de ella.

Ella gime bajito, casi un sollozo, y abre los ojos dejando que los

míos los atrapen por completo.

—No, crees que sí, pero en el fondo no lo quieres; podría quedarme

contigo y ser más feliz que nunca, pero después, ¿qué? ¿Qué pasaría

conmigo? Ryan, estos últimos dos días han sido los más horribles de mi

vida.

Su mirada es demasiado triste. Joder, está destrozada. Maddie se

separa de mí y yo dejo que lo haga. ¿Y si sale mal? ¿Y si le hago más daño? Maldita sea, eso no podría perdonármelo.

La observo alejarse unos pasos de mí intentando encontrar algo, lo

que sea, que nos demuestre a los dos que podemos con esto, que va a salir

bien.

—Adiós —murmura con la voz casi evaporada.

Se da la vuelta rápidamente y atraviesa la puerta de cristal. La sigo

con la mirada mientras rodea la sala de conferencias. Esto no puede

acabarse así. Desesperado, me paso las manos por el pelo y acabo

metiéndomelas en los bolsillos del abrigo. Todo mi cuerpo vuelve a

despertase cuando mis dedos palpan un trozo de papel. Sé lo que es. Lo

saco y lo observo entre mis manos. Sonrío. No saldrá mal. Una corriente

eléctrica me recorre. No saldrá mal porque ahora sé lo que siento por ella.

Alzo al cabeza y salgo corriendo hasta la pared de cristal.

—¡Maddie! —grito golpeando el cristal con el puño para llamar su atención.

Ella se gira y, confusa, se acerca unos pasos.

—Quiero esto, joder —digo estampando contra el cristal el trozo de papel con el rediseño de mi apartamento—. Quiero la casa que dibujé para los dos, quiero que nos casemos, llevarte de luna de miel a París y no dejarte salir de la cama en quince putos días, quiero un montón de críos y quiero que crezcan aquí, en nuestro apartamento del West Side. Quiero tocarte cada día, todos los jodidos días, follarte, besarte, sentirte. Te quiero y por primera vez en mi vida estoy muerto de miedo, pero no me importa.

Maddie me observa sin moverse un ápice. Sus ojos bailan de mi rostro al dibujo y, finalmente, como si fuera una auténtica explosión de felicidad, sonríe.

Yo me contagio de su gesto y, sin dudarlo, salgo corriendo hasta ella, cojo su cara entre mis manos y la beso.

Va a salir bien, joder, va a salir como una de esas canciones de amor que suenan en la radio.

Agradecimientos

A mi canijo, doy gracias a la vida por haberte puesto en mi camino. Eres mi otra mitad, lo eres todo para mí, lo que me hace ser mejor cada día.

A mi madre, quien me enseñó el maravilloso mundo de los libros y un modelo a seguir como persona. Aunque no te lo diga tanto como tú

necesitas, te quiero mucho; nunca lo olvides mamá.

A mi socia Cristina Prada. Una de las mejores personas que he conocido, un SOL de amiga, de compañera, dispuesta siempre con una palabra de ánimo y de cariño, ya sabes tú que eres ESPECTACULAR.

A Esther, mi Brujieditora, porque siempre estás ahí y sobre todo porque te quiero y sabes que yo deseo lo mismo para ti. A todo el equipo de Zafiro, gracias por todo.

A todas las autoras que ponen en mis manos sus libros para que en cierta forma les dé vida en imágenes. No sabéis lo importante que sois para mí, me siento privilegiada de contar con vuestra amistad, con vuestro cariño, con la magia que me da leer vuestras historias. Mi lista es inagotable: Megan, Lola, María B, Faby, Olivia A, Patri G, Norma E, Patricia H, Lole S, Noe C, Ana F, Alexandra R, Connie J, Regina R, María Jose T, Isabel K, Mel, Iris T, Carla C, Kriltel R, Caroline M, Eva G C, Silvia G, Luz G, Conti C, Chloe M, Isabel Ac, Valeria C y podría seguir nombrado y nunca acabar. Gracias, sois maravillosas.

A mis chicas de Face. Ya sabéis que sois muchas pero siempre me tenéis ahí para lo que necesitéis. Os adoro, me dais el aliento que necesito en cada momento. Os llevo en el alma. A mi Xana, mi hermana Asturiana, a Noelia por estar siempre ahí, a mi Reina Mora, una de las mejores amigas que encontrado. A Campanilla, un Gran Corazón.

Silvia, Aroa, Montse, equipazo, os adoro. Sois únicas. Mis chicas Empotradoras films y parte importante del Riley Group.

A mis chicas Patri, Jessy, Rita, Naca, Irene, MariJose M, Beatrice, Emma T, Mónica R , Beatriz M, Adeila, Bruja M compartimos a P, a mis

lobas Paqui, Eva A, Cristina E, Pam, Eny, Cristy voz Mexicana del corazón, a mis chicas Paraíso Noe y Ana, a mis Gaditanas Lolis P, Saray, Elena, Esther, a María José C ,Celeste, Virginia, Noelia L, Ma MacRae, Kiaven, Taty, Cheti, Silvia C, Noe P, Paola, Pino, Rosa G M, Magui, Yasnaia, Maca y a muchas más en esta lista inacabada, gracias.

Al jefe que salió del papel para volvernos locas y, cómo no, a Chris por estar tan bueno y regalarme millones de expresiones y esos ojazos para este libro.

A todos los grupos de Facebook que comparten cada uno de nuestros comentarios, anécdotas o charlas empotradoras variadas.

A toda la gente que me llena de mensajes contándome que le alegré el día con una imagen, un vídeo, un comentario, que en cierta forma la hice feliz. Lina M, gracias a vosotras, el cariño es recíproco.

Sólo he intentado plasmar en dibujos las escenas del libro como aparecen en mi cabeza. Gracias a todos los que os sentís identificados con ellas.

A Paul *forever*.

Besos

TIARÉ PEARL

A Giuseppe, el hombre de mi vida. Cada día que paso contigo es mejor que el anterior. Eres increíble en todos los sentidos. ¡Te quiero muchísimo, italiano!

A mi pequeñajo Pasquale o mi hombrecito grande, como me haría decir él. Ya ahora sé que vas a ser una persona increíble, buena, honesta y leal. Estoy muy orgullosa de ti. ¡A ti también te quiero mucho, mini *manga*

spaghetti!

A toda mi familia, a la de aquí y a la del otro lado del Mediterráneo.

Sois los mejores.

A Carmen, nos vemos muy poquito por cosas del trabajo pero tu opinión, tus consejos o simplemente mandarnos un chiste malo por WhatsApp sigue siendo igual de importante para mí. Eres increíble, querida y me alegro de que formes parte de mi vida.

A mi socia. Me río contigo, me divierto y cada día aprendo cosas nuevas. Tienes un talento extraordinario para entender una historia y plasmarla en imágenes y uno aún mayor para crear unas ilustraciones sencillamente preciosas. La primera vez que las vi no sabía qué decir porque son perfectas y creo que esa palabra se queda corta. Muchas gracias por ser mi socia y, sobre todo, por ser mi amiga.

A Silvia, Montse y Aroa. Quien diga que hay que haberse visto en persona para ser amiga de verdad, no nos conoce y, sobre todo, no ha leído nuestro chat, jajaja. Muchas gracias por estar siempre ahí, por apoyarme en todo y por darme esa cosa tan bonita que se llama confianza.

A Esther, la jefa más maravillosa del mundo, por todo lo que haces por mí y por esas charlas tan curiosas que tenemos y en las que acabamos hablando del Facebook, de Marc Márquez o de *The Fall*. Te seguiría al fin del mudo.

A mis chicas del Facebook: Irene, Patricia, Patri, Chloé, Jessica, Nacary, Emma, Campanilla, Lorena, María, Macarena, Rebekah, Virginia, Lorena, Beatrice, Pamela, Olimar, Adeila, Fanny, Scarlett, Sammy, Esther, Lorena, Mawy, Noelia, Noe, Ana Belen, Lorena, María José, Saray, Lola,

María Bella, María Karina … y a todas las chicas que están en *Aquí manda Ryan Riley chicas*. Siempre os los digo pero no me importa repetirme: ¡Sois increíbles! Nunca había visto a tanta buena gente junta.

A Mitera Díaz. Has pasado por algo por lo que ninguna persona debería pasar, pero sé que eres una mujer fuerte y poco a poco irás recuperándote. Mientras tanto, me gustaría que imaginases que cada línea de este libro es un abrazo enorme para ti.

A Cecilia. Cada día luchas y te esfuerzas para que el trabajo de los escritores sea reconocido y lleguemos a todos los rincones del mundo. ¡Te mereces un monumento! Muchas gracias por todo lo que haces por mí.

A mis compañeras de editorial Patricia, Elisabeth, Norma, Lola, Isabel, Iris, Connie y todas las demás que nos reímos y nos lo pasamos de cine poniendo tonterías y alguna que otra cosa importante en ese chat de WhatsApp. Sois geniales.

A Zafiro y a toda la Editorial Planeta. Muchas gracias por confiar en mí y por ayudarme en cada libro.

Muchas gracias a todos.

CRISTINA PRADA

Notas

[1] *The nights*, Copyright © 2014 Avicii Music AB, interpretada por Avicii. *(N. de la E.)*

[2] *Arabella*, Emi Publishing Ltd. y Emi Publishing Spain SA, interpretada por Arctic Monkeys. *(N. de la E.)*

[3] *I need your love*, EMI MUSIC PUBLISHING LTD, EMI MUSIC PUBLISHING SPAIN S A, GLOBAL TALENT PUBLISHING LIMITED y BONATARDA PUBLISHING S L,

interpretada por

Calvin Harris y Ellie Goulding. *(N. de la E.)*

[4] *Maps*, SUDGEE 2 MUSIC, KOBALT MUSIC SERVICES AMERICA INC, MATZA BALLZACK MUSIC, SONGS OF UNIVERSAL INC, UNIVERSAL/MCA MUSIC LIMITED,

UNIVERSAL MCA MUSIC ESPAÑOLA, MARU CHA CHA, WHERE DA KASZ AT,

BLASTRONAUT PUBLISHING, SONGS OF PATRIOT GAMES, WRITE 2 LIVE PUBLISHING,

PATRIOT ENTERTAINMENT LLC, KOBALT MUSIC SERVICES LTD y KOBALT MUSIC

PUBLISHING LIMITED, interpretada por Maroon 5 . *(N. de la E.)*

[5] *Crazy*, CHRYSALIS-MUSIC-LTD, BMG CHRYSALISCLIP SPAIN, WARNER CHAPPELL

MUSIC LTD, CANCIONES WARNER BROS, UNIVERSAL MUSIC PUBLISHING RICORDI

SRL y RICORDI MUSIC LIBRARY ESPAÑOLA, interpretada por Gnarls Barkley. *(N. de la E.)*

[6] *Skinny Love*, APRIL BASE PUBLISHING, KOBALT MUSIC SERVICES AMERICA INC, KOBALT MUSIC SERVICES LTD y KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED, interpretada por

Birdy. *(N. de la E.)*

[7] *Revelry*, SONGS OF SOUTHSIDE INDEPENDENT MUSIC PUBLISHING, CANCIONES

WARNER BROS, MARTHA STREET MUSIC, BMG RIGHTS ADMINISTRATION SPAIN S L

U, FOLLOWILL MUSIC, MCFEARLESS MUSIC y COFFEE TEA OR ME PUBLISHING,

interpretada por Kings of Leon. *(N. de la E.)*

[8] *Emozioni*, ACQUA AZZURRA ED MUS S R L, interpretada por Lucio Battisti. *(N. de la E.)*

[9] *Glacier*, EMI MUSIC PUBLISHING LTD y EMI MUSIC PUBLISHING SPAIN S A, interpretada por James Vincent McMorrow. *(N. de la E.)*

[10] *Mi amor*, VANESSA PARADIS, ADRIEN GALLO, UNIVERSAL, BARCLAY, interpretada por Vanessa Paradis. *(N. de la E.)*

[11] Véase nota 9.

[12] Véase nota 9.

[13] *Style*, TAYLOR SWIFT MUSIC, SONY/ATV TREE PUBLISHING, SONY TREE

ESPAÑOLA, MXM MUSIC AB, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, KOBALT MUSIC

PUBLISHING LIMITED, WOLF COUSINS, WARNER/CHAPPELL MUSIC SCAND AB y

CANCIONES WARNER BROS, interpretada por Taylor Swift. *(N. de la E.)*

[14] *Light years away*, MUSICAL FREEDOM PUBLISHING, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, KOBALT

MUSIC

PUBLISHING

LIMITED,

TAPE

MUSIC

LTD,

BMG

RIGHTS

MANAGEMENT (UK) LIMITED, BMG RIGHTS ADMINISTRATION SPAIN S L U y EDITOR

DESCONOCIDO, interpretada por Tiësto y DBX. *(N. de la E.)*

[15] *The Wolf*, UNIVERSAL MUSIC PUBLISHING LIMITED, UNIVERSAL MUSIC

PUBLISHING INTERNATIONAL LTD y UNIVERSAL MUSIC ESPAÑOLA, interpretada por

Mumford & Sons. *(N. de la E.)*

[16] Blame, B UNIQUE MUSIC, KOBALT MUSIC COPYRIGHTS SARL, KOBALT MUSIC

COPYRIGHTS (UK) LTD, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, KOBALT MUSIC PUBLISHING

LIMITED, TSJ MERLYN LICENSING B V, EMI MUSIC PUBLISHING LTD y EMI MUSIC

PUBLISHING SPAIN S A, interpretada por Calvin Harris y John Newman. *(N. de la E.)*

[17] *Stole the show*, STELLAR SONGS LIMITED, EMI MUSIC PUBLISHING LTD, EMI MUSIC PUBLISHING SPAIN S A, EMI BLACKWOOD MUSIC INC, HOUSE OF PARSON,

TILEYARD MUSIC PUBLISHING LTD, NOTTING HILL MUSIC (UK) LTD y CLIPPER S S L

EDICIONES MUSICALES, interpretada por Kygo y Parson James. *(N. de la E.)*

[18] *Like a Rolling Stone*, SPECIAL RIDER MUSIC, SONY MUSIC ENTERTAINMENT

INTERNATIONAL y SONY MUSIC DYLAN, interpretada por Bob Dylan. *(N. de la E.)*

[19] *Seven seas of Rhye*, QUEEN MUSIC LTD y EMI PUBLISHING SPAIN S A, interpretada por Queen. *(N. de la E.)*

[20] *Come and get it*, Copyright © 2015 Island Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por John Newman. *(N. de la E.)*

[21] *Leaving California*, WHERE DA KASZ AT, MATZA BALLZACK MUSIC, SONGS OF

UNIVERSAL INC, UNIVERSAL/MCA MUSIC LIMITED, UNIVERSAL MCA MUSIC

ESPAÑOLA, SUDGEE 2 MUSIC, KOBALT MUSIC SERVICES AMERICA INC, MARU CHA

CHA, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED,

BEARVON MUSIC, W B MUSIC CORP, FBR MUSIC, WARNER BROS MUSIC, CANCIONES

WARNER BROS, EMI MUSIC PUBLISHING LTD y EMI MUSIC PUBLISHING SPAIN S A,

interpretada por Maroon 5. *(N. de la E.)*

[22] *Future starts slow*, DOMINO PUBLISHING COMPANY Y UNIVERSAL MGB

INTERNACIONAL, interpretada por The Kills *(N. de la E.)*

[23] *Hold back the river*, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, B UNIQUE MUSIC, KOBALT

MUSIC COPYRIGHTS SARL, KOBALT MUSIC COPYRIGHTS (UK) LTD y KOBALT MUSIC

PUBLISHING LIMITED, interpretada por James Bay. *(N. de la E.)*

[24] *Want to want me*, HEY KIDDO MUSIC, KOBALT MUSIC SERVICES AMERICA INC,

KOBALT MUSIC SERVICES LTD, KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED, SAM MARTIN

MUSIC PUBLISHING, WARNER BROS MUSIC, ARTIST PUBLISHING GROUP WEST,

BUCKLEY TENENBAUM PUBLISHING, WARNER-TAMERLANE PUBLISHING CO,

CANCIONES WARNER BROS, IRVING MUSIC, BELUGA HEIGHTS MUSIC, JASON

DERULO PUBLISHING, RONDOR-MUSIC INC y UNIVERSAL RONDOR ESPAÑOLA,

interpretada por Jason Derulo. *(N. de la E.)*

[25] *Unconditionally*, MXM MUSIC AB, KOBALT MUSIC SERVICES LTD, PRESCRIPTION

SONGS, KOBALT MUSIC SERVICES AMERICA INC, ONEIROLOGY PUBLISHING, KASZ

MONEY PUBLISHING, KOBALT MUSIC PUBLISHING LIMITED, WHEN I'M RICH YOU'LL

BE MY BITCH, WARNER-TAMERLANE PUBLISHING CO, WARNER BROS MUSIC y

CANCIONES WARNER BROS, interpretada por Katy Perry. *(N. de la E.)*

[26] *Four Minutes*, Copyright: 2008 Warner Bros. Records Inc. for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside the U.S., interpretada por Madonna, Justin Timberlake y Timbaland. *(N. de la E.)*

Sobre las autoras

Cristina Prada tiene 30 años y vive en San Fernando, una pequeña

localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una

especial predilección por la novela romántica, género del cual devora

todos los libros que caen en sus manos. En la trilogía «Todas las

canciones de amor» decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura,

la literatura romántica y la música.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

www.facebook.com/todaslascancionesdeamor

@everysongwhich

Tiaré Pearl nació en Sevilla, está felizmente casada y es pintora autodidacta. Su pasión por la lectura le viene desde niña, pero siempre con un pincel en la mano, hasta que conoció el mundo de la informática y las técnicas de diseño gráfico. Además de la lectura, sus aficiones son el cine, la música, la pintura, todo lo relacionado con el arte y el mundo de los audiovisuales.

Encontrarás más información sobre su trabajo en:

https://www.facebook.com/tiare.pearl

https://www.facebook.com/pages/Tiaré-Pearl/217330561778641

Todas las canciones de amor de Ryan Riley

Cristina Prada y Tiaré Pearl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Cristina Prada, 2015

© Tiaré Pearl, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14621-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

Document Outline

- Portada
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- En un viejo apartamento del West Side
- Agradecimientos
- Notas

- Sobre las autora
- Créditos